SYRELLA



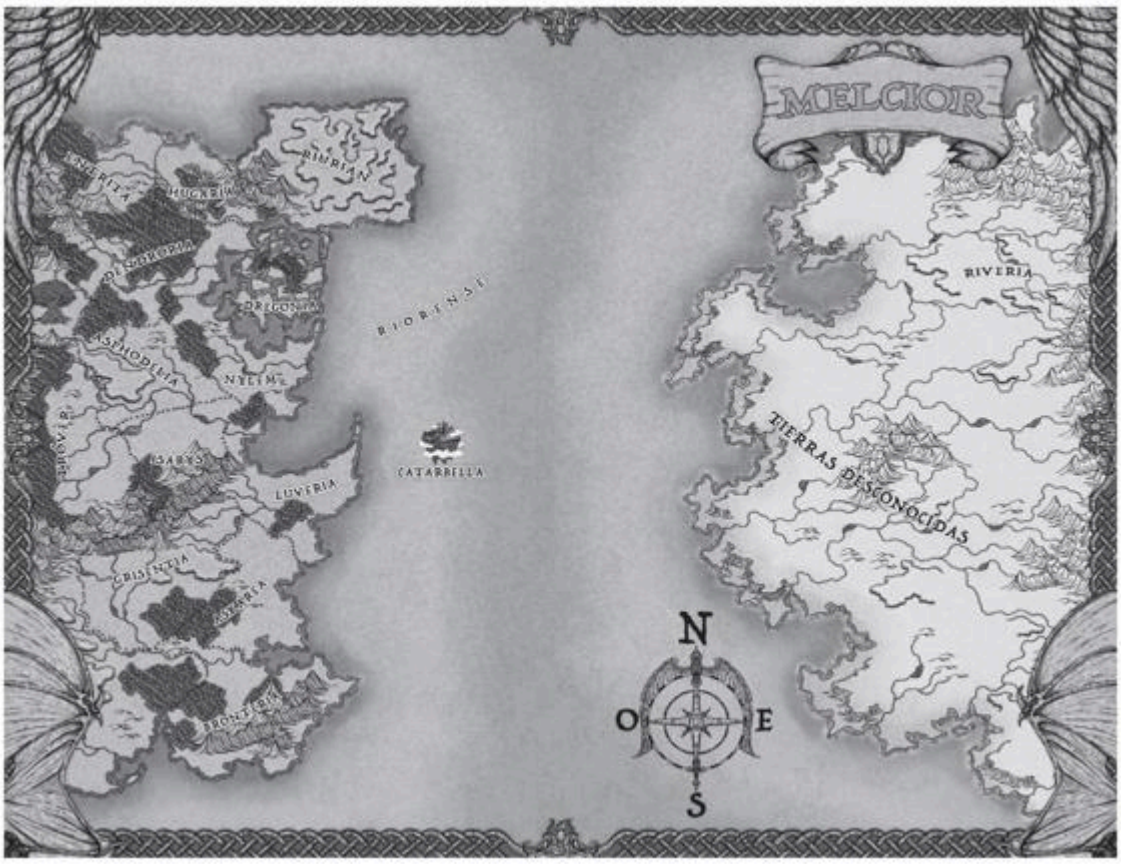
CAELUM

Y EL HIJO DEL CIELO Y LA TIERRA

Advertencia:

este libro incluye escenas con contenido
de abuso sexual y violencia.

Dedico este libro a todos los escritores
que no saben ya qué hacer con el inmenso
universo que habita en sus mentes


MELCIOR
RIVERIA
TIERRAS DESCONOCIDAS
RIOBRENSE
CATARBELLA
RIMBRIA
ASTHODELIA
NYELIMA
LUVERIA
ASTARIA
N
O
E
S

Al privarse de llorar, las heridas del alma
Para acabar con un ser inmortal
solo hacía falta una mezcla definitiva:
demasiado *tiempo* en un *dolor constante* .





ACTO I

Riveria

1

Los acantilados de Riveria lucían aún más profundos cuando los contemplé mientras caía.

—¡Gyuri! —gritó mi hermano menor desde el borde del risco nevado. Su voz se desvaneció mientras me precipitaba al vacío.

Un dolor me azotó incluso antes de impactar contra el suelo. Al estrellarme, mi conciencia se evaporó. Por experiencia sabía que mi cabeza estaba repleta de venas; siempre sangraba sin cesar una vez que se abría. Teñí el hielo de rojo, los ojos se me fueron al blanco y, en ese instante, me morí.

Sin embargo, incluso en el umbral de la muerte, mi historia estaba lejos de terminar.

Recuperé la conciencia después de unos minutos. Lo esperaba.

Me quejé, malherida, y creí escuchar unas pisadas alejarse. Cuando por fin abrí los ojos, mi visión estaba tan borrosa que no pude distinguir si eran huellas las que estaban marcadas en la nieve. Pronto descarté la idea de descubrirlo, pues concluí que había sido una alucinación causada por el golpe en la cabeza. No habría sido la primera vez. En Riveria no había más personas, solo éramos mis padres, Nym y yo. No podía tratarse de nadie más.

Me levanté adolorida y eché un vistazo a la techumbre de la ciudadela, adornada con enormes carámbanos puntiagudos y diamantes incrustados. La voz de Nym llamándome resonó desde la

cumbre. Él no podría bajar hasta donde estaba sin lastimarse, así que decidí escalar de vuelta.

Antes de hacerlo miré a un costado las herramientas de pesca que cayeron conmigo y se habían desparramado por el suelo. Ya no habría cena. Me agaché para recoger los pedazos de la caña, pero una ráfaga cargada de nieve e impetuoso hielo empezó a arrastrar los fragmentos. No podía perderlos. Corrí tras ellos en dirección opuesta a la cumbre hasta que la nevada fue tan densa que ya no pude localizarlos. Pese a que ver a través del velo blanco, azul y gris que cubría la ciudadela era difícil, el lomo de un libro rojo resaltaba entre todo lo demás. Arrastrado por el viento, el tomo se acercó hasta que pude detenerlo con mi mano.

«¡Un libro! ¡Un libro! ¡Oh, por Nylena y los cuatro serafines! ¡Es un libro!»

Mantuve la boca abierta mientras sacudía la nieve y el granizo del lomo. De pronto, la preocupación por la cena y la sangre seca en mi frente se desvaneció. ¿Cómo había llegado un libro a ese lugar? ¿Provendría de la superficie? ¿Cuánto tiempo llevaba ahí enterrado?

—¡Gyuri! —volvió a gritar mi hermano, ahogado en llanto.

Miré una vez más hacia la cumbre, luego fijé mis ojos en el libro y después observé la nieve, hasta que di con la soga de la caña de pescar. Amarré el libro a mi torso, y cuando estuvo asegurado escalé para reunirme con Nym en la cima.

Al verme llegar gritó desesperado, cogió mi brazo y tiró de él como si yo estuviera agonizando. Me arrodillé a su altura y sequé sus lágrimas, intentando entender qué decía entre balbuceos.

—Cálmate, Nym. Estoy bien, ¿no lo ves?

—¡Sangre, sangre, tienes sangre! —me gritó en la cara. Por supuesto, no había podido ocultarla. Mi cabello era demasiado opaco y claro como para que una mancha de sangre pasara inadvertida.

—Sí, pero estoy bien —insistí—. Recuerda lo que dijo mamá: No me puedo morir.

—¡Pero... la... ris... el... risco...! —gimoteó. No entendí lo que dijo, pero asentí de todas formas—. ¡Te caíste por mi culpa! ¡No debí haberme acercado tanto a la orilla!

Su llanto estalló de nuevo y yo tomé su rostro entre mis manos para que me mirara a los ojos. Ver sus pupilas encharcadas me estrujaba el corazón; él siempre estaba riendo.

—¡Ya, Nym! Mira, lo encontré en la nieve, ¿no es emocionante? —dije desatando el libro de mi cintura para entregárselo.

El pequeño se limpió las lágrimas con las manos y abrió el volumen para escudriñarlo. Después de pasar un par de páginas, arrugó la nariz y dijo:

—Bah... ni siquiera tiene dibujos de dragonartos. ¡Aburrido!

Me devolvió el libro y empezó a caminar de regreso a casa. Dejé escapar una risa y fijé mis ojos en la cubierta, pensando una vez más en su misteriosa procedencia. Sabía que no perdería de vista a mi hermano, pues, al igual que el objeto que tenía entre mis manos, su cabello rojo destacaba a la distancia.



El camino a casa parecía interminable, y los fulgurantes árboles que destellaban en la oscuridad no se acababan nunca. Cuando sentí que mis pies se habían molido divisé mi casa triangular a lo lejos, erguida

en las sombras. Respiré aliviada al ver las fogatas encendidas en su interior y un vaho de aliento caliente se formó frente a mí.

Nym saltó en el jardín resplandeciente de mamá y algunos bichos, al sentir la vibración, salieron de sus escondites desplegando sus alitas holográficas.

Tocamos la puerta y nos recibieron mis padres. Al ver el rojo carmín que teñía mi cabello rubio blanquecino, saltaron del horror. Su edad era tan avanzada que siempre temía asustarlos más de la cuenta con mis accidentes. En el pasado, muchas veces me había desangrado, herido o dañado (y, por tanto, sanado), pero aun así jamás habían dejado de asustarse.

—No hay nada, no veo heridas en ninguna parte. Todas se te han curado —comentó mi madre cuando más tarde hurgó entre mis rizos. Permanecí encogida y con los ojos cerrados con fuerza. Sus dedos rebuscaban entre mi cabello y yo inicié una cuenta regresiva mental: «Tranquila, ya va a terminar: diez, nueve, ocho, siete...»—. Oh, Gyuri, ¿por qué tiemblas tanto? ¿Crees que te voy a hacer daño?

Erguí mi espalda. Pese a su pregunta, no necesitaba explicárselo; mamá lo sabía muy bien. Odiaba que me tocaran la cabeza. Odiaba que mi cabello se enganchara en lugares y por eso lo llevaba tan corto. No odiaba muchas cosas, pero también odiaba reflejarme en el espejo de cristal que había en mi casa, ese que me examinaba en ese preciso momento. Ahí se encontraba un monstruo, un ser odioso: yo. Mis cuernos curvos, atavíos de los que mi familia carecía, se burlaban de mí cuando los apreciaba en el reflejo.

—¿Quién puso ese espejo allí? —rezongué malhumorada, quitando la vista.

—Eso no es lo importante. Tesoro, mírate, por Nylena. ¿Cómo fue que te caíste del barranco? —preguntó mi padre, que hasta entonces me había estado observando en silencio.

—¡Casi me caí! —se adelantó Nym—. Estaba fingiendo ser un dragonarto y... cuando me acerqué demasiado al borde, ¡adivinen qué pasó! ¡Sí, Gyuri me empujó adentro y luego se cayó ella! —Nym lo contaba como si fuera una historia divertida, pero ninguno de nuestros padres se rio, por lo que decidí no mencionar la parte en la que él había llorado como si fuera una tragedia—. Lo bueno es que Gyu encontró un libro rojo.

Mis orejas, largas y puntiagudas, se levantaron sin querer, captando la atención de mi madre. Aunque las suyas eran redondeadas, pequeñas y con una audición menos aguda que la mía, ella lo escuchaba todo.

—¿Un libro? ¿Cuál libro, hija? —preguntó ella, pero antes de que pudiese ocultarlo, Nym ya se lo había entregado.

Lo ojeó y pasó las páginas con desdén. Sabía lo que me iba a decir.

—Esto no tiene valor alguno. ¿Dónde están las fábulas? ¿Los relatos de Melcior? Es una blasfemia. ¿Por qué no dice nada de la diosa Nylena?

—Los libros no siempre deben ser sobre la diosa Nylena —opiné, consciente de que me arriesgaba al decirlo.

Mi madre cerró el libro y me observó. Su cabello rojizo lucía como el fuego, como si intentara reflejar su furia.

—No es bueno para ti —dijo y se levantó.

Mi mirada se desvió hacia la fogata encendida, cuyas llamas crepitaban en una danza terrorífica. Tragué.

—Mamá, para.

Ella se detuvo y en su rostro vi aflicción.

—¿Te has tomado el tiempo para comprender por qué hago lo que hago?

—Mamá, tengo casi veinte años. ¿Podrías dejarme elegir qué leer?

Mis padres habían rescatado un par de libros de las aldeas caídas de la superficie, y todos hablaban de lo mismo: dioses, serafines y criaturas de Melcior. A pesar de ello, amaba aquellos textos con todo mi corazón. En los libros existía un mundo inalcanzable para mí; aun así, mis padres se empeñaban en limitarlo. No tenía contacto con otros seres humanos, mi hermano era todavía un niño y mis padres ancianos... necesitaba algo más.

Le arrebaté el libro de las manos.

—Gyuri —vociferó mi madre con voz contundente.

Lo sostuve con más fuerza.

—Dámelo. No puedes tenerlo —insistió mi madre, extendiendo la mano.

—¿Por qué no? —pregunté con el pulso temblando.

—Porque no habla de la altísima diosa Nylena.

—¿Y eso qué importa? Nylena fue qui...

—La diosa Nylena —me interrumpió.

Suspiré con fuerza y la miré con determinación.

—La diosa Nylena fue quien congeló el mar de Nalini en el que me ahogué cuando niña. También congeló los barrancos en los que me caí. Ni siquiera pude pescar para la cena... ¿te das cuenta? Moriremos de hambre. Ella hizo desaparecer a los humanos de Riveria y somos los siguientes. Por ella estamos aquí, ni siquiera viviendo, sino sobreviviendo. ¿Por qué querría leer sobre una...?

Mi mamá dio un golpe seco sobre la mesa con el paño con el que me había estado limpiando la sangre del cabello. Me encogí al escuchar el estruendo.

—¡Suficiente! ¡No quiero escuchar ni una palabra más! ¡Vas a arrepentirte de cada estupidez que escupes por la boca! ¡Dame ese libro ahora mismo! —exclamó con una expresión severa.

Lo quemará otra vez. Quemará mi pequeño mundo, pensé y me puse de pie.

Mi madre avanzó hacia lo que yo guardaba con recelo entre mis brazos. Intentó arrebatarme el libro y, en respuesta, luché contra ella. Como si una fuerza sobrenatural me poseyera, aparté sus manos y la empujé. Se desplomó en el suelo, sorprendida.

Monstruo.

Retrocedí con un nudo en la garganta.

Fuerza, resistencia, un aspecto extraño.

Mi madre me miró con el mismo desprecio que yo me tenía, con el mismo miedo. Le susurré una disculpa, viendo cómo mi papá la ayudaba a levantarse. Seguí caminando de espaldas hacia mi habitación, intentando controlar el dolor de ese trago amargo.

Una vez más me encontraba en esa situación, forzada a enterrar mi cabeza entre las suaves capas de la almohada. El fuego bailaba en la penumbra, arrojando sombras inquietantes por nuestro cuarto compartido. A pesar del dolor que se acumulaba en mis sienes por las ganas de llorar, no conseguí que brotara de mis ojos ni una sola lágrima. Había sido así toda mi vida: no podía llorar.

Anhelaba que mi madre comprendiera que mi realidad no era tan fácil de asumir. Quería que me consolara, que besara mi coronilla y

me acurrucara para dormir. Así actuaban las madres en las pocas novelas que había leído.

Mis novelas, mi refugio, reposaban en el librero de madera junto a mi cama, el cual había sido construido por mi padre cuando yo tenía la edad de Nym. Me relajé apenas tomé un volumen de tapa dura y antigua entre mis manos. Fuera de salir a cazar, la única entretención con la que contaba era sumirme en paisajes ficticios que jamás había visto. En ellos se describía Melcior como un paraíso, un mundo completamente diferente del que mi madre describía como un enjambre de belicismo y violencia.

—¿Habrá más humanos en la superficie? ¿Será que existe un par de ellos que luzca como yo? —me susurré apenada. Aquellas preguntas me las había hecho más de cien veces en mi vida.

Analicé la cubierta del libro que sostenía, en la que aparecía ilustrada Nylena: una mujer de rizos oscuros cuya belleza parecía tan irreal como su existencia. Detrás de ella se distinguían cuatro siluetas, cuatro serafines varones a quienes les había sido concedido el poder de crear el mundo y controlar la naturaleza: Caelum, Cortex, Hilaris y Aestus.

Mi madre me había contado que Melcior, gobernado por los cuatro serafines, había sido un paraíso. El mundo que describían mis libros era rico en vegetación y estaba bañado por la luz de una estrella exuberante llamada Sol, que se encontraba en lo que antes llamaban cielo. Pero los humanos arruinamos ese paraíso con nuestra maldad. Cuando alcanzamos el pináculo de la violencia, los serafines no tuvieron más opción que acabar con toda la próspera naturaleza que alguna vez existió. Ellos tomaron las lanzas del Empíreo —las únicas armas capaces de asesinar a seres inmortales— para matar a la

diosa Nylena, como debía ser, para acabar con el mundo e iniciar uno nuevo. Uno mejor que Melcior.

Pero el juicio final jamás llegó y Melcior siguió existiendo, porque los serafines decidieron acabar con sus propias vidas usando las lanzas del Empíreo. Eso era lo que la mayoría de los seres humanos sobrevivientes creía, aunque algunos aún mantenían la esperanza de que esos seres simplemente hubiesen regresado al gran Empíreo y siguieran vivos en algún rincón más allá de nuestra conciencia. Mi madre era uno de ellos, y nos obligaba a rezar todos los días, implorando que los serafines regresaran a Melcior.

Desde entonces, la humanidad ha estado abandonada. Mis padres recordaban con dolor el Gran Diluvio que mató a su familia y gran parte de sus amigos, muchos otros desaparecieron y unos pocos escaparon a la superficie. Si habían sobrevivido, no lo sabían con certeza, pero lo consideraban imposible. La historia era realmente devastadora. Quizá mi madre tenía razón y el mundo en que vivíamos era el infierno.

Estaba harta de leer sobre un pasado que ya no existía.

Devolví el libro a su lugar en la estantería y me estiré en la cama. Contemplé la cubierta roja y maltrecha del nuevo ejemplar y pensé: *Mi madre se disgustará por esto*, pero sonreí. Alcé la cubierta con la esperanza de encontrar eso que había asustado a mi madre, sin embargo, no imaginé que el aire se me cortaría de aquella manera al escrutar las páginas desgastadas. La tinta parecía todavía fresca y no tenía la caligrafía tradicional de los escribas. Algunas páginas habían sido arrancadas, otras tenían garabatos y varias frases que parecían estar conectadas, pero que eran independientes entre sí.

Nunca había visto algo parecido. Mi corazón galopaba en mi pecho buscando liberarse. Afortunadamente, entendía el idioma en el que estaba escrito. Incliné mi cabeza a un lado y me mordí el labio inferior mientras iniciaba mi lectura.

> *Con la pluma temblando en mi mano, anhelo y temo que me leas. No sabes quién soy, tal vez ni siquiera yo lo sepa. Pero nuestra historia se resume en lo siguiente... Me impedí amarte por siglos, y al momento de tenerte decidí decirte adiós, como prueba de todo el amor que te tuve*.

Cerré el libro de golpe, aturdida. El calor subió a mis mejillas. Miré la tapa lisa, sin información, e imaginé el rostro de un hombre en la cubierta. Luego recogí mis piernas y me hice un ovillo.

Fueron dos cosas las que me llevaron a reaccionar de esa manera.

Primero: era un libro de amor romántico, aquello inalcanzable para mí y que solo había conocido a través de un par de leyendas que aparecían en mis otras novelas y enciclopedias.

Segundo: ese no parecía ser un libro antiguo, perteneciente a personas que perecieron en las cavernas de Riveria. No, esas letras eran recientes, habían sido escritas hacía muy poco tiempo, lo que podía significar una sola —aterradora, emocionante— cosa: había un ciudadano más en Riveria, allí en la inhóspita ciudadela de mi infancia. Había alguien merodeando cerca. Otro ser humano.

2

Era una tarde tranquila, así que decidí recoger unos frutos caídos de los árboles sin que nadie me lo pidiera. Con un paño limpio y nuestra reserva de agua, los fregué mientras tarareaba una melodía sin siquiera separar los labios. Las notas vibraban en mi cabeza, pero mi madre las escuchó desde el otro cuarto.

—¿Por qué cantas tan bajito, Gyu? ¿No ves que tengo que acercarme a ti para oírte bien? —me preguntó, asomándose por la puerta.

—¿Y desde cuándo quieres escucharme? —bromeé enjuagando un fruto que se resistía a desprenderse de su capa natural de luminosidad.

—Desde que te has inventado melodías así de bonitas. Te veo más feliz de lo normal.

Sonreí y mi madre me pellizcó la mejilla.

—No. No es nada —le respondí.

Agradecí en mi interior que mi madre no me hubiera preguntado si realmente me había deshecho del libro rojo. *Por supuesto que sí, mamá*, repasé en mi mente, *lo he enterrado lejos y me sería imposible encontrarlo*. Había planeado las palabras correctas para convencerla, pero no fue necesario, porque ya se había ido a conversar con mi padre, que tallaba madera en la entrada de casa. Traté de disfrutar mi momento de soledad para fantasear, pero mi hermano me interrumpió de súbito.

—Gyuri, ¿vamos a jugar? Vamos a desenterrar monos de nieve.

—Después. Te prometo que después iremos —le respondí, todavía ensimismada en mis escenarios ficticios.

—«Después» puede ser cualquier momento, no me gusta esa palabra —se quejó él, pero yo ya me había ido a otra parte.

El escritor del libro me hablaba con sus dulces palabras, que resonaban en mi consciencia con la voz del hombre de mis sueños. Solté una leve risilla y Nym me dedicó una mueca que dejaba claro que pensaba que estaba loca.

Más tarde me tumbé bajo uno de los árboles de hojas fluorescentes para leer, asegurándome de que mi madre se hubiese recostado a tomar la siesta. Antes de entrar en la casa, mi padre me descubrió con el libro en las manos. Le hice un gesto de silencio poniendo un dedo en mi boca y él asintió, imitando mi señal. Era el mejor, no le revelaría nada a mi madre.

De pronto, alertada, me senté sobre la nieve. Con total concentración volví a leer una frase, pues me era imposible creer lo que decía:

Mi divina princesa de cornamenta plateada. De ricitos blancos como la nieve.

¿A qué se refería con «cornamenta»? ¿Estaba insinuando unos cuernos metafóricos o realmente la persona a la que se dirigía tenía cuernos, como yo? De manera instintiva toqué mi «cornamenta plateada», sintiéndome un poco más nerviosa de lo que me hubiera gustado. ¿En el sitio de donde provenía el autor había más personas como yo?

—¡Gyuri, cariño, a rezar! —Oí el grito de mi madre a lo lejos. Apenas la vi acercarse me encogí sobre la nieve, aplastando el libro con mi cuerpo—. ¿Qué haces, mi niña?

—Ya voy, mamá, solo quería echarme una siesta —mentí en un tono convincente, e incluso bostecé. Dándole la espalda, escondí el libro en el tronco del árbol y bufé de la frustración. ¿Cómo se suponía que me quitaría esas ideas de la cabeza?

Cuando nos encontramos en el salón, escuchando a mi madre proclamar sus rezos hacia la diosa Nylena, sin querer abrí los ojos y contemplé la imagen de esa mujer divina. Me había acostumbrado a mirarla, desde luego, pero no a analizarla ni a preguntarme por qué lucía tal y como un ser humano. A diferencia de ella, los serafines, cuatro varones de alas plumíferas, tenían veintiún ojos que les surgían por delante y por detrás.

Miré a mi familia con disimulo y reparé en sus arruguillas, sus ojos claros y su cabello lacio. El de Nym era completamente rojo y su rostro estaba salpicado de pecas. Me volví a concentrar en el odioso espejo de mi casa y analicé una vez más nuestras diferencias.

—Cortex, Hilaris, Aestus, Caelum... —repitieron mi padre y mi hermano en voz alta.

Como yo no había recitado las palabras sagradas, mi madre abrió los ojos y me descubrió evadiendo la oración.

—¿Sucede algo, Gyuri?

Sin querer me fruncí de indignación y empecé a preguntarme, como tantas veces en el pasado, si mis padres me habían mentido acerca de mi origen, ocultándome el verdadero.

—¿Cómo esperas que los serafines de la naturaleza oigan nuestras súplicas y vengan a salvarnos? Debes rezar, debes repetir la oración

en voz alta, con fe y convicción —me regañó.

Me cubrí la cara para que no viera que había rodado los ojos.

—Quizá ni siquiera vengan a salvarnos, y ya es hora de ir a la superficie a ver qué tan mal están las cosas después del Gran Diluvio.

—¡Ir a la superficie es una excelente idea! —opinó Nym, pero mamá gritó «silencio» en un arrebato.

Logró su cometido, porque cerramos la boca de inmediato.

—¿Cuántas veces se los hemos dicho, niños? Nosotros, con su padre, venimos de la superficie. Sabemos cómo son las cosas allá arriba, donde los seres humanos mantienen una guerra constante por la comida, por la supervivencia. Tras el Gran Diluvio, la vida es inviable en ese lugar. Aquí, por el contrario, estamos seguros. Aquí en las cavernas, donde no existen bestias, donde no hay humanos que quieran quitarnos de manera violenta lo que tenemos.

No tenemos nada, pensé y me mordí los labios para no decirlo en voz alta. Maldita sea.

Cuando los rezos terminaron, y se suponía que según las reglas implícitas de mi madre debíamos pernoctar, me quedé despierta en el salón, repasando en mi mente las palabras del libro: «Mi divina princesa de cornamenta plateada. De ricitos blancos como la nieve». Me volví hacia el espejo y me miré con menos reticencia; comprendí que no tenía sentido. ¿A quién estaban dirigidas esas palabras? Si hubiera alguien como yo en algún lugar, ¿podría explicarme cuál era mi origen?

—Gyuri, ¿no te irás a dormir? Tienes que cuidar esa carita redondita, no quieres que se te caiga antes de tiempo como a esta vieja —me dijo mi madre con su tono amoroso, apoyando su mentón

en mi hombro. Ambas nos vimos en el espejo y nuestra apariencia contrastó de una manera antinatural, incluso burlona.

—Mamá. No soy tu verdadera hija. Quiero decir... no vengo de tu vientre. —Suspiré y ella se separó de mí con indignación. Su cara decía «otra vez con el mismo tema», «otra vez con el mismo puñal»—. A ver, sé que me intentas convencer de lo contrario, pero... tengo casi veinte años, ya no puedes engañarme.

Mi madre apretó los labios y acomodó uno de mis rizos detrás de mi oreja puntiaguda.

—Te lo he contado tantas veces que duele, Gyuri. Te encontramos entre las flores de la superficie, sola, hambrienta, cuando eras solo una bebita. Esos padres que buscas y que no somos nosotros, no existen. Eres obra y gracia de la diosa Nylena. ¿Por qué crees que tienes tanta resistencia y sobrevives todo el tiempo? Es una bendición de la diosa, y que nosotros te hayamos encontrado también lo es.

—Puede ser..., pero ¿qué hay de mi naturaleza? ¿Y si no soy una humana común y corriente? ¿Y si tengo padres biológicos y están ahí afuera, buscándome, para explicarme quién soy?

—No digas eso...

—Mamá, tengo que encontrarlos.

—Mi niña. Te he tenido en mis brazos desde que eras un bebé. ¿No es eso lo que basta? —Me sorprendí al ver unas lágrimas derramarse por sus mejillas.

Se las sequé con mis manos y la abracé. Verla sufrir me era insoportable. A pesar de cualquier altercado, control o diferencia física, ella me había cuidado toda la vida, me había amado tal y como era.

—Mami, claro que eso me basta, cuánto lo siento —le mentí. No podía seguir dañándola.

Quería saber de dónde venía, sin embargo, prefería fingir conformismo para que mi madre no sufriera.

Cuando mi madre se fue a acostar, me escabullí al árbol y extraje el libro rojo. De vuelta en la habitación, mientras leía tendida sobre mi cama con una vela encendida a un costado de la almohada, repasé las hojas escritas. Debía seguir encontrando pistas sobre mi naturaleza, sobre ese escritor y la posibilidad de que hubiera otros seres como yo.

La idea de salir a buscar al dueño de ese diario me seducía tanto que afectaba mi salud; me robaba el aliento y tenía miedo de que al convencerme de hacerlo no pudiera volver a respirar. ¿Así se sentía el amor romántico? Si la respuesta era un sí, lo detestaba por cómo dolía. ¿Se suponía que tenía que dolerme? ¿Y qué pasaba si salía, no lo encontraba y me dolía todavía más?

O peor aún, ¿y si me pasaba lo mismo que la última vez que intenté salir de Riveria?

—¿Sigues leyendo ese tonto libro? —me preguntó mi hermano desde la cama paralela. Estaba tan absorta en mis pensamientos que olvidé contestarle—. ¿Para qué tienes las orejas tan grandes si no escuchas nada? —espetó, y pronto una almohada me golpeó en el rostro.

Como si aquel golpe blando me hubiera despertado de la ignorancia, recordé lo que había ocurrido justo antes de encontrar el diario, cuando aluciné con alguien que había corrido a atenderme tras mi caída por el barranco.

—Furzacabrón —maldije y Nym se cubrió la boca.

—Oye. Le diré a mamá que me has dicho una grosería.

—No te lo he dicho a ti, tonto. Es que he recordado algo...

—¿Qué has recordado? —preguntó sentándose en la cama—. Dime, dime, dime, dime.

—El libro lo encontramos en los acantilados, cerca de la flor —susurré y Nym soltó un grito para exigirme que se lo repitiera, porque no me había escuchado. Finalmente, me dirigí hacia él—: Oye, cabeza roja, ¿quieres que mañana hagamos una carrera de trineos?

Nym había celebrado incluso antes de que pronunciara la primera letra de la palabra.

Mi hermano jadeaba mientras caminábamos. Habíamos recorrido la ciudadela durante toda la tarde y ya había dejado de creer mi excusa de buscar el mejor cerro para la carrera de trineos. Lo que seguro no imaginaba era que yo buscaba rastros de la persona que dejó las huellas en la nieve el día de mi caída.

Para mi desgracia, pese a que estuvimos varias horas caminando, no logré encontrar huellas, señales ni otros objetos. Llevaba el libro abrazado como si fuera a congelarse, aferrándome a la ilusión. Pronto empecé a creer que, tal y como temía, el diario pertenecía a los humanos que perecieron en Riveria durante el Gran Diluvio. Si eso era cierto, estaba en busca de un fantasma.

Dejé salir el aire que contenía en mi pecho.

—Gyu, para ser una larga tarde de carrera de trineos, no nos hemos tirado de una sola colina —protestó Nym, bostezando a lo

grande. Apenas se le veían los ojos y la nariz bajo todo el abrigo en el que lo había envuelto antes de salir.

—Ya vamos a casa, Nym —murmuré con pocas ganas.

—¿Cómo dices? ¡Vamos a la colina de Lobres antes de que se haga tarde! —exigió mi hermano señalando hacia el horizonte, donde se levantaba la colina más alta de Riveria.

—¿Para qué?, ¿para lastimarnos al caernos del trineo? Hace varios años que eso ya no me entretiene —le dije y jalé su mano.

—¡Lo prometiste! —me recriminó, manteniéndose firme en su lugar—. Dijiste que haríamos carreras de trineos, y ya me trajiste aquí. ¡Llévame! ¡O le diré a mamá que todavía guardas el libro rojo!

—No te atreverías —le respondí dando un paso hacia él, pero el niño no se encogió en lo más mínimo.

—Oh, ponme a prueba, orejona cornuda. ¡Auch!

Le había dado una colleja para callarlo y al hacerlo él se agachó. Pude apreciar la colina de Lobres detrás de él y, un poco más allá, la flor de tallo infinito. Un nudo se formó en mi estómago al recordar lo que me había ocurrido casi doce años atrás en aquel lugar.

La flor era una planta enorme; el único ser vivo de Riveria cuyo lomo superior alcanzaba la superficie. Dada su exuberante dimensión, iluminaba más que cualquier otro árbol. El color verde que fulguraba desde el corazón de su tallo hacía que Lobres fuera el sitio más luminoso de la ciudad subterránea.

—¿Qué miras? —me preguntó Nym. Se giró y luego volvió a echarme una ojeada astuta—. La colina de Lobres. Bueno, orejona, ¿te ha tentado la idea de una carrera de trine...?

Inicié mi camino hacia la colina antes de que él pudiera acabar su oración. Lo jalé del brazo, lo cual él interpretó como una afirmación

a su propuesta, así que celebró con vítores. Cuando llegamos a la cima de Lobres, pude apreciar la flor. Luego pasé mi mirada sobre el resto del territorio; no había señales de vida en ninguna otra parte. Pensé en que si realmente alguien había estado en Riveria, lo más probable es que hubiera bajado y vuelto a subir por el tallo.

Pero ¿cómo? Yo ya lo había intentado una vez antes...

El corazón me tembló como si fuera a quebrarse en pedazos. Como si el dueño del diario existiera de verdad y me estuviera llamando.

—¡Quien llegue último es una ojoleta asada! —me gritó mi hermano y, olvidando que podría morir, bajó por el trineo colina abajo y a toda velocidad.

Me subí a mi trineo y lo seguí. La velocidad extenuante dominaba mis pensamientos y al final me coroné con un dolor en la cola. Probablemente Nym rebotó sobre sus abrigos, porque se estaba riendo a carcajadas. Al llegar al final del trayecto, casi chocamos contra la base de la flor en nuestro aterrizaje. Miré hacia arriba y la sola vista de la planta me sobrecogió; era tan alta que no podía ver con facilidad dónde terminaba el tallo.

—Tengo una idea mejor que la de hacer carreras de trineos —soltó mi hermanito acomodándose la bufanda y mirando la flor al igual que yo.

—¿Cuál? ¿Lanzarte desde el pico de la flor para aterrizar con estilo?

—No, no. Podríamos escalar la flor y salir a la superficie —sugirió con un semblante anhelante, insaciable.

Me inquietó saber que no lo decía de chiste. Fruncí el entrecejo, indignada, como si a mí no se me hubiera ocurrido lo mismo a su

edad.

—Genial, Nym, aterrizaste de cabeza —le respondí, pero él no cambió de opinión—. Ya sabes lo que ha dicho mi madre: allá en la superficie el mundo es hostil. Es peligroso, por eso nos hemos recluido aquí.

—Pero ¿nunca has tenido ganas de echar un vistazo? ¿Es en serio? ¡Tú misma me dijiste que allá arriba hay una ciudad que flota en los aires!

Catarbella. La ciudad flotante de Melcior, el sitio más cálido que existía. «Es el lugar donde Nylena habita junto a los cuatro serafines de la naturaleza», mencionaban mis libros. En aquel instante, me arrepentí de haberle contado a Nym lo que sabía del exterior.

—No tienes idea de lo que estás diciendo. Deberías abandonar esos pensamientos, Nym —le advertí.

—¿Cómo lo sabes? Jamás has estado en la superficie, has estado encerrada aquí toda tu vida.

—Pues huelo el peligro —le dije pasando por su lado—, una habilidad que a ti te falta.

Me acerqué al libro, que se había enterrado en la nieve tras la caída en el trineo. Le sacudí la humedad y soplé el lomo para despejarlo.

—¡Tienes miedo! ¡Miedosa! —me dijo Nym—. Gyu... ¿acaso no te gustaría ver un dragonarto frente a frente? —*Por supuesto que no*, pensé—. ¿Qué hay de conocer otras personas? ¡Hacer nuevos amigos!

Arrugué la nariz y culpé al libro rojo por hacerme dudar sobre la respuesta que debía darle a Nym.

—Me basta con el pequeño mundo que tenemos aquí, tú, yo, mis padres. No hay nada más que quiera.

A veces me ardía la garganta cuando decía algo que sabía que no pensaba. Pero Nym no tenía ninguna duda de que el mundo subterráneo le quedaba pequeño. Le di la espalda y caminé en dirección opuesta, dejando que mi frustración se vertiera por completo en un pesado suspiro.

—Vamos a casa, Nym —le dije.

Me apenaba saber que no encontraría al escritor del diario, pero a la vez me calmaba. Los riscos nevados lucían imperturbables. Ni siquiera deseando con todas mis fuerzas que se marcharan hubiera logrado moverlos de ahí. Una brisa formó un sonido agudo que confundí con una carcajada; una burla que me dedicaba esa maldita ciudad. Mis padres me contaron sobre la superficie, las criaturas y los paisajes que solían existir. No querían que anhelara verlos —según ellos, ya se habían destruido—, sino que creyera en los serafines y les rezara para recuperarlos. Era una lástima que solo hubieran logrado lo primero.

Lo deseaba. Quería salir y conocer el mundo, aunque me aliviaba un poco no tener más opción que conformarme.

El simple hecho de haber deseado, por un segundo, algo más de lo que ya tenía en mis manos había sido aterrador. Al menos podía soltar esa añoranza y volver a casa junto con las reconfortantes fogatas, la sonrisa enorme de mi padre, la dulzura estricta de mi madre, el ruidoso de mi hermano...

—Nym. ¿Nym? —Noté que había demasiado silencio, y cuando me di vuelta ya no lo encontré a mi lado.

Mi corazón dio un vuelco. Evoqué los recuerdos de las veces que había descuidado a Nym y que había terminado herido. Grité su nombre de nuevo, pero no lo escuché responder. ¿Cómo podría haber desaparecido en segundos? Era imposible que se escondiera de mí si todo era blanco, celeste y cristalino y su pelo era...

Alcé lenta y temerosamente la cabeza, notando que en los esquejes de la flor de tallo infinito se veían los cabellos rojos de mi hermano y su bufanda naranja batallando con el viento. Nym estaba escalando.

Ahogué un grito con mis manos. Estuve a punto de gritar su nombre y exigirle desesperada que bajara de ahí, pero frené mi impulso cuando imaginé que podría distraerlo y hacer que se cayera. La altura a la que él estaba superaba la medida de tres árboles ancestrales.

Los vagos recuerdos de mi niñez afloraron con imágenes nítidas. Era una niña de seis años que se había escapado de casa. Estaba aburrida de no tener nadie con quien jugar, y al hallar la preciosa flor luminosa y gigante tuve la idea de escalarla hasta la superficie.

El ritmo de mi respiración se aceleró cuando recordé lo que me ocurrió. No toleraría que a mi hermano le pasara lo mismo.

Sin pensarlo demasiado, me arrimé a la base, agarré la textura de la planta y comencé a subir escalando por los pequeños esquejes. El tallo desprendía una enceguecedora luminosidad, por lo que debía subir con los ojos cerrados. La única vez que alcé la vista, después de unos minutos escalando, vislumbré que mi hermano había llegado a la superficie.

Salió, salió. La flor no lo había empujado al vacío... ¡podíamos salir!

Me emocioné tanto que me apresuré más de la cuenta y mi pie resbaló. Toqué vacío y me desesperé. Al encontrar un nuevo apoyo, inspiré con suavidad y me abracé con más fuerza al tallo. *¿Qué estoy haciendo*?, pensé, y estuve cerca de reírme por el absurdo.

Continué, mas el cansancio me comprimió los pulmones y mis manos se quemaron. Me colmé de terror cuando el hielo me hizo resbalar. Luché con todas mis fuerzas para aferrarme al tallo y apreté los dientes. Mi grito resonó en todo el espacio, reverberando contra las paredes y las transparentes bóvedas. Encontré dentro de mí una fuerza sobrenatural que me impulsó a completar el trayecto, pero al alcanzar el tope mis cuernos chocaron contra una sólida barrera.

Al levantar la mirada, me encontré con la nada; sin embargo, al extender mi mano esta chocaba contra una superficie sólida, aunque invisible. Era la flor, mi madre me había dicho que la diosa Nylena nos había protegido con ella. Empecé a golpear la barrera invisible con mi puño, pero al ver que era inútil perdí los estribos.

—¡Déjame salir! —grité—. ¡Maldita sea! ¡Furzacabrón! —gimoteé —. ¡Nym! ¡No me dejes! ¡Maldición!

Un pie se resbaló por la impotencia, luego el otro. Solo mis brazos me sostenían, pero eran débiles. Pronto la gravedad me venció y me arrebató de la flor.

Pese a que la caída fue rápida, me pareció que los segundos se distendieron hasta volverse eternos a medida que me alejaba de la superficie.

Recordé el momento en que experimenté la muerte y la supervivencia por primera vez al caer de la misma flor a los seis años. Fue la primera oportunidad en que me encontré con esa pared

densa e imaginaria. En el descubrimiento de mi más profundo temor, comprendí que Riveria era más que una simple ciudad hundida durante el Gran Diluvio; era un laberinto sin escape, un calabozo donde la libertad parecía un sueño lejano. A causa de la impresión, me solté de la flor. No recuerdo si fue intencional, pero llamé a mamá mientras caía; un eco de arrepentimiento. ¡No quería morir! Era demasiado pequeña. Al caer al suelo, me partí todos los huesos. Crac...

Pero Nym se ha ido, no puede ser... ¿cómo es que lo logró? ¿Cómo ha cruzado la barrera?

Ese fue mi último pensamiento mientras descendía.

3

Desperté otra vez.

Estaba desorientada en mi lecho, queriendo aferrarme a la idea de que todo había sido una pesadilla, pero el dolor en mi cabeza y en mi espalda agotaron pronto esas esperanzas. ¿Cómo había regresado a casa tras la caída? Si fueron mis padres quienes me rescataron, ¿cómo pudieron llegar a encontrarme?

No sentía alivio por despertar. Me encontraba sola en la habitación, y al recordar el motivo por el que me había caído de la flor me puse de pie y corrí a la cama contigua. La destapé con la ilusión de encontrar a mi hermano allí, pero su ausencia me quitó el aliento. No había rastros de él.

Salí apresurada en busca de mis padres, pero las fogatas en el salón estaban apagadas, sin ningún atisbo de haber estado encendidas. La única fuente de luz que me permitía distinguir la presencia de los muebles era el resplandor de las luces del árbol afuera.

Encendí una vela y me espanté al hallar una figura alta y esbelta, cubierta con una enorme capa oscura, en una de las esquinas de la sala. Cogí aire y me sostuve el pecho con los ojos muy abiertos. Levanté la vela y me acerqué a esa cosa. Me costó darme cuenta de que se trataba de un hombre. *¿Papá? No... Papá no es tan alto*.

Cuando se movió, un quejido abandonó mis labios y retrocedí. La persona había alzado las manos para tratar de calmarme.

—Gyuri... —susurró una voz grave que me erizó la piel.

No pude ver su rostro con claridad, solo unos ojos de iris púrpura que resaltaban en la oscuridad. Como comprobé que era un joven desconocido, busqué un cuchillo a mis espaldas sobre la pequeña caldera, contra la que choqué. Levanté el arma con el pulso agitado y la apunté hacia él.

Los ojos de aquel hombre se apagaron cuando me vieron blandir el arma. Parecía decepcionado. Bajé levemente el cuchillo cuando vi que no tenía intenciones de atacarme, pero no lo solté. No me iba a confiar del todo.

—¿Dónde están mis padres? —Intenté disimular el miedo cuando hice la pregunta, pero el temblor en mi voz me delató—. ¿Quién eres?

El viento arremetió contra las paredes, haciendo crujir la madera que circundaba las pequeñas ventanas. El joven alzó la vista hacia el techo.

—No puede ser. Neblina... —masculló él, sin responder mi pregunta.

—¿Qué? ¿Quién? —susurré, antes de sobresaltarme por un súbito remezón que hizo crujir la casa por completo.

Una de las ventanas fortificadas cedió ante el viento y entró una ráfaga de nieve.

—Escucha, sé que no sabes quién soy, pero si no quieres salir disparada por un huracán, confía en mí y cógeme de la mano. —El hombre extendió su mano hacia mí, pero yo no hice más que retroceder.

¿Un huracán? ¿De qué habla? ¿Cogerlo de la mano? ¡Jamás!, gritaba mi mente.

La casa se vio envuelta en estruendos provenientes de los golpes de los vendavales. Luego, la fachada se desprendió y la estructura se desmoronó. El mobiliario se elevó del suelo junto con mis pies. Mi cuerpo entero, pequeño y endeble, fue lanzado al aire y se unió a un remolino de viento tan agresivo como una tempestad.

Floté en círculos repetitivos, observando cómo todas las migajas de mi hogar se fragmentaban y volaban a mi alrededor, arremolinándose y chocando contra mí. Mis libros, los abrigos rojos de Nym, los pequeños recuerdos que había conservado, la leña sin consumir, los trozos de vidrio de las ventanas rotas... y mi libro abollado.

¡*Mi libro! ¡Mi libro volvió a casa conmigo*!, pensé. Lo alcancé con la mano y lo abracé como pude.

—Te en... con... tré. —Una voz desconocida y femenina resonó amplificada en la atmósfera. A pesar de que era casi un susurro, se escuchaba en todas partes.

Incluso cuando me vi devuelta al suelo con suavidad, me tambaleé por el mareo. Enfoqué una extraña figura en el aire: una mujer flotaba sentada con las piernas cruzadas con cada pie ubicado sobre el muslo opuesto. Su corto cabello negro revoloteaba sobre sus ojos de iris amarillo. Sin embargo, lo que más me sorprendió de su aspecto fue que llevaba dos cuernos espirales en la cabeza y sus orejas puntiagudas y largas también eran idénticas a las mías.

Me giré hacia el lado opuesto, paralizada por el miedo. Mi casa yacía hecha pedazos, con los restos del mobiliario tallado por mi padre esparcidos detrás de mí. Al mirar a la extraña mujer, llegué a una conclusión que cobró sentido.

—¡Qué hiciste! —grité, agazapada—. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde están mis padres?

Tenía que ser una pesadilla: dos desconocidos de apariencia sospechosa, y entre ellos una mujer que podía flotar, nos habían invadido. De mis padres no quedaba ningún rastro.

Escudriñé a mi alrededor, pero no pude encontrar al misterioso joven que había aparecido en mi casa apenas un minuto antes.

La desconocida ladeó la cabeza, sin apartar las manos de sus rodillas.

—Pobrecilla, ¿te has asustado? —Su susurro martilló mi cerebro y retrocedí dos pasos.

Al hacerlo, unas pequeñas manos se aferraron a mi cuerpo y me sostuvieron de los brazos, lo cual me obligó a soltar el libro rojo. Me tiraron hacia abajo para aprisionarme. Cuando los vi, supe que eran niños. Intenté zafar, pero eran diez, o quizá un poco más de los que podía ver. Enterraron sus dedos en mi piel. Vi que tenían cuernos incipientes, recién brotados de sus cabezas. Aquellos cuernos miraban al frente y no eran curvos como los míos o como los de esa mujer.

—¿Dónde están mis padres? —balbuceé una vez más.

—Ya deja de actuar como una estúpida, los humanos no son nuestra familia. Tenemos que terminar lo que se empezó, vamos.

La miré helada, mientras los demás niños me marcaban la piel de los antebrazos.

—¿De... de... de qué estás hablando? ¿Quién... qui... quién eres tú?

—Neblina —dijo una voz aguda, y luego se le unieron muchas otras—. Neblina, Neblina, Neblina.

El coro de los niños se incrementó con la fuerza del viento. Siguieron jalándome hacia abajo, hasta que mis rodillas tocaron el suelo.

—¡Inclínate ante la tormentosa serafina del aire! —dijeron.

¿Serafina? Aunque la idea no parecía tan descabellada, especialmente al considerar que la veía flotando en el aire, negué con una sonrisa incrédula.

—Serafina del aire... ¿Aestus? —dije, riendo con nerviosismo—. Aestus era varón y se quitó la vida, por favor, luego de haber acabado con la diosa Nylena. ¿Crees que soy una ignorante? No me subestimes.

Ella pestañeó un par de veces, desvió la mirada hacia un lado y luego rodó los ojos en mi dirección. Irradiaban cierta decepción.

—¿Ser varón? —Ahora sus palabras expresaban un claro asco—. ¿Quitarme la vida? ¿Por qué cometería tal aberración? —me preguntó de manera retórica. Luego sonrió con malicia—: ¿Y qué te hace pensar que estaría aquí, en tierra firme, si la diosa Nylena estuviera realmente «muerta»? Tantos años bajo tierra te habrán quitado lo poco que tenías de cuerda...

La observé con la boca entreabierta, mientras el terror y la sorpresa se deslizaban como serpientes gélidas por mis entrañas. Di un paso adelante cuando la mera idea cruzó mi mente:

—La diosa Nylena está viva... ella vive igual que los cuatro serafines.

Susurrando esa conclusión, que aún me arrebataba la cordura, me esforcé por levantarme. Mi intento fracasó en cuanto los niños clavaron sus uñas en mi piel, haciéndome gritar de dolor al

cercenarla. Traté de apartarlos con un manotazo, pero solo logré que me mordieran. Mi sufrimiento aumentó.

Mientras luchaba por liberarme de sus garras y dientes, alguien me empujó por la espalda y casi caí. Los niños se apartaron de golpe y un pedazo de tierra, que se formó de la nada y se elevó hasta terminar en punta de forma violenta, apareció a mi costado. Sí, apareció de súbito, y antes de que pudiera asimilarlo, otro surgió a mi lado. Alguien desconocido me rodeó con su brazo y me atrajo hacia sí para apartarme de los filosos tumultos.

Muchos otros similares brotaron de forma sucesiva, hasta que me encontré en medio de un círculo formado por lanzas de tierra.

Aislados, el hielo a nuestro alrededor se quebró, dejándonos en el centro de una circunferencia. Todo el suelo fuera de nuestra área se hundió, provocando la caída de los niños. Escuché con horror sus gritos mientras caían al vacío.

—¿Cyrone, acaso? ¡Oh! No me alegro de verte —vociferó Neblina —. Mira cómo has matado a esos niños, tratando de hacerte el bueno.

El desconocido, que todavía me sostenía para evitar que me cayera al precipicio, suspiró. Su aliento rozó mi oído y un escalofrío recorrió mi espalda. Por impulso, intenté alejarme, pero mi movimiento fue torpe y terminé tambaleándome al borde del abismo. Por suerte ese ser —que al parecer se llamaba Cyrone— me agarró del antebrazo con firmeza. Cuando lo vi de frente, parcialmente suspendida hacia atrás, vi bajo la capucha sus labios curvados con ligereza.

—No los maté. Ellos están allí abajo; solo hundí un poco el suelo —bufó en tono grave.

Jaló de mí con suavidad para ayudarme a ponerme de pie, y entonces susurró en mi oído.

—Si quieres confiar en mí, salta en mi dirección. No te dejaré caer.

Me quedé tiesa como un palo, sin entender a qué se refería, hasta que dio un salto hacia atrás para cruzar el precipicio que lo separaba del otro lado con una agilidad sorprendente.

Neblina soltó una carcajada que me ensordeció por un momento debido al amplificado sonido de su voz.

—Por supuesto que escuché lo que le dijiste, Cyrone. ¿Crees que te va a hacer caso y te va a seguir solo porque tú se lo sugieres? —espetó ella.

—No voy a forzarla a venir conmigo como tú —respondió Cyrone.

Al oírlo, me obligué a tragar saliva. Me giré para mirarlo, preguntándome si él quería ayudarme. ¿Fue él quien me trajo a casa después de mi caída? ¿Qué hacía él en Riveria justo en ese momento? ¿Qué clase de poderes tenía para poder hundir el suelo y formar las lanzas de tierra que ahora me protegían? ¿Podía confiar en él?

La capucha le cubría toda la cabeza, y aquel manto oscuro ondeaba con la brisa. El enigma que transmitía su postura me dejaba sin palabras y mi corazón latía desbocado.

—Caelum. Cyrone no quiere ayudarte, solo quiere impedirte que hagas lo correcto. Escucha, las lanzas del Empíreo están listas y dispuestas para nosotros. Lo están desde el Gran Diluvio. —Neblina se acercó, pero un pico de tierra se interpuso en su camino—. Él es el malo aquí. Él no quiere que este mundo renazca. —La serafina bordeó el obstáculo—. Ven conmigo. Sé que debes estar aturdida... Tenemos que ascender a Catarbella, tienes que ver a Nylena.

La miré, confundida. ¿Las lanzas del Empíreo? ¿Ascender a Catarbella? ¿Serafines? No podía pensar con claridad.

Miré a Cyrone con más atención, pues no parecía tener la intención de contradecir lo que Neblina decía.

—¿De qué están hablando? ¿Quiénes son ustedes? —pregunté aterrorizada—. ¿Por qué vinieron? ¿Qué quieren de mí?

Neblina extendió su mano y un montículo más de tierra la empujó hacia abajo. Yo quería a mi mamá. No había otro pensamiento que pudiera formular. Quería despertar de esa pesadilla.

—¡Mírame! —vociferó Cyrone—. Vi a Nym correr en la superficie. Debes ir a buscarlo. Te aseguro que si vas con Neblina jamás volverás a verlo.

¿*Nym? ¿Cómo conoce este hombre a Nym*? Me detuve al oír sus palabras. Una corriente helada me subió de los pies a la cabeza.

—¿Conoces a Nym? —le pregunté temblorosa—. ¿Sabes dónde está?

Cyrone demoró en darme una respuesta, pero no despegó sus ojos de mí.

—No. No sé dónde está, pero sé quién es y cómo podríamos encontrarlo —respondió por fin.

Sin querer, vislumbré detrás de él mis pertenencias rotas. Mi hogar estaba deshecho en escombros, cubierto de la escarcha que desprendía el árbol que solía cubrir la casa y que ahora estaba torcido. ¿Cómo podría confiar en Neblina? Ella me había arrebatado mi vida. Era incapaz de creer que quien me había destruido podía curarme.

A unos pasos de Cyrone vi el libro rojo entre los escombros, que había soltado cuando los niños me atacaron. Recordé mis sueños, lo

mucho que quería escapar de Riveria. Pensé en lo feliz que sería si me reencontraba con mi hermanito, en lo destrozada que estaría si le pasaba algo allá en la superficie. El peligro del que me advertía mi madre era lo último que me importaba, solo quería salvarlo a él.

—¿Me ayudarás a buscar a mi hermano? —le pregunté a Cyrone por última vez.

Asiente, por favor, clamaba mi corazón. *Si me dices que sí, iré contigo a donde sea. No importa que me hagas daño o que no quieras realmente mi bien. Solo ayúdame a encontrarlo. Ayúdame a encontrarlo*..., rogué con la mirada.

Los ojos cansados de Cyrone se apaciguaron al ver mi rostro.

—Sí, lo prometo —contestó.

Sonreí, aunque no me sentía feliz. Tomar una decisión en esas condiciones era enervante. Aun así, decidí dar el salto hacia Cyrone desde el borde. Al hacerlo, dado el enorme precipicio que nos separaba, mis pies tocaron el aire; sin embargo, cuando creí que caería al vacío mi pie encontró tierra firme. Cyrone, con sus extraños poderes, estaba formando un sendero para mí a cada paso que daba, y recordé su promesa: «No te dejaré caer». Me extendió su mano para que me apoyara. Una vez llegué a su lado, lo solté para ir detrás del libro rojo.

Apenas recuperé mi tesoro un viento me atrajo hacia el lado contrario. Retrocedí en el aire y Cyrone no pudo evitarlo; volé hasta quedar bajo el cuerpo flotante de Neblina.

Me estampé en el suelo y, aturdida, me incorporé para comprobar hacia dónde había volado. Al hacerlo, la tierra debajo de mí trepidó, emitiendo un sonido sordo. Miré con arrobo los carámbanos de hielo que temblaban sobre nuestras cabezas, amenazando con

desprenderse. El hielo en el que estaba se resquebrajó, intensificándose el movimiento.

—Vas a jugar, Cyrone —masculló ella—. Pues juguemos.

Miré a Cyrone, que estaba de brazos cruzados sobre el hielo. El viento comenzó a agitar su capa, pero él permaneció imperturbable en su posición.

—No puedes levantarme con tu viento, Neblina. Puedo pesar más que mil rocas juntas.

¿Era un poder suyo el de aquel sismo? El tumulto de tierra congelada sobre el que estaba recostada se separó del resto, me arrastró hacia arriba y se estiró hacia la superficie. Me sostuve de los bordes de la plataforma, agachada y mareada por el vértigo. Neblina, que probablemente no esperaba ese movimiento, intentó elevarse para perseguirme, pero se detuvo al ver que los carámbanos filosos caían sobre ella como un diluvio.

Mientras ascendía a gran velocidad, presencié cómo Riveria se derrumbaba. El techo que antes nos cubría, con diamantes y hielos puntiagudos, se desmoronaba, enterrando todos los restos que quedaban de mi casa. Me senté en el bloque de hielo mirando hacia abajo, incrédula.

De pronto, vi que otro fragmento se elevaba hacia la superficie en paralelo a mí. Sobre él estaba parado Cyrone, quien me observaba con seriedad mientras Riveria se caía a pedazos por el mortífero terremoto.

Debiste haber decidido mejor en quién confiar, me regañé a mí misma.

Si mis padres seguían con vida dentro de Riveria, seguramente ya habrían muerto.

4

Aterricé en el pastizal escarchado. Una brisa acarició mis mejillas heridas y solté una figura espiral con mi aliento. Observé unas hileras verdes brotando de la tierra, las arranqué con mis manos y entonces comprendí que no se parecía en nada a lo que había visto en Riveria. Esa era la superficie, y en ese lugar crecía hierba blanca sin ahogarse en montones de nieve. Abracé el libro rojo como si estuviera a punto de escaparse de mis manos. Cuando traté de ponerme de pie para explorar el entorno, mi garganta se cerró por completo al respirar; era como si una fuerza invisible me estuviera estrangulando, de manera que el sofoco me hizo caer de rodillas.

¿*Qué me pasa*?, pensaba mientras luchaba por aspirar.

Oía una voz distorsionada hablándome, pero mientras sostenía mi garganta con ambas manos no podía girarme a ver a quién insistía en obtener mi atención. Intentaba hablar, pero no hallaba mi propia voz.

Dos grandes manos tomaron mis mejillas y dirigieron mi vista hacia adelante. Me encontré con un espectro oscuro cuyo rostro me resultaba indistinguible.

—Gyuri, escúchame. Nym está vivo. Lo vi corriendo antes de que yo bajara al subterráneo. —Su voz rebotó en mi cabeza como un eco.

La presión en mi pecho se liberó de golpe al oír esas palabras y respiré con desesperación. Lo miré y por fin pudereconocer quién

era: Cyrone. Cuando él corroboró que volvía a respirar, me soltó y se alejó de mí.

Un caos invadía mis pensamientos. Aún jadeante, observé mi alrededor. Me encontré con un mundo extraño, con un pasto cubierto de rocío brillante. Del suelo brotaban árboles invernales de muchos colores fríos, pero luminosos. Sin embargo, al mirar al cielo ya no encontré carámbanos ni diamantes. Sobre mi cabeza solo se extendía una infinita capa de niebla teñida de los colores de la arboleda. Más allá de ella, nada. No parecía haber nada.

—Me siento cansada —susurré y me toqué la frente, presintiendo que me desvanecería.

Me tropecé y Cyrone rápidamente me sujetó de los hombros. Con los ojos entrecerrados, vi el negro de la capa y una parte de su ropa debajo de ella. Una camisa. A diferencia de mí, él desprendía una calidez corporal encantadora, lo que me provocaba ganas de recostarme en su pecho y dejarme llevar por el sueño.

—Levántate. Debemos irnos antes de que Neblina consiga escapar de los escombros.

Percibí que me sacudía levemente.

—¿No escuchas? —enfatizó él, tratando de hallar mi mirada.

Antes de que pudiera engañarme en mi somnolencia, lo empujé con fuerza para que me soltara. Recordé lo que le había hecho a Riveria. No tenía pruebas para demostrar que el sismo lo había provocado él, pero según lo que habían conversado en mi presencia y los otros poderes que manifestó con el suelo, podía acusarlo de eso.

—¡No iré contigo a ninguna parte! —grité, sintiendo un dolor agudo en las sienes—. Tú destruiste mi hogar. Fuiste tú junto a esa

tal Neblina, ¿no? ¿Cómo piensas que puedo irme contigo?

—Sí, fui yo. —Su mirada penetrante me obligó a apartar la vista—. ¿Y qué? Tu familia no estaba allí cuando llegué. Tus padres deberían estar aquí en la superficie. ¿Te vas a poner a llorar por un par de muebles y cachivaches?

No le presté atención. El dolor me carcomía desde adentro, burlándose de mí. Podía escuchar las sibilancias de mi respiración y cuando miré uno de mis dedos noté que mis uñas se tornaban moradas.

—¿Qué me está pasando? —pregunté nerviosa, a punto de arrancármelos, porque el morado se volvía profundo hasta llegar al negro y aquella tinta comenzaba a extenderse en las venas de mi mano, remarcando las raíces que tenía bajo la piel.

Cyrone se quitó la capa, revelando lo que había debajo de ella. Lo primero que vi fue su rostro, cuya mirada cansada, oscura e intimidante estaba adornada con unos iris de tono violeta. Sus rasgos delicados contrastaban con lo angular de su mandíbula y con sus cejas gruesas y fruncidas. Cuando por fin pude apartar la vista reparé en que de su cabeza brotaban dos grandes cuernos frontales terminados en punta, y entre su cabello añil oscuro se asomaban unas largas orejas afiladas.

Él era como Neblina. Era como yo... él era un...

—Soy un serafín al igual que tú, yo soy el serafín de la tierra. —Sus ojos examinaron los míos—. Tienes ganas de llorar como los humanos, pero no puedes. Los ángeles no lloran. Por eso me necesitas. Necesitas a alguien que te mantenga cuerda y sepa cómo resguardar tu cuerpo en Riveria. Si no tienes una iridia saludable incluso tu cuerpo inmortal puede congelarse, herirse.

Mientras me explicaba eso, me arropó en su capa y un cálido calor despejó mi mente del miedo. No podía evitar que lo hiciera, me encontraba demasiado cansada, y aquella información se apoderaba de mis pensamientos. ¿*Serafina, yo*?

—¿Qué es una serafina? ¿Te refieres a...? No... —susurré adormecida—. No es posible que yo sea... que yo...

—Gyuri, eres parte de los cuatro serafines de la naturaleza. Eres la serafina del cielo.

Negué con la cabeza. Un terror inmenso me envolvió. Miré hacia arriba y vi que no había nada, pues necesitaba comprobarlo antes de afirmarlo:

—El cielo del que hablan mis novelas no existe —respondí sobrecogida.

—Eso es porque no has hecho tu trabajo desde hace un buen tiempo —dijo él, con una sonrisa apenas perceptible.

—Pero... —Tartamudeé varias veces, antes de comprender siquiera la mitad de lo que ocurría—. El serafín del cielo, Caelum, acabó con su vida...

—Estás agotada, debes descansar, no hay tiempo para explicaciones ahora. Duerme, luego te lo contaré, te lo prometo —le escuché decir a Cyrone en un susurro lejano—. Déjate ir...

Mi mente dio un vuelco, rozando la locura. Reí un poco bajo la capa y cubrí mi boca. ¿Se trataba de una broma? Si yo era la serafina del cielo, ¿qué hacía escondida bajo tierra? Miré de nuevo a Cyrone y luego arriba, más arriba, cada vez más hacia atrás, hasta que mi cuerpo se dejó caer. Solté el libro, que ya me pesaba demasiado. Me desplomé derrotada, con los ojos entreabiertos.

Aún tenía algo de conciencia, por lo que pude percibir el aroma arrullador de la tierra mojada. Una esencia sedante. Podía percibir que alguien me llevaba en brazos hacia alguna parte. ¿Era el serafín?

No podía oponer resistencia. Me quedé profundamente dormida a su merced.

Cuando desperté, un humo me hizo toser. Percibía mi entorno borroso, así que pestañeé para enfocar la luz de una fogata que quemaba frente a mí. Detrás de la hoguera se encontraba Cyrone. Me miraba de reojo, aunque tenía su atención fija en lo que cocinaba sobre el fuego.

Traté de reconocer el lugar en el que me encontraba, pero estaba tan oscuro que me resultaba imposible. Nos hallábamos rodeados de piedra... ¿una cueva? No parecía tener salida al exterior. Lo único que alivió en parte mi miedo fue encontrar mi libro junto a mí.

Mi cuerpo agarrotado no obedecía a mis intentos de ponerme de pie; al doblar los dedos de la mano, una sensación de ardor me invadía. El movimiento dolía, dolía. Lo intenté otra vez y sentí como si me muriera. Boté el aire. Debía escapar. Debía marcharme de algún modo. Debía ir a buscar a mi hermano.

—Deja de insistir —me regañó Cyrone—. ¿O tanto te odias?

—¿A dónde me trajiste? —pregunté con voz débil.

—Estamos en la superficie. Formé una cueva y la cerré para aislarnos del frío.

¿Cómo se puede «formar una cueva»?, me pregunté, pero no dije nada.

Me dejé caer tras varios intentos.

—¡Buenos días, tardes, noches, señorita Gyuri! —Una voz chillona se oyó desde un costado.

Me sobresalté y se me erizaron todos los pelos al visualizar una criatura pequeña y viscosa, que se elevó en el aire al batir sus dos alas bicolores.

—¡¿Qué... qué es eso?! —Traté de alejarme, alterada, pero el cuerpo me volvió a doler—. ¡Auch! ¡Ah, maldita sea!

—Señorita Gyuri, por favor, no se mueva. Yo le puedo explicar su situación. Usted está en Entrita, cruzó las montañas junto a *sir* Cyrone y aquí ya no hace tanto frío, pero su cuerpo todavía está...

—¡¿Qué es lo que eres?! —insistí. Todavía me costaba creer lo que veía.

—¿Preguntaba por mí? Me halaga su atención. Soy un animal celestial. Una rana celestial, como dirían ustedes los serafines.

—Flye, deja de atormentarla con información. Apenas empieza a comprender que es una serafina —le dijo Cyrone.

Una información que probablemente me costaría demasiado esfuerzo comprender.

—Cyrone... ¿así te llamas? Déjame ir, mi hermano está solo.

—Así me llamo —me respondió—. No podrás hacer nada por tu hermano si sales y te congelas. —Cyrone me entregó un bol de piedra lleno de una sopa luminosa que resaltaba en la oscuridad—. Ten. Esto te puede ayudar a calentar el cuerpo.

Vi su cara; enfoqué esos ojos de iris púrpura que me hicieron saber que yo no le simpatizaba del todo. Parecía estar enfadado, y

sus ojeras me demostraron que no quería estar allí.

Me detuve antes de coger el bol, ojeando la sopa sospechosa. La ración no desprendía ningún olor que delatara algún tipo de veneno, pero su brillo y color relumbrante me hicieron dar un respingo.

—¿Acaso nunca viste una sopa? —Cyrone arqueó una ceja.

—Así de luminosa, no —obvié con mi tono—. Mis padres me lo han dicho, hay que quitarle el brillo a los frutos antes de cocinarlos.

—Señorita Gyuri, los humanos suelen temerle a todo lo que ven, ¿lo sabe? Seguro que sí, por como reaccionó al verme. La luminosidad de los frutos y plantas es inofensiva para su salud.

—Es fácil decir una mentira, no los conozco a ustedes. No voy a tomar la sopa.

Cyrone suspiró con pesar.

—Lo que me faltaba, una niñita berrinchuda.

—¿Niñita? —gruñí ante su desdén—. Soy una mujer. Que no confíe en ti no es raro, ¿verdad? Destruiste mi ciudad. ¿O debo confiar más en ti que en mis padres? Esa mierda podría estar envenenada.

Cyrone me miró con seriedad y acercó el bol a sí para tomar un sorbo.

—¿Cómo puede creer que seríamos capaces de envenenarla? —se indignó la rana.

—A ver, «mujer», piensa un poco. Si quisiera hacerte daño, pude haberlo hecho mientras dormías —respondió él.

Un escalofrío recorrió mi cuello y observé mi cuerpo para corroborar que todo estuviera en orden.

—¡Sir Cyrone! —se horrorizó Flye.

—Que no lo hice —insistió hastiado—. Esas heridas que traes son porque tu iridia está debilitada. Tu cuerpo puede resistir lo que sea,

excepto si tu iridia flaquea.

—¿Y qué dragonartos son las iridias? —pregunté.

Sus ojos se desviaron hacia arriba con un gesto de fastidio, como si fuera muy difícil explicarme.

—Son el corazón de los serafines. Es una analogía: los serafines, en vez de corazón, tenemos un cáliz que se llena. Somos inmortales porque el cáliz jamás se rompe. El problema es que solo se colma de iridia para funcionar... digamos que es el vino que llena el cáliz. Si tu iridia se consume, te duermes.

Volví a ladear mi cabeza ante su explicación.

—¡¿No lo entiendes?! La iridia es el propósito de cada serafín: la misión, lo que enciende tu cuerpo, lo que le cura. El costo de la inmortalidad. Sin ella no puedes moverte ni usar tus poderes. Tu piel ennegrece hasta que quedas completamente petrificado. Al parecer, tu iridia es tu familia.

Lo observé con una ceja alzada. La repetida broma de que yo era una serafina comenzaba a cansarme. ¿Cómo podía ser otra cosa que una broma? La idea de que alguien como yo fuera un ser celestial, un creador de la naturaleza, era simplemente absurda. Resultaba mucho más fácil creer que ese hombre estaba desquiciado.

—Entonces, según tú, ¿soy Caelum? ¿Y cómo es eso posible, si se supone que murió? —dije con una risa nerviosa atorada—. Deberías considerar ser escritor, Cyrone. Tu imaginación no tiene límites.

Me clavó una mirada seria, como si estuviera por completo seguro de sus desvaríos.

—Sí. No. Maldición. Verás, Lummina... —Cyrone desvió los ojos de mi rostro y frunció sus labios en una línea. Yo hacía lo mismo cuando intentaba llorar—. La antigua serafina del cielo murió después de

desatar el Gran Diluvio. Cuando las lanzas del Empíreo liberaron su poder, ella misma decidió poner fin a su existencia con ellas. Caelum es el nombre de tu rol, como Aestus el de Neblina, ¿comprendes?

—Entonces ¿Lummina se suicidó y yo heredé sus poderes? Vaya argumento, ¿no crees?

El serafín pareció herido, pero aquella expresión tardó apenas un segundo en ser reemplazada por una mueca de fastidio.

—No es nada extraño. Los serafines al morir heredamos nuestros poderes a nuestros tronos.

—Tronos —repetí asintiendo, con un tono que delataba mi completa ignorancia sobre el tema.

—Señorita, los tronos es en lo que se convierten los querubines al crecer.

—Los querubines son esos niños que viste junto a Neblina, los que te estaban atacando —completó Cyrone, anticipando mi confusión.

—Entonces, eso quiere decir... ¿qué pasó con los otros? Co... con los demás querubines.

—Tú fuiste la única querubina que ella hizo nacer. La serafina del cielo te encerró en Riveria con una familia humana bondadosa que te cuidaría hasta que fueras grande y digna para sucederle.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso era tu pareja o algo parecido?

—¡Señorita Gyuri! —saltó la rana.

Cyrone miró en otra dirección mientras se colocaba una mano en la nuca.

—Déjala, Flye, no sabe lo que dice. —Volvió sus ojos sobre los míos. ¿Hablar de ella le dolía?—. No, Gyuri, no éramos pareja. Pero creo que me consideraba un buen amigo, solo yo sabía dónde estabas. ¿Quieres hacer alguna otra pregunta sobre mi vida

amorosa? ¿Tal vez el ángulo exacto en el que Lummina se enterró la lanza del Empíreo? ¿O ya terminaste?

Me quedé sin habla por un instante. En mi mente resurgió la imagen de la barrera que me había mantenido prisionera en Riveria. Era una cárcel invisible, un poder más fuerte que cualquier obstáculo material. En ese momento, todo encajó para mí: por qué no había podido salir y, sin embargo, mi hermano lo había hecho sin problemas. Dejé escapar un suspiro de frustración.

Pronto, tras pensar que asumir lo que me decían tenía sentido, relajé mi rostro. Miré mis manos que ahora recuperaban su color. Eso podía significar una sola cosa.

—Bien. Supongamos que sí soy una serafina. Mis manos tienen color, lo que significa que mi iridia no se ha apagado. Eso quiere decir que... ¿mi familia está viva? —La expresión dura del serafín se suavizó.

—¡Así es, señorita Gyuri! ¡Qué felicidad! —dijo la rana.

—Pero ¿cómo? Tú demoliste Riveria. Mis padres no pudieron huir de eso.

—Te repito. Cuando llegué no estaban tus padres cerca. Probablemente fueron en busca de tu hermano menor.

La llama dentro de mi pecho volvió a arder, permitiéndome respirar con un poco más de normalidad.

—Todo está sujeto a su convicción, señorita Gyuri. Hasta que no compruebe usted que ha perdido su iridia por completo, jamás se apagará —me explicó Flye.

Cuando Cyrone sorbió el bol de sopa noté que llevaba un anillo dorado en su dedo anular izquierdo, que brillaba con una luz similar a la de las plantas en Riveria. Con ello pude notar otras

características llamativas de sus manos, como que las tenía vendadas y que la poca piel visible de sus dedos estaba ennegrecida.

—¿Qué es lo que eres? —le pregunté mientras él degustaba la sopa.

—Ya te lo dije, soy el serafín de la tierra —me contestó.

—Pero ¿qué eres para mí? ¿Somos hijos de Nylena? ¿Somos hermanos?

Cyrone carraspeó, interrumpiendo mi pregunta, y luego comenzó a toser en su puño.

—No, no. No somos hermanos. —Siguió tosiendo mientras dejaba la sopa a un lado—. Nylena no es nuestra madre. Somos parte de distintos linajes de serafines, por eso tenemos distintos poderes. —Hizo una larga pausa para recuperar su temple—. Por Catarbella, toma esa maldita sopa de sorivales. Mira tu nariz, parece un frijol rojo.

Ofendida, escondí la nariz detrás del puño. Recogí el bol con orgullo y fruncí el entrecejo.

—Mi piel es delicada. ¡Mi nariz se pone así con el frío!

—Pues imagínate cómo está ahora que te congelas.

—Un serafín que es inmortal, pero que se congela así sin más, me parece inútil —opiné.

—Buen punto —añadió Flye.

—Habla por ti. Yo no me estoy congelando —respondió.

Y era cierto, Cyrone estaba sin su capa, desprovisto de cualquier abrigo.

—¿Por qué será que yo me congelo? Si mi familia es mi iridia... no será que ellos...

—Se están alejando de ti, así es. Si lo que hace tu alma vibrar es una persona o un objeto, entonces mientras más lejos se encuentre de ti, menos resistente serás.

Sentí un maldito impulso de correr tras ellos, pero tal vez tenía razón, debía cuidar de mi cuerpo antes.

Luego todo cobró sentido. Por eso todas mis heridas se curaban, por eso sobrevivía y por eso era tan resistente al frío; porque siempre tuve a mi familia merodeando a mi alrededor.

—¿Cómo es posible que tú...?

—Es porque mi iridia está completa —se adelantó Cyrone.

—¿Y cuál es tu iridia? —Busqué a mi alrededor, pero todo estaba oscuro.

—Soy yo —dijo Flye, y Cyrone resopló.

El serafín sonrió por primera vez ante mí. Su expresión se había mantenido indiferente y sosegada, pero no pudo evitarlo, por lo que se cubrió con la mano como si le avergonzara mostrarla.

—No. —Volvió a ponerse serio—. A veces a Flye le gusta creérselo. Lo que pasa es que mi iridia es tan grande que no importa cuánto me aleje de ella: sigue brillando. Como dije, el que una iridia brille en tu pecho depende del tamaño de lo que sea, y lo cerca o lo lejos que se encuentre de ti. Y, por supuesto, de tu creencia, de que mantengas la idea de que volverás a tenerla contigo.

Suspiré apesadumbrada.

—Por eso es un fastidio tener de iridia a un mortal. Es como condenarse a morir —añadió Cyrone.

—No diga esas cosas tan desafortunadas, sir Cyrone, queremos ser amigos de ella, no que nos odie —dijo Flye.

—¿Morir? ¿No se supone que soy inmortal? —insistí, confundida.

—Si pierdes tu iridia, entras en un trance en que tus extremidades ennegrecen, no respiras y tus ojos pierden el brillo. Sigues viva, pero *mueres*. ¿Recuerdas que no podías respirar? Pues estabas entrando en aquel trance.

Lo entendí enseguida. Por un momento creí que había perdido a mi familia. Quería llorar desconsoladamente y no podía, por ser una serafina. No pude expresarlo de otra manera más que *muriéndome*.

—Es aterrador —murmuré.

Un silencio se instaló entre nosotros. Sin querer interrumpir aquella paz, dirigí la mirada hacia las botas de Cyrone, dejando que mis ojos lo recorrieran por completo otra vez. Noté que su pelo superaba ligeramente el largo del mío, aunque por delante lo llevaba corto y desordenado. Al verlo moverse de improviso, me tensé del susto.

—Oye, ¿puedes dejar de tenerme miedo? —me dijo él, aunque no hacía nada para causarme menos miedo—. ¿Son mis cuernos? Qué hipócrita, ¿acaso no te espantabas al verte en el espejo?

Pues sí, respondí en mi mente.

—Los tuyos son aún más espantosos. Son... —Quise agregar «más grandes y apuntan hacia adelante», pero me callé, porque él se me acercó de manera considerable.

—Oye, tranquila. Escucha, te irradiaré iridia —me explicó, arrodillado frente a mí.

El bol de sopa tembló en mis manos y el líquido que se rebalsaba me quemó las muñecas.

Cyrone levantó su palma y la acercó a mí. Luego se detuvo, vaciló un instante y, cuando por fin dejé de tensar los hombros, acarició con suavidad mi mejilla. Su palma era lo suficientemente grande

como para cubrir toda mi cara. Me encontraba tan tensa que parecía que me había convertido en piedra. En ese momento, su piel se iluminó con una resplandecencia efervescente que me inundó de energía y una extraña sensación de placer. Mi cuerpo dejó de doler. Él mantuvo sus ojos cerrados, así que no pudo ver cómo mis heridas sanaron sin dejar ni una sola marca o cicatriz. Sin embargo, cuando volvió a abrir los ojos, me observó y retiró su mano sin mostrar sorpresa alguna. Por fin pude erguirme del todo y mover bien mis dedos.

—¿Cómo? ¿Siempre pudiste hacer eso? —le pregunté indignada—. ¡¿Por qué no lo hiciste antes de que me despertara?!

—Prefería que supieras lo que iba a hacer con tu cuerpo. ¿No estás de acuerdo? —Él se levantó y regresó a sentarse al otro lado de la hoguera.

—¿Ve, señorita Gyuri? Aunque sir Cyrone parezca el villano de un cuento, en realidad es muy bueno. —Flye detuvo sus palabras cuando el serafín le dirigió una mirada asesina—. Bueno, es hora de que asuma verdades, sir Cyrone.

Al poder moverme sin problema, la posibilidad de escapar me hormigueó en las piernas. *Ellos tan solo me retrasarán*, pensé. Tenía que ir a buscar a mi hermano antes de que fuera demasiado tarde. Estar cerca de Nym haría que mi cuerpo volviera a ser igual de resistente que antes. Sería capaz de valerme por mí misma. No necesitaba su ayuda; estaba completamente convencida de eso.

—Oye, Cyrone. —Mi tono de voz de pronto se volvió más dulce—. Aprecio mucho tu ayuda, gracias. Sin ti, seguiría sin poder moverme.

—No es nada —respondió sin endulzar su voz, ni siquiera un poco.

Rodé los ojos con hastío, me puse de pie y cogí mi libro, echando un vistazo a la cueva. Todo era igual por todas partes: piedra y más piedra, pero me di cuenta de algo que podía usar a mi favor. Mi mirada se dirigió a la hoguera y tosí con fuerza, fingiendo intoxicación. El serafín ni siquiera me miró, así que carraspeé con más ímpetu.

—Bueno, tose hacia el otro lado, ¿quieres? —me dijo por fin.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Es el humo? —preguntó Flye.

—Sí. —Tosí de nuevo—. Me siento ahogada. Quisiera ir a tomar un poco de aire ahora que estoy mejor.

—¿Te ahoga el humo de la hoguera? —preguntó él—. Si recién no te había causado nada. ¿Se te reinició la personalidad de damisela en peligro?

—Ya, sir Cyrone, no sea grosero.

Apreté los labios. Convencerlo sería más difícil de lo que creía.

—No es eso, pero ahora que puedo respirar bien... —Tosí otra vez —. El humo está inundando mis pulmones...

Él frunció el ceño y volvió a mirarme.

—¿Quieres escapar?

Negué de inmediato con la cabeza.

—¡No! ¡No, claro que no! ¿Cómo crees? —dije, ofreciéndole la misma mirada que mi madre denominaba «de cachorro». Mis padres nunca se habían resistido a ella.

El primero en caer fue Flye.

—Exacto. ¿Cómo puede acusar a la señorita Gyuri de algo así? —dijo en tono indignado.

Al ver al serafín ponerse de pie después de un suspiro rendido, pensé que una vez más mis ojos no me habían fallado, pero pronto

sus puños se cerraron y yo retrocedí un paso.

No sabía qué estaba haciendo. La tierra empezó a temblar y la piedra que nos rodeaba se abrió de par en par, permitiendo que el aire del exterior entrara. Las rocas se fueron destruyendo una a una, dejando nuestro refugio totalmente expuesto. Miré a Cyrone y aguardé cinco interminables segundos antes de lanzarme a correr para escapar.

Tragué saliva y, reuniendo la suficiente osadía, salté sobre las rocas y corrí sobre el pastizal nevado. Me alejé lo más que pude antes de voltearme para confirmar que el serafín y su compañero animal no me seguían.

Suspiré de alivio.

Por primera vez eché un vistazo a la superficie y me detuve al ver esos desconocidos colores. Eran tan cálidos que fatigaban mis retinas; pese a la penumbra que me rodeaba, las luces amarillas me cegaban cuando las miraba directamente. La brisa era gentil y no me empujaba hacia atrás como en Riveria. Solté sin querer una risa, porque su contacto me provocó cosquillas. La hiedra bajo mis pies era de un color que jamás había visto; su estímulo me provocaba serenidad. Corrí y mis botas hicieron crujir un par de hojas secas al pisarlas. Sonreí de satisfacción y abrí los brazos cuando bajé acelerando por una pendiente, parecida a la colina de Lobres, pero mucho más cálida. Cuanto más avanzaba, más caliente era el ambiente, más reconfortante y alegre.

Había sentido ese calor alguna vez frente a la fogata encendida en mi casa, pero solo en lugares focalizados de mi cuerpo cuando los acercaba al fuego. ¡Jamás lo había sentido en todas partes, incluso

en mi interior! Reí y di vueltas por la sensación de libertad tremenda que me consumía.

De repente, el ambiente se tornó más cálido, casi lo sentía palpitar. Mientras más avanzaba, más me acercaba a esa sensación, la de un abrazo, la del abrazo de mi Nym. Sí, la temperatura aumentaba y la luz se volvía más brillante y esclarecedora. Corrí con mayor fuerza, hasta que divisé al emisor de aquel fulgor. El miedo me paralizó el cuerpo y me agarré el pecho con la mano para controlar el ruido de mi respiración.

Una bestia, un monstruo. Tan grande como un árbol. Su pelaje reemplazado por llamas.

El sudor empezó a gotear por mi frente. Retrocedí en cuanto me vio. Rugió tan fuerte y exhaló tanto aire que caí al suelo. Quise pedirle perdón por alguna razón. Estaba a punto de atacarme. Me arrastré por el pastizal, que ahora se teñía de negro por las llamaradas que desprendía el animal en cada rugido.

El terror se apoderaba de mí, y mi iridia se debilitaba al imaginar a mi familia enfrentándose a los embates de esa bestia. No podía ponerme de pie. Golpeaba mis piernas para que reaccionaran, pero no lo hacían. «Ellos están bien», intentaba convencerme, pero aún no podía levantarme. Una sensación de pánico me invadió al ver al animal acercarse. Morir no era el peor destino, especialmente sabiendo que unas brasas envolverían toda mi piel hasta deshacerla. Pero la regeneración sería eterna, dolorosa, horrible.

La bestia se incendiaba aún más con cada rugido y, de pronto, con una de sus patas me aplastó contra la tierra. Las llamas alcanzaron mi abdomen y se impregnaron en mi piel. Grité porque dolía. Dolía, dolía, ¡dolía!

En un instante, el animal emitió un sonido tan fuerte que trascendió más allá de lo que mis oídos podían captar. ¿Estaba siendo atacado? Abrí ligeramente mis ojos y vi a alguien aproximándose sobre su cabeza. El atacante cortó entre las llamas de su cuello. Observé un hacha de oro, y quien la sostenía era Cyrone. La bestia gimió y gruñó hasta que finalmente cayó derrotada a mi lado. Mi pecho subía y bajaba, apresurado. Permanecí inmóvil en mi lugar, pues cualquier movimiento me causaba dolor. Aunque el animal ya no me estaba atacando, el fuego seguía derritiendo mi piel.

—No huyas con mi capa, ladrona —oí la voz de Cyrone, quien descendió del cuerpo inerte de la bestia.

Al tocar mi abdomen, el serafín curó mis heridas. Dejé de jadear cuando el ardor cedió ante mis tejidos regenerados. Lo miré con una expresión de rendición y, al sentarme, me cubrí el rostro avergonzada.

Comencé a temblar y sentí la urgencia de gritar, pero me encogí, incliné la cabeza y apreté los dientes. Cyrone colocó su mano en mi cabello y de pronto me invadió una leve sensación de nerviosismo que me obligó a ponerme de pie.

El cuerpo me dolía, me ardía, por lo que era incapaz de controlar mis sentimientos. Vi que Flye se acercaba volando hacia mí y volví a sobresaltarme.

—¡No me toquen! ¡Aléjense de mí! —grité cuando la criatura se me posó en el hombro—. ¡¿Qué se supone que es esa cosa?! —grité apuntando hacia el animal muerto.

—Un ruroido, señorita Gyuri, una bestia con pelaje de fuego.

—¡Yo sabía que no tenía que venir a la superficie! ¡Se lo he dicho a Nym! ¡Maldita sea! —Seguí gritando y me cubrí la boca con las manos temblorosas, porque me era imposible contenerme.

Gemí a través de mis dedos, la ira me corroía. Quería devolver el tiempo y evitar que eso me pasara. Apenas vi que Cyrone tenía la intención de dar un paso hacia mí, retrocedí y caminé en dirección contraria.

A los dos pasos, mis piernas se hundieron en la tierra hasta la altura de la pantorrilla. Miré a Cyrone. Tenía la mano derecha en forma de puño, ejerciendo presión.

—No puedes irte. ¿Qué vas a hacer si te encuentras con otra bestia salvaje como esta? Oye, no te esfuerces tanto por alimentarlos, para eso estoy yo —vociferó el serafín, soltando la presión de la tierra que había absorbido mis pies.

—¡¿Por qué te interpones?! ¡Si me muero no es asunto tuyo! —le grité, superada por el terror y la ira.

—No peleen, por favor —nos pidió Flye.

—Te prometí que te ayudaría a recuperar a tu hermano —replicó el serafín.

—Sí, pero ese no es tu problema, Cyrone. Déjame ir.

—También le hice una promesa a Lummina —insistió con una mirada penetrante, mientras se acercaba a mí—. Tengo que cuidarte.

Me desenterré y sacudí mis rodillas. Por fin, el escozor de las quemaduras había desaparecido por completo. Estaba segura de que si revisaba mi cuerpo, no tendría marca alguna.

—Señoritos, les pido encarecidamente que dejen de discutir. —El anfibio voló entre ambos y se dirigió a mí—. Señorita Gyuri, no

queremos mantenerla cautiva, solo pretendemos que usted encuentre a su hermano. En Melcior existen muchos peligros: bestias, temperaturas extremas y plantas carnívoras. Incluso el encuentro con humanos puede resultar peligroso para usted. Sé que no lo puede notar, pero sir Cyrone se preocupa de forma genuina por usted.

Su presencia me calmaba de una manera difícil de explicar. Apenas lo conocía, pero podía ver en sus oscuros y nublados ojos que me decía la verdad.

—Rana... —susurré, por fin siendo capaz de tomar aire y calmar mi crisis.

—Mi nombre es Flye, para servirle. —Pese a que el anfibio no tenía gestos faciales, a mí me pareció notar una cálida sonrisa.

Estaba tan concentrada en Flye, que no me percaté de que el serafín tenía otros planes. Hizo surgir a mis espaldas un árbol en la tierra, al cual se aferró mientras lo hacía crecer. Extendió su mano hacia mí, como si me estuviera invitando a subir con él.

—Hazme un favor —me pidió Cyrone.

Negué con la cabeza en un gesto de desprecio, pero antes de poder responderle con palabras, el serafín me tomó del brazo. Mis pies, de repente, se despidieron del suelo.

—¡Sir Cyrone! ¡Por los siete mares de Riorense! ¡Estaba logrando convencerla! —gritó Flye, pero su voz se fue debilitando cada vez más mientras me alejaba de la tierra firme.

Me elevé en el aire y el vértigo golpeó mi estómago. Cuando miré hacia arriba, Cyrone me atrajo hasta rodear mi cintura con uno de sus brazos. Bajo nosotros el árbol seguía creciendo cada vez más hasta pasar la altura de la planta más grande que alguna vez había

visto: la Flor del Tallo Infinito. Mi miedo fue opacado por la incertidumbre. ¿Qué pretendía el serafín?

Cuando dejó de crecer y mis pies tropezaron con el aire, me desesperé al dimensionar la altura. Primero un huracán, luego un terremoto, y en ese momento un árbol colosal. No tenía ganas de seguir familiarizándome con los serafines de la naturaleza. Cyrone me apretó con más fuerza para ayudarme a posarme con firmeza en la gruesa rama.

—¡Qué haces! ¡Suéltame! —supliqué, pero cuando él retiró su brazo de mi cintura, recapacité—. ¡No! ¡No, no me sueltes! ¡¿Qué te pasa?!

—Quería pedirte el mísero favor de echarle un vistazo al mundo que estás pisando, porque parece que no lo entiendes.

Cyrone estiró su mano libre y, con una fuerza extraordinaria, nos subió en una rama mucho más gruesa. Me tambaleé de la impresión y estuve a punto de caerme, por lo que el serafín tuvo que sostenerme de las caderas para estabilizarme.

—¿Me vas a obligar a hacerte un favor? Pues ya no es... un favor —Jadeé asustada cuando, sin querer, miré hacia abajo.

El serafín se sentó en la rama.

—Observa más allá de la niebla, a la izquierda y a la derecha.

En ese lugar aislado, donde solo podía depender de él para estar segura, no tuve más opción que hacerle caso. Me senté a su lado y miré temerosa hacia atrás, asumiendo que era el lado derecho de Melcior. Observé unos riscos tenebrosos, montañas oscuras y de apariencia hostil. Lo único que escuchaba era el viento que recorría el camino desde lejos. No había vida ni iluminación. Los árboles que animaban el escenario con sus luces no eran visibles a esa altura. La

angustia que me provocó mirar hacia ese lugar me obligó a tragar saliva.

Luego, él dirigió mi cabeza hacia el otro lado, tomando mi mentón con delicadeza. Sin quererlo, creí que me obligaba a mirarlo a él, por lo que me congelé al reflejarme en sus profundos ojos violeta. Mis latidos, ya desbocados por los nervios y el terror, aumentaron un poco más al compartir el contacto visual. De pronto, tras él, divisé una niebla infinita de esos colores cálidos que jamás había visto. Mi atención se desvió ligeramente, y me sumergí en una mezcla de asombro e inquietud.

—Amarillo, rojo, naranja —susurró Cyrone, mientras se volteaba para ver lo mismo que yo—. Así se llaman esos colores.

Asentí. Los había visto, más opacos y diluidos, en el fuego que mis padres hacían para cocinar. Pero eso..., eso era diferente.

—Es hermoso, ¿no crees? —dijo el serafín. Su tono era tan triste, que volví mi mirada sobre su rostro—. Mira más allá —insistió Cyrone y yo regresé mi vista a la niebla—. De donde toda esa luz proviene, en lo más alto de una plataforma nubosa, se encuentra Catarbella, nuestro hogar.

Vi que debajo de esa plataforma flotante que él llamaba Catarbella, se extendía una exuberante vegetación, luces titilantes y sonidos lejanos de bestias. Algunas especies voladoras surcaban el cielo sobre los pueblos, y era hermoso, pero mi orgullo reprimía las ganas de decirlo.

—Desde que el cielo desapareció, Catarbella es nuestra fuente de vida. La diosa Nylena irradia su iridia a todos los seres vivientes. Les brinda calor. Ella duerme para poder conseguir todo esto —me explicó—. Si tú conoces a tu hermano, ¿hacia dónde crees que iría?,

¿crees que se quedaría en el frío de Riveria? ¿O crees que se iría camino a Catarbella?

No podía apartar mi vista de la hermosa panorámica de Catarbella. A pesar de la distancia, irradiaba una luz y un calor frágil que me emocionaba. Recordaba que Nym hablaba mucho acerca del paraíso... Allí se encontraba Nylena y todas las novelas de Melcior. Pero mientras más pensaba en querer llegar ahí, más miedo me daba alejarme de Riveria y abandonar todo lo que, se suponía, me hacía más feliz.

—Ven conmigo. —La mirada que de pronto me dedicó me llenó de calidez el pecho—. Ven conmigo y encontremos a tu hermano. Te enseñaré a usar lo que Lummina te dejó. Por favor, confía en mí...

Cuando Cyrone tomó mi mano, me di cuenta de que me había perdido en sus palabras.

—Justo debajo de Catarbella, ¿lo ves? Está el océano —señaló direccionando mi mano hasta apuntar al lugar que él deseaba. Su aroma me inundaba—. Riorense, la casa de Faraine, la serafina del mar. Ella tiene la reliquia, con ella encontraremos tu iridia. Encontraremos a Nym.

La mención de mi hermano me hizo retraer mi mano.

—¿Me lo dices en serio? —respondí recelosa.

Cyrone me miró en silencio y luego me soltó para incorporarse y tocar el tronco del árbol. Enseguida suspiró con pesar. Al alejarme de él, noté que sus piernas temblaban, como si estuviera a punto de desmayarse. Levanté las cejas sin entenderlo, y apenas abrí mi boca abandoné la intención de preguntarle.

—No puedo encoger el árbol, porque no tengo iridia suficiente. El gasto energético de irradiar iridia me dejó así.

—Veo que tu iridia no era tan fuerte, fanfarrón. —Sonreí con nerviosismo. ¿Cómo bajaríamos de ahí?

El serafín frunció el entrecejo y levantó un brazo debilitado para señalar mis piernas.

—Si revisas tu cuerpo, no encontrarás ninguna señal de necrosis. Te he estado irradiando mi iridia desde que te encontré, y no ha sido fácil mantenerte con vida —concluyó señalando con la barbilla hacia abajo. Comprendí que se refería a Neblina y a la bestia.

Sentí la sangre acumularse en mis mejillas. Era verdad, él había estado «muriendo» para mantenerme con vida.

—Yo... perd... gracias. Perdón... —balbuceé como una tonta. Él sonrió.

—Así como te protegí en detrimento mío, te aseguro que volveremos a tierra firme y tú estarás sana y salva. —Asintió, manteniendo el buen ánimo.

—Y si no puedes encoger el árbol, ¿cómo vamos a bajar? —le pregunté.

—Puedo volar, como todo serafín.

Al escucharlo, me dieron ganas de echarme a reír. «Debes tener una gran personalidad como para asegurar algo así sin tener alas», quise responderle en tono de burla, pero Cyrone me tomó en brazos de forma repentina y dio un paso adelante, directo al vacío.

Todo fue demasiado rápido; en el momento en que caímos, cerré mis ojos con fuerza esperando recibir el impacto. El serafín me abrazó en el abismo y se puso debajo como colchón. A medida que descendíamos, vi cómo crecían diversas plantas para amortiguar nuestra caída. No sirvieron de mucho, de hecho, porque nos golpeamos contra las ramas. Quedamos inmóviles al aterrizar.

Estaba harta de caer de alturas. En serio. Sin embargo, a diferencia de las otras veces, me encontraba ilesa, recostada sobre el pecho del serafín.

—¡Sir Cyrone! ¡Qué manera tan bruta de bajar! —nos gritó Flye preocupado.

Observé de soslayo la cantidad de plantas deformes que nos rodeaban. Me paré y lo miré sin poder creerlo.

—¡Mentiroso! ¡¿Alas?! ¡¿Alas?! ¡¿Dónde están esas alas?! — grité indignada.

Cyrone se levantó maltrecho y se reincorporó a duras penas.

—Dije que podía volar, no que lo haría.

—Estás loco.

—Sí que lo está —opinó Flye.

—Pero cumplo con mis promesas —respondió Cyrone.

No se equivocaba, había regresado a tierra sana y salva.

—Si te prometo que encontraré a Nym y te protegeré, cueste lo que cueste, ¿me creerás?

5

Me agradaba Entrita. Era un lugar rebosante de vida, donde las criaturas ni siquiera se asustaban cuando chocaba, sin querer, contra todos sus nidos. Probablemente porque sabían que no habría nadie cerca que pudiera hacerles daño. No existían otros depredadores —además de los ruroidos— en esas zonas, dado el frío. Eso me alegraba, saber que Cyrone había creado un ecosistema en el que las plantas alimentaban a los seres que habitaban allí afuera. Se notaba a simple vista al observar las alitas holográficas de los pájaros. Él me dijo que las pieles, escamas y plumas de los animales brillaban porque consumían la vegetación luminosa. No le admití que me parecía una idea asombrosa para alumbrar un lugar sin cielo.

La delicada brisa hacía que los árboles tocaran sus propias melodías. Las hojas marchitas del suelo crujían con cada uno de nuestros pasos, y los curiosos ojos de los marsupiales, colgados de las ramas, resplandecían en la oscuridad y a veces nos saludaban cordialmente.

Todavía no me acostumbraba a oír la voz de los animales, pero por como lo tomaba Cyrone, con tanta naturalidad, concluí que era una habilidad más de los serafines. En Riveria apenas había animales. Estaban los peces, como las ojoletas, mandriones y zurines, que iluminaban el mar de Nalini como faroles escondidos bajo el hielo. Dado que el agua nos separaba, probablemente nunca me hubiera sido posible comprobar si yo también podía hablar con

ellos. Lo que estaba claro era que los humanos no podían oír la voz de los animales. Pruebas como esa, simples, pero contundentes, me convencían de que no era una humana, como siempre lo había creído. Mentiría si dijera que aquellos problemas de identidad no me tenían aturdida en el camino.

Cuando llegamos a un riachuelo de agua limpia —uno de los pocos pozos naturales que quedaban—, nos dispersamos en la naturaleza para descansar. Me acomodé en la orilla del arroyo, sumergiendo mis pies descalzos, adoloridos y ásperos tras la larga travesía. Una vez que Flye comprobó que su amo se alejaba, aterrizó sobre mi hombro.

—Usted parece triste. Puedo notarlo porque sus ojitos oscuros no brillan. ¿Qué le sucede, señorita? ¿No le agrada sir Cyrone?

—Él sí me agrada, Flye, al menos la mayoría del tiempo. Es solo que siento cómo mi iridia poco a poco se apaga y eso me aterra. —Me sinceré con él.

—¡Alce esas largas orejas, señorita Gyuri! ¡Hay una familia que espera por usted!

—Pero ¿y si no la hay? —le pregunté cuando se posó frente a mí —. ¿Entonces qué será lo siguiente? Tengo miedo. Nunca había estado en un sitio tan extraño.

Flye me observó encogerme mientras me abrazaba las rodillas y aterrizó en una de ellas para examinarme de cerca.

—¿Usted sabía que antes las ranas no teníamos alas? —me preguntó—. Antes solo nos desplazábamos saltando, de aquí a allá.

—¿Y de dónde surgieron tus alas, Flye?

—El cielo desapareció, señorita Gyuri, y con él se extinguieron las lluvias. No había ríos que me sirvieran de casa. Al igual que los otros

animales de Melcior, tuve que adaptarme a las nuevas temperaturas y ecosistemas. Dado que las aguas dulces se habían casi esfumado por la desaparición de lo queconocíamos como lluvia, tuve que encontrar un nuevo hábitat sobre los árboles —me explicó el animal.

Me enderecé un poco y lo miré con atención.

—Digamos que fui obligado a migrar de casa, aunque no quería —continuó diciéndome—. Sus padres ¿cómo se llamaban? —me preguntó después.

Me dolió mucho no saber qué contestar.

—Ellos solo eran mamá y papá. Como éramos los únicos humanos en Riveria, no querían que los llamáramos de otro modo. Ahora quisiera saber cómo se llamaban... Debí haber insistido. —Me detuve y, luego de un silencio que fue respetado por parte del animal, continué—: Es ridículo, ¿no? No sé cuáles son sus nombres, pero sí recuerdo sus voces, sus risas y las razones por las que me regañaban. —Reí un poco. Luego, mi expresión se ensombreció una vez más—. Recuerdo que estaban viejos, por eso yo salía a pescar en su lugar y cuidaba de mi hermano.

—Señorita, entiendo lo que siente. ¿Usted sabe cuál fue el hito que hizo que el cielo de Melcior desapareciera?

—Mi madre nos lo contaba todos los días, sí, el Gran Diluvio.

—El Diluvio Final, el Castigo Definitivo. Así es como le llaman. Antes de que el cielo desapareciera, ocurrió. Mi familia, mi madre y mis ocho hermanos murieron ahogados por la incesante lluvia. O, bueno, no todos... Frank y Bolsier sobrevivieron por un par de años, pero con la sequía y la desaparición de los ríos, perecieron. Yo, gracias a sir Cyrone, pude sobrevivir y evolucionar. Evolucionar para sobrevivir. Y la evolución es dolorosa, señorita Gyuri, pues no es

grato que le broten alas cuando su cuerpo no está hecho para ellas. Y yo no quería vivir. Aun así, lo hice.

—Oh... —Lo miré con compasión y tuve el impulso de poner un dedo sobre su pequeña cabeza—. Lo siento tanto —dije. Una sensación de desasosiego me invadió por completo.

Lummina me había ocultado por años bajo tierra, ella había muerto y el cielo había desaparecido. Cyrone sabía dónde estaba, siempre estuvo merodeando, pero no me lo dijo. No trajo el cielo de vuelta, yo no lo traje y ahora tampoco sabía cómo lograría hacerlo.

—No ponga esa cara, señorita Gyuri. Sé que es difícil escuchar este tipo de historias.

Divisé detrás de sus alas que, al otro lado del arroyo, Cyrone se encontraba lanzando piedras para que rebotaran sobre el agua. Esas piedritas podían recorrer antinaturalmente todo el río. De seguro, el mismo serafín manipulaba su gravedad. Me levanté con un poco de resentimiento.

—Cyrone no entiende lo que nosotros sentimos, por eso se irrita con tanta facilidad, no es justo. Él siempre ha sabido que es un serafín, nunca le ha tocado evolucionar, nunca ha tenido que sacrificar nada —mascullé.

—Se equivoca, señorita Gyuri. La verdad, desconozco el pasado de sir Cyrone, pero le aseguro que bajo el vendaje de sus brazos la piel que cubre está completamente negra. La pérdida de iridia en los serafines es una experiencia terrible: su piel se torna oscura y se endurece, dejándolos petrificados. ¿Qué hubiera sido de mí si sir Cyrone hubiese desaparecido? ¿Se lo imagina, señorita? Esta conversación no existiría, al igual que yo mismo. —Flye suspiró, dramático.

—Cyrone se ha jactado de tener una iridia fuerte y poderosa. ¿No? —Fijé mi atención en el vendaje del serafín. Otra vez mi mirada se deslizó hacia su anillo dorado, que reflejaba las luces de los árboles —. ¿Cómo fue entonces que la perdió?

—Ahora lo es, pero creo que alguna vez su iridia fue débil y se apagó. En lo personal, sospecho que él también perdió a alguien importante en su pasado, y por eso se esfuerza tanto en ayudarnos a nosotros. A gente como usted, a ranas como yo.

—Y ¿cómo recuperó su iridia? ¿Cómo volvió a brillar? —pregunté sin ocultar mi curiosidad.

—La naturaleza de los serafines es un enigma para mí. Yo solo me limito a admirarlos, a acompañar a sir Cyrone sin inmiscuirme en los asuntos que él quisiera reservarse —respondió Flye, inspirando un gran afecto en su tono de hablar—. Estoy seguro de que ese es un tema que él jamás querría tocar con nadie. Así que lo respeto.

Comprendí que por más teorías que Flye se hubiera inventado para explicar el renacer de Cyrone, no iba a ser capaz de decirlas en voz alta. El respeto con el que trataba a todos era una de las grandes virtudes que caracterizaban a la pequeña rana voladora. Admiraba su lealtad incondicional y, por ello, preferí no seguir preguntándole sobre el serafín.

—Flye, ¿qué te hizo querer recuperar tu vida? ¿Por qué quisiste evolucionar?

—Mi sueño de conocer Catarbella hizo que mis alitas brotaran. Digo, sir Cyrone me dijo que debía hacerlas crecer para vivir sobre los árboles, pero sé que había otro significado más profundo escondido: para llegar a la ciudad flotante de Catarbella necesitaba alas, por eso me crecieron.

—¿Catarbella? —Fruncí las cejas—. Vi que era un lugar hermoso, pero... ¿a qué se debe esa fascinación? ¿Por qué es tu sueño ir allí?

—¿No lo sabe, señorita Gyuri? Catarbella es el paraíso, el lugar al que todos los seres que fallecieron van para esperar renacer algún día. Allí está mi familia, esperando por mí.

La sorpresa me dejó sin habla, y aunque mis labios se separaron, no fui capaz de decirle nada. Hace unos días ni siquiera estaba segura de que ese lugar existiera.

—El problema es que los animales mortales no podemos llegar allí en vida —añadió Flye a su relato.

—Pero ¿no dijiste que eras un animal celestial?

—¿Animal celestial? Si es una simple rana —respondió Cyrone desde el otro lado del riachuelo, en un tono lo suficientemente alto como para espantarme.

Me volteé y me puse de pie, chapoteando de la indignación.

—¡¿Cómo escuchaste lo que dije, si estás al otro lado del arroyo?!

Cyrone me dedicó media sonrisa y se levantó para darnos la espalda. Se marchó sin dar una respuesta.

—¡¿Estaba espiando nuestra conversación?! —grité, esta vez dirigiéndome a Flye.

—Creo que sí. Los serafines de la naturaleza y la naturaleza son una sola cuestión. Lo que oyen las plantas, lo oye sir Cyrone, lo que percibe el aire, lo siente la señorita Neblina. Eso no quiere decir que puedan oírla con facilidad en cualquier momento o lugar, sino que deben localizar con exactitud qué corriente de aire o qué pequeña planta deben encarnar para escucharla. Probablemente sir Cyrone haya escogido alguna de las hidrófitas del riachuelo que tiene frente a usted.

El terror me recorrió el cuerpo cuando observé esas plantas acuáticas que yacían cerca de mi pie. Definitivamente iba a cerrar la boca para siempre, porque todo a mi alrededor estaba lleno de plantas y árboles. Solo quería un momento de privacidad.

—¿Y sabe por qué usted puede comunicarse con un simple animal como yo? —siguió diciendo Flye—. Es porque los serafines no discriminan. Protegen a todos los seres vivos, por tanto, pueden hablar con todos ellos. Perdóneme por mentirle; a veces me gusta fantasear con que soy un animal celestial, pero solo soy una rana.

Suspiré, abandonando la ira, y acomodé un mechón de cabello rizado detrás de mi oreja.

—Tan solo ignoraré lo que él dijo. Para mí sí eres un animal celestial, Flye.

La rana me sonrió en su peculiar forma.

—Gracias, señorita. Usted es muy bondadosa. Le aseguro que también tendrá una nueva oportunidad para que le crezcan alas como las mías.

Caída la noche —entendiendo por «noche» aquel momento en que las luciérnagas se escondían y la oscuridad se hacía aún más evidente—, hicimos una fogata para pernoctar. Flye recopiló palitos y trozos de pastizal para construir un nido en lo alto de un árbol y descansar en él. Reposé mi libro rojo en el suelo, cómodo entre la hierba, y me senté a su lado. Cyrone me lo había entregado antes de continuar nuestro camino.

En aquel momento solo estábamos nosotros, los dos serafines, uno frente al otro. Mientras Cyrone centraba su atención en la fogata, esforzándose por intensificar las llamas, yo contemplaba la alborotada danza del fuego. Acerqué mis pies para calentarlos. Me quedé viendo el amarillo hasta que mis ojos comenzaron a fatigarse, preguntándome si acaso existía un serafín del fuego. Si no lo había, ¿quién de nosotros lo había creado? ¿Cómo pudo haber sido creado? A pesar de tener a Cyrone frente a mí, todavía no sentía la confianza para hacerle ese tipo de preguntas. Con toda probabilidad, me miraría como si fuera una tonta. ¿*De verdad te haces una pregunta tan obvia*?, me lo imaginé diciéndome. Por lo tanto, me callé.

Con eso en mente, no pude evitar observar al frívolo serafín, que cogió un palo hueco cuya punta encendió con la fogata. Luego, se lo llevó a la boca, lo aspiró y dejó salir un humo.

Arrugué mi nariz y disimuladamente me la cubrí. Cyrone me mantuvo la mirada, hasta que volvió a llevarse el palo a la boca para seguir quemando lo que había en su interior. ¿Lo estaba... aspirando?

Lo observé de vuelta, con una mirada directa y el entrecejo fruncido, desafiando su intento de intimidarme.

—¿Qué miras?, ¿acaso el ambiente es tan aburrido? —preguntó.

—No —suspiré—. Tú eres aburrido. Estoy esperando que me digas algo, lo que sea —respondí.

—Oh, estás esperándome. —Sonrió—. Entonces siéntate, cierra los ojos y la boca. Tal vez diga algo.

Abrí la boca, disgustada, y miré hacia el otro lado, orgullosa. Aunque lo intenté, no pude detener mi conflictiva lengua y dije:

—Veo que entre tus miles de habilidades no está la de tener sentido del humor.

—¿Quieres que te entretenga? —espetó, provocando que el humo se expandiera a su alrededor—. Se supone que soy el serafín de la tierra, ¿también quieres que sea tu bufón?

—Eres un antipático.

—Hm. Creo que me han llamado así alguna vez. ¿Me das un momento para recordarlo? —Volvió a inhalar para luego contaminar el ambiente con más humo.

—Oh... —Reí con desdén—. No necesitarás mucho tiempo; debe ser la única forma en la que te han llamado. Además de antipático, apestoso. Ese palo que quemas huele horrible.

Enseguida me aclaró que no se trataba de un palo, como yo creía. Me explicó que lo que llevaba en su interior era una hoja que se combustionaba al contacto con el fuego. Un cigarrillo, lo llamó.

—¿De dónde lo sacaste? —le pregunté.

—Los humanos lo crearon.

—¿Entonces tienes contacto con los humanos?

—Como serafín de la tierra no me queda otra que comunicarme con los humanos. Son una especie más de animal.

Antipático.

Se me quitaron todas las ganas de seguir socializando con él, así que callé y acerqué mis manos entumecidas a la fogata.

—Oye, Gyuri —volvió a hablar el serafín luego de aplastar el cigarrillo en la tierra y echar el resto al fuego—. Hay algo que no te he dicho sobre los humanos.

No respondí, pero le dirigí una mirada cansina para hacerle saber que lo estaba escuchando.

—No puedes hablar con ellos. Ni por el más mínimo motivo debes dirigirles la palabra.

—¿Por qué no?

—Porque eres una serafina y si no tienes cuidado serás peligrosa para ellos.

¿Peligrosa, yo? Lo miré incrédula. ¿Acaso me había visto siquiera aplastar una maripolilla?

—Escucha. Los humanos creen que los ángeles son seres preciosos, brillantes, con alas y aureola —continuó Cyrone—. Nosotros no brillamos, tenemos orejas largas sin pelo y cuernos de chivo. Si les dices que somos serafines, ellos no lo creerán y querrán matarte.

—¿Y qué peligro habría para ellos, si son ellos los que querrán matarme? —Le respondí con otra pregunta.

—Tú eres mucho más poderosa. Con una sola palabra puedes destruirlos, aunque no lo quieras. Está en tu naturaleza. Si ellos intentan matarte, tú siempre vas a ganar.

Me callé por un momento. Yo jamás había lastimado a mis padres o hermano, si es que eso quería decir, en cambio él...

—¿Sabes, Cyrone? El que debería alejarse de los humanos eres tú. Eres un verdadero peligro, destruyendo ciudades como si no fuera nada.

—Buen argumento, pero no te preocupes; Riveria ha sido la única ciudad que he destruido.

Lo miré con rencor, y él me observó de vuelta.

—Otra vez pones esos ojos de cachorro enfadado. —Entornó los suyos—. Tienes que comprender la razón por la cual lo hice. Neblina

no es alguien fácil de contener, debía enterrarla en el subterráneo para dejarla atrás.

Lo miré con más odio.

—No soy un cachorro al que puedas tratar como quieras —le respondí—. Si lo fuera, ya te hubiera mordido esas horribles manos vendadas que traes.

¡*Lamentablemente, resulté ser una serafina del cielo*!, grité en mi mente, sin poder creerlo todavía.

Cuando un silencio incómodo nos hizo callar a ambos, solté un resoplido que fingía ser una risa. Él me miró con atención, inseguro por no entender qué me causaba gracia. Lo cierto es que no había razón para reírme, pero el pecho me dolía. Me levanté de mi lugar cuando empecé a hiperventilar.

—Iré a tomar un poco de aire. El humo me está agobiando.

Me puse de pie, avancé al lado de él y, cuando lo rebasé, mi expresión facial cambió; estaba abrumada, quería explotar, llorar como un humano. Pero no lo era, nunca lo había sido. Mi ciudad ya no existía. Contener todo eso dentro de mí me estaba pasando la cuenta.

—Malditos indecibles, oh... Maldición —susurré abrazándome a mí misma mientras caminaba.

La frustración viajaba a través de mi sangre, buscando salir. *Tengo miedo, ya no puedo ocultarlo más*, replicó mi mente. Extrañaba tanto la iluminación de Riveria, en especial los colores que solía ver en el techo. El celeste era aburrido, pero lo añoraba como si fuera una atracción maravillosa. No quería ver un inmenso sinfín de vapor y neblina por encima de mi cabeza. Quería ver el brillo de algo más.

Caminé a través de un pasadizo de árboles donde las hojas caídas, secas y coloridas se rompían bajo mis pisadas. Avancé con los brazos cruzados, andando sin saber hacia dónde me dirigía. Arrugué la frente cuando percibí otro par de pisadas tras de mí, siguiéndome el rastro. Me detuve sin voltear a mirarlo.

—¿Me vas a seguir?

Él se detuvo, y de pronto lo escuché moverse. No tenía idea de qué estaba haciendo Cyrone, ya que no podía verlo, pero a mi alrededor comenzaron a brotar flores de color blanco. El pastizal seco a mis pies empezó a brillar, humedeciéndose para luego parecer congelado. Las luces de los árboles eran un poco más radiantes, mutando de colores cálidos a colores fríos y pálidos, como el cian, el turquesa y el celeste.

Sorprendida, me volví hacia Cyrone. Tenía una expresión que no creí que él fuera capaz de mostrar.

—¿Qué hiciste? —pregunté.

—Perdón —dijo—. No he sido bueno contigo, aunque quiero ayudarte. He sido mezquino. Te he tratado mal aun cuando lo has pasado peor. No soy bueno para esto. Ojalá pudiera explicarte por qué me es tan difícil relacionarme contigo.

Sonreí con melancolía y volví a darle la espalda, sumiéndome en el paisaje que él había creado para mí.

—Parece que sí tienes un corazón —le respondí.

—Pues sí, a veces —contestó él, en un tono que me hizo notar que estaba sonriendo.

—Estas flores se parecen a las que había afuera de mi casa... —dije rodeándome otra vez con mis brazos, como si el frío de Riveria me estuviera envolviendo—. Aunque me hace feliz verlas, me duele.

Quisiera llorar. Recuerdo que Nym lo hacía cuando algo lo ponía triste. Qué envidia, ¿no? ¿Lo has sentido?

Cyrone avanzó hacia mí y se detuvo a dos pasos de distancia.

—La serafina del cielo puede hacer llover. Creo que eso es lo más parecido a un llanto. —Lo miré confundida—. Los serafines no pueden llorar, ¿verdad? Tampoco podemos expresar otras emociones, porque nuestros cuerpos son ficticios. ¿Sabes lo que somos? La naturaleza. El cielo, la tierra, el aire y el mar. Por eso puedo oír a través de las plantas. Cuando me enojo, desato terremotos de escala. Y hay otras emociones más, inexploradas por mí, quizá.

—Flye me dijo algo como eso, pero yo no sé usar mis poderes. No puedo hacer llover. Soy un chiste como serafina. ¿Por qué Lummina me abandonó a mi suerte? ¿Por qué no esperó a enseñarme para morir?

—No eres un chiste, pronto podrás utilizar tus poderes, ya verás.

Cyrone miró a su alrededor, intentando hacerme ver lo que había construido para mí.

—Mira todo esto. Riveria tenía estos colores y estas flores, lo recuerdo muy bien. Puedo recrearlo para ti cuando lo necesites, durante todo nuestro camino. Y cuando encontremos a tu familia será pan comido para mí restaurar Riveria hasta el último rincón.

—¿Por qué te esfuerzas tanto por ser amable conmigo?

—No estoy esforzándome por ser amable, al menos no a propósito —respondió, iniciando su camino de regreso—. Es solo que me gusta mantener mis promesas.

Se detuvo y me miró serio. Negué con la cabeza y esbocé una sonrisa. Seguro que a él le dolía sonreír por mucho tiempo.

—Ven conmigo de vuelta a la fogata, los animales salvajes se ven tentados cuando hay una presa fácil.

Suspiré, sin abandonar mi sonrisa.

—No le hables así a alguien de tu misma jerarquía —bufé.

Reí y lo seguí de vuelta, echando una última mirada a la pintura viviente de mi hermosa Riveria.

6

Las mañanas sucedían a las noches, deshojando los días. Tras una extensa caminata, los sitios poblados por seres humanos por fin se revelaron en nuestro camino. Se trataba de la aldea de Hugaría, tal como me lo habían adelantado mis compañeros peregrinos. Las sensaciones de angustia, ansiedad y emoción se amalgamaron en mi estómago como una sopa de ojoletas mal cocinada y, aunque no podría entablar conversaciones con los humanos —por órdenes fastidiosas de Cyrone—, me reconfortaba saber que por fin me encontraría con alguien semejante a mi familia. Les preguntaba a Cyrone y a Flye: «¿Qué tan malos podrían ser los humanos?», y ellos siempre me respondían lo mismo: «Ya lo verás por ti misma».

Una de las experiencias más vívidas de nuestra travesía fue el constante encuentro con las criaturas de Melcior, cuya demanda era insaciable. A cada paso que dábamos, suplicaban por comida.

Justo antes de llegar a una aldea humana, un animalillo nos detuvo.

—¡Señor Cortex! —gritó un pequeño mono fijú—. ¡Tengo hambre!

—Eres como la mamá de todos. —Reí, mirando la espalda del serafín que caminaba delante de mí.

Cyrone extendió su mano hacia un árbol, y al tocarlo hizo que las ramas se alargaran, dando lugar a la aparición de unos frutos extraños de color amarillo.

—«Hermano mayor» suena mejor, Gyuri —me dijo—. Mira, como te mencionamos, allá está Hugaría, la aldea humana más alejada de Catarbella.

Intenté ponerme de puntillas para ver a través de las ramas de los árboles, pero el pequeño primate se colgó de cabeza frente a mí, sorprendiéndome. Sostuve mi libro con fuerza y me oculté detrás de él por impulso.

—¡Usted, lindura, tenga cuidado con esos monstruos! —me advirtió mientras me ofrecía un fruto largo y amarillo—. Tome una banana.

—¿Cómo? ¿Cuáles monstruos? —Levanté ambas cejas, recibiendo la banana.

—Aquellos que destruyen todo «por su propio bien». Tenga cuidado, suelen destruir a niñas preciosas como usted por esa misma razón —dijo el monito—. Así se desató el Gran Diluvio.

Miré a Flye, que volaba a mi lado, esperando a que él me diera su versión.

—No le haga caso, señorita —intervino Flye—. A veces, a los animales nos gusta dramatizar.

Tragué saliva, asustada, como si estuviera a punto de encontrarme cara a cara con un ruroido otra vez. Sin embargo, solo eran humanos, y los que había conocido a lo largo de mi vida habían sido cordiales y bondadosos. Aún así, sus palabras influyeron en mí. Me incliné ante el mono fijú para despedirlo y seguí los pasos de Cyrone, que ya iba bastante adelante.

El serafín no pidió permiso; solo me arrebató la capa oscura que se suponía me había prestado. Antes de entrar a la aldea se la puso y, a pesar de mis gritos y reclamos, me cubrió con ella.

—Deja de hacer ruido, ¿quieres que alguien te escuche?

—¡Entonces déjame salir! —exigí pellizcando su costado.

—Estás demente si crees que te dejaré entrar a una aldea humana sola.

Aunque sonaba como si estuviera protegiéndome, lo más probable era que no confiaba lo suficiente en mí como para permitirme recorrer el camino sola.

—Si te piso los pies, quiero que sepas que no fue por accidente —refunfuñé.

—Vale, ahora necesito que te calles, estamos entrando.

Me acercó a su cuerpo lo que más pudo para sincronizar nuestros pasos, y al hacerlo el calor se extendió por mi rostro.

—No puedo ver nada —susurré.

—No necesitas ver. Tienes que confiar en mí.

—Esa es la peor idea que me has dado.

Traté de apartarme, ya que la temperatura me subía hasta hacerme sudar. Sin embargo, cuando lo intentaba el serafín volvía a jalarme a su lado, sosteniendo mi muñeca para evitar mi huida.

—Si te alejas seremos más evidentes —susurró, lo que me hizo suponer que ya estábamos dentro.

—Por los siete mares de Riorense —exclamó Flye para sí mismo.

Cyrone se detuvo y yo lo imité. Debajo de la capa que compartíamos, él presionó mi muñeca con energía, haciendo que viera mi mano temblando junto a la suya.

—¿Qué ha pasa...? —traté de preguntar, pero en un gesto rápido soltó mi muñeca para cubrir mi boca e impedir que hablara.

—Sir Cyrone... La señorita Neblina... —balbuceó Flye, cuya cercanía sugería que se había posado en el hombro del serafín.

—Maldita arpía —espetó él en un tono que deseé no encontrar atractivo. Insistí empujándolo bajo la capa.

Ahogué mis palabras en la palma de Cyrone hasta que finalmente pude hacer un hueco para observar lo mismo que ellos.

Ingresamos a una pequeña civilización adornada con hongos colosales de tono fluorescente. Tal como Cyrone me había advertido, los humanos vivían dentro de esas setas, dado que estaban huecas por dentro. Hubiera querido poder ver mejor para entender por qué el gentío estaba en caos y todo a su alrededor se desmoronaba. Aparentemente, el pueblo había sufrido el embate de un desastre natural.

Incluso cuando los hongos gigantes que servían de hogares brillaban y se erguían intactos, el resto de las cosas, como el mobiliario, los adornos y los carruajes de la civilización, se encontraban destrozadas y esparcidas por el suelo. El penoso cuadro se completaba al ver los restos de comida, suciedad y chucherías que salpicaban el camino.

Según lo que Cyrone y Flye me habían contado, Hugaría era una aldea de comerciantes donde llegaban los torineros desde lo más lejos de Melcior. El pobre escenario que se presentaba no reflejaba las imágenes que me había formado antes de venir.

Cyrone volvió a esconderme bajo su capa para caminar y no me quedó más opción que obedecer. En medio de esa oscuridad, abracé mi libro.

—Quedan apenas restos de lo que Hugaría alguna vez fue —comentó Flye.

—¿Qué ha pasado? —susurré.

—Neblina tiene un motivo muy egoísta para hacer todo esto —explicó Cyrone—, pero estoy seguro de que lo hace para fastidiarme también.

Por la ira que se oía en su voz rasposa, preferí guardar silencio y preguntar después. Mientras caminábamos, otra vez decidió tomar mi muñeca sin pedir permiso.

Al cabo de poco comprendí que el comercio no se paralizaría ni siquiera con el peor de los huracanes. Con los fragmentos desperdigados por el desastre, todavía escuchaba las voces y los gritos de los humanos que ofrecían mercancía. Por eso Cyrone dio la vuelta y nos condujo a la tienda de indumentarias. Al entrar, una voz fina pero madura nos atendió.

—Buscamos una capa para mi compañera —solicitó Cyrone apartando apenas una de las esquinas de su capa para que saludara. En su voz se sentía la tensión. Si Neblina pretendía enojarlo con aquel devastador huracán, lo había conseguido con creces—. Nos lo exige nuestro credo. —Cerró su capa.

—Por supuesto, la religión de Dregonia. —La mujer asintió, y por el ruido que escuché imaginé que buscaba entre los cajones de su mostrador.

Cuando Cyrone alzó su brazo para permitirme ver —aunque, por supuesto, sin revelar mi cabello ni orejas—, vi un par de capas oscuras idénticas sobre la mesa. Posiblemente fue la decepción que traté de ocultar la que me delató ante el serafín, quien suspiró y se dirigió de nuevo a la vendedora.

—¿No tendrá algo más pequeño y femenino? —preguntó con hastío.

Por fin, pude hacer contacto visual con la mujer, que era aún más bajita que yo. Tenía los ojos pequeños y el cabello alborotado. Su piel canela era hermosa y unas cuantas arrugas adornaban su rostro.

—Sí. —Nos pidió que aguardáramos antes de marcharse y volver con una capa voluminosa que parecía pesada, con pliegues peludos y un vibrante color amarillo—. Pero si se dirigen al este, no la recomiendo. Es muy caluroso por allá.

Asentí con entusiasmo y jalé un poco la camisa del serafín. Cyrone insistió en que nos acercaríamos a Catarbella y las temperaturas no harían más que aumentar, pero en cuanto me hacía una idea, era prácticamente imposible quitármela de la cabeza. Se rindió y aceptó comprarla. Luego se quedó mirando con seriedad a la vendedora.

Ella comprendió su señal en un instante y se disculpó con una leve reverencia.

—Claro, le dejo privacidad para vestirse.

La mujer desapareció tras una cortina y Cyrone me descubrió la cabeza por completo.

—¡Ah! Por fin puedo respirar —jadeé apesadumbrada. Estar tan cerca de Cyrone me hacía sentir como en el centro mismo de una fogata.

El serafín no me respondió nada y se fue a sentar en un diván de piel de cabra, donde se recostó con las piernas y los brazos abiertos antes de relajar su entrecejo con un leve masaje de dedos.

Flye voló a mi lado y me observó con unos gestos difíciles de descifrar para mí.

—¿Está segura de que soportará el calor en la caminata? —me preguntó en un tono preocupado.

Agarré la capa del mostrador y me la coloqué en la espalda. Avancé dando saltitos hacia un cristal enorme que reflejaba mi imagen, y posé ante el cristal para ver mi nuevo atuendo desde todos los ángulos. Sonreí satisfecha.

—Con esta preciosura lo soportaría todo —respondí sonriente, y cuando me volteé sorprendí a Cyrone mirándome.

Aunque su rostro carecía de cualquier expresión, su mirada era particularmente pesada y sombría. Sospeché pronto que no era el cuerpo de Cyrone lo que me provocaba calor y vergüenza. Era él mismo.

—¿Qué miras? —le dije.

—No te había visto desde que nos conocimos. Al menos, no bien. Solo me acostumbraba.

No lucía para nada impresionado, menos aún cuando se había sentado con una pierna sobre la otra y la cabeza apoyada en su mano, como si estuviera aburrido.

—Tienes razón... —le respondí, volviéndome hacia el espejo—. Tu capa me cubría más allá de los talones, si es que eso era posible.

Al cabo de unos segundos, la ostentosa prenda comenzó a cansarme las rodillas.

—Cyrone, si querías ocultar nuestros cuernos de los humanos podríamos haber usado sombreros.

Soltó una carcajada burlona.

—O ¿qué te parece una bolsa de papel? Eso cubriría nuestras orejas también.

—¡Hablaba en serio!

—Yo también. De hecho, impondrías más respeto con tu bolsa —dijo Cyrone poniéndose de pie.

—¡Pero no podría ver nada! —gritó Flye.

Me miré en el espejo por un instante, sin anticipar que Cyrone aparecería detrás de mí para bajar mi capucha, descubriendo mis orejas y cuernos. Aparté la mirada, afligida por mi reflejo. El serafín notó mi reacción, pues su leve sonrisa se congeló.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan tus cuernos?

Me aparté de él y me volví a cubrir con la capucha. Pese a que me sentía mal, lo miré con gracia.

—No es lo mejor que uno puede tener en la cabeza.

Él no correspondió mi sonrisa.

Hugaría, tan sombrío y azulino, se iluminaba por las cabezas de las setas gigantes, de modo que el rostro de las personas, mientras barrían los restos de la destrucción, refulgían de los mismos colores. Algunas setas eran rosadas, pero la gran mayoría imitaba las tonalidades del cian.

La belleza del lugar no hacía más que resaltar la tristeza de los aldeanos, que recogían, algunos entre sollozos, los destrozos del huracán. Tal vez habían perdido seres queridos, y la sola idea de verme reflejada en ellos, recogiendo el cuerpo herido de Nym, me paralizaba.

Caminando a su lado, observé que Cyrone miraba exactamente lo mismo que yo, con una aflicción más disimulada.

Detenidos frente a un claro en el que se posaba una fuente apartada de todas las setas que servían de vivienda, el serafín me pidió que esperara un minuto junto a Flye. Luego se apartó y su

capa oscura se mezcló con la multitud. Lo que en principio era un minuto se transformó en casi media hora, y cuando mi estómago comenzó a rugir del hambre estuve a punto de olvidar todas las advertencias del serafín.

—¿No ves toda esa comida que se cocina en las brasas? —le pregunté a Flye, babeando al sentir el exquisito vapor que salía de uno de los tenderetes de comida. Pese a que no lograba entender qué platos eran, el aroma que se deslizaba hasta mí era cautivador.

Pero Flye no respondió, aunque estaba segura de que me había oído bastante claro.

—Oye, Flye. —Lo tomé de un ala y lo miré de frente—. Sé que Cyrone te dijo que no me hablaras, pero ya basta. Si él te pide que te cortes la pata, ¿también lo vas a hacer?

—Sir Cyrone le pidió a usted que, por favor, no se dirigiera a mí. Le recuerdo que para los humanos será raro que le hable a una simple rana; ellos no pueden escuchar mi voz —murmuró como si estuviera afónico.

—Y entonces ¿por qué susurras? —Sonreí, y luego volví a posarlo sobre mi hombro izquierdo—. Oye, Flye... prometo no reaccionar a tus palabras, pero ¿podrías explicarme por qué Neblina devastó este lugar? ¿Acaso no le gusta Hugaría?

Pese a que Flye se mostró reticente a responder, al final cedió ante mi mirada fija.

—¡Deje de mirarme, señorita! Usted no se supone que le preste tanta atención a una rana inanimada —vociferó él, a lo que accedí, girando mi cabeza—. Escuche, ¿usted conoce la guerra de los serafines?

Asentí, me parecía recordar algo de la primera conversación con Cyrone, pero Flye notó mi vacilación.

—Los cuatro serafines se enfrentan a muerte para ser el siguiente dios. La señorita Neblina no hace más que entrenar y prepararse para cuando la diosa Nylena perezca y necesite un reemplazo.

Entonces lo recordé, las lanzas del Empíreo. La guerra era algo inminente, las armas ya estarían por ahí, en algún lugar de Melcior, por eso Lummina había podido suicidarse... Y Neblina, oh, por Nylena...

—Tengo miedo, Flye. ¿Y si Nym pasó por aquí cuando ocurrió ese huracán? ¿Y si alguno de los humanos de aquí sabe algo sobre mi hermano? —No pude evitar morderme una uña—. Tal vez ellos sepan algo.

—Señorita, no me dé problemas, por favor, yo solo soy una simple rana...

Agarré con fuerza mi libro y lo abracé, pues era lo más cercano que tenía de abrazar a mi familia. Permanecí en silencio hasta que una criatura me abordó de sorpresa.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola, hola! —gritó un ser cuadrúpedo que daba saltitos alrededor de mí.

Si bien en un principio me espantó, al reconocerlo se dibujó una sonrisa ancha en mi rostro. ¡*Es un perro! ¡Un verdadero perro*! Nunca había visto uno, pero en varias de mis fábulas y cuentos aparecía uno junto al protagonista, por lo que aquel encuentro me hacía ilusión. Aquel era un perro negro, un poco más grande de lo que imaginé que eran.

—Hola —lo saludé mientras él brincaba y movía la cola—. ¿Cómo te llamas?

—¡Hola! ¡Hola! —no paraba de decir.

Acaricié su cabeza y pensé que tal vez podría saber algo de mi hermano. Si no se me permitía hablar con humanos, tal vez me enteraría de algo hablando con los animales.

—Escucha, perrito —le dije con una voz suave para calmarlo, a la vez que me ponía de cuclillas—. ¿Has visto a un niño pequeño con el cabello rojo pasar por aquí?

—¡Rojo! —gritó el perro.

—Señorita Gyuri, los perros no ven el color rojo. Sus ojos no lo distinguen.

Dirigí mi mirada hacia Flye, que seguía sobre mi hombro.

—¿Y tú sí ves el color rojo? —le pregunté.

—¿Usted cree que soy un perro?

Pero el perro, de súbito, comenzó a ladrar, o más bien, a gritar enfadado. Por alguna razón no le agradó para nada mi amigo anfibio.

—¡Fuera, fuera, fuera, fuera!

—Oye, tranquilo —susurré, viendo que la gente a mi alrededor se volteaba para mirarme.

Pude ver los colmillos del perro asomándose, y al percatarme de que no me quería escuchar, me asusté. Tomé mi libro y lo usé de escudo, me levanté y busqué a Cyrone con la mirada.

De pronto, quien parecía ser el amo del perro brotó entre el gentío a lo lejos, gritando su nombre.

—¡Basta, Abel! ¡Deja a la dama en paz!

Descubrí mi rostro cuando el hombre llegó y calmó a su mascota. Suspiré de alivio. El hombre parecía mayor que yo, pero no demasiado. Me sonrió con una sonrisa de dientes amarillentos,

llevaba un sombrero de paja y tenía las manos sucias. Sin embargo, lucía unos hermosos ojos color turquesa.

—Disculpe, mi perro suele enojarse por... —Su voz se pausó cuando vio el ejemplar en mis manos—. Vaya, nunca había visto ese libro, y eso que yo debí haber leído ya todas las novelas en Melcior.

Abrí los ojos de par en par y observé lo que tanto llamaba su atención. ¡Claro que no lo había visto antes! ¡Mi libro era único en su especie! Asentí sin pronunciar palabra y levanté el mentón orgullosa. El desconocido, que por primera vez pudo ver mi rostro, se quedó con los labios entreabiertos y la mirada atónita.

—¿Me permite echarle un vistazo? —me preguntó. No pude evitar buscar a Cyrone con la mirada.

Tal vez ese desconocido podía darme una noticia sobre quién lo había escrito; parecía alguien versado en novelas. Luego de verificar que el serafín no me estaba vigilando, asentí y le entregué el tomo.

—Señorita Gyuri, usted no puede hablar con humanos —me recordó Flye al oído, como si no lo supiera ya.

Pero mi atención estaba centrada en aquel hombre que ojeaba mi libro con interés. Se notaba que debía enfocar la vista, puesto que fruncía las cejas para poder leerlo. Vi a Abel, el perro, con la lengua afuera mirando a su humano con una admiración idílica.

—Oh, vaya. ¿Le interesa la poesía? —me preguntó el hombre, mientras me devolvía el libro.

—¿Poesía? ¿Qué es eso? —susurré, temerosa de entablar conversación.

El hombre comenzó a recitar un conjunto de oraciones que rimaban a la perfección. Sostuve mi libro con fuerza, con una evidente emoción que crecía conforme oía las palabras danzar en

versos melódicos. Como cuando Nym y yo pintábamos con la tinta de los frutos en Riveria, su lengua parecía crear un paisaje completamente nuevo, sin la necesidad de una tela. Quise interrumpirlo para preguntar el significado de un par de palabras que nunca había oído, pero me había perdido en el impecable sonido de su voz.

—Entonces, las novelas que no cuentan historias y recitan sentimientos son poesía —concluí emocionada, ganando más confianza para responderle.

—Sea donde sea que se encuentre, ya sea en Melcior o fuera del planeta, seguro hallará un poeta.

Abracé mi libro de forma inconsciente y le agradecí por la información. Mientras me iba, él tomó mi mano y depositó un beso en ella. Lo miré curiosa, un tanto disgustada por lo húmedo que fue aquel contacto.

—Cuando usted quiera podemos hablar más sobre eso. —Sonrió guiñando el ojo—. ¿Me permite saber su nombre?

Dio un paso adelante para acercarse a mí y yo decidí marcar distancia poniendo el libro entre ambos. De pronto, al notar que su mirada se desviaba hacia partes de mi cuerpo que no eran mis ojos, los suyos perdieron la belleza que antes había visto en ellos. Experimenté una sensación extraña en el estómago. ¿Era miedo? No lo sabía, pero era sin duda diferente a la sensación que me provocaba la posibilidad de perder a mi hermano y tampoco se acercaba a la de estar al filo de un barranco. ¿Qué era?

—Usted es una chica muy bella. Tiene un rostro adorable, muy redondito —dijo sin soltar mi muñeca. Un escalofrío de asco me

recorrió y di un paso atrás, lo que hizo que el desconocido invadiera más mi espacio personal.

—Ay, señorita Gyuri, aguante un segundo —me dijo Flye antes de salir volando de mi hombro y dejarme sola.

Me quedé mirando su huida con indignación y me encogí aún más frente al desconocido.

—Tengo que irme —le dije en un tono ridículamente agudo.

—Pero ¿no me dirá su nombre? —insistió, tomando mi otra mano para examinarla por alguna razón.

—Usted no necesita saber mi nombre —respondí, tratando de mantener mi semblante sosegado.

Pero él se aproximó y me rodeó la cintura con su brazo, lo cual terminó por agotar mi paciencia. Con el libro de poemas le golpeé el rostro. Quedó aturdido por un momento, sosteniendo su mejilla raspada.

El perro se abalanzó sobre mí tras mi ataque, pero fui incapaz de golpearlo, así que cerré los ojos dispuesta a aceptar su furia. Sin embargo, el dolor de la mordida nunca llegó. En cambio, sentí el sonido de su mandíbula encajada en otra cosa mientras gruñía.

Detrás de mí apareció Flye junto a Cyrone, quien ofreció su piel para protegerme. El animal, al ver a quien había mordido, lo soltó y se alejó llorando con la cola entre las patas.

El hombre agredido se giró para enfrentarme, pero al ver al serafín apaciguó su expresión de ira y dejó de apretar el puño con el que, asumí, pretendía golpearme.

—¿Qué? ¿Estás casada? —acusó mirándome a los ojos. Luego volvió su atención a Cyrone—. ¿Y por qué tu mujer no trae su anillo?

—espetó con frustración. Al seguir la dirección de los ojos del hombre reparé en la alianza dorada que llevaba el serafín.

—¿Crees que un simple anillo debería ser suficiente para evitar que te comportes como un simio repugnante? —replicó el serafín.

El hombre pareció enfurecerse aún más, pero en lugar de atacar a Cyrone volcó su ira sobre mí.

—Oh, se notaba en tu cara que eras una furcia buscando la atención de los hombres. Te veías tan inocente. Ibas de provocadora y estabas casada con este hombre. ¿No es así, pequeña furcia?

La sensación de querer llorar se apoderó de mis ojos y agradecí, como en pocas ocasiones, no tener la capacidad de hacerlo. No me di cuenta de que había empezado a aproximarse a mí de nuevo hasta que el serafín lo empujó.

—Podría estar casada conmigo o no, e igual te hubieras merecido ese golpe.

—Y tú te mereces la mordida de Abel, sabandija —le respondió el desgraciado, viendo cómo el brazo de Cyrone goteaba sangre.

El serafín rio de una manera poco genuina, y con el mismo brazo herido golpeó al hombre, que cayó al suelo. El resto de personas se voltearon para mirarnos, y en ese momento Flye se quejó:

—Sir Cyrone, estamos llamando la atención.

Al presenciar la aflicción de Flye y oír los gritos iracundos de Abel, decidí tomar al serafín de la mano y arrastrarlo. A pesar de que inicialmente se resistió y permaneció estático en su lugar dispuesto a continuar la pelea, después de ver la urgencia en mi cara, cedió.

Nos abrimos paso sin mirar atrás entre la muchedumbre curiosa que se había congregado para presenciar el alboroto.

Más tarde, a las afueras de Hugaría, apartados de los humanos y envueltos en un silencio sepulcral, noté el arrepentimiento de Cyrone por haber agredido a aquel hombre. Encendía cigarrillo tras cigarrillo y los fumaba de manera compulsiva.

Flye trajo volando un par de vendas que asumí había robado del sanatorio y las recibí. Aunque el serafín pensaba cambiarse las vendas por sí mismo, aparté sus manos.

Le pedí que estirara su brazo sobre mi regazo.

—Cyrone, entonces ¿estás casado? —le consulté mientras deshacía el vendaje antiguo, que no tenía heridas debajo, pero estaba manchado de sangre por la mordida de Abel.

Él resopló y volvió a aspirar el cigarrillo.

—No. Las tradiciones de los humanos no significan nada para los serafines. Ellos asumen lo que ven, nada más. Aunque fue conveniente que creyera que yo era tu esposo.

—Sí, pero me llevé un par de insultos de su parte por eso.

—Los humanos son tan absurdos que se abstienen de molestar a las mujeres solo si creen que ellas le pertenecen a otro hombre —me explicó.

Observé que el antebrazo desnudo de Cyrone no estaba totalmente ennegrecido como sus manos, solo lo recorrían un par de manchas negras, como si se tratara de hollín.

—Pues yo no le pertenezco a nadie.

Noté que Cyrone sonrió mientras volvía a aspirar el cigarrillo.

—Y, de hecho, deberías aprender tú también a no tocarme con tanta propiedad —le acusé—. Pareciera que tienes una tendencia a

ponerme las manos encima.

Cyrone tosió y expulsó humo, supongo, de la impresión.

—¿Te he tocado? Yo... oh, por Nylena. ¿Es en serio? Yo no quise... ¿por qué no me avisaste que te molestaba?

Me reí ante su desesperación. Y es que si él lo hacía realmente no me molestaba. Encogí los hombros.

Su roce y contacto corporal sí eran molestos, aunque no por las mismas sensaciones que me produjo el tacto de aquel otro hombre. Sus manos me provocaban cosquillas placenteras por todo el cuerpo, pero no se lo iba a reconocer.

—Tranquilo, sé que no me tocaste con malicia como ese papanatas. Solo me afectó un poco. Es que nunca he sido tocada por un hombre —reconocí. Ver su reacción me llenó de vergüenza.

El serafín de la tierra, generalmente imperturbable, ahora cubría su rostro, ocultando un leve bermellón que teñía su piel. Se levantó y apagó el cigarrillo, dándome la espalda para que no notara su rubor. Se me escapó una sonrisa.

—Seré más cuidadoso contigo, Gyuri, lo siento —me dijo en voz baja, grave y suave.

De repente noté que entre sus pies crecía una pequeña seta.

—Pasaremos la noche aquí —afirmó tras aclarar un poco la garganta.

—Pues, puede que Flye quepa en ese hongo, pero te aseguro que nosotros no —respondí con una risita.

El serafín, rígido como una estatua, movió su mano y agarró el aire, simulando tomar las raíces del hongo. Lo hizo crecer, tan grande como las demás casas de Hugaría. Formó paredes en su

interior hueco y creó una apertura pequeña por la que podríamos entrar.

—Sir Cyrone. Nosotros, los animales de Melcior, somos muy afortunados de poder ver la gracia de sus poderes en cada cosa que existe —proclamó Flye, que entró volando al interior del hongo.

—No le digas eso, Flye, lo harás más arrogante —dije yo, siguiéndole el paso.

—Oh, ¿soy tan predecible? —dijo Cyrone, entrando de último.

El interior era idéntico al de la tienda que visitamos, incluso se igualaba en el hedor fétido. Al menos era tierno y las paredes nos aislaban del frío, lo suficiente como para caer desfallecidos después de un largo día. Flye era la prueba viviente de ello; apenas se acurrucó en el pastizal comenzó a roncar como si quisiera hacerse oír en toda la aldea.

Me quité la capa en cuanto empecé a sudar. Al sentirme más ligera, revisé mi cuerpo en busca de algo inusual. No podía evitarlo. Aún me sentía extraña después del encuentro con aquel aldeano; algo debió haber visto ese hombre en mi figura, en cómo se veía mi cuerpo bajo la pesada caperuza. Lejos de sentirme halagada o siquiera curiosa por entenderlo, me sentí bastante sucia bajo el pantalón de seda abombado y la camiseta blanca sin mangas que se pegaba a mi piel. Tragué para aliviar el nudo en mi garganta.

Lo único que logró arrancarme de esos pensamientos que me mortificaban fue el carraspeo de Cyrone a mi lado, quien, al igual que yo, se había quitado su oscura capa para refrescarse. A diferencia de mí, que llevaba prendas blancas y holgadas, él vestía un traje oscuro que parecía de cazador, acompañado de unas botas prominentes.

Aunque prefería no mirarlo, mis ojos se desviaron hacia él de manera irremediable. Siempre hacía el mismo recorrido: primero observaba su cabello de un tono añil hermoso, que se derramaba delicadamente por su largo y elegante cuello; luego seguía su mandíbula que se marcaba con fuerza, y cada vez que la veía agitaba mis latidos. Antes de seguir el recorrido, me invadió un sentimiento de culpa. ¿Era esa la forma en que ese hombre me había mirado? ¿Estaba yo comportándome de manera igual de reprochable? ¿Llegaría el día en que haría sentir incómodo a Cyrone con la forma en que deslizaba mis ojos sobre su cuerpo? ¿Podía evitarlo si quisiera? De repente, él se volvió hacia mí.

Su mirada me golpeó como una descarga eléctrica. Fruncí los labios y aparté la vista. Incluso después de unos segundos, aún percibía su mirada fija en mí.

—No sabes ocultar que quieres hacer una pregunta. No te esfuerces tanto.

Se me formó una sonrisa torpe cuando lo escuché. Meneé la cabeza y lo volví a ver.

—De acuerdo. Me preguntaba por qué ese hombre de Hugaría me miraba de esa manera tan... —No encontré la palabra exacta para describirla—. ¿Acaso hay algo malo en mi cuerpo? ¿O algo inusual? Estoy casi segura de que mi cuerpo es igual al de cualquier otra mujer humana.

Él se quedó callado por un momento.

—No —dijo por fin.

—¿No? —repetí.

—No hay nada malo en ti, incluso cuando tu cuerpo, desde luego, no luce como el de otras mujeres humanas. —Cyrone sonrió. ¿Aquel

había sido un halago?—. Quisiera decir que él solo sentía curiosidad por ti, pero la realidad es dura; él quería usar tu cuerpo para satisfacerse, y realmente no le importaba cómo te sentías con eso. ¿No lo ves? El problema era él.

Se sentó en el pastizal junto a Flye, que dormitaba. Tomé asiento a un lado del serafín y lo observé de reojo. Las emociones desconocidas que surgían en mí eran tan intensas que sentía un dolor punzante en el costado de mis costillas. El calor que había sentido desde que él me había tocado aún no me abandonaba. No podía evitarlo.

Mala. Debo ser realmente mala. El pensamiento me acosó.

—¿Hay una manera para evitar sentirse así? Digo, como ese hombre se sintió al mirarme —le pregunté.

Intenté no sobresaltarme cuando él me miró.

—Dudo que se pueda evitar sentir algo. Lo que importa es lo que decides hacer respecto a eso.

—¿Y qué debería hacer si alguna vez me siento así? —me atreví a preguntar.

Cyrone esbozó una leve sonrisa y levantó la mano para acercar su dedo a mi cabello. Cerré los ojos anticipando el roce en uno de mis rizos, pero me quedé esperando un contacto que nunca llegó. Abrí los ojos de nuevo.

—Detenerte, a menos que la otra persona te permita tocarle.

Boté el aire que había contenido.

—Ah...

El serafín soltó una risita encantadora.

—No creas que es tan fácil contenerse. Las emociones humanas son una verdadera tortura. No me imagino cómo será para ti, si

nunca has tenido contacto con otros —me dijo, retirando su mano—. Pero, tranquila; si alguna vez pierdes el control con algún desafortunado, estaré allí para detenerte.

Asentí con los labios entreabiertos. Pasamos unos segundos en silencio, de los cuales ni siquiera fui consciente.

—Cambiando el tema, tengo algo para ti. Es un regalo —dijo él, despertándome de mi ensueño.

—¿Ah? —pregunté, porque en serio me había ido a otra parte.

—Un regalo.

Como si esa palabra fuera mágica, olvidé mis preocupaciones y sonreí de lado a lado. Me puse frente a él, expectante como un niño que va a recibir un juguete.

—¿Es este un premio por ser una buena chica? ¿O es un perdón por ser un serafín gruñón y malhumorado? —bromeé.

Cyrone curvó levemente los labios.

—No mereces ninguna de las dos. —Solté un resoplido—. Es solo una cosa que me regaló un humano hoy, y que creo que te será más útil a ti que a mí.

—¿Ofrendas de los humanos? Vaya...

—¿Recuerdas cuando te dejé un rato sola? Acompañé a un par de ellos al sanatorio y curé sus heridas lo mejor que pude. Muchos estaban agradecidos.

Sonreí tratando de ocultar la calidez en el corazón que me provocaba saber lo bondadoso que este serafín malhumorado podía ser.

Descubrí una bolsa de hilo bastante espaciosa que podía llevar conmigo. Vi que varios humanos lo utilizaban para guardar sus cosas

importantes, pero fruncí el ceño al pensar que estaba burlándose de mí.

—Ah, genial, ¿para colocármelo en la cabeza y cubrir mis cuernos? —lo remedé.

—Pues, puedes usarlo como quieras. Pero yo pensaba que quizá te serviría para guardar ese enorme libro abollado que siempre llevas en las manos.

Las mejillas me dolieron por lo amplia que se hizo mi sonrisa al ver la bolsa con otros ojos. Reí en voz baja y noté que, efectivamente, mi libro cabía a la perfección dentro de ella. Mi bolsa. Sonreí otra vez.

—Gracias, Cyrone. Te has vuelto dulce.

Él me dedicó una especie de sonrisa y se acomodó al lado de Flye para dormir.

—Perdóname por eso —dijo él, sin mirarme ni una vez.

Cuando ambos cayeron dormidos y finalmente pude retomar la lectura de mi libro, me resultó inevitable verlos entre cada párrafo. Me di cuenta de que Cyrone no lucía tan enojado cuando dormía, ni Flye parecía tan formal cuando roncaba con la boca abierta. Reí, recostándome junto a ellos, y leí una frase antes de cerrar los ojos.

> *Vuelvas o no a mí, sin importar cuánto demores, la espera me embriagará hasta hacerme verte cada noche al dormir*.

Volví a ver a Cyrone mientras descansaba; él sonreía y yo deseaba con fervor saber con quién soñaba.

7

Escuché mi nombre resonando a través de los labios de mi hermano una y otra vez. Nym me instaba a seguirlo, a que me encontrara con él. Corría todo lo que podía, pero el mundo se interponía en mi camino. El ardor de los rasguños me llenaba los brazos, pese a que mi piel se cerraba con la misma velocidad con la que se abría. Mi hermanito estaba cerca, su voz era cada vez más fuerte. Aparté las últimas ramas de un manotazo y me encontré con la desteñida imagen de Nym; sus pecas habían desaparecido y su cabello abandonado el rojo de mis añoranzas para convertirse en blanco. Busqué sus ojos, y solo encontré unas pupilas oscuras y dilatadas como las de un cachorro asustado. ¿Quién era ese niño?

Desperté con el pulso acelerado, lo único que me resguardaba del frío exterior era mi libro abierto de par en par. Me estiré sobre el pastizal, observando el techo ovalado formado por el hongo. Miré a mi lado y allí estaba Flye, ahora en un sueño más sosegado y sin emitir ronquidos monstruosos. Aprecié su piel brillante y me pregunté si tendría frío. Me incliné hacia adelante buscando mi capa para cubrirlo, y al voltear para tenderla sobre el pequeño cuerpo del anfibio, noté que Cyrone tampoco tenía nada que lo cubriera.

Lo miré con detenimiento; incluso dormido fruncía el entrecejo. ¿Estaría preocupado por el futuro de Melcior? Desde su explicación acerca de mi rol como Caelum no habíamos vuelto a hablar al respecto. ¿Estaría esperando que le pidiera que me enseñara a usar

mis poderes? No me sentía lista para eso, mucho menos capaz. Pero mientras lo miraba con el semblante tenso incluso mientras descansaba pensé en mi egoísmo.

Me estuvieron cuidando todo ese tiempo y yo no había sido capaz de hacer lo mismo por ellos. Estiré la capa y los cubrí a ambos. Mientras la acomodaba bien, un ruido interrumpió mi listado de remordimientos y levanté las orejas para prestar atención.

Un susurro tenue, apagado, pronunció mi nombre desde afuera del hongo. Busqué su origen mirando a través de la única ranura disponible, pero la pequeña silueta cubierta por una capa se movió con rapidez.

—Gyuri...

Volví a sentir mi pulso acelerado y miré hacia mis compañeros. ¿Era real esta vez?

—Gyuri... —susurró una vez más.

Su voz sonaba diferente, era más aguda, ¿podía estar asustado? Miré nuevamente a Cyrone y abrí la puerta del hongo.

—Gyu, aléjate de ese serafín. Él te está engañando. Hermana, por favor...

Y, de pronto, aquella persona tomó forma para mí. El niño que se escondía debajo de aquella capa tenía, de hecho, la misma estatura que la de mi hermano. Miré a Cyrone y dudé en despertarlo antes de obedecer a la silueta. ¿Que me alejara de él? ¿Por qué? ¿Nym habría conocido a Cyrone antes de la llegada de Neblina?

Volví a fijar los ojos sobre el serafín dormido.

—Ven conmigo —insistió Nym antes de darse la vuelta y salir corriendo, sumiéndose en la oscuridad.

Quise que me esperara unos minutos antes de tomar una decisión. Tenía miedo de alejarme de Cyrone, pero si dejaba ir a mi hermano por mucho más tiempo, tenía la seguridad de que lo perdería otra vez.

Fui tras él. Corrí trastabillando, pero la penumbra me cegó cuando me alejé lo suficiente de la aldea de Hugaría. La oscuridad era casi absoluta, como si las plantas cercanas hubieran sido arrancadas. Solo había un par de faroles naturales visibles. El camino, húmedo y lóbrego, me sugería que al seguir avanzando no haría más que perderme. Le tenía miedo a la inminente soledad, así que me aferré a uno de los pocos árboles que alumbraban con sus hojas celestes.

—¡Nym! —grité.

Por un segundo pensé que de nuevo estaba atrapada en un sueño. *¿Acaso me despertaré dentro del hongo, descubriendo que todo era falso*? Sentí una presión en el pecho. *Por favor, no quiero despertar. Estoy segura de haberlo visto. Es Nym, lo es*.

—¡Nym! —volví a gritar.

Pero nadie vino a encontrarse conmigo.

—¡Ny...! —grité. En ese instante, me detuve de golpe.

El aire a mi alrededor pareció extinguirse; lo que respiraba quemaba mi garganta. Traté de toser para despejarme, pero al hacerlo volví a aspirar algo tóxico. No sabía hacia dónde caminar para salir de esa área. Apenas di dos pasos, en un intento de alejarme, colapsé en el suelo.

¿Estoy perdiendo mi iridia? ¿Por qué me está pasando esto?

Me arrastré. Encontré pasto y, sin querer, lo arranqué. Cuando casi desfallecía, oí una voz femenina por encima de mí.

—Si quieres volver a respirar, será mejor que cooperes.

Levanté la vista, ahogándome. Pude confirmar su identidad incluso cuando en nuestro primer encuentro me había sido casi imposible mirarla. Su cabello corto y liso revoloteaba en el aire y sus pupilas amarillas destacaban y contrastaban con el ambiente descolorido.

—Neblina —dije sin hallar mi voz.

—No me mires tanto, Caelum, cariño. Hagamos esto rápido. Sé que tu aire es limitado —me ordenó, flotando en laposición de loto —. Pon tus cuernos en el suelo. Hazme caso, te lo recomiendo.

Sin poder elegir hacer otra cosa, impulsada por el temor que me inspiraba, apoyé mi cabeza en el pastizal, embarrándome los cuernos de tierra.

Cuando obedecí, el dolor provocado por el aire tóxico se aplacó, permitiéndome respirar otra vez. No me separé de la tierra. Permanecí en espera.

—Me he enterado de ciertas cosas, pequeña... ¿cómo debería llamarte ahora? ¿Gyuri? —murmuró con dulzura en su voz, pero su tono dejaba entrever su insidia—. No era mi intención atraerte con un truco de estos. No quisiera hacerte sufrir, pero no cometeré el mismo error dos veces. ¿Sabes por qué este mundo se está pudriendo poco a poco?

Los párpados empezaron a arderme.

Ella resopló.

—Por tu culpa y la del inútil serafín de la tierra —dijo entre dientes mientras se acercaba hasta mí y colocaba su pie en mi cabeza—. Las lanzas del Empíreo están listas, maldición. El Sempiterno del Empíreo estaría decepcionado de nosotros. Nos dio la oportunidad de acabar con Nylena y, en cambio, aquí están, jugando a ser humanos. —Empujó mi cabeza contra el suelo.

—Ne... bli... —Traté de hablar y ella aflojó un poco su empuje—. Yo no sabía nada de esto, por favor, todo este tiempo estuve en Riveria, yo...

—Pobre Caelum —dijo levantando mi rostro lleno de fango y limpiando mis párpados—, has sufrido tanto. Pero ¿qué hay de los demás? —Una ráfaga de aire golpeó mi cuerpo y caí a unos cuantos metros de ella.

Ardía de furia al oír cada una de sus palabras, porque eran ciertas. Quería replicarle, pero ella tenía todo el control en sus manos. ¿Por qué no le había pedido al serafín que me enseñara a usar mis poderes antes? Por Nylena, ahora sí que los necesitaba.

—Tú irás conmigo a Catarbella. —Me apuntó—. Nylena despertará con solo sentir tu presencia. —Rio—. Y quizá tu querido Cyrone no quiera venir, pero ya no podrá mantenerte escondida y sé cómo convencerlo. El serafín de la tierra tiene una gran debilidad.

Me incorporé con cuidado. Mi iridia debía estar debilitada, porque me dolía todo el cuerpo como si estuviera completamente roto. Cuando reparé en mi entorno me di cuenta de que había un grupo de niñas con pequeños cuernos curvos. Estaban de pie, unas al lado de las otras con rostro inexpresivo.

—Adelante, querubinas mías —ordenó Neblina y ellas se acercaron a mí.

Oh, no.

Quise escapar de lo que fuera que Neblina tramara, pero la densidad de un viento feroz me hizo retroceder. Era un hecho que las niñas me tomarían de las manos.

Eran tantas y tenían una fuerza que no concordaba con su tamaño. Juntas lograron inmovilizarme.

—Como te dije, Caelum, no cometeré el mismo error dos veces —agregó Neblina—. Y ser piadosa siempre ha sido un terrible error.

Las niñas agarraron mis cuernos con ambas manos y tiraron de ellos. Un grito rasgó mi garganta, pero no alcancé a escucharlo porque el punzante dolor llegó primero. Lanzaron mis ensangrentados cuernos curvos frente a mí, como si fueran dos objetos sin importancia; auténtica basura.

El dolor no cedió una vez que lograron arrancarme los cuernos de raíz, sino que persistió, porque mi cráneo comenzó a partirse para darle espacio a unos nuevos que crecían. La agonía era indescriptible, y hervía hasta volverme loca. Apreté mis dientes para no emitir sonido, pero cuando los cuernos se hicieron anchos y empujaron contra mi cabeza para abrirse espacio, volví a gritar.

La sangre manchó mi cabello y las gotas bermejas recorrieron mis mejillas, haciéndome jadear del susto. Cuando el dolor cedió, respiré desesperada. Tenía arcadas.

—¿Qué pasa? ¿No recuerdas que los serafines tenemos cuerpos humanos? —se burló Neblina—. Aquí en tierra firme, para infiltrarnos, tenemos un cuerpo idéntico al de ellos. Por supuesto que sangramos y sentimos dolor. Lo malo es que las torturas nos vienen bien, porque sanamos muy rápido y nos hacemos resistentes a esos dolores. Lo único que jamás hemos podido superar es que nos arranquen los cuernos, porque crecen luego de cinco dolorosos*, eternos* segundos.

Cuando sentí que las niñas volvieron a colocar sus manos en mis cuernos, jadeé del temor.

—¡No, no! ¡No, por favor! ¡Otra vez no! —supliqué, pero las niñas no tuvieron piedad y volvieron a desatar mi tormento.

—El tiempo pasa demasiado lento cuando sufres, ¿no crees?

Neblina siguió hablando, pero un pitido en mi cabeza escondió el sonido de su voz. Después perdí la consciencia. Nunca antes había experimentado un dolor tan intenso. El profundo escozor me regresó pronto los cinco sentidos, y con dificultad observé los cuernos que cayeron frente a mis ojos, rodando por el pastizal, con parte de mi propia piel y cabello pegado en ellos. La sangre volvió a manchar mis pestañas.

Arremetí contra las niñas, que me sostenían como un desesperado impulso de autopreservación. El dolor del brote era insoportable.

Detrás de ellas divisé a un niño encapuchado entre los árboles, aquel que me había engañado para llevarme hasta allí. Era un querubín, tal y como las niñas que me retenían. No tenía el cabello rojo ni las pecas de mi hermano; era moreno y de pelo oscuro. En la oscuridad, sus iris amarillos destellaban. Ese niño no era Nym.

Miré a Neblina, rogando por un instante de descanso, esperando que no tuviera la intención de quitarme varios cuernos más. *Solo déjame respirar*, le pedí con la mirada. Pero me horroricé al ver que parecía estar deseosa de hacerlo otra vez.

—¿P... or q... ué...? —quise preguntar, pero la mandíbula me temblaba demasiado.

—Estaba esperando esto —contestó Neblina con una sonrisa mientras apuntaba con su mentón a uno de mis lados.

Al levantar la mirada, distinguí a Cyrone de pie a pocos pasos de mí, emergiendo entre los arbustos. Respiraba con fuerza, como si hubiera corrido la distancia de tres ciudades. Su rostro mostraba una expresión de preocupación y espanto.

Observé que no llevaba puesta su capucha, de modo que mi mirada cayó sobre su par de cuernos intactos. Se me hizo difícil pensar que él podía ayudarme y sacarme de ahí, así que rogué porque se fuera antes de que Neblina lo aprisionara y le arrancara los cuernos también.

—Vete —murmuré mientras mi mente daba vueltas, a punto de rendirse ante el mareo y desvanecerse.

Las querubinas evitaban que me cayera, agarrándome firmemente de los nuevos cuernos.

—No me mires así. ¿Acaso no instruiste a tu dulce *Gyuri* sobre nuestra maldición? —dijo Neblina deteniéndose en mi nombre.

Lo observé y percibí su agitación en el subir y bajar de su pecho. No fue hasta que decidió tomar una gran bocanada de aire que logró apartar sus emociones y concentrarse.

—Bien, Neblina. Te voy a demostrar que los serafines no somos inmortales del todo —vociferó Cyrone, plantando sus pies firmes en la tierra y juntando las manos.

Sus brazos temblaron en el momento en que separó las palmas. La tierra trepidó, desatando un ruido seco que repercutió en las raíces de la vegetación. El terreno comenzó a resquebrajarse.

—No seas así. Sabes que podemos concluir esta conversación sin acudir a la violencia —respondió ella.

—Hablar contigo nunca me ha servido de nada —espetó Cyrone, intensificando el sismo.

Contemplé que, mientras el suelo se abría, unas ramas espinosas agarraron las extremidades de las querubinas, quienes me soltaron y comenzaron a elevarse. Yo también seguí la corriente de un viento denso que despegaba mis rodillas del suelo. Las raíces no hicieron

distinción y también me sostuvieron de los brazos. A pesar de que el contacto de las espinas dolía, me sentí un poco más tranquila por estar en manos de Cyrone.

—¿Estás moviendo algo? —preguntó desdeñosa—. Porque no siento nada.

Los cabellos de Neblina, oscuros y delgados, se movían al igual que las hojas de los árboles. Estos últimos se desprendieron de sus raíces y flotaron como todo lo demás. Sus ojos se blanquearon al dirigir los troncos hacia el serafín, antes de dispararlos como proyectiles.

Cyrone pateó el suelo y bloqueó el impacto con un escudo que diseñó con tierra en forma de muralla. El serafín movió sus dedos, conectando con las raíces y haciéndolas cobrar vida. Los tallos se alargaron hacia el cielo y se extendieron para amarrar las extremidades de Neblina. La serafina del aire voló alrededor de las nuevas cepas, pero Cyrone fue más rápido y logró desestabilizarla y tumbarla al fin.

El serafín la miró con seriedad desde su altura.

—¿Sientes algo ahora?

Neblina, al percatarse de que sus querubinas eran prisioneras de los sarmientos espinosos, moldeó tres grandes remolinos para rodear a Cyrone. A pesar de que la mujer sabía que era imposible separarlo de la tierra, consiguió que el serafín aspirara el vórtice repleto de polvo. Luego, la polvareda que envolvió a los torbellinos lo encegueció.

Tragué con firmeza mientras descansaba de la tortura reciente, capturada y suspendida en el aire. De repente, los sarmientos que me sujetaban se cerraron con fuerza alrededor de mis brazos,

capaces de partirlos. A pesar de que quería guardar silencio, no pude contener un gorjeo que captó la atención de Cyrone.

Me observó con horror al percatarse de que sus sarmientos me estaban dañando y tropezó hacia un precipicio que él mismo había creado con la división del suelo.

En ese instante, las ramas de las que Cyrone perdió el control me soltaron.

Me desplomé en la tierra firme, y con urgencia me arrastré hacia el borde del precipicio en busca de Cyrone. Afortunadamente vi que el serafín estaba aferrado a la orilla con las piernas suspendidas al vacío.

Neblina se aproximó, posicionándose en el límite de la abertura de tierra. Sospeché que planeaba hacerlo caer, por lo que, pese a la dificultad, me puse de pie, pero tan pronto lo hice un viento me empujó en la dirección opuesta, impidiéndome avanzar hacia ellos. Me aferré al suelo con todas mis fuerzas, impotente, mientras observaba la desdeñosa mirada que Neblina me concedía. Luego se dirigió a él.

—No esperas que te ofrezca ayuda para subir, ¿verdad? Si pesas más que mil rocas juntas, ¿cómo podría hacerlo?

—Neblina, lo único que quiero es ayudar a Gyuri —bufó Cyrone.

Al asomarme para ver el fondo del precipicio insondable, una intensa sensación de vértigo me empalideció. Me preocupaba pensar que la oscuridad no acababa en el abismo que amenazaba con llevárselo, y me preguntaba qué podría haber más abajo del mismo suelo.

—Cyrone, Cyrone, ¿cuándo entenderás que el haberte enamorado de Lummina solo nos trajo devastación? Con tu maravillosa

actuación me haces ver como una bestia. Lo único que deseo es que el próximo mundo sea mejor que este —contestó ella con una sonrisa socarrona.

Sentí mi pulso acelerarse. ¿Cyrone había estado enamorado de Lummina? ¿Era por eso que me protegía de esa manera?

—Comprendo, Neblina. Sé que quieres ser la próxima diosa, y puedo colaborar contigo para ese propósito.

Ella se arrodilló en el borde del precipicio.

—¿Insinúas que te rendirás ante mí en la próxima guerra de serafines? —preguntó, en un lejano susurro que intensificó.

—Claro —masculló Cyrone—. No me interesa ser el próximo dios y lo sabes.

—Tendrás que jurarlo en el nombre de Nylena —murmuró Neblina sin pestañear—. Tu palabra no significa nada para mí.

—De acuerdo. —Cyrone asintió, a punto de resbalar al abismo.

Neblina alzó una ceja con una expresión inquisitiva.

—¿De verdad harás un juramento por Nylena, solo por... —miró en mi dirección— ella?

Ahogué un grito cuando vi que Cyrone se soltó de donde estaba agarrado. Cuando estuvo cerca de hundirse en aquel aterrador vacío, la mano de Neblina agarró la suya justo a tiempo.

—Siempre subestimaste mi fuerza, Cyrone. No subestimes también mi capacidad de dejarte caer.

—No necesitas amenazarme —replicó él—. ¡Juro en el nombre de Nylena que me rendiré ante ti en la próxima guerra!

De pronto recordé los relatos de mis novelas que describían el edénico poder de Catarbella: la divina asunción. Alrededor de las muñecas de los serafines, unas esposas doradas que simbolizaban el

juramento surgieron del aire. Aquellas apariciones, semejantes a objetos bañados en oro, eran una manifestación de la magia de la diosa Nylena que se materializaba en la tierra.

—Es un deleite verte así de miserable, Cyrone —se mofó Neblina, y una vez que las esposas se disiparon en el aire lo tiró hacia arriba, cerrando el pacto.

Apenas Cyrone me avistó, corrió en mi dirección. Me aferré a él y la adrenalina que me había permitido ponerme de pie se disipó. Al comprobar que estaba ileso, me dejé caer en sus brazos ligeramente aturdida.

—Lamento haber permitido que esto te ocurriera —me susurró.

—¡Su alteza! —gritó el niño que me había guiado hasta ahí en un principio.

Retuve a Cyrone cuando me levantaba para huir, indicándole que nos quedáramos observando.

El niño, al obtener la atención de Neblina, nos señaló a nosotros con una mirada radiante.

—Quizá usted, altísima madre, se equivocaba. Él es varón como yo y es un serafín. ¡Puedo ser de utilidad! ¡Ya no necesita matarme!

Abrí los ojos de par en par y observé a Cyrone. La expresión del serafín no evidenciaba sorpresa, sino lástima, y noté que apartaba la mirada cuando las querubinas se acercaban al querubín.

—No. Ellas arrancarán sus cuernos —advertí, pero Cyrone me retuvo para evitar que interfiriera.

Neblina se giró en dirección al pequeño y se inclinó para ponerse a su altura.

—Se me olvidaba ocuparme de ti. —La serafina acarició su rostro y después lo agarró con fuerza y lo empujó hacia las querubinas—.

Niñas mías, acaben con él. Hagan que deje de hablar para siempre y no nos haga malgastar más palabras.

—¡No! —gritó el pequeño, retrocediendo hasta caer al suelo. Clavó las uñas en la tierra, aferrándose a ella—. No, por favor, no quiero morir, yo puedo ser de utilidad...

Observé su pequeño cuerpo tembloroso e imaginé a Nym en esa horrorosa situación.

—¡No le hagan daño! —rugí, sobresaltando a Cyrone—. ¡Déjenlo!

Las querubinas invocaron la divina asunción y moldearon un hacha dorada con sus manos. Entre todas, la elevaron: la inquisición divina. Cyrone cerró los ojos, como si pretendiera ignorar lo que estaba pasando.

—¡¿Cómo puedes hacerle eso a tu propio hijo?! —grité enfurecida, dirigiéndome a la serafina del aire.

Neblina hizo un gesto para que las querubinas se detuvieran.

—Espera un momento. Dijiste... ¿hijo? —inquirió Neblina—. Ese niño que perseguiste no es mi hijo. ¿Qué crees que soy? ¿Piensas que soy una señora lavandera de Dregonia? ¿Que una serafina puede tener hijos?

—No tienes que matarlo —insistí—. Dámelo a mí.

El niño me observó confuso.

—Gyuri —susurró Cyrone, tratando de detenerme.

—¿Quieres un querubín varón? —respondió la serafina del aire, incrédula, remarcando el hecho superfluo de que su género era masculino.

—Déjalo ir —reiteré, sin comprender—. No tienes ningún derecho sobre él. ¿En serio quieres matarlo? ¡Eres un monstruo!

Desafié a Neblina con la mirada y ella se partió de la risa.

—¿No tengo derecho sobre él? Tu corazón, Caelum, es tu condena —contestó.

Neblina les arrebató el hacha dorada a las querubinas y la alzó con una sola mano, gesto que parecía ser digno de admiración para sus descendientes, pues el hacha era inmensa y pesada. Decidió blandirla contra el pequeño, quien solo cerró los ojos y aceptó su duro destino.

—¡No! —vociferé, luchando por despegarme de Cyrone e ir a rescatar al niño.

Con el grito, mis venas internas se encendieron en fuego y resplandecieron en mi interior. Era una conexión que parecía invocar una respuesta celestial.

Mi grito no fue lo que detuvo a Neblina.

Fue una implacable luz la que lo hizo.

Un rayo descendió de las alturas y envolvió su cuerpo completo. Se desató un espectáculo pirotécnico alrededor de la víctima. La respiración se me cortó de la sorpresa. Aquel rayo serpenteó por la espina dorsal de la serafina del aire, se esparció por sus pies y acabó por distribuir los restos en chispas incandescentes que consumieron el pastizal. Debido a su alta temperatura, el residuo del rayo se transformó en un denso vapor blanco, mientras un trueno se oyó tardío, prolongándose en ecos que pudieron haber llegado hasta los mismos escombros de Riveria.

Neblina soltó el hacha y quedó inmóvil durante un breve instante, hasta que la gravedad reclamó su cuerpo y cayó. Las querubinas abandonaron todo lo que estaban haciendo y se apresuraron a socorrer a su ama.

Cyrone me había soltado, supuse que en el instante en el que el poder brotó de mis entrañas. Busqué su rostro, encontré asombro.

Sin perder tiempo, el serafín de la tierra unió sus palmas para después separarlas con fuerza. Sus manos se alejaron y con aquel movimiento la tierra se resquebrajó en mitades, dejándonos a nosotros de un lado y a los querubines junto a Neblina del otro.

Cyrone me cargó en sus brazos al notar la debilidad de mis piernas y, antes de partir conmigo, llamó al pequeño querubín:

—¡Querubín Rydel!

El querubín miró a Cyrone, ilusionado, como si nadie lo hubiera llamado de ninguna manera antes. Se levantó rápidamente, pero colmado de inseguridad. El abismo que nos separaba era demasiado profundo; si saltaba y no llegaba, se hundiría para siempre.

—Yo no puedo, ¡no puedo! —chilló el querubín para ser escuchado del otro lado.

—Claro que puedes. Eres un querubín del aire —afirmó Cyrone, y yo sonreí para mis adentros mientras miraba al pequeño.

Rydel retrocedió para tomar impulso y, antes de que una de sus hermanas lo atrapara, saltó. El querubín aprovechó su poder de aire y se elevó lo suficiente como para alcanzarnos.

Y lo logró. Terminó siguiéndonos el paso mientras escapábamos de Neblina.

8

Cyrone corría conmigo en brazos y mi conciencia se desvanecía. Mi cuerpo herido resentía lo sucedido. Tal vez la sangre aún me manchaba el rostro, lo que explicaba la expresión aterrada de Flye, quien volaba junto a nosotros con un semblante preocupado. Sus gritos resonaban lejanos, pero podía oír tan solo el eco de ellos.

Era incapaz de medir los minutos que transcurrieron hasta que por fin llegamos a la orilla de un pequeño lago que, con toda probabilidad, estaba en las cercanías de Hugaría. Me sumergieron hasta el cuello y el agua me ayudó a recobrar el conocimiento.

—Señorita Gyuri, ¿quién le hizo esto? —Escuché la aguda voz de Flye.

Parpadeé y enfoqué la inmensidad de niebla en el cielo, junto al resplandor de los árboles que iluminaban la oscuridad azul marino. Escupí un poco de agua que había tragado de forma accidental, y pude dilucidar los bordes desdibujados de Cyrone, quien me limpiaba con suavidad la frente y retiraba la sangre.

—¿Cyrone? —susurré. Al darme cuenta de que él acercaba su mano a mi frente, me aparté, dándole de manera involuntaria un empujón.

El estanque no era profundo, así que no me hundí cuando caí sobre la tierra que yacía en el fondo. El agua me llegaba al mentón y pude observar cómo se teñía del rojo de mi sangre. Al percatarme de aquel horroroso color me puse de pie, chapoteando desesperada,

y ahogué un grito. Me toqué los cuernos. Debía corroborar que aún los tenía. Era imposible dejar de tocarme. Mis cuernos estaban ahí como si no los hubiera perdido nunca. Como si no hubiera visto muchos de su tipo girando por el suelo, ensangrentados como pedazos de mí.

Volví a gritar, y en ese momento Cyrone se acercó a través del agua para sujetar mis brazos.

—Gyuri, ¡Gyuri! —repitió mi nombre hasta que por fin decidí mirarlo—. Estás bien, tus heridas ya se han curado.

Más tarde comprendería que, aunque mi piel había sanado, me tomaría mucho tiempo curar mi mente. Me acariciaba la brisa invernal, lo que me atemorizaba.

—¡Es Neblina! ¡Ella vendrá por mí otra vez! —grité, salpicando a Cyrone con agua por mis aleteos—. ¡Le lancé un rayo encima, debe estar furiosa conmigo!

Y volví a palpar mis cuernos.

—Neblina ya obtuvo todo lo que siempre quiso. Yo se lo di. Ella no volverá a hacerte daño, Gyuri —murmuró Cyrone cerca de mí.

Cuando intentó tocarme, retrocedí de nuevo y volví a caer al agua. Él, en lugar de enfadarse, comprendió que me resultaría difícil aceptar su tacto. Se sentó a mi lado, observando cómo el agua se mecía con un ritmo gentil. La seda transparente y líquida reflejaba nuestros rostros y los faroles de los árboles. El rumor del bosque logró calmarme un poco.

—Me recuerdas a los nonos. Siempre que intento acariciarlos, huyen de mí.

—¿Qué es un nono? —pregunté, mientras intentaba controlar mis jadeos.

—Un mamífero blanco, cornudo, peludo y que salta en las praderas. Demasiado escurridizo. Como un conejo, pero más feo.

—¿Qué tratas de decirme? —me volví hacia él y su sonrisa logró relajarme.

Al ver que me respondía con la mirada, abrí mi boca, solté una risa indignada e incrédula y lo salpiqué con agua.

Cuando por fin me calmé lo suficiente, Flye se posó frente a mí, aterrizando sobre una hidrófila que flotaba en la superficie del pozo.

—Señorita, ¿por qué no nos despertó? ¿Por qué huyó de nosotros sin avisarnos? —Flye parecía ofendido, inquieto. Bajé la cabeza frente a él.

Luego busqué con la mirada al querubín que nos había seguido. Lo encontré en la orilla del lago, encogido sobre sí mismo y escondiendo su rostro bajo la caperuza.

—Yo... —intenté decir, pero me quedé sin aliento. Alcé la vista y traté de ignorar mi furioso nerviosismo—. Creí que ese querubín era Nym, y lo seguí. Me advirtió que me alejara de Cyrone, y le hice caso.

Cyrone se volteó hacia el niño, y con una sola mirada hizo que diera un pequeño salto.

—¡Pero él no tiene la culpa! —me adelanté—. Estoy segura de que Neblina fue quien lo obligó. Además, debí haberlo imaginado... Nym no me llamaría de esa forma y yo caí de todos modos. Estaba demasiado desesperada porque fuera verdad.

Había sido una tonta. Con un suspiro dejé escapar toda mi culpabilidad.

—Perdóname, Cyrone. No creí que esto terminaría así.

—Te voy a perdonar por eso, pero... necesito que hagamos un juramento ahora. Quiero que me hagas una promesa —me respondió él.

Lo miré curiosa por saber qué quería de mí. Vi que estaba manchado con mi sangre y comenzó a limpiarse las mejillas con el agua. Tragué con dificultad al pensar que todo eso había salido de mí. Me miré las manos temblorosas, asustada de descubrir que era tan débil. Un atisbo de dolor me hizo querer acariciar lo que había debajo de la base de mis cuernos.

Cyrone me miró y me dijo:

—No te separes de mí otra vez. Me tienes que prometer que te mantendrás pegada a mí. ¿Lo entiendes?

Reí un poco al escuchar sus palabras, pero él se mantuvo firme, mirándome a los ojos.

—Estoy hablando en serio. Te estoy pidiendo que me prometas que no volverás a correr de mí otra vez. —Tenía los ojos brillantes de añoranza—. Lo necesito, Gyuri. ¿Puedes?

Con un gesto limpié mi sangre de su frente, apartando el cabello que se le derramaba húmedo en la piel. La mancha que le había causado contrastaba con su bello rostro perfilado como se suponía que debería lucir un ángel. Una oleada de remordimiento me nubló al recordar todo lo que él había sacrificado por mí.

—¿Por qué llegas tan lejos para cuidarme? —le pregunté. Él tomó mi muñeca y me miró más serio.

—Le hice una promesa a Lummina en el momento en que la encontré agonizante. ¿Por qué te es tan difícil pensar que deseo protegerte?

—¿La amabas?

El serafín soltó mi muñeca.

—¿A qué te refieres?

—Neblina dijo que haberte enamorado de ella había causado destrucción.

—Sí. Como siempre, la culpa de la destrucción es de cualquiera menos de ella. Todo un clásico.

—Pero ¿la amabas? —extendí la mano y esta vez fui yo quien tomó su muñeca. Él siguió nuestro contacto, se deslizó por mi brazo y terminó por aterrizar en mis ojos. Había tanto dolor y... deseo en su mirada.

—Lo siento tanto. No quería revivirte malos recuerdos.

El serafín acarició mi mano y luego se detuvo en seco.

—No tienes por qué disculparte. Si te preguntas si acaso Lummina fue mi amante, la respuesta es no. No fue una historia de amor. Yo la amaba, sí, pero no fue más. Unilateral, hasta su último suspiro. Da igual. Ahora tú eres quien me importa —dijo apretando mi mano —. ¿Puedes dejarte cuidar, Gyuri?

Por primera vez en toda mi vida tuve el impulso de hacer lo que alguna vez leí en una de mis novelas. Quería juntar mis labios con los suyos y ver qué sucedía. Por fortuna Flye, que parecía profundamente conmovido, interrumpió.

—Usted es muy difícil de cuidar, señorita Gyuri, pero eso no quiere decir que no valga la pena intentarlo.

—Gracias —dije mirando a la rana y después al serafín—. Gracias por hacerlo.

Me di cuenta de que, en este oscuro mundo, el pequeño grupo de caminantes que habíamos formado era la única fuente de confianza que me quedaba.

Cuando logré secarme del todo gracias al fuego de una hoguera que encendimos, pude fijar mi atención en el niño que permanecía callado en su lugar. Cyrone notó que mi interés estaba centrado en el pequeño querubín, quien se encontraba posado a un costado de la fogata tan rígido como una estatua. El serafín intentó quitarle la capucha que le cubría el rostro, pero al sentir que se acercaba a él de improviso el niño retrocedió sobre la tierra.

—¡No me toquen! —exigió—. ¿Por qué quieren matarme?

Alcé una ceja. El niño, de piel bronceada y finas facciones, parecía a punto de quebrarse.

—Rydel, no queremos matarte —contestó Cyrone.

El niño reaccionó confuso ante ese nombre.

—¿Y por qué me diste un nombre? —preguntó—. Los querubines varones no merecemos que nos llamen de ninguna forma. Mi grandiosa madre me lo dijo. Además, sé que si otros serafines me tocan, mi piel arderá y se volverá humo.

Observé a Cyrone y luego a Flye, sin comprender por qué el niño asumía cosas como esa.

—Escucha, en una parte tienes razón, pero en todo lo demás te equivocas. —El serafín se acercó un poco más al niño, pero no se atrevió a tocarlo—. Los varones no merecemos nombres. Yo tampoco fui nombrado hasta varios años después de que nací. Pero ¿sabes lo hermoso que es recibir un regalo como este? Tu nombre te dará identidad, y ello te dará fuerza. «Rydel», tú eres digno de ese nombre. ¿Quieres tomarlo?

El tono dulce con el que Cyrone le hablaba incluso calmó el fuerte palpitar de mi pecho; por fin relajé mis hombros, olvidando el fuerte resentimiento que se apoderaba de mi cabeza maltratada.

Rydel siguió encogiéndose como si el serafín fuera a golpearlo con las palabras.

—Déjame adivinar. Neblina te dijo algo como: «No puedes tocar a nadie, porque si lo haces te mueres». O una cosa por el estilo. ¿Verdad?

Rydel asintió.

—Pues eso es mentira, Rydel. No te vas a morir si te toco. —Cyrone levantó su mano y le mostró su palma. El querubín se erizó del susto al verla—. De hecho, no morirás incluso si cualquier persona lo hace. Mira, compruébalo por ti mismo.

Permanecí contemplando la mano en alto de Cyrone, esperando a que Rydel uniera su palma con la de él. El niño, que al principio estaba vacilante, decidió acercarse mientras temblaba como una hoja. Cuando logró entrelazar sus pequeños dedos con los del serafín, el rostro de Rydel se iluminó como si todo a su alrededor cobrara color por primera vez.

—Bien hecho —celebró Cyrone con una dulce sonrisa.

Pensé que jamás había visto al serafín sonreír de esa manera, y la emoción que me provocó al verlo fue un tanto extraña. No pude explicarla con conciencia. Tan solo abracé el libro dentro de mi bolsa.

—¿Te gustan los niños, Cyrone? —intervine sin querer—. Seguro serías un buen padre.

El serafín me devolvió la mirada y su expresión se ensombreció. Flye, que estaba posado a su lado, también me observó como si lo que había dicho hubiera sido una mala noticia. Brincó hasta posarse

a mi lado y me concedió la mirada de sus ojos nublados, casi tan oscuros como los míos.

—Señorita Gyuri, ¿comprende por qué los querubines varones no merecen un nombre? ¿O por qué la señora Neblina actuaba tan hostil contra el señorito Rydel?

—Claro que no. Eso jamás lo voy a entender —respondí sin reservas.

—Es porque las serafinas son las únicas que pueden dar nacimiento a querubines —explicó Flye.

—Los serafines varones no podemos dar vida —añadió Cyrone—. Por eso nadie va a heredar el poder de la tierra jamás, porque yo no tengo a quién heredarlo. La tierra termina conmigo.

Me acomodé en mi lugar, sorprendida por aquella información.

—No puedes culpar a Neblina. Es la gran regla: hay que preservar la naturaleza. Si un querubín varón crece, los poderes que le heredarás estarán destinados a perecer. Por eso hay que eliminarlos antes de que crezcan y se conviertan en tronos. —Cyrone enredó su mano en la cabellera oscura de Rydel—. Y un trono es aquel querubín que alcanza la edad adulta y está listo para suceder el puesto del siguiente serafín de la naturaleza.

Algo no encajaba para mí, así que cuestioné sus palabras.

—¿A qué te refieres? A ti no te mataron, porque por algo eres...

—El primer serafín varón. Así es —respondió Cyrone con una sonrisa nostálgica. ¿Cuánto había de él que no conocía?—. Te aseguro que no es fácil sobrellevar que tu madre y tus hermanas quieran acabar contigo. Pero tampoco es imposible.

—¿Puedo ser yo el segundo? —preguntó Rydel—. Es que... me gustaría serlo.

Rydel bajó la mirada, retrayéndose cuando recibió nuestra atención. Sin querer esbocé una ligera sonrisa.

—Eso depende de ti. Tienes que ser el querubín más fuerte; destacar entre todos tus hermanos y hermanas. Debes ser el que sepa controlar mejor los poderes que heredaste. ¿Has practicado? ¿Me quieres mostrar algo?

El niño asintió y, con mucha inseguridad, abrió la palma de su mano apuntando al cielo. Sobre ella se formó un vórtice que era invisible para nosotros. Luego la tierra se mezcló con la corriente, de modo que pudimos apreciarlo en todo su esplendor.

El remolino terminó por colapsar y deshacerse.

—Bien hecho, muchacho. Eres muy hábil. Chócalas. —Cyrone le volvió a mostrar la palma de su mano.

El pequeño se quedó mirando la mano de Cyrone, sin estar muy seguro de qué debía hacer. Por tal razón, me adelanté hacia el niño por la espalda y, con cuidado, tomé su mano y la estampé contra la del serafín.

Cyrone me sonrió cuando nuestras manos se tocaron con la de Rydel al medio. Me encogí de hombros y miré al niño:

—«Chócalas» es un modo de celebrar que tienen los humanos.

Rydel asintió, pero se quedó mirando la palma de su mano, aún ensimismado en sus pensamientos tras el contacto.

—¿Por qué mi gloriosa madre dijo que si tocaba a alguien moriría? —cuestionó el pequeño.

—Porque querían quitarte las ganas de vivir, Rydel. Así se les haría más fácil someterte y matarte —replicó Cyrone—. Pero aun así resististe. Eso demuestra que tienes las cualidades de un futuro serafín del aire.

—Sí, hagamos que los serafines varones también suban al panteón —dijo Flye—. ¿A quién le importa el siguiente mundo si podemos hacer durar este para siempre?

La risa de Rydel me provocó una alegría incontenible y el silencio que vino después no se tornó incómodo; al contrario, fue bastante acogedor.

De reojo observé a Cyrone, y cuando nuestros ojos se encontraron desvié la mirada hacia arriba. No podía dejar de pensar en lo que había ocurrido, el momento en el que me encontró presa de Neblina y ensangrentada. Cielos. Su expresión reflejaba que su mundo se desmoronaba, como si mi dolor resonara aún más en él. Cyrone era despiadado, ¿acaso comprendía el impacto que su mirada podía causar en una joven como yo? En ese instante me di cuenta de que ya no pensaba tanto en el escritor de mi libro cuando él estaba cerca. Ahora imaginaba que él me decía las cosas que leía.

—Gyuri. —Cyrone me arrancó de mis pensamientos—. Deberíamos irnos de Hugaría; la gente ya está comenzando a sospechar que hay un hongo que no estaba allí antes.

Se levantó, dejando una estela de su aroma tras de él. Suspiré profundamente.

—Vámonos, sí. Usted no sabe que en los tenderetes de la plaza principal venden carne de rana —advirtió Flye, que se subía al hombro de Cyrone—. No quiero tampoco ser una pieza de colección.

Al dejar atrás la aldea de Hugaría nos adentramos en la sombría arboleda. La hojarasca crujía bajo mis pisadas, me encontraba cada

vez más agazapada por los sonidos externos que provenían más allá del bosque. El pensamiento de que Neblina debía estar furiosa conmigo se apoderaba de mí. El solo tacto del viento me hacía creer que me había encontrado de nuevo.

Me adelanté en la caminata y jalé a Cyrone de la capa. En un momento en el que ya no podía ocultarme más, tiré de él hacia atrás, haciéndole perder la paciencia. Cuando él se giró hacia mí me mostró su mirada oscura y penetrante, con las cejas gruesas y rectas que me intimidaban.

—No puedo caminar si tiras así de mí. ¿Qué te pasa? —me preguntó.

Bajé mis orejas, avergonzada, sin saber cómo explicarme.

—No deberíamos caminar por aquí; Neblina me va a encontrar y... —balbuceé y no pude terminar la oración, porque decirlo me transportaba al momento en que mis cuernos ardían de un dolor efervescente.

Cyrone no demoró mucho en darse cuenta de lo que realmente quería decir.

—Basta, no hagas eso —exigió él con firmeza. Me vi obligada a levantar la mirada—. Escucha, Gyuri. Eres fuerte. Eres una serafina, y no cualquiera: eres la serafina del cielo.

Negué con un gesto, sintiendo que mi voz se quebraba en pequeños sonidos aislados cuando lo reconocí:

—No soy fuerte. No fui capaz de defenderme.

Rydel caminó entre nosotros con la intención de decir algo, pero al momento de tomar la iniciativa su voluntad se debilitó. Nosotros esperamos por él, hasta que el niño sacudió su cabeza y decidió hablar.

—Yo puedo cuidar de ti. No tengo grandes poderes, pero puedo hacer pequeños torbellinos.

Al escucharlo comprendí de inmediato lo que debía hacer. ¿Un querubín ofreciéndose a cuidarme? Aquello era desmoralizador para mi propia naturaleza. Aún desconocía mis poderes, y tampoco sabía lo que podía hacer con ellos. Por eso, no me quedaba más opción: debía aprender a utilizarlos a mi favor. Era yo quien debía cuidar de mis acompañantes, especialmente de Rydel que, sin quererlo, despertaba mi esencia de hermana mayor. No podía esperar a encontrarme en apuros de nuevo o ver los siguientes estragos de la ausencia del cielo para tomar la decisión de aprender. Después de todo, ya había utilizado mis poderes, aunque sospechaba que eso era apenas una mínima parte.

—Rydel —susurré y vi que el niño empezaba a lloriquear—. ¡Espera!

—¡Es mi culpa! —gritó el pequeño—. Yo te atraje y mi altísima madre te hizo daño. Yo no quería que eso ocurriera. Yo solo quería que mi madre me diera...

—Un día más —completó Cyrone cuando el pequeño se atragantó con sus palabras y no pudo continuar.

No supe qué responder, porque en ningún momento vi a Rydel como el responsable de mis heridas, así que me hinqué a su altura y lo abracé sin decir una sola palabra. Esperé a que desahogara su tristeza en mi hombro para poder aminorar un poco su sentimiento de culpabilidad. Cuando volví a mirarlo de frente, le sonreí.

—No llores, Ry. Eres bueno —le susurré observando sus delicadas facciones bañadas en lágrimas—. Eres muy bueno.

Esas palabras parecieron ser suficientes para calmar al niño, que me sonrió de vuelta con la respiración todavía entrecortada.

—Yo te protegeré —volvió a decir Rydel—. Esa es la forma en la que te pediré perdón. Así que... no tengas miedo, ¿sí?

Infló su pecho con la expectativa de borrar sus lágrimas con algo de vigor y osadía.

Me sentí un poco más segura.

9

«La posición de poder.» La primera lección de Cyrone. Una postura sagrada que permitía a los serafines conectarse profundamente con la naturaleza, adquiriendo así el poder de moldear el mundo a su antojo. Entonces, muchas cosas comenzaron a cobrar sentido: la forma en que Neblina se mantenía suspendida en el aire, con las piernas cruzadas y las manos descansando sobre las rodillas cada vez que desataba su poder, o incluso la manera en que Cyrone plantaba sus pies con firmeza antes de estremecer la tierra.

Pero he ahí mi primera pregunta: ¿cómo había sido posible que yo manifestara un rayo sin una «posición de poder»? Cyrone me lo explicó en pocas palabras: a los serafines nos era posible usar nuestros poderes siempre, pero de manera involuntaria, cuando una emoción ardía intensamente en nuestro interior. La ira, la tristeza, la felicidad, entre otras. Para dominar mis poderes, primero debía adoptar una postura que me permitiera canalizar la energía del cielo y hacerla fluir por mis venas como si se tratara de una emoción tangible.

El serafín estuvo dispuesto a practicar conmigo un par de veces en el camino, todas fallidas o insulsas. Ligeros rayos y un rocío que apenas había rozado el cabello de Ry. Era un fracaso. Sin embargo, la certeza de que cada vez estábamos más cerca de encontrar la reliquia que me ayudaría a dar con mi hermano me daba ánimos. Nym estaría dichoso de saber que su hermana era una serafina y

más que ansioso por conocer mis poderes. No estaba muy segura de lo que vendría después, de lo que debía hacer. Ciertamente no podía continuar mi vida en Riveria y olvidarme de la ausencia del cielo, pero tampoco tenía certeza alguna de lo que se esperaba de mí. Cyrone no me daba ninguna respuesta, no me exigía nada y cada vez que le pedía que me hablara sobre Lummina y los planes que alguna vez tuvo para mí, se retraía y cambiaba el tema. Flye solía reprenderme —con mucho respeto, por supuesto— por presionar al serafín, pero lo que la rana no notaba y yo no deseaba profundizar, era mi preocupación por saber la profundidad del amor que aún podía tenerle a la difunta Caelum.

Cuando los vientos se apaciguaron, dejando atrás las heladas de Hugaría y los sectores fríos que la colindaban, llegamos al manto de una nueva aldea: Dendroría. Lo que la diferenciaba de otras aldeas era la presencia imponente de unos árboles de tronco larguísimo, en cuyas copas se posaban las menudas casas de madera. Cada casa dejaba caer una escalera de hilo desde su entrada principal, por la que subían y bajaban los humanos.

Sostenía la mano de Rydel para no perderlo, al igual que lo hacía con Nym. La diferencia entre ellos era abismal; Rydel sería incapaz de adentrarse en situaciones peligrosas porque aquellas no llamaban su atención. Lo que realmente capturaba el interés del querubín era la comida que bullía en los hornos acoplados en el sector principal de la aldea.

Los humanos, según pude inferir, habían concertado alejar los hornos de las casas para protegerlas. Así, el fuego solo se encendía en un área común donde todos los humanos iban a cocinar sus

platos. Sostuve con fuerza la mano de Rydel cuando escuché que su estómago gruñó.

—Sir Cyrone —le susurró Flye al serafín, mientras descansaba sus patas en uno de sus hombros—. Creo que el señorito Rydel tiene hambre. Debería cultivar algún alimento para ellos.

—No —intervine yo—. Estamos un poco hartos de las verduras, ¿sabes?

Miré por encima de mi hombro y observé que los humanos asaban carnes y las cubrían con panes tostados. La envidia y el hambre me corroían como a una maripolilla encerrada que veía un campo de flores crecer.

—¿Quieres que haga crecer carne del suelo? —me preguntó Cyrone.

—Bueno, pues, podrías intentar algo similar —contesté.

Pero el serafín no me respondió. En cambio, se quedó pensativo.

—Espera... ¿sabes? Creo que podemos usar esto como una gran oportunidad —ideó Cyrone—. Ya que hemos conversado sobre cómo usar tus poderes, podríamos ir a cazar algo, o más bien tú podrías usar tus poderes para aturdir una presa. Yo me encargo de cocinar. ¿Qué dicen?

—¡¿Cazar?! —me alteré—. ¿Y qué hago si ese «algo» que trato de cazar me caza a mí?

—¿Como cuál algo?, ¿un nono con un cuchillo? —me respondió entornando los ojos—. Estarás bien.

Cuando quise negarme, Rydel ya había respondido que sí en mi lugar. Así que nos alejamos de la aldea para cazar algo, lo que fuera. Lo primero que, por una decisión infortunada, se nos cruzara.

En el centro del bosque de largos y flacuchos árboles me dispuse a practicar. Aunque comprendía la teoría de la posición de poder, ponerla en práctica se sentía ridículo. Por más que me avergonzara, procedí a mover mi cuerpo hasta sentirme completamente cómoda y conectada con el cielo. Adopté diferentes poses extrañas, pero todas me hicieron perder el equilibrio o me fatigaron después de unos minutos. Eso no estaba funcionando.

—Señorita, según mis recuerdos, el cielo solo podía existir sobre nuestras cabezas —intervino Flye para aconsejarme—. ¿Qué le parece alzar ambas manos hacia arriba?

Así que lo hice. Levanté mis manos, presioné mis ojos cerrados y sacudí la cabeza.

—¡Más alto! —gritó Rydel, que imitaba mis interesantes poses.

De verdad quise evocar, manifestar o conectar con algo. Pero nada.

—¿Qué siente, señorita Gyuri? —me preguntó Flye, mientras me estiraba hacia arriba.

Con los ojos cerrados, oí un resoplido bastante apagado a lo lejos.

—Pues ¿qué siento? Solo siento las risitas de ese serafín de pacotilla —grité y bajé los brazos. Al abrir los ojos me encontré con el rostro burlón de Cyrone, que atendía nuestro espectáculo—. Era broma, ¿verdad? ¿Lo de la posición de poder?

El serafín borró la sonrisa de su rostro y se puso de pie. Cuando estuvo erguido y con las piernas rígidas sobre el suelo, una raíz brotó por debajo de mis pies y se enredó hasta la pantorrilla. Luego me apretó con dureza, me absorbió y me sumergió en la tierra.

—¡Está bien! ¡Ya! ¡Ya entendí! ¡Es real! —grité, luchando por zafar de sus sarmientos—. Pudiste haber elegido una posición de poder

más interesante, ¿sabes? Porque estar de pie es algo muy sencillo. Ojalá pudiera imitarte.

Cyrone caminó hacia mí hasta quedar a un paso de distancia. Enseguida tomó mi mano y la posó sobre su mejilla. Me sobresalté al no preverlo.

—Voy a ser directo, no más rodeos. Intenta electrocutarme, Gyuri —me ordenó Cyrone.

—¡¿Qué?! ¿Amaneciste con ganas de ser destruido?

—¿Destruido?, creo que te sobrestimas —dijo él, soltándome la mano para cruzarse de brazos. Ladeó ligeramente la cabeza. Yo continué tocando su mejilla, un poco más temblorosa sin contar con su apoyo.

Dudé en hacerlo, pero lo último que dijo encendió una llamarada que atacó mi orgullo. Concentré «mi poder» para invocar aquel rayo de la otra vez y golpearlo con él para hacerlo tragar sus propias palabras.

Intenté pensar en cosas molestas para obligarme a experimentar la ira; sin embargo, fue muy complicado sentir miedo desbordante de la nada. ¿Cómo iba a cultivar tales sentimientos? No encontraba desencadenantes. Era como un frasco vacío, pero sin fondo ni principio.

Cansada, me tumbé sobre el pastizal, con cuidado de no aplastar las flores blancas que alumbraban la inquietante oscuridad. ¿Podría la decepción evocar algún tipo de poder? Probablemente no, porque al mover cada parte de mi cuerpo aún no ocurría nada.

—Yo... no puedo —me rendí.

—¿Me permites hacerte enojar? —me preguntó el serafín en un susurro.

—¿Hacerme enojar? Creo que también te sobrestimas.

Cyrone llevaba en uno de sus brazos, para permitirme moverme con libertad, la bolsa que cargaba mi libro. Cuando lo extrajo del fondo de aquella seda profunda me lo mostró, modelando las abolladuras que tenía y sus páginas amarillentas. Luego lo abrió de par en par y comenzó a ojear las páginas.

—Oye, si rompes ese libro o le haces lo que sea que estás pensando, te envío a Catarbella —lo amenacé—. Ese libro es el amor de mi vida.

Él alzó una ceja, tratando de hacerme ver lo ridículo que había sonado eso.

—Hay un viejo dicho que va desde lo profundo de Riorense hasta tu casita en Riveria: «el amor hace a la gente estúpida» —comentó Cyrone luego de leer algún pasaje del diario—. Así que ahora te entiendo más.

—Oh, buen intento por hacerme enojar —dije en mi faceta más tranquila—. La inteligencia y el amor son cosas diferentes, por eso las personas inteligentes también pueden enamorarse.

—No deberías proclamarte inteligente si te enamoraste de un libro.

Me quedé sin discurso para responder, pero por fin sentía que me estaba enojando. Decidí dejarme llevar un poco.

—Entonces ¿insinúas que soy idiota?

—Lo dije, de hecho.

—¿Perdona? ¿Y por qué?

—Porque no tienes idea de cómo funcionan las personas y las emociones reales —respondió con ese tono seguro y desafiante que lo caracterizaba.

—Oh, ¿y tú sí? —Sonreí con malicia.

—No soy un idiota; no me preocupo por cosas como esas.

—Oye, mejor cuida lo que dices.

—Y tú mejor cuida lo que sientes. Veo que eres de un corazón muy débil. —Sonrió con altivez.

—¿Cómo dices? —De pronto sentí una llamarada atascada en mi garganta.

Estaba funcionando.

—¿No me entiendes? ¿Acaso tartamudeé?

—¡Uh! Me pones enferma —espeté.

—Por eso te ruborizas, claro. —El serafín me rozó la mejilla, sin dejar de mirarme.

—Te crees muy capaz de alterar mis emociones.

—Eres una niñita, Gyuri. Por supuesto que sé cómo alterarlas.

—¿Te crees capaz de definirme? Ni siquiera me conoces tanto. —Percibí la tensión que se acumulaba en mi quijada y cómo mi mano se tensaba con ganas de contraerse y golpearlo. Me costaba aceptar que estaba haciéndome enojar a propósito.

—Observa este libro. Has soñado con un hombre así, ¿verdad? Así son las niñatas; las mujeres de corazón frágil sueñan con el hombre perfecto de las novelas. —Cyrone chocó levemente mi cabeza con el lomo y yo me encogí—. Te tengo una mala noticia. Los hombres perfectos no existen. No existe un hombre capaz de desfigurar su vida por una mujer. Hacemos lo mejor que podemos, Gyuri, pero tenemos muchos más propósitos en la vida que ser el amor de una chica, ¿lo entiendes?

—Claro que sí lo entiendo —le respondí y le arrebaté el libro de las manos.

—Si lo entiendes, entonces ¿por qué luces como si estuvieras a punto de llorar?

Me costaba responderle, pero tampoco quería desperdiciar esa llamarada que ardía muy dentro de mí. En vez de responder, respiré profundo y le dediqué mi mirada firme.

—¿Me ves incapaz de dejarte sola? —masculló—. ¿Qué harás cuando lo haga?

—Sir Cyrone, creo que se está pasando un poco —opinó Flye, pero el serafín continuó.

—Mira cómo lo hago cuando menos te lo esperes.

—Cállate.

—Igual que Nym.

Enceguecí por un segundo. Algo se desató desde lo más alto sobre el cuerpo de Cyrone y todo se volvió blanco. Un rayo de luz espantó a las aves que estaban en los árboles. Al parecer, descargué toda mi rabia en el lugar del serafín, envolviéndolo en una fuerza eléctrica un poco más débil que la que sufrió Neblina. De todas maneras, lo hizo caer de rodillas frente a mí.

—¡Un rayo! ¡Gyuri! ¡Lo hiciste! —gritó Rydel.

—Sir Cyrone —suspiró Flye, algo decepcionado por cómo había terminado su amo.

De repente, mientras Cyrone estaba en el suelo, una visión fugaz sacudió mi mente y me arrancó de la realidad por un instante.

A mi alrededor, una lluvia torrencial caía, cubriéndolo todo y transformándose en un mar furioso frente a mí. Cyrone, de rodillas, sin capa y con el cabello más corto, permanecía en silencio, sin mostrarme el rostro. Parpadeé aturdida, y el escenario se desvaneció. El bosque recuperó su forma.

Me agarré la cabeza, porque de pronto sentí un dolor insoportable.

—¿Gyuri? ¿Qué pasa? —me preguntó Cyrone, atolondrado por el ataque.

—Cre... creo que vi algo —susurré y le devolví la mirada.

Antes de que el confundido serafín pudiera responderme, Flye llamó nuestra atención con un grito.

—¡Un humano! —alertó el anfibio, volando y escondiéndose detrás de una roca.

Los dos miramos a nuestro costado y divisamos a un hombre de edad adulta removiendo los arbustos para acercarse a nosotros. Se aproximaba con un desplante curioso, probablemente atraído por el estallido que yo había provocado recién.

—Creí que no vendrían humanos aquí —murmuré en dirección a Cyrone, quien se levantó con una actitud protectora. Puso un dedo sobre mis labios para silenciarme.

Callé y me mantuve a la espera. El hombre no nos prestaba atención a nosotros, sino que miraba impactado al pequeño Rydel. Mi sensor de peligro me hizo vislumbrar que el niño tenía su capa en el suelo, por lo que llevaba al aire sus cuernos y orejas puntiagudas.

Mierda, pensé.

Junto al hombre apareció una mujer humana que le hacía compañía y que no se había dejado ver por estar detrás de él. Ambos eran de tez morena y ojos amarillentos. La desconocida se aproximó a Rydel derramando un par de lágrimas, mientras lucía un imperturbable estado de conmoción.

—Eres tú, hijo mío... ¡no estás muerto! —balbuceó acercándose tanto a Rydel que este se cayó en la base de un árbol en el intento

de escapar.

La respiración del querubín se hizo cada vez más latente y rápida. Flye voló y se posó en el pecho del niño para interponerse entre ellos.

—¡Déjalo! —grité—. ¡Aléjate de él!

La mujer, como si hubiera oído una orden ineludible, dio pasos atrás en automático hasta chocar con su pareja, quien la frenó tomándola de los hombros. Los dos humanos nos miraron espantados. Me cubrí la boca, porque no se suponía que debiera dirigirme a ellos; era una regla de Cyrone, pero la situación era insoportable.

—Ustedes... ustedes tienen a nuestro hijo. ¡Nos robaron a nuestro hijo! —rugió el hombre.

Él soltó a su mujer y caminó en dirección a nosotros. Me escondí detrás de Cyrone, pues el hombre era tan corpulento y ancho que no tenía ninguna posibilidad de enfrentarlo físicamente.

—Detente —le ordenó Cyrone y el hombre, que parecía tener una voluntad implacable, se detuvo en seco frente a nosotros. Miré asombrada al serafín—. Llévate a tu mujer a la aldea de Drendoría y *olvida* que alguna vez viste a ese niño. *Olvida* por completo haber estado aquí. *Olvídalo* —enfatizó.

El hombre, con los ojos perdidos, retrocedió, tomó a la mujer de la mano y la arrastró a través de la arboleda, desapareciendo como dos fantasmas que habían venido desde el más allá. Me quedé sin aliento al ver cómo habían obedecido sin chistar cada mandato que les habíamos dado.

El pequeño Rydel se puso de pie y me observó aterrado, mientras temblaba como un perro mojado. Asentí y abrí mis brazos para

recibirlo. Él corrió hacia mí, me abrazó a la altura de la cadera y escondió su rostro en mi caperuza. Acaricié su cabello y miré a Cyrone con una extraña impresión, ansiosa por entender qué había pasado.

Flye voló detrás del querubín y también se dirigió al serafín.

—Eran los padres biológicos del señorito Rydel, ¿no es así? —preguntó.

Cyrone suspiró y yo volví mi vista hacia la rana, que estaba mencionando algo que parecía sacado de una historia de terror: ¿cómo un par de humanos podrían ser los padres de un ángel querubín?

Nos enfocamos en la cacería para tranquilizar al pequeño Rydel, quien probablemente comprendía la situación mucho menos que nosotros. Intenté cazar un antílope en el bosque pero, como era de esperarse, el rayo me abandonó por completo. No quiso volver a caer en la tierra por más provocaciones que me impusieron.

«No tendrán almuerzo hoy», nos señaló el antílope como si supiera que podíamos entender lo que decía. Terminamos por olvidar el plan inicial, y como solía pescar en Riveria me resultó bastante fácil encontrar peces de agua dulce, sumergir mis manos y agarrar sus colas antes de que pudieran escapar.

Los peces no eran mi alimento favorito, pero era prácticamente lo único que podía conseguir para Rydel, que se moría de hambre.

De regreso a la aldea, Cyrone utilizó un fogón de Dendroría haciéndose pasar por un forastero. Los demás humanos eran

bastante permisivos y no nos miraban raro, a pesar de que desde mi perspectiva no éramos de confiar. ¿Capas oscuras? ¿Una rana en el hombro? No sé, yo no prestaría mi hoguera a personas como nosotros.

Con Flye y Rydel nos sentamos en una de las mesas comunitarias. El niño parecía haber superado lo ocurrido, pero a mí casi se me escapó la lengua de las ganas de saber qué fue lo que pasó. De todas maneras, me lo guardé para no angustiarlo.

—Señorita, no se preocupe por lo del entrenamiento de hoy; ya verá que, con mucha perseverancia, podrá controlar sus poderes —me señaló Flye.

—Gracias, Flye —contesté—, pero tendremos que encontrar otra forma de practicar. Después de todo, no puedo cazar a un animal con el que puedo hablar; sería como si quisiera matarte a ti.

—Es un placer saber que valora tanto mi vida, señorita. La verdad es que los animales en Melcior adoramos servir a los serafines, así que, si podemos darles de comer con nuestra carne, le aseguro que será un honor.

—¿Cómo puedes decir eso, Flye? Yo sería incapaz de comerte, eres mi amigo. —Aquella palabra salió de mis labios de manera inconsciente, y luego me percaté de lo que había dicho. ¡Era mi amigo! Nunca había tenido un amigo, no aparte de mi hermanito.

—Es un honor que me considere su amigo, señorita —respondió Flye—. Yo también la estimo como una amiga, a pesar de mi admiración y respeto.

—Flye... —susurré emocionada.

—Oye, Gyuri —dijo Rydel, de pronto—. Los peces también son como Flye, pero no te costó cazarlos. ¿Por qué?

—Oh, Rydel. Yo soy pescadora, ¿sabes? Este dilema no me ocurría en Riveria cuando tenía que darles de comer a mi hermano y a mis padres, así que... supongo que ante los pececillos soy inmune —afirmé, pero luego una melancolía me recorrió de la espalda baja hasta la nuca. La culpabilidad—. Ay, no, realmente asesiné peces.

Puse una mano en mi frente y me dejé caer lentamente sobre la mesa. Cuando Cyrone volvió con pescados al horno, hortalizas asadas y alcaparras ensalzadas, la culpabilidad comenzó a esfumarse mientras me daba cuenta del hambre voraz que me estaba consumiendo.

Al regresar con nosotros pude notar a la perfección que ciertas mujeres de la aldea seguían los movimientos de Cyrone con la mirada. Oculté mis orejas bajo la capa, viendo que una de ellas sonreía y las demás se reían al verla.

—¿Por qué esas chicas te miran tanto? —pregunté mientras agarraba un pescado con la mano y lo llevaba a mi boca.

—Pues sir Cyrone llama la atención de las mujeres a donde sea que vaya —dijo Flye con un tono orgulloso, como si fuera su padre.

Al escuchar eso, mordí más rápido mi pescado.

—Siempre ha causado locura en las aldeas en las que se queda —añadió.

—Las dejará a todas locas de miedo si les muestra los cuernos que esconde —dije con la boca llena, y una voz mental de mi madre me regañó por eso.

Sonreí al ver que al serafín le había hecho gracia mi broma.

Más tarde, los humanos se resguardaron en sus hogares trepando cuerdas y cerrando las puertas. La iluminación en Dendroría permanecía constante, pues los árboles emitían la misma luz en

cada momento, sin perder su energía. Nosotros cuatro nos dirigimos a un refugio que los humanos de la aldea habían construido para los forasteros. Se trataba de una casa mediana sobre la copa de un árbol, que nos prestarían solo por esa noche.

Ascendimos por la cuerda y, como la tarea se me hizo bastante difícil, Cyrone me ofreció su ayuda para evitar que me cayera. El árbol parecía infinito, pero cuando llegué a la cima pude contemplar las puntas de los árboles. Las luces lo cubrían todo, pareciendo langostas fulgurantes bajo el mar de Nalini, desenvolviéndose al ritmo del viento. Aún se podía ver la niebla por encima, pero esta se teñía con los cálidos colores del bosque creando una aurora impresionante. Rydel subió por la cuerda detrás de mí, soltando apenas un pequeño suspiro. Me sorprendió verlo tan compuesto, y me explicó que gracias a sus poderes le resultaba bastante fácil ascender.

—Cambié un poco la densidad del aire para que no fuera tan pesado —comentó el querubín.

Me dejé caer en la entrada de la casa de madera y me abracé a una de mis rodillas. Tenía mucho que aprender sobre mis poderes, y los suspiros no me libraban de esa frustración. Rydel se acurrucó a mi lado para observar el paisaje.

—¿Sabes cómo era el cielo? —me preguntó después de un largo momento de contemplación.

—En realidad, no. No me queda más que imaginarlo. ¿Quieres que lo intentemos juntos?

El niño miró al cielo y vi como las imágenes se formaban en sus pupilas.

—Seguro que el cielo era rojo con verde. Seguro que había lluvias de rayos todo el día —opinó él.

—O con sombras de nosotros. ¿Crees que el cielo reflejaba nuestras caras? ¿Como un gran espejo? —le respondí mientras lo abrazaba para acurrucarlo.

—Yo creo que reflejaba la cara de la diosa Nylena. Después de todo, ella vivía allí en el cielo —murmuró Rydel antes de soltar un gran bostezo.

—¿Por qué lo dices en pasado? Nylena no ha muerto, solo está durmiendo. —Bajé la vista y vi que el querubín dormía. Acaricié su cabello—. Durmiendo profundo, tal y como tú.

Me quedé inmóvil un tiempo indefinido, esperando que Rydel entrase en la fase de sueño más pesado para poder cargarlo y entrar junto a él a la casa.

—A veces Flye duerme de pie —comentó alguien a mis espaldas. Era Cyrone—. Aún no me acostumbro a verlo.

Me volteé hacia él con cuidado de no despertar a Rydel, y lo invité a sentarse con dos golpecitos a mi lado en la rama.

—¿Flye duerme de pie?

Me reí al imaginarlo.

—Bueno, hincado, ya que no puede ponerse «de pie». No tiene pies.

—Yo lo he visto roncando de espalda. Pero ahora tengo ganas de ir a verlo dormir hincado.

Entre nosotros se instaló un silencio risueño.

—¿Sabes por qué Flye no me acompañó a Riveria cuando te fui a buscar?

—¿Por el frío? —le pregunté.

—Pues sí, pero de hecho hay algo gracioso. Las ranas, cuando sienten frío, hibernan. Duermen durante meses, y si hubiera perdido a Flye en Riveria probablemente hubiera dormido hasta la eternidad.

—Bueno, Flye adora dormir. Lo sé porque ronca como si rugiera —comenté y Cyrone sonrió—. No habría sido un castigo para él dormir hasta la eternidad, apuesto. De todas formas, estoy feliz de haber podido conocerlo.

Ambos nos quedamos enganchados al paisaje, sin decirnos nada por un minuto.

—El cielo era azul oscuro y tenía unos hermosos seres brillantes que lo adornaban todo el tiempo, Lummina los llamaba «estrellas» —dijo Cyrone cortando el silencio—. Las estrellas brillaban como las luces de las hojas de los árboles. La serafina del cielo, sin embargo, tenía dificultades para regular la temperatura —una sonrisa se le coló entre las palabras—, así que creó una estrella inmensa, calurosa y muy divertida, a la que llamó sol. Desde que esta estrella mayor apareció, el cielo pasaba de ser celeste a rojo anaranjado, y luego volvían las pequeñas estrellas a iluminar un cielo negro.

Abrí la boca impresionada, pero pronto lo miré con indignación.

—¿Estabas espiando nuestra conversación otra vez?

—No es para tanto, apenas lo he hecho dos veces. La verdad es que me da curiosidad saber lo que tienes para decir. Eres muy ocurrente.

Lo miré en silencio y la comisura de mi labio se curvó sin querer. Luego sonreí hasta el punto que quise esconderlo, así que dirigí la mirada hacia el lado contrario.

—Hoy me dijiste que era una idiota.

—¿Y te crees todo lo que digo? Eso me conmueve.

—¿Lo piensas realmente?

Cyrone suspiró, mirando la niebla.

—¿Acaso tú lo piensas? No, ¿verdad? Eso debería bastarte para dormir tranquila.

Negué con la cabeza.

—Digamos que también me importa lo que tú pienses de mí. —Volví a mirarlo y nuestros ojos se encontraron; usé toda mi fuerza de voluntad para no apartar la vista.

Él me dedicó una media sonrisa que formó un hoyuelo en la esquina de su mejilla. No quise reconocer que me derretí al verlo.

—Digamos que no suelo espiar las conversaciones de la gente, jamás.

Eso me bastaba.

—Si te gustan las cosas que digo, ¿por qué me prohíbes hablarles a los humanos? —pregunté—. Te entretendrías muchísimo oyendo las cosas que soy capaz de decirles.

—Gyuri, ¿todavía no entiendes por qué? —me preguntó con seriedad.

Había llegado el momento indicado para preguntarle sobre lo que pasó durante la tarde.

—Creo que ya lo entiendo. Los humanos nos obedecen, ¿no es así? Es peligroso que usemos el vocabulario con ellos porque no pueden eludir nuestras órdenes. —Me cubrí la boca de manera inconsciente mientras hablaba.

—Buena chica, muy inteligente.

Intentó palpar mi cabeza, pero me quité disgustada.

—¡No soy una niña! ¡No me trates como una!

—¿Te enojas por el «buena chica»? —Sonrió—. Así les digo a las cachorritas, no a las niñas.

Lo empujé despacio, aunque me hubiera gustado botarlo de la rama.

—Espera... —Arrugué la frente después de reflexionar—. ¡Mi familia no me hacía ni caso! ¡Eso es una mentira! Si no, ¿por qué mi poder no funcionaba con ellos?

—Es una anomalía, hay ciertos seres humanos que son inmunes al peso de nuestra palabra. Los pelirrojos, por ejemplo. —Se mantuvo pensativo por un segundo—. No sabemos por qué lo son, aunque muchos dicen que el Sempiterno del Empíreo es una criatura de pelaje rojo. Tal vez ellos sean descendientes directos de él.

—¿El Sempiterno del Empíreo es nuestro creador? —Él asintió—. Increíble, mis padres y Nym son descendientes del creador del universo.

Reí en voz baja al recordar que, a pesar de que mis padres tenían el cabello naranjo blanquecino producto de la vejez, alguna vez vi que tenían el rojo bermejo pintando las hebras de sus cabellos. Las mismas pecas, los mismos ojos verdes de Nym.

—Ya sabía que mis padres no eran mis verdaderos padres, así que no me mires así —lo molesté al ver su expresión.

Le concedí mi mirada y me dio la impresión de que él se reflejaba en mis pupilas. Lo pude sentir porque se miró a sí mismo en ellas, como si yo fuera un cristal.

—Puede que ellos no sean tus padres biológicos, pero tranquila, tus padres biológicos sí fueron humanos —me explicó después de sacudir la cabeza y dejar de mirarme—. ¿O por qué crees que lucimos tan semejantes a ellos?

—Deja de ir con rodeos y explícame todo de una vez. ¿Cuál es nuestro origen?

—Uh, Gyuri, esa es buena. La historia de los serafines es muy bella. Los humanos, al igual que el resto de los seres en Melcior, son mortales. Al momento en que ellos mueren, guardan sus almas en Catarbella hasta renacer para el siguiente mundo. Ahora bien, ¿qué pasa con los niños humanos cuando mueren? ¿Crees que es justo que con una vida así de corta vuelvan a Catarbella y esperen un milenio para renacer?

No respondí nada, pero quise decir que no.

»Claro que no. Los niños humanos renacen antes, en forma de ángeles, gracias a la bendición de cada serafín. Por eso Rydel no luce para nada como Neblina, y sí lucía como esa pareja de humanos que creían ver en él a su hijo fallecido. Rydel fue un niño que vivió y murió antes de crecer, así que renació como un querubín.

—Pero él no los recordaba, es más, estaba muy asustado de ellos —dije.

—¿Tú recuerdas tu vida cuando eras una niña humana? Creo que no. Al morir, los recuerdos mueren con nosotros. Rydel no recuerda nada sobre sus padres humanos.

Una brisa ligera, cargada de melancolía, revolvió mis rizos.

—¿Qué pasa con los querubines que mueren? Tú dijiste que las serafinas se deshacían de los querubines varones...

—Ellos vuelven a Catarbella con el resto de almas de Melcior a la espera del nuevo mundo —me explicó Cyrone.

—¿Tú viviste en el mundo anterior a Melcior? —pregunté, dejando entrever la curiosidad que sentía por el serafín.

Pero él no me respondió. Luego entendí que la respuesta era más que obvia.

—Claro, si eres serafín es porque tomaste el lugar de la antigua serafina de la tierra. ¡O sea que estuviste en la apertura de Melcior! Por la diosa Nylena, ¿acaso cuántos años tienes?

—La verdad es que no llevo la cuenta —respondió él.

—Seguro que sí la llevas, pero evitas decirlo en voz alta para no espantarnos.

—Debo tener más de veintiún años por lo menos. Esa es la edad en la que nuestros cuerpos humanos maduran y dejan de envejecer por siempre —me respondió con seriedad.

Recorrí a Cyrone con los ojos, pero me detuve en el vendaje de sus manos y en la poca piel que las vendas dejaban ver. Oscura, tanto como Melcior sin árboles.

—Perdiste tu iridia alguna vez durante estos largos, eternos, ridículos veintiún años. ¿No es así?

—No, no. La verdad es que está de moda llevar los brazos y las manos vendadas —contestó él.

—Ya, muy ingenioso al responder. Dime algo, ¿cómo recuperaste tu iridia después de que la perdiste? —insistí.

—No lo sé, estuve «muerto» en el ínterin.

—¡¿Vas a evadir todas mis preguntas?!

—Para empezar, deberías dejar de asumir que tengo las respuestas para todo.

—Bueno, deberías hacerte cargo de hacerme sentir que no sé nada sobre ti —gruñí.

Cyrone resopló.

—Hablar contigo me deja exhausta —me quejé.

—Bueno, bueno. ¿Quieres que te cuente sobre mí?

Asentí con cierto resentimiento.

—Como ya lo imaginabas, nací de la antigua serafina de la tierra. Su nombre: Calyssa. Era bondadosa y amada. Ella también los quería a todos, por eso yo no comprendía por qué a mí me odiaba. No entendía por qué le disgustaba siquiera verme respirar.

—Es por lo que tú dijiste. Las serafinas deben matar a sus querubines varones —comenté.

—Así es, y como imaginarás, no es fácil para nosotros aceptar esa situación.

Guardé silencio para que continuara su historia.

—Al principio yo no pensaba en convertirme en el serafín de la tierra —sonrió con ironía—; yo solo me esforzaba por obtener la aceptación de mi madre. Ensayaba día y noche para conectar con la tierra e impresionarla, pero mi madre se frustraba más y más al verme mejorar.

—¿Intentó matarte muchas veces? —pregunté y bajé la mirada, temerosa de la respuesta.

—Más de las que podrías contar. Huí de ella para sobrevivir, y me vi obligado a conocer de cerca a los humanos. Descubrí cómo funcionaban sus familias, cómo los padres amaban a sus hijos. Ellos les hacían la comida, los arropaban de noche ylos besaban mientras dormían. Era increíble. También conocí la maldad.

Pensé en mí misma, en mi familia, en lo hermoso que era imaginar que recuperaba mi hogar. Yo lo había tenido todo, y los buscaba por doquier, pero sin la certeza de que los encontraría otra vez. Me sentía tan sola como él.

—Cuando mi madre murió en la guerra de los serafines, a merced de Nylena, sus últimas palabras fueron: «Debí haberte matado mientras pude. Ahora la tierra está condenada».

Tragué, intentando mitigar el nudo en mi garganta. De pronto, un sollozo llamó nuestra atención: era Rydel, que se había despertado mientras conversábamos, acurrucado en medio de nosotros.

—Cyrone, tú dijiste que los ángeles no podíamos llorar —murmuré al recordar ese detalle.

—Los querubines son distintos a los serafines, Gyuri. Aún no pierden toda su humanidad. Ellos pueden llorar —me respondió en un susurro.

Arrullé al pequeño y acaricié su cabello oscuro.

—¿Estuviste escuchándonos, Ry? —musité.

—Mi grandísima madre, mi alteza. Ella es increíble, pero haber sido querubín de ustedes no habría estado mal —gimoteó el pequeño.

Sonreí y lo abracé con más fuerza, hasta que las lágrimas del niño cesaron por fin.

—Eres nuestro ahora. Y de ti mismo también —susurré.

10

Al poco tiempo de salir de Dendroría el calor fue incrementando y las plantas mutaron de forma y colores. También los animales se tornaron más grandes y bestiales que en las zonas limítrofes.

—¡Señorita Gyuri! ¡Dele con el rayo! —me gritó Flye desde la copa de un árbol, observando cómo un enorme binton nos acorralaba.

—¡Que ni siquiera sé cuál es mi posición de poder! —le grité de vuelta, intentando despertar a Rydel, que se había quedado inconsciente por el miedo—. Ry, despierta. ¡Cyrone!

El serafín rechazó otra vez usar sus poderes, lo cual todavía me provocaba frustración.

—¡Maldición, Cyrone! ¡Tienes poderes celestiales! —le grité con más fuerza, presa del estrés.

—También tengo una daga, Gyuri —me aseguró el serafín.

—Increíble —susurré, rodando los ojos.

El binton, cuadrúpedo desprovisto de pelaje, grandes colmillos, ojos saltones y patas cortas, rugió y sonó similar a un grito humano, lo que lo hizo todavía más tenebroso.

El serafín se abalanzó sobre el animal y me cubrí los ojos del miedo. Tan solo oí el barullo del binton herido y luego el fuerte estruendo de su derrumbe. Me quité las manos de la cara y vi que Cyrone levantaba el cuerpo inerte de la criatura con una mano, mientras que con la otra usaba la fuerza bruta para desencajar la daga del cuello del animal.

Con delicadeza, dejó caer el cuerpo de la bestia y se arrodilló frente a él con una quietud reverente. Un silencio profundo envolvió el aire. Curiosa, me asomé por encima de su hombro intentando descifrar lo que hacía. Escuché apenas un susurro escapar de sus labios. Entonces, ante mis ojos maravillados, el cuerpo del binton se deshizo transformándose en un pequeño campo de flores.

Flye bajó volando del árbol y le aconsejó a su amo:

—Debemos conseguir un arma mejor para defendernos. Podríamos encontrarnos con una bestia el doble de grande más adelante.

Agradecí que Rydel estuviera desmayado y que no pudiera oír esa noticia.

Recorrimos el sendero y no tardamos en encontrar ciertos tenderetes ambulantes aislados, atendidos por familias numerosas de humanos que al parecer preferían segregarse de las aldeas. La que visitamos era una construcción de madera, similar a la que había forjado mi padre en Riveria. Sin embargo, la casa contaba con grandes ventanales, desafiando sin miedo el clima exterior, que a esas alturas de la caminata ya se volvía templado.

Entré junto a Rydel, encaramado en mí, un tanto temeroso por ver a los humanos que atendían la tienda. Lo oculté debajo de mi capa y me detuve en la mampara, observando mi entorno y examinando las armas que se vendían en ese lugar. Todas estaban forjadas en hierro o algún metal similar, duro y filoso. Cada una brillaba reflejando los faroles de fuego con los que se decoraba la pared.

Detrás del mostrador, una mujer de ojos rasgados y nariz puntiaguda nos saludó. Me incliné agradecida por la bienvenida y

seguí a Cyrone, que ya se encontraba contemplando un arma alargada de punta bastante fina.

Cyrone apoyó su dedo pulgar contra el filo y cercenó la yema. Su sangre goteó un poco y luego su piel cicatrizó al instante.

—¿Qué se supone que haces? —murmuré nerviosa—. La señora se va a dar cuenta de lo que estás haciendo y no va a ser tan fácil convencerla de que somos un par de seres humanos normales.

—Ella se dará cuenta de eso si me sigues mirando como si fuera a matar a alguien, tranquilízate —me respondió, y luego se volteó hacia la mujer—. ¿Existe la posibilidad de afilar esta lanza aún más?

—El forjador está en descanso ahora mismo. Pero no tendrá problema en afilarla aún más si vuelve más tarde, jovencito —aseguró la mujer.

Cyrone asintió y, con Flye en uno de sus hombros, siguió revisando el resto de las armas menos convencido, como si la lanza fuera su única opción. Como si no hubiese cortado su dedo con el solo contacto.

—¿Aún más filosa? ¿Quieres que la lanza te corte sin que te toque? —le pregunté en voz baja.

—La piel de un ser humano es muy delicada. Si queremos defendernos de grandes bestias como, por ejemplo, las arcarias, necesitamos algo filoso que atraviese pieles resistentes —me explicó.

—¡¿Nos encontraremos con arcarias en el camino?! —preguntó Rydel a la vez que asomó su cabeza por debajo de mi capa.

—¿Arcarias? Ni siquiera sé qué son, pero si son animales podemos comunicarnos con ellas —razoné yo. Seguí a Cyrone por la tienda—. ¿Para qué quieres atacarlas?

El serafín me miró de reojo.

—Tal y como ese binton, no te harán caso. Esos animales son carnívoros y las presas en Melcior no abundan. No creas que las arcarias nos perdonarán por ser serafines. Tenemos carne humana deliciosa para ellos. Puedes intentar negociar, pero no escucharán lo que sale de tu boca, sino lo que te late en el pecho. Verán con voracidad la carne en tus labios al moverse y...

—¡Waah! —gritó Flye para simular un rugido, que no sonó como nada parecido.

Me ericé al escuchar el relato, pero Rydel casi se cayó hacia atrás del susto, por lo que tuve que sostenerlo de los hombros.

—Oye, Cyrone, a propósito del binton —le volví a consultar—. ¿Por qué dragonartos no haces uso de tus poderes para defendernos? Aplacarlas con un terremoto o apresarlas en raíces sería más fácil. ¿No crees?

—Gyuri, nuestro poder es para abastecer y no para atacar a los seres de Melcior. ¿Quieres que esta se convierta en una dictadura celestial?

—Hasta el ser más bondadoso, con todo el poder que tienen ustedes, podría corromperse —asintió Flye.

Me costó entenderlo, pero guardé silencio.

Como el forjador no estaba presente en ese momento, rodeamos el bazar y reposamos un rato en el bosque que le seguía al sendero. Cyrone encendió uno de esos apestosos cigarrillos y se alejó un poco de nosotros. Me senté junto a Rydel en un tronco hueco y observé que tiritaba como cascabel, así que decidí calmarlo un poco.

—Oye, tranquilo. No hay arcarias cerca, Ry —afirmé, sin estar muy segura de eso.

—Mientras más nos acerquemos a Catarbella, más bestias peligrosas nos amenazarán. —El pequeño querubín gimió—. Gyuri, todavía no es demasiado tarde para regresar a Dendroría... allí era seguro. Volvamos.

Puse una mano en su espalda, mirándolo compasiva, y negué con la cabeza.

—Ry, tú sabes que quiero encontrar a mi familia. Para eso debemos acercarnos a Catarbella, porque está muy cerca de Riorense. En Riorense está la reliquia celestial que me ayudará a buscarlos —le expliqué, aunque ya se lo habíamos contado antes.

—Pero ¿qué pasará si no podemos encontrarlos? —me preguntó y luego me miró con sus pupilas ahogadas en lágrimas—. ¿Qué pasa si no podemos encontrarlos jamás?

Aunque su pregunta era inocente, sin querer escarbaba profundo en mis sentimientos. No había querido pensar siquiera en esa posibilidad. Estaba convencida de que me encontraría con mi familia más temprano que tarde. Si no era así, ni siquiera tenía sentido seguir avanzando, seguir poniéndonos en riesgo. La preocupación de Rydel era justificada, desde luego, pero quise ignorarlo y hablar más fuerte.

—No digas eso, te aseguro que los encontraremos y, además, conocerás a Nym. ¡Es un niño de tu misma edad! ¡Se llevarán muy bien! —le respondí, aunque pareció que mis palabras intentaban consolarme a mí misma.

—Quiero... quiero a mi madre —susurró tembloroso.

—¿Hablas de Neblina? —le pregunté, pero al estar experimentando un terror insostenible no parecía ser un querubín ni

cualquier otra criatura celestial. Era un niño, un niño humano cualquiera que sufría en el interior de Rydel.

Probablemente se refería, sin darse cuenta, a su madre humana.

Sostuve mi bolsa de viaje un poco más fuerte, presintiendo que los temblores esporádicos del niño comenzarían a contagiarme. *Quiero a mi madre*, repetí en mi mente sin querer. Yo también quería llorar y decir lo mismo en voz alta, anhelar el cobijo de mi mamá, desear despertarme en mi cama y desayunar en Riveria junto a ellos. Reír con las ocurrencias de mi padre, regañar a mi hermano por incordiar a mis padres en una discusión.

—¿Señorita Gyuri? ¿Está usted bien? —Escuché la voz aguda y lejana de Flye, que intentaba alcanzarme como una mano.

Pero me ensimismé aún más.

Era cierto. No lo había considerado hasta ese punto, pero existía una gran probabilidad de no verlos nunca más. Aquella idea me revolvió el estómago y me hizo querer devolverlo todo; los pescados, los bocadillos, los alimentos nuevos que había probado. Quería devolverlos al suelo, y así quizá volver a ser lo que era antes de haberlos probado; volver a casa y no haber salido de ella jamás.

De pronto me arrepentí de haber querido, por un segundo, salir a la superficie. Tal vez esa barrera invisible que me impedía salir me protegía. Tal vez nunca debimos haberla quebrado. Tal vez Lummina me encerró en ese lugar porque no deseaba que saliera.

—Gyuri. —Cyrone irrumpió en mi trance y consiguió despertarme. Como yo jadeaba de angustia, me obligué a calmarme.

—Perdonen, chicos —murmuré y carraspeé, luchando por sacar la voz—. Necesito un tiempo a solas.

Me paré y comencé a caminar, cabizbaja y sin saber hacia dónde me dirigía. No me alejaría demasiado, no tenía la intención de preocuparlos. Solo necesitaba tomar un poco de aire.

Caminaba viendo mis pies, apartando algunas ramas que me impedían el paso y que a veces me clavaban sus espinas. Me infligían heridas menudas que pronto desaparecían sin dejar ningún rastro.

Me apoyé sobre un tronco, sosteniendo el peso de mi cuerpo sobre él. Miré hacia arriba y las luces filtradas por las hojas permitían iluminar una tela en la que un insecto se resbalaba, incapaz de encontrar la forma de despegarse y huir. Otro insecto más grande recorrió la tela y, con una tenaza prominente, partió al insecto atrapado en dos.

Solté un suspiro ahogado al oír cómo el insecto masticaba al otro, partiendo la solidez de sus patas y convirtiéndolas en pequeños, minúsculos, inertes fragmentos.

—La superficie es hostil —dije sin poder contener las palabras—. Mis padres no hubieran sobrevivido aquí. Ellos... ellos no sobrevivieron.

Presioné mis dientes y me obligué a reprimir mis miedos y malos augurios.

—Mi familia está bien. Los encontraré. Cyrone me lo prometió. Tengo que confiar en él —repetí susurrando y me dispuse a caminar de vuelta.

¿Por qué sentía como si la vida que había tenido bajo tierra nunca hubiera sido real?

Avancé hasta que me tropecé con algo. Caí embarrándome en la tierra y miré con resentimiento lo que se me cruzó. Era una caja

repleta de velas. Alcé las cejas al verla, porque no parecía provenir de la naturaleza. El golpe, al menos, aplacó la ansiedad.

Observé que detrás de mí se erguía una estructura. No, era mucho más pequeña que una casa y ningún ser humano podría morar allí dado su tamaño; sin embargo, sabía que había sido construida por uno de ellos. La arquitectura y la forma cuadrada, pulida y perfecta, lo evidenciaban.

Era una vieja construcción de madera, que ya estaba maltrecha, oscura y aislada. Por suerte se iluminaba de hileras de flores plateadas que brotaban desde la base del lote.

—¡Señorita! ¡No se aleje de nosotros, esta es una zona de bestias! —gritó Flye desde lejos, acompañado de mis otros dos compañeros.

Ellos venían siguiéndome, pero cuando comprobaron que estaba bien —ignorando lo sucia que había quedado por la caída— fijaron su atención en la ermita que había tras de mí.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Cyrone al captar su expresión de sorpresa y preocupación.

En la casita había un buzón con pergaminos junto a unos palitos quemados, cuya combustión impregnó su alrededor con un suave aroma a lavanda.

El serafín me ignoró y caminó hacia los pergaminos, los desenredó y estiró para leer el interior. Me puse de pie y pasé por su lado para entrar a la ermita, que carecía de una puerta que bloqueara la entrada.

Allí dentro, las cuatro paredes se apreciaban un tanto raspadas, pintadas de un color desvaído. En el centro de la construcción se encontraba un altar decorado con flores luminosas, pero marchitas.

Arriba se posaba una figura bañada en oro, de una mujer con cabello ondulado y extenso.

Miré la estatua durante unos segundos que parecieron distenderse en el espacio. Mi corazón comenzó a latir tan fuerte al verla que no pude evitar agachar la cabeza. Luego, sin alzar mi mentón, pero dirigiendo mis ojos hacia ella, contemplé la belleza de aquella mujer. No se parecía en nada a las imágenes que teníamos en casa. Allí pude reconocer su figura. No podía ser una mujer común y corriente, debía de ser una diosa. La diosa Nylena.

Permanecí mirándola, recorriendo sus facciones, su cuello, sus hombros. ¿Por qué tan solo mirarla me hacía retorcerme de nerviosismo?

Retrocedí y dejé de contemplar la figura. Busqué a Cyrone otra vez, chocando el hombro de Rydel que iba con Flye recién entrando a la ermita. El serafín, en cambio, no se había acercado al altar. Al parecer solo le importaba leer los pergaminos de la entrada. Me acerqué curiosa y asomé la mirada por debajo de su brazo, para poder leer lo que decían esas escrituras.

Diosa Nylena, por vuestra altísima gracia, os rogamos que nos otorguéis un poco de vuestra gloria. Haced florecer nuestros campos de trigo, secados a causa de la insoportable sequía. Niños, adultos mayores, todos pereceremos si no nos brindáis vuestra ayuda.

Piedad, grandísima diosa Nylena. Sé que podéis escucharnos.

No hagáis oídos sordos ante nuestro sufrimiento.

El pergamino lucía estropeado, viejo, y tenía un espeso olor a humedad.

Al terminar de leer, Cyrone lo bajó con delicadeza y se quedó inmóvil apreciando la nada. Lo miré preocupada porque, aunque lucía serio, estaba desesperado. Pude notarlo en sus ojos.

—¿Qué es esto? ¿Lo escribieron los humanos? —pregunté.

—Es difícil abastecer a todos los humanos que se dispersan por ahí —contestó el serafín mientras sostenía con fuerza el pergamino envuelto, arrugando el papel—. Me es difícil verlos si no estoy en el observatorio de Catarbella. Aquí, en tierra firme, solo puedo ver lo que alcanzan mis brazos.

Se apartó de mí y se subió a un árbol que luego hizo crecer. El osterón se agrandó lo suficiente como para permitirle ver por encima de las copas del bosque, más allá de la espesura. Cyrone anunció a los demás que la siguiente parada se trataba de una aldea humana desconocida que, según el pergamino, se llamaba Riurian, ubicada entre las altas montañas de Melcior.

Me costaba entender ese cambio de rumbo, de hecho, me oponía a ello, pues era seguro que íbamos a tomar un camino más largo si nos dirigíamos hacia allá.

—No, Cyrone, espera, nuestro camino debe ser recto para llegar más rápido a Riorense. Cada segundo es valioso, quiero decir... ¡Nym está solo! ¡¿Qué hay de mis padres?!

El serafín saltó del árbol, aterrizando sobre sus pies. Después caminó hacia mí.

—No me tomará demasiado tiempo, lo prometo.

—¿Qué pasa si en ese tiempo pierdo la oportunidad de volver a verlos con vida? —insistí con un notorio temblor en la voz.

—Aún no he abandonado mi promesa. Estoy seguro de que los encontraremos, Gyuri. —Cyrone colocó ambas manos sobre mis hombros y plasmó sus ojos en los míos. Pude percibir, nuevamente, cómo se reflejaba a sí mismo en mis pupilas—. Ahora, necesito que tú me entiendas. Los humanos son vulnerables y, aunque luchen por sobrevivir, no pueden hacerlo por sus propios medios. Ellos dependen de la tierra, del cielo, del mar, del aire. Dependen de nosotros.

Flye intervino en la discusión, dando saltitos hasta quedar entre los pies de ambos.

—No solo los humanos, señorita Gyuri. Mi familia también pereció por falta de alimento. Si podemos salvar a alguien, sea humano o animal, deberíamos hacerlo.

—No volveré a pasar por aquí, al menos por un largo tiempo —insistió Cyrone—. Y, para entonces, todos estos humanos estarán muertos.

Quise negarme, aunque fuera una vez más, pero era demasiado difícil. Recordé los estragos de Neblina. Miré hacia arriba y me encontré con la ausencia del cielo y toda la luz que yo debía proveerles, pero que no estaba haciendo, y luego miré al serafín de la tierra; ¿cuánto había abandonado, a cuántos había hecho a un lado para cuidarme y llevarme hasta mi familia?

—Abastecemos los campos de trigo y luego nos vamos, ¿verdad?

—Le juro, señorita, que jalaré a sir Cyrone de una oreja si algo tan simple como eso le toma demasiado tiempo —me respondió Flye, escalando el cuerpo del serafín para posarse en su hombro.

Llamé la atención de Ry, quien aún se encontraba dentro de la ermita observando la figura de Nylena, para que se marchara con

nosotros. Me quedé un rato en el umbral de la entrada al ver que el niño se resistía a abandonarla. Luego, se volteó para mirarme.

—Gyuri, ¿sabías que la diosa Nylena es una de mis antecesoras? Mi altísima madre fue una querubina de ella.

Me quedé boquiabierta con esa revelación.

—¿Es eso verdad? ¡Eso quiere decir que tu naturaleza es muy poderosa!

—La diosa Nylena encontró a mi altísima madre en un diente de león. Mi alma, al morir, no se concentró en un lugar así, creo que mi alteza me encontró en una maleza. —El pequeño rio recordando su origen, un tanto avergonzado.

—Tal vez a mí, cuando era un alma perdida en la naturaleza, la serafina del cielo me encontró en una piña, o en una banana.

—¡Eso hubiera sido muy gracioso! ¿Qué hubiera pasado si te hubiese comido un mono fijú?

—Tal vez ahora no sería más que la deposición de un mono.

Rydel rio con fuerza y yo desordené su cabello.

Me reconfortó observar cómo el pequeño finalmente conseguía calmar sus pensamientos intrusivos. Sentí gratitud por haber logrado lo mismo, aunque fuera solo un poco.

Al poner un pie en Riurian me cubrí la boca, pero un leve quejido que no pude reprimir se escapó de entre mis labios. Di unos pasos hacia atrás. Fue horrible, inexplicable. No podía creer lo que mis ojos veían. Debía estar recreando una terrible pesadilla.

A diferencia de Hugaría o Dendroría, aldeas llenas de vida, júbilo y habitantes, aquella era una aldea triste, opaca y despoblada. Las construcciones pobres que se habían erigido estaban derrumbándose. Habían sufrido tanto deterioro que ninguna de ellas podría resistir siquiera la brisa más suave. El camino estaba descuidado y árido. No se oía la voz de nadie, ni el más mínimo movimiento de algún ser.

Avanzábamos en grupo en un silencio sepulcral, hundidos en un hielo inquebrantable. Lo único que interrumpió aquel silencio fue el chillido agudo de Rydel al avistar un cuerpo en descomposición; era un cadáver que estaba junto a una puerta, intentando ingresar a una de las casas cerradas. Tomé el brazo de Rydel y escondí su rostro en mi ropa para que dejara de verlo, aunque yo fui incapaz de apartar la mirada del cuerpo.

Era la primera vez que me enfrentaba a los efectos de una muerte humana. Tragué nerviosa, intentando contener las ganas de vomitar.

—Llegamos muy tarde —se lamentó Flye mientras se dirigía a Cyrone.

Me volteé hacia el serafín, pero no logré ver su expresión porque Rydel llamó mi atención al gritar.

—¡¿Eso es sangre?! —preguntó el querubín al señalar con su dedo la ventana de otra de las casas.

No podía negarlo, pues en cada esquina de la aldea había una gota de sangre, acompañada de un putrefacto olor.

—Cyrone —balbuceé—. ¿Qué se supone que ha sucedido aquí?

Finalmente, el serafín se giró hacia nosotros, luciendo una aparente calma. Negó con la cabeza antes de empezar a explicar:

—He visto esto antes. Seguramente todo empezó con la escasez de alimentos. Después vinieron los conflictos entre ellos por eso. La inanición debió haber conducido a muchos de ellos a la locura.

Callamos frente a la fatídica explicación, y todos encontramos con la mirada al menos una señal distinta de que muchos de esos humanos no murieron de hambre, sino a causa de golpes y ataques. El escenario emanaba un ruido caótico sin que ningún alma se manifestara. Hablaba por sí mismo, con el horror de las paredes descuidadas y manchadas de sangre, y el de las calles salpicadas de cadáveres.

—Bueno, vamos por la reliquia —dijo Cyrone, y se encaminó en sentido contrario.

Quería responderle, pero me hallé congelada por el miedo. Me esforcé otra vez y logré emitir un susurro entrecortado:

—¿Ya está? ¿No podemos hacer nada?

Sostuve los pequeños hombros de Rydel, a quien se suponía que debía reconfortar. En su lugar, me apoyaba en él, frente a la inminente posibilidad de desmayarme.

—Gyuri, nosotros no... —respondió Cyrone, pero un débil sonido proveniente de una de las casas nos hizo callar.

—¿Qué pasó? —preguntó Flye, cuya audición era más débil que la nuestra—. ¿Qué pasa?

—Shhh —lo silenció el serafín, quien se acercó con sigilo hacia una entrada.

Fui testigo de cómo Cyrone pateó la puerta rechinante de esa casa, que al abrirse desprendió todo el polvo del techo sobre él. Lo seguí, pidiéndole a Flye que vigilara a Rydel.

El serafín se bajó la capa para oír con más claridad y se despolvoreó.

Lo que encontramos adentro fue aún más espeluznante: una mujer de avanzada edad en descomposición yacía junto a lo que parecía ser una cocina ya oxidada. Los gusanillos entraban y salían de sus heridas, y el hedor nos obligó a cubrirnos las narices.

Al otro lado de la habitación una joven se hallaba tendida en el suelo, miraba hacia el techo con la respiración agitada. Estaba viva.

—Ya estás aquí... mamá —susurró la débil muchacha.

Solté un pequeño sonido de la impresión. Me acerqué corriendo hacia ella y me arrodillé a su lado.

—¡Está viva, está viva! —grité en dirección a Cyrone con una amplia sonrisa, pero mi entusiasmo se aminoró al ver que él no lucía tan optimista como yo.

El serafín se acercó también y sostuvo la muñeca de la muchacha. Quedé boquiabierta al ver que Cyrone, con sus dedos, podía rodear la muñeca al menos dos veces sin problemas. Luego lo comprendí al observar su piel pálida y escuchar el silbido que emitía al respirar.

—Apenas vive. Morirá muy pronto —alertó Cyrone.

—¿Qué? Pero, espera... no puede morir, ella es... es muy joven para que se muera —dije nerviosa, riendo no por gracia, sino por lo imposible que era de creer—. ¡No debe tener más de dieciséis años! ¡Es muy pequeña y...! ¡Haz algo, Cyrone!—Lo sacudí del brazo—. ¿No puedes salvarla con tus poderes angelicales?

El serafín negó y reposó la muñeca de la adolescente de vuelta en el suelo.

—Un solo serafín no puede desafiar la ley de la vida ni enfrentar el poder de Nylena. Quizá los cuatro podríamos, pero yo solo... es

imposible —afirmó él.

—Bueno, somos dos serafines. Dime cómo puedo ayudarla. Yo... yo puedo intentarlo.

Mi desesperación consiguió convencerlo. El serafín me indicó que tomáramos nuestras manos con fuerza. Obedecí y Cyrone comenzó a recitar:

—Mediante esta unión, apelamos al poder de Nylena para curar un alma que no merece la muerte. No es tiempo, Nylena, hazla volver.

Observé a Cyrone cerrar los ojos con fuerza y lo imité. Nuestros cuerpos comenzaron a brillar, como decían los relatos: «Los serafines son ángeles y, como tales, sus pieles resplandecen en la oscuridad como chispas de fuego».

Recordé mis antiguas novelas; si yo era una de esas criaturas poderosas... ¡si yo realmente era una serafina de la naturaleza, debía ser capaz de ayudar a esa muchacha!

—No es tiempo, Nylena —repitió Cyrone.

—¡No es tiempo, Nylena, hazla volver! —Lo imité—. Nylena, ¡es solo una niña! ¡Oh, por favor!

Agarré con más fuerza las manos de Cyrone al ver que nuestras pieles se tornaban opacas. Él me soltó y suspiró, masajeando su frente.

Me negué a resignarme.

—¿Hice...? ¿Hi... hice algo mal? —tartamudeé—. ¡¿Por qué no se sana?!

—Lo hiciste bien, Gyuri. Te lo dije —respondió él en voz baja—. No podemos evitar su muerte.

—Pero entonces renacerá como una querubina. Ella aún no es adulta. Renacerá si yo la hago renacer. Tengo que salir a buscarla en

la naturaleza, como me dijiste, las almas de los niños se guardan en...

—Gyuri, ella no es una adulta, pero tampoco es una niña. No renacerá como una querubina.

—Tal vez si Rydel viene. Él es un querubín, ¿verdad? Tiene poderes celestiales. —Me volteé hacia la puerta, donde se encontraban nuestros compañeros. Hice un ademán para que se acercaran—. Ven aquí, Rydel.

Pero el niño estaba temblando en una esquina de la casa, justo al lado de la entrada.

—No, Gyuri, tienen que ser cuatro serafines. Solo somos dos.

—Me duele —susurró la muchacha moribunda, interrumpiendo al serafín.

No pude soportarlo, perdí lo que me quedaba de aliento, pero me obligué a ponerme de pie. Salí de la casa, mirando la niebla eterna que se extendía hacia arriba y se perdía en el infinito. Junté mis manos y las acerqué a mi boca para hacer resonar mi voz en el aire.

—¡Neblina! ¡Neblina, tú que me escuchas por las ondas del viento! ¡Neblina!

—Señorita Gyuri, Neblina no la escuchará así de fácil —intervino Flye, saltando hacia mí.

—Pues, tendrá que escucharme. ¡Neblina! —grité hasta que mi garganta ardía.

Rendida, después de varios intentos, ingresé a la casa otra vez. Vi a Cyrone mirando a la muchacha, que respiraba cada vez más rápido. Caí desvanecida de rodillas a un lado de ella. Odié haber decidido rendirme, me odiaba por eso.

—Ma... má... —susurró ella, en tono agonizante.

No pude apartar la mirada de su cuerpo tembloroso, tan delicado y pálido, como esculpido en porcelana blanca. No había rastro de frío en el aire y, sin embargo, temblaba tanto que solo podía deberse al dolor que la invadía. Tomé su mano con ternura, sintiendo su calor frágil bajo mi piel, y la apreté con fuerza. Quería que sintiera mi presencia, mi firmeza, mi compromiso inquebrantable a su lado hasta su último respiro.

—Mamá..., ¿eres tú, mamá? —murmuró arrastrando las palabras. Mis labios se curvaron, sin el deseo de sonreír, pero si no podía llorar debía encontrar una forma de expresar mi desesperación.

—Así es, soy yo, mi niña —susurré. El mentón me temblaba, pero me las arreglé para hablar con firmeza.

—Mamá, lo siento mucho, ojalá un día puedas perdonarme —volvió a decir. Acaricié su cabello húmedo por el sudor y la sangre—. Perdonarme.

—Por supuesto que te perdono, cariño mío —le respondí con la voz más dulce que pude—. Todo ha sido perdonado, no tienes que sufrir por nada de eso.

—¿De... verdad? —preguntó con dificultad—. ¿De... ver...?

—Soy tu madre. Eres mi niña. Te adoro. Claro que te perdono. —Me agaché para recostar mi mejilla en su cabeza. Miré de reojo el cadáver de su madre; esperaba poder acompañar a su hija como a ella le hubiera gustado hacerlo. Recordé la canción que me susurraba mi progenitora antes de dormir, así que se la canté muy bajito—: *Menudo sol hecho amor, manitas calurosas, cielito de infinito color, descansa en mí*...

La chica dejó de respirar con agitación, calmó el ritmo de su corazón, se tranquilizó.

—*Por ti, Melcior, conquistaré*...

Mis ojos se encontraron con los de Cyrone por un fugaz instante y detuve mi canto; me sorprendió ver su semblante descompuesto, una expresión tan enigmática que resultaba imposible de descifrar. Me miraba con tanta intensidad que parecía hurgar en lo más profundo de mi ser. Sin embargo, algo no estaba bien; su presencia parecía estar en otro lugar, más allá de este mundo.

—Cyrone —dije con la voz desgastada.

Cyrone despertó del trance con un leve meneo de cabeza. Luego de relamer sus labios, posó la mano sobre el corazón de la muchacha y una suave luz se impregnó sobre ella.

Cayó dormida y comenzó a sonreír en el sueño. Luego de unos segundos, la muchacha dejó de respirar. El serafín cesó el contacto y la miró por un instante antes de volver a ponerse de pie.

Vi al serafín de reojo, caminando por mi lado y en dirección a la salida. Abandonó la casa, pero yo no pude moverme de mi lugar. Observé la fragilidad de un ser humano frente a mí, desvaneciéndose como si no fuera nada.

—Descansa, por favor. El próximo mundo será más gentil con tu vida, pequeña, te lo prometo —susurré.

Me perdí en el rostro blanquecino de la muchacha fallecida, quien parecía estar en paz en aquel eterno descanso, a pesar del calvario vivido. A diferencia de los otros cadáveres de la aldea, su cuerpo no lucía macabro; por el contrario, emanaba normalidad, juventud y vitalidad, con ansias de aprender y de seguir adelante.

¿Qué habría sucedido si yo, como serafina del cielo, hubiera estado presente? ¿Acaso habría podido evitar la muerte de toda esa gente?

Encontré las fuerzas necesarias para ponerme de pie y correr en busca de Cyrone, aunque para entonces ya no sabía a dónde se había dirigido. Necesitaba escucharlo, pues mis pensamientos eran demasiado ruidosos y dolorosos.

Había visto demasiada gente marchitarse, sangrando sin cesar. Aves masticaban su interior. Injusticia. Ni siquiera tuvieron la oportunidad de cerrar los ojos antes de abandonar este mundo.

Como si el camino hilara la dirección, lo encontré en la orilla de un barranco, en la cima de una colina que acogía ala aldea. Estuve a punto de llamarlo, pero la reacción del serafín me hizo abandonar la intención.

Sin saber que lo contemplaba a lo lejos, Cyrone cubrió su rostro y dejó escapar un grito ahogado. El sonido se asfixió con el contacto de sus manos. Nadie más pudo escuchar aquel grito, solo yo. El serafín cayó sobre la tierra y apoyó su cabeza en el suelo.

De pronto, a su alrededor crecieron flores de tonalidades azules que al momento de madurar se tiñeron de negro. Se marchitaban al segundo de haber crecido. Flores marchitas y opacas emergían, crecían y morían.

No me acerqué a Cyrone, tan solo aprecié cómo lo que me rodeaba se llenaba de negro al cubrirse de pétalos enlutados. El serafín volvió a quejarse, como si generar aquellas plantas le produjera un severo dolor físico.

Pronto entendí que esa era la manera en la que el serafín de la tierra lloraba.

11

Observé a Cyrone desde la base de la colina, me agaché aproximándome a las florecitas marchitas que crecían en el suelo e intenté coger una entre los dedos, pero el pétalo, tan quebradizo, se deshizo entre las grietas de mis manos. Miré a Cyrone otra vez y, sin decir una palabra, llamé su nombre de una forma que tan solo él podía escuchar. En efecto, no sé cómo capturé su atención, pero se volteó para mirarme.

Entrecerró los ojos, compasivo, y ladeó la cabeza. Abrí mi boca para hablarle, pero tragué el aire que entró por ella, porque algo dentro de mí ardía y no me permitía decir nada. Bajé mis orejas y él bajó las suyas. Miré al cielo cuando percibí un líquido enterrarse entre mis rizos, gota tras otra, que acabó por formar una cortina de agua visible proveniente desde lo más alto.

El semblante de Cyrone cambió por completo cuando se dio cuenta de que el agua lo empapaba. Él sabía lo que sucedía antes que yo. «La lluvia», creí leer de sus labios. Empezó a acercarse a mí, pisoteando las flores marchitas que él mismo había creado. Apresuraba su paso hasta casi correr.

Cuando vi que se acercaba, me dispuse para recibir su abrazo. Sabía que vendría a abrazarme, porque el nudo de mi garganta se desligaba y me permitía respirar otra vez. El llanto de Cyrone me había contagiado y, por primera vez en mi vida, estaba «llorando». La lluvia era la viva prueba de ello.

—Creo que me di cuenta de algo —susurré, escondiendo el rostro en el pecho del serafín.

—¿De que eres una llorona? —susurró de vuelta, y por el tono de su voz pude notar que esbozaba una sonrisa.

—Llorón eres tú —dije.

Pero sabía que en realidad lloraba porque una revelación me había golpeado como un hacha celestial de Catarbella.

—Los seres de Melcior son incapaces de sobrevivir sin nosotros —murmuré—. Soy mucho más que una humana. Si yo hubiera estado aquí, tú no tendrías tanta carga sobre los hombros. No puedo recuperar mi vida humana cuando nunca he sido uno de ellos. Debo aprender a usar mis poderes y recuperar el cielo. Debo ser una serafina y ayudarte en todo esto.

Se alejó de mí dando un paso atrás para verme a los ojos.

—¿No volverás a Riveria?

La lluvia se intensificó un poco, así que negué solo con la cabeza.

—¿Y qué será de Nym? —preguntó él con pesar, como si supiera que su pregunta era una flecha envenenada.

—Nym... Si mis padres realmente murieron, como temo... —dije, tomando una decisión—. Cuando encuentre a Nym, buscaré un sitio seguro donde él pueda crecer junto a otros humanos.

El cielo rugió y a la lluvia la acompañaron los rayos. Lloraba como nunca. Lo hacía porque debía renunciar a él y a mis padres. Debía renunciar a mi antigua vida para siempre.

¿*Nym lo tomará de la misma manera*? Aquel pensamiento arremetió contra mi iridia, provocándome un dolor físico, pero me mantuve mirando a Cyrone con determinación.

—¿Estarás bien?

—Nym estará bien —le contesté, luego de soltar un pesado suspiro.

Pero Cyrone se acercó a mí con su presencia cautivadora y me acarició ambos cuernos, sonriendo de una manera íntima. Aunque mis cuernos no tenían terminaciones nerviosas, el roce de sus manos me arrulló en su delicado tacto. Me preguntaba por qué me tocaba con tanta facilidad, como si ya conociera cada parte de mí, como si lo hubiera estado planeando por siglos. El calor se apoderó de mi rostro. ¿Por qué me erizaba la piel si no tenía ningún poder eléctrico?

—Te pregunto a ti, nono escurridizo, ¿estarás bien? —insistió él.

Una calidez me envolvió el cuerpo, el dolor se desvaneció. Al llamarme así, con un apodo único, él estaba apropiándose de una parte de mí exclusivamente para él.

—No lo sé, solo sé que quiero ir contigo a Catarbella —respondí, sin reparar demasiado en las palabras que estaba diciendo.

Y la sonrisa de Cyrone se congeló, aunque también su mirada se había suavizado. Dejó de tocarme y me di cuenta de algo; me había condenado a sufrir vergüenza por el resto de mi eterna vida. ¡¿Qué se suponía que había dicho?! El calor en mis mejillas no me ayudaba a esconder esa incómoda sensación.

Él me lo recordaría para siempre, se burlaría de mí hasta que el mundo pereciera. Mas ese pensamiento, en vez de angustiarme, me hizo sonreír.

Y él me devolvió la sonrisa.

—¡Me estoy derritiendo, me derrito! ¡Gyuri! —Escuché a lo lejos una voz infantil dirigiéndose hacia nosotros.

Me volteé y vi a Rydel aplastando las flores marchitas, cubriéndose la cabeza con las manos. Corría despavorido porque jamás había presenciado la lluvia en su corta vida. Para alguien que no lo hubiera experimentado nunca, la escena podría dar la impresión de que todo el mundo se estaba desmoronando; en lugar de la niebla gris, ahora nos cubrían nubes lúgubres de las que brotaban gotas espesas.

—¡Es la lluvia, señorito Rydel! —escuché a Flye decir a lo lejos, saltando en la pradera—. ¡Aquella que llenaba los ríos que bañaban mi hogar! ¡Aquella que humedecía este mundo y lo llenaba de vida!

Liberé una pequeña risa de satisfacción, temiendo que la felicidad que estaba experimentando aplacara la lluvia que hacía tan feliz a Flye, pero se intensificó aún más.

Flye brincó de un lado al otro, impregnándose de aquella potente lluvia de rocío.

Rydel se quejó al sentir que el agua chorreaba por su cabello.

—Tranquilo, señorito. La lluvia no es tóxica. Esto es obra de la señorita Gyuri —señaló Flye mientras trataba de volar, pese a que las gotas lo empujaban al suelo otra vez.

Suspiré y, aunque la oscuridad era casi total, pude distinguir las distintas reacciones de mis compañeros. Sacudí el agua del cabello de Rydel, agarré mi capa, me agaché y lo cubrí con ella. Lo curioso fue que, como resultado, el pequeño ya no era visible bajo la prenda. Me volví hacia Cyrone, quien sonreía al observar mis acciones.

—¿Qué hago? ¡No sé cómo detener este diluvio! —le grité intentando hacerme escuchar entre el barullo del manantial que nos cubría.

El serafín dejó de sonreír, como si mis palabras hubieran traído algún recuerdo indeseado a su mente.

—¡Sir Cyrone! —gritó Flye subiéndose a su hombro—. Mire cómo resplandece mi piel, cómo se humedece. ¡Siento que he recuperado mi juventud!

Él sonrió al escucharlo, pero sin despegar su vista de mí.

—La vida ha regresado —insistió Flye, reparando en que las flores marchitas y negras que pisábamos volvían a cobrar vida. El color retornaba a sus pétalos y se estiraban sus tallos hacia el cielo, dando una grata bienvenida a la lluvia.

Me puse de pie y, apenas lo hice, una capa me cubrió por completo. Vi al serafín cerca de mí, arrebujándome con su oscura caperuza. Gracias a eso pude sacudir el agua de mis pestañas.

—Gracias, Gyuri —murmuró él, y soltó la capa para caminar a mi lado, rozando mi hombro. Yo, sin entender por qué me lo agradecía, sostuve el borde de la caperuza, expectante.

Desde la cima de aquella colina era posible ver la difunta aldea de Riurian, con los cuerpos humanos salpicados por las calles y envueltos por la sangre de otros. Cyrone adoptó su posición de poder. Como si la lluvia lo hubiese colmado de vigor, plantó ambos pies sobre la tierra y cerró los ojos. La montaña tembló desde la base, deformándose de una manera casi imperceptible. Miré hacia todas partes, tardando de comprender que el serafín estaba conectando con las demás bases de la pequeña cordillera que rodeaba a Riurian. Acerqué a Rydel a mí, ya que miraba alrededor sin alcanzar mi entendimiento de lo que sucedía.

—¡No veo nada! —farfulló el querubín, porque su rostro estaba completamente cubierto con la capucha. Cuando sintió mi tacto, su

nerviosismo disminuyó.

—Todo está bien, Rydel —le susurré, mientras los tumultos bajo nuestros pies se movían por la gracia del poder de Cyrone.

La aldea de Riurian, situada en el centro de cuatro imponentes montañas, fue cubierta por una lluvia de tierra que descendía de los cerros, los cuales se estaban desmoronando. Las cuatro montañas se movían y convergían hacia la aldea con el objetivo de sepultar a los difuntos de la ciudad. Una vez que la tormenta de tierra terminó por cubrir por completo la aldea, las dos montañas contiguas se acercaron una a la otra para fusionarse. La montaña creció en tamaño, sepultando la aldea bajo su prominencia. Cuando todos nosotros nos encontrábamos en el punto más alto, la tierra dejó de moverse.

Contemplé el horizonte con la mano en mi pecho, puesto que desde ese lugar se podía observar el resto de Melcior. A lo lejos divisé el árbol gigante que Cyrone había creado hacía un tiempo para mostrarme el camino a Catarbella.

—¿Ese árbol gigantesco quedará por siempre ahí? —pregunté curiosa.

—Sí. Bueno, al menos al verlo siempre recordarás la primera vez que viste el mundo —contestó Cyrone.

El serafín entorpeció un poco sus movimientos al soltar el control que tenía sobre las montañas. Luego, se giró hacia el lado contrario para abrir un gran agujero en el centro de la cumbre, escarbando con una de sus manos muy profundo, hasta que la corteza terrestre se despedazó en la base. Una incandescencia comenzó a brotar de la rotura, alzándose poco a poco hacia la superficie.

—¡¿Qué es eso?! —grité.

—¡¿Qué es eso?! —repitió Rydel sin poder ver lo que yo veía.

—Cuidado, no se acerquen. La lava quema —nos advirtió Cyrone, separándonos de la abertura con su brazo.

Lava. Nunca había oído algo similar. De todas maneras, en Melcior cualquier cosa que fuera así de resplandeciente era una bendición.

—Los minerales de los volcanes ayudan a fertilizar la tierra —comentó Cyrone, aunque no entendí bien a qué se refería con eso—. Además, un volcán aumenta la temperatura del lugar.

Al terminar de explicar tocó el suelo, buscó los minerales bajo el territorio y los hizo germinar.

—Cuando trabajan la tierra y el cielo, es mucho más fácil crear vida —añadió Flye desde el hombro del serafín, comprendiendo antes que yo lo que el serafín pretendía hacer.

A mi alrededor brotaron matas abundantes de trigo y cebada. Su color no era luminoso, pero, alumbradas por el farol natural del volcán, los dorados de aquellas plantas destacaban entre el azul y gris sombrío del paisaje.

—Es hermoso —opiné, descubriendo un poco la caperuza de la cabeza de Rydel, cuyas pupilas de miel se iluminaron del mismo color dorado que tenía el campo.

El trigo creció hasta alcanzar mi altura, por lo que pude acariciar las hojas áureas que florecieron a mi lado. El aroma de la cebada invadió mi nariz con una delicada fragancia que me conmovió.

Cyrone fundó un escenario milagroso con los nutrientes sobrantes de los cuerpos humanos. La creación de aquel campo, si bien había sido tardía, tal vez era un homenaje o una redención, o quizá pretendía proveer a los seres que pisaran ese lugar en el futuro.

Cuando todas las plantas maduraron y obtuvieron un tenue brillo áureo, finalmente las nubes negras se despejaron. El serafín de la tierra acabó su trabajo y suspiró un aire tan caliente y notorio que parecía ser el humo que expulsaba un dragonarto al rugir.

—Sir Cyrone, permítame recomendarle volver a Dregonia. Usted está debilitado, debe hacer contacto con su iridia para seguir adelante con el camino —dijo Flye.

Observé al serafín que lucía realmente frágil, y alcé sin querer mis orejas al escuchar que haríamos contacto con «su iridia». Que iríamos a «Dregonia» a conocer a «quien» lo fuera; el ser más preciado para Cyrone, su propósito. Mi boca se tensó y tembló cuando mis labios se fruncieron. ¿Por qué asumir que su iridia era una persona? ¿Por qué me aterraba tanto que «ese alguien» fuera una chica a quien amaba?

Me estremecí de solo pensarlo.

—Dregonia no es la ciudad donde los dragonartos y dregonilios quieren comerse a los humanos, ¿verdad? —cuestionó Rydel, destapándose la cabeza en el momento en que la lluvia cesó.

—La misma —contestó Flye.

Alcé ambas cejas por la impresión y, aunque jamás había visto a esos reptiles frente a frente, los había leído descritos en mis libros. Sostuve mi bolsa de viaje intentando aplacar la ansiedad. Pero el que lo tenía peor era Rydel, pues se había quedado congelado del susto.

Cyrone se acercó al pequeño y lo guió hacia el borde del volcán, donde pudieron vislumbrar el paisaje. Los seguí, y a medida que avanzábamos los árboles revelaron poco a poco el panorama: una

ciudad cubierta de grandes troncos curvos que formaban un domo cerrado. Luego le dijo:

—Rydel, los dragonartos y dregonilios no pueden comerse a nadie. ¿Ves ese gran domo de madera? Dregonia se aísla y protege con grandes, enormes árboles que cierran la entrada a esos animales voladores.

Pero el querubín no dejó de temblar, más aún cuando vislumbró la enorme estructura cerrada de troncos.

—Cyrone, ¿esos animales son carnívoros? —pregunté—. ¿En serio tu lugar favorito es tan peligroso?

Flye voló del hombro de Cyrone y emigró al mío.

—En eso se equivoca, señorita. Dregonia es el sitio más próspero y seguro de todos. Entenderá que los animales como los dragonartos quieren ingresar allí por esa misma razón. Dentro de esa aldea hay agua en cada rincón. Es una ciudad que se posa sobre una inmensa laguna, haciendo la tierra húmeda y fértil.

Sabía que buscar la reliquia para encontrar iridias podía llegar a ser una hazaña audaz en la que mi integridad corriera serio peligro. Así que, si teníamos que hacer una breve pausa en Dregonia para luego continuar con nuestro camino, estaba dispuesta. Quería reencontrarme con lo que más quería en ese oscuro mundo; quería ser capaz de ver a Nym convivir en armonía entre todos esos humanos.

También estaba feliz de haber descubierto algo más.

Miré de reojo al serafín de cabello añil y ojos penetrantes.

Solo sé que quiero ir contigo a Catarbella. Oí mi propia voz dentro de las cavidades de mi cabeza, aun cuando quería reprimir ese

reciente recuerdo. No era capaz de entender cómo podía haber dicho algo así.

Solté un quejido y me cubrí la cabeza con la capa hasta esconderme por completo, pero el aroma a tierra mojada que desprendió la prenda me hizo ruborizarme mucho más.

—¿Qué sucede, señorita? ¿Se encuentra bien? —me preguntó Flye muy cerca del oído.

No era capaz de responder a su pregunta.

12

Mi iridia se desvanecía con cada paso que daba. Ahora que sabía que Cyrone estaba debilitado, lamentaba no haber tenido la oportunidad de rogarle que compartiera un poco de la suya conmigo antes. Por esa razón, continué avanzando por el camino, tratando de ocultar el agotamiento que me consumía. A pesar de haber preguntado de manera discreta cuánto nos faltaba para llegar a Dregonia, ninguno de mis compañeros respondió. Cyrone estaba evidentemente cansado de mis preguntas, Flye de seguro no quería admitir que aún quedaba un largo trecho por recorrer, y Rydel simplemente no tenía idea.

En un instante, mis pies se enredaron y me vi en el suelo. No fue hasta que me encontré de rodillas que me di cuenta de que había caído. Los tres giraron hacia mí, cada uno mostrando una expresión diferente en sus rostros. Traté de tranquilizarlos con un gesto de la mano, como si quisiera decirles que no se preocuparan, que solo me había tropezado por torpeza, pero al intentar levantarme, volví a caer.

—Señorita Gyuri, ¿su iridia está debilitada? ¿Por qué no nos lo había dicho?

Cyrone negó con gestos y se acercó suspirando para poner su mano en mi cabeza, pero retrocedí.

—¡No, Cyrone! ¡Estás debilitado! No puedes irradiarme nada. Te necesitamos para llegar a Dregonia. ¿Qué haremos si nos

encontramos una bestia por el sendero y estás más que debilitado?

—¡¿Una bestia?! —gritó Rydel—. ¡¿Vamos a morir?!

—Yo no tengo conocimientos para usar lanzas —le dije al serafín y apunté hacia la gran vara que tenía envainada en su espalda. La habíamos comprado en el camino.

—Bien, entonces tendrás que soportar que te lleve en brazos todo el camino. —Cyrone sonrió al verme ruborizar—. No quieres eso, ¿lo ves?

—Señores, tengo una estupenda idea —dijo Flye, mientras agarraba con sus patas a Rydel, que no dejaba de temblar—. Podemos ir con algún torinero. Ellos pasan por el sendero y van en carruaje.

—Preferiría cualquier opción que no implique hablar con humanos —respondió Cyrone.

—Sir Cyrone, la señorita no es capaz de ponerse de pie. Si algo la hiere en la ruta, no tendrá iridia suficiente para curarse. Todavía nos quedan cinco días de caminata —dijo Flye y yo me sobresalté.

—¡¿Cinco días de camina...?!

—Pues bien, con la condición de que sea Rydel quien les hable a los humanos. Él debería superar su miedo a las personas si vamos a ir a Dregonia —me interrumpió Cyrone.

El pobre querubín rogó que no lo obligáramos durante todo el camino hacia la ruta de comerciantes. Yo me apoyé de Cyrone para caminar, ya que mi iridia aún bastaba para moverme.

Intenté convencer al serafín de que no era necesario que Ry fuera quien hablara. Era la primera vez que el muchacho se dirigiría a un ser humano. A pesar de que le habíamos explicado todo lo que

debía decir y de que había ensayado varias veces en voz alta, seguía trabándose al hablar.

—¿Recuerdas lo que te había dicho? ¿Que serías un buen padre? Me retracto, Cyrone, serías terrible —le dije.

Oímos una carreta galopando a lo lejos. Una enorme criatura de larga cola, pelaje de rayas, coronado de dos grandes cuernos y largo hocico arrastraba un carruaje sobre el sendero de tierra. Era un torino, y el comerciante, coloquialmente llamado torinero, nos divisó desde lejos.

Cyrone lo hizo parar con un ademán, y en cuanto el hombre de frondosa barba y ojos sospechosos detuvo su marcha para escuchar a nuestro grupo de —supuestas— personas, el serafín le dio un empujoncito a Rydel para que hablara.

—¿A dónde van? —preguntó el hombre antes de que el niño pudiera iniciar la conversación.

El torinero nos miró con las cejas bien fruncidas, las manos firmes en las cuerdas que conducían al torino.

Rydel había ensayado una frase para pedirle que nos llevara. Seguramente no se esperaba que el propio torinero se ofreciera sin más, por eso balbuceó algo inentendible. Flye le habló al oído en ese momento.

—Dígale que vamos a Dregonia —susurró—, y disimule que una simple rana le está hablando.

—Vamos a Dregonia —murmuró el niño a muy bajo volumen; el torinero puso su mano detrás de su oreja—. ¡A Dregonia! —repitió Rydel, exclamando en un arranque desesperado.

—A Dregonia, mmh... —El tono que usó el hombre al responder evidenció que, en definitiva, no confiaba en nosotros—. ¿Esos son

tus padres, niño?

—Yo... —Rydel miró a Cyrone, quien le asintió—. Sí que lo son.

Tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para evitar que el calor me subiera a las mejillas. El hombre se agachó para vernos el rostro debajo de la capucha.

—¿No son muy jóvenes pa' tener un niño de diez años?

—Usted no tiene por qué juzgar la edad en la que decidimos tener hijos —afirmó Cyrone con el ceño fruncido.

Como Cyrone levantó la mirada hacia él, el comerciante pudo reconocer su rostro tras analizarlo.

—¡Pero si tú eres el hijo de Delfina! ¡Ese chiquillo tan popular en Dregonia! ¡El guardián hábil de la entrada! ¡¿Tenías un hijo de diez años?! —Rio burlón el torinero—. ¡Por Nylena! ¡Te lo has escondido muy bien!

Flye no reprimió una carcajada, aunque el humano claramente no pudo escucharlo. Me quedé pensativa con las palabras que había dicho el hombre. ¿El hijo de Delfina? ¿Se refería a una humana? Miré a Cyrone mientras me apoyaba en su cuerpo, pero pronto decidí dejar de mirarlo, ya que lo tenía demasiado cerca de mi rostro.

—¿Nos vas a llevar o no? —gruñó el serafín.

—¡Arriba! Entre la mercancía hay un poco de espacio. Chisa, ustedes, los religiosos, se traen muy buenos secretos — se mofó el hombre, dejándonos subir a la carretilla. Enseguida cogió las cuerdas para moverlas y le ordenó al animal que se moviera.

Nos subimos a la carreta entre los sacos de mercancía, y por fin me sentí lista para dormir un momento.

—Calme ese carácter, sir Cyrone, no nos vendría bien un terremoto —dijo Flye mientras abordaba.

—Y el niño tiene ocho años —corrigió Cyrone en voz alta, antes de volver a cerrar la boca.

Me quedé dormida junto a Rydel en una esquina del carruaje. El cansancio nos acompañó tanto tiempo que ni siquiera nos despertamos con los saltos que daba el carro al pasar por los baches del camino. Lo malo era que cada vez que recobraba la consciencia, me sentía más agotada, incapaz de caminar, con o sin el apoyo de Cyrone. Me faltaba energía incluso para respirar. Lo único que me consolaba era saber que estábamos cada vez más cerca de Dregonia, y que muy pronto el serafín podría irradiarme un poco más de su iridia.

Cuando creí que había pasado un día entero, de pronto el carruaje dio un remezón tan violento que me arrebató el sueño en un segundo. Me aferré a Rydel, quien había gritado al despertarse. Miré a Cyrone, que lucía tan alerta como yo.

—¿Qué hacen los dragonartos aquí? —preguntó Flye con voz desesperada.

El terror me envolvió como un dolor en el corazón. Rydel empezó a llorar de inmediato, y volvió a gritar cuando escuchamos un rugido agudo fuera de la carreta. Otro remezón nos impactó y el carruaje se volcó. La gravedad nos absorbió hacia un lado y nos golpeamos contra la mercancía pesada. El aire se llenó de polvo y empezamos a toser.

—¡No puede ser! ¡Baresca! ¡Mi Baresca! –gritó el torinero. Cyrone, al escuchar el aullido del torinero, agarró el mango de su lanza y nos

miró por unos segundos, como si dudara entre salir y dejarnos solos o quedarse.

—¡Mi torina! —sufrió el hombre. Cyrone cerró los ojos, suspiró y finalmente decidió salir del carruaje, cerrando la puerta detrás de él.

—¡Cyrone! —grité y abracé a Rydel, que no dejaba de aullar del miedo. Miré a Flye, quien se acurrucó en sí mismo en un rincón de la carreta.

Otro sacudón hizo temblar el carruaje, y aún no lográbamos entender qué estaba sucediendo afuera. Solo percibí que había un dragonarto y que estaba lastimando a la torina, que chillaba de dolor.

—¡Mi torina, por Nylena! —gritaba el torinero.

Deseaba salir y ayudar a Cyrone a defenderla de las garras del reptil carnívoro; sin embargo, me resultaba muy difícil moverme. Mi iridia estaba cada vez más cerca de agotarse.

De pronto, después de un chillido agudo y moribundo del dragonarto, un silencio nos envolvió, brindándonos un instante de paz. Lo terrible fue que tras esos segundos de tranquilidad, a lo lejos se oyeron por lo menos cinco rugidos agudos acercándose.

—Más dragonartos. Por la diosa Nylena y que nos ampare. —Miré a Flye mientras hablaba y, por primera vez desde que lo conocí, lo vi atemorizado.

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! —bramó Rydel, ahogándose en sus propias lágrimas.

Me sentí impotente. Lo único que sabía era que debía mantenerme fuerte para proteger a mis compañeros que, a diferencia de mí, eran mortales. Fruncí las cejas y, con todo mi

esfuerzo, me puse de pie sobre la carreta, sosteniéndome del techo que ahora era la pared del carruaje.

—Señorita Gyuri, por favor, no salga —me pidió Flye—. Sir Cyrone sabe como...

Un remezón acompañado de un estruendo ensordecedor me hizo caer de rodillas una vez más. Me volteé cuando vi un reptil enorme atravesando la madera de la puerta. Me puse delante de Rydel y me encogí atemorizada, observando cómo la bestia intentaba agrandar el agujero con sus garras. Soltó un rugido tan fuerte que aturdió mis oídos, y aprovechando el momento logró desgarrar la madera e introducir una pata.

Sus garras eran del tamaño de mi cabeza.

Sus patas estaban a punto de destrozarnos.

Le di la espalda al predador y acorralé a Rydel contra la pared, decidida a protegerlo a toda costa. Si alguien iba a sufrir daño, no sería él. Yo me curaría, como siempre lo había hecho.

—¡Tranquilos, chicos, yo voy a pr...! —Mientras hablaba, las garras me atravesaron el abdomen de lado a lado. Bajé la mirada y vi la filosa punta brotando de mi vientre. En vez de soltar una palabra, vomité sangre.

Rydel no gritó. Se quedó impactado viéndome.

—Se... señori... se... señorita Gyu... —Flye tembló.

El dragonarto había incrustado sus garras en mi cuerpo, y con fuerza insuperable tiraba de mí, arrastrándome hacia la puerta. El agujero era tan pequeño que no pudo sacarme.

Pronto cuando golpeé repetidas veces mi espalda contra la madera de la entrada, y cuando volví a vomitar el doble de sangre, perdí la consciencia.

Al recobrar el conocimiento, me di cuenta de que no me había curado en lo absoluto; una herida abierta y sangrante se extendía en mi vientre. Escudriñé la pared del carruaje, mientras un par de ecos difusos resonaban a mi alrededor. Al mirar mi mano, vi que el rojo húmedo se había filtrado debajo de mis uñas, lo que me provocó un quejido de susto. El dolor aturdía mi cuerpo, arrancándome del presente.

—Óyeme, nono problemático —susurró Cyrone en mi oreja. Pronto comprendí que él había recostado mi espalda en su pecho, apoyando mi nuca en su hombro—. Te he irradiado un poco de iridia, así que tienes que curarte.

—El dra... drago... dra... —fue lo único que pude articular.

—Han muerto, los he matado —me calmó Cyrone.

Flye, a quien no había visto debido a su pequeñez, descubrió mi capa y levantó mi camiseta blanca, que ahora destilaba en rojo ennegrecido. Cuando mi herida quedó expuesta, el pequeño anfibio la cubrió con la mucosidad de su piel. De alguna manera, aquel ungüento de rana me proporcionó unos segundos de alivio.

—Las ranas aladas tenemos propiedades curativas —me susurró Flye.

Rydel se arrodilló a mi lado y sopló en dirección a mi rostro. Un viento suave secó el sudor que me resbalaba por la frente.

Una oleada de dolor me invadió, ardiendo salvaje por mis poros, como si el universo entero me estuviera aplastando. Manchas blancas aparecieron ante mis ojos y ruidos extraños empezaron a apoderarse de mi mente. En un momento veía a Flye y al siguiente

la oscuridad era atravesada por relámpagos en la lejanía. Cuando dejé de ver al anfibio, me percibí en un lugar extraño: debajo de mí la tierra era húmeda y los monstruos me rodeaban, provocándome un dolor cada vez más intenso. Imploraba ayuda, gritaba, pero nadie me escuchaba, ni siquiera yo misma. Cada vez llegaban más de ellos y la sensación de dolor crecía hasta volverse aguda, filosa. Todos se habían unido al carnaval de martirio que estaban montando solo para mí.

Déjenme en paz.

Déjenme ir.

No puedo gritar.

Duele tanto.

No puedo moverme.

Necesito un descanso.

No puedo moverme.

—Nono..., no te pierdas —insistió Cyrone en mi oído.

Abrí los párpados y noté su rostro angustiado. ¿Hacía cuánto que intentaba despertarme?

Me volví hacia Cyrone, girando mi cuerpo y dejándome caer sobre su pecho. Él alzó sus manos antes de rodear mi espalda con ellas. Me tocó tímidamente y yo escondí mi rostro entre los botones de su camisa, permitiendo que el olor a humedad y tierra arrullara mis sentidos. El escenario que se había montado en mi mente había sido demasiado vívido; no quería regresar a él.

Me sentía segura a su lado, pero también abrumada por el calor. El latido del corazón del serafín indicaba que él experimentaba algo similar. Sonreí, decidida a ignorar el dolor punzante en mi abdomen.

Me sumergí un rato más en su fragancia, en ese efímero momento cálido que compartíamos.

—Señorita Gyuri, permítame esparcir más ungüento en su herida. Está embarrando a sir Cyrone de sangre —intervino Flye.

—No te preocupes, Flye, quería deshacerme de esta ropa cuanto antes —respondió Cyrone.

—¡No! ¡Sir Cyrone! ¡De esa forma la señorita se desangra más y más! ¡Voltéela ya! —insistió, con una voz firme y ruidosa.

La urgencia en la voz de Flye acentuó el dramatismo de la situación. Me giré con la ayuda de Cyrone y me recosté boca arriba, apoyando mi espalda sobre el pecho del serafín nuevamente. El ungüento me provocó un leve alivio, pero el descanso no duró mucho, porque el dolor volvió en oleadas más intensas.

Me estaba desvaneciendo.

Mi mano buscó desesperadamente algo que apretar. Una mano grande sostuvo mi puño y luego entrelazó sus dedos con los míos. Eran cinco largos dedos ennegrecidos, cubiertos de vendas.

—Tengo miedo, por favor no te alejes de mí.

Él apretó aún más fuerte mi mano.

—No puedo alejarme de ti. Es imposible —susurró contra mi cabello.

Cerré los ojos y me dejé ir; me sumergí en el sueño sabiendo que, sin importar a dónde me llevara, estaría segura a su lado.

Oh, Cyrone, creo que me he enamorado de ti. Qué tonta, ¿no?, quise decirle.

¿Se lo había dicho?

Seguro que no. Ya era tarde, ya me había sumido en la dolorosa inconsciencia.

Al privarse de llorar, las heridas del alma
son condenadas a sangrar para siempre.





ACTO II

Dregonia

13

Me encontraba en un lecho desconocido, con un colchón duro y un edredón de plumas encima. Al recobrar la conciencia de mi cuerpo sentí como si me estuviera deshaciendo con lentitud. Tenía mucho frío, aunque sospechaba que sudaba de forma excesiva, ya que mi cabello se había pegado a mi frente.

Cuando comprobé que al menos las extremidades me respondían, traté de levantarme. Sin embargo, me desplomé al dar el primer paso, provocando un estruendo que atrajo la atención de alguien. Agucé el oído al escuchar que alguien se acercaba a la habitación donde me encontraba.

La puerta rechinante se abrió y observé a una mujer encorvada, de baja estatura y rasgos longevos.

—Torinilla, has despertado —me saludó con una voz temblorosa.

Se acercó a mí. Con cada paso que daba, me arrastraba por el suelo para alejarme. Al escuchar ese apodo que me había puesto me toqué la cabeza, donde descubrí mis cuernos visibles para esa mujer humana. De repente, dada la tensión de mi cuerpo, la sangre espesa brotó de mi abdomen y me sostuve la herida que aún no había sanado.

—Oh, no. ¡Cyrone! —La mujer gritó, renunciando a su intento inicial de ayudarme a levantarme. Otra persona se asomó por la mampara. Cuando reconocí al serafín atravesando la puerta, el alma me volvió al cuerpo.

Quise hablarle, pero las palabras se atascaron en mis labios.

—Nono... —El serafín sonrió al verme y se acercó para recogerme y sentarme en la cama. Apenas me posó en el colchón señalé hacia su cabeza, soltando algunos quejidos por la impresión. Intenté decir «¡Tus cuernos! ¡Ella puede ver tus cuernos!». Él me comprendió al instante.

—Tranquila. Ella puede ver nuestros cuernos, no hay peligro —contestó acercando su boca a mi oreja—. Por cierto, ella es una humana. Evita darle órdenes.

—Mi nombre es Delfina —se presentó la ancianita, surcando una sonrisa y acercándose lo más lento posible para no asustarme. Me encogí cuando la mujer aproximó los dedos hacia mis cuernos; sin embargo, no los tocó, tan solo movió un rizo de mi cabello detrás de mi oreja. Tal como lo hacía mi madre. El calor aturdió mi mente y de pronto la idea de que ella era mi madre se apoderó de mí. Su sonrisa se hizo aún más ancha, dejando ver un espacio entre sus dientes.

—No tengas miedo, torinilla. Cyrone es alguien en quien confías, ¿no es así? Te aseguro que él confía en mí —insistió con dulzura, y se tomó las manos tras su espalda, encorvándose un poco más.

En sus ojos negros pude reflejarme a mí misma y la imagen fue como un abrazo al alma. La fiebre me consumía, haciéndome creer que todo a mi alrededor era una alucinación. Sin quererlo, sonreí y dejé salir algo de mi boca:

—¿Mamá? —pregunté con júbilo, pero mi sonrisa se congeló tan pronto como la vi confundida. La realidad me golpeó.

—Bienvenida a Dregonia, Gyuri —susurró la anciana.

¿*Dregonia*?

Quería mirar hacia las ventanas para ver cómo lucía la ciudad de la que tanto habíamos hablado con Nym bajo las luces de las velas. Sin embargo, en ese momento solo podía centrarme en lo que más deseaba.

—Usted... —murmuré de forma torpe y me puse de pie con el apoyo de Cyrone.

Miré a la anciana con añoranza. Dibujé sobre su imagen, gracias a la locura febril, los bordes de mi madre. Y cuando me convencí de que era mi madre, me desmoroné sobre ella.

Gimoteé en su hombro, con la voz de una niña que había estado perdida por demasiado tiempo. Sin que las lágrimas recorrieran mis mofletes, estaba segura de que allá afuera...

Allá afuera, donde el inmenso domo de árboles cubría Dregonia...

Afuera caía la lluvia, mojando a los dragonartos que se esforzaban por entrar.

No percibía el paso del tiempo como los demás, debido a que la fiebre me mantenía anestesiada. «Debe ser una maldición o un bicho extraño dentro de su cuerpo, porque no está mejorando para nada», le oí a alguien decir. Al parecer las heridas eran mucho más peligrosas de lo que creía; con una iridia tan debilitada, era inevitable que esto me pasara. «Cualquier otro ya habría muerto en su estado», escuché de alguna parte, mientras una aguja perforaba mi antebrazo. Era incapaz de moverme, solo podía sudar.

Deslicé las manos por el colchón para convencerme de que estaba viva a pesar del dolor. Traté de llamar a mis amigos, pero mi mente

cansada no enviaba las señales a mi cuerpo. Volví a desfallecer, presa del peso de mis párpados.

Cuando finalmente logré vencer el cansancio, abrí los ojos y me encontré en un silencio opresivo. Como si mi parpadeo al despertar hubiera desencadenado una explosión, el dolor ascendió a las cavidades de mi cabeza, desatando un agudo pitido en mis oídos. Me giré en la cama en agonía, sin darme cuenta de lo angosto que era el colchón hasta que lo rebasé y me estampé contra el suelo. El frío de la madera contra mi mejilla me brindó unos segundos de alivio. Al ponerme de pie, luchando contra mi propio peso, mi mente se nubló. Intenté enfocarme cerrando los ojos, solo para verme abrumada por un escozor palpitante en las sienes. A pesar de esos contratiempos logré erguirme y avanzar paso a paso. Me apoyé en la pared, dejándome guiar por mi olfato agudo, siguiendo el rastro de tierra húmeda que me atraía como la melodía de un silbato de cazador a un nono perdido en el bosque.

Quizá tropecé varias veces antes de llegar, hasta que alcancé la puerta que chirrió al empujarla. Cyrone yacía en su cama, tan apacible y encantador como siempre lo había sido cuando dormía, sin la consciencia suficiente como para fruncir el ceño o soltarme palabras ásperas. Sonreí y me agaché frente a él.

—Cy... rone... —murmuré, y él se sobresaltó al despertar de repente y encontrarme tan cerca. No podía culparlo; debió haber sido aterrador.

Después de que suspirara para calmarse tras el sobresalto, me dedicó una mirada cansada.

—¿Qué se supone que estás haciendo aquí?

Se veía verdaderamente adorable con esa expresión adormilada. Reí sin poder contener las palabras que brotaban de mi boca, mientras mi sentido común flotaba en la demencia febril.

—No lo puedo evitar. No respiro cuando te miro... pero tampoco cuando te veo. Tenía que venir. —Sonreí sin ponderar lo absurda que había sonado al decir eso.

Finalmente, él abrió por completo los ojos y centró su mirada en mi rostro. Debió notar mi malestar, porque decidió poner su mano en mi frente, apartando el cabello pegado a mi piel por el sudor. La sensación gélida de su contacto me reconfortó tanto que casi podría haber ronroneado.

—Por favor, no me toques —rogué con torpeza—. Te... quiero.

—Estás ardiendo en fiebre. Te llevaré de vuelta a tu cama —me dijo con suavidad, mientras se ponía de pie y me tomaba del brazo para ayudarme—. De pie, Gyuri.

Cuando traté de obedecerlo y tropecé, él me atrapó contra su pecho. Lo miré y disfruté de la visión borrosa de su rostro de cerca.

—¿No te sientes raro cuando me tienes así en tus brazos? ¿No sientes que te cuesta respirar? —susurré.

Me miró como si hubiera dicho un disparate.

—No siento nada más que tu cuerpo ardiendo mientras tiemblas. Y preocupación. También me siento preocupado al verte así —me contestó mientras me levantaba con soltura, llevándome en brazos de vuelta a lo que en ese momento no reconocía como mi habitación.

—Cyrone, por favor, bésame —le pedí con los ojos entrecerrados.

—No.

—¿Por qué... no?

—No te voy a besar mientras estás enferma, por favor.

Era evidente que no me estaba tomando en serio.

—Te juro que nunca me sentí así con ningún hombre, de hecho..., quizá nunca había visto a uno. Te lo juro —aseguré arrastrando las palabras.

—Y yo te juro que ignoraré todo lo que me dices y le echaré la culpa a la fiebre.

Me recostó de vuelta en el lecho desconocido que había sido mi refugio desde que desperté.

—Te daré un poco de iridia y mañana estarás mejor —me anunció con una sonrisa a medio formar.

Me enderecé de nuevo, agarrándolo del cuello de su camisa.

—Por favor... solo uno.

Él me concedió su sonrisa completa y me besó la frente.

—Listo. Ese beso iba recargado de iridia, te ayudará a bajar esa fiebre.

Negué con la cabeza sin soltar el cuello de su camisa cuando trató de apartarse.

—No —insistí—. Bésame como si yo fuera la chica de la que estás enamorado. Como si lo fuera.

Cyrone suspiró y su sonrisa desapareció. Tomó mi mano desfallecida, pesada y tensa, y la acercó a su boca, donde depositó un beso que duró un par de segundos. Cuando se separó, volvió a mirarme con esos profundos ojos de violeta vibrante.

—Ahí lo tienes.

Tomó la silla que estaba junto al escritorio, la acercó a mi cama y se sentó para esperar pacientemente a que el cansancio me atrapara de nuevo y me durmiera.

—Me estoy volviendo loca —murmuré al percibir que mi cama daba vueltas bajo el peso de mi cuerpo.

Él resopló.

—No te estás volviendo loca. Solo estás tontita por la fiebre.

—Estoy loca. Mírate, fuiste hecho para mí y no eres mío.

Soltó el aire con gracia, pero no quiso contradecirme.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Crees que es muy buena idea que empecemos una relación mientras estás con fiebre?

Yo asentí y murmuré un «sí» insonoro. Él se rio como pocas veces, en voz alta, tan atractivo que dolía.

—Bien, bien. Gyuri. Tal vez lo considere mientras duermes.

—¿Lo prometes? —susurré.

—Lo prometo, así que descansa, nono.

14

Al día siguiente desperté del profundo letargo. Con dificultad, enfoqué la estela de luz que se filtraba a través de la ventana. Un árbol imponente proyectaba su iluminación natural en cada rincón de la pequeña habitación. ¿Dónde me encontraba realmente?

Oí muchas voces agudas en el exterior, mezcladas con pasos estridentes. Me enderecé y me envolví en mi capa, cubriendo por completo mi cabeza. Al principio anduve con torpeza, pero después de unos pasos recuperé mi agilidad. Al abrir la puerta que chirriaba, me encontré con un largo pasillo. La casa resultaba más grande de lo que había imaginado. El techo se alzaba con considerable altura y el suelo de madera burdeo crujía bajo mis pies. Aunque el lugar no parecía tenebroso, sino más bien acogedor, mi corazón resonaba y golpeaba como un tambor. Mi último recuerdo lúcido: habíamos sido atacados por un grupo de dragonartos y uno me había atravesado el abdomen. Me palpé el vientre, pero ya no quedaba rastro alguno de la herida.

Cuando reuní el valor suficiente para empujar la siguiente puerta, llegué a una sala común cuyas paredes estaban salpicadas de coloridos dibujos. La mayoría de ellos carecía de formas bien definidas o letras legibles, lo que me hizo suponer que eran obra de pequeños artistas: niños. Fue entonces cuando el bullicio cobró sentido; había una gran cantidad de niños allí. Esa certeza se

confirmó al verlos reunidos en una larga mesa, más allá de la abertura de cortinas de la sala.

Con curiosidad, miré detrás de la cortina y vi a mis amigos en medio de ellos. Rydel estaba cabizbajo, escondido en su capa. A su lado derecho había una niña de cabello negro y corto intentando entablar una conversación con él, pero el querubín tan solo asentía y la miraba de reojo de vez en cuando.

Mis ojos se perdieron en la cabecera de la mesa, donde encontré a Cyrone, encapuchado como siempre. Me sorprendió verlo trenzando el cabello de una pequeña niña de quizá unos tres años que se sentaba en una de sus rodillas. Sonreí y me sujeté el lado izquierdo del pecho cuando mi corazón se inquietó.

Podría haber entrado para interrumpir y avisarles que había despertado, lo que seguramente les habría alegrado, pero en lugar de eso me sumergí aún más en las sombras, pues la escena era demasiado reconfortante para mí.

Flye se subió al centro de la mesa y los niños rieron al verlo saltando entre los platos, mientras que algunas pequeñas se asustaron y se pusieron de pie. Había dos opciones: Flye buscaba ser el centro de atención o simplemente no podía resistirse al ver los panqués horneados frente a él.

Cyrone tenía una horquilla en la boca y un niño tiraba de su capa, tambaleándolo. Finalmente, el serafín perdió la paciencia y se volvió hacia el travieso. Con ese único gesto, el pequeño gritó y salió corriendo para esconderse. Me reí detrás de la tela de la cortina, aferrándome a ella con las manos.

—¡Por fin has despertado! —escuché decir a alguien detrás de mí.

Alcé las orejas por instinto bajo la capa y tiré de la prenda hacia abajo para reprimirlas. Me volteé y vi a una anciana con una bandeja en sus manos, la cual contenía algo de apariencia dulce. La viejita era bastante más baja que yo, y creí reconocer su cara de algún lado; como si hubiera soñado con su rostro.

—Hola, soy Gyuri — me presenté, sin estar segura de qué era lo pertinente.

—Oh, eso ya lo sé. Espera un momento, ¿olvidaste que ya nos habíamos conocido? —me preguntó extrañada. No tuve que responderle, mi expresión se lo dijo todo—. Ya veo, acompáñame. Puede ser un poco abrumador para ti si mis niños te ven y no sabes dónde estás.

Se volteó y comenzó a caminar en sentido contrario. Me sentí tranquila cerca de ella, por lo que decidí confiar y acompañarla.

Sentadas en una pequeña cocina decorada con un amplio ventanal que permitía apreciar el exterior, nos vimos las caras hasta que me sentí lo suficientemente cómoda para decir algo. Observé hacia afuera y noté la singularidad del paisaje. En lugar de un techo de niebla infinita, había un domo que bloqueaba el paso a algunas bestias externas que chocaban contra los troncos. Era el gran domo de árboles que protegía la ciudad de Dregonia.

—Entonces Cyrone te trajo de vuelta tras el ataque de los dragonartos. Entiendo que el torinero también volvió sano y salvo. Es un milagro que hayan sobrevivido —me explicó.

La estaba escuchando, sí, pero la imagen de la ventana captaba toda mi atención. Si dejaba de lado aquel domo titánico y bajaba la vista, veía que alrededor de la casa solo había agua. Un riachuelo que aparentaba tener una profundidad formidable, como la del mar,

pero era un río, según me explicó Delfina. La anciana me ofreció una taza de chocolate caliente y al tenerla en mis manos, sin saber bien aún qué era, la llevé a mi boca y me deleité.

—El territorio de Dregonia está hundido, así que cuando ocurrió el Gran Diluvio se formaron estos islotes —me dijo Delfina—. Hay una inmensidad de ríos que cruzan toda la ciudad, y cada familia tiene su propio islote. —Al parecer se percató de que mis ojos brillaban al mirar la taza que rodeaba con mis manos—. Te gustó el chocolate caliente, ¿eh?

—Es lo más delicioso que he probado jamás —respondí sin dudar, relamiendo mis labios.

—Oh, vaya. Lo dices después de haber recorrido un largo camino con Cyrone, ¿no es así? Eso quiere decir que es realmente sabroso, porque ese chico ya me superó en la cocina hace años.

Tosí nerviosa; había olvidado los magníficos platos que Cyrone había preparado para nosotros. Al evocar su imagen comprendí que ese lugar era importante para él, no solo porque seguramente había aprendido de Delfina a cocinar, sino porque era su hogar.

—¿Es un orfanato? —pregunté mientras echaba un vistazo a mi alrededor—. ¿Cyrone llegó aquí cuando era niño?

Dudé al decir «niño», puesto que él en realidad había sido querubín como Rydel.

—¿Niño? ¡Claro que no! ¡Ese ya era todo un hombre cuando lo encontré después del Gran Diluvio!

Apoyé los codos en la mesa, incapaz de ocultar mi curiosidad.

—Usted lo salvó —asumí sin que me lo dijera.

Ella asintió y una sonrisa adorable se dibujó en su rostro.

—Hace como unos... —Delfina cerró los ojos para recordar— dieciséis o diecisiete años, en los campos fuera de Dregonia, cuando estaba plantando en las afueras para los dragonartos, hallé a un pequeño torinillo. Estaba flaco, con la mirada perdida y sin color en su piel. Parecía que no tenía vida, pero sí respiraba, muy, muy bajito. Sí, muy bajito.

»Como te dije, él no era un niño, pero lucía casi como uno, así que lo traje a mi orfanato. Aquí traté de darle alimento, pero no conseguía hacer que comiera. Nunca comía ni dormía ni hablaba, y aun así, el torinillo no moría. Yo no lo podía abandonar, porque no parecía haber otras criaturas como él. Aunque lucía como un ser humano, evolucionó de una forma muy curiosa. Así como la ranita Flye ganó alas, estoy segura de que los humanos como él comenzaron a desarrollar sus orejas y a crecerles cuernos. Nunca había visto uno igual. Pero siguen siendo humanos. Pensé que los demás pueblerinos de Dregonia no lo entenderían. Por eso, lo escondí hasta que pudiera volver a manifestar su voluntad. Cuando el color de su piel trigueña regresó y pude hablarle, sorprendentemente despertó y me miró por primera vez.

Guardé silencio mientras continuaba explicando, y el chocolate caliente empezó a enfriarse en mis manos.

»Ah, pero él no me respondió, ¿qué crees? Parecía vivo otra vez, aunque no quiso hablarme. Me miraba con desinterés, o con una suerte de desdén. Ese torinillo había sufrido una traición muy grande, porque su corazón estaba más cerrado que el domo de árboles que ves en el cielo. Aun así, le cosí una capa oscura para cubrir sus cuernos y lo presenté a mis niños. Ellos jugueteaban

alrededor de él. Cyrone solo los miraba con desprecio, o tal vez con un poco de nostalgia. Era difícil leer esa mirada apagada.

—¿Qué fue lo que hizo que volviera a hablar? —le pregunté.

Delfina sonrió y las arrugas que se formaron al lado de sus ojos iluminaron todo su rostro.

—Un día, Goldin lloró frente a él —dijo ella—. Goldin es un niño corpulento, y en ese entonces era solo un bebé, pero hizo uno de esos berrinches a los que los adultos tanto tememos. Lloró, pateó, gritó como si yo le estuviera haciendo algo malo. Pero en realidad no le hice nada malo, ¿sabes por qué lloraba?

Negué con la cabeza; no se me ocurría la razón.

—Quería quitarle la capa a Cyrone y se lo prohibí tajantemente. Goldin no es malo, pero sí muy travieso y obstinado. Cuando ese bebesote gritaba en llanto, Cyrone cambió su expresión por primera vez.

Separé los labios de la impresión.

—Era como la cara de alguien que veía a otra persona desahogar todas las frustraciones, penas y dolores en su lugar. Cyrone jamás ha llorado, a pesar de haber sido brutalmente herido. De todas formas, puedes encontrar la explicación que quieras. Después de que Goldin dejó de llorar, él se puso de pie y escuché su voz por primera vez.

—¿Qué le dijo?

Delfina rio, echando la cabeza hacia atrás. Balbuceó palabras que se escondieron detrás de su risa escandalosa.

—¿Cómo? —pregunté contagiada de sus risas.

—¿Qué crees? Cyrone dijo: «Yo tengo los dedos para amputar ¿y eres tú quien llora?».

Al final no había sido nada gracioso, pero me reí porque su felicidad era genuinamente pegajosa.

15

Los niños me lanzaron varias miradas curiosas mientras Delfina me instaba a recorrer los pasillos para mostrarme las habitaciones compartidas.

Cada cuarto contaba con al menos seis camas dispuestas en paralelo, enfrentadas las unas a las otras. Los pequeños estaban divididos por género y edad, lo que resultaba en lechos de diferentes tamaños, e incluso cunas. Además, hacían presencia con sus juguetes tirados por doquier, dibujos decorando las paredes, pequeñas toallas colgadas fuera de los baños y diferentes atracciones infantiles, como peluches de felpa y carruajes de madera.

—Todo esto ha sido donado por los habitantes de Dregonia. Después del Gran Diluvio muchos niños hambrientos perdieron a sus padres y vinieron a parar aquí. Luego siguieron llegando, ya no por la catástrofe del Gran Diluvio sino por la del ser humano —me explicó Delfina mientras recogía algunos juguetes del suelo.

Me agaché para ayudarle a levantar algunos otros, y al levantarme observé la puerta abierta del cuarto comedor. «¿Estará él todavía allí?», me pregunté.

—¿A quién buscas, torinilla? —me preguntó Delfina con una sonrisa juguetona.

Negué con la cabeza y agité las manos de manera exagerada.

—No... digo, a Rydel —balbuceé como una estúpida.

—¿Rydel? ¿El morenito con el que ustedes llegaron? Seguro está con Cyrone.

Al mencionar al serafín me volteé para mirar a la anciana y luego desvié la vista hacia el techo, lo cual le hizo gracia. La sangre se me acumuló en las mejillas cuando escuché sus carcajadas.

—Oh, ahora entiendo todo mucho mejor —murmuró para sí misma—. ¡Aeris! ¡Aeris! —Llamó a alguien, usando las manos para amplificar el sonido debilitado de su voz.

No creí que alguien pudiera escucharla, dado que su voz no daba abasto, pero una persona apareció corriendo hacia nosotras. Cuando la vi llegar, mis labios se despegaron sin querer. Sorprendida, analicé a esa joven grácil y hermosa.

—Señora Delfina —saludó la joven. Se sostuvo las manos tras su espalda y me miró con curiosidad—. Hola, Gyuri, me alegro de verte despierta por fin. Mi nombre es Aeris y soy la hermana mayor del orfanato. —Puso una mano en su pecho al presentarse—. Es decir, es una ocupación extraña, ¿no?, «hermana-mayor». Pero a mí no me gusta llamarme cuidadora ni niñera. Nada de eso. Entonces prefiero que me digan hermanita mayor, esa es la razón por la que estoy aquí. Y no es que no tenga a mis padres, es decir, tengo madre y no un padre. Bueno, es que yo no vivo aquí, pero sí me quedo aquí todos los días para trabajar. Es todo muy confuso, lo siento mucho.

La joven había extendido la mano para saludarme, pero yo me había quedado un tanto perdida en su monólogo.

—Mucho gusto, Aeris —le respondí mientras estrechaba su mano. Esbocé una leve sonrisa.

—Aeris preciosa, guía a Gyuri hacia donde está Cyrone. Lo ha estado buscando todo este rato —susurró Delfina en su oído.

—Eso... eso no es... —Traté de justificarme ante Delfina, pero ella me sonrió y se alejó por el pasillo. Deseé hacerme polvo.

—¿No lo has visto? —me preguntó Aeris cuando ya estábamos solas—. ¡¿Despertaste y no le has avisado a Cyrone?! ¡Él ha estado muy preocupado por ti! ¡Tenemos que ir ahora! — exclamó y me agarró de la muñeca, arrastrándome por la casa hasta que salimos de ella.

La puerta que daba a la salida era gigante, tanto que ambas tuvimos que empujarla para abrirla. Una vez fuera, vi el borde de la ribera que se bañaba del río y un bote de madera que había varado en la orilla. Aeris pateó la embarcación para devolverla al agua y se subió a ella tras dar un gran salto.

—¡Vamos, Gyuri! ¡Quiero verle la cara a Cyrone cuando te vea! —gritó mientras sonreía—. ¡Es que él creía que te morías!

¿*Cómo iba Cyrone a pensar que me moría*?, me pregunté.

Las luces del árbol que resguardaba la casona iluminaron el rostro de Aeris, lo que me permitió verla con claridad. Era rubia como yo, pero su cabello poseía un tono dorado, no blanquecino y opaco como el mío. Su melena larga, ondulada, junto con sus ojos de pupilas verdosas, me dejaron aturdida. ¿Podía ser tan perfecta? Debía ser un dibujo más, pero no el de un niño, sino el de un pintor fabuloso. Guardé esos pensamientos para mí y la seguí hasta el bote, cubriéndome toda la cabeza con la capucha.

Una vez sentadas, me quedé inactiva mientras ella tomaba las palas y remaba. Contemplé su perfil delicado y su piel de leche. Su sonrisa era amplia y perfectamente alineada. Me sentí un monstruo

a su lado y me cubrí aún más con la capa. No me sentía cómoda en su presencia, todo lo contrario. Ella era una belleza incomparable conmigo.

—Por cierto, te estoy llevando a un campo de entrenamiento. Hoy Cyrone no está de guardia, pero aprovecha para llevar a los niños del orfanato al campo y enseñarles el uso de las armas. Adelanta un poco sus lecciones y, además, practica con los más jóvenes. En la Guardia, el hombre que entrena a los niños es un maldito despiadado: Xylo. El comandante Xylo. Cyrone es solo un subordinado más, pero te aseguro que es mucho mejor luchando con la lanza que ese desgraciado cabeza de piña —me explicó sin tomar ninguna respiración de por medio.

—¿Qué? —le pregunté cuando acabó de hablar.

El bote tambaleante me revolvió el estómago por la falta de costumbre; lo asumí porque nos cruzamos con varias otras naves en las que sus pasajeros abordaban la situación de maravilla.

En el camino examiné las casas que se posaban en los islotes y observé a las mujeres colgando prendas mojadas bajo los árboles, permitiendo que el agua que desprendían volviera a sus raíces. Mujeres por doquier, tanto fuera como dentro de las casas, según lo que pude ver a través de las ventanas. Era algo curioso.

Trataba de no analizar de más a Aeris para no hacerla sentir incómoda, pero ella continuó hablándome y mirándome sin apartarse lo suficiente.

La manera en que no apartaba la mirada de mi rostro cada vez que hablaba me ponía nerviosa. Su hermoso vestido acentuaba aún más mi vergüenza. Bajo la capa llevaba mi típica prenda holgada y blanca. Todas las chicas en los botes y en los islotes vestían faldas

que les llegaban hasta debajo de las rodillas. Con el calor que hacía, nadie llevaba una capa tan gruesa como la mía. Me sentía ridícula.

—¿Te molesta tu capa, Gyuri? —me preguntó Aeris mientras remaba—. Puedes quitártela, estamos cerca de Catarbella, así que las temperaturas aquí dan para desabrigarse. Se ve que te pesa un montón.

Pero no podía quitármela.

—Yo... de hecho, tengo frío —mentí de manera poco convincente.

Ella se quedó mirando el colorado de mis mejillas, pero no dijo nada al respecto.

Cuando arribamos al islote al que supuestamente íbamos, el bote chocó y quedó atrapado en la tierra de la orilla. Aeris se bajó al instante. Yo me puse de pie para imitarla, pero mi movimiento hizo que la embarcación se balanceara, por lo que caí de trasero en la orilla del agua. Terminé empapada y Aeris se acercó a mí, extendiéndome su mano para levantarme. Con la poca dignidad que me quedaba, le agradecí.

Sacudí el barro de mi ropa, pero lamenté que mi vestimenta fuera blanca; ahora parecía que me habían enterrado bajo tierra.

—Tranquila, en casa te prestaré un vestido. Por el momento, quítate la capa; ahora que está húmeda te pesará el doble y...

Aeris trató de arrebatarme la capucha, pero retrocedí de golpe. Mi reacción desesperada hizo que se detuviera en seco.

—Espera... entonces tiene sentido. Eres del culto del nuevo mundo, ¿no? Por eso usas capa. Chisa, no esperaba que Cyrone fuera capaz de convertir a más gente a su movimiento religioso —asumió Aeris y no me quedó más opción que asentir. No tenía idea de qué hablaba.

¿Aquí existía un culto que las exigía? Ese invento había sido muy inteligente por parte de Cyrone.

Recorrimos un hermoso camino de flores que nos condujo a un campo de entrenamiento tan amplio como una pradera desierta. En él, muchos niños formaban un círculo alrededor de algo que observaban con atención. Me acerqué por detrás de Aeris para pasar entre los jóvenes varones que nos impedían ver lo que estaban presenciando.

Aeris era considerablemente más alta que yo, y apenas alcanzó la primera fila, me tomó del brazo para ponerme delante. Un calor abarrotó mis mejillas porque todos los niños nos prestaron atención al llegar.

Cuando volví la vista al pequeño que estaba a mi lado, este desvió la mirada al suelo. Entre la seguidilla de personas que había detrás de él, pude observar que solo había hombres. ¡Éramos las únicas chicas!

Miré al frente, al centro del redondel, y lo vi a él. Lo vi después de varios días de inconsciencia. Se me escapó una sonrisilla y bajé las orejas por puro instinto. Cyrone estaba de pie, esperando a su siguiente contrincante, o eso parecía, ya que cargaba una lanza plateada en sus manos. Cuando apuntó con el dedo hacia un joven de unos dieciocho años, aquel recorrió con la mirada a los que tenía cerca. Luego volvió a ver al serafín y se apuntó a sí mismo, a modo de pregunta.

—Serás idiota —murmuró Aeris, y no me dio tiempo para preguntarle por qué maldecía.

Al parecer, el sujeto indicado no quería ser el siguiente contrincante, pero aceptó a regañadientes la lanza que le concedía

uno de sus compañeros para enfrentarse a Cyrone. Me quedé maravillada viendo al serafín y su firme agarre de la vara. El brillo de la lanza reflejaba la determinación en sus ojos, y cada movimiento generaba una oleada de emoción en mi pecho. Cuando el joven rival se paró frente a él, Cyrone hizo girar con sus dedos la lanza por delante y por detrás de su cuerpo con una destreza admirable, lo que fue suficiente para intimidar al pobre.

Por mi parte, me vi obligada a aferrarme a la capa con firmeza, como si intentara apaciguar la creciente intensidad de los latidos en mi pecho. Me di cuenta, poco a poco, que ese palpitar ferviente surgía de la admiración y el anhelo que experimentaba hacia él.

—Este... ¿podemos usar bates? —preguntó el joven, dirigiéndose a alguien que parecía ser el instructor.

Cyrone resopló y negó con la cabeza.

—Tienes dieciocho años. Ya deberías saber combatir con un arma afilada.

—Es que... yo...

Cyrone le cedió su propia lanza, haciéndola girar hasta que el joven se vio obligado a recibirla en sus manos. Esa lanza parecía pesar mucho más que la primera, pero logró sostenerla con un poco de esfuerzo.

—¿Me pasarías el bate, Ryoren? —dijo el serafín dirigiéndose al instructor. Extendió la mano para recibir el bate y luego se tronó el cuello.

Cuando ya lo tenía en sus manos, reparé en lo apuesto que lucía. Era evidente que ya había combatido varias veces en el día, por el sudor que le recorría las sienes y el cuello; por cómo jadeaba, por cómo mostraba un notable control a pesar de estar agotado. *Ay, por*

el Sempiterno, es tan... Pronto comencé a cuestionarme qué se suponía que estaba pensando en un contexto como ese. Exhalé para tranquilizarme; debía aplacar mis deseos humanos, tal como me lo había recomendado el serafín. Sería difícil para él explicarme por qué precisamente él era quien los desataba en mí.

Examiné a mi alrededor y observé a varios jóvenes que se agrupaban para ver mejor. ¿Los había desafiado a todos ellos? La pregunta estuvo a punto de salir de mis labios cuando me giré hacia Aeris, pero me quedé atrapada en el brillo que reflejaban sus ojos. Sin lugar a dudas, su mirada estaba fija en Cyrone.

No podía culparla; su porte fornido e intimidante era capaz de avivar la pasión de cualquier mujer. Recordé lo que decía Flye. Cyrone llamaba la atención donde fuera, incluso si solo se le veía la mitad del rostro.

Yo no era una mujer común y corriente, y aun así me molestaba caer en el mismo saco.

Cuando el instructor Ryoren anunció el inicio de la pelea, el joven rival abandonó una de las lanzas pues le era imposible manejar ambas. Arremetió en contra de Cyrone y el serafín, con el bate en mano, hizo girar la madera por toda la circunferencia de su muñeca, como si fuera una lanza más. Cuando el filo del arma parecía cortarle el cuello en dos, el serafín se agachó, permitiendo que solo rozara su capucha. No se la quitó, como si tuviera todo calculado. Cyrone movió el bate y golpeó la pierna del chico en un punto que lo hizo doblar la rodilla, incapaz de resistir el dolor.

El joven soltó la lanza al caer y trató de arrastrarse para recuperarla, pero Cyrone apuntó el bate hacia él y lo acorraló en el

suelo. Puso la suela de su zapato en el pecho del joven y lo presionó contra la tierra.

—¡Evren, eliminado! —gritó el instructor Ryoren.

—¡No! ¡Instructor Ryoren! ¡Yo no he perdido! —insistió el joven, levantándose—. Yo... yo no tengo maestría alguna con la lanza. ¡Ninguna! ¡Esto no fue una batalla justa!

—Entonces, tienes maestría con el bate —le espetó Cyrone con los ojos entrecerrados.

El joven, inseguro, asintió con la cabeza, y eso fue suficiente para que Cyrone se despojara del bate que tenía en sus manos y se lo entregara.

—Vamos a probarlo —le dijo al instructor Ryoren, sosteniéndose el hombro derecho para estirar sus ligamentos.

El instructor hizo caso como si Cyrone hubiera ejercido el poder de su palabra. Era difícil distinguir si lo hacía o no, pero por la forma en que lo miraban los demás jóvenes podía apostar que le obedecían por respeto y admiración, no por su poder.

Cuando el instructor comenzó la cuenta regresiva, miré a Aeris asustada y le jalé la ropa.

—¿De verdad va a pelear ahora sin ningún arma?

—Así es, luchará a puño limpio. —Agudizó su voz mientras lo afirmaba—. ¿No es genial? Cyrone sabe todas las técnicas de combate habidas y por haber. Es como si hubiera entrenado por siglos.

Se notaba que ella tampoco sabía qué clase de criatura era Cyrone, pero eso no importaba. Presté más atención a cómo sus ojos verdes brillaban y sus pestañas aleteaban coquetas. Ella solo tenía ojos para él, entre todos los varones que por lo menos habían

alcanzado la mayoría de edad en ese lugar. Me di cuenta de que eso me molestaba por cómo el pecho se me oprimía.

Me desvié de ella para mirar al frente. El instructor nuevamente dio la señal. El chico llamado Evren se abalanzó hacia el serafín y empuñó el bate directo contra su cabeza, pero Cyrone se echó hacia atrás, haciendo que su rival perdiera el equilibrio al no tener dónde apoyar la fuerza que había aplicado. Luego, el serafín pasó por debajo de él y plantó su puño en el mentón de Evren en dirección al cielo. Él sostuvo su mandíbula para reacomodarla. El público reaccionó con onomatopeyas de dolor.

—El dragonarto se acaba de dar un buen postre contigo, Evren. —Cyrone lo contempló con suficiencia.

Con aquel alcance comprendí que la Guardia era un cuerpo de seres humanos que protegía la entrada de Dregonia de los dragonartos, los mismos que nos atacaron en el camino. Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar la herida. Por eso Cyrone los entrenaba, para que supieran cómo sobrevivir ante un animal enorme, corpulento, fuerte y agresivo.

Pero debía cambiar su actitud ante rivales como él. Me crucé de brazos al pensar en cómo le regañaría para que fuera más comprensivo y paciente con ellos. Después de todo, solo eran chicos humanos.

—¡No! —gritó Evren—. ¡Aún no he terminado!

Y el joven no se dejó caer a pesar del dolor que sentía.

—¡Eso es, Evren! ¡Sabandija! ¡No te dejes morir! —gritó Aeris a mi lado, con tanta fuerza que llamó la atención de todos.

Me volteé hacia ella, asombrada.

—Hermana, cállate —le susurró Evren, negando con la cabeza.

Me sorprendí al enterarme de que el joven que estaba al frente de nosotras era el hermano de Aeris. ¿Era acaso su hermano mellizo? Ahora que lo consideraba mejor, tenían un parecido físico notable.

—¡No me dejes en vergüenza! ¡Tu mamá no te parió para ser postre y merienda de un dragonarto! —exclamó ella con aún más intensidad.

Cyrone, hastiado, giró la cabeza para mirar a Aeris, quien realmente llamaba la atención con su escándalo; pero sin querer su atención se desvió hacia mí, enfocándome y suavizando la mirada de fuego que tenía momentos antes. Me enganché en sus ojos y sonreí un poco, deseando saludarlo, gritarle alguna cosa; sin embargo, justo cuando estuve a punto de gesticular algo con mis labios, un bate impactó la cabeza de Cyrone en seco, de forma tan contundente que el estruendo me hizo saltar del susto.

Al distraerse mirándome, ignoró que el combate aún continuaba y Evren descargó toda su ira sobre su sien. El serafín cayó al suelo con los ojos en blanco.

Me cubrí la boca con las manos y noté que la capucha se le escurría un poco, alguien podría ver sus orejas. Al estar aturdido no era capaz de esconderlas, así que corrí hacia él para cubrirlo.

Llegué al centro del campo y me arrodillé a su altura.

Él me vio delante de sí, acomodando su capucha.

—¿Estás bien, Gyuri? —murmuró sosteniéndose la frente.

—¿Me preguntas eso tú? —ironicé, desesperada.

Se notaba que su mundo daba vueltas, puesto que apenas podía abrir los ojos. Miré a Evren y lo reprendí con una mirada ardiente.

—¡Los débiles siempre atacan de sobreseguro! ¡¿No?! —le grité, y Cyrone se levantó para calmarme.

Evren retrocedió al verme embriagada de ira.

—Lo que hizo está bien. Fui yo quien se distrajo —me dijo Cyrone. Volví a mirarlo y noté que un hilillo de sangre se deslizaba desde su ceja hasta la mejilla.

—¡No, bueno! ¡Celebrémoslo entonces! —vociferé.

—¡Gyuri! —gritó alguien desde la multitud. Era Rydel, quien corrió hacia mí y se lanzó a mis brazos—. ¡Despertaste! ¡Despertaste!

Detrás del niño se asomó una niña de melena oscura y ojos verdes vibrantes, vestida como los demás chicos, que se cruzaba de brazos y agravaba la voz con un semblante bastante masculino.

—Con que tú eres la famosa Gyuri. —La niña me alzó una ceja.

La saludé con sorpresa mientras recibía el abrazo de Ry, pero mis ojos se clavaron en Cyrone, quien se había levantado y avanzaba tambaleante entre la multitud, con Aeris siguiéndolo de cerca.

—¡Tal parece que la merienda y postre del dragonarto fue Cyrone! —gritó Evren, recibiendo una reprimenda visual por parte del instructor—. Digo, el capitán Cyrone...

—¡Estás descalificado! —gritó el instructor Ryoren.

—¡Qué! —reclamó y alargó el tono de su voz, incrédulo, como si su ataque no hubiera sido furtivo e insidioso.

Volví a mirarlo con ira mientras abrazaba a Rydel, y el chico se quedó pálido.

Seguro que aquel contraste lo había espantado aún más.

16

Los reunimos a un costado de la pradera, alejados del tumulto, para curar a Cyrone. Yo me quedé con los dos niños a un lado mientras Aeris, «la perfecta», sabía cómo curar «perfectamente» las heridas del serafín, quien había aceptado ser tratado a regañadientes.

Lo que me hacía sentir ridícula era la intensa emoción de enojo que ocupaba cada rincón de mi ser por la situación. Mientras tanto, Aeris limpiaba la sangre del serafín con una confianza abrumadora, tocándolo como si fuera lo más natural del mundo. Escuché el gruñir de un trueno y Aeris dio un respingo. Cyrone me miró por encima de su hombro y yo tuve que relajar el entrecejo.

—Tendrán que pasar años luz antes de que yo sea capaz de clavar una lanza en el cuello de un dragonarto —le aseguró Rydel a su nueva amiga.

Por mi propio bien, desvié la atención hacia los niños que discutían a mi lado.

—No tienes que hacerlo si no quieres, Rydel —le dije con una sonrisa que pretendía esconder lo mal que me sentía.

—¡Claro que tiene que hacerlo! —me gritó su amiga, rebosando indignación—. ¡Los hombres de Dregonia tienen una sola obligación! ¡Y es proteger la hegemonía de los humanos de este fuerte! ¡Los tornados no pueden dañarnos aquí dentro! ¡La hambruna mucho menos! ¡Los dragonartos sí podrían!

Suspiré y le sonreí.

—A las chicas no nos incumbe lo que los chicos quieran hacer, y viceversa —le respondí, acomodando un mechón de su cabello detrás de su oreja redondeada.

Ella arrugó la frente, iracunda, como si le hubiera dicho algo terrible, y Rydel jaló de mi capucha manchada de tierra.

—¡Gyuri! ¡No digas eso! —me advirtió el querubín.

Rydel intentaba evitar que cometiera un error, pero el problema era que ya había metido la pata hasta el fondo. Me di cuenta de la gravedad de la situación cuando la ¿niña? tomó una rama del suelo y la abatió en mi dirección. Aunque la punta apenas rozó mi nariz, retrocedí con la piel erizada y me tensé como si me hubiera petrificado. Cyrone soltó un resoplido, y su mirada fija en nosotros me estremeció aún más.

—¿Una «niña» sabría atacar con una lanza de esta manera?

—Pues, ¿sí?, pero ¿acaso tratas de decirme que...? —Miré a Rydel sin moverme un ápice y el querubín asintió, asustado—. Oh, Catarbella, eres un niño.

—¡Soy Polett! ¡El futuro comandante de la Guardia de Dregonia! ¡Polett! ¡Un futuro hombre honorario! —repitió, volviendo a blandir «su arma» en mi contra, pero sin alcanzar a tocarme.

Solté la respiración al sentirme atacada otra vez. Atacada por una simple rama.

—Okey. Polett, muy linda determinación, y lamento haberme confundido —le respondí bajando la punta de la rama para alejarla de mi rostro.

—Por supuesto que lo lamentarás —contestó ceñudo, plantando el palo en la tierra como todo un guardián.

—Ya deja de fingir que eres un adulto, Polett. Me avergüenzas ante Gyuri —le susurró Ry.

—Y tú me avergüenzas ante la diosa Nylena cada segundo, Rydel —le recriminó Polett—. ¡¿Acaso no vas a blandir tu lanza?! ¡¿No vas a honrar a la humanidad?!

—¡Es una rama! ¡No es una lanza! ¡¿Tienes popó de torino metido en el cerebro?! —gritó Rydel.

Me encantaba ver a Rydel haciendo un nuevo amigo, pero en medio de la discusión amistosa que sostenían, mi atención se desvió cuando vi a Aeris colocar un poco de hielo en el rostro de Cyrone, quien se quejaba y se echaba hacia atrás. Probablemente la compresa estaba demasiado fría. Aun así, el serafín relajó sus hombros cuando ella volvió a posar el hielo en su mejilla.

Aflojé la tensión en mi cuerpo al observarlos, pero sentía que estaba al borde de perder la capacidad de respirar. Tragué para calmarme y me concentré nuevamente en Rydel y Polett.

—Una lanza nos dobla en altura. Tienes que usar la lógica, Rydel, lo único que nos queda son ramas para entrenar. ¿O quieres ser un hazmerreír como Evren en el futuro? ¡¿Eso quieres?!

—La lógica no se relaciona con las ramas. ¡Y no seré un hazmerreír porque nadie me obligará a tomar un paseo entre los colmillos de un dragonarto! ¡No! ¡No tomaré una lanza!

—Muy valiente, Rydel, me sorprendes. —Polett se cruzó de brazos —. Eso quiere decir que usarás tus puños para enfrentarte al dragonarto.

—¡¿Cómo es que entendiste eso?!

—Chicos... —murmuré, pero mis ojos volvieron a desviarse hacia mi costado.

Aeris salió corriendo y Cyrone, que ahora sostenía el hielo por sí mismo, alzó una ceja al verme. Le quité la mirada, sintiéndome un tanto boba por brindarle tanta atención.

—Ven aquí, Gyuri.

Dejé escapar un largo suspiro y me dispuse a caminar hacia él. Al llegar a su lado, Cyrone esbozó una sutil sonrisa, como si estuviera burlándose de mí.

—Oh, nono escurridizo, eres más obediente que antes, ¿será que mi poder de la palabra sirve contigo también?

—No vine porque me lo ordenaras. Vine porque quise —le respondí, sin mirarlo.

—Si querías venir aquí, podrías haberle puesto más empeño para demostrarlo. ¿Sucede algo?

—Estoy enojada con Evren, eso es todo.

—Uy, pobre Evren, sin decir una sola palabra ya se enojan con él.

Lo miré de reojo y noté que su herida empezaba a cerrarse de forma antinatural debajo del hielo.

—Tu herida —murmuré.

—Oh, sí, fui un estúpido por dejarme golpear. Pero, tranquila, Aeris fue a buscarme vendas.

—No... es que tu herida... —*se está cerrando*, terminé de decir en mi mente. Me había quedado colgada en lo que él me había dicho—. Pero ¿cuál es tu relación con Aeris?

La pregunta se me escapó de los labios como una traición inesperada. Cyrone parecía tan sorprendido como yo al escucharme, pues tardó en responder. De repente, los acelerados pasos de Aeris anunciaron su regreso, desviando mi atención hacia la herida de Cyrone, que ya había cicatrizado y se le desvanecía en la piel. Una

profunda preocupación por ambos y nuestro secreto se apoderó de mí.

—¡Encontré unas vendas! —gritó Aeris a poca distancia de nosotros.

Sin ningún reparo abracé la cabeza de Cyrone para ocultarla de ella. Si Aeris notaba que la herida del serafín se cerraba a una velocidad sorprendente, incluso antes de ser vendada, sospecharía de nuestra verdadera naturaleza.

La sangre me subió a las mejillas mucho antes de que me diera cuenta de lo que acababa de hacer. A pesar de haberlo forzado a esconder su rostro en mi pecho, una vez que dejé de ejercer presión él se mantuvo suspendido y tranquilo, apoyando su rostro, tan vulnerable como jamás lo había visto. Tuve miedo, porque seguramente mi corazón le retumbaba en la frente.

—Gyuri, ¿está todo bien? —preguntó Aeris con una voz que parecía más curiosa que celosa. Miré a los niños, que se acoplaban detrás de ella, y asentí para calmarlos.

Como si hubiera captado el tono de la situación, la joven les dijo a los niños con una sonrisa despreocupada que se acercaran al bote para regresar a casa. Nos advirtió que estarían esperándonos antes de zarpar y dejó las vendas a un lado de nosotros al pasar, tomando a los pequeños de las manos.

—Cyrone —murmuré cuando nos encontramos a solas.

Tuve que contener con una horrible abstinencia las ganas de pasarle los dedos por el cabello, los impulsos delirantes por abrazarlo y perderme en su aroma. Respiré profundo mientras esperaba que el serafín reaccionara.

—Habrá sido el golpe en la cabeza, porque ni siquiera me di cuenta de lo rápido que mi herida se sanaba. Indecibles, Aeris casi se da cuenta —me dijo por fin, asfixiando el sonido con la tela de mi ropa—. ¿Te molesta que me quede así por un instante?

Una punzada en el lado izquierdo de mi pecho me hizo tragar saliva. Escucharlo y contenerme, una vez más, fue un suplicio.

—No hay problema —balbuceé con una emoción desbordante que incluso me resultaba humillante. Era la primera vez que tenía a Cyrone de manera tan íntima, pero de algún modo él parecía sentirse cómodo con nuestro contacto.

—¿Te sientes bien? Tu corazón me retumba en la cabeza —me preguntó tras unos segundos.

—Ni te atrevas a mencionarlo. —Cyrone soltó un resoplido al escucharme.

—Pero puedes quitarme de encima cuando quieras, si te incomoda —murmuró.

—Y tú puedes quitarte en cualquier momento, si no quieres estar aquí.

No se apartó. Nos sumergimos en un silencio agradable que, a pesar de la electricidad que me recorría de pies a cabeza, me calmaba de un modo paradójico y hermoso. El problema fueron mis manos; no sabía dónde ponerlas. Las ganas de despeinar el cabello de Cyrone por debajo de su capucha comenzaban a manifestarse con el movimiento de mis dedos. Creí que moriría en el instante en que Cyrone simplemente tomó mi muñeca e hizo que mi mano descansara entre su pelo.

El tacto de su cabello era cálido y húmedo por su reciente sudor, pero en lugar de repelerme encendía una llama vigorosa en mi

interior, lo cual me preocupaba, pues temía perder el control. No podía permitir que esas emociones se desbordaran, puesto que aún no había logrado ponerles nombre y el simple hecho de hacerlo me aterraba.

Cyrone no me tocaba, solo seguía descansando con su rostro sobre mi pecho, oculto como un niño. A pesar de su tierna acción, me resultaba imposible no verlo como todo un hombre. Su respiración ardiente y sus manos apoyadas en el tronco en el que se sentaba. Su cabello sedoso y su espalda ancha.

—Oye, Gyuri —habló de pronto, arrancándome de mis pensamientos.

—¿Hm? —pregunté, desconociéndome por completo. ¿En qué se suponía que estaba pensando?

—Estás demasiado tensa.

—Lo siento —me adelanté a decir, sin saber por qué debía disculparme.

Él se apartó para ver mi rostro y ladeó la cabeza con una sonrisa, como si supiera algo que yo no. No había otra forma de explicar su expresión. Metió la mano bajo su capucha y buscó entre sus prendas hasta extraer un cigarrillo. Lo posó entre sus labios mientras seguía buscando los fósforos, sin apartar sus ojos de mí.

—Pareces asustada de mí —susurró con voz grave, con el cigarrillo entre los dientes—, pero ayer no me tenías tanto miedo, ¿recuerdas?

Me quedé pensativa, hasta que el momento en que irrumpí en su habitación, con la fiebre ardiendo en mi cuerpo, se repitió en mi mente como un eco del pasado. En ese instante, un torrente de nerviosismo y sorpresa me invadió.

—¡¿Qué?! Ay, Cyrone, ¿de verdad te rogué que me besaras? ¿Acaso no fue un sueño? —pregunté temblorosa, sintiendo cómo toda mi dignidad se desplomaba al verlo mirarme serio y arquear una ceja. Empalidecí—. ¡No, Cyrone! ¡Era una broma! ¡No he soñado eso! —reí nerviosa.

Él seguía buscando sus fósforos, hasta que suspiró derrotado. «Los perdí en la pelea», lo vi maldecir al leer sus labios.

—Di algo —le exigí, muerta de vergüenza.

Al escucharme, se puso de pie. Yo lo imité y retrocedí lentamente mientras él avanzaba como si fuera una presa acechada por un predador.

—Si hubiera sido un sueño, sería curioso que tú y yo compartiéramos el mismo. Sería demasiado romántico, madre mía —contestó. Sus palabras apenas eran moduladas debido al objeto que reposaba entre sus labios. No pude evitar mirar el cigarrillo; ¿acaso quería que lo observara? ¿O por qué me resultaba imposible apartar mis ojos de su boca?

—Tenía fiebre —le aclaré, como si fuera necesario.

—Pero he cuidado mucha gente con fiebre y jamás me pasó que me pidieran que...

—¡Cyrone! —espeté y retrocedí.

Él rio con fuerza, algo poco común en él. Entonces, atrapó mi mentón con sus dedos y lo apretó con determinación. Me quejé, pero su agarre no cedió. Giró mi rostro hacia el suyo y se acercó.

—Eres un nono muy atrevido —susurró con desenfado.

—¡Ya *bahta*! ¡No lo *dehía* en *herio*! —le acusé con una pronunciación graciosa, debido a la forma en la que me tenía.

—Tal vez no, pero te estoy dando una lección, Gyuri. No deberías decirle esas cosas a un hombre, nunca. No importa si estás ebria, con fiebre o cualquier cosa que aturda tu mente humana, debes cuidarte y mantener tu boquita cerrada.

Lo miré fijamente y fruncí el ceño.

—¿Por qué tendría que *haherte caho*?

—Porque no soportaría que alguien se aprovechara de ti.

Una calidez se apoderó de mi pecho y se intensificó en mis mejillas pálidas. El serafín me soltó los mofletes y dio un paso atrás.

—Pero lo que dije no se lo hubiera dicho a nadie más, ni a un hombre ni a una mujer.

Él se pasó una mano por el cabello, como si eso le ayudara a concentrarse.

—¿De qué estás hablando?

Busqué entre los millones de pensamientos y sensaciones que me invadían. Mi piel ardiendo, mi corazón desbocado, la inquietud de mis manos...

—Cyrone, creo que me gustas —dije espontáneamente.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Oh... Lo *crees*. ¿En serio? —Suspiró—. Creo que no he sido diligente contigo; te he dado un poco más de atención y ya te has enamorado de mí.

Fruncí los labios.

—No te emociones, serafín, no he dicho nada de enamorarse. Solo creo que me gustas, me atraes. Bueno, es que nunca me ha gustado nadie más que el escritor de mi libro. Pero esta vez es diferente, así que no lo entiendo del todo —expliqué—. ¿Qué es lo que siento, Cyrone?

—¿Quieres que sea yo quien adivine lo que sientes? Sí, eres una mujer después de todo.

—Tal vez hayas conocido y estado con muchas mujeres, pero yo nunca había experimentado algo así. Necesito ayuda —bufé.

—Y ¿cómo puedo ayudarte?

Bajé la vista al suelo, incapaz de soportar la vergüenza que me causaría pronunciar las siguientes palabras.

—Tal vez sepa lo que siento si... —murmuré, mirando sus zapatos —. Si me besas.

No puedo creer lo que estoy haciendo.

Me envolvió un insoportable silencio que pensé que terminaría con él abandonándome. Justo cuando perdía la esperanza de recibir una respuesta, me la dio con su exquisita voz:

—Si me lo pides lúcida, me será mil veces más difícil negártelo. Soy un serafín, pero tengo un cuerpo humano débil.

—Estoy sana y cuerda —le aseguré. *O tal vez no*.

No vi su expresión, pero cuando noté que sus botas avanzaban paso a paso, como si estuviera listo para acceder a mi petición, cerré los ojos con fuerza.

Se detuvo justo antes de chocar contra mi cuerpo. Acunó mi rostro entre sus manos vendadas. Mantuve los párpados cerrados con fuerza para evitar mirarlo. Las emociones revoloteaban en mi estómago, ascendían como un torbellino por mi garganta e invadían cada rincón de mi cuerpo, sincronizándose con mi pulso.

Sentí algo al entreabrir mis labios para recibir su beso, algo que no tenía textura, algo redondo y puntiagudo que se abría paso en mi boca. Cuando Cyrone retiró sus manos de mi rostro y abrí los ojos, encontré un cigarrillo entre mis labios.

Lo miré indignada.

—No me mires así. No estás lista para recibir un beso de verdad. Quédate con esto; y si no te parece suficiente para saciarte, quizá es que ya sabes la respuesta.

Él pasó por mi lado y se alejó hacia el bote varado en la ribera. No me volteé para verlo alejarse cuando decidió dejarme atrás.

El cigarrillo en mis labios estaba mordisqueado y la punta, que podía saborear, un poco húmeda.

Me agaché lentamente hacia el suelo hasta quedar en cuclillas y cubrí mi rostro, abrumada. Dejé caer el cigarrillo de mi boca al suelo. Me quedé viéndolo, pasmada y temblorosa.

Por supuesto que ya tenía una respuesta.

17

Fui incapaz de sostenerle la mirada al serafín en el bote, creí que sería imposible volver a hablarle después de lo ocurrido y, aunque parecía tranquilo por fuera, observé que su rodilla vibraba con nerviosismo. Aeris siguió hablando, lo que nos ayudó a llenar los espacios traicioneros del silencio, pero en un momento desafortunado nos miró a ambos y metió la pata.

—¿Acaso se han peleado, o por qué será que no...?

—¿Dónde está Flye? —pregunté en voz alta, interrumpiéndola. Luego recordé que no era tan normal preguntar por una rana frente a los humanos.

—Está con las otras ranas —me respondió Rydel—. Él me dijo que aquí en Dregonia era un sitio único con ríos y esas cosas. Pese a que no eran de su familia ni linaje, al menos eran de su misma especie. Creo que debe estar...

—Rydel —lo interrumpió Cyrone, con una tonalidad grave y represiva. El pequeño se encogió en su lugar.

Aeris rio en voz alta.

—Los niños son muy divertidos —comentó ella.

—Rydel es divertido, te corrijo. Yo siendo un niño no deliro con que hablo con las ranas —dijo Polett.

Sonreí sin querer, y luego solté otro suspiro queriendo reprimir mis risotadas. Volví mi vista hacia Cyrone para saber si también le había causado gracia, pero lucía más serio que nunca. Al menos al girarme

hacia él, lo descubrí mirándome de reojo. Tan pronto como lo miré, volteó su cabeza hacia el otro lado. Sacó un nuevo cigarrillo y lo encendió con los fósforos que recogió en el camino para llegar al bote. Me sobresalté ligeramente al recordar lo que me había hecho. Aquel cigarrillo que él había dejado en mis labios, lo había guardado de manera cuidadosa en uno de mis bolsillos. Exhalé, preparándome para entablar una conversación con él.

—¿Vas a fumar frente a dos niños? —le dije con un tono lo suficientemente fuerte como para que no pudiera ignorarme. Quería recuperar la naturalidad con la que solíamos hablar.

Cyrone no volteó su rostro ni su cuerpo hacia mí, solo sus pupilas. No dejó de fumar.

—Fui golpeado en el rostro con un bate, los niños podrán entender que necesito relajarme de algún modo —respondió él.

Rydel soltó el aire, riendo con miedo de que el serafín lo volviese a reprender.

—Como si un cigarrillo hubiese podido calmar tu carácter alguna vez.

Cyrone rodó los ojos en blanco, pero por fin curvó su boca en una sonrisa. Una hermosa sonrisa.

—Un guardián tiene que ser gruñón para liderar —dijo Polett con su típico aire solemne, lo que me hizo reír.

—Oh, Polett, tienes un mal concepto de tu superior —lo regañó el serafín.

—Por supuesto que no, no. —Polett por primera vez se encogió en su posición—. Capitán, si le he faltado el respeto yo... cumpliré una penitencia, incluso ofreceré mi vida.

Alcé las cejas dada su exageración. Ese niño realmente se tomaba en serio su honor.

—Estupendo, entonces juntaremos a los del orfanato afuera. Niños y niñas, sin excepción. Los llamarás para una batalla entre dragonartos y guardianes. Tu penitencia será ser un dragonarto —ordenó Cyrone.

Me fascinaba escuchar cómo cambiaba su tono de voz al dirigirse a niños.

—¡Pero fui un dragonarto la última vez! —reclamó Polett.

—Polett, penitencias son penitencias —dijo Aeris, mientras rodeaba el bote por el islote del orfanato para estacionar.

—No te preocupes, Pol, Gyuri estará en tu equipo. —Cyrone me sonrió maliciosamente.

—¡¿Yo por qué?!

—Por faltarle el respeto a tu superior. Misma penitencia. Es lo justo. —El serafín se encogió de hombros y a mí me tembló una ceja.

—Veremos quién es superior, entonces. —Me puse de pie al instante en que el bote chocó con la tierra.

Doce niños, con edades comprendidas entre los ocho y catorce años, se agruparon en las afueras del orfanato, cada uno sosteniendo una rama. Yo estaba entre los Dragonartos, mientras que Cyrone se encontraba en el grupo opuesto, los Guardianes.

—Recuerden que está prohibido golpear la cabeza. Un toque en el corazón con la rama es suficiente para sacar del campo al oponente

—nos dijo Cyrone, explicando las reglas del juego a los presentes, probablemente más a mí, que a diferencia del resto jamás había jugado.

Polett se tomaba el juego muy en serio, saltando lateral de un lado a otro, preparando su cuerpo, recitando en susurros algo parecido a: «Me desayuno guardianes, los almuerzo, luego los ceno, luego me los meriendo».

Al comenzar el juego, algunas niñas pequeñas quedaron eliminadas por razones obvias. Retrocedí al observar la determinación con la que los mayores se lanzaban al combate; muchos de ellos tenían mi misma estatura, y yo jamás había practicado con armas en comparación. Polett bloqueó un «ataque» dirigido hacia mí con una destreza tal que apenas pude seguir el movimiento de su ramita.

—Aléjate de la princesa de los dragonartos, Brodt —vociferó.

—¡Bueno, este es un dragonarto que habla! —replicó Brodt.

—¿Princesa de los dragonartos, Polett? —preguntó Cyrone, con una ceja arqueada. Contuvo una risa burlona. El rubor volvió a asaltarme el rostro.

—En efecto, una princesa, ya que no hace nada —explicó Polett.

Lo que al principio me había halagado, luego me hizo verlo con las cejas fruncidas.

—Pues entonces deberemos derrocar a la princesa para acabar con todos. ¿Están de acuerdo? —dijo Cyrone sonriendo con malicia.

—Por supuesto que sí, capitán —le siguió Brodt, viéndome con ojos voraces.

Los otros chicos y chicas, de apariencia bastante más ruda que la mía, parecían estar desenvainando sus ramitas para atacarme. No

tenían por qué prepararse tanto, no opondría demasiada resistencia, aquel era un juego que superaba mis capacidades.

—¡Traten de pasar por encima de nuestro cadáver! —gritó Polett en un tono dramático—. Vamos, Rydel, ¡protejamos a nuestra princesa!

Rydel se mantenía agazapado en una esquina, y fue entonces cuando me di cuenta de que era parte del equipo de los Dragonartos.

—No me gusta este juego —admitió Rydel mientras Polett le jalaba de la ropa para posicionarlo. Ambos niños, que me llegaban un poco más arriba del codo, me protegían como si se tratara de una batalla de la vida real.

Cyrone indicó a los cinco chicos del equipo contrario que se lanzaran contra los tres que quedaban de mi equipo. Polett logró eliminar a dos de ellos, mientras que Rydel fue eliminado en el proceso. Los otros tres enemigos aguardaban pacientemente su oportunidad para tomarme por sorpresa.

—¡Basta, un momento! ¿Qué pasa con el capitán? —Apunté a Cyrone—. ¿Acaso él no va a atacar?

—¿Quisieras que lo haga, princesa? —me preguntó mostrando su hoyuelo al sonreír. Negué hastiada hacia él.

—¿Es que tú eres un príncipe que tampoco hace nada? —mascullé.

—¡Él es un capitán! ¡Él manda! —me corrigió Polett.

—¡No defiendas al enemigo! —lo regañé.

—Princesa, no es conveniente que el capitán Cyrone se meta en la batalla, digo, para nosotros —susurró colocando su mano para cubrir lo que me decía.

—Polett tiene razón —admitió Cyrone. Polett se volteó con sorpresa al darse cuenta de que lo había escuchado—. Lo que es justo es que los adultos no entremos hasta el final. Si mis niños le ganan al tuyo, entonces tendrás la oportunidad de apuñalarme en el corazón. Trato.

Negué con la cabeza, pero los niños de Cyrone vitorearon con entusiasmo. Estaba claro que tenían ventaja sobre nuestro equipo, aunque Polett se mantuvo firme, sin dar un paso atrás, y me hizo un gesto de asentimiento, transmitiendo un claro mensaje de «confía en mí».

Cuando los tres se abalanzaron contra Polett, este esquivó sus ataques con ágiles movimientos y posiciones, que me deslumbraron más de lo que podía imaginar. En tan solo unos minutos el chico había logrado despachar a dos de ellos, quedando un solo contrincante: Brodt.

Ambos niños se miraron jadeando del cansancio, bañados en sudor, apuntándose mutuamente con las ramitas como si fueran espadas.

—Este combate va a terminar con un solo ataque, tal y como un duelo de guardianes —dijo Cyrone y yo alcé una ceja.

—¿Eres el único que puede elegir los términos?

—¿Tienes algo que agregar, princesa?

Alcé el mentón y lo dije:

—Si nosotros ganamos, entonces el capitán deberá obedecer una orden de la princesa de los dragonartos y...

—¿Y lo mismo al revés? —me interrumpió Cyrone con malicia en su rostro.

Asentí hacia él, sintiéndome un poco insegura al ver su confianza.

—Hecho —terminó por decir el serafín.

Cyrone me sonrió sin mostrar los dientes, y sin presagiar que Brodt se abalanzaría contra mí de sorpresa.

El chico esquivó el golpe que Polett trató de darle para detenerlo y corrió velozmente hacia mí. Antes de que pudiera retroceder, el fornido niño me embistió con todo el impulso y me derribó al suelo. Al estar a mis espaldas me rodeó el cuello con un brazo y me atrajo hacia él, lo que dificultó mi respiración.

Mi grito se ahogó y solo la orden de Cyrone logró detener a Brodt.

—¡Brodt! ¡Déjala! ¡¿Qué se supone que estás haciendo?! —El niño me soltó asustado y yo tosí, de vuelta en el suelo—. ¡¿En qué estabas pensando al hacer eso?!

—¡Exacto! ¡Eso es una trampa! —exclamó Polett, apuntándolo con el dedo.

—Claro que no lo es —se defendió Brodt—, las reglas no dicen nada sobre aplicar llaves.

—¿Llaves? ¿Y quién se supone que te enseñó eso? —masculló el serafín.

—Fue... fue el... comandante... —comenzó a tartamudear el niño, al borde de las lágrimas.

Sentí compasión por el chico, por lo que estiré la mano e hice una seña para calmar la situación.

—Está bien —murmuré con voz ronca y a medio volumen—. Estoy bien.

Me levanté adolorida y tambaleante por el remezón que me di en la tierra, mientras Cyrone me miraba con impotencia.

—¿Cómo puedes permitirte ser derribada por un niño de doce años? —espetó el serafín.

—Oh... —suspiré indignada—. ¿De verdad me vas a regañar por ser atacada?

Se acercó a mí y me tomó del brazo, sus labios rozaron mi oreja con un susurro profundo:

—Eres una serafina, carajo.

Me tensé al escuchar su voz, pero lejos de intimidarme, sentí un extraño calor recorrer mi cuerpo.

—¡En el nombre de Nylena te reprendo, maldito guardián! ¡Yo vengaré la muerte de la princesa dragonarta! —gritó Polett en mi dirección, provocando vítores entre los demás niños.

Arqueé una ceja al haber sido declarada muerta.

—¡No! —exclamó Brodt—, las reglas decían que si vencíamos a la princesa ganábamos.

—Oh, ni siquiera te atrevas a nombrar las reglas, niño tramposo.

Lo que parecía ser el inicio de un despiadado duelo fue interrumpido por Aeris, quien abrió la puerta principal del orfanato para llamarnos a cenar.

—¡Hay bresle al jugo! —anunció, y aunque no supe a qué plato se refería, confirmé que era el favorito de los niños porque la mayoría de ellos abandonó su interés en la batalla, soltando las ramitas y gritando de felicidad en dirección a la casona.

El único que quedó en pie fue Polett quien, frustrado, le exigió a Brodt que regresara.

—¡Maldito guardián! ¡Maldito seas, guardián! ¡Ven aquí y termina el duelo como el honorable guardián de Dregonia que eres! —gritó Polett y le siguió el paso a los demás niños.

El cascarrabias de Cyrone se cruzó de brazos, con sus gruesas cejas fruncidas. Lo miré divertida y le tapé la cara con mi mano.

—Oh, no, esa cara gruñona no me la pongas a mí.

—No hablo con los muertos —contestó, retirando mi mano con fastidio.

—Mi equipo ganó —afirmé con orgullo.

—Sí, claro.

—El último guardián en pie gana. Ese fue mi chico, Polett. He ganado.

Cyrone resopló.

—Para haber ganado, estás llena de rasguños.

Miré mi brazo que sangraba por el golpe y la fricción contra el suelo. Me sorprendió no haberlo notado antes que él. Me quité la capucha y le mostré la herida con una sonrisa.

—Míralo.

—Gyuri.

—Aguarda un momento —murmuré, hasta que mi piel volvió a cerrarse y cicatrizar como si nunca se hubiera rasgado—. ¿Crees que un rasguño hará llorar a la serafina del cielo?

Él no se rio ni deshizo su ceño fruncido.

—Estoy hablando en serio. No puedes ser tan frágil.

—Qué llorón eres, serafín de la tierra. Es solo un rasguño.

—¿Qué harás si alguien te ataca en serio? —insistió él.

—¿No viste cómo me sané? ¡No soy una mujer frágil!

—Aprenderás a defenderte. Te enseñaré a hacerlo.

Lo miré con incredulidad y guardé mi brazo de vuelta en la capucha.

—Oh, capitán, usted no se cansa de dar órdenes incluso después del trabajo. —Sacudí la tierra de mi ropa con las manos.

—Fue un empate, ¿no? Ambos ganamos. Entonces obedecerás mi orden. Entrenarás conmigo.

Cyrone se dio la vuelta sin darme tiempo para responder y comenzó a caminar de regreso a la casona.

—Oh, pero entonces yo también te tengo una orden.

Él se detuvo. Me dio la espalda y se giró ligeramente, lo suficiente para hacerme saber que me escuchaba.

—Dormirás en mi habitación esta noche.

Su expresión cambió de súbito, como si le hubiera dicho algo inapropiado. En ese momento yo no sabía lo que podía significar invitarlo a dormir conmigo.

—¿Cómo? —Me miró incrédulo.

—Tú dormirás en el suelo, claro.

Recordaba que mis padres decían que solo los matrimonios podían dormir juntos en una cama. También recordaba haber preguntado la razón, pero nunca me la dieron.

Cyrone puso los ojos en blanco.

—Esa es una gran invitación, Gyuri.

Reí en voz baja ante su sarcasmo.

—Es una orden —lo corregí.

18

El bresle al jugo resultó ser la especialidad de Aeris. El plato, que consistía en una langosta asada a la plancha, cubierta de panceta crujiente y rociada con espuma de azafrán, deleitó mi paladar. Sin embargo, pronto la culpabilidad por estar comiendo un animal con el que pude haber hablado me asaltó. Me quedé un largo momento con la cabeza apoyada en mi mano, contemplando esa exquisitez que me incitaba a llevármela a la boca. *¿Podríamos ser amigos en otra vida*?, pensé.

—¿Te vas a comer eso? —me preguntó el niño sentado a mi lado, y al ver que yo no le respondía pinchó el marisco con su tenedor y lo llevó a su plato.

Más tarde ayudé a Cyrone y a Aeris a llevar a los pequeños a sus respectivas camas.

Al intentar levantar a uno de dos años de su silla, estalló en llanto en mis brazos. En medio del pánico el serafín, con una sonrisa, me lo quitó.

—¿Qué forma de cargar a un bebé es esa, Gyuri?

—La última vez que cargué a un bebé tenía doce años — me excusé, recordando que Nym era mucho más rechoncho y yo considerablemente más baja en aquel entonces.

En la habitación de los niños algunos se destapaban repetidas veces al dormir, lo que obligaba a Aeris a volver a cubrirlos. Permanecí en el umbral observándolos, hasta que el serafín salió del

cuarto contiguo y me dio un pequeño empujón para llamar mi atención.

—¿Me mostrarás el reconfortante suelo de tu habitación? Digo, la cama en la que dormiré.

Asentí, aún entretenida en mis pensamientos. Uno de los niños dormía en la misma posición en la que solía dormir mi hermano, y no pude evitar observarlo. Se revolvía entre las sábanas como si estuviera luchando dentro del sueño.

Descansé mi rostro sobre el marco de la puerta.

—Hey. —Cyrone chasqueó los dedos frente a mí.

Lo miré sorprendida y asentí de manera automática.

—Sí —respondí casi por inercia.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

Suspiré profundo y volví a mirar al pequeño.

—Ese niño se caerá de la cama esta noche. Pegará una patada tan fuerte que se deslizará por el borde y se dará un buen golpe en el trasero. —Reí con nostalgia. Nym solía despertarme de esa manera.

—¿Lo dices por experiencia?

—Yo no me caía dormida, solo despierta —afirmé risueña.

Él sonrió.

—Ya vamos, nono.



La pequeña habitación que habían preparado para mí estaba en el desván de la casona. Para acceder a ella debíamos desplegar una escalera de madera y abrir una compuerta. Una vez dentro, me acerqué a mi cama y reboté al sentarme en el colchón. Cyrone

permaneció dando vueltas por el ático, haciendo crujir el suelo con cada paso. Observó las muñecas antiguas posadas sobre el mostrador de madera oscura y desgastada. Aunque no era un lugar lujoso, con el montón de juguetes viejos que se guardaban allí, para mí era un privilegio contar con la bendición de Delfina y todos los que habían adaptado el ático para que fuera mi cuarto.

Cyrone no pronunciaba palabra alguna. Se limitaba a analizar el entorno, incómodo por el ruido que él mismo hacía al caminar. Yo apenas podía verlo gracias a la tenue luz de las velas que acariciaba su piel.

—¿Te gusta...? —le pregunté con cierta inseguridad, como si hubiera sido yo quien decoró el lugar.

—Pues, todo el cuarto huele a ti —me respondió.

Reí algo avergonzada.

—Espero que eso sea algo bueno...

—Llenas todo lo que tocas de tu esencia, ¿verdad?

Alcé una ceja, confundida.

—¿Supongo? No estoy muy segura de a qué te refieres.

Cyrone me sonrió levemente y luego apartó la mirada, metiendo las manos en los bolsillos. Al ver que no aclararía mi duda, me dejé caer de espaldas en la cama.

—Ah. Siempre eres tan misterioso y raro —dije con cansancio.

—Tú eres demasiado curiosa.

Avanzó por la habitación con pasos decididos, acercándose a mí. Al llegar junto a mi cama, se dejó caer con suavidad al suelo. Al oírlo tumbarse me giré para verlo, pero solo pude ver su cabello.

—Oye, serafín. ¿Tienes hermanos? —le pregunté al verlo acomodarse. Él resopló—. Tendrás que aguantarme. Soy demasiado

curiosa. —Sonreí traviesa.

Cyrone inclinó la cabeza hacia atrás, recostándola sobre el colchón. Mi mano, cercana a sus mechones, encontró el camino hacia su pelo. Con ternura, enredé mis dedos en sus suaves hebras. Ese día me había dado permiso para tocarlo. Entonces podía hacerlo, ¿verdad?

—Sí, tengo una hermana. No compartimos lazos de sangre, pero lo es.

No pude evitar sonreír al escucharlo.

—¿De verdad? ¿Qué edad tiene? —pregunté, imaginando que se refería a uno de los niños del orfanato.

—Unos doce siglos.

Casi me atraganté con mi propia saliva.

—¡¿Cómo?!

—Su nombre es Faraine, la serafina del mar.

Mi expresión se relajó al entenderlo todo. Me recosté de nuevo en la cama y miré hacia el techo, sin desenredar mis dedos de su cabello.

—La serafina del mar..., debe ser preciosa.

—Lo es —me contestó—, aunque parece un pescado seco cuando sale del agua.

—Tiene sentido. Es la serafina del mar. —Sonreí, y la imagen de ella con cabeza de pez me causó gracia—. ¿Y es igual de rara y misteriosa que tú?

—Hmm. —Él hizo un gesto afirmativo sin mirarme—. Oye, tienes los brazos muy largos, ¿no? Pobrecilla, ni siquiera puedes guardarlos.

Reí. Atraje mi mano hacia mí para detenerme.

—Qué bueno que lo hayas notado tan tarde.

Nos quedamos un momento guardando silencio.

Estaba contenta de compartir mi tiempo con él, quizá demasiado. El recuerdo de Nym me había golpeado con la imagen de aquel niño. Tal vez mis padres no estaban vivos, pero Nym lo estaría. Sin embargo, no quería que la razón por la que Cyrone me cuidaba terminara. ¿Nos volveríamos a ver después de encontrar la reliquia? ¿Se quedaría a mi lado cuando Nym volviera conmigo? Él le había hecho una promesa a Neblina, ¿cuándo se cumpliría? No quería alejarme de él, pero sabía que mi egoísmo no podía primar. Mi hermano estaría solo, quizá asustado, yo...

—Mirabas mucho a Colyn y ahora me preguntas por mi hermana. Extrañas a Nym, ¿no es así? —me preguntó de pronto.

Me mantuve en silencio mirando el techo y él respetó cada segundo. Decidí responderle, aunque la voz me sonó innecesariamente temblorosa.

—Me gusta estar aquí. Tu mundo, Cyrone, me encanta. Es cálido, colorido...

—¿Mi mundo? —me preguntó con una sonrisa.

—¿Soy mala por eso? —Jadeé por la sensación que comenzaba a invadirme. Él dejó de sonreír de inmediato—. ¿Soy mala por estar tan feliz de tenerte a ti, a Flye, Ry y querer pasar tiempo con ustedes? ¿Por querer explorar la superficie? ¿Por querer quedarme en el orfanato? ¿Por pensar en cosas que no se tratan de Nym y de mis padres? —Ni siquiera estaba tan segura de lo que estaba diciendo—. Soy... soy lo peor. El tiempo no me perdonará. Los perderé... si es que no los he perdido ya.

Dejé mi mano izquierda colgando a un lado de la cama y, sin previo aviso, él la tomó en la suya. Entrelazó sus largos dedos con los míos. Miré nuestro contacto con sorpresa y nerviosismo.

—No. Empezaste este viaje para encontrar a tu familia y salvar a tu hermano. Estás aquí por esa razón, y no eres culpable por ser feliz por lo que has encontrado en el proceso.

Cuando quise responder, el aire se atoró en mi garganta. Solté la mano de Cyrone y me senté en la cama con desesperación. Sostuve mi cuello con las manos; el aire no entraba. Él se levantó y se sentó a mi lado. Acarició mi mejilla, y al irradiarme de su iridia volví a respirar profundo.

Siseó para calmarme.

—Estás bien. Enfócate en mí, ¿de acuerdo?

Asentí, con temblores en el cuerpo.

—Hace mucho tiempo no veo a Faraine. Fui un hermano hostigante, demasiado protector, como un padre. Eres de mi misma calaña, Gyuri, por eso te entiendo. Esa trucha se enamoró de una criatura marina. Una serpiente marina. Asqueroso, para mí era inaceptable. ¿Sabes lo que hice?

Lo miré tratando de recuperar el ritmo normal de mi respiración.

—Intenté crearle una ciudad submarina en la que pudiera vivir. Una tan maravillosa que le bastara para ser feliz. Para que se alejara de esa serpiente.

—Vaya, ¿y funcionó?

—Por supuesto que no. —Cyrone sonrió con nostalgia—. La única forma en que se separó de él fue gracias a la diosa Nylena, quien congeló a la serpiente en un mar. Fue una penalización por distraerse de su labor como serafina.

—¿El amor es una distracción para nosotros? Eso es cruel, de por sí nuestra iridia es amor puro, y la iridia es todo lo que somos.

—El amor, la iridia y nuestra humanidad no los veo como un castigo, sino como una necesidad y un medio para que exista el mundo. Si el Sempiterno no nos hubiera creado con la necesidad de sentir, no habríamos podido crear belleza ni cuidar de nada. Faraine creó el océano más grande posible para que Comartus, la serpiente marina, pudiera moverse libremente. Yo iluminé el mundo para que los humanos, como Delfina y los niños, pudieran continuar con sus vidas. ¿Te has dado cuenta? Es porque la naturaleza vela por ellos, y ese es su propósito.

No pude contestar, porque algo iluminó su rostro desde nuestro costado, como si un farol hubiera sido encendido en la esquina de la habitación. Instintivamente, me cubrí con la mano y, con un esfuerzo, logré distinguir lo que brillaba en mi oscura recámara. El pánico me invadió al pensar que era una criatura viva, como las maripolillas que resplandecían como luces en la noche.

—¿Qué es eso? —pregunté, pero Cyrone estaba igual de embelesado.

Encogida y con desconfianza, me levanté de la cama y me acerqué con cautela para atreverme a tocarla con la mano. Me sorprendió descubrir que parecía inexistente, pues no tenía una forma sólida. Era poderosa, una luz que desafiaba cualquier farol de la naturaleza.

—Serafina del cielo, tú sí que sabes cómo crear las estrellas.

—Gracias, pero te aseguro que no tengo ni idea de cómo «creé» esta cosa.

—Son tus emociones, igual que cuando haces llover o relampaguear. Algo está haciendo que crees luz en la oscuridad. Como te he dicho, las emociones crean verdadera belleza.

¿Estrellas? Eran deslumbrantes. La felicidad provocó que apareciera una pequeña luz a mi lado opuesto. La recibí con aún más júbilo, pero la situación se me escapó de las manos cuando surgieron más luces, una tras otra.

—Ya, es suficiente —dije, como si aquellas luces pudieran escucharme. Parecía que sí, pues se burlaron de mí reproduciéndose todavía más—. ¡Ya basta!

Cyrone rio al verme batallar contra mis amigas y se dejó caer en el colchón.

Mi habitación se llenó de luces flotantes. Comenzaron a rodearme y a dar vueltas, y yo giré para seguirles el rastro. Reí de satisfacción e intenté atraparlas con la mano, pero se deslizaron como pequeñas mosquitas escabulléndose por doquier. Me volví hacia el serafín quien, recostado, las contemplaba con admiración.

En ese momento solo pude ser consciente de mis propios sentimientos. Estaban expuestos para él. Mi corazón hacía bailar esas estrellas al son del ritmo que marcaban mis latidos.

Me atreví a regresar a la cama y acostarme a su lado, manteniendo una distancia prudente entre los dos. Yo estaba de costado, observándolo de manera directa, mientras él se tomaba su tiempo para girarse y devolverme la mirada.

—No tienes que dormir en el suelo —susurré.

—¿Esa también es una orden?

—Una invitación.

Curiosa, recorrí la sábana con los dedos, como si estuvieran caminando hacia su cuello. Cuando toqué su piel, él se engrifó un poco. Mantuve la mano ahí hasta que su calor me fue transmitido. Mi respiración se entrecortó cuando pude sentir su pulso acelerado.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Mi cuello —obvió.

—No, hablo de... esta necesidad mía por tocarte.

—A mí se me hace cada vez más difícil tocarte —respondió él.

—¿Por qué? —susurré y me acerqué un poco.

—Temo que no podría parar.

Cuando estuve tan cómoda como para apoyar mi frente sobre su cuello y respirar su esencia, comencé a comprender por qué era peligroso compartir una cama con él.

El instinto se apoderó de mí y le di un beso en su cuello. Dejó escapar un suspiro y tomó mi mentón para alejarme. Me miró con seriedad, como queriendo contenerme.

Muy contrario a lo que creí que ocurriría, mi espalda chocó de vuelta contra el colchón. Cyrone se había subido sobre mí. Sus manos descansaban a ambos lados de mi cabeza y su cuerpo se acomodaba entre mis piernas. Un leve rubor coloreaba su rostro y su respiración se volvió más agitada.

Abrí los ojos, sorprendida por la mezcla de miedo y adrenalina que se apoderaba de mí. Era una sensación increíblemente placentera. Él presionó más contra mi cuerpo y yo no lo aparté; no podía hacerlo, aunque quisiera. Le sonreí y él no aguantó la distancia. Se acercó a mi rostro y abrió la boca, rozándola contra la mía sin llegar a tocarme. Dejé escapar un jadeo suave cuando sentí su respiración chocar contra mis labios.

No sé qué hice mal, pero justo cuando pensé que iba a satisfacer todas mis ansias, se separó de mí con un suspiro entrecortado y se levantó de la cama.

—Perdón. —Se agarró el cabello con la mano y se giró para marcharse.

—Espera, ¿qué pasó? —le pregunté y él se detuvo.

—Si me quedo, podría hacer algo de lo que me arrepentiría después —explicó, evadiendo mi mirada—. Podría lastimarte.

—Pero confío en ti. Sé que no me harías daño.

Me miró durante un instante lo suficientemente prolongado como para darme a entender que dudaba.

—Buenas noches, Caelum —dijo, y con una mirada derrotada abrió la puerta del ático y salió.

Las luces flotantes fueron desapareciendo con lentitud, sumiéndome de nuevo en la oscuridad. Mi respiración seguía entrecortada, mi mente dispersa. Di unos pasos por la habitación, pero ¿qué me estaba sucediendo?

19

Debía dormir, y no podía.

Aún recostada, me embargaban pensamientos sobre todo lo que había pasado, las emociones y sensaciones que aún me mantenían inquieta. Estaba furiosa, frustrada y mi cuerpo ardía.

Traté de conservar la calma enredándome entre las sábanas en un intento por conciliar el sueño, pero la imagen de él encima de mí persistía en mi mente: su respiración agitada, su cuerpo tembloroso, su rostro de necesidad. Mis dedos trazaron su propio camino, descendiendo por mi vientre y más allá, hasta que por fin encontraron el punto exacto que me torturaba. Sin comprender del todo lo que hacía, invoqué a mi mente su mirada, su voz susurrando mi nombre contra mi piel, sus manos moldeándome y tocándome a su antojo. Me encontraba sensitiva y vulnerable. Me mordí el labio para sofocar mi voz, consciente de que más tarde me avergonzaría de mis acciones, aunque en ese momento me resultaba irrelevante. El cosquilleo y placer eran adictivos y parecían interminables. Así lo creía, hasta que me estremecí por completo y la sensación me recorrió en múltiples oleadas hasta que se detuvo.

Permanecí recostada, sintiéndome maravillosa, pero pronto la culpa, la confusión y la vergüenza se apoderaron de mí. Me incorporé sobre el colchón y cubrí mi rostro, sin entender qué había hecho ni por qué lo había hecho.

A la mañana siguiente Aeris llegó por mí tan temprano que resultaba absurdo. No me atrevía a abrirle la puerta todavía, no después de haber hecho algo tan extraño e indebido. Hundí mi rostro en la almohada para evitar que su voz llamándome me alcanzara. Sabía que ella no sabría lo que había hecho con solo verme la cara, por lo tanto, tras el tercer llamado de la jovencita, me resigné.

La acompañé, porque lucía muy entusiasmada por algo. Mientras yo me enjugaba los ojos con el puño, ella tiraba de mi manga. Me permitió entrar a su habitación que, por cierto, era considerablemente más grande que las demás. Me explicó que solía pertenecer a Delfina, pero como a la anciana le costaba trabajo subir las escaleras, decidieron dejar la del segundo nivel para Aeris.

—¡Te probaré uno de mis vestidos! ¡Desde que te vi te imaginé con él y...! ¡Ah! ¿Dónde se supone que está? —gritó la joven, mientras removía sus propias prendas en un baúl. Las lanzaba por la espalda como si hubiera alguien que las atajara. Traté de recibir alguna de ellas, pero como eran tantas dejé caer al suelo la mayoría.

—No es necesario, puedo lavar mi ropa —le dije yo, pero ella no dejó de buscar.

—¡Por eso, Gyuri! ¡¿Qué usarás mientras tu ropa se esté lavando?!

Fruncí mis labios porque no había pensado en eso, durante todo el trayecto nunca había quedado sin prendas, pues cada vez que llegábamos a una nueva población Cyrone se encargaba de comprarme un nuevo conjunto y me pedía que me deshiciera del anterior. Bostecé con fuerza. Cuando ella encontró lo que tanto

buscaba, me plantó el vestido en el cuerpo para medirlo. Yo me quedé quieta como si fuera una muñeca.

—Este... este te quedará esplendoroso —afirmó Aeris tocando su mentón con el pulgar.

Me entregó el vestido y luego se fue corriendo hacia la puerta. Yo me quedé pensando en lo graciosa que había sonado esa última palabra. «Esplendoroso.» Luego miré el vestido y mis ojos brillaron. Era bellísimo. De color perla, largo y brillante, ajustado al cuerpo.

—Te daré diez minutos para que te cambies. Ya verás que te quedará precioso —me dijo antes de marcharse—. Mientras tanto, iré a encender las fogatas de la casona.

Antes de que pudiera agradecerle dio un portazo y se fue canturreando, dejando ecos en el aire.

Sostuve el vestido entre las manos y lo estiré. Luego me quité la capucha y dejé mi cabello respirar, ¡por fin! Me saqué la ropa sucia y evité mirarme en el enorme espejo de Aeris que ocupaba un rincón.

Dejé caer el vestido, cuyos pliegues se derramaron por mis piernas y el torso se pegó a mi figura. Di vueltas para que los vuelos de la falda danzaran. Con timidez, me di la vuelta y me atreví a contemplar mi reflejo, pero verme fue embarazoso. Mi busto parecía demasiado prominente para mi pequeña estatura, y el escote solo servía para resaltarlo aún más. No estaba acostumbrada a verme de esa forma. Sin embargo, de manera contradictoria, me gustaba. Era un atributo al que nunca antes le había prestado atención y, si mis especulaciones no fallaban, podría ser algo realmente atractivo.

Me aproximé al espejo y vi que mi piel estaba maltratada, roja, reseca. Quise peinar mis cabellos, pero estos eran rebeldes y los rizos se curvaban y mezclaban los unos con los otros. Mis ojos no

resaltaban, ya que eran de pupilas tan negras que ni siquiera podía diferenciarlas de mi iris.

Tampoco lucía mal. No creía que fuera fea realmente. Pero era diferente cuando me comparaba con Aeris. Sacudí micabeza y decidí centrarme en lo bonito que me lucía el vestido. Caminé grácil y modelé por la habitación.

—Hola, bella —dije en voz baja cuando volví a encontrar mi mirada en el espejo. Pero el rechinar de la puerta de madera me hizo saltar del susto.

Corrí hacia la cama de Aeris y cubrí mi cabeza con el edredón. Solté una respiración, molesta. ¿Quién era? ¿Quién entraba a la habitación de Aeris a esa hora?

Miré por un pequeño orificio a través de la frazada y no vislumbré rastro alguno de que el intruso fuera un humano. Era una criatura peluda y de orejas puntiagudas, como las mías, pero que se encontraban sobre el casco y no a los lados de su cabeza. Caminaba con cierta elegancia y temple. En cuanto me vio se sentó en sus cuatro patas, en una posición ilustre. Esa criatura permaneció mirándome por unos segundos.

—¿Qué tanto me miras, cosa fea? —me preguntó la criatura, antes de lamerse las patas.

¡¿*Cómo me había dicho?*! Le lancé el edredón encima por la indignación. Sabía que no le haría daño con eso, ¡pero debía aprender a respetarme!

—¡Oye! ¡¿Qué te pasa en la cabeza?! —se quejó la criatura, moviéndose por debajo del edredón hasta salir a la superficie.

Solté un fuerte suspiro, aunque no respondí nada. Me levanté de la cama y pasé por su lado. No se suponía que los humanos les

respondieran a los animales. Cerré la puerta que el peludo había dejado entreabierta y caminé hacia el tocador de Aeris para buscar algún peine entre sus utensilios.

—Apuesto que esos cuernos te perforan el cerebro, por eso no piensas —se mofó la criatura cuadrúpeda, esta vez subiéndose al mostrador para obstaculizar mi vista.

Gruñí y seguí sin responderle. Era verdad que esa cosa veía mis cuernos en todo su esplendor, pero me relajaba saber que no podría comunicárselo a los humanos del orfanato.

—Nadie te creerá que tengo cuernos —susurré en voz baja.

Moví suavemente a la criatura a un lado para poder mirarme a mí misma en un espejo pequeño que había en el tocador.

Parezco un espantapájaros, me dije a mí misma, y la molesta imagen pulida y espléndida de Aeris me acosó otra vez. *Iré con ella hoy a la ciudad y todos me mirarán a su lado. Me verán como un monstruo*.

—Lávate la cara, quítate esas ojeras; haz algo al respecto, no sé.

Miré a la criatura peluda y entrecerré mis ojos por la molestia.

—Bueno. ¿Qué tienes en contra de mí?

—¿En contra de ti? Nada. Solo tengo la virtud de ser muy honesto.

Espera... ¿me respondió?

Me volteé boquiabierta hacia la criatura, mirándola directamente a sus grandes ojos redondos de color celeste, adornados con pupilas afiladas.

—Un momento, ¿sabes que puedo escucharte? —le pregunté—. ¿Cómo?

—A leguas se nota que no eres una humana. Cualquier animal podría notarlo con solo verte —respondió—. Excepto los humanos,

claramente. Ellos son unos estúpidos.

—¡Bah! Pues esos estúpidos te dan de comer —le espeté yo.

—Son las ventajas de haber nacido adorable.

Analicé de nuevo a la criatura y lo cierto es que sí tenía rasgos adorables, solo que no me había dado cuenta dada su terrible personalidad.

—¿Qué eres? —le pregunté.

—Veo que no has visto a nadie igual que yo. Es esperable —afirmó el animal, orgulloso—. Soy un gato doméstico. Casi todos nos extinguimos con el diluvio, pero aquí en Dregonia somos famosos. ¡Nosotros controlamos las plagas de ratas! y, por tanto, las enfermedades.

—Un gato. —Analicé sus bigotes largos y sus patitas peludas. Me dieron ganas de agarrarlas, pero apenas acerqué mi mano a él, su lomo se erizó.

—¡Hey! ¡No tienes permitido tocarme! ¡Respétame! ¡Debes conocer tu lugar! —gritó el gato.

—¿Sabes que soy una serafina de la naturaleza? ¿Sabes el lugar en que eso me pone? —Inflé el pecho.

—¡¿Serafina?! ¡Entonces los perros son inteligentes! —El gato rio y se giró con desdén—. Esos cuernos de verdad te perforan el cerebro y no te permiten pensar.

—¡Oye! ¡Deja de insultarme! ¡Yo no te he insultado!

De pronto, la puerta fue golpeada en tres ocasiones del otro lado. Me alarmé y corrí tras mi capa antes de que la persona que había detrás pudiese entrar.

—¿Gyuri? ¿Ya terminaste? ¿Puedo pasar? —La voz femenina del otro lado se hizo reconocer: Aeris. Luego de unos segundos de

espera abrió la puerta y se asomó—. ¡Hola! —Observó que yo estaba acompañada de un gato y nada más.

Pensará que estoy loca, me dije ante un silencio incómodo.

—¡Oh, por la diosa Nylena! ¡Te ves bellísima! ¡Yo sabía que tenía talento para escoger vestidos! —gritó ella con una amplia sonrisa mientras recibía al gato en sus brazos y lo levantaba—. ¿No crees que se ve preciosa, señor Chuckles?

Solté un resoplido, sin ser capaz de contener la risotada explosiva que me había brotado al escuchar su nombre.

—Es lo que hay —respondió la bola de pelos, y eso me hizo dejar de sonreír.

—Ahora que estás lista te he venido a buscar. Las mujeres tenemos que despertarnos más temprano para hacerles la comida a los muchachos —sonrió Aeris, como si lo que había dicho no me hubiera horrorizado por completo.

Aeris abandonó la habitación con el gato en sus brazos y yo pregunté al aire:

—¿No comeremos nosotras también?



Entre las tareas que más odiaba estaba cocinar, limpiar y hacer cualquier tipo de arreglo; sabía que cualquier tarea similar resultaría en un desastre, tal vez incluso en un incendio. Sin embargo ahí me encontraba, esforzándome por tostar un simple cuadrado de trigo sobre la cocinilla. Aunque intentaba concentrarme al máximo, veía cómo los bordes se iban quemando y el resultado ya no lucía apetitoso. Me di cuenta de que no era culpa mía, sino una falla del

orfanato. ¿No podrían haberme asignado algo en lo que fuera útil? ¡Cualquier cosa! ¿Qué tal ir a pescar? Incluso con una simple lanza lo habría hecho mejor.

Después de largos minutos los chicos de la casona hicieron su aparición en fila. Ellos, a diferencia de nosotras, las mujeres, podían acomodarse en las sillas y descansar después del... ¿descanso?

—Gyuri, se te está quemando la tostada —me susurró Aeris al verme distraída frente al fogón.

Cuando ya todos los hombres estaban comiendo, quise preguntar: «¿Por qué las chicas no podemos comer lo que cocinamos? ¿A qué esperamos?». Las niñas del orfanato estaban ahí, mirando cómo sus hermanos se disponían a deleitarse con sus platos. Era injusto, una aberración, pero ninguna de ellas protestaba.

Me paré en línea junto al resto de las chicas y miré, quizá con evidente molestia, cómo los hombres devoraban el desayuno mientras aumentaba mi fatiga.

Cuando los chicos estaban a punto de partir y mi estómago estaría finalmente liberado del sufrimiento, Rydel llegó y tiró de mi falda como si quisiera esconderse debajo de ella. Las otras niñas lo miraron extrañadas, así que evité que lo lograra. Debía proteger la reputación del inocente Rydel a toda costa. Me arrodillé frente a él y lo miré directo a los ojos.

—Rydel, ¿qué pasa? ¿De quién te escondes? —susurré mientras tanteaba el cabello desordenado del querubín.

El lado izquierdo de su cabello estaba erizado y el otro estaba aplastado, modelado por la almohada en la que había dormido.

—No quiero ir con los chicos. Tengo miedo —me contestó—. Por favor, ayúdame a esconderme. Yo no quiero usar lanzas, no quiero

enfrentarme a ellos. ¡No soy capaz de hacer eso!

—Rydel —traté de decirle, pero el querubín plantó su rostro en mi regazo—. ¡Rydel! ¡Espera! Tienes que ir. Eres un niño, solo las niñas nos tenemos que quedar aquí.

—¡Pues eso no es justo! ¡Yo no quiero! —gritó, sofocado con la tela de mi falda.

Asentí con expresión melancólica, pues sabía cómo se sentía ser obligada a hacer algo por el mísero motivo de haber nacido chico o chica.

Mientras consolaba al pequeño alguien ocupó el ventanal por el que entraba la luz del exterior, proyectando una sombra sobre nosotros. Al levantar la cabeza, me encontré a Cyrone frente a mí. Aunque él reducía la intensidad de la luz, sentí como si me hubiera cegado solo con verlo, debido al torrente de emociones que despertaba en mí. Mi corazón dio un vuelco y latió con fuerza, como las alas de un dragonarto desesperado por entrar a Dregonia. Me puse de pie y noté cómo el pequeño niño se acercaba más a mi cuerpo. Acaricié el cabello de Rydel y juraría que Cyrone notó mi gesto y esbozó una pequeña sonrisa.

—Rydel, tenemos que irnos —le dijo el serafín al pequeño, para luego dirigirse a mí—: No le des falsas esperanzas, él no puede quedarse aquí.

Parecía que no tenía intenciones de mencionar lo que había sucedido la noche anterior entre nosotros, y como tampoco quería entrar en detalles sobre lo que yo había hecho después, decidí seguirle la corriente.

—¿Por qué no? Nosotros no somos dregonenses. Podemos oponernos a las reglas de aquí. ¿No lo ves? ¡Está temblando! —le

espeté, levantando la muñeca del querubín para enseñársela.

Cyrone me tomó con delicadeza del brazo para apartarme del grupo y se me acercó al oído, tanto, que cuando comenzó a hablar me tensó el cuerpo de pies a cabeza.

—Gyuri, es verdad que no todas sus costumbres tienen sentido para nosotros, pero ha sido así desde hace muchos años. Antes incluso del Gran Diluvio, un hombre alegó entre los dregonenses tener una nueva revelación del rol de Nylena y los serafines, a quienes muchos, como antes lo hacías tú, consideran varones. Nylena es conocida en Dregonia como la Suma Servidora y los serafines son sus protectores. Suena bonito, pero en la práctica algunos lo han distorsionado, es por eso que se dan segregaciones como esta.

—¿Tan mal concepto tienen?

—Es lo que sucede cuando no nos conocen. Pero ahora no queremos llamar la atención, ¿verdad?

Me aparté un poco de él y le sonreí a Delfina, que iba pasando por nuestro lado.

—Solo... no te despegues de Ry, ¿sí? —le pedí con resignación, mientras separaba a Rydel de mí y le daba un empujoncito en dirección al serafín. El niño no tuvo más opción que aceptar y acompañarlo.

—A veces se te olvida que Rydel no es cualquier niño —me reprendió—. Él es un querubín de aire. No necesitará a nadie encima que le proteja, tenlo por seguro.

Y como si aquellas palabras hubieran animado a Ry, el pequeño se irguió en su lugar y salió corriendo hacia el resto de niños.

—A veces se te olvida que tengo una enfermedad que se llama «haber sido hermana mayor toda la vida» —le susurré a Cyrone cuando el querubín se separó de nosotros. El serafín soltó un poco de aire por los labios, señal que me hizo suponer que le había causado gracia.

—No se me olvida. Lo tienes tatuado en la frente —me dijo luego de unos segundos, y plantó su dedo entre mis cejas, empujándome con una fuerza que solo tumbaría una menuda flor, pero a mí se me hizo suficiente para tambalearme.

—Ustedes parecen los padres de Rydel —escuché en una risita a mis espaldas, junto con aquella afirmación que no tardó en abarrotar mis mejillas de calor. Aeris nos vio callar y se quedó helada—. Un momento, entonces ¿es verdad lo que rumorean los comerciantes? ¿Que ustedes son los padres de Rydel?

Me di la vuelta hacia Aeris, y antes de que pudiera negarme ante aquel comentario, Cyrone se adelantó:

—Por supuesto que no —dijo Cyrone.

Aeris suspiró de alivio.

—Ya decía yo. Gyuri es muy pequeña para haber estado embarazada, ¿cuántos años tienes?

—Veinte —le respondí.

—Dos menos que yo. Sí, eres muy pequeña para ser madre. Deberías esperar por lo menos cinco años —afirmó Aeris alzando un dedo.

—Yo... —me adelanté con las mejillas calientes—. No creo que quiera tener hijos. —Me encogí de hombros—. Si perdiera a uno, no sé qué sería de mí.

—Tienes razón, no sabes cuántas personas sufrieron la pérdida de sus niños con el Gran Diluvio, ni tampoco cuántos niños perdieron a sus padres. Quizá te hagas una idea al contar a los chicos del orfa...

—Cierren la boca de una vez —vociferó Cyrone, interrumpiéndola bruscamente.

Ambas nos quedamos pasmadas, mirándonos sin entender por qué estaba tan irritado. Al observar al serafín, intenté comprender la razón de su severidad. Reparé en su piel pálida y su entrecejo fruncido, en el temblor de sus manos vendadas y en cómo las usó para tronarse el cuello. Al hacerlo, casi perdió el equilibrio.

—Capitán, ¿se siente mal? —preguntó Aeris. Cuando intentó tocarlo, él retrocedió, visiblemente nervioso.

—Disculpen —susurró.

Aún con la mirada perdida y la angustia escrita en su rostro, se marchó, dejándonos solas. Le dirigí a Aeris una mirada interrogante, preguntándole silenciosamente si debía seguirlo. Ella me asintió en respuesta.

Fui tras él y me detuve al ver como el serafín salía al pasillo y se detenía junto a una ventana. Al abrirla, escuché el sonido de su vómito arrojado hacia el exterior. Antes de que pudiera correr a ayudarlo, Delfina se aproximó a él y comenzó a masajearle la espalda con ternura. Observé con dolor cómo él se deslizaba frente a la ventana y caía de rodillas. En mi pecho se formó un vacío, tan oscuro y opresivo que no pude evitar soltar un suspiro de doloroso pesar.

—Yron, ¿qué sucede? —preguntó ella con un aire maternal.

—Estoy agotado... no sé cuánto más puedo soportar.

La anciana no cesaba de frotar la espalda del serafín, quien lucía visiblemente enfermo y desmejorado. Aunque me partía el corazón ver esa escena, opté por dar la vuelta y dejarlos a solas.

Más tarde le preguntaría qué había pasado.

20

Cuando quise volver a encontrar a Cyrone, ya se había marchado junto al resto de muchachos del orfanato. Estaba perdida, tratando de pensar en otra cosa mientras esperaba por su regreso. Acepté sin chistar las labores del hogar, pese a que me sentía estropeada por la preocupación. ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué se veía tan mal? Repasé la conversación que tuve con Aeris frente a él. ¿Le molestaba la idea de hablar sobre tener hijos? ¿Le enfermaba mi temor a tenerlos? ¿Era tan importante para él?

—Señor Chuckles, ¿puedes quitarte de encima? —le pedí al gato que se había acurrucado sobre la pila de ropa sucia que ahora debía llevar a la lavandería.

—Dime Chuck —exigió el gato con los ojos bien cerrados, sin siquiera brindarme una mirada.

—*Chuckles*. Quítate —le grité más fuerte—. No voy a respetar tu nombre ni tu sueño si no respetas que no quiero verme inútil en este orfanato. Tengo una sola tarea, porque ya quemé el total de las tostadas y limpié el suelo tan mal que quedó más sucio que antes. Una tarea: mover la ropa sucia a la lavandería.

Pero el gato ignoró mi monólogo malhumorado. Suspiré pesadamente y masajeé mi entrecejo.

—¡Gyuri! Créeme que no se puede razonar con un gato. Si quieres que se quite, mejor lo tomas, así. —Aeris entró en la habitación y

me apartó a un lado con decisión, antes de agarrar al animal exhausto y sacarlo de su escondite.

Luego me ofreció el gato, levantándolo por los codillos y tratando de hacer que lo mirara. O quizá su intención era que lo tomara en brazos. Me negué asqueada, pero Aeris me lo lanzó encima.

Chuckles, que claramente no estaba feliz de caer en mis brazos, soltó un grito angustiado, como si lo hubiéramos sumergido en agua helada. Además, aprovechó para arañarme los brazos.

Lo solté y el gato cayó al suelo de pie, marchándose con orgullo por el pasillo. Aeris se asustó por la reacción del minino, aunque yo no tanto, pues la esperaba. La joven tomó mi antebrazo para examinar mis heridas sangrantes.

—¡Por la diosa Nylena! ¡Ese gato me las va a pagar! ¡Espérame aquí, Gyuri, traeré algo para curarte!

Se fue corriendo por el pasillo y volvió en un dos por tres, como si de demorarse fuera a desangrarme. Estiró mi brazo frente a ella y se quedó boquiabierta al ver que los rasguños habían desaparecido. Me miró confundida.

—Pero... ¿qué pasó? Tú estabas herida, estabas sangrando por...

—Gracias, Aeris. En realidad no fue nada —murmuré y recogí las prendas sucias para marcharme por los pasillos.

Más tarde recorrí el orfanato en busca de una nueva tarea. Todas las niñas parecían muy seguras y habituadas al trabajo. Cada una destacaba en lo que hacía, probablemente porque lo habían hecho desde que eran pequeñas. Apoyada sobre el umbral de la sala, crucé los brazos y observé a cada una. Una niña de rizos oscuros usaba una mopa para fregar, otra llevaba ingredientes dentro de una caja

hacia la cocina, y una más, con cabello corto y piel morena, se subía a un cajón para alcanzar una pieza de vajilla.

Otra me observaba muy de cerca, así que me volteé para verla.

Pero me llevé una gran sorpresa al encontrarme a un niño.

—Polett, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué no te marchaste con los demás niños?

El pequeño estaba con una escoba entre las manos. Presionó el mango con más fuerza al oír mi pregunta.

—Es lo mismo que me pregunto todos los días —contestó—. Pero está bien, yo nací de una clase diferente, con una vida que me impone dificultades más grandes, porque soy un hombre más fuerte, más valeroso que todo el resto.

Lo observé con un rostro impasible, aunque en mi interior sentía admiración. Todavía no comprendía por qué no le habían permitido unirse al resto. Mientras reflexionaba sobre qué responder, para no parecer que carecía de tanta labia como él, un palo atravesó el aire que respiraba y la punta de la maldita escoba rozó mi nariz.

—i¿Siempre vas a hacer eso?! ¡Un día le quitarás la cabeza a alguien! —Grité tan fuerte, que Delfina apareció desde la cocina.

Polett bajó la escoba para disimular lo que había hecho, y se fue a la sala de estar para seguir barriendo. La anciana se me acercó curiosa.

Después de ajustar sus anteojos miró a Polett alejándose.

—Polett es un niño un poco intenso. Está muy aferrado a demostrar su hombría, aun cuando todavía es muy pequeño. —Se volteó hacia mí y me quiso explicar un poco más—: Polett nació siendo Polette, ya ves, en el cuerpo de una niña, y es por esa razón que es rechazado por los otros niños. Incluso por el temible

comandante Xylo, quien no quiere admitirlo en sus líneas de la Guardia.

Todo cobró sentido, y entendí un poco más su manera de ser explosiva y exagerada. Era tan joven, tanto que me dolía saber que pese a eso había vivido mucho más que yo.

—Él está seguro de que un día entrará a la Guardia, cuando Cyrone se haga comandante —aseveró Delfina—. Para entonces Xylo ya habrá muerto, y el siguiente en la línea será, por supuesto, Yron. Por eso ensaya todo lo que puede con «lanzas» poco convencionales.

—Estoy segura de que podrá hacerlo, tiene mucho talento con el movimiento de esas cosas punzantes. De lo contrario, yo ya no tendría nariz.

Delfina se partió de la risa, pero yo lo decía en serio.

—Rydel ha sido un buen amigo para Polett, porque él jamás ha dudado de que es un varoncito como él. Creo que gracias a su llegada el pequeño Polett ha recuperado un poco la confianza que había perdido todos estos años.

—Es gracioso, Rydel quisiera quedarse aquí y tomar el lugar de Polett. Sería genial que pudiesen intercambiar lugares.

—Tal vez algún día eso sea posible, y cada uno podrá dedicar su vida a lo que le plazca. Ya no habría divisiones entre nosotros los humanos.

Se alejó por mi lado para volver a echar un vistazo a lo que se preparaba en la cocina. Bajé las orejas, porque era la primera vez que otro ser humano me aseguraba que yo también era uno de ellos, solo utilizando el término «nosotros».

Se sentía... lindo.

Después de unas horas, Aeris me tomó del brazo y me arrastró hacia el bote para dar un paseo. Era emocionante para ella tener a alguien de una edad similar y del mismo género en el orfanato. Estaba muy entusiasmada por ser mi amiga, por contarme muchas cosas, incluso cuando la mayor parte de ellas no las podía entender.

El pretexto que utilizó para sacarme de la casona fue que le ayudara a recolectar ingredientes que cultivaban otros vecinos en los islotes cercanos. Necesitábamos más comida para los niños, así que era una tarea que no podía esperar. Recorrimos varios islotes, algunos más pequeños que otros, pero en todos encontramos mujeres amables que tenían preparados los sacos de verduras.

La mayoría de los islotes tenían un gato, y Aeris los acariciaba a todos. Ellos, en cambio, me miraban, y al darse cuenta de que yo era diferente se alejaban apenas intentaba socializar. Por suerte, las mujeres humanas me habían halagado bastante, elogiando mis ojos negros y diciéndome que el vestido me quedaba de maravilla. Algunas agricultoras y jardineras incluso me pidieron que me quitara la capucha para «mostrar mi belleza», pero tuve que mentirles de nuevo: «No puedo. Eso va contra las reglas de mi culto».

Mientras nos dirigíamos a la siguiente parada comencé a reflexionar sobre algo que ya había notado antes y discutido con Cyrone.

Los humanos rogaban a la diosa.

Exclamaban: «¡Por Nylena y los cuatro serafines de la naturaleza!».

Es decir, a diferencia de lo que creía mi madre, los humanos de la superficie estaban convencidos de que ella seguía viva, al igual que los cuatro serafines. «¿Cómo esperas que los humanos expliquen

que en el este de Melcior existe vegetación y vida?», obvió el serafín en ese momento.

Y si la religión predominante de la superficie se basaba en rogar a Nylena, ¿en qué creían entonces los encapuchados de mi culto? ¿Creían en la teoría de que los serafines se habían dado muerte a sí mismos?

Decidí preguntarle a Aeris al respecto. Sin embargo, ella no pudo darme una respuesta clara; en su lugar, nos condujo a una parada diferente en nuestra ruta, remando hasta arribar en un islote mucho más grande.

Me bajé del bote y observé cómo varias mujeres, todas cubiertas con capuchas, ingresaban a un enorme templo con techos puntiagudos. Aeris me llevó hacia la entrada y eché un vistazo al interior. No había mucho que ver, solo personas reunidas, todas con la cabeza gacha. Al final del pasillo interminable, una frase grande rezaba: «¿Por qué me has abandonado?».

—Me indigna saber que Cyrone somete a la gente a su culto sin explicarles de qué se trata —dijo Aeris cruzándose de brazos—. El culto del nuevo mundo es una creencia muy triste. Tan trágica que prefiero no escucharlos manifestar lo que piensan.

—¿Qué es lo que piensan? —susurré cuando entramos al templo, en el que reinaba un silencio sepulcral.

—Que la diosa Nylena ha muerto —me explicó Aeris—. Verás, existe el mito de que cada mundo tiene un dios distinto, y la nuestra hace mucho tiempo que no nos ha protegido de las tempestades, del hambre y la sequía. Nos ha abandonado. El Gran Diluvio fue su última manifestación. Cuenta la leyenda que lo que provocó el Gran Diluvio fue la maldad del hombre.

—¿Del hombre? ¿Qué hombre?

—La humanidad, Gyuri. Los hombres de ese entonces torturaron, abusaron y violaron a una joven. Ella era parapléjica y muda. No podía pedir ayuda. Entre todos se compartían ese secreto, e incluso las mujeres lo sabían y no hicieron nada para evitarlo. Algunos aseguraban que como todos ellos desahogaban toda su profunda maldad con aquella «muñeca», no existía violencia en nuestra sociedad. Pero eso era cruel. Era ruin. La diosa Nylena se enojó con la humanidad y nos arrebató el cielo, para que muriéramos lenta y dolorosamente.

Observé que debajo de aquella desalentadora frase se alzaba una figura tallada en piedra. Una chica demasiado joven y muchos desgraciados alrededor de ella, profanando su cuerpo.

—Yo todavía no nacía cuando todo esto ocurrió —continuó Aeris—. Muchos humanos y animales se ahogaron bajo un diluvio inmenso que un día cesó y se llevó el cielo consigo. Desde entonces no ha vuelto a llover y fuertes huracanes nos han azotado. Mi familia llegó a Dregonia en busca de refugio. Es casi el único sitio en donde la gente no muere producto de esas violentas tormentas de viento.

Tragué saliva.

—¿E... esa niña murió? —pregunté, sin despegar mis ojos de la figura, con un dolor extraño apresando mi pecho.

—Esa niña jamás murió. Se dice que podían hacer lo que fuera con ella, solo porque era incapaz de morir —terminó por decir Aeris —. Quizá había sido enviada por Nylena para probar nuestros límites. Lo interesante es que los sobrepasamos todos.

Fruncí el ceño y me tensé por completo. Por supuesto, la masacre de aquella chica activó las lanzas del Empíreo, y con ellas Lummina

se quitó la vida. ¿Por qué Caelum, la antigua serafina del cielo, decidió suicidarse? ¿Acaso conocía a esa niña y le dolió su pérdida? ¿Ella tuvo la culpa de la masacre de esa chica? ¿Es que ella lo orquestó y se suicidó por la culpabilidad? No podía ser. ¿Por qué haría algo tan ruin? Pero si la muerte de esa pequeña provocó que Lummina quisiera quitarse la vida... entonces...

Abrí la boca de la impresión al pensar en lo inimaginable.

¿Esa niña había sido una de sus tronos? ¿Esa niña habría sido su hija original? ¿Era posible que yo fuera un reemplazo y por eso me hubiera ocultado bajo tierra?

—Por eso el culto exige un nuevo mundo al Gran Empíreo —terminó de explicarme Aeris, sacándome de mis hipótesis.

Aeris se dio la vuelta con los brazos cruzados, pero yo decidí adentrarme en el templo y observar al grupo de personas que se había sentado junto a los demás, todos con la cabeza gacha y cubiertos con sus capuchas, sin pronunciar palabra alguna. Parecía como si estuvieran rindiendo homenaje a la figura esculpida que se alzaba ante ellos. Culpa, remordimiento, dolor.

Mi mamá... ella era una de ellos. Creía lo mismo, que la diosa Nylena había fallecido, que el mundo era un caos. No me cabía duda alguna de que mi madre profesaba esas creencias. Una nueva interrogante me surgió. Según Cyrone, Lummina había elegido esa familia para mí antes de morir, es decir, quería inculcarme la idea de que Nylena había muerto. ¿*Por qué*?

Cuando me adelanté tanto que la oscuridad se volvió insoportable, uno de los encapuchados en el centro de la circunferencia levantó una vela hacia el techo. Las personas que estaban a su alrededor inclinaron aún más la cabeza hasta que la chocaron con el suelo.

Aquellos que estaban más lejos de la luz central mostraron su respeto arrodillándose. Para evitar destacar entre los demás, retrocedí para salir del templo, apresurándome y agachándome como si temiera que me notaran. Sin embargo, debido a mi prisa por salir choqué de frente con otro encapuchado.

Aquel hombre estaba bastante más apartado que los demás, y se había quedado de pie, casi al final de la capilla. Me miró desde su posición y yo reconocí sus facciones con tanta claridad que tuve miedo.

Es el torinero que nos trajo aquí, pensé. Por suerte, el hombre ni siquiera pareció notar cuando choqué con él. En cambio, se concentró en rendir homenaje a la luz de la vela, la cual pronto fue acompañada por un coro de voces que resonaban desde la base hasta la cúspide redondeada del templo.

Aquella melodía me tomó por sorpresa, porque me transportó a un recuerdo que guardaba en el fondo de mi mente. Era la misma canción que solía tararear en mi casa en Riveria. Aquel cántico estaba desprovisto de palabras, y se deslizaba en el ambiente como una línea incesante de notas musicales. Mi rostro de fascinación debió haber sido extraordinario, ya que aquel torinero, sin reconocerme aún, me susurró:

—Es la melodía de bienvenida de los serafines.

—¿De los serafines? —repetí con nerviosismo.

—Sí, cada vez que se funda un nuevo mundo, el coro de serafines da la bienvenida a las vidas que murieron en el mundo anterior. Estamos pidiéndoles que reinicien nuestras vidas.

—¿Por qué pedirían eso?

—Porque somos desdichados, ¿acaso no eres de esta religión? El mundo actual está repleto de muerte y sufrimiento. Eso nos pasa por depender de una deidad que nos ha abandonado. Hace unos días mi torina murió, y ahora no tengo cómo trabajar. Me he quedado en la nada y mi hija está enferma.

Noté su enfado e impotencia mientras me lo explicaba. Me dio miedo seguir preguntándole, así que me mordí la lengua.

—Comandante Xylo —dijo el torinero. Alcé la cabeza otra vez. La figura enorme e implacable, envuelta en una capucha y seguida por un par de individuos con capa, avanzó por el pasillo del templo hacia la salida. Aunque el torinero y varios ciudadanos más lo saludaron, aquel hombre, que aparentaba estar en la cúspide de la jerarquía social de los dregonenses, los ignoró a todos.

No se giró hacia nadie, ni siquiera para brindarles una mísera mirada. Aun así, todos le rindieron respeto. Vi su enorme silueta desaparecer por la entrada y miré otra vez al torinero, el cual rechinaba sus dientes de la ira.

—Maldito, maldito comandante —mascullaba entre susurros.

—¿Es el comandante de la Guardia? —le pregunté con curiosidad, pese a que ya sospechaba cuál era la respuesta.

—Ese es el maldito que absorbe todos los recursos de la ciudad para destinarlos a una institución que nos es prescindible. ¡Que ellos nos protegen! Eso es lo que ellos quieren hacernos creer, pero este domo de madera puede impedir que los predadores entren. ¡No los necesitamos! Ese hombre es el culpable de todo, especialmente de que la gente se muera en la pobreza. Ni siquiera la mitad de los recursos de Dregonia se destinan a la salud, ¿puedes creerlo? Mi hija... Sin que yo tenga trabajo, mi hija va a morir.

Él se giró hacia mí, y me sobresalté al encontrarme con su mirada directa por primera vez. Al instante sospeché que me reconocería, que recordaría. Probablemente él me vio herida y sabía que bajo la capa yo escondía un par de cuernos de cabra. Aunque me mantuvo la mirada sorprendida por unos segundos, luego apartó la vista otra vez, con una indiferencia que por mi paranoia creí que fingía.

—Señorita —dijo él, antes de marcharse.

Al nombrarme de esa forma y abandonarme en aquel lugar, supuse que era su forma de despedirse. De pronto, la inseguridad que me recorría también me dejó atrás. No se acordaba de mí. Suspiré de alivio.

La sensación se desvaneció en un instante cuando, al volver la mirada hacia el comandante Xylo, el imponente líder de los guardianes, descubrí que me clavaba sus ojos felinos. Bajo la caperuza me era imposible discernir claramente su expresión, pero habría jurado que detecté un dejo de desprecio en su mirada. Pronto, se volvió hacia el lado contrario y siguió caminando.

No fue hasta que sus ojos me dejaron en paz que pude soltar el aliento que sin darme cuenta había vuelto a contener.

¿Qué había sido eso?

21

Agazapada en el barco, me colgué del borde para estirar mi mano hacia el agua. Tracé el camino en el que íbamos, dejando una marca en el río que desaparecía al instante. Me recosté en la madera y observé hacia atrás, apreciando cómo aquel templo al que habíamos ido se iba consumiendo en la oscuridad. La pesada mirada de Xylo aún me perseguía. Esperaba pasar desapercibida ante los altos mandos de Dregonia, pero era probable que él ya hubiese descubierto que era una intrusa y se preguntaba sobre mi origen. Sin embargo, la inquietante sensación interna de que, en realidad, él sabía exactamente de dónde venía y quién era yo, me abrumaba.

—Veo que quedaste afectada con la ida al templo —dijo Aeris al verme desplomada en el bote.

Sin voltearme, le respondí en un suspiro pesado.

—No te culpo, el culto es un lugar deprimente. Esos malditos imbéciles que dañaron a esa niña... Pero hay seres humanos muy buenos, Gyuri, no pierdas la esperanza todavía —respondió, meciendo los remos de atrás hacia delante—. Por ejemplo, la señora Delfina me enseñó a cuidar de los demás. Ella no tenía por qué adoptar a todos esos niños. También, cuando era más joven alimentaba a los dragonartos, las bestias que nos quieren comer. Ella me sacó de mi casa, caótica, con un padre que... —Se detuvo y volvió a tomar aire—. En fin, sabes que aún quedan seres humanos buenos cuando conoces a Delfina.

Bajé la vista hacia el agua una vez más, todavía sintiéndome desanimada.

—¡Señorita Gyuri!

Alcé la vista al escuchar un movimiento y giré para encontrar a Flye, que saltaba entre las hidrófitas alineadas hasta el bote. Realizó unos saltos largos y luego voló hacia mí. Me puse de pie, procurando no balancear la barca.

—¡Flye! —Sonreí tan amplio que mi rostro pudo haberse rasgado.

Coloqué mis manos para que aterrizara y recibí a la ranita alada. Acerqué su piel a mi mejilla y me embarré un poco de su humedad.

—Señorita Gyuri, no me responda lo que le voy a decir. Estoy muy feliz de verla otra vez, de saber que su tormento acabó. Temí mucho por su salud.

Fruncí mis labios en una sonrisa un tanto conmocionada.

—Flye... me hiciste mucha falta.

—¡Le dije que no me respondiera, señorita!

Recordé que detrás de mí se encontraba Aeris, con una sonrisa dirigida hacia nosotros, aunque solo podía escuchar mi voz y no la de mi amigo anfibio. Por ello, me vi obligada a interrumpir la conversación, a pesar de que había muchas cosas que deseaba compartir con él. Muchos consejos que quería pedirle.

—Esa es la ranita de Cyrone —dijo Aeris—. Él también suele hablarle mucho. A veces siento que ustedes, los que usan capas, pueden entender a los animales.

La joven rio en voz alta, y yo acompañé sus risas para disimular que estaba bastante cerca de la verdad. Coloqué a Flye en mi hombro y continuamos con el camino.

Durante una de nuestras paradas en un islote más pequeño que los demás, apareció el hermano de Aeris llevando consigo una carga prominente de verduras. No se veían muy apetitosas; de hecho, parecían ser las sobras de otras entregas. Acomodó el saco en el bote y me escudriñó de pies a cabeza. Luego, trató de parecer más imponente al enderezarse, inflando el pecho y carraspeando sobre su puño cerrado.

—Hola, Gyuri.

Ladeé la cabeza al mirarlo, pues no sabía de dónde se había aprendido mi nombre.

—Hola, ¿Evren?

—Señorita Gyuri, me alegro de que ya haya hecho nuevos amigos —susurró Flye en mi oído.

—Así es —respondió el chico, pasándose los dedos como peine por el cabello dorado—. Veo que me recuerdas, tal vez sí dejé una buena impresión en ti después de todo.

Parecía que estaba fingiendo su voz; al menos, las veces anteriores que lo había escuchado su tono era mucho más suave y un poco más agudo.

—Bueno, eso de golpear cabezas a traición con un bate se te da bastante bien.

De repente, las pecas apenas visibles en sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso. Trató de ocultarlo dándome la espalda, pero yo ya había captado su rubor. Poco después, Aeris regresó con otro saco y se subió al bote.

—Ya súbete y deja de intentar lucirte frente a Gyuri —lo regañó ella. Evren le dedicó una mirada furiosa a su hermana.

Evren se subió al bote y los cuatro nos marchamos. Noté que el chico me dedicaba bastantes miradas que ocultaba cuando yo se las devolvía.

—Y... —habló Evren, luego de habernos sumido en el silencio—. ¿De dónde vienes tú, Gyuri? —me preguntó, cruzándose de brazos.

Trataba de lucir un poco desinteresado en lo que yo iba a contestar, pero sabía que estaba atento a mi respuesta.

No podía decirle que era de Riveria, no me creería.

—De Dendroría.

—¡Dendroría! ¡Por supuesto! —respondió como si conociera ese lugar, o como si hubiera salido de Dregonia alguna vez. Podía leer en su porte y en sus expresiones que él siempre había estado bajo el cobijo de esos árboles.

Me quedé mirándolo un rato con curiosidad.

—Oye, Evren —le dije—. Si eres un hombre, ¿por qué no estás en la Guardia?

Abrió la boca como si fuera a responder, pero luego se detuvo, desviando la mirada como si buscara una vía de escape para evitar la pregunta. Por suerte, su hermana estaba allí para rescatarlo.

—Verás, Gyuri —dijo Aeris en un tono risueño—. Evren casi fue atacado por un dragonarto y lo suspendieron. ¡No vaya a ser que un dragonarto se lo coma!, por eso está a prueba hasta que demuestre ser fuerte otra vez.

Aunque Aeris se reía en ese momento, podía imaginarme cuánto había sufrido antes por esa misma razón. Haber tenido a su hermano al borde de la muerte. Nym se me vino a la cabeza, y la urgencia por salir de Dregonia e ir a buscarlo me desesperó. Sin embargo, reflexioné que debía tomarme las cosas con calma y

esperar a que Cyrone me dijera que estaba recuperado por completo.

Evren asintió cabizbajo, bastante avergonzado, y quise quitarle ese peso de encima.

—No debe ser fácil enfrentarse a una bestia como esa. Y que lo hayas hecho es admirable.

Él me dedicó una sonrisa tan amplia que sentí que mis palabras habían tenido un efecto infortunado en él.

—No todos los hombres van a la Guardia, ¿sabes? —carraspeó Evren, tratando de recuperar su dignidad. Asentí porque había visto a muchos hombres en el templo—. Algunos se dedican a la religión o a los negocios. Torineros, carteros, artesanos... Solo que a esos los ves más fuera de Dregonia.

—Se refiere a los hombres mayores de treinta años, Gyuri. Los jóvenes son obligados a ir, todos —remarcó Aeris, volviendo a enterrar el orgullo de Evren bajo tierra.

—Bueno. Gracias, Aeris —bufó él.

Al llegar a la quebrada de un nuevo islote, nos detuvimos abruptamente y me levanté para bajar del bote. Los mellizos intercambiaron unas palabras entre ellos antes de dirigirme la mirada. Al ver sus gestos fruncí levemente el ceño, sin comprender lo que planeaban.

—Te tenemos una gran sorpresa, Gyuri —me señaló Evren, y aquello tan solo me confundió un poco más.

—¿Qué? ¿Por qué me darían algo? —pregunté, y Aeris soltó una pequeña risa.

—¿Sabes, Gyuri? Hace tiempo no recibíamos a alguien en el orfanato. Eres un respiro de aire fresco. Tómalo como un regalo de

bienvenida —me dijo ella y pasó por mi lado. Hizo una señal con la mano para que me apresurara. Evren, con vasta confianza, me empujó desde atrás, tomándome de los hombros.

—Estos hermanitos me están comenzando a gustar —opinó Flye en mi oreja.

Me rendí y me dejé llevar por ellos entre la arboleda que rodeaba los bordes del islote. Al llegar, me sorprendió ver que en aquel lugar solo se alzaba una casa de madera, de forma tan cuadrada que resaltaba entre las demás que habíamos visitado. Era sencilla, maltrecha y tan apartada que resultaba difícil de encontrar.

Cuando divisé la puerta de la casa imaginé que carecía de ella o que siempre estaba abierta. Si tuviera que describirla, me recordaba a los hongos de Dendroría, pero sin el hedor característico, o a las tiendas de armas de los forasteros en el camino. Miré con curiosidad a Aeris, cuya sonrisa insinuaba una invitación implícita que ni siquiera necesitaba ser expresada: «sígueme y lo verás».

Mi incertidumbre se desvaneció en el momento en que crucé el umbral de aquel lugar. Un hombre de larga barba me saludó con familiaridad, aunque no pude notar muchas otras características para describirlo, dado que detrás de él había estantes repletos de libros viejos.

Me cubrí la boca para sofocar el grito de la impresión. Sin querer miré a Flye, quien también estaba con la boca abierta.

—¡La acaban de traer a su paraíso, señorita!

—Esa era la expresión que esperaba ver —dijo Aeris, después de saludar al señor.

—Bienvenío' gemelo' Scatriria, y señorita...

—Gyuri —completó Aeris.

Tuve que contenerme al máximo para no salir corriendo por el paraíso de libros. Apreté tanto los labios que Aeris consiguió comprender lo que deseaba.

—Mi amiga tiene muchas ganas de revisar los títulos de su librería, señor Crod. ¿Será eso posible?

El hombre asintió con una sonrisa y, apenas lo hizo, di un grito de emoción y me desentendí del mundo. Recorrí las estanterías, deslizando la mirada sobre los libros y ocasionalmente acariciando sus lomos, ensuciándome los dedos de polvo solo para asegurarme de que todo eso era real. ¿Lo era realmente? No parecían tratarse de los mismos temas que siempre había leído, tenían títulos curiosos y contraportadas que llamaban mi atención. ¿Estaba en Catarbella, o por qué sentía que en ese lugar estaban todas las novelas de Melcior?

—Así que de verdad te gusta leer —dijo Evren, acercándose a mí cuando me encontró en el suelo rebuscando entre los libros de la estantería más baja.

—¡Evren! ¡Mira esto! ¡Este libro es de botánica, pero enseña sobre las diferentes hierbas con una historia! —le mostré las plantas ilustradas al chico, sorprendido porque mi «enojo» hacia él se había esfumado—. El protagonista es un hombre mayor. Por Nylena, jamás había estado en la mente de un anciano. ¿Puedes creer que esto es del siglo de Leónidas? ¡Así de antiguo! Y ahora que casi estamos terminando Milersar. ¿Te imaginas lo diferentes que eran las plantas hace unos siglos?

El joven se agachó a mi lado, esbozando una sonrisa.

—Suena interesante, lo leería si supiera cómo hacerlo.

—¿Qué? ¿No sabes leer? —le pregunté asustada, como si fuera lo más terrible del mundo. Él asintió un tanto avergonzado—. Pero ¿por qué no?

—Los chicos en Dregonia tenemos prohibido aprender a leer. Tras el Gran Diluvio se ha querido emancipar a los hombres del pensamiento de nuestros ascendientes, para que el hecho tan terrible que ocurrió no se repita.

Lo miré sin comprender del todo la razón; el hecho de que optaran por dejar a la población de Dregonia sin educación me parecía aberrante, independientemente de cuál fuera el motivo. Antes de comentárselo, mi atención fue captada por alguien más.

—¡Señorita Gyuri! ¡Mire, un libro de ranas y princesas! —escuché la voz aguda de Flye, abrí los ojos sorprendida y me levanté de inmediato, olvidando la conversación que mantenía con Evren.

Me deslicé entre las estanterías hasta que divisé al anfibio posado sobre un libro que yacía en el suelo. Con emoción, me acerqué y levanté el tomo.

—¿Ranas y princesas? No creí que esta combinación fuera posible.

—Ranas que se convierten en príncipes encantadores con un beso. ¿Cree que sea una teoría científica o pura ficción?

Reí en voz alta cuando, de pronto, mi atención se desvió hacia el fondo del pasillo, donde un libro de lomo gris descansaba en un pedestal, iluminado por el ámbar de las hojas del árbol exterior. Me alejé de Flye, que seguía absorto en el libro de las ranas, sintiéndose el verdadero protagonista de la historia. Con pasos curiosos me acerqué para poder leer la etiqueta escrita a mano. *La historia de Dregonia. Gremio de los escribas de Dregonia*.

Impulsada por la curiosidad que me provocó ese título, tomé el libro por la cubierta y lo puse sobre la mesa. Las páginas, escritas a mano con tinta, estaban llenas de información en diversas tipografías*. El gremio de los escribas*. Me preguntaba dónde se organizaban y cómo el libro había terminado en manos del señor Crod. La mayoría de las entradas trataban sobre las actividades comerciales de Dregonia, los ingresos y salidas de los distintos torineros, y las bajas humanas por ataques de dragonartos. Otras se centraban en la reconstrucción de la ciudad tras el Diluvio y las teorías sobre el origen del domo de Dregonia, entre otros temas.

Abrí una página en particular.

> *En el año 92 de Milersar, Xylo Cortrese fue investido como el nuevo comandante de la Guardia de Dregonia*.

Me detuve en esa entrada y divagué entre sus líneas.

> *Las políticas del comandante apuntan a privar a la población de la lectura y la escritura*.

Eso concordaba con lo que Evren me había contado.

> *El comandante es un hombre de treinta y dos años, proveniente del oeste de Melcior, tal vez de la población caída de Riveria o más allá*.

Abrí los ojos de golpe. El recuerdo de la mirada de Xylo sobre mí resurgió con intensidad, golpeándome con fuerza. Aún más inquietante fue la vaga información que los escribas habían dejado plasmada a continuación:

Algunos lo han visto recopilar información de las personas inmunes al poder de los indecibles, como los de cabeza roja.

¿Cabeza roja? ¿Como la de Nym? ¿Como la de mis padres?

Me temblaban las manos al leer la nota. Quizá Dregonia, ese lugar al que solo íbamos a pasar para descansar, tenía más pistas sobre el paradero de mi familia de lo que jamás hubiera imaginado.

—¡Aquí estás! —gritó Aeris de pronto a un costado, asomándose tras la estantería—. ¿Te ha llamado la atención ese tomo? Vaya...

—¡Aeris! —grité cuando me volteé hacia ella. Por cómo me miró, se debió haber percatado de mi arranque de nerviosismo. Decidí disimularlo un poco más—. ¿Cre...? ¿Crees que pueda llevarme este libro a casa?

Ella sonrió con familiaridad.

—¡Puedes contar con ello! Puedes llevarte todos los libros que quieras, siempre y cuando los vuelvas a traer, claro. —Se encogió de hombros.

—¿No crees que será una molestia para el señor Crod?

—Bah, por supuesto que no. El señor Crod es un excelente hombre y es un placer para él tener a alguien que se interese por sus libros. Él se ha encargado de guardar los tomos abandonados tras el diluvio. Yo sabía que te gustaban, por lo que me alcanzó a contar Cyrone.

—¿El señor Crod vive en este paraíso? —le pregunté, ardiente de envidia.

—Así es. Siempre lo venimos a visitar para jugar con la pequeña Solar.

—¿Pequeña... Solar?

Aeris se apartó y me permitió ver a una tímida niña de unos cinco años de edad que me observaba con temor desde un rincón, oculta tras el mobiliario y agarrando un conejito de felpa en uno de sus brazos. Me agaché y extendí la mano para saludarla, pero eso la asustó y provocó que se volviera a esconder.

—Solar es la hija del señor Crod. Ambos están solos, y el señor Crod no vende mucho, pues poca gente en Dregonia sabe leer, así que les traemos lo que nos sobra del orfanato. La pequeña Solar es fanática de los juegos de mesa. ¿No es así, Solarcita? —le gritó Aeris, pero la niña no volvió a asomarse.

—¿Qué es un juego de mesa? —pregunté, y en respuesta la niña apareció tímidamente sosteniendo una caja entre sus manos.

La pequeña nos mostró una pieza de su tremenda colección. Desempolvó la cubierta de la caja y leí *Nyron, el fin del mundo*. Solar era diferente al resto de los niños del orfanato; apenas decía palabras, y casi toda su comunicación se basaba en gestos faciales y pequeñas sonrisas tímidas. Aun así, los gemelos parecían conocerla bastante bien.

Solar nos invitó a jugar a los tres. Nos sentamos en el centro de una mesa en la casa del señor Crod, y él repartió las piezas del juego. Entre ellas, había extrañas figuras vestidas con túnicas blancas y alas que iban desde las pantorrillas hasta la cabeza.

—Solar será Caelum —anunció Evren, cuando yo estaba a punto de elegir una de las piezas del juego. Le entrecerré los ojos, deteniéndome en la revelación de que los personajes del juego eran nada más ni nada menos que los cuatro serafines de la naturaleza.

—Entonce' yo voy a ser el Córtex —anunció el señor Crod, apartando su figura—. Es el serafín más poderoso de lo' cuatro.

No pude evitar esbozar una sonrisa.

—Espera, no me dejes a... —Cuando empecé a decirlo, Aeris ya había escogido la última pieza, dejándome la que menos quería.

Era Aestus, para mi infortunio, la serafina del aire. Vi derrotada cómo Aeris colocaba su Hilaris, la serafina del mar, en el principio del tablero.

El juego resultó ser más difícil de comprender de lo que esperaba, y me dejé llevar turno tras turno hasta que comencé a entender la lógica del Nyron. Puse tanto empeño que logré derribar la figura del Señor Crod, quien, debido a su avanzada edad, no pudo seguir nuestro ritmo en las estrategias.

Más tarde caí en cuenta de que había vencido a Córtex con Aestus, y una extraña sensación de dolor me invadió las entrañas. Recordé el juramento que Neblina obligó a Cyrone a hacer, y la inminente guerra de los serafines me abofeteó como una realidad implacable. Consumida por ese sentimiento, pronto perdí en las siguientes jugadas. Aeris me lanzó un par de miradas curiosas, pero se esforzó por llevar a Solar al máximo de sus capacidades en el Nyron, quien al final logró vencer. En el momento en que Caelum derrotó a Hilaris, Solar se levantó de la mesa y gritó de felicidad.

Era la primera vez en toda la tarde que había escuchado su voz. Me acerqué a ella para felicitarla, por ser la siguiente diosa, por ganar... A pesar de que Aeris la había dejado, por conclusiones más que obvias.

Ese día llevé varios libros además del de los escribas. Aproveché para guardar en mi bolsa los clásicos que el librero me había recomendado, uno sobre las ranas que Flye me había rogado que llevara y, finalmente, un enorme ejemplar pesado que no era de

ficción, pero que me había sido imposible abandonar cuando al abrirlo de par en par, escondida en un pasillo como si fuera algo prohibido, el libro se deslizó de mis manos y se desbarató en el suelo dejando al descubierto un dibujo poco pudoroso. Su título rezaba: *El cuerpo humano y la reproducción*. Pese a que lo solté como si fuera a contagiarme de las marañas de Hugaría, luego lo volví a recoger temblorosa, curiosa y un poco emocionada. Por supuesto que sabía la teoría de los embarazos, pero mi madre nunca me había explicado aquel ejercicio. Las pocas veces en que saqué aquel tema a colación en mi adolescencia me hicieron ganar una reprimenda y la repetida frase de «ya lo averiguarás cuando te cases, antes de eso no necesitas saber nada».

El señor Crod nos llevó al bote y se despidió de nosotros bajo la luz del invernadero que había montado en las afueras de la librería. Le pidió a Solar que nos dijera algo para despedirnos, pero ella, igual de muda y tímida que siempre, se ocultó con ternura tras las piernas de su padre.

Mientras regresábamos al orfanato navegando en el bote, Evren y Aeris charlaban animadamente y yo permanecía sumida en mis pensamientos. La partida de Flye de vuelta con las ranas de Dregonia me dejó por completo aislada en ese momento, sin tener con quién compartir mis inquietudes.

Después de expresar mi profundo agradecimiento a los hermanos por el día maravilloso, descendí rápido y entré en la casona. Recorrí los pasillos que había aprendido de memoria y me adelanté a subir por la escalera que pendía del techo para llegar al ático. Estaba ansiosa por leer mis nuevos compañeros llenos de letras y preciada

información, en especial aquel que podría arrojar luz sobre el misterioso Xylo Coltrese.

Al lanzar mi bolsa de libros sobre la cama, un grito de animal resonó a través de las paredes del orfanato. Chuckles saltó como nunca y quedó erguido sobre sus patas al aterrizar con la cola tiesa y erizada.

—Serás exagerado —le murmuré al gato, para buscar el libro de los escribas.

—¡¿Exagerado?! ¡Acabas de lanzarme ladrillos a la cabeza mientras dormía!

—Son libros —lo corregí—. Y, por cierto, ¿qué haces en mi habitación?

—Te recuerdo que soy yo el que realmente vive aquí. Tú tienes este lugar prestado. ¿Y qué hago aquí? Pues, mientras menos gente y más alto sea el lugar, mejor.

Chuckles se enroscó en mi cama, ocupando gran parte del espacio para vengarse, y yo, con poco ánimo de pelear, me recosté en el pequeño hueco libre para leer.

22

Había leído la abrumadora mayoría de las entradas disponibles del libro de los escribas; sin embargo, no había conseguido más información sobre Xylo. Parecía que lo leído esa misma tarde era prácticamente todo lo recopilado sobre él. Además, esos registros eran los últimos que se habían escrito en el tomo, lo que reforzaba mi teoría de que el mismo comandante había confiscado el libro al enterarse de que se escribía sobre él. Era frustrante pensarlo de esa manera, pero también confirmaba que ese hombre, intimidante y enorme, era más sospechoso de lo que podía haber imaginado.

Para calmarme, consideré la posibilidad de que estuviera alimentando mi ansiedad inventando problemas y enemigos inexistentes. ¿Qué podía tener que ver él con mi familia? Convenciéndome de que preocuparme por esas posibilidades era infructuoso, opté por abrir el enorme ejemplar de no ficción que traje conmigo.

Lo que había sucedido con Cyrone no había abandonado mi mente en ningún momento del día. Su indescriptible expresión al acomodarse sobre mi cuerpo y el insondable placer que experimenté después de que me dejó sola, necesitaban una explicación.

Así fue como me sumergí en el bendito libro de anatomía, donde se explicaba de manera gráfica lo que tanto me intrigaba. Al entender mejor las urgencias que mi instinto humano despertaba, pronto empecé a maldecir al Empíreo por habernos diseñado con

esas necesidades que, al final, carecían de propósito. ¿Por qué anhelábamos ese tipo de intimidad si los serafines no podíamos tener hijos? Era absurdo.

Chuckles, el gato más oportuno, despertó justo después de que cerré el libro. Me encontró cabizbaja, con un calor extremo subiendo por mis mejillas. Exploté en un grito agudo y pataleé sobre mi cama.

—Y tú, cosa, ¿te averiaste?

Ignoré lo que me preguntaba el animal y volví a gritar.

—No puede ser, esto tiene que ser ficción. No puede ser que dos seres se unan de esta manera. Es... es demasiado...

—¿Y de qué diablos hablas?

—¡De hacer bebés! —exclamé—. ¿Por qué mis padres nunca me hablaron de esto? ¿Por qué no me advirtieron que esto sucede en el mundo de Melcior?

—Porque tendrían que admitir que tuvieron relaciones sexuales para tenerte a ti. Es un tabú para los humanos, porque son estúpidos. Prefieren ocultar algo tan vital como la preservación de la especie, que es la única razón por la que existen y viven.

—¡Por supuesto que lo esconden! ¿Sabes lo que tienen que hacer los humanos para lograr eso? —grité contra la almohada, sintiéndome tan avergonzada como si el tema se tratara de mí.

—Lo hacen también los gatos domésticos, incluso los insectos —respondió como si fuera lo más obvio.

—¿Tú también, Chuckles?

—¡Hay preguntas que no se supone que hagas, cosa estúpida!

—No soy una cosa —le espeté, intentando calmar mi respiración.

—Si no eres humana, ya ni sé cómo llamarte. Oh, no me mires así, si quieres que te llame «serafina», mejor empieza por llamarme

«emperador». A ambos nos gustaría ser así de importantes, ¿no crees?

El suelo tembló bajo el toque en la puerta del ático. Cuando la compuerta se abrió lentamente y vi una cabeza encapuchada asomarse, quedé paralizada. Lancé el libro lejos de mí, en un gesto de pánico absoluto.

—¿Ese era el libro rojo? —preguntó Cyrone tras una pausa, mientras se quitaba la capucha y observaba cómo el tomo se había mezclado con los trastos del rincón del ático.

—Sí —mentí, deseando disuadir su curiosidad por ir a mirarlo.

—Justo hablábamos del apareamiento —escupió Chuckles, sin piedad alguna—. Tú, Cyrone, eres una cosa muy parecida a ella. Podrás explicarle mejor sobre el tema que un gato doméstico.

—¡Ay, cállate, bola estúpida! —le grité, mientras la risa atractiva del serafín resonaba en mi corazón.

—Ah, Chuck, la verdad es que vengo a buscar a Gyuri por otros motivos.

Miré a Cyrone con asombro. Recordé lo enfermo que había estado antes de partir hacia la Guardia y sentí angustia. Sin querer abrumarlo con las miles de preguntas que se me atascaban en la garganta, esperé a escuchar lo que diría a continuación. ¿Otros motivos? ¿Cuáles?

—Baja con ropa ligera. Vas a cumplir la orden que te di ayer —me dijo con determinación.

Acompañé al «capitán» por la puerta trasera hasta llegar a las orillas del islote, donde encendió un cigarrillo y permaneció en silencio por un rato. El nerviosismo me invadió al divisar un par de lanzas clavadas en la tierra, esperando por mí. Él parecía estar

hablando en serio; me entrenaría. Me enseñaría a hacer algo que nunca hubiera deseado aprender.

Suspiré mirando al hondo río que serpenteaba a través de la ciudadela y me dirigí hacia él.

—Estaba muy preocupada por ti. Esta mañana te veías muy enfermo.

Cyrone tomó una fuerte aspirada del cigarrillo y sopló el humo.

—Sí, lo estaba, y ahora estoy bien, ¿ves?

—Dime, ¿qué te pasó? ¿Qué fue lo que te sentó mal? ¿Fue algo de lo que conversé con Aeris?

Desvió la mirada y se quedó en silencio. El corazón me latía con fuerza en el pecho.

Cuando pensé que por fin me respondería, apagó el cigarrillo con el pie, pasó por mi lado en un misterioso silencio y tomó las lanzas, desenterrándolas. Alargó la mano para ofrecerme una de las dos. Cruzando los brazos, observé el arma con incredulidad.

—¿Crees que estoy posando para ti? Toma la lanza, mujer.

—Cyrone. Es una manera absurda de evadir todos los temas que tenemos que hablar...

—Sabes lo que son las lanzas del Empíreo —se adelantó con una pregunta formulada como afirmación. Asentí con obviedad—. Si regresamos a Catarbella tendremos a nuestra disposición las lanzas para deshacernos de Nylena.

—Espera, ¿quieres que derrotemos a Nylena?

Derrocar al actual dios significaba también poner fin al mundo en el que vivíamos. A Melcior.

—Lo último que quiero es derrotar a Nylena y luego tener que intentar matarte a ti o a Faraine por el siguiente puesto de dios.

—¿Entonces?

Él avanzó hacia mí, ambas lanzas apuntándome, lo que me intimidó y me hizo retroceder.

—Hay hechos inevitables. Si llega el momento en que nos enfrentemos a Nylena, necesitarás saber defenderte.

—¿De qué?, ¿de quién?

—Catarbella está llena de ángeles: menores, de jerarquía inferior, arcángeles, ángeles, principados y virtudes. Ellos podrían hacernos daño a los cuatro si quisieran, pero no lo hacen debido a las reglas de la jerarquía. Somos más importantes que ellos y nos rinden respeto, no por el nombre de serafín. Ni siquiera porque creamos la naturaleza.

Me quedé pensativa por un momento, pero ninguna suposición logró convencerme.

—Somos superiores porque existimos incluso tras la muerte de la diosa Nylena —me explicó por fin.

—¿Ellos no existen sin la diosa Nylena? Mierda. Entonces si tratamos de atacarla... ellos la defenderán como un jodido ejército.

Cyrone ladeó la cabeza y volvió a entregarme la lanza.

—Centenares de seres celestiales tratarán de cortarte el cuello. No les importará si te mueres; tu trono tomará tu lugar.

Sostuve la vara de la lanza, pero cuando Cyrone retiró su mano el peso del arma venció mi cuerpo y dejé caer la punta al suelo.

Lo miré con desesperación.

—Entonces ya me morí.

—No. Aprenderás a usar las lanzas. Si hasta Faraine pudo aprender, tú también podrás.

—¿Sabe tu hermana que la tienes en tan baja estima?

Observé cómo Cyrone retiraba la punta de la lanza con facilidad y la lanzaba entre los arbustos. Ahora solo tenía un palo en las manos.

—No planeo cortarte, Gyuri. Tú puedes usar la lanza completa y yo te atacaré con la vara.

—Estoy segura de que todo el peso de la lanza no está en la punta. Si me golpeas con la vara, quedaré inconsciente.

—Entonces no te dejes golpear, serafina.

—Tengo asuntos de los que hablar contigo, Cyrone —insistí, viendo cómo se acercaba amenazante hacia mí.

—Hablaremos cuando me demuestres que no has atrofiado tu instinto poderoso del todo y puedes defenderte a ti misma. Es lo único que me importa ahora mismo.

La destreza con la que giró la vara la hizo desaparecer ante mis ojos. Cuando dio un paso hacia mí, tiré de mi lanza con fuerza, luchando por sacarla de la tierra. Al lograrlo, el peso del arma me hizo tambalear hacia un lado. Cyrone aprovechó mi desorientación para lanzarse hacia mí; como si alguien me hubiera jalado para apartarme, el hierro de su vara me rozó apenas al momento en que me agaché para evadirla. Sin darme tiempo para levantar mi lanza o recuperar el aliento, volvió a blandir la vara hacia mí, cortando el aire cerca de mi cabeza cuando volví a esquivarla. Su velocidad formidable aceleró mi pulso y me dejó temblando cuando al fin se detuvo, preparándose para otro ataque.

—No temes dañarme, ¿verdad? —le pregunté jadeante.

—Porque naciste con el instinto de una criatura inanimada, Gyuri. Eres una serafina, y esa parte de ti actúa sin que lo pienses. No tengo miedo de dañarte porque no es tan fácil. No eres tan frágil como tú crees.

Sin darme tiempo para procesar la información, evadí otra vez el furtivo golpe de la vara de Cyrone. La corriente de aire que dejó su movimiento me acarició la mejilla. Consciente de mi cuerpo, me movía con soltura y elasticidad. Sonreí cuando intentó golpearme con el revés del arma y lo recibí con la mano. El frío del hierro rozando mi piel causó fricción y, aunque el golpe en mi palma dolió, me sentí satisfecha de detenerlo.

Instinto de criatura inanimada. ¿Eh? En ese fugaz momento, luchando contra Cyrone, me había convertido en un ángel que no siente, no llora, no sufre, no ama. Levanté el arma, a pesar de su peso, sumergiéndome en ese estado de inconsciencia y adrenalina, y la alcé por encima de mi cabeza.

Mal. Eso está mal. Esa no soy yo. No podía evitarlo; tenía más fuerza y vigorosidad de la que mi cuerpo podía aparentar. Ya me había ocurrido antes. A los cinco años, le había ganado a mi padre en juegos físicos. También podía cargar a Nym en mis hombros, aunque pesaba casi tanto como yo. Incluso había empujado a mi madre al suelo una vez, aunque fue de manera accidental.

—Lo haces muy bien —susurró Cyrone mirándome a los ojos, cuando bloqueé su ataque con mi lanza.

Sostuve la vara en su contra con mis delgados brazos temblando a su límite, como si fueran a romperse si Cyrone decidía usar toda su fuerza. Pero no lo hacía. La forma en la que el serafín me miraba me hacía pensar que no podía hacerlo. Había algo en sus ojos, un resplandor casi imperceptible que revelaba una chispa de sentimiento. Quise decirle *Tú tampoco eres una criatura inanimada, Cyrone, lo veo en tus ojos cuando me miras*, pero el esfuerzo de mantener esa concentración me lo impedía.

Cuando un golpe audaz, rápido y despiadado del serafín se lanzó hacia mí, suprimí mi instinto y lo recibí de lleno en la mandíbula. El dolor tardó en llegar; no fue hasta que me desplomé en el suelo, sosteniéndome la barbilla, con la piel cálida y palpitante, que noté un sabor salado en mis dientes izquierdos.

Cyrone apartó la vara de inmediato al verme derrotada y se acercó a mí con cierta desesperación, visiblemente lleno de culpa.

—No. Oh, mierda. Lo si... lo siento tanto —tartamudeó susurrante mientras intentaba ver mi rostro, el cual le ocultaba deliberadamente —. ¿Estás bien?

Mis dedos buscaron la lanza en el suelo. Al encontrarla, retiré la punta de hierro con la misma soltura con la que él lo había hecho. Con determinación, me giré hacia el serafín y la clavé en la piel de su garganta, aunque sin llegar a cercenarlo. Él no reaccionó de inmediato; tenía toda su concentración puesta en mi labio sangrante. Solo unos segundos después se dio cuenta de que lo había derrotado.

—Fin del juego —susurré, y con mi otra mano removí el líquido rojo que me goteaba por el mentón.

Cyrone miró de reojo la daga improvisada.

Abrí la mano y solté el arma, que cayó al suelo con un ruido seco.

—No soy un ser inanimado, Cyrone. Yo soy... —Sacudí la cabeza para ordenar mis pensamientos—. Siento demasiado y me ahogo. En especial cuando estoy cerca de ti; pienso en ti y apenas puedo hacerlo con claridad. En esos momentos sé lo que soy. No puedo describirlo, pero sé quién soy cuando se trata de ti. Así que te equivocas, no soy inanimada, ni solo una serafina, ni la naturaleza sin más.

Me observó con dolor, sin rastro de felicidad en sus iris violetas, opacos y cansados.

—Merezco una respuesta —me las arreglé para romper el silencio.

—¿Responderte qué, Gyuri?

—¿No eres acaso lo mismo que yo? ¿Acaso un ser inanimado se habría preocupado por mí hasta el punto de arriesgar su vida? Porque si esto fuera real, estarías muerto, Cyrone.

Su mirada se suavizó por un instante, pero tan rápido como bajó la guardia, se blindó de nuevo con una frialdad impenetrable.

—No quiero que pierdas tu tiempo hablándome de amor ni de relaciones. Tus sentimientos son hermosos, puedo notarlo, los aceptaría aunque no los mereciera, porque no te equivocas, también te busco en cualquier lugar al que voy; pero has vivido muy poco para comprender lo peligroso que es para un serafín enamorarse como un ser humano.

Ay, Nylena.

Tragué saliva para aguantar la flecha imaginaria surcando mi corazón, haciéndolo sangrar de amor. Lo que decía parecía ser una confesión.

—¿Por qué? ¿Por qué sería peligroso algo tan lindo como eso que me dices? —intenté controlar mi voz lo que más pude.

—La iridia más débil proviene del amor romántico —me contestó el serafín—. Un día amas, y al siguiente has perdido toda la luz que te llenaba a tope.

Apreté los labios con fuerza.

—O sea que es cierto. Cuando perdiste tu iridia en el pasado, fue por una mujer. —Me quedé observando sus manos vendadas, visión

que, en todo caso, ahora me provocaba un vacío enorme en el vientre. ¿Había perdido su iridia al perder a Lummina?

Cyrone se mantuvo en silencio, deslizando su mirada al suelo y luego hacia lo que había detrás de mí. Parecía indeciso, luchando con diferentes pensamientos, hasta que por fin habló.

—No lo entiendes. Yo tuve un hijo, Gyuri.

Pestañeé repetidas veces al mirarlo.

—¿Qué? —susurré, casi sin emitir sonido.

Él se puso de pie y volvió a sacar un cigarrillo más de su bolsillo, como si hubiera pronunciado una cosa irrelevante.

—Pero los serafines no... no pueden. —Me trabé en mis palabras y masajeé mi frente. *Céntrate, Gyuri*. Me recompuse como pude—. Los varones no pueden dar nacimiento a querubines.

—Un hijo, Gyuri, no un querubín. Un hijo engendrado. Tenemos cuerpos humanos, podemos aparearnos con humanos, ¿o lo dudas? Pues, tuve un hijo. Lo tuve y él murió.

Negué con la cabeza como una estúpida.

—Esa es la verdad, así que el asunto es este. Soy un serafín y mi misión es impersonal. Soy la tierra, el proveedor, la vida de Melcior; los pulmones, el corazón. Una vez perdí el rumbo y el mundo... la gente, los animales... ¿sabes lo que ocurrió con ellos? —Cyrone volvió a mostrarme su mano, la piel ennegrecida bajo las uñas—. El mundo casi se volvió negro, ¿o cómo crees que es el mundo sin mis plantas? ¿Crees que puedes ver algo sin ellas?

—Oye... —traté de decirle.

—Así que ríndete ante la idea.

—Me lo dijiste en mi habitación. Me dijiste que... —Sacudí la cabeza, tratando de calmar mi respiración agitada—. Me dijiste que

el amor, la iridia y los impulsos carnales son una necesidad y un medio para que exista el mundo.

—Pero he encontrado el amor, Gyuri. En una familia, en seres que debo cuidar. No te necesito.

Fruncí el ceño y me puse de pie, adolorida aún por el golpe, aunque la herida ya había sanado.

—Genial. Yo tampoco te necesito a ti, yo también tengo una familia —le grité, aunque el pecho me dolía al hacerlo. *¿La tengo, todavía*?

—Pues, bien.

La voz ronca que usó al aspirar el cigarrillo por quinta o sexta vez me hizo preguntarme si de verdad no le importaba ignorar lo que sentíamos, o si la hierba que quemaba y consumía le daba fuerzas para fingir que no.

No debía importarme. Tenía que adueñarme de ese instinto inanimado y dejar de sentir. Apreté el puño, experimentando el dolor al clavar las uñas en mi piel. Di media vuelta, tomé una profunda bocanada de aire y empecé a caminar. Cuando pensé que había logrado dominar mis emociones, uno de los niños del orfanato salió al patio trasero y señaló hacia arriba, apuntando al domo de madera.

—¡Se los dije! ¡Está lloviendo! ¡Miren el techo de Dregonia!

—No puede ser —manifestó Delfina, que salió después.

—¡¿Es una lluvia?! ¿Como la de las canciones?

—¡La diosa Nylena ha oído nuestras súplicas!

—Idiota, es Caelum quien hace llover, ¡el serafín del cielo! —Las voces de los niños se entremezclaban.

Aprecié cómo el agua se filtraba por los intersticios de los troncos. El sonido era la principal señal de su presencia; las gotas chapoteaban ruidosamente y se deslizaban hacia el interior de la ciudadela. Los niños salieron de la casa, temerosos de empaparse. Jamás habían visto la lluvia; solo les habían hablado de ella con palabras tan extraordinarias que les parecía una ficción. Verla, sentirla y comprobar su existencia los dejó boquiabiertos.

Me apreté el pecho, reconociendo mi fortuna al saber que nadie más podía discernir que eran mis emociones las que caían en forma de tormenta. Nadie, excepto él. Cuando volví a mirarlo, lo vi pisar su cigarrillo con indiferencia y marcharse como si nada. No dirigió ni una mirada hacia mí, pasó a mi lado con altanera frialdad y desapareció por la puerta de la casona.

A pesar de que era la hora de la pernoctación, varios pueblerinos salieron de sus casas para presenciar el evento. Algunos, incluso, sacaron recipientes para juntar el agua o bailar bajo ella.

No podía culpar a los dregonenses por celebrar mi tristeza, ya que no comprendían su verdadero significado.

Corrí de vuelta a la casa y, evadiendo las preguntas de los niños, me escabullí hasta el segundo piso para llegar al ático, mi habitación. Me acurruqué en mi lecho, sumida en mis pensamientos. Incluso cuando me dormí, la lluvia no cesó.

23

—¿Será que te vas a levantar? —Oí el susurro del gato sentado a dos pasos de la cama, observándome fijo mientras yo apoyaba el rostro en la almohada. Al escucharlo, me volteé hacia la pared—. Bah. Los humanos me parecen patéticos, de verdad.

—No te he pedido tu opinión sobre los humanos. Además, ni siquiera soy uno —le respondí.

El gato comenzó a rascar sus garritas en el costado de mi lecho, lo que aturdió todos mis sentidos.

—i¿Puedes parar de hacer eso, Chuckles?! ¡Me molesta ese sonido y lo sabes! —Me llevé las manos a las orejas, envolviéndolas.

—A ver, cosa, si te molesta que rasque, vete de aquí. Ya se fueron los chicos del orfanato y tienes que levantarte a barrer. Anda, levántate, cosita. ¡A barrer! —canturreó usando su voz deshumanizada y hartante.

Me levanté de la cama de mala gana.

—Te detesto —bufé mientras me borraba parte del rostro con la mano.

Alguien tocó la puertecilla del ático, por lo que el suelo tiritó con el llamado.

—¿Gyuri? ¿Estás enferma? ¿Por qué no te has levantado?

Suspiré al escuchar a Aeris. No estaba enferma; de hecho, dudaba poder enfermarme con esa resistencia y, aunque la pena no había disminuido ni un poco, sabía que dos manos menos para las labores

del hogar harían la diferencia, y Delfina no merecía tener que alimentar a otra boca que no contribuía al orfanato.

—Voy enseguida, Aeris —le anuncié.

Cuando regresé a las estancias de la casona, cargué kilos de ropa hacia la lavandería, anoté las instrucciones que Delfina me había dado y las seguí al pie de la letra. Mientras enjabonaba las prendas hasta que las manchas de tierra finalmente desaparecían, Aeris se acercó y me trajo más vestidos que eran diferentes a los que siempre había visto en las niñas. Continué con mi tarea, enjabonando la tela y sumergiéndola en el agua.

—Es una fortuna tener estanques de agua con estos ríos naturales. ¿Sabes lo que deben hacer los de otras ciudadelas para conseguir agua? —Negué con la cabeza, sumida en mis pensamientos—. Tienen que extraer el agua de los pozos subterráneos. ¿Te das cuenta de lo asqueroso que es eso? —Aeris me miró, chasqueando la lengua del asco—. Bueno, no todos tienen que hacer eso. Los de las aldeas de la costa pueden obtener agua del mar y convertirla en dulce, condensándola con fuego. Es bueno que haya regresado la lluvia, aunque varios aldeanos de esos lugares perderán su trabajo.

Después de un rato, me dirigí a Aeris para preguntarle sobre el nuevo vestuario.

—¿Estos vestidos? Son para la víspera de Cornelius. Es una fecha importante porque es el cambio de siglo, pero este año será un ruego a la diosa Nylena. Será una festividad en la que rendiremos tributo a la diosa, con velas, para que nos devuelva el sol, la lluvia, las nubes, las estrellas... «El ruego por el fin de la noche eterna». Para que nos devuelva la luz, pues.

Asentí con comprensión y continué lavando un par de prendas más. Eran brillantes, de tonos azules y oscuros. Tenían una enagua voluminosa debajo, tan amplia que parecía que uno podría perderse dentro de ellas si se adentraba.

—Es mi primer cambio de siglo —celebró Aeris, con los ojos brillantes.

—Naturalmente. —Sonreí con pocas ganas.

No estaba demasiado interesada en ese rito, tampoco pretendía quedarme mucho más tiempo. Lo único que me había mantenido atada a aquel sitio era Cyrone, pero ya me había quedado claro que yo era prescindible para él. Debía buscar a mi familia, aunque tuviera que hacerlo sola. El asunto era ¿cómo?

—Es una época romántica.

Mi corazón resintió esa palabra. La miré confundida, sin comprender por qué un cambio de siglo necesariamente tenía que ser romántico, y justo en mi contexto.

—Escucha, en la víspera del cambio de siglo las parejas de Dregonia se comprometen. No sé si sabes que los bebés son una ofrenda a la diosa Nylena. Queremos repoblar Melcior de humanos antes de que regrese el cielo.

—Ah, ¿sí? —*Menudo ritual ridículo*, quise decir—. ¿Cómo se comprometen las parejas en la víspera de Cornelius?

—¡Habrá un baile con velas! —me explicó Aeris, entornando los ojos—. La tradición dicta que si alguien se acerca y apaga la vela que tienes entre las manos, es una confesión de amor —añadió con emoción en su voz—. Si le permites encenderla de nuevo, con el fuego de su propia vela, estarás correspondiendo a sus sentimientos.

¿Te das cuenta? La luz significa vida. Cuando permites que alguien encienda tu vela, es una propuesta para crear vida juntos.

Mientras Aeris me contaba la tradición y yo luchaba con la imagen de Cyrone sosteniendo una vela, Glorie se acercó con más ropa sucia.

—Gyuri, ¿puedes lavar estos? —Le sonreí, «por supuesto».

—¡Glorie! ¡Ven conmigo! ¡Tengo que mostrarte un dibujo que hice! —le dijo Aeris, llevándose a la pequeña de la mano.

Una vez sola, me arrepentí de haber aceptado lavar más ropa cuando encontré una de las camisas de Cyrone entre ellas. La tomé en mis manos e hice todo lo posible para no acercarla a mi rostro. Fallé, el aroma a tierra mojada no hizo más que acongojarme todavía más. ¿De dónde habían nacido esos sentimientos? ¿Por qué era como si mi cuerpo viniera con ellos por defecto?

Había tenido tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que me había contado. Si alguna vez había tenido un hijo, si había sufrido además la pérdida de la humana que se lo había dado, seguramente la idea de enamorarse de nuevo lo aterraba. Empatizaba con él, y aún lo quería..., pero no podía forzarlo a quererme de vuelta.

Cuando terminé de extender la última prenda subí al ático en busca de mi libro rojo. Me sentí avergonzada de haber abandonado al hombre de esas páginas por concentrarme en uno que no me correspondía. Quizá verlo de nuevo me daría ánimos. Agarré el tomo y bajé para leerlo. Si me quedaba encerrada en mi habitación, seguramente volvería a hacer llover.

Quizá no lo haré, pero es desesperante sentir que te amaré por el resto de mi vida.

Me tembló la boca y reposé el rostro en mi puño.

—Gyuri, ¿te sientes mejor de tu resfrío? —preguntó Delfina al verme sentada en el comedor. No poder derramar lágrimas era conveniente para mí. Asentí y le di las gracias por la preocupación—. Me alegro de que estés de pie, para que veas este milagro. —Delfina apartó las cortinas de la ventana, permitiéndome ver el exterior—. ¿Sabías que no ha parado de llover? Digo, a veces se detiene, pero vuelve sin falta. ¿Crees que esta sea una bendición de la diosa Nylena?

—Por supuesto que sí. —Le ofrecí una sonrisa amarga.

Cuando ella volvió a sus labores, volví a leer.

Mis deseos y sueños superfluos se encogen al oír tu risa, y dan un paso atrás.

Suspiré y llamé la atención de Polett, quien llevaba una mopa en la mano. Pensé que me apuntaría con ella como si fuera una lanza, pero simplemente se acercó, curioso, y se sentó frente a mí en la mesa.

—¿Qué es eso?

—Un libro —le contesté con pocas ganas.

El niño subió la mitad de su cuerpo en el madero de la mesa, con tal de ver bien lo que tenía en mis manos.

—¿Qué son esas cosas? —Apuntó hacia las letras—. ¿Qué tienen de divertido o por qué las miras tanto?

Recordé que Evren me había dicho que en Dregonia estaba prohibido que los niños aprendieran a leer.

—Estas son palabras. Si unes las letras, producen un sonido —le expliqué—. Por ejemplo, la F con la A hacen un FA. —Giré el libro en

su dirección y le apunté la sílaba con el dedo. El niño se acarició el mentón mientras la analizaba.

—¡Claro! ¡Esos son los garabatos del capitán Cyrone!

Escuchar su nombre me hizo aflojar el cuerpo, como un ataque eléctrico. Fruncí el entrecejo hacia el niño, sin comprender qué había querido decir.

—¿Garabatos de Cyro... ne?

—Siempre, pero siempre —enfatizó—, espío lo que hacen los altos cargos de la Guardia. Lo hago porque quiero aprender a imitarlos y un día ser ellos. Es mi misión en la vida. Bueno, el capitán solía encerrarse hoooras en su habitación a dibujar garabatos en ese... ¿libro? Es bueno saber ahora cómo se llama. —Polett se cruzó de brazos con orgullo.

—Fu... furzacabrón —espeté.

—Interesante palabra, pero ¿qué quiere decir? ¿Es que acaso es un dialecto, o tal vez...?

El niño continuó hablando, pero sus palabras se desvanecieron en un torbellino de confusión en mi mente. Sin embargo, la revelación me golpeó con la fuerza de un rayo, aunque en retrospectiva debería haber sido evidente para cualquiera. ¡Cyrone estaba en Riveria el día en que nos conocimos! Cyrone, el enigmático hombre, había estado en mi propia ciudad todo ese tiempo. Una oleada de asombro me inundó y no pude evitar cubrirme la boca ante la sorpresa. Un impulso visceral me invadió, instándome a salir corriendo tras él, a exigirle explicaciones. Pero la razón rápidamente me recordó que él estaba ahora a una distancia inalcanzable del orfanato, en el islote más distante y apartado de la ciudad.

—¡Gyuri! —Polett chasqueó su dedo frente a mi rostro, despertándome—. He tenido una iluminación. Aquí, en este libro rojo, deben estar los secretos del capitán. Aquí debe decir con exactitud todo lo que hizo para ser tan hábil con la lanza. ¡Enséñame a leer!

Permanecí mirándolo durante un largo rato y enseguida supe cómo ocupar el tiempo hasta que Cyrone regresara.

En una sola tarde, todas las niñas se habían reunido alrededor de mí para leer lo que tenía entre manos: un libro que Aeris le había pedido a Crod.

Les expliqué de la forma más simple que ciertas líneas juntas podían formar ideas. Les resultaba difícil creerlo, debido a que iba en contra de todo lo que conocían; sin embargo, se esforzaban e identificaban qué símbolos eran diferentes de otros. Una vez que pudieron distinguirlos, comprendieron cómo leer una palabra.

—Flo-reh —leyó en voz alta Jaci, una niña de seis años que tenía ricitos parecidos a los míos, pero castaños.

—¡No! ¡*Floressss*! —exageró Polett para corregirla.

—¡*Floressss*! —imitó Jaci.

Sonreí orgullosa.

—Gato —leyó Glorie cuando fue su turno de leer una de las palabras, y las niñas la miraron como si hubiera hecho magia con su voz.

—¿Cómo hiciste eso? —le preguntó una de ellas.

—¿Cómo hice qué? —respondió.

—¿Cómo descifraste que ahí dice «gato»? —insistió la niña.

—¡Literalmente, Gyuri nos acaba de enseñar cómo! —obvió ella.

Marguet le arrancó el libro de las manos a Glorie y buscó el «gato» escondido en aquella «lista de garabatos».

—Esto es magia pura —intervino Polett—, pero yo dije que quería aprender a leer para descifrar la bitácora del capitán Cyrone.

Negué con la cabeza.

—No vas a entender la letra de Cyrone si no aprendes a leer de libros escritos con letra legible, como este. —Le mostré la novela que me había devuelto Marguet—. Además, este libro es para adultos, es decir, para jóvenes mayores de dieciocho años.

—¡Pero yo ya tengo once! —gritó Jaci.

—¡Y yo seis! —gritó Glorie.

—No me están entendiendo, ¿verdad? —susurré mientras masajeaba mi entrecejo.

—¿La bitácora de Cyrone habla de obscenidades? —Polett preguntó, lo que provocó que las niñas se escandalizaran y yo soltara una risotada.

—Podrías decirlo así, sí.

—Puede ser relevante para combatir. Anda, léelo para nosotros —dijo Polett—. O le diré a Delfina que nos quieres leer un libro para adultos.

—¿Eso tiene sentido siquiera? —le pregunté.

En el instante en que no tenía más ideas para escabullirme, la puerta del orfanato se abrió de golpe y los varones bulliciosos entraron dándose empujones. Todos estaban secos. Suspiré, feliz de haber podido detener la tormenta, y reparé en lo alegre que había sido la tarde enseñándoles a las niñas.

Brodt se acercó curioso y vio a las niñas con la novela en las manos.

—¿Qué hacen?

Busqué a Cyrone con la mirada, sin embargo, no había rastro de él.

—Gyuri nos estaba enseñando a leer.

—¡Tremendo! —gritó el niño—. ¡Yo también quiero aprender a leer! Le escuché algo a un adulto de la Guardia el otro día. ¿Sabían que hay una realidad encerrada en cada libro?

Glorie se lo tomó literal, así que cogió la novela y la miró con desolación.

—Es un lugar muy apretado para vivir, pobrecillos los personajes...

—Chicos, Cyrone ¿dónde está? —los interrumpí y Brodt me prestó atención.

—Ah, el capitán dijo que iba a irse en el bote a algún lugar. Supongo... al islote prohibido —me explicó el niño, susurrando la última parte y cubriéndose la boca.

Le agradecí rápidamente y me puse de pie con el libro rojo en las manos. Salí corriendo de la casona y, al llegar afuera, noté que un bote estaba zarpando en ese preciso instante.

—¡Cyrone! ¡Espera! —grité, pero él ya se había marchado en la nave.

Corrí, tropezando en mi prisa, y me lancé hacia el lago, aferrándome al borde del bote. Cyrone por fin notó mi presencia y se sobresaltó ante mi acción impulsiva. Yo misma no entendía del todo qué estaba haciendo ni por qué, pero la desesperación me impulsaba, tenía que saber la verdad.

Empujé el libro rojo dentro del bote para que, a diferencia de mí, no se empapara.

—¡Gyuri! ¿Qué se supone que haces? —me preguntó el serafín cuando vio que el barco siguió navegando por el impulso involuntario que le di.

Mis pies perdieron contacto con el fondo y me sumergí en el agua hasta llegar a la clavícula, lo que me llevó a patalear desesperadamente. Maldita sea, no sabía nadar. Nunca había querido aprender, mucho menos después de haberme ahogado cuando niña en Riveria.

Cyrone agarró mi mano y me levantó con suavidad para subirme al bote junto a él. Una vez arriba, tosí como una loca producto del sabor amargo que tenía el agua que me había entrado.

Pronto la comezón empezó a intensificarse, y mi piel picaba tanto que perdí completamente la noción del tiempo.

—¡Estás loca por haber hecho eso! Quítate la ropa —me exigió. Yo lo miré horrorizada—. No es... El agua de Dregonia, sin hervir, es tóxica para los humanos. ¿O cómo crees que está el agua después de veinte años con gente tirando basura en ella?

—Pica, oh, cómo pica —me quejé, rascándome el cuerpo. Con la vaga iluminación apreció que mis poros se abrían y enrojecían.

—Quítate lo que llevas. —El serafín suspiró—. Si no te bañas no va a parar, volvamos al orfanato —dijo Cyrone mientras tomaba los remos. Sin embargo, lo detuve al instante.

—No. Tú y yo tenemos que hablar. Antes de que te niegues, no tiene que ver con mis sentimientos, que tanto te molestan. Se trata de otra cosa —le dije, acercándome tanto que mi proximidad pareció

intimidarlo, y mi determinación fue tan evidente que lo hizo encogerse un poco.

—Bien, como digas —afirmó y yo sonreí victoriosa.

—Y date la vuelta, quítate la capa y dámela. Me tengo que vestir con algo seco.

Cyrone se quitó la caperuza y se dio la vuelta para evitar verme mientras me desvestía.

—Eres una rara, por decir lo menos. ¿Quién te dio la autorización de darme órdenes de esa forma tan grosera?

—Yo misma me la he dado. Ayer me hiciste llorar, ¿se te olvidó?

Cyrone permaneció en silencio durante el resto del trayecto. Finalmente, llegamos al desolado islote de entrenamiento donde él podría mostrar su verdadera naturaleza sin preocuparse de que alguien nos descubriera.

—¿Este es el islote prohibido? —le pregunté, cubierta del todo por su capa. El cuerpo seguía picándome de una forma exagerada.

—¿Islote prohibido? —preguntó él.

—Brodt dijo que ibas a ir al islote prohibido.

—Niños —respondió encogiéndose de hombros con las manos guardadas en los bolsillos—. ¿De qué querías hablar, Gyuri?

Agarré el libro del bote y se lo lancé. Él no lo sostuvo, solo chocó con su cuerpo y rebotó en el suelo.

—Tu bitácora, ¿eh? Polett me dijo que tiene tu letra.

Él negó mirando el libro rojo desparramado en el suelo.

—¿Por qué me ocultaste que ese libro era tuyo? ¿Qué se supone que hacías en Riveria cuando lo perdiste allí? ¿Desde cuándo me habías estado espiando?

Cyrone suspiró y extrajo del bolsillo una cajetilla de cigarrillos, la cual le arrebaté furiosa.

—¡Responde!

—Necesito eso —me dijo apuntando la cajetilla—. Esta será una conversación difícil, como varias que he tenido contigo y que parecen nunca terminar.

Lancé la cajetilla contra el libro, y susurré: «levántalo, entonces, no dejes tu bitácora en el suelo tampoco».

—Te sigue picando el cuerpo, ¿verdad? —me preguntó Cyrone, tomando la cajetilla y el libro.

—Cada maldito rincón de mi cuerpo pica. Estoy hinchada en todas partes —reconocí.

—Por eso estás tan insoportable.

Asentí y él sonrió.

—Tienes suerte de que haya llovido tanto la última noche, acompáñame —me dijo, encendiendo el cigarrillo y caminando hacia el lado contrario.

—Eres un desalmado, maldito. ¡Cómo te odio! —grité siguiéndole el paso.

Un enorme bote abandonado, ahora repleto de agua debido a la tormenta, se alzaba ante nosotros. A diferencia de los tradicionales de madera, este era de metal. Cyrone encendió una fogata a su alrededor y el agua comenzó a calentarse. Lo miré con desconfianza, pero cuando finalmente decidí quitarme la capucha y sumergirme en la bañera improvisada, mi piel encontró alivio por fin. Suspiré de satisfacción mientras el agua alcanzaba mis hombros. Cyrone permaneció de espaldas todo el tiempo y cuando por fin comprendí el porqué, me ruboricé. Estaba desnuda.

—Me... me voy a cocinar en este bote, ¿no crees?

—Apagaré las llamas antes de que el agua comience a hervir, no te preocupes.

Me sumergí aún más, hasta que el agua alcanzó mi nariz. El vapor comenzó a elevarse, empañando mi visión. Me sentía tranquila, a gusto; podía expresarme sin ser un verdadero dolor de cabeza.

—Lo siento, no quería maltratarte. Fueron la picazón y la rabia. ¿Puedes contarme qué hacías en Riveria? ¿De qué se trata ese libro?

Cyrone dejó salir el humo de su boca y me miró por el rabillo del ojo. Me hundí un poco más en el agua.

—Tengo que recorrer todo Melcior, Gyuri, cada cierto tiempo. Soy el serafín de la tierra, y seguí hasta caer en Riveria. Era una ciudad preciosa, la única que había sobrevivido a las gélidas, por supuesto que me iba a quedar ahí unos días.

—Entonces... fuiste tú... cuando caí del barranco...

—Me sorprendió encontrarte, Gyuri. Cuando falleció Lummina no sabíamos que ella había dejado una querubina escondida, ni que su poder había sido heredado tras su muerte. Encontrarte fue un respiro. —Cyrone dejó escapar el humo por sus labios—. Pensaba dejarte vivir tu vida allí, no te iba a arrancar para imponerte ser una serafina. No te voy a mentir, sentía curiosidad por ti y te espié un par de días, hasta que Neblina te encontró. Supongo que te habrá encontrado por seguirme el rastro. Lo siento mucho por eso.

—Ese libro... ¿a quién le hablabas?

Cyrone esbozó una sonrisa melancólica dirigida al suelo antes de explicarme.

—La madre de mi hijo. La perdí, y cuando me siento realmente mal solo puedo escribir. Así que todo lo que leíste era mi desahogo.

Lamento haberte llenado de todas esas cursilerías. Es solo que... me costó dejar de sufrir su pérdida.

Una pizca de celos brotó en mi pecho mientras mi mirada se perdía en el agua burbujeante.

—¿Todavía la amas? —pregunté, esta vez con un poco más de empatía y menos egoísmo. Cyrone era un hombre de mucha vida pasada, debía respetarlo. ¿A cuántas habría amado en su pasado? Lummina, la humana madre de su hijo, ¿alguien más después de ellas o incluso antes?

Él asintió y se acercó al bote, sentándose en el borde, todavía de espaldas.

—Cuando a quien amas fallece, tu amor se vuelve inmortal, eterno, inagotable.

—Eso suena como algo que hubieras escrito en el libro. —Sonreí.

—Lo leíste mucho, ¿no es así?

—Me lo sé de memoria, Cyrone. De hecho, hay un pasaje que no comprendo. ¿Qué es eso de: *Mi divina princesa de cornamenta plateada. De ricitos blancos como la nieve*?

Cyrone abrió los ojos de par en par y se cubrió la boca.

—Eso... eso no era sobre... Bueno, Gyuri, es obvio, ¿no? Eres una mujer muy atractiva. Eso lo escribí mientras estaba en Riveria mirándote de lejos.

—¡¿Qué?! —Chapoteé en el agua de la impresión. El calor abarrotó todo mi rostro, y no exactamente por el agua caliente—. ¿O sea que eso sí iba hacia mí?

—Solo soy un joven de... siete siglos, y aún me dejo llevar por los caprichos. Eso no lo he perdido. Bueno, Gyuri, eso sí que es ridículo, ¿no crees?

—Creo que es adorable —murmuré y sonreí.

Él me miró por primera vez y, de repente, lo salpiqué de agua.

—Lo siento, lo siento, lo siento —dijo, cubriéndose el rostro.

Exhalé el aire, conteniendo la vergüenza, y decidí contrarrestar lo que acababa de hacer, venciendo mi baja autoestima.

—No. Está bien, puedes mirarme. Quiero que lo hagas.

—¿No te he dicho ya que no está bien que cualquiera vea tu cuerpo, Gyuri? —me reprendió con tono serio.

—Lo sé —respondí en un susurro dulce—. Sí lo sé.

Cyrone se volteó con reticencia, pero al verme me observó con detención. En ese instante me di cuenta de que su mirada me recorría por completo. Podría haberle exigido que cesara, que no siguiera trazando mis contornos difuminados bajo el agua, pero encontraba placer en ver cómo sus pupilas brillaban al intentar enfocar mis curvas y captar el matiz de mi piel. ¿Qué pasaba por su mente en ese momento? ¿Estaría pensando en mí de la misma manera en que mis impulsos humanos lo hacían sobre él?

—Viste varias veces tu libro en mis manos, ¿por qué nunca me dijiste nada? —pregunté.

—Porque estabas enamorada de ese libro, ¿qué querías? ¿Que hiciera que te enamorases de mí como una idiota?

—Cierto, solo una grandísima idiota se enamoraría de ti.

Me callé y traté de aguantarlo lo que más pude. Suspiré profundo y, como si estuviese sollozando, arrastré mis palabras:

—Soy una grandísima idiota.

Él asintió y esbozó una sonrisa que apenas se curvó en la comisura de su labio.

—Yo también lo soy, aún más idiota que tú.

La llovizna nos acarició las cabezas.

—Ya no llores, por favor —me rogó con una congoja que parecía genuina.

Pero me hundí más en el agua y la llovizna se intensificó.

—Te lo he explicado. Sabes por qué los serafines no deben enamorarse, ¿verdad? —Él intentó razonar conmigo, con tacto y dulzura. Negué con la cabeza, mordiéndome el labio para contener mis emociones.

Cyrone se me acercó con su capa extendida y me la ofreció para envolverme apenas me puse de pie. Acepté su gesto, permitiendo que me arropara con ella, evocando el recuerdo de cuando nos conocimos por primera vez. Me preguntaba qué podría haber hecho de manera diferente para que cambiase de opinión. Él me envolvió en un abrazo, y aunque al principio me sentí tensa entre sus brazos, luego me volteé hacia él y se lo devolví.

—Lo siento mucho, nono —le escuché decirme.

24

—¡No estás sosteniendo mal! ¡¿Nunca aprendiste a tomar

una lanza correctamente?!

—No seas injusto —respondí mientras el sudor corría por mi rostro —. ¡Estoy aprendiendo ahora!

Polett se me acercó con grandes zancadas y me miró con el ceño fruncido. Tomó mis manos y las posicionó de la forma más incómoda imaginable sobre la vara de madera.

—Así, Gyuri, así.

Me mantuve en esa postura un largo momento y no relajé los brazos hasta que el niño la aprobó con un asentimiento. Todo mi esfuerzo se liberó en un suspiro. «El corazón no puede doler si estás exhausto», decían las novelas que me encerraba a leer en la noche, y por eso decidí perfeccionar mi destreza con la lanza durante varios días seguidos, en las afueras de la casona del orfanato. Polett estaba dispuesto a ayudarme y yo necesitaba toda la preparación disponible para enfrentar el resto del recorrido sola.

Miré a Pol y me incliné ligeramente para masajearle el entrecejo.

—No te formes arrugas, eres tan solo un niño. —Le sonreí—. Tendrás toda la vida para tenerlas, si te parecen lindas.

—Lindas no, útiles —me corrigió—. El comandante Xylo las tiene bien marcadas, y no tienes idea de lo intimidante que lo hacen ver.

—Delfina también las tiene, y te aseguro que no le quitan ni un poco de ternura.

—Es distinto cuando eres un hombre. —El niño infló el pecho y retrocedió. Me dejé caer al suelo, reposando mis rodillas en el pasto —. Oye, ¿quién te dijo que podíamos descansar? Aún eres pésima con la lanza.

—Solo un descanso. Quiero conversar un momento. —La mirada indignada del pequeño me hizo reír, así que le hice un gesto con las manos para que se calmara—. ¿Te parece si hablamos sobre el comandante Xylo?

Polett se sentó a mi lado con las piernas abiertas y el rostro gacho. Sonreí satisfecha y ladeé la cabeza al verlo. Sabía que no se resistiría a hablar sobre ese tema.

—¿Sabes de dónde proviene ese hombre?

—Pues, dicen que viene del oeste de Melcior, de un lugar muy lejano, así que todo su pasado es un verdadero enigma —comenzó a hablar, pausado y en un tono serio. Le presté toda mi atención, apoyando el mentón en mi mano—. Tengo mis teorías. ¿Cómo consiguió atravesar las tempestades y la sequía desde tan lejos y sobrevivir?

—¿Cuál es tu teoría? —pregunté.

—Yo creo que Xylo voló hasta aquí montado en un dragonarto.

—¿Y por qué no habría sido devorado por el dragonarto?

—He ahí la otra parte de mi teoría. El comandante Xylo se crió con dragonartos —asintió el niño, bastante seguro de su conclusión.

—Ah, pues... ¿y por qué los combate en la Guardia? Tiene que matarlos, ¿no? ¿Cómo podría hacer eso si ellos son su familia?

—Mis teorías son limitadas, Gyuri. No tengo idea.

—Puedes descartar esa, pequeño genio —le dije, desordenándole el cabello.

—Mi segunda teoría es que el comandante Xylo es un indecible.

—¿Un indecible, dices? —Me convenía fingir ignorancia para que me explicara.

—Los indecibles son criaturas enviadas por el Empíreo para forzar a los humanos a hacer el mal. Dicen las leyendas que tienen cuernos en la cabeza y orejas puntiagudas. De hecho, se dice que el mundo anterior acabó por culpa de ellos. En fin, ¿te has dado cuenta de que el comandante jamás se quita la capucha?

—Mmh, yo tampoco me la quito. —Me escondí aún más en la capa que tenía puesta—. Yo también uso siempre la capucha y no escondo nada. No creo que el comandante Xylo esté ocultando algo como...

—El comandante Xylo llegó de las afueras a Dregonia y se hizo con el mando de la Guardia y de la ciudadela por completo —me interrumpió Polett—. ¿Cómo iba a lograr eso en tan poco tiempo? ¡Debe estar ocultándonos algo! Algo que a mí me hace falta para hacerme con el cargo de comandante.

Era un poco divertido saber que Polett aspiraba a ocupar ese mando con tan solo nueve años.

—¿Y se te ocurre alguna manera de descubrir lo que oculta? —pregunté temerosa. De pronto, sin contestar a mi pregunta, Polett se puso de pie en estado de alerta.

Me observó desde su posición y guardó silencio. Cuando traté de hablar para preguntarle qué sucedía, me calló con un siseo agresivo y me mostró la palma para indicar que me detuviera. Luego levantó la lanza como pudo y apuntó hacia un arbusto.

—¡Capitán! ¡¿Qué hace usted espiándonos?!

El grito súbito y potente del pequeño me sobresaltó, pero más aún cuando me giré hacia el arbusto y de él salió el serafín con las manos guardadas en los bolsillos. Al enfocar su rostro me volteé hacia el lado contrario, evitando que nuestras miradas se encontraran.

—Vaya, eres muy ágil y despierto, Polett —dijo Cyrone mientras se acercaba.

Escuchar su voz me era difícil, tal vez demasiado.

—De eso nada, usted mismo nos dijo que los guardianes no nos inmiscuimos en los asuntos de otros.

—¿Crees que los voy a dejar solos cuando están practicando con un arma tan peligrosa? Que, por cierto, no imagino de dónde me la robaron.

—N... no cambie el tema —balbuceó Polett, tirando la lanza directo al suelo—. Usted no sigue sus propias reglas. Siempre acecha a Gyuri. Siempre la está observando y está pendiente de lo que dice y hace. No crea que no me doy cuenta.

—Yo no... —trató de decir el serafín, perdiendo por un segundo la compostura antes de recuperarla.

—¡Claro que sí! Yo lo observo, capitán, y cada vez que esta chica dice algo, usted reacciona de algún modo.

Mi pecho se apretó al escucharlo. Los últimos días habían sido difíciles para mí, debido a la indiferencia con la que Cyrone me había tratado desde nuestra última conversación. Saber que realmente no era así, y que de manera constante me observaba, reconfortaba mi corazón. Me volteé apenas un poco para mirarlo, y pareció como si mi breve mirada lo atravesara, algo que Polett notó de inmediato. La

expresión del serafín se ensombreció cuando el niño empezó a gritar:

—¡¿Lo ve?! Soy un futuro comandante y un guardián debe ser observador. A mí no se me escapa nada. También he intentado imitar sus pasatiempos para hacerme más fuerte, pero créame que he analizado a Gyuri y todavía no comprendo la fascinación que siente por ella.

—Oh, gracias, Pol —le susurré con una sonrisa avergonzada.

—Bueno, Polett, como tú digas. Ahora vuelve a la casona, Delfina ya está acostando a los niños.

Después de unas cuantas palabras más y la actitud renuente de Polett, el niño decidió cumplir con la orden y regresar al orfanato. Una vez solos, la compañía de Cyrone y su silencio comenzaron a volverse demasiado pesados para mí, así que me puse de pie, sacudí la tierra de mi capa y me dispuse a marcharme.

—Espera, Gyuri. —Me detuvo cuando di el primer paso—. Escuché lo que dijo Polett.

—Y yo también escuché lo que dijo Polett. —Lo miré con los ojos entrecerrados y él suspiró.

—No me refiero a eso. Es sobre lo que hablaron de Xylo. No quiero que te acerques a él, bajo ninguna circunstancia.

Me giré hacia Cyrone con las cejas alzadas.

—Entonces sí que es un hombre sospechoso —espeté.

—Él es agresivo —replicó—. Te haría sufrir si te atrapa.

—Ese hombre no tiene por qué hacerme daño.

—Lleva mucho tiempo vigilándome; si cree que eres importante para mí, pondrá los ojos en ti.

—Entonces dile que no te importo en lo más mínimo y estaré bien —respondí, dando un paso hacia él.

—Si le digo eso, mi mirada me delatará y sabrá que miento.

Cuando intenté responderle, la voz se me cortó y tuve que llevarme una mano al pecho. Cyrone dio un paso hacia mí, aparentando desinterés por mantenerse cerca y hacer chocar su respiración contra la mía. Tragué saliva al darme cuenta de que los latidos de mi corazón resonaban por todo mi cuerpo. La mera idea me enloquecía: él se preocupaba por mí y quería protegerme, tanto que podía ver la frustración y desesperación reflejadas en su mirada.

—Necesito que estés a salvo, por favor, aléjate de él.

Incluso con su hermosa expresión suplicante a centímetros de mí, no quería abandonar mi interés, especialmente cuando mi instinto indicaba que había algo oculto tras la enigmática figura del comandante de Dregonia.

—Cyrone, hace unos días encontré un libro en la librería de Crod. Estaba escrito a mano por un grupo de antiguos escribas de Dregonia. Algunos piensan que Xylo viene de Riveria, mi ciudad natal. Sé que suena tonto, pero creo que podría estar de alguna manera conectado con mi familia y con el hecho de que hayan estado encerrados en esa ciudad, y...

—Gyuri. —Su voz resonó entre dientes mientras sostenía mi rostro con ambas manos, como si quisiera hacerme entrar en razón—. Él no tiene nada que ver con tu familia.

—Pero...

—Confía en mí, por una vez en tu vida. Te lo pido.

Permanecí en silencio, sin querer apartar sus manos cálidas y ásperas de mi rostro. Lo observé, y estoy segura de que mis

sentimientos llegaron a él, porque pronto los rechazó y me dejó ir. Carraspeé y me acomodé el cabello que me caía por la frente.

—Está bien, tienes razón, me alejaré de él —contesté mientras Cyrone se volteaba hacia otro lado, ocultando la expresión de su rostro. Solté una risa nerviosa—. Tal vez la sensación de no estar haciendo nada por buscarlos me esté volviendo un poco loca.

—No te preocupes. Partiremos hacia Riorense en tres días. Ya no tendrás que esperar más.

Al decir eso pasó por mi lado, tensando de nuevo mi cuerpo, deteniendo mi corazón que parecía latir solo cuando él lo decidía. ¿Estaba dispuesto a seguir a mi lado?

Me sentía mal por haberle mentido, pero no me arrepentía de haberlo hecho.

Hacía tiempo que Cyrone no me compartía de su iridia y, sin embargo, me sentía fuerte. Mis dedos tenían soltura y movilidad, y mis piernas daban pasos incluso más firmes que antes. Tal vez mis sospechas sobre el comandante mantenían viva la llama de esperanza de reencontrarme con mi familia. Después de un largo viaje, por fin tenía una pista, y a pesar de haberle prometido a Cyrone que no investigaría a ese hombre, no dejaría de hacerlo.

Cerca de la hora de la pernoctación me descubrí mirando el horizonte de Dregonia, tan acogedor bajo el cobijo del domo de árboles. La brisa chocó contra mi rostro y pensé en lo bien que me sentía en ese lugar. Volví a la casona y antes de entrar me detuve a mirar a través del ventanal que daba al salón, conocido también como el «cuarto del arte» por la cantidad de dibujos pegados en las paredes. Vi a Cyrone levantando a uno de los más pequeños, que gritó y rio al verse en las alturas. Bajo la caperuza negra, pude notar

su sonrisa. No solo me llenaba jugar con los niños, oír sus ocurrencias y ayudarles a ampliar su mente al leer, sino que también me reconfortaba ver a Cyrone reír tan despreocupado entre todos ellos. Me sumí en esos pensamientos y comencé a dudar: ¿y si investigar a Xylo no tenía ningún fundamento? ¿Y si solo estaba buscando excusas para quedarme un poco más?

No iba a permitir que la ilusión de una vida junto a Cyrone me apartara de la realidad por la que debía luchar. Me aferraría con todas mis fuerzas a la esperanza de reencontrarme con mi familia, aunque eso implicara perder nuevamente mi iridia y la capacidad de caminar. *Ellos son mi verdadera iridia, mi única razón para seguir, y ni un poco de placer o felicidad me hará renunciar a ellos*, pensé mientras me sumergía una vez más en aquel océano de amor, en las voces pequeñas que me recibían con calidez. Fue más difícil de lo que imaginé aceptar que la felicidad podía estar en otro lugar, entender que el mundo era vasto y, por eso mismo, perfecto para mí.



Al día siguiente, después de no encontrar libros nuevos y de lenguaje sencillo para continuar las lecciones de lectura, le sugerí a Aeris que me acompañara a recolectar los insumos de comida y, de paso, visitar la librería de Crod para devolver los ejemplares y obtener algunos con dibujos y relatos infantiles. Como era de esperarse, aceptó de inmediato.

El señor Crod había instalado una campanilla que tintineaba cada vez que la puerta se abría, y al llegar nos anunció. La pequeña Solar,

al escuchar el tintineo, saltó al recibidor para saludarnos junto con Travis, su conejo de peluche.

—¡Pue' mire! ¡Creí que no volvería a verla jamá'! ¡Gyuricilla! ¡Y ahí e'tá la versión mujer de don Evren Scratiria!

—Ugh, no puedo creer que me llame de esa forma —murmuró Aeris, ante lo que no pude evitar sonreír.

—No se preocupe' honona, lerek hami. Le aseguro que no se parece en nada a su hermanote.

—Gracias —contestó Aeris, arrastrando una risita encantadora.

Yo me quedé un tanto curiosa al escuchar el idioma extraño que soltó de pronto el señor Crod.

—Por cierto, Gyuricilla, uste' no me dio ningún apellío.

—Es que no tengo apellido —le expliqué, y él soltó una risotada, como si acabara de escuchar el chiste del siglo.

—¡Entonce' problema' familiare'! Corset de hama.

—Ese idioma ¿es Melciano? ¿O acaso...? —preguntó Aeris.

—Justamente lo segundo que iba a decir uste', ¡dialecto del oe'te de Melcio'! ¡Todo lo que entonce' se congeló tra' el diluvio!

Maravillada, lo escuché hablar como si estuviera a punto de revelar un secreto.

—¿El oeste? ¿Se refiere a Riveria? —me atreví a preguntar.

—No, no. Mucho ma' allá. Riveria e' el centro de lo que llamamo' Melcior, pero en el otro hemi'ferio había de to'. Yo vengo de un pueblo mucho má' lejano, llamao' Hamá.

Era evidente que había mucho más allá de Riveria, pero escucharlo me hizo sentir diminuta otra vez. Fue entonces cuando la pequeña Solar dejó su conejo de peluche en manos de su padre,

buscó entre los estantes y encontró una enciclopedia gigante que, como pude imaginar, estaba escrita en el dialecto que hablaba Crod.

—Yo nunca aprendí e'te idioma raro. Mi' padre' siempre me decía' que había que preservar nuestro idioma y nuestra raí' —nos explicó el hombre abriendo el libro de par en par, desglosando un enorme mapa que estaba dibujado a mano, con largos mares que separaban dos enormes pedazos de tierra.

El continente era uno solo, pero la ciudad flotante de Catarbella, ubicada en el centro del océano Riorense, lo dividía visualmente en dos partes. Por esa razón el territorio aparecía separado en el mapa, con cada mitad mostrada en una página diferente.

En el momento en que encontré Dregonia, como un pequeño espacio delimitado en la cartografía, me horroricé al pensar en toda la gente que había muerto tras el Gran Diluvio. Melcior era enorme, ¡gigantesco! Y ahora no había nadie más allá de Entrita, una porción mínima en comparación con todo lo que quedaba más allá de esa área limítrofe.

Pese al horror de imaginar toda la vida terrestre que fue arruinada y extinguida por aquel suceso, también me invadió una gran curiosidad y emoción por la cantidad de posibilidades que se abrían ante nosotros. Si yo podía crear el cielo otra vez, eso significaría ampliar el horizonte a niveles impensables. Habría millones de paisajes por crear en un inmenso lienzo en blanco en el que los serafines seríamos los artistas. En ese momento, cuando creí que jamás apreciaría mi propia naturaleza, el gozo de la creación, que tal vez estaba inculcado en mí desde el nacimiento, me entusiasmó como pocas cosas lo habían hecho antes.

Aeris se percató de ello, y por alguna razón sospeché que las preguntas insistentes que le hacía al señor Crod acerca del antiguo mundo, se debían a mí.

—¡Cuéntenos más, señor Crod! ¿Usted recuerda cómo era el oeste de Melcior?

—No señorita Aeri', le recuerdo que yo era un infante cuando mi familia migró aquí.

Di vuelta la página y, aunque no podía leer las letras, los dibujos despertaron mi curiosidad. Entre ellos encontré una pintura perfectamente detallada de una figura femenina tan hermosa que me dejó sin aliento. Su cabello largo y oscuro, rizado hasta la cintura, sus pupilas grises y su piel tan blanca como el paisaje riveriano me hipnotizaron; pronto me di cuenta de que era la diosa Nylena, recordándola de uno de los tantos libros ilustrados que tenía en casa.

Solar se subió sobre mi regazo para alcanzar la altura de la mesa y, con el libro a la vista, apuntó hacia la imagen de la diosa Nylena para luego dirigir su dedo hacia Aeris, quien detuvo su palabrería al sentirse aludida. Aunque la pequeña no pronunció palabra alguna, sus gestos hablaron por ella y, como si fuera un traductor, su padre interpretó el mensaje para nosotras.

—Sí, Solcita, la señorita Aeri' se parece un montón a la diosa Nylena.

La joven negó avergonzada ante tal comparación.

—¡No! —Se rio con incomodidad—. No es normal que comparen a una simple humana con la diosa Nylena. Por favor.

—No está tan lejos de la realidad, Aeris, tienes facciones muy parecidas —secundé yo, tomándome el análisis muy en serio. Al

menos con la imagen que había en el libro, los rostros de ambas calzaban casi a la perfección; solo distaban el color y estilo de cabello.

—Andas muy graciosilla, Gyuri —me respondió con un tono de broma—. Solcita, nunca había escuchado ese apodo tuyo. ¡Solcita! —le dijo a la niña, pellizcando su moflete—. Es hermoso.

—Solar viene de la palabra sol —le dijo el señor Crod—. Ante' había un sol tan brillante como e'ta niña en el cielo.

—¿Un sol? —pregunté curiosa.

—¿Imagina e'te mi'mo cielo nublao pero, en su lugar, teñío de un profundo azul y con un enorme farol inagotable? E'e fue el cielo con el que nos bendijo el serafín Caelum. Con el sol no exi'tían pesadilla', ni miedo'. No había oscuridá'.

El padre acarició la coronilla de su hija con tanta dulzura que una insoportable nostalgia me invadió. Aun así, no pude evitar sonreír. La niña, un tanto avergonzada por ser el centro de atención, pasó las páginas hasta llegar a una sección del libro donde había toda clase de criaturas que yo nunca había visto. Sin embargo, había una excepción.

Solar señaló un nono en la página y luego me apuntó a mí. Todos rieron, menos yo, aunque no pude ocultar la sonrisa que se me formaba.

—Ya me habían dicho que me parecía a ese animal —reconocí con pesar.

—Solcita, es verdad que ambas son tiernas, pero Gyuri es mucho más linda que esa bicha —trató de defenderme Aeris.

Lo cierto era que hacía varios meses que aquel apodo había dejado de ofenderme; más bien, me provocaba una sensación

especial. Cuando alguien te nombraba de manera diferente a los demás, se llevaba consigo una parte de ti. Y esa parte de mí, llamada «nono», ya le pertenecía a alguien.

Suspiré profundamente para consolarme.

—Señor Crod, ¿sus padres tuvieron que aprender el idioma Melciano?

—Así e' Aeri' Scratiria. Y no se imaginará lo que le' cohtó. Mavelik Hehn.

—Debe ser aterrador tener que huir a un sitio donde no puedes comunicarte con nadie —opiné, aunque rápidamente el señor Crod se me adelantó.

—¡No e' tan difícil! Ante' cuando exi'tían mucho' idioma', no' comunicábamo' de di'tinta manera'. Por ejemplo, con el sonido de la' percusione'. Pero u'te' e' demasiao alvanika, demasiado joven para entenderlo.

—¡Mi madre me enseñó un poco de ese idioma! Es decir, solo me contó cómo decir algunas palabras —se corrigió Aeris.

—¿Sabe' decir su nombre en percusione' señorita Aeri'?

La joven meneó sus dos manos para aclarar que no.

—Solo sé decir cosas típicas como hola, gracias, ayuda... —Mientras Aeris se explicaba, la pequeña Solar dio tres golpecitos rápidos sobre la mesa, lo que llamó la atención de la joven—. ¡Sí, sí! ¡Eso es hola!

—Eso e' «ayuda» —le corrigió el señor Crod.

Solar soltó una incontenible risita que nos llamó la atención. Era dulce y aguda, como de cualquier niña, pero que a la vez guardaba un toque especial. Me quedé pensativa y toqué tres veces la mesa. Solar me miró sonriente, y el señor Crod respondió por mí.

—¿Necesita ayuda, Gyuricilla?

Meneé la cabeza mientras reíamos todos.

—Entonces ayuda son tres golpecitos cortos. Entiendo, lo voy a anotar —susurró Aeris a mi lado.

—Oh, por to' lo diose'. Chicuela', hoy no no' acompaña ni'uno. Maldito' indecible' —masculló el señor Crod, mientras se erguía en su posición para alcanzar una mejor vista hacia la ventana. Se puso de pie, el rostro pálido y la expresión alerta.

Las tres nos volteamos para ver lo que capturaba su atención, y lo que justificaba tantas maldiciones de su parte. En el momento exacto en que divisamos un bote cuya proa terminaba en punta, y cuando de él descendieron tres sujetos encapuchados, con la silueta oscura y estampados en todo el cuerpo con figuras de dragonartos, Aeris me agarró con fuerza de la muñeca.

Ella, con el aliento contenido, tiró de mí y me obligó a ponerme de pie. Antes de que pudiera siquiera cuestionar por qué me arrastraba con tanta agresividad, al llegar al mostrador me empujó en dirección al suelo para que me agachara.

Cuando intenté quejarme, Aeris puso su dedo índice en mis labios y siseó. Escuché la campanilla de la entrada mecerse y, como si la persona que había entrado tuviera la capacidad de propagar el caos con su mera presencia, de repente el ambiente de la tienda se volvió turbio.

Aeris quitó el dedo de mi boca, sabiendo que me callaría de todas maneras al escuchar aquellas pisadas firmes y aterradoras.

—Comandante, e' una sorpresa verlo por e'te lar. Cuénteme para qué me encargo. —La voz del señor Crod, que tiritaba al hablar, era la única pista que yo necesitaba para confirmar que aquel era el

comandante Xylo—. Treh anvari kase blovi... —susurró el comerciante.

Y ante la indescifrable orden que le murmuró su padre, la pequeña Solar trastabilló por la tienda hasta esfumarse por las cortinas verdes.

—Estoy en busca de una forastera, se dice que le enseña a leer a los niños del orfanato de la vieja Delfina. ¿Será que le suena de algo?

La voz más profunda que jamás había escuchado resonó por toda la sala sin aumentar su volumen. Al darme cuenta de que se refería a mí, sentí como se me erizaban los pelos bajo la capucha. La idea de saltar hacia él e interrogarlo para mi investigación se desvaneció debido a lo intimidada que me sentía. Las advertencias de Cyrone sobre alejarme de él calaron hondo en mi mente, y me di cuenta de cuánta razón tenía.

—No seño' qué va. Aquí ya lo' forastero' no se ven. Na' de na. Hace tiempo.

Un profuso silencio nos congeló a mí y a Aeris tras el mostrador. Tuve que cubrirme la boca para no soltar un suspiro. Me abstuve hasta de pestañear.

—Escúcheme, señor Boldery Crod. Las faltas graves de los forasteros las pagan mucho, mucho peor los encubridores de ellos. Porque yo no tolero ni trato con mentirosos. Piénselo bien antes de darme la misma respuesta, y es que no lo veo en condiciones de aceptar un pase libre al calabozo. Su hija necesita de comer, pero eso usted ya lo sabe. ¿Me doy a entender? ¿O a un muerto de hambre del oeste debe hablársele más lento? —Pude adivinar cómo se le formaba una sonrisa al hacerle la última pregunta.

Yo no había sido la amenazada, pero su tono me hizo tragar saliva.

Aeris, que no se atrevía a echar un vistazo, de pronto infló las mejillas y se puso de pie tras el mostrador, quedando al descubierto de todos. Pese a que jalé su falda para detenerla, ya era demasiado tarde.

—Deje a los niños fuera de esto, comandante —espetó con seguridad.

Al verla de pie, firme y sin titubear, decidí seguir su ejemplo y levantarme; dejarme ver. El problema es que temblaba, evidenciando mucho más miedo del que estaba dispuesta a mostrar.

Los ojos fieros de Xylo se posaron sobre mí. Aunque la capucha cubría la mitad de su rostro, otras características destacaban en su apariencia. Era corpulento, mucho más grande de lo que recordaba. Una barba dorada recorría su rostro desde el mentón hasta la patilla y la anchura de su espalda era monstruosa, tan amplia que dudaba que hubiera cabido por la puerta en primer lugar.

—La forastera. ¿No digo yo? Los oestianos tienen tendencia a la mentira —gruñó con una sonrisa, cuyo contraste dio más miedo que si lo hubiera dicho serio.

Aeris miró al señor Crod, y luego se volvió a Xylo.

—Él sabía de lo que era capaz de hacernos usted, señor, solo quería protegernos.

Abrí la boca de la impresión, pues no me creía que Aeris realmente le hubiera dicho eso en la cara. Como imaginé, el comandante avanzó hacia ella, amenazando con aplastarla a cada paso que daba. Un impulso me llevó a ponerme delante de Aeris para interponerme entre ambos.

—Ella so... solo está asustada —balbuceé cuando lo tuve tan cerca que me vi obligada a mirarlo hacia arriba—. Lamento esa falta de respeto y... ahora que me tiene aquí, ¿qué desea de mí?

Al ver su semblante salvaje tan de cerca, la teoría de que ese hombre despiadado se había criado con los dragonartos ya no me parecía tan descabellada como cuando la oí de Polett.

—Gyuri —murmuró Aeris, con una desesperación que estuvo a punto de convencerme de huir.

Los ojos licántropos de Xylo se entrecerraron al verme fingir valentía. Reparé en las marcas de su entrecejo, que evidenciaban su recurrente mal humor. Tuve que ser una tonta al pensar que se podía jugar con el comandante.

—¿Tú eres la genia que les enseña a leer a mis reclutas?

Tal y como debí habérmelo imaginado, su mote de «genia» no era más que un vil sarcasmo para tratarme de estúpida.

Miré de soslayo a Aeris, que negaba repetidas veces con la cabeza.

—Fui yo, sí —reconocí con un leve susurro. Algo me decía que sería peor si le mentía.

Pero cuando di crédito de que me había salvado, aquella bestia de hombre cogió mi cuello con una sola mano, casi rodeándola por completo. Aeris soltó un quejido agudo cuando lo hizo, expresando el terror que yo sentí al verlo rechinar sus dientes. Me sentía tan vulnerable y quebradiza como una hoja caída, y comencé a rogarle con la mirada que me soltara, ya que era incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Te voy a decir algo que espero que se te quede grabado como mis dedos en tu cuello, maldita puta forastera. Los del oeste pueden

traerse toda clase de libros sin sentido, pero mi gente no puede leer sobre el mundo anterior. No. Puede — deletreó con claridad, y tuve tanto miedo que asentí para hacerle creer que lo entendía—. Mi gente no va a contaminar su mente con mierdas del pasado, cosas de indecibles, esos asquerosos y viles animales que la dañan. No lo van a hacer, porque de lo contrario volveremos a la perdición.

Apretó con más fuerza mi cuello, hundiendo sus dedos en él. No pude evitar gemir del dolor.

—Oh, comandante, por favor, suéltela. Helmek —rogó el señor Crod con voz quebrada.

Pataleé con mis pies que quedaron suspendidos cuando Xylo me levantó un poco más.

Aun cuando hacer oír mi voz era imposible, dadas las circunstancias, modulé mi orden como pude. Era mi último recurso, el poder de mi palabra.

—Suélteme —le ordené, y él amplió las cuencas de los ojos.

Le mantuve la mirada, aunque él se esforzara por aplastar mi voluntad a como diera lugar. Xylo demoró un poco más de lo que deseé en acatar mi orden, pero finalmente sus dedos se separaron de mi cuello y una vez liberada caí sobre mis rodillas, tosiendo como si se me hubiera atorado algo en la garganta y quisiera expulsarlo. Aeris corrió a mi lado para sobarme la espalda.

Antes de que pudiera recuperar mi voz para dedicarle unas palabras, el comandante dio media vuelta y caminó en dirección a la salida. Se detuvo a un paso de salir, seguido por sus esbirros, y me declaró la peor amenaza de todas.

—Si me entero de que los niños siguen leyendo, tendré que tomarme la molestia de quemar hasta el último libro que quede en

Dregonia. Puede que no te afecte, ¿no, Gyuri? Pues pregúntale las consecuencias de ello a Boldery Crod.

Acaricié la piel acribillada de mi garganta. Apreté los dientes por el dolor que me dejó, la humillación en la que me sumió y por el terror que me sembró con sus últimas palabras.

25

En el momento en que me observé las marcas talladas en el cuello ante el espejo, y recorrí hasta el último hematoma con el tacto, recién caí en cuenta de que habían transcurrido dos horas desde que el comandante me las había hecho. Todavía no se borraban; era la primera vez que una herida me perduraba por más de diez minutos, lo que me hacía suponer que había algo extraño en aquel hombre. ¿O era yo? ¿De nuevo me faltaba iridia? No, nada de eso, me sentía bien. Entonces ¿qué había pasado? Aquel encuentro indeseado, a pesar de la curiosidad que albergaba, me convenció por completo de que debía alejarme de él. El terror me carcomió las entrañas de tal forma que en ese momento deseé huir de la ciudad para no volver a cruzarme con Xylo nunca más.

En el orfanato tuve que cubrirme más de lo normal y evadir la presencia de los niños. Los varoncitos ya habían llegado y se habían congregado con las niñas en el centro de la sala, pero yo ya no podría volver a leerles. Delfina me llevó hacia su habitación y, una vez dentro, me despojó de la capucha.

Su aire maternal me obligó a hacerme pequeña, y el frígido contacto del hielo en mis heridas hizo que me encogiera como un ovillo sobre su cama. Su lecho era mucho más suave y blando que los del resto. Su habitación estaba repleta de retratos, la gran mayoría hechos por los mismos niños. El tono *beige* de las paredes demostraba la edad avanzada de la casona, dado que parecía que

alguna vez habían sido blancas. El farol de fuego que colgaba desnudo del techo propinaba una luz amarillenta.

Volví a tocar la piel entumecida y noté la zona aún hinchada. A pesar de tratar de esconder el horror en su mirada con una sonrisa, las manos temblorosas de Delfina la delataban. Me acurruqué en su mano, porque era inevitable imaginar a mi madre y extrañarla. Si cerraba los ojos la sentía más cerca, pero el fuerte aroma que desprendía Delfina me traía de vuelta a la realidad. Su fragancia evocaba notas de leche y panqué, un olor dulce pero robusto, lejos de la delicadeza de una flor.

Una vez más abrí los ojos y pude apreciar su expresión de dolor. Los tonos morados en mi cuello probablemente la hacían fruncir el ceño más de lo que deseaba. De repente, sentí compasión por mí misma.

—Yo no entiendo por qué... —traté de decir, pero Delfina me detuvo chisteando con sosiego.

—No, pequeña torinilla, no te recomiendo que intentes comprender la maldad de los humanos. Te aseguro que pasarás décadas preguntándotelo sin encontrar una respuesta.

Suspiré, porque en el interior pensé que viviría por lo menos —mucho más— un par de décadas. Tal vez milenios. Y temía que ni aun así encontraría una respuesta.

—Xylo me prohibió seguir leyéndoles a los niños —me lamenté—. Era lo único en que podía aportar aquí realmente.

—Te equivocas, dulcecita. —La anciana volvió a poner el hielo en mi cuello y su frigidez se me transmitió de golpe, provocando que me estremeciera—. No sabes cuánto has iluminado el orfanato con tu sola presencia. ¿Has visto a Cyrone? Él no solía ser tan alegre, de

hecho, era extraño verlo sonreír antes de que regresara contigo en brazos. Los mellizos Scratiria también han cambiado, a Evren se le ve canturreando como un corista de la capilla del nuevo mundo. Aeris se esfuerza mucho por agradarte, lo que le ha dado una nueva meta en este lugar. ¿Y los niños? Los niños siempre preguntan por ti, Gyuri. Les enseñaste lo que es imaginar un mundo más allá del que pueden ver y ese regalo es imborrable, por más que ese general de pacotilla te prohíba volver a leerles.

Sus palabras fueron la calidez que necesitaba para dejar de temblar. Le sonreí aun cuando sabía que ello no bastaba para agradecerle, o para dejarle ver lo mucho que me había curado con solo cuidarme como una madre.

Pensé en Aeris y en cómo le agradecería por haber intentado defenderme. Había actuado con prisa al llevarme en el bote, como si mi vida estuviera en peligro inminente. La vi secarse las lágrimas de sus mejillas, repletas de rabia y frustración. Aeris estaba tan preocupada por mí que apenas podía articular palabras sobre lo sucedido. Sin embargo, también se veía afectada, abrumada por la impotencia que nos había hecho sentir ese maldito comandante en la tienda. De repente, temí por el señor Crod y su hija, por la librería y su futuro. Si aquel vil hombre ya había puesto su mirada en ellos, solo era cuestión de tiempo antes de que descargara su ira sobre esa familia.

—Torinilla, ¿por qué no dejas crecer tu cabello? Esos rizos esparcidos en una voluminosa melena rubia se verían preciosos. ¿No lo crees?

Pero negué en silencio. Mientras más me crecía el cabello, más indefensa me sentía; tal vez porque cuando pequeña mi cabello

largo había sido el causante de muchos accidentes en Riveria que me arrastraron al borde de la muerte. Ese trauma no había hecho más que expandirse. Aunque hasta el momento no me había afectado realmente, ahora sentía la urgencia de cubrir las marcas en mi cuello con algo. Consideré la idea de envolverme en una bufanda, pero cuando empecé a pensar en cómo conseguirla me di cuenta de que ya era demasiado tarde.

La puerta de Delfina rechinó al abrirse tan solo un ápice, pues la anciana ordenó que nadie entrara. Yo, mucho más que proteger mis heridas temí por mis cuernos, por lo que me cubrí con la almohada flácida que descansaba en mi regazo.

—¡Qué digo yo! ¡Cuando cierro la puerta es para que ningún cabrito entre! —gritó la anciana, pero se detuvo cuando reconoció al visitante.

Debí haber sospechado que ese calor ascendente por mi cuerpo, como una corriente eléctrica, era una señal de su presencia. Aún estaba molesta con él por su falta de disposición para luchar por lo que sentía. Aunque creía que no tenía deseos de verlo, me incliné ligeramente para poder apreciar su figura a través de la mampara, ansiosa por captar su expresión, sus ojos y escuchar su voz.

—Delfina, ¿qué está pasando?

—Cyrone, vete por favor... —le pidió Delfina, volviendo a cerrarle la puerta en la cara. El serafín resistió con un poco de fuerza, consiguiendo dejarla entreabierta.

—Delfina, por favor, no me hagas esto —rogó con una voz que yo desconocía hasta ese momento.

El serafín debió haber adoptado una expresión de muerte, lo suficientemente adolorida como para convencer a la anciana de

apartarse y permitirle entrar.

—¡Delfina! —grité molesta, pero cuando vi a Cyrone otra vez las palabras se me atoraron en la garganta, en forma de un nudo insoportable.

—Aquí estás. Todos están actuando raro aquí, y Aeris no quiere decirme nada. Los niños están esperando que aparezcas y me extraña que no... —Comenzó a hablar con una ansiedad palpable, mas se detuvo en cuanto halló las marcas de mi cuello, reparando en ellas con un horror comparable a como si me hubiera encontrado muerta en el lecho de Delfina. Vi el brillo de sus ojos disipándose, su cuerpo tensándose—. Gyuri. Qué es eso.

Me volteé para que no me viera, pero me arrebató la almohada que sostenía sobre mi cabeza, revelando así toda mi nuca marcada por dedos rodeados de una espesa tinta morada que se extendía bajo mi piel.

—¡No es nada! —aseguré, volviendo a encapucharme.

Su respiración era pesada, tal vez demasiado.

—Todavía no he perdido la cordura del todo, Gyuri, sé que vi algo —espetó con seriedad. Por el rabillo del ojo noté su ensimismamiento. Luego se giró hacia Delfina, no con ira, sino con desesperación, como quien no quiere creer las conclusiones que se había hecho.

—Por supuesto que no fue Delfina —le susurré, tratando de devolverle la vista al frente con mis manos. Mis dedos ardieron al rozar su piel.

Él se mantuvo viendo mis marcas otra vez, con una expresión tan acongojada que parecía que le lastimaran más que a mí.

—Me lo imaginé. Entonces ¿cómo es que las tienes todavía marcadas? Tiene que ser alguien dentro de esta casona; se ven demasiado recientes.

—No fue nadie de la casona, ni de cerca.

Cyrone se arrodilló frente a mí.

—No es cierto, no me mientas... Dime quién fue —su voz se engrosó.

—No te estoy mintiendo.

Cyrone se levantó otra vez, viéndome desde su altura. Su vulnerabilidad había sido enterrada por un segundo, pues lucía como un verdadero dios lleno de ira. Por un momento creí que ninguna mentira mía se le escaparía y sentí un terror vigorizante. Tan contradictorio como las emociones que me provocaba mirarlo.

—Entonces me vas a decir quién fue, y más te vale que no te equivoques al reconocerlo o va a morir un inocente.

Me quedé boquiabierta unos segundos, apreciando su mirada fría, con la certeza de que podía aniquilar el nombre de quien fuera si yo tan solo lo pronunciaba.

—Yo iré... Yo iré afuera a ver a los niños —murmuró Delfina, abandonando la habitación un poco atemorizada. La ancianita sabía quién había sido, y me sentía mal por hacérselo ocultar a Cyrone.

Pero no iba a decírselo. Aunque comprendía que no tenía nada que ganar protegiendo a Xylo, en lo más profundo de mi ser sabía que acabar con la vida de un ciudadano tan influyente en Dregonia tendría repercusiones negativas para Cyrone. Además, él me había advertido sobre su agresividad, y aun así había decidido enfrentarlo. El hecho de que sus dedos todavía se me marcaban era evidencia de su poderío. Temía por lo que él podría hacernos.

—No, Cyrone, no te lo voy a decir.

—Por favor. —Suspiró con su aliento cargado de pesar—. Si no quieres que le haga daño a quien sea que te hizo esto, pondré toda mi voluntad para evitar hacérselo —me prometió, volviendo a hincarse frente a mí—. Solo... solo quiero saberlo.

—¡Que no! —Alcé la voz.

—Me corrijo, Gyuri. Necesito saberlo.

Apreté los dientes de la indignación.

—Ya basta, Cyrone. Soy una serafina, me curaré pronto. Me voy a sanar y ya esto no será nada.

—Pero yo no voy a sanar de esto y jamás se volverá nada. ¿Lo entiendes?

Sus palabras nublaron mi pensamiento y olvidé de inmediato lo que iba a decir. Tras un par de segundos me recompuse y dije:

—Se supone que no alimentarías nuestros sentimientos. Tenemos que alejarnos, ¿qué pasó con eso?

—Es lo mismo que me pregunto. No puedo quedarme más tiempo aquí. Pero ¿cómo se supone que sea un serafín y actúe como uno si tengo que...? —murmuró y fue incapaz de acabar con su oración cuando me volvió a ver y sus pupilas se le escaparon hasta mi cuello una vez más.

—Si tienes que qué, Cyrone —espeté, porque yo sí entendía lo que el serafín escondía tras sus palabras. Completé lo que quería decir—: cuidarme, ¿no? ¿Cómo vas a ser un serafín y actuar como uno si tienes que cuidarme? ¿Acaso me he vuelto una carga para ti?

—Si fueras una carga me sería mucho más fácil deshacerme de ti —se quejó masajeando su entrecejo.

Me puse de pie y pasé por su lado, con la vergüenza rebosándome por los poros.

—¡Pues eso no me hace sentir nada mejor! —Desconocí mi propia voz cuando grité, deshecha por la humillación—. ¿Por qué no te largas ya y dejas de preocuparte por este par de marquitas? ¿Por qué no me lo haces más fácil y te alejas de mí? Ya no necesito que seas mi perro faldero.

Al instante en que lo dije quise retractarme y pedirle perdón, pero corté el impulso mordiéndome el labio. No pude verlo a los ojos, de modo que no supe cuál había sido su reacción en ese momento. Lo triste es que lo imaginé al oír su suspiro.

—Como digas, Gyuri. Puedo cumplir la mitad de lo que me pides. Dejaré de seguirte como un perro faldero, pero no puedes pedirme que deje de preocuparme por ti, porque no dejaré de hacerlo.

Cyrone se alejó pasando por mi lado y el hilo de fragancia que dejó a su paso me pilló desprevenida. La ira se hizo cada vez más difusa y difícil de sentir. Respiré profundo y me giré para ver lo que hacía.

La maceta de flores campanillas de Delfina se extendió a los lados, generando nuevos capullos luminosos, ahogando la penumbra que nos rodeaba. Cyrone arrancó una de ellas de raíz, justo en aquel punto en que la flor brotaba y luego se teñía del color del oro, áureo hasta el último borde, y recordé las reliquias de Catarbella.

El serafín se volvió a acercar, a paso lento, como si estuviera seguro de que yo estallaría si me tocaba y yo estaba segura de que lo haría, pero quizá no de la misma manera en la que él podía estar imaginando. La pasión estaba a punto de desbordarse por todos mis poros, solo hacía falta que me tocara una vez.

Dejé que me sostuviera la muñeca, y con el tallo enredándose en ella como una pulsera, él la dejó caer.

—Escucha, Gyuri, me iré. No puedo seguir estando... —Se detuvo y cambió el rumbo de sus palabras—. Esta es como cualquier otra flor, basta con que la rompas para que se muera. Puedes quitártela con cuidado si no quieres matarla. Mientras yo esté en el sur, encarnaré esta flor por si tienes algún problema. Te pido, por favor, que la uses si te sientes amenazada.

Observé la flor, cuyo brote seguía latiendo como un pequeño corazón, mezclándose con mi pulso. Mi orgullo cayó derrotado sobre mis pies, rogándome que le brindara una mano antes de que no pudiera volver a levantarse jamás.

—¿Te volveré a ver?

—Flye sabe dónde queda Riorense, con él podrás llegar donde Faraine y...

—Entonces ¿no te volveré a ver?

Se negó a responder.

Él debió haber notado el vacío y el hueco asqueroso que me absorbió el corazón en ese instante.

—Escucha, mira. Óyeme. Cyrone. Dejaré de sentir esto que siento y entonces podremos seguir este camino juntos. —Al ver como su mirada se apagaba, me desesperé—. No, no, no... Te lo juro que puedo, te lo puedo jurar por Nylena que yo dejaré...

Él detuvo mis labios en cuanto los acarició con sus dedos.

—No jures por Nylena algo que no podrás cumplir.

—No es justo. ¿Acaso tú sí puedes cumplirlo? ¿Puedes marcharte y dejarme atrás? ¿Puedes dejar de quererme?

—No lo sé, pero lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Te lo haré muy difícil.

Me acaricié a mí misma con su mano. El tensó su quijada como si le doliera en demasía verme de esa manera. Pronto di un paso adelante que me dejó a la altura de su cuello. No avancé más, por miedo a que él retrocediera del miedo. Con una distancia ínfima separándonos, pude oír los latidos de su corazón. Alcé mis orejas para oírlo mejor. Con los ojos cerrados bloqueé el resto de los sonidos, y los gritos de los niños del orfanato se esfumaron de mi mente. Solo existía el exquisito batir de sus latidos expresándome lo nervioso que estaba de tenerme cerca. La ternura y el goce que me provocó ver al serafín eran imposibles de medir. De pronto sentía el control en mis manos, pero cuando quise dar otro paso y posar mi oído en su pecho, él se marchó tocándome levemente el hombro con su cuerpo.

El sueño había durado tan poco que por un segundo pensé que había sido un espejismo. Cuando miré atrás creí que su imagen se desvanecería, probando mi demencia; sin embargo, ahí se encontraba de pie, dándome la espalda. Sus hombros subían y bajaban ligeramente, como si quisiera controlar el desenfreno que yo aún podía oír. Cyrone lo sabía a la perfección: los serafines lo escuchamos todo.

Él abrió la puerta de par en par y se oyó el griterío de los niños al fondo del pasillo, enmudeciendo sus latidos. Todo había terminado.

—Adiós, Cyrone —susurré en un tono casi inaudible, pero supe que él lo escucharía en cuanto alcé la muñeca frente a mí y rocé mis labios con los pétalos de la florecita.

El serafín se tensó y con un hambre animal se volteó en mi dirección otra vez, dejando un portazo detrás de él.

Retrocedí un paso cuando vi que ya lo tenía demasiado cerca como para huir. Él tomó mi rostro con sus manos y el aire que expulsé de la impresión se fundió con su aliento. La calidez de su cuerpo me cubrió completamente. Pese a que demoré en cerrar los ojos en un principio, porque no podía creer lo que estaba sucediendo, dejé caer mis párpados y mi cuerpo en sus brazos. Rodeé su cuello y, en una lucha por obtener más de él, besé su labio inferior, para luego morderlo descargando mis ansias. No fue un beso tierno ni amoroso, fue desesperado, anhelante, salvaje. Abrí mi boca para luchar contra él, intentando arrebatarle todo lo que pudiera.

—Lo intenté, te juro que lo intenté —susurró él contra mi boca con un tono aireado, antes de que yo volviera a ahogarme en sus labios.

Solté una pequeña risa en medio del beso, lo cual hizo que él me abrazara con aún más fuerzas, recorriendo mi cintura. La capucha se deslizó por sus hombros, permitiéndome acariciar su cabello en toda su inmensidad. Su sabor era exquisito. Cyrone me empujó sin querer contra la encimera de Delfina, sobre la que reposaba la única vela que iluminaba la habitación además de las campanillas. Me recosté y busqué su rostro en medio de la penumbra. Cuando lo hallé, abrí mis piernas y las enredé en sus caderas para acercarlo. Él me sostuvo la cabeza para intensificar el beso y condujo mis manos a los botones de su camisa.

Cuando el fuego se extinguió, la oscuridad se hizo penetrante por un par de segundos, pero las campanillas comenzaron a florecer a un ritmo inquietante. Los sarmientos crecieron de la pequeña maceta con tanta insistencia que el recipiente cayó y se rompió

apenas tocó el suelo. Las raíces se extendieron enredándose en nuestras piernas, y un par de ellas se coló por debajo de mi vestido. La sensación era comparable a la vez en que deslicé mis manos por mi cuerpo tras la partida de Cyrone, de modo que cuando liberé un suave gemido brotaron unas luces enceguecedoras a nuestro alrededor, danzando como pequeños faroles con vida propia.

Lo que solo podía apagarse con nuestra muerte o separación se convirtió en lo que algunos hubieran podido definir como el sol mismo, dado que la luz que se expandió a nuestro alrededor era tan exuberante que solo nos quedaba cerrar los ojos para protegernos de ella.

De pronto, la puerta se abrió inesperadamente con un leve rechinar, obligándonos a dejar de besarnos de golpe.

Cuando nos volteamos hacia la entrada, una tierna Aeris que entrecerraba los ojos dada la fatigosa luz que había en la habitación, nos vio encaramados uno sobre el otro. Tan rápido como quien ve un indecible en carne propia, volvió a cerrar la puerta y se alejó con pasos estrepitosos.

Mis luces se esfumaron en el aire, dejando un leve hálito de vapor recorriendo la sala. La realidad nos cayó de lleno.

26

El serafín me apartó con una suavidad que contrastaba con la frialdad de su rostro. No me hizo falta que volviera a iluminarse la habitación, porque entendí que se había arrepentido de besarme al ver su silueta.

Sin mediar una palabra entre nosotros, Cyrone encogió las campanillas hasta su tamaño original. Yo recogí el par de objetos que nuestro fogoso encuentro había botado al suelo, como las pequeñas figuritas de Nylena talladas en madera burda y otros utensilios de la cocina que Delfina guardaba como reliquias en su habitación. Miré a Cyrone y supe que debí haber dicho algo antes de que se encapuchara otra vez y saliera del cuarto, porque cuando me quedé bañada por la penumbra y la soledad, sospeché que no volvería de su viaje, aunque lo llamara.

Estaba en lo correcto. Al día siguiente corrí al borde del islote, a punto de sumergirme al río para seguir su sendero. Pensé en lo mucho que demoraría en llegar al sur de Melcior, en cómo tardaría el doble en regresar. Él me dijo que retomara el camino en búsqueda de mis padres y mi hermano, pero su beso me perseguía como una pesadilla; estaba prisionera en Dregonia con la expectativa de su regreso. Quería esperarlo. No quería hacerlo.

El día se tornó eterno, por más que me ocupara con diferentes tareas del hogar tratando de acribillar los recuerdos de sus manos dibujando historias sobre mi piel y su aroma filtrándose por todo mi

cuerpo, no lograba hacerlo. Le grité al brazalete de flores, sabiendo que él me escucharía. El rogarle que me diera una respuesta, que regresara a conversar lo que había sucedido, que no abandonara mi corazón a la deriva, me dañaba. No porque tuviera la certeza de que no volvería con mis peticiones, sino por el dolor que me producía la ingenua ilusión de que sí lo haría.

Las marcas en mi cuello acabaron por borrarse y Xylo no volvió a la librería de Crod ni a mis alrededores durante ese día. Esperaba que así continuara. Flye, que por fin estaba en un ecosistema en el que podía convivir con otros de su especie, regresó a la casona dispuesto a escoltarme al día siguiente hacia Riorense.

Esa misma tarde me posé en un campo repleto de rábanos maduros que extendían sus raíces bajo la tierra. Debía desenterrarlos, lavarlos y llevarlos con Delfina; era mi tarea de ese día. En mi labor me acompañaba Aeris, que estaba desenterrando zanahorias a un par de metros de mí. Pero pegado a mí, como el anillo de Cyrone a su dedo, se encontraba el anfibio, supervisando mi acto agricultor.

—¿Y cómo está el señorito Rydel? —me preguntó en el entretanto de sus relatos.

—Casi no puedo verlo, asiste a la Guardia todo el día. Tampoco podré verlo esta noche, porque sé que junto a sus compañeros me rogarán que les lea otra historia. —Solté un suspiro—. No puedo leerles nada, no si quiero mantener mi cuello intacto. No si pretendo que no le hagan daño al señor Crod y a su pequeña.

Lo que más me dolía de mis charlas con Flye era que él se abstenía de nombrar a Cyrone, aun cuando él sabía a dónde se había ido el serafín y sospechaba lo que yo sentía por él.

—Flye, no es necesario que me escoltes. He estudiado los mapas de Melcior y sé cómo llegar a Riorense.

—Iré tras usted, aunque tenga que enterrarme en la tierra como un cebollín para evitarlo —replicó él.

—Vamos, Flye, confiesa. Apuesto que me persigues solo porque Cyrone te lo pidió, ¿verdad?

El anfibio entrecerró los ojos y negó rotundamente, forzando su actuación.

—Patrañas, señorita Gyuri, la persigo porque todo lo que le ha pasado es culpa solamente mía —confesó el anfibio de imprevisto.

Alcé una ceja sin poder comprender a qué quería llegar.

—¿Te refieres a mi cuello? Por favor, Flye, tú no tienes nada que ver...

—Sé lo que hará a continuación, hará lo posible por quitarme la culpa debajo de mis ancas, y dirá que yo no tuve nada que ver con esas heridas, y no me refiero a las de su cuello, sino a las de su alma. He pecado de alejarme de su lado, sabiendo que usted me necesitaba. Que se sentía sola, que estaba tratando de hacerse un lugar en este enorme mundo desconocido.

—Flye, tranquilo. No necesitas hacerte cargo de esta huérfana. —Solté una pequeña risa, cogiendo un rábano de las hojas para desenterrarlo.

—No planeo hacerme cargo de usted como un padre. Usted es mi ama y yo soy su sirviente. Y mi motivo de vivir es servirles a los serafines, porque uno de ellos me salvó en el pasado —dijo la rana, colocándose en dos patas y caminando de manera menos dramática —. ¡¿Quién soy yo, si no puedo guiarla espiritualmente?!

Otra vez me surcó una amplia sonrisa. Dejé el segundo rábano en la canasta y lo volví a ver.

—Tú eres mi amigo rana, no mi sirviente. Y yo soy la única responsable de mis heridas, aunque estas no fueron un error.

Flye se detuvo y se hincó sobre sus cuatro patas otra vez. Pude notar una especie de lagrimeo en sus ojos nublados.

—No me dé cuerda, señorita. No puedo creerme amigo de una serafina, no con la diferencia de poderes que hay entre ambos.

—Te corrijo, eres mi «amigo rana», lo que te hace aún más especial. Ya sabes que no tengo otro de esos.

Sonreí cuando vi que la rana se enjugaba los ojos, aunque el líquido de sus lágrimas se perdía en la humedad de su piel. Flye brincó hasta subirse en mi hombro como al principio de nuestro camino.

—Desde hoy, no me separaré de su lado —me prometió.

—Oh, vamos, no hay muchos lugares en que puedas compartir con seres de tu especie. Aprovecha lo que tienes aquí —insistí.

—¡Bah! —se quejó el animal—. La verdad es que ya me aburría de tantas charlas de ranas.

—Esas charlas son más interesantes de lo que uno piensa. Apuesto que de ellos te enteras de todo lo que me cuentas de la gente de Dregonia. Como a qué se dedica la señora de los cuatro hijos del islote de al lado, o quién fue el último guardián atacado por dragonartos y enviado a dormir a su casa.

—Usted sabe que las ranas somos chismosas.

—¿Hablando sola, Gyuri?

Escuché la tercera voz femenina tras de mí, a lo que me volteé con cierto resquemor. Con Aeris no habíamos conversado sobre lo

que ella había visto la tarde del día anterior y la huida de Cyrone esa mañana. Ella había actuado con naturalidad, de modo que concluí que el serafín le había ordenado que lo olvidase, y con el poder de su palabra había eliminado todas esas memorias.

—Estoy hablando con Flye, aunque claro, eso puede tomarse como que hablo sola —le respondí con una sonrisa, y la ranita me guiñó el ojo sin decir nada.

—¿La ranita de Cyrone? —me preguntó, sentándose a mi lado entre las pocas matas que me faltaban por cosechar.

La pena de Aeris al verme, al tratar de consolarme por la ausencia del serafín, comprobaba algo que hacía mucho había aprendido. El peso de la palabra de un serafín puede ordenar que las personas olviden ciertas cosas; sin embargo, es imposible borrar los sentimientos que aquellas les provocaron. Aeris no recordaba lo que había visto, pero de un modo inevitable conocía muy bien mis sentimientos y sabía, aunque ella no era consciente de cómo, que yo estaba enamorada de él.

—Yo creo saber por qué Cyrone se ha marchado —confesó Aeris, tomándome por sorpresa.

La miré como quien no entiende de dónde salió el tema, pero en vez de incomodarse y retractarse, insistió en que lo sabía. Creí que podría tragarme la curiosidad y seguir cosechando los rábanos, pero los ojos brillantes de Aeris me sugerían que había algo interesante detrás de todo eso. Cuando le eché un vistazo al anfibio, él se encogió con el rostro confundido.

Acompañé a Aeris al bote y, como ella tenía la destreza con los remos más sorprendente que yo hubiera visto en Dregonia, llegamos al destino en menos de cinco minutos. El islote sobre el que

aterrizamos los pies era un manto negro, casi invisible dadas las tinieblas que lo recorrían. Allí no había ni plantas luminosas, ni luces artificiales, ni rastro alguno de hojarasca. Era un terreno baldío que ascendía en una colina mediana. Subimos la pendiente, y de vez en cuando le echaba miradas curiosas a Flye, a quien no podía preguntarle en voz alta dónde estábamos. A juzgar por sus gestos, era igual de ignorante que yo.

Cuando llegamos a la cumbre, una pequeña lápida brotaba de la tierra. La piedra no tenía palabras ni tampoco había sido tallada de alguna forma en particular. Me quedé callada mirando a Aeris, quien guardó respeto ante la tumba y se arrodilló frente a ella. La imité cuando no supe qué más hacer. Aguardé pacientemente, hasta que por fin mi compañera derribó el silencio:

—Nadie en Dregonia se pregunta cosas sobre Cyrone. Él es tan joven como lo era hace diez años. —Mientras hablaba se volteó a mí —. Yo lo conocí cuando tenía cinco años. Curioso, ¿no? Tiene un efecto apaciguador con la gente de Dregonia; de algún modo pasa desapercibido y hace que el resto no pregunte sobre su misteriosa vida o su eterna juventud. Yo, en cambio, desde pequeña he tenido una gran fascinación por él. No es lo que tú crees, Gyuri. En algún momento de mi adolescencia sí me encapriché con él, pero de adulta comprendí que no hay manera de que una humana como yo lo alcance.

Un vacío escalofriante me golpeó el pecho. Flye maldijo en mi oído, y creo que eso se tradujo en mi expresión.

—¿Por... qué dices...?

—Porque yo lo seguía, Gyuri, y a los diez años vi que Cyrone se plantaba en esta tumba por horas para conversar. En esas

ocasiones, hundido en la oscuridad, vi que tenía cuernos y orejas puntiagudas. Pensé que era una mutación, pero al percatarme de que desde entonces no había envejecido ni una pizca, comprendí que no era un ser humano.

Exhalé el poco aire que me quedaba. Como Cyrone no supo que Aeris lo seguía cuando era una niña, jamás pudo borrar esos recuerdos.

—Cuando fui más grande descubrí que Cyrone era un indecible, como le llaman a esos seres que cometen el mal a través del control de los humanos. Aun así, nunca le tuve miedo, quizá fue por todas esas veces que lo escuché hablar en este mismo lugar.

—Aeris... ¿qué estás diciendo? —La miré con horror, fingiendo la reacción de una humana que se entera de algo como eso.

—No me he vuelto loca, Gyuri. —Me sonrió con tranquilidad—. Tú lo sabes bien, desde la primera vez que te vi tuve mis sospechas, pero sentí lo mismo que sentía cuando niña con Cyrone, por ti. Todo gracias a ti. Pero no quiero forzarte a que me demuestres que no eres un indecible, quise traerte aquí para contarte sobre esta tumba.

—Me vas a matar de un infarto —ironicé, pero ella lo tomó en serio—. Yo no soy un indecible, Aeris, los indecibles no existen.

Se mantuvo viendo la tumba entre las tinieblas y sacó de su prenda un pequeño farol que se robó de la casona. Luego de encender una llama y prender la vela de su interior, el desierto que rodeaba la lápida se hizo visible.

La gran mayoría de flores que rondaban la piedra desgastada estaban marchitas, y las pocas que aún persistían tenían su luz ahogada, a tal punto que no conseguían vencer la oscuridad en la que habían sido enterradas.

—Cyrone venía a ver a esta muchacha. La chica que te dije que habían torturado hasta la muerte. Nadie en Dregonia viene aquí, porque se dicen muchas cosas. Por ejemplo, que el alma de la joven se vengará de quien se atreva a pisar el islote. Leyendas. Pero Cyrone venía siempre, se posaba y le hablaba a la tumba. Le escuché decir muchas cosas, escondida entre las ramas de los frondosos árboles que antes había. Entre ellas, «perdóname», «no pude protegerte», «te amo».

No había respirado en todo el relato, y con esa última revelación finalmente me quedé sin aire.

—Ella era...

—Imagino que el amor de su vida, o tal vez el único —me respondió cuando vio que yo no era capaz de decirlo.

La madre de su hijo, pensé.

—La figura del templo era una niña. No parecía tener más de trece años —murmuré, confundida.

—La historia se ha tergiversado. Para manipular a la población y provocar mayor culpa en nosotros, nos han hecho creer que era una niña pequeña, pero la realidad es otra. Ella era una mujer adulta, de unos veintiún años o más.

Yo sabía que se trataba de una mortal, que su antiguo amor había desaparecido hacía varios años, pero enterarme de que era *ella* y ver la realidad con mis propios ojos me rompía el corazón, y más teniendo consciencia de lo mucho que esa muchacha había sufrido antes de morir.

—Entonces sé que no importa cuánto se entregue ese hombre —musitó con una sonrisa melancólica—. Saldrá huyendo cuando quiere de verdad, porque teme que todo acabe de esta forma.

—Pero esto comprueba que Cyrone no es un indecible; si lo hubiera sido habría podido evitar que esos hombres le hicieran daño.

Quise probar algo con lógica, cuando era precisamente lo que me causaba duda en ese momento.

—Mi teoría apunta a que justamente es un indecible. Es un ser inmortal, de modo que no es posible matarlo ni destruirlo dañándolo a él, por eso se robaron a esta muchacha. Lo destruyeron a su modo.

—Así que es por eso por lo que sir Cyrone cada vez que veníamos a Dregonia me dejaba con las ranas. No entiendo cómo pudo haberme ocultado una historia tan dolorosa e importante como esa. —La voz de Flye resonó en mi oreja como si estuviera dentro de mi cabeza.

—Es la primera vez que le cuento a alguien lo que sé —confesó Aeris tras una larga pausa.

—¿Y por qué me lo dirías a mí?

—Llevo quince años analizando a Cyrone, ¿no ves? Soy la única que realmente se da cuenta de que él no envejece como los demás. Debe ser porque lo conocí tal y como es y no fue capaz de lavarme el cerebro. Aun así, no le tengo miedo, y lo estimo porque él trata de una forma especial a los niños. Incluso ayudaba a Evren cuando era pequeño.

—¿Evren olvidó la brecha de edad que existe entre ellos? —indagué.

—Exactamente. Jamás quise hacerlo consciente de lo sobrenatural del asunto. Siempre he temido que Cyrone sufra un horrible destino si su secreto corre a voces.

Sentí que el pálpito de la flor que me rodeaba la muñeca se aceleraba. De ese modo descubrí que el serafín escuchaba nuestra conversación.

—Eres un verdadero ángel, Aeris. Cuando te conocí, envidié que lucieras tal y como uno. Tal vez reflejé en ti lo que no soy capaz de ver en mí —confesé, y ella me miró con una lágrima asomándose, tiñendo de rojo su córnea.

—No me siento como un ángel ni como una buena persona. Si te soy sincera, siento liberación. Creí que hacía daño al resto callándome lo que sé, pero me alegro de no haberme equivocado. Sabía que Cyrone no le haría daño a nadie, de modo que no tenía razones para delatarlo. —Se enjugó los ojos y sollozó arrastrando las palabras. Me volvió a mirar tras dar un gran suspiro para calmarse—. ¿Puedo darte un abrazo?

Sus ojos vidriosos eran espejo del estrés que la estaba acosando. Muy en el interior podía sentir que me tenía un poco de miedo, pero que se esforzaba con todas sus fuerzas por no demostrarlo, o incluso para no sentirlo siquiera. Con eso en mente, asentí y la envolví con mis brazos. Al esperar que su corazón se calmara al hacer contacto conmigo, y al comprobar que su latido no se apaciguaba, decidí hacerlo.

—Aeris, duérmete.

27

La joven dejó caer su peso sobre mí y yo la acomodé en mi regazo. Desde mi punto de vista, se apreciaba tranquila frente a la escasa luz del candelabro. Aun así, sentí la pesadumbre de haber mandado sobre su voluntad. Cuando Flye se bajó de mi hombro y me miró con terror, di un suspiro y volví a ver a Aeris.

—¡Ella lo sabe todo, señorita! ¡¿Qué se supone que le diremos a sir Cyrone?! ¡Usted tiene que borrarle las memorias de cuando era una cría! ¿Es eso posible? ¡Yo sabía que sir Cyrone me escondía algo!

Traté de calmar a Flye con un movimiento sutil de mi mano. Él volvió a verme y a guardar silencio.

—No lo sé, Flye. Yo también pensé en hacerle olvidar todo apenas me contó que sabía el secreto de Cyrone; pero no es lo correcto, porque borrarle las memorias a un humano es más cruel de lo que tú llegarías a pensar. ¿Ocultar una verdad que forma parte de ella? ¿Cómo se sentirá Aeris cuando despierte y tenga un hueco en su interior sin saber de dónde viene? —Me detuve en aquella pregunta, como si hubiera calado hondo en mi interior—. Creo que estas memorias le pertenecen, Flye. Si se las quito, le arrancaré la mitad de su infancia, que no sabemos cuán mala fue. ¿Y si le arrebatamos el único lado bueno?

—Es usted muy buena, señorita Gyuri, pero esto ya no se trata de la humana Aeris. Ella será una humana y más, los humanos superan

todo lo que se les cruza por delante. Esto se trata de ustedes, los serafines. Si los humanos se enteran se sembrará el caos en todo Dregonia, quizá en todo Melcior.

—Aeris ha cuidado muy bien este secreto, creo que podrá seguir haciéndolo. Yo confío en ella. Ella se ha vuelto... —Tragué cuando sentí que la emoción se me atascaba en la garganta—. Ella se ha vuelto mi amiga, mi primera amiga humana.

Flye lucía muy afligido como para ser un animal inexpresivo. Estaba bastante apenado por mis palabras.

—Usted quiere confiar en ella, señorita, lo que es diferente.

—Hay veces en que quieres tanto a alguien que no parece que exista otra opción.

En el pasado había envidiado a Aeris, pero ahora estaba en mi regazo, respirando tranquila, y tenía la oportunidad de conocerla. Lo poco que sabía de ella me daba una chispa de esperanza en medio de la oscuridad. Quizá ella podría aceptarme tal como era, con mis cuernos y orejas puntiagudas. No tendría que ocultarle ningún aspecto de mí misma, y finalmente podría escapar de esa desoladora soledad. Miré de nuevo mi brazalete palpitante, que ahora parecía más tranquilo que antes.

—Creo que Cyrone está de acuerdo conmigo.

Esas palabras surtieron efecto en Flye, que no insistió más. Saltó a mi lado y se acurrucó para moldearnos en ese silencio tras la lamparilla. No pude dejar de observar la lápida y, como si fuera un fantasma, imaginé a la difunta mirándome con burla. Aeris debía estar en lo correcto; la razón por la que el serafín se negaba a quererme, a siquiera prestarme atención, era ella. El fantasma que lo seguía persiguiendo, por más que él la hubiera dejado atrás.

Mientras miraba el espejismo con un inmaduro resentimiento, oí que el río chapoteaba a mis espaldas. Rápido, sin siquiera ver quién se acercaba remando hasta el islote, le susurré a Aeris que no despertara hasta que yo se lo pidiera. Me volteé como quien es descubierto en medio de algo incorrecto, por eso Evren alzó una ceja apenas se bajó del bote.

El mellizo se iluminaba vagamente con la vela que yo cubría con mi cuerpo. La silueta recortada que alcanzaba a apreciar parecía preocupada, jadeante, como si hubiera dado la vida en aquel viaje.

Tomé la lamparilla y le mostré a Aeris dormida y eso fue lo único que logró aflojar su postura. Se pasó la mano por la cara como si se la quisiera borrar del alivio.

—Esa maldita renacuaja me va a dar un infarto. Pensé que podía estar aquí, pero era la última opción donde podía encontrarla. ¿Sabes lo que significó para mí remar hasta acá con eso en mente?

—Probablemente le rezaste a cada serafín unas cinco veces.

—Incluso me inventé un quinto serafín mientras venía. Disculpa lo patético que me debí haber visto.

Sonreí levemente. Entendía lo que era preocuparse demasiado por un hermano. La diferencia entre nosotros dos, sin embargo, era un poco notoria. Nym era un niño de ocho años, en cambio Aeris...

—¿No era más obvio pensar que Aeris estaba a salvo? Ella sabe cuidarse a sí misma.

—No me digas, si de tanto juntarte con ella ya hablas casi igual. Hasta dices las mismas palabras ridículas. Un hermano mayor nunca deja de ser un hermano mayor, sin importar la edad que tenga la alimaña.

Evren se agachó para sentarse y retomar el aire perdido a mi lado. Se recostó sobre la tierra baldía, manifestó tanta comodidad como si de pastizal tierno se tratara.

—Creí que eran hermanos mellizos.

—A veces ser un hermano mayor no se trata de edades —me explicó mientras se estiraba—. Es algo más complejo que eso.

—Puede que tengas razón...

—Oye, esto es un avance, por fin no te niegas a cruzar más de dos palabras conmigo. —Solté una risita—. Qué pasa, ¿el tema te apasiona?

—Te veo y solo me doy cuenta de lo irritante que era yo con mi hermano menor. —Evren soltó una risotada en la mitad de mi frase.

—Pues, qué linda forma de decirme que soy irritante.

—Aeris me ha contado varias cosas...

—Aeris lo cuenta todo, querrás decir. Una vez que abre la boca, es imposible hacerla callar sin que llore. Por cierto, ¿de verdad tienes un hermano? Nunca me has contado mucho sobre ti.

—Nym, su nombre era Nym... era el niño más rebelde y energético que he conocido. Intrépido, inconsciente, temerario.

—Por Nylena, no me digas que él ya no está entre nosotros.

Me quedé callada, porque pese a que no tenía certeza de nada, me era difícil verbalizar cualquier respuesta. Evren lo entendió al instante, por lo que decidió que debíamos marcharnos. Se levantó de su lugar.

—Hay historias muy difíciles de contar, lo entiendo mejor que nadie.

El joven asió a Aeris en sus brazos. Una vez que me puse de pie, sacudí la tierra de mis rodillas y lo seguí hasta el bote. Cuando

zarpamos y él remó por el camino, nos alejamos de las tinieblas que envolvían al islote y yo no fui capaz de mirar atrás, a diferencia de Evren, que se le quedó viendo y me brindó un comentario al respecto:

—Yo sabía que Aeris podía estar aquí, ella es la única que todavía visita la tumba de Lumié.

—¿Lumié? ¿Así se llamaba? —pregunté en un arrebato de curiosidad, pero Evren entornó los ojos en blanco.

—Por supuesto que no. Aeris la nombró. Dice que la supuesta Lumié la visita en sueños. Ahora yo me pregunto, ¿qué asuntos tendría esa niña difunta con mi hermana? Ella tiene un complejo de protagonista, se cree todas esas cosas.

Me fue imposible no sonreír al ver cómo se refería a ella, pese a que había venido corriendo para ver cómo estaba.

—Amas mucho a tu hermana, ¿no es así?

—Oírlo es hasta asqueroso, pero por supuesto que sí. Yo mataría por esa rata, y lo he hecho.

Creí que lo decía en sentido figurado, pero pronto me contó que había matado a su padre por omisión hacía cinco años. Evren y Aeris eran los únicos hijos de una pareja de las afueras, más precisamente de Nylem, y por eso sus pieles eran doradas y un poco más oscuras que el tono de sus cabellos. Él me contó que su padre había comenzado a mirar diferente a Aeris, a complacerla con pequeños regalos, a tratarla como a una princesa de un cuento. El problema es que la niña, a medida que crecía y aumentaba en belleza, al igual que en las proporciones de su cuerpo, era menos feliz con esos tratos. Evren no lo comprendió hasta que cumplió los doce años, y encontró a su padre arrodillado a los pies de la niña en el salón de

su casa. Con suerte, no había visto nada más, pero haberse imaginado lo que sucedía resultaba todavía más tortuoso. No sabía cómo ayudar a su hermana, ni cómo acabar con su padre. Evren siempre había sido un chico débil y cobarde, o así se había llamado en cada segundo de su relato.

La diosa Nylena hizo caer su gracia y un día, en medio del bosque, su padre carpintero apareció con su hacha encajada en la cabeza. No parecía un accidente, dado el ángulo en que el arma se incrustaba; pero cuando Evren lo vio tambaleándose, cubierto de sangre y gritando por ayuda, decidió que lo era; que había sido una casualidad. Entonces retrocedió entre los arbustos, huyó hasta la casa, y se dispuso a cenar fingiendo que no había dejado a su padre desangrándose en la hojarasca. Días más tarde Aeris le confesó que Lumié la había poseído y que le había encajado, con sus propias manos, un hacha en la cabeza a su padre.

—Desde entonces decidí que me convertiría en un verdadero hombre. Alguien que pueda cuidar a su hermana. El problema es cuando lo quieres más que nada y eso no es suficiente.

Yo tampoco había podido cuidar a mi hermano. Flye notó la congoja en mi mirada.

—Pero hay algo que usted no tiene en cuenta, señorita Gyuri. Existen muchísimas formas de cuidar a una persona, no solamente con ser un escudo o un guardaespaldas. También se cuida a una persona cuando se le quiere, le impide que pierda la esperanza, la anima a continuar...

—Hay más formas de cuidar a una persona. —Repetí las palabras de Flye, sonriéndole a Evren, porque sabía que a él le servirían

incluso más que a mí. Me observó como si yo fuera la lluvia caída tras la peor sequía del siglo, y me agradeció con un asentimiento.

—Chisa, puedo notar que tienes experiencia en lo que hablas —comentó Evren mientras movía los remos. Mi sonrisa se congeló un poco por los recuerdos que se colaron por mis entrañas.

—Experiencia de hermana mayor, claro que sí. Si te puedo dar un buen consejo según lo que he vivido, escucha lo que desea Aeris, no trates de cortarla, acompáñala. Si ella quiere cumplir un sueño, incluso si te da miedo, apóyala y cree en ella. De lo contrario se te escapará de las manos.

Llegamos al orfanato y antes de despertar a Aeris, Evren me detuvo con una mano sobre mi muñeca. Desde hacía tiempo había notado sus intenciones, y pese a que yo no tenía ningún deseo de corresponderle, creí que valía la pena escucharlo. Después de lo que me había contado, había sembrado un sentimiento de admiración en mi corazón.

—No sé por qué me ofrezco a ser lo que no puedo ser, pero por ti quiero intentarlo. Quiero ser un hombre, Gyuri. Déjame conocerte, por favor... Cuando veo tu rostro no hay nada más en lo que pueda pensar. ¿Me permitirías cortejarte en la víspera de Cornelius?

En cualquier momento de mi pasado me hubiera sonrojado y caído ante su atractivo aspecto, pero había un antes y un después de haber conocido al serafín de la tierra. Había cambiado y, desde entonces, ningún hombre era capaz de hacerme perder el aliento. Supe la respuesta desde que Evren comenzó su confesión, pero al escuchar el palpitar acelerado de la flor en mi muñeca y al pensar que probablemente Cyrone no volvería si no se daba cuenta de que

realmente podía perderme, quise aceptar su propuesta y dejarme llevar.

Pronto abandoné esa idea.

—Perdón —dije antes de romper su corazón—. Estoy muy enamorada de alguien más.

—¿Señorita Gyuri? —me susurró Flye con sorpresa.

No podía traicionarme a mí misma, por más que quisiera traicionar al mundo con tal de ser feliz.

Y Evren no reaccionó en absoluto. Entendí que se lo esperaba, e incluso asintió como si ya lo hubiera sabido siempre.

—De Cyrone, ¿verdad?

Escuchar el nombre de ese serafín dolía como una llaga en el corazón. Asentí acongojada, como si rogara a Nylena que eso no fuera real.

—Está bien —respondió Evren—. Ya me lo esperaba, eres tan evidente.

La flor comenzó a latir como una loca, por lo que me la llevé al borde de mis labios mientras percibía que el rubí se colaba entre mis tejidos, avergonzándome.

—A las mujeres siempre les gustan los hombres con los cojones bien puestos, que puedan destruir un dragonarto de un lanzazo —espetó el joven con un aire de resentimiento.

Di un respingo al escucharlo.

—Cyrone podría ser un idiota de pacotilla, el más débil y horrible de todos. Lo que me une a él es más grande. ¿Lo entiendes, Evren? No quiero que mi rechazo te quite la autoestima ni el valor, porque no se trata de ti ni de nada que puedas hacer o ser.

Evren soltó un resoplido antes de dirigirse a Aeris, que seguía reposando exhausta entre los tablones del bote.

—No es justo, Gyuri, tratas de consolarme, pero eso solo me frustra más. Eres tan dulce que maldigo el día en que Nylena le dio tanta dicha a Cyrone. No solo tiene tu atención, sino también la de mi loca hermana. No te preocupes, ella renunció a él apenas te conoció. —Evren comenzó a mecer el hombro de Aeris.

—¡Aeris! —grité para despertarla. Reaccionó a mi poder, parpadeando en repetidas ocasiones hasta enfocar la vista. Evren la ayudó a ponerse de pie y ella, desorientada, seguro pensó que lo que había ocurrido en aquel islote no había sido más que un sueño.

Al ingresar en el orfanato, la mirada aterrada con la que la señora Delfina me recibió me alertó antes de que pudiera contarme lo que había sucedido.

—Torinilla... llegó algo para ti. Un recado... —me anunció con el nerviosismo a flor de piel.

Tras intentar calmarla para que me revelara la información, y ella me hubiese arrastrado hasta el cuarto de la cocina para aislarnos del resto, me mostró un paquete que había llegado en manos de uno de los niños del orfanato. Al desenredar los lazos y abrir la caja, encontré una bufanda naranja. Uno de los extremos del fular estaba calcinado y al menos un cuarto de la prenda había sido consumida por el fuego.

En aquel instante, solo dos pensamientos fueron claros en mi mente.

El primero era que provenía de la Guardia, pues un niño lo había traído hasta Delfina y el único que podía organizar ese tipo de envíos era Xylo; el segundo desequilibró mis emociones a tal punto que

sentí las piernas entumecidas: estaba lo suficientemente segura de que esa era la bufanda que llevaba Nym el día en que huyó de Riveria.

28

Delfina trató de sacarme de aquel vacío de sonidos en el que me había sumido. Me sacudió levemente por los hombros. Observé el rostro desdibujado de la mujer, que me hablaba asustada de cosas que no llegaban a mis oídos. Respirando agitada, sentí que mi cuerpo se inclinaba hacia un lado y supe que, a pesar de mi inmortalidad, moriría. Moriría.

Corrí hacia el pasillo con la bufanda en mis manos. En el camino me encontré con varios niños que, aterrorizados por la expresión de mi rostro, se apartaron para abrirme paso. Subí al ático y me desplomé en el suelo. Al levantar la prenda, mis manos temblaban como si no fuera liviana en lo absoluto. Me sostuve la cabeza para contener las emociones e intenté recapitular: no era solo un instinto, ni una excusa para quedarme; Xylo sí tenía a Nym en algún lugar. Lo había visto, al menos; buscaba amenazarme con él, eso era seguro.

El impulso me dominó cuando me puse de pie, decidida a enfrentar a ese hombre y destrozarlo con mis poderes. Sin embargo, me detuve antes de abrir la compuerta. El recuerdo de sus dedos asfixiándome aún se sentía fresco en mi piel, las yemas ásperas empujando contra mi garganta y hundiéndose en ella. Me sostuve el cuello y retrocedí tambaleante hasta la cama, donde me dejé caer. El gato que dormía maulló en un sobresalto.

Su voz deshumanizada resonó en mis oídos, distorsionada y enfadada. No procesé las palabras de Chuckles; simplemente me

giré lento para mirarlo. Al verme, su semblante cambió, y su espalda y cola se erizaron.

—Y a ti ¿qué te pasa? ¿Acaso te extraña que duerma todo el día? ¿En qué te afecta?

Subí ambas piernas a la cama y me abracé. Acerqué mi muñeca, rodeada de la florecita palpitante, a mi rostro y comencé a susurrar con voz entrecortada:

—Cyrone, vuelve, por favor. No sé qué hacer... tengo tanto miedo. No puedo ir con Xylo, pero él... él me ha enviado la bufanda de Nym. Él sabe dónde está, lo tiene. Por el Empíreo, Cyrone, aplastaré todos mis sentimientos por ti y no dejaré ninguno. Vuelve, te necesito, vuelve, por favor. Te lo ruego. Ya no te querré, te lo juro... Solo vuelve a mí.

—Rogándole a una flor que Cyrone vuelva. Las hembras de la especie humana son las más ilusas, y eso que tú ni siquiera eres una —dijo Chuckles, pero lo ignoré—. No sé quién sea Nym, pero puede tratarse de cualquier bufanda, y si fuera de él, pudo simplemente haberla perdido. Usa la cabeza.

Oír a Chuckles me arrancó de aquella burbuja de ansiedad.

—No lo sé, Chuckles. Algo me dice que es de él.

—Pues, entonces ve a buscarlo y deja de temblar.

Suspiré y me encogí aún más en la posición en la que me abrazaba. Lo que decía Chuckles tenía sentido. Una serafina era capaz de controlar a las personas con el poder de su palabra; no obstante, no podría hacer mucho si se le cubría la boca o se le cerraba la garganta. Mis habilidades de defensa eran escasas, y mi cuerpo seguía siendo débil y torpe.

—Tengo miedo de Xylo —admití.

El gato se estiró y caminó con solemnidad hasta invadir mi espacio personal subiéndose a mi falda y rompiendo el abrazo que me daba a mí misma.

—Si eres una serafina, enfrentarte a un hombre común debería ser tan sencillo como para mí lo es escalar un árbol.

Lo miré directo a los ojos dilatados.

—¿Y qué me pasará si todo sale mal? ¿Qué sería capaz de hacerle ese hombre a Nym?

Nos quedamos en silencio por unos segundos.

—Si yo me caigo de un árbol, siempre caigo de pie. Soy un gato doméstico, fui diseñado para sobrevivir. ¿Qué hay de ti?

Me enderecé un poco, dejando que la ira ocupara el espacio del terror.

—Estoy seguro de que también caerás de pie —dijo Chuckles.

Con la resolución de ignorar mis miedos e ir en busca de pistas, saqué mi traje limpio del cajón, aquel con el que había llegado a Dregonia, y me vestí con él.

Cuando las luces y fogones se extinguieron por completo, descendí las escaleras y me deslicé por el pasillo camuflada en el silencio de la noche. Antes de poder escapar, una figura oscura me sorprendió. Sobresaltada, apenas alcancé a vislumbrarla por el rabillo del ojo. Cubrí mi boca para sofocar cualquier grito involuntario.

—Polett —suspiré cuando lo reconocí en la salida de la casona, vestido e impecable como si me hubiera estado esperando.

—Vas a por el comandante. Déjame que te acompañe. No hay nadie en Melcior que conozca las estancias de la Guardia de Dregonia tan bien como yo.

—No voy a ir. ¿Quién te dijo eso?

—Delfina me contó que te llegó un mensaje del comandante, o más bien lo escuché cuando se lo mencionaba a Aeris. Tu reacción era previsible. Déjame que te acompañe.

—¿Es que acaso has estado ahí, siquiera? —pregunté, aun sabiendo la respuesta.

—He preguntado por todos los detalles a mis compañeros. Además, desde que aprendí a leer me he memorizado los instructivos, las guías, los documentos...

—Por esto es que Xylo prohíbe a los niños leer. Escucha, Pol, no te llevaré conmigo. No insistas, porque te cansarás. Es peligroso y tú eres pequeño. Tengo más que prisa, esto no es un juego de espionaje, adiós.

No creí que necesitara más razones, así que lo pasé por alto al salir, no había tiempo que perder. Sin embargo, logró detenerme aferrándose al borde de mi capa. Me giré, aunque no del todo.

—¿Qué encontraste en el mensaje del comandante? —preguntó.

—Eso no necesitas saberlo —respondí, dispuesta a que se enfadara y se rindiera.

—¿De verdad crees que podrás enfrentarte a él sola? —susurró, siguiéndome cuando decidí seguir caminando—. Si quieres lograr algo, necesitarás llevar a alguien que te proteja. ¡Yo puedo hacerlo!

Me detuve y lo observé hasta convencerme de que realmente hablaba en serio; para evitarle desilusiones, decidí forzar una sonrisa. Sin embargo, al darme cuenta de que él no tenía la intención de devolver el gesto, negué con la cabeza. Volví a caminar.

—Me duele rechazarte, Polett, pero esto es demasiado.

—¡Me necesitas! ¡Solo yo sé sobre los pasadizos del castillo! ¡Sé llegar a la oficina de Xylo! —insistió con un berrinche, lanzándose al suelo mientras jalaba de mi capa. Me hizo tambalear—. Por favor, Gyuri, he practicado toda mi vida para esto.

—Nueve años de práctica no son tantos, Polett, practica un poco más.

El niño cayó cuando sacudí la tela y se soltó de ella. Me giré preocupada, temiendo haberle lastimado sin querer, pero en un instante fugaz él ya estaba de pie.

—No me estás entendiendo. Esto es lo que me hace seguir adelante. Es la razón por la que sigo vivo. Quiero entrar a la Guardia, que el comandante me apruebe, saber todo sobre él. Te prometo que no molestaré, pero si existe una sola cosa que podría descubrir sobre los secretos que esconde, quiero saberla.

Las llamaradas que vi en los ojos verdes del pequeño me pusieron la piel de gallina. No pude evitar recordar la mirada de Nym. El remordimiento me invadió y, aunque creí tener la fuerza suficiente para rechazarlo otra vez, solté algo que pareció un suspiro para tranquilizarme. El niño interpretó ese gesto como una aceptación, así que sonrió y corrió hacia la puerta.

Nos subimos al bote y dejé que Polett me ayudara a remar. Trazamos nuestro camino hacia las zonas limítrofes de la ciudad, donde en el horizonte se levantaban los castillos de piedra en los que se reunían los guardianes de Dregonia.

El castillo lucía majestuoso al fondo de la ciudad, con sus techos puntiagudos alcanzando el límite del domo como un roble formidable e indestructible. Me quedé boquiabierta por la impresión, pero al llegar a la orilla volví en mí y miré a mi lado. Vi las constelaciones

brillantes reflejadas en los ojos de Polett, quien contemplaba el castillo como si fuera el verdadero cielo perdido.

—Toda mi vida soñé con este momento —afirmó solemne, tras un suspiro novelesco.

Me guardé las ganas de recordarle que solo había vivido nueve años, porque de seguro había sido un tiempo demasiado largo para él.

Entramos al castillo a través de un pasadizo secreto señalado por Polett, y avanzamos siguiendo las indicaciones que el niño conocía al dedillo. Incluso me relató la historia detrás de la construcción del castillo, y cada vez que le preguntaba cómo sabía tanto, a pesar de ser la primera vez que entraba allí, él sonreía travieso.

No me sorprendió tanto la escalinata infinita que tuvimos que subir, tampoco que en cada espacio de la pared se colgara una lanza, un mazo, un bate o cualquier otra arma. Lo que realmente me causaba curiosidad eran las enormes puertas que, con una altura equivalente a tres personas apiladas una sobre otra, se alzaban ante nosotros. ¿Para qué eran tan altas? ¿Por qué el fuerte carecía de ventanas? ¿Y por qué no había velas que iluminaran el lugar?

—Esta de aquí es la oficina del comandante —susurró Polett cuando llegamos a una puerta tan alta como ancha, absurdamente adornada con cabezas de piedra talladas como dragonartos.

Acerqué la lámpara a la puerta para descubrir que, como ya podíamos imaginar, estaba cerrada con llave.

—Oh, maldita sea. Y ahora ¿qué? —me ataqué tratando de forzar el pomo. La cerradura fortificada de hierro se burló de mí, resistiendo con su solidez la escasa fuerza que yo tenía.

—Esperaremos a que llegue y abra la oficina, ahí nos podremos escabullir en el interior —respondió el niño.

—Tengo una tendencia a atraer a niños con ansias de buscar problemas.

Me senté en el suelo, apoyada contra la puerta y consciente de que Xylo y sus soldados no llegarían hasta dentro de unas horas, cuando despertaran los dragonartos. Polett se deslizó a mi lado, observándome con atención, como si esperara que yo tomara alguna acción.

—Gyuri. ¿Por qué no los usas?

—¿A qué te refieres?

—A tus poderes mágicos. Con ellos podrías abrir esta puerta con facilidad.

—¿Qué quieres decir con eso? —Me desentendí.

—Tú también tienes magia, como Rydel, ¿no es así?

—¿Magia? No tengo idea de lo que estás diciendo.

—Oh, no. Ustedes no pueden engañar al futuro comandante de la Guardia de Dregonia —exclamó Polett—. Lo mismo trató de decirme Rydel, que el hecho de que un viento sobrenatural me hubiera elevado antes de que me cayera al agua, era una casualidad más. ¡Obra de la diosa Nylena! ¡Patrañas! ¡Es magia! ¡Tal vez magia negra!

Decidí respirar con calma. Si reaccionaba más de lo debido, podía delatarme. Era mejor que creyera que el control del viento fuera magia y no un poder celestial. Pensé en la forma en la que regañaría a Rydel por ponerse en riesgo de ser descubierto.

No me tomé muy en serio lo que me decía, al fin y al cabo, era un niño con vasta imaginación. Recosté mi frente sobre las rodillas,

pues el cansancio comenzaba a acabarme poco a poco. Al ver que yo ignoraba su consejo, él decidió hacer algo que por poco me deja sin aliento.

Polett tiró de mi capucha hacia abajo, dejando al descubierto mi cabeza. Cuando intenté cubrirme para ocultar mis características, ya era demasiado tarde; el niño ya había visto mis cuernos y orejas en todo su esplendor. Me apresuré a apagar la lámpara, sumiendo todo en la oscuridad. Mi visión se agudizó, permitiéndome ver a pesar de la penumbra. Observé cómo Polett se tapaba ambas orejas, con la cabeza gacha.

—Si empiezas a darme órdenes, voy a gritar —me amenazó con la mirada perdida en la oscuridad—, y no seré capaz de escucharte. En cambio, alguien allá afuera sí me escuchará. Le gritaré al resto lo que eres.

Si bien Polett siempre había destacado por su valentía, ahora me sorprendía por ser un verdadero temerario. Me estaba enfrentando aun cuando probablemente, y por la posición en la que se cubría los oídos, sabía que yo era un indecible.

—Polett, no hay personas cerca. Si gritas, nadie te va a escuchar.

Por la forma en que comenzó a gritar para no escuchar mis palabras, comprendí que no podría razonar con él a menos que le prometiera que no le ordenaría perder sus recuerdos. Con ese pensamiento en mente, volví a encender la lámpara y asentí ante él.

No comprendía del todo por qué, pero Pol se quitó las manos de los oídos, confiando totalmente en mi palabra, como si aquella me hubiera condenado. Tal vez no era tan profundo, tan enrevesado; quizá tan solo confiaba en mí. Le sonreí tras la luz de las velas.

—¿No me tienes miedo? —le pregunté y mis orejas se bajaron.

—Rydel jamás me hubiera hablado tan lindo de alguien vil —confesó, y al segundo se cubrió la boca con ambas manos.

—Oh, vale. —Me puse la mano en la frente, al imaginar hacia dónde iba aquello—. Ahora me confirmas que Rydel te contó sobre mí, sobre mis cuernos y demás cosillas. Porque no me cabe en la cabeza que un niño no grite de terror al ver una criatura como yo.

—¿Terror? Vaya, Gyuri, no eres consciente de ti misma —murmuró —. Yo creo que poder mostrar esa cornamenta, como una corona, es un privilegio. No entiendo bien lo que eres, ni lo que es Rydel, pero estoy seguro de que ustedes son muy poderosos.

Me volví a sentar en el suelo, tratando de reprimir la sonrisa que se me había formado. Tal vez él tenía razón, pero me era insólito estar recibiendo consejos de un pequeño; probablemente los niños eran la verdadera voz de la razón, y hasta ahora tan solo había sido una estúpida adulta de oídos sordos.

—Y no debes enojarte con Rydel, él y yo nos hemos vuelto mejores amigos, y los mejores amigos no se guardan secretos, es una regla.

Lo vi caer a mi lado una vez más. Conversamos mientras la tenue luz de la vela se extinguía lentamente. Le conté sobre los cuatro serafines y, aunque no parecía creerme del todo, me observaba con una tremenda admiración.

No me importaba que pensara que era solo otra novela, una historia que había surgido de mi mente y que había dejado salir para él. Sentía alivio al no tener que mentirle, al poder decirle quién era sin reservas, sin una capucha que me hiciera sudar.

—Crecí con humanos, con mis padres y un hermano menor —murmuré, habiendo decidido revelar un poco más.

—¿Dónde están ellos?

—No lo sé, Pol. Mis padres desaparecieron de mi casa un día, como si fueran espejismos. Mi hermano, por su parte, abandonó la ciudad y se fue solo. Todo alrededor de ellos es un misterio para mí. Ahora tengo una pista sobre su paradero; Xylo me envió los restos de su bufanda.

—¿Qué tiene que ver el comandante con tu hermano menor? —me preguntó, levantando una ceja.

—Eres tú quien sabe inventarse las teorías, pequeño. —Le sonreí —. Eso es lo que quiero descubrir viniendo aquí.

Pol se quedó en silencio por un momento, como si sus pensamientos lo absorbieran. No podía ocultar nada de su rostro, ni una sola emoción, y eso era lo que más me gustaba de él.

—Entonces sí que tienes poderes, ¿verdad? ¡Eso quiere decir que puedes abrir esta puerta!

—No sé hacer gran cosa con mis poderes, Polett.

—¿Me vas a decir que con tanto poder en manos no has practicado en lo más mínimo? —me acusó, y su voz se oyó como un golpe que no me alcanzó, pero que sí me dolió.

No supe cómo explicarle que crecí pensando que era una inútil, que no tenía ningún poder especial del que el mundo dependiera. Vivir de esa manera era más reconfortante; había menos responsabilidades, menos muertes de las que culparme. Me callé y me quedé hecha un ovillo en el suelo durante tanto tiempo que Polett al final se hartó y se levantó de un salto.

—¡Vas a superarte ahora mismo! —me gritó, apuntándome con el dedo—. Te han tratado como no deberían. Condescendientemente,

cuidándote como a un bebé; pero no eres un bebé, eres una mujer creadora. ¡Ahora mismo te lo voy a enseñar!

Me insistió a pesar de que le dije que, por más que lo intentara en el pasado, no había sido capaz de producir nada más que unos cuantos truenos y relámpagos, luces involuntarias y lluvia. Después de unos minutos de insistencia, el pequeño Pol perdió la paciencia conmigo.

—Si lo que me estás diciendo es verdad, entonces eres una egoísta, una serafina inútil que permite que la humanidad sufra. Si no fuera por ti, los dragonartos no harían hasta lo imposible por entrar a la ciudad. Han muerto muchos por culpa de esos reptiles. Mi abuelo era un guardián de primera y, aun así, murió devorado por uno de ellos. ¡¿Tienes idea de lo que pasa cuando te niegas a actuar?!

Oh, claro que lo sabía, lo había visto, y aunque me atormentó por un tiempo había logrado enterrarlo. Tal vez Cyrone tenía razón después de todo, los serafines nos distraíamos de nuestras obligaciones cuando dábamos cabida al amor. Sin embargo, ese pequeño estaba siendo cruel y yo ya me sentía lo suficientemente inútil como para necesitar que un humanito me lo recordara.

—No me grites, Polett. Ya te gustaría a ti estar en mi lugar, pero no durarías ni un día. —En aquel momento yo era una estúpida serafina inmadura y victimista. Se lo hice saber—: Yo no tengo la culpa de la muerte de tu abuelo. Yo solo vivía mi vida como me la enseñaron. De un día para otro me quitaron mi vida, mi gente, mi hogar y mi identidad. No tienes idea de lo difícil que ha sido para mí...

El sonido de la bofetada que me propinó Pol fue lo primero que me alertó. Luego vino el dolor, una ardiente sensación que me hizo temblar de impotencia. Miré al niño nuevamente, apretando los dientes mientras me acariciaba la mejilla.

—¿Cómo te atreves a golpearme?

—Reacciona, Gyuri. El tiempo se acaba.

Como si no hubiéramos peleado, el niño acercó su rostro al mío, tomándome de las mejillas y apoyando su cabeza en la mía.

—No me iré de este castillo si no aprendes, por las buenas o por las malas, a usar tus poderes de manera digna. Ya sabes lo que duele mi mano pese a que solo tengo nueve años.

Sonreí con ironía y me eché hacia atrás.

—Mira como suenas con solo nueve años.

—Te lo advertí cuando nos conocimos. Soy feroz, Gyuri. Y si yo fuera el serafín del cielo, las cartas ya estarían jugadas.

—¿Qué pretendes que haga? —le pregunté arrodillándome en el suelo—, ¿quieres que haga una llave maestra? ¡¿Con lluvia?!

—Una llave maestra estaría bien. Concéntrate en crear algo sólido. Cierra los ojos, carajo.

—Cyrone se va a enterar de cómo tratas a los adultos, Polett —respondí cerrando los ojos, concentrando mi poder de alguna manera.

Algo sólido, debes crear algo sólido, quise pensar, pero ya estaba rendida desde un principio. Había hecho llover, electrocutado a serafines; sin embargo, no había sido capaz de crear materia sólida de la nada.

Suspiré de fastidio y agaché la cabeza. Polett se me acercó otra vez y me alzó de los cuernos.

—Gyuri. No hay nada como el cielo, eso me decía mi abuelo. Porque el mar es inmenso, las tierras son extensas y el aire parece no agotarse jamás. Pero lo hacen, se agotan, se acaban. El cielo no. El cielo es infinito.

Abrí mis ojos nuevamente y quise llorar. No entendía por qué, solo sentía cómo el dolor se acumulaba en un espacio de mi pecho.

—Es infinito —repetí con la voz quebradiza.

—Por eso te cuesta más que al resto de los serafines. Porque tu poder es enorme, digno de una persona fuerte y valiente.

—Pero yo no soy una persona fuerte ni valiente.

—¡Pues, selo! —vociferó el niño con tal fuerza que su voz resonó en toda la estancia, dejando un eco persistente.

Cerré los ojos con firmeza y me obligué a tomar una decisión. En cuestión de segundos, transformé mi posición de derrota en un símbolo de fuerza. Cuando por primera vez pude percibir que un poder emanaba de todo mi cuerpo, que era capaz de crear lo sólido con mi magia, alcé la mano y lo dejé salir. Fue doloroso, pues los poros de mi palma se rasgaron. No quise abrir los ojos por miedo a que desapareciera.

Finalmente, lo miré entre mis manos: una roca pequeña, rugosa, de color café y burdeo. Estaba acribillada, con una superficie áspera y polvorienta. Era mi creación, pero tan diminuta que ni siquiera alcanzaba el tamaño de una concha marina.

La aprecié bastante tiempo, hasta que Polett estalló de la risa y esta se me contagió al instante.

—¡Polett! ¡No te rías de lo mejor que puedo hacer en este momento! —le recriminé, aunque yo todavía reía al compás de sus carcajadas.

—¡Es mucho mejor que nada!

Exhalé todo el aire de tanto esfuerzo y contemplé la roca que había creado de la nada. Con la boca entreabierta, volví a mirar a Polett, quien lucía orgulloso de mí. De pronto, su expresión cambió. Observó la roca en mi mano y luego la puerta. Sin explicarme nada de su plan, me arrebató la piedrita y, con determinación, la encajó en la cerradura.

—¡Nylena! —grité de la impresión—. Sí que eres un niño, al fin y al cabo. ¡Esa roca no tenía forma de llave! ¿Qué se supone que has hecho?

—Es el tamaño perfecto para encajarlo en la cerradura.

—¿Y eso qué? Destruiste la cerradura, ahora ni siquiera podremos abrirla.

—Pues, que no abriremos la cerradura, Gyuri. La explotaremos desde el interior.

Vi esa llamarada ardiendo en sus ojos otra vez mientras me miraba. Lo que decía me pareció absurdo, pero de alguna manera su tono lo hizo sonar posible. Por eso, decidí seguir sus indicaciones. Adopté mi posición de poder —o al menos la que creía que era— y me concentré en infundir vida en la roca, siguiendo el ejemplo de Cyrone con las plantas, raíces y sarmientos.

Estaba tan tensa que Polett me dio un golpecito en la espalda para relajarme. Exhalé y volví a inhalar, tratando de liberarme de las cadenas que mi pesimismo había inventado y que ahora me frenaban.

Cuando la roca comenzó a expandirse, la cerradura se deformó desde el interior. Lo supe porque sentí en cada centímetro de mi piel el metal luchando por no doblarse, hundirse o ceder. Polett me

animaba con porras y vítores, pero yo me había convertido en la roca. Solo era yo, encerrada en el fondo de una cerradura, deseando salir. El mecanismo que mantenía la puerta cerrada se destrozó, y la roca encajada lo reemplazó con un tamaño más prominente, ahora del tamaño de la cabeza de Pol.

Me costó volver a ser consciente de mi cuerpo, pero cuando me encarné nuevamente, Polett ya había empujado la puerta para entrar. Lo seguí, algo descolocada, mirando mis manos, impresionada de lo que había podido hacer.

29

La habitación estaba tan oscura como el pasillo, pero pude distinguir que en las paredes había estantes repletos de tomos con letras manuscritas que hablaban en un idioma desconocido. Di un respingo al descubrir la vasta colección de Xylo, ese hombre que parecía despreciar los libros, pero que, en realidad, guardaba miles de ellos.

Me acerqué al escritorio de Xylo y descargué mi peso en la silla. Estaba exhausta.

—Tomemos todos los libros que luzcan sospechosos y escapemos —sugirió Polett.

—No —sentencié mientras me enderezaba. Sentía el hormigueo bajo mi piel, la iridia inundándolo todo, llenándome, por fin, de energía—. Me quedaré y tendrá que confesarlo todo frente a mí.

—¿Confesártelo? —preguntó con resquemor—. ¿Cómo piensas hacer eso? Estoy seguro de que Xylo te triplica en peso y altura.

—Bastará con una orden. Ya lo verás. Me lo dirá todo.

El niño se alisó las ropas e infló el pecho, parecía armarse de valor.

—Como digas, Caelum.

Observé los papeles sueltos que se esparcían por el escritorio y urdí mi vago plan: lo sorprendería y lo encontraría con la guardia baja. Le ordenaría con un par de palabras simples que me dijera el paradero de Nym. Pero ¿qué más podría hallar para confrontarlo?

Después de desestimar los documentos sobre la mesa, abrí la gaveta.

—¿Qué opinas? Caelum es tratado como un chico por todos los seres humanos, cuando en realidad es una chica. ¿No crees que tú y yo tenemos muchas cosas en común? —dijo Polett mientras acercaba una silla a las estanterías. Parecía que empezaba a aburrirse.

Retiré varias de las hojas que se encontraban ahí y las esparcí sobre el escritorio. Una con textura diferente llamó mi atención, al apartarla del montón noté que se trataba de un boceto, si es que se podía llamar así. El dibujo era tan detallado que parecía un retrato y debajo de él rezaba una frase en el extraño idioma de los libros de la estantería.

—Por cierto, ¿por qué los serafines tienen género? ¿Por qué son hombres o mujeres? Me parece absurdo. Deberían ser ambos a la vez.

—Porque alguna vez fuimos humanos, Pol —le respondí mientras miraba el dibujo.

Volví a escudriñar entre las hojas hasta hallar otra similar. En ella se plasmaba el rostro de una mujer. Era bellísima, con pecas y ojos muy claros. Sonreí al papel y Polett lo notó. Se me acercó por la espalda con curiosidad.

—Es muy bonita —comentó él. Le encontré razón.

Mi sonrisa se congeló cuando pasé al tercer boceto. Era un niño, pero no cualquiera. Esos ojos, ese cabello rojo que en el dibujo no se notaba, y aquella mueca inolvidable. Lo reconocí de inmediato. Temblé tanto que las hojas se desordenaron en mis manos.

—Es un niño. Tiene mi edad —comentó Polett, ajeno a mi desesperación.

—Es mi hermano —contesté.

Mil pensamientos surcaron mi mente, la estrujaron y torturaron durante segundos que parecieron eternos.

—Nym —murmuré, y pronto comparé su imagen con el resto de bocetos. Todos tenían pecas y cabello claro.

Todos se parecían bastante.

Todos eran pelirrojos.

Las puertas del castillo rechinaron al abrirse.

Unas decenas de pasitos le siguieron a unos más grandes e imponentes.

—Llegó el comandante Xylo —me advirtió Polett, pero yo estaba concentrada en una sola palabra.

La misma palabra en un idioma extraño que aparecía en todos los bocetos.

¿Qué quería decir? ¿Perdido? ¿Muerto? ¿Encerrado? ¿Qué podía significar?

—Gyuri, si nos encuentra en su oficina, estamos muertos. ¡Muertos! —insistió.

Asentí, buscando desesperadamente un lápiz, una pluma, tinta, cualquier cosa para escribir. Sin embargo, solo encontré papel, más papel, pero nada con lo que pudiera anotar. La frustración se apoderó de mí mientras mis manos temblaban impotentes.

—Gyuri, por favor. ¿Qué te pasa? Tienes que estar lista para darle la orden si pretendes que nos encuentre.

Sin saber qué hacer, me corté la mano al pasarla por mi cornamenta. La sangre comenzó a salir y yo tomé uno de los tantos

papeles sobre el escritorio para anotar la palabra en el dorso. Imité las letras lo mejor que pude y, una vez oculté bajo mi capa el boceto y el escrito, me levanté para salir corriendo. Ya era demasiado tarde, el comandante me observaba desde el umbral de la puerta averiada.

—Tú.

Me aplastó con su mirada ominosa.

—Qué haces aquí.

Su tono no denotaba una pregunta, sino más bien una amenaza, porque independientemente de lo que respondiera, estaba en problemas. Observó de reojo la perilla destrozada; deslizó su mirada a través de mí hasta llegar a su escritorio revuelto, y sus pupilas cayeron sobre mi mano que goteaba. Por suerte, había sido lo suficientemente rápida como para cubrirme la cabeza con la capucha.

—Xylo, de rodillas —le ordené, pero los gestos y los pasos de Xylo no cesaron—. ¡Aléjate! ¡Arrodíllate ahora! ¡No des un paso más! —grité, retrocediendo yo en su lugar, de manera absurda.

—Y en el caso hipotético y muy posible de que decida hacer lo que a mí me plazca, ¿qué vas a hacer?

Me helé por dentro. *¿Por qué? ¿Por qué no reacciona a mis órdenes*? La incertidumbre me invadió mientras enfrentaba la realidad de que mis poderes parecían haberme abandonado en el momento más crítico. ¿Era mi iridia agotada?

—Co... comandante, le juro que yo la obligué. Quería venir al castillo porque... ya sabe... yo quiero entrar a la Guardia.

—Mira, niñita —se dirigió a Polett—. Creí que la paliza que te dieron tus compañeros cuando te colaste a este castillo la última vez había sido suficiente para enseñarte tu lugar.

—Usted los obligó, ellos no hubieran...

—Ellos te ven como lo que eres, una servidora, y eso no es algo que no sepas. Es triste que siquiera trates de convencerte de lo contrario. Quieres vivir como un hombre, ¿no? Te enseñaré cómo nos tratamos aquí.

—¡No! —gritó un tercero cuya voz no me era desconocida. Rydel se asomó detrás de Xylo, con los ojos amarillos inyectados en temor —. Yo he estado escondiéndolo aquí durante estos últimos días. Lo obligué a venir.

Ese vil abuso de poder, esa violencia que arremetía contra simples niños despertó a ese ser inhumano que albergaba en mi interior. El miedo se transformó en ferviente ira. Sentí que mis emociones estallarían sobre el castillo, pero ya no tenía ganas de contenerlas. La cólera comenzó a ascender por mi cuerpo y calentó mis extremidades, haciendo que un vapor notable brotara de mis poros. Los dos niños retrocedieron al verme, y Xylo sonrió, saboreando mi frustración.

—Qué le hiciste a Nym. Confiesa —exigí con una dura voz que desconocía.

El comandante alzó una ceja y no se inmutó cuando avancé hacia él y, poniéndome de puntillas, le tomé del cuello de la capa oscura que le cubría. Lo sacudí con poco éxito, y repetí la pregunta.

—Qué le has hecho. Confiesa —enfaticé en cada palabra.

Sin decir nada, Xylo puso su asquerosa mano sobre mi capucha y la arrancó de mi cabeza con tanta fuerza que casi me bota al suelo. Me vi empujada hacia atrás hasta chocar con el escritorio, aferrándome desesperadamente a él para mantenerme en pie.

—Qué le habrás hecho tú, maldito y miserable *indecible*.

En ese instante, perdí por completo la visión. La intensa luminosidad que se apoderó de mis córneas, volviendo mis ojos en blanco, me impidió seguir viendo a mi alrededor. También perdí el control sobre mí. Me abalancé contra Xylo, quien intentó defenderse golpeándome con su mazo. Instintivamente logré esquivarlo, pero me agarró con la mano antes de que pudiera encaramarme en él. Apretaba mi brazo con tanta fuerza que parecía que podría quebrarlo en cualquier momento, pero empezó a quemarse por la temperatura abrasadora de mi cuerpo.

Imaginé que nos mirábamos fijamente, lo cual habría sabido si tan solo no estuviera cegada por mi propia luminosidad. Aunque no podía ver, había desarrollado un sentido mucho más poderoso. Me fundí con lo invisible; yo era el espacio que me rodeaba, y no había lugar en aquella habitación que no pudiera sentir. La brisa me atravesaba sin mover uno solo de mis rizos; tampoco podía hacerlo Xylo, quien intentaba golpearme con el mazo, pero fallaba vez tras vez incrustándolo en el suelo. En uno de sus intentos me lancé a él apuntando por instinto hacia donde creía que estaba su cuello. El crujido en el suelo y el grito ahogado de los niños confirmaron que había logrado derribarlo.

No veía nada, pero estaba segura de que mis manos estaban asfixiando a aquel hombre. Sentía el ardor en ellas con tal ímpetu que parecía que se evaporaban en el aire. Un rayo surcó las alturas y un trueno resonó a las afueras, la fuerza con la que reventó en el domo de madera hizo temblar el castillo de los guardianes, pero no logró destruirlo. Yo gruñía como una loba mordiendo a su presa. Apreté mis dientes con tanta fuerza que estoy segura de haber estado cerca de destrozarlos.

No debería estar haciendo daño con mis poderes.

Mientras seguía gruñendo, aquel pensamiento me sacudió como el reciente trueno. Pese a que mi cuerpo seguía empecinado en estrangular al enorme hombre sobre el que me había montado, tomé conciencia en mi interior.

Mis ojos perdieron un poco de la luminosidad y pude observar, de manera disminuida, la silueta de Xylo debajo de mí luchando porque yo lo soltara. Mis manos quemaban su cuello; mis dedos calcinaban su piel y yo solo presionaba más fuerte.

No debería estar haciendo daño con mis poderes.

Por qué. ¿Por qué estoy colmada de ira?

Quisiera poder dominar mis sentimientos.

No debería estar haciendo daño con mis poderes.

¿Por qué tengo tanta rabia? ¿Por qué desbordo tanto, tanto odio?

No debería estar haciendo daño con mis poderes.

Voy a matar a este hombre.

Basta, no debo hacerlo.

Pero lo odio. Lo odio. Lo odio. Lo odio.

No estoy segura de que haya dañado a Nym.

No debería estar haciendo daño con mis poderes.

Mi gruñido animal se transformó en un grito cuando volví a soltar un trueno descomunal que estalló en un relámpago que incendió el exterior del domo. Grité con todas mis fuerzas, dejando que resonara en todo el castillo, tratando desesperadamente de vencer mi impulso de matar.

Recuperé mi cuerpo por un segundo, un instante en el que me enfoqué de lleno en el rostro asustado de Rydel, que se abrazaba de Polett en un rincón de la habitación. Pude soltar el cuello de Xylo y,

al verlos aterrorizados de mí, quedé congelada en mi lugar. Xylo me propinó un golpe en el rostro para quitarme de encima, y pese a que yo no habría opuesto resistencia a su ataque, él no pudo hacerme mucho más. Se quedó agonizando en el suelo, moviéndose de un lado a otro, cubierto por aquella capa y gruñendo de dolor.

No pude hacer nada más que observarlo arrepentida. *Monstruo. Indecible*. Negué con la cabeza y me cubrí la boca para sofocar otro grito, aunque, dado el estado de mis cuerdas vocales, difícilmente podría volver a hacerlo.

Polett se acercó y me palpó el hombro, intentando que reaccionara. Me encontré con sus ojos verdes, serios y aterrorizados, llenos de lágrimas.

—Vete de Dregonia, Gyuri... Corre.

No sé si su orden fue para proteger a su ciudad o protegerme a mí. El trueno que volvió a hacer vibrar las paredes me hizo pensar lo primero. Aun así, obedecí. Me puse de pie y corrí por los pasillos, en ese momento iluminados gracias al incendio que yo misma había provocado con mi poder. No tuve tiempo para reflexionar sobre el caos que había causado; tampoco sabía hacia dónde dirigirme. Simplemente corría.

Choqué con la puerta de madera de la entrada principal y vi a un par de niños —algunos del orfanato y otros de la ciudad— retroceder, intimidados por mi presencia. Gemí de la desesperación y empujé el portón cuando escuché a unos guardianes adultos bajando por mí.

Me arrodillé frente a la puerta y, con poca paciencia, concentré mi poder. Un rayo estalló en el interior del castillo, prendiendo fuego a la madera del portón. Crucé las llamas y algunas me envolvieron.

Pude apagarlas cuando comencé a llorar. La tormenta se desató con la fuerza suficiente para apagar las llamas del domo, colarse entre sus rendijas y opacar el daño que había ocasionado.

Corrí por tierra hasta la puerta principal de Dregonia, decidida a escapar de la ciudad. ¿A dónde iría después? No tenía idea, pero necesitaba salir de ahí.

Quería librarme de ellos.

De los hombres.

Se llamaron unos a otros para perseguirme y, al oír la orden gutural, corrí más rápido. Mis pies se embarraron de tierra húmeda, al igual que mis rodillas tras algunos resbalones, pero cuando llegué a la salida un centinela me aguardaba con una lanza en la mano.

—¡Retrocede! —aulló el hombre.

Presionó la lanza en mi cuello y, aun así, no tuve otra intención más que la de huir. Sorpresivamente el guardián no se atrevió a cercenar mi garganta, sino que procedió a agarrarme de los brazos y luego otro llegó. Entre cuatro hombres me contuvieron.

En ese momento, cuando sus manos grandes, ásperas y duras presionaron mi cuerpo desde los brazos hasta la cintura y los hombros, estuve a punto de perder el sentido. El sudor en mi rostro se tornó frío. Un profundo escozor se plantó en el centro de mi pecho y recorrió mis entrañas hasta asentarse en mi estómago. La ola de repulsión se mezcló con un miedo visceral.

Sus manos desagradables, nauseabundas, se aferraban a mi piel como insectos.

Déjenme. Dejen de tocarme.

—¡Suéltenme! ¡Dejen de tocarme! —grité con la poca voz que me quedaba y por el poder de mi palabra me liberaron al instante.

Las puertas de Dregonia se abrieron para mí y salí al campo despejado. Contemplé como se extendía la pradera más allá del horizonte, salpicada por un par de plantas que iluminaban el camino. El paisaje se tornó a blanco o negro según la frecuencia de mis rayos. Sin embargo, no había tenido en cuenta una cosa: aquel chillido animal que se multiplicó de manera aterradora, llenando el aire con su eco escalofriante.

Miré hacia atrás y de repente el tiempo pareció ralentizarse cuando una bandada de dragonartos se desprendió del domo de madera, mostrando sus colmillos del tamaño de mi cabeza.

Me detuve, porque supe que no importaba qué tan rápido corriera, no tenía escapatoria. Di pasos atrás, desesperanzada, con el dolor de alguien que tenía que asumir, a la fuerza, que iba a morir.

Pero yo no puedo morir, soy inmortal.

¿Lo agradecería al estar siendo masticada por un dragonarto?

Claro que no.

Fruncí las cejas y recordé las palabras de Polett: *Porque el mar es inmenso, las tierras son extensas y el aire parece no agotarse jamás. Pero lo hacen, se agotan, se acaban. El cielo no. El cielo es infinito*.

Me arrodillé ante el dragonarto que aterrizó frente a mí, y repetí iracunda que el cielo era infinito. Llovió todavía más fuerte y la tormenta eléctrica parpadeó con repetitivo ímpetu, haciendo temblar a la bestia.

—Malditos indecibles —me limité a decir, antes de sentir cómo era arrancada del suelo.

Había comenzado a volar.

30

El dragonarto desplegó sus alas y voló tras de mí; algo me elevaba, sujetándome de los brazos y clavando sus garras en mi piel. El vértigo me llenó el estómago de vacío mientras me alejaba del suelo. Me pregunté si acaso era otro dragonarto, de modo que ahora entre todos lucharían por devorarme primero. Eso temí hasta que conseguí mirar hacia arriba.

Divisé el cuerpo de un reptil más pequeño, alado y de un brillante color dorado. En el instante en que traté de entender quién o qué era, un dragonarto se aprovechó de su tamaño y rebasó al pequeño reptil que me llevaba entre sus garras. El «dragonartillo dorado» me soltó cuando fue golpeado por el costado, así que me aferré yo misma a una de sus garras, observando con aturdimiento la altura a la que estábamos.

Al primer dragonarto se sumaron más y más hasta que toda una bandada nos perseguía. Mareada y al borde de ceder ante el agotamiento, sentí que mis brazos desfallecían. Justo en ese preciso momento, cuando la caída parecía inevitable, una mano firme me sujetó y jaló hacia el lomo del animal. Su aroma embriagador, sus vendas bajo mis brazos y su mirada penetrante me dejaron atónita. Me costaba creer que él estuviera ahí de nuevo, a mi lado, rodeándome. La aceleración de mi pulso no hizo más que confirmar que mi corazón, aunque inútil, aún latía con fuerza en mi pecho.

—Cyrone... —murmuré su exquisito nombre y me guardé en su abrazo mientras nos elevábamos y esquivábamos los mordiscos de los depredadores.

La tormenta se detuvo. Él apretó mi mano y se aseguró de que no me resbalara.

—No sé lo que pasó. Perdí el control otra vez y tengo miedo de...

—Sí, y a mí me encanta escucharte, Gyuri, pero ahora debemos escapar de los dragonartos que nos persiguen.

Miré atrás y vi a dos imponentes dragonartos rugiendo con fuerza, tan cerca de la cola del que nos transportaba que contuve un grito de horror.

—¿Cómo vamos a escapar? —le pregunté a Cyrone.

—¿Sabes lo que hay allá arriba, sobre la niebla?

No tuve tiempo de responderle. Su sonrisa no me advirtió la maniobra que estaba por realizar. El serafín tiró de la cresta del animal, quien cambió su dirección hacia el «cielo», es decir, hacia la densa e infinita niebla.

El animal continuó su camino perseguido por los dragonartos. Sin tener certeza de nuestro destino, mientras subíamos a través de la niebla cada vez más espesa, un dolor punzante atravesó mis sienes con tanta fuerza que tuve que cubrirme la boca para contener las náuseas.

El mundo me dio vueltas. Aunque no veía nada en el interminable gris oscuro, escuché el agudo graznido del animal que montábamos antes de que se dejara caer al vacío.

El dragonartillo dorado caía inconsciente, con todo su peso, de vuelta a la tierra firme. Incapaz de soportar el vértigo, cerré los ojos con fuerza y abracé al serafín. El aire golpeó mi rostro y, aunque

quería gritar, la velocidad a la que íbamos ahogó mis intentos. Nos estrellaríamos, estaba segura.

Cyrone, que parecía tan desorientado como yo, adquirió la consciencia necesaria para tirar de la cresta del reptil a tiempo. El animal extendió las alas, planeó y aterrizó con suavidad.

Sin embargo, la gravedad fue más fuerte que yo y apenas tocamos tierra me deslicé del lomo del animal directamente al suelo. Caí de cabeza, pero no llegué a golpearme gracias a que Cyrone me sostuvo antes de impactar. Sus manos me rodearon con dulzura, y el sonido de los golpes de los dragonartos chocando contra el suelo a cierta distancia nos hizo mirar en su dirección.

Comprendí que había un límite en el cielo que no podíamos sobrepasar, porque más allá de la niebla infinita no había nada para nosotros.

Terminé por dormirme en los brazos del serafín.



Desperté junto a una llama ardiente, recostada contra una roca y envuelta en una capa oscura. Una sensación de nostalgia me invadió, puesto que nos encontrábamos aislados en una especie de caverna donde la única luz provenía de la fogata y un pequeño tragaluz en el techo. Recordé la primera vez que conversé con Cyrone, había sido así. Al mirar hacia adelante, la presencia del serafín me estremeció. Me observaba fijo, con un semblante de hastío y enojo. A pesar de su expresión dura, me sentí aliviada de tenerlo cerca.

Me estiré en mi lugar antes de hablar.

—Entonces estás enojado conmigo, qué novedad —musité.

—Entonces te acuerdas de lo que hiciste en la Guardia —me dijo él. Su voz reverberó en la cueva.

Lo observé con la esperanza de que me ayudara a recordar, pero fue el doloroso raspado en las palmas de mis manos lo que reactivó mi memoria. En ella reviví el angustiante momento en el que estrangulaba al comandante de la Guardia.

—Ay, no —me quejé, llevándome las manos a la cabeza—. No, no, no. No me digas que lo maté.

—No, pero estaba en muy mal estado. Estuviste muy cerca de matarlo, eso es seguro. Eres una criminal en Dregonia y ahora te están buscando por todas partes.

Observé mis manos y recordé una imagen vaga de Xylo retorciéndose bajo el calor de mis dedos, electrocutado, asfixiado. Inhalé profundo para intentar calmarme. Ese hombre y mi destino en Dregonia eran lo menos importante para mí.

—¿Cómo están los niños? ¿Les he hecho daño? ¿Polett y Rydel están bien? —Mi voz se quebró en medio de la desesperación. Al no recibir respuesta inmediata, volví a gritar—: ¡Cyrone!, ¡¿están bien?!

—Sí, eso creo. No he vuelto a Dregonia desde entonces, pero el incendio se apagó rápido, así que los niños deben estar bien. Al menos mi iridia sigue fuerte.

El dolor en mi pecho me hizo darme cuenta de que, a diferencia de él, mi iridia estaba en su peor momento.

—Mírame, haz por lo menos eso —me ordenó el serafín.

No levanté la cabeza, pero sí lo busqué con la mirada.

—¿Por qué estás tan furioso conmigo?

—Porque te dije que no te acercaras a ese hombre —susurró con voz rasposa—. Te lo advertí.

—Ese hombre tenía la bufanda de Nym, te lo dije a través de la flor. Lo escuchaste, ¿no? Por eso viniste. No podía quedarme con los brazos cruzados.

—No te he permitido justificarte.

—¡No necesito que lo hagas! Tampoco necesito que me mantengas cautiva —espeté mirando a nuestro alrededor.

—¿Y qué quieres? ¿Quieres volver a la ciudadela? ¿Estás demente?

—Debo regresar. No solo para constatar cómo están los niños del orfanato sino también para seguir investigando a Xylo. Estoy muy cerca de descubrir el paradero de mi hermano. En la oficina de Xylo encontré un...

—No lo permitiré —me interrumpió con voz firme—. No volverás a poner un pie en Dregonia.

La ira me corrió por todas partes e incluso mi piel crepitó al contacto con la roca en la que me apoyaba, dada la electricidad que se estaba generando. Mis cabellos se erizaron todavía más, y el serafín lo notó.

—¡Cyrone! ¡Es mi hermano! —vociferé.

—Parece que no estás entendiendo por qué quiero mantenerte aquí en la cueva. Ellos saben lo que eres, o lo que se supone que eres.

—Un indecible —me adelanté, y él asintió.

—Xylo detesta a los indecibles con todo su ser y él influye en toda la población, así que ya corrió la voz. No puedo borrar la memoria de todos, a menos de que fuera al mismo tiempo. Un rumor, para un

serafín, es aún más peligroso que cualquier otra cosa, porque se esparce como un virus. Un virus incurable —enfatizó, y yo lo aprecié tras la danza de las llamas—. No tienes que preocuparte, llegaremos a Riorense y seguiremos el plan original, te prometo que lo encontraremos.

—Él está aquí, Cyrone. Ir a Riorense solo nos hará perder el tiempo.

—La única que ha estado perdiendo el tiempo por meterse en problemas eres tú —replicó con voz severa.

—¡Estoy haciendo lo mejor que puedo!

—¿Tu «mejor» es dejarte llevar por una bufanda e incendiar el domo de Dregonia? Más bien parece que lo estás haciendo de la peor manera posible.

—¡Ah! —Sonreí con ironía—. ¿Es decir que tú lo haces mejor? Huyendo al sur de Melcior porque te cuesta estar cerca de mí, ¿o me vas a decir que encendiste una fogata entre nosotros por el frío?

—No encendí este fuego para separarnos...

—No estamos en Riveria, no necesitamos una fogata para calentarnos —lo interrumpí—. Has estado haciendo esto desde hace un tiempo. Te alejas de mí. ¿De qué tienes tanto miedo?

—Estás inventándome emociones, Gyuri.

—Sé sobre la chica torturada, sé que ella fue la madre de tu hijo —le dije, y él se congeló por un instante—. Pero ella era un ser mortal, era más frágil que yo. No tienes que tener miedo de que me pase lo mismo, porque no es posible. Soy una serafina.

Cerró los ojos y se recostó sobre su mano, como si estuviera luchando contra un dolor insoportable. Antes de que pudiera responderme, un estruendo ensordecedor sacudió la cueva,

haciendo que se desprendiera un poco de tierra de las grietas entre las rocas. Un rugido nos alertó de la presencia de un dragonarto que embestía nuestra estructura.

Me encogí en mi sitio al ver a través de una fisura cómo el animal intentaba entrar, babeando y ansioso por devorarme. Paralizada por el miedo, temblé y solté un grito, reviviendo el recuerdo angustiante de cuando uno de ellos me había atravesado con sus garras. Busqué a Cyrone con desesperación, pero él seguía perdido en sus pensamientos, sujetándose el cabello que le caía por la frente. El animal volvió a sacudir el refugio, amenazando con derribarlo.

La bestia sobrevoló la cueva y se posicionó justo detrás de mí. Golpeó sus patas contra la roca en la que me apoyaba, lo que me hizo soltar un gemido de terror. En un abrir y cerrar de ojos, tan rápido como un relámpago, el serafín atravesó el fuego y desenfundó la lanza de la Guardia. Desde mi posición vi cómo la punta del arma atravesaba las rocas de la cueva por encima de mi hombro. Sin moverme un ápice, vi que Cyrone se había adelantado hasta mi lugar para matar al dragonarto de un lanzazo, acción que lo había colocado sobre mí. El mango de la lanza quedó a centímetros de mi rostro, y el alarido agonizante del dragonarto me hizo jadear de impresión.

Luego miré al serafín, que estaba muy cerca de mí, con algunas chispas de fuego esparcidas por su camisa.

—Cyrone, el fuego se va a encender... tienes que quitarte... —Pero apenas toqué los botones de su camisa él bajó la mirada, provocando la aceleración de mi pulso. Aun así, la llama que tenía sobre el pectoral comenzaba a avivarse todavía más, de modo que traté de desabotonar la prenda.

Mientras lo hacía, él soltó la lanza incrustada y me tomó con una facilidad sorprendente. Me rodeó con sus brazos y la llama de la fogata se extinguió con nuestro contacto. Mantuve los ojos entreabiertos, con la mejilla apoyada sobre su pecho, sintiendo su calor mucho más abrasador que el de la misma fogata.

—Maldición —masculló él mientras me abrazaba—. ¿Por qué tuviste que ponerte en peligro? No me hagas eso de nuevo, por favor...

Parpadeé, confundida y algo emocionada.

—Yo no atraje a ese dragonarto. ¿O sí lo hice? —murmuré, tratando de separarme para mirarlo a la cara—. Por Nylena, ¿de verdad lo hice? Pero ¿cómo?

Él me abrazó más fuerte.

—No me refiero a eso. Es que yo... estaba en el sur de Melcior, llegando a Bronteria, cuando te oí decirme que ibas a buscar a Xylo. Pensé que no llegaría a tiempo. Carajo, nunca sentí tanto miedo, no sé cómo pude soportarlo sin perder la cabeza.

—Pero soy inmortal, no tenías nada que temer.

—No lo entiendes. La inmortalidad no te protegerá de ser lastimada.

Sentí una especie de desesperación en su abrazo, una mezcla de furia y una necesidad urgente de mantenerme muy, pero muy cerca de él.

—Eso quiere decir que sientes algo por mí —me atreví a decir.

Él se apartó y suspiró con frustración. Finalmente, acarició mi mentón con una mano mientras arqueaba la esquina de su labio. Era precioso.

—No me obligues a decírtelo. Lo sabes, nono, desde hace mucho tiempo.

—Entonces sí me quieres.

—Más de lo que debería. —La boca le tembló al admitirlo—. Mucho más de lo que tengo derecho a sentir.

Separé los labios cuando él se acercó a mí. Aunque vaciló antes de rozar los suyos con los míos, finalmente disipó todas mis dudas con su aliento cálido. Un escalofrío placentero recorrió mi espalda y estuve a punto de alejarme, temerosa de hacerlo mal. Pero él me detuvo, tomando mi rostro entre sus manos y evitando que huyera. El sabor era inigualable, al igual que la textura, el calor y los latidos de mi corazón que dolían de la intensidad.

—Perdóname por haber destruido el castillo y... casi haber matado a Xylo —le dije en medio del beso, pero, aunque tenía mil razones más por las que disculparme, él me calló.

Sonrió con dulzura y acomodó mis rizos tras mi oreja.

—Está bien. Digamos que ha sido un accidente. Tú perdóname por dejarte atrás, por tratar de dejarte. Ha sido el peor error de mi vida.

Acaricié su mejilla, sedienta por volverlo a besar.

—Más bien deberías disculparte por haberme enamorado.

—Eso... eso no fue un error ni un accidente —susurró antes de besarme otra vez.

31

Cyrone acarició mi cabello e interrumpió el beso para alejarse. Lo observé con curiosidad, todavía arrodillada en el suelo, ansiosa por descubrir lo que haría. De pie a dos pasos de mí, movió la mano derecha como si buscara atrapar el aire, haciendo temblar la estructura de piedra que nos cubría. La tierra se desprendió de las fisuras y cayó sobre mí cuando la caverna colapsó. Me cubrí la cabeza aterrada, pero ninguna roca me golpeó. En su lugar, los fragmentos chocaron contra una barrera invisible que me rodeaba, haciendo que la tierra se deslizara fuera de mi alcance. Cuando la gruta se desmoronó a mi alrededor, volví a tocar el aire que se había vuelto sólido y que en ese instante había vuelto a ser lo que era.

Sorprendida, miré a Cyrone mientras él pasaba junto a mí para desencajar la lanza clavada en el cadáver del dragonarto. El recuerdo inequívoco del campo de fuerza invisible que me impedía salir de Riveria volvió a mi mente.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo hiciste que el aire...? —le pregunté a Cyrone con voz temblorosa. Él tomó mi mano entre las suyas y llevó el dorso a sus labios, besándolo con delicadeza.

Bajó la mirada y exhaló contra mis nudillos, su aliento cálido envió un escalofrío por mi piel. Cuando volvió a mirarme, sus ojos violetas, profundos y enigmáticos, atraparon los míos.

—¿Cómo he hecho qué?

—Esa barrera invisible que me protegió de las rocas —susurré.

—Es una imitación de la barrera que protege a Catarbella. ¿Cómo crees que impedimos que los animales voladores nos invadan? —explicó, jugueteando con mi mano—. Los serafines experimentados podemos imitar los poderes de Nylena ahora que está dormida.

Abrí la boca para decir algo, pero no tuve tiempo de articular mi siguiente pregunta, ya que el dragonarto que creíamos muerto volvió a rugir. El serafín extendió su brazo frente a mí, apartándome y colocándose entre la bestia y yo.

—Tranquila —me dijo, aunque su postura protectora y preocupada contaba otra historia—. No puede atacarnos en ese estado.

Bajó el brazo y se acercó al depredador agonizante. Al tocar su cabeza escamosa, el cuerpo de la criatura se desintegró ante mis ojos, convirtiéndose en un pastizal amarillo adornado con flores de diente de león.

Miré a mi alrededor, atenta, alzando las orejas en espera de una próxima emboscada de dragonartos hambrientos.

—No hay más dragonartos aquí —le escuché decir. Lo miré mientras se acercaba a mí.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el enorme domo de Dregonia ya no se veía detrás de él.

—Estamos lejos de Dregonia. ¿Dónde estamos? —le pregunté.

—Estamos en Nylem. Un reptil nos trajo volando hasta aquí. ¿No lo recuerdas?

Pestañeé pensativa hasta que sus palabras finalmente llegaron a mi entendimiento.

—¿Nylem? ¡¿Reptil?! —repetí para creérmelo. Pronto los recuerdos volvieron a mí, y me visualicé volando aferrada de la pequeña pata de un dragonarto.

—Dregonilio —me corrigió Cyrone en cuanto le pregunté sobre esas bestias y por qué aquella no nos había devorado. Cuando me aclaró la especie, lo comprendí.

—Los dregonilios solo comen fruta —reflexioné, recordando uno de los libros de criaturas de Melcior que había encontrado en la librería del señor Crod—. Pero ellos se extinguieron tras la desaparición del cielo.

Cyrone entrelazó sus dedos con los míos y me condujo hacia un lugar desconocido para mí.

—Todos, menos un par —dijo mientras caminábamos—. Conservé unos cuantos para formar una colonia y los escondí bajo tierra, porque a los dragonartos y otros predadores les gusta su carne.

Al llegar nos detuvimos al borde de un enorme cráter. En el fondo cóncavo, los dregonilios se apiñaban unos sobre otros, formando una masa de reptiles acurrucados. Todos lucían colores brillantes como rubíes, plateados, dorados y negros ónyx. Miré a Cyrone con fascinación.

—¿Los resguardaste aquí? —le pregunté, pero pronto fruncí el entrecejo—, esto no podría llamarse «subterráneo».

—En Dregonia viven bajo tierra, pero aquí, en Nylem, descansan en un cráter.

—Entonces son ellos quienes te transportan entre las aldeas. —Lo comprendí al reflexionar sobre lo fácil que le había resultado viajar desde el sur de Bronteria hasta Dregonia—. ¿Por qué no usamos uno para ir de Riveria a Dregonia?

—A los dregonilios no les gusta ir al norte, mucho menos al congelado oeste —me explicó Cyrone, y de pronto chasqueó el dedo

sin mirar atrás. Como si el sonido hubiera resonado en todas partes, a lo lejos emergió un dregonilio dorado que aterrizó a nuestro lado.

Intimidada por su presencia, no pude evitar retroceder y esconderme detrás del serafín.

—Anthos —lo saludó él apenas se acercó a la criatura y le acarició el hocico. El animal soltó un gruñido ante el contacto.

—Oh, Nylena —me quejé al ver que el animal gruñía—. ¿Por qué no le temes? Tiene unos colmillos inmensos, estoy segura de que podría triturarnos con ellos. ¡Además acaba de gruñir!

—No está gruñendo. Está ronroneando.

Me reí nerviosa.

—En primer lugar, ronronear es lo que hace Chuckles y, en segundo, si él es como Chuckles, te aseguro que no le voy a caer bien.

Cyrone guió al dregonilio para que se acercara a mí, lo cual me puso los pelos de punta. La criatura comenzó a olfatear mi torso, subiendo por mi cuello y haciéndome cosquillas.

—Su nombre es Anthoperatus. Hazle cariño.

Miré al serafín con desconfianza.

—¿Crees que te pondría en una situación peligrosa? —me preguntó con una ceja alzada. Su mirada era suave pero también decidida, por lo que asentí determinada a confiar.

—Te haré cariño, Anthoperatus —le avisé a la criatura antes de colocar mi mano sobre su hocico. Las escamas eran rugosas, duras y heladas. Contrastaba con el inmenso calor que hacía en Nylem—. ¿Estás bien con esto, Anthoperatus?

Cyrone soltó un resoplido que rápido contuvo con la mano. Lo miré con reproche, acusándolo de reírse de mí.

—Los dregonilios no hablan idiomas humanos. Verás, Gyuri, los animales aprenden el lenguaje humano por convivir con ellos, oírlos o relacionarse los unos con los otros. Los dregonilios están aislados del resto.

Al escucharlo, una creciente compasión me llevó a acariciarlo con las dos manos.

—¿Por qué? —pregunté. Anthoperatus inclinó la cabeza y emitió un suave ronroneo.

—Por la misma razón por la que tú les tuviste miedo. La fama de los dragonartos se les contagió —dijo Cyrone acariciando el lomo de la criatura.

Suspiré mientras lo miraba a los ojos nublados. Eran similares a los de Flye, y no había nada que me doliera más que imaginarlo incapaz de comunicarse con los demás. Tragué saliva y abracé el hocico del dregonilio. Al pensar en Flye, todas las emociones vividas antes del rescate de Cyrone cobraron vida de nuevo: debía regresar a Dregonia, asegurarme por mí misma de que los niños estuvieran bien y exigirle respuestas a Xylo sobre mi hermano.

—Cyrone, ¿cuánto demoraremos en llegar a Riorense montados en Anthoperatus?

Noté que el serafín se estremeció levemente al escucharme. Parecía haber estado observándome en un trance que yo no podría explicar.

—Hasta donde está Faraine, por aire, tardaríamos un día y medio. ¿Por qué lo preguntas?

Levanté la mirada hacia él.

—Creo que Nym está en Dregonia o cerca. Creo que podríamos encontrarlo sin necesidad de esa reliquia.

Él frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Xylo sabe dónde está mi hermano. Puedo sentirlo. Hizo este dibujo de él y escribió esto —saqué el papel arrugado de mi capa y se lo pasé a Cyrone, quien lo recibió sin apartar la vista de mí—. Está en un idioma desconocido, parece del oeste de Melcior y, si es así, el señor Crod podrá traducirlo.

—¿El señor Crod? ¿Te refieres al librero? ¿Boldery Crod?

Asentí y lo miré con determinación mientras tomaba el papel de sus manos.

—Llegaremos a Dregonia mucho antes de lo que tardaríamos en llegar a Riorense. Por favor, llévame con él.

El serafín ladeó la cabeza, confundido y renuente a aceptar mi petición, pero pronto debí haber mostrado la expresión más suplicante e irresistible que jamás haya visto. Guardó el papel en uno de los bolsillos de su pantalón y, con las manos libres, me acarició el rostro con ternura.

Trató de contener la sonrisa nerviosa que se le insinuaba en los labios.

—Está bien, si estás tan convencida de que encontrarás algo útil allí, te llevaré a Dregonia. Pero debemos hacerlo rápido. Nadie puede verte.

Sonreí y me acerqué a besarle la mejilla.

—Te lo prometo, nadie me verá —susurré contra su piel.

No podía ocultarlo, estaba muerta de miedo, pero no había nada que deseara más que reencontrarme con Nym, o al menos saber qué le había ocurrido.

Me acerqué a Cyrone, quien me tomó de las caderas y me levantó con facilidad para luego depositarme en el lomo del dregonilio. Él se unió a mí de inmediato y me ordenó que lo abrazara. Al hacerlo, traté de ocultar mis nervios y miedos detrás del placer que me producía su aroma. Su embriagadora y atrayente fragancia como de tierra recién besada por la lluvia había sido irresistible para mí desde el día en que lo conocí.

El dregonilio desplegó sus alas y las batió con fuerza para elevarse del suelo. Mi vientre se retorció cuando subimos a las alturas. Con cada turbulencia o movimiento brusco, la sensación de vértigo me envolvía. Mientras tanto, el serafín mantenía una mano en la cresta del dregonilio y con la otra sostenía mi brazo que lo rodeaba.

Tras un largo trayecto, los chillidos atemorizantes de los dragonartos amenazaron desde el domo. Al detectarnos en las alturas, se desprendieron de la madera y se lanzaron al vuelo en nuestra dirección.

—¡Sube como la última vez! —le grité a Cyrone al ver que no hacía absolutamente nada mientras los predadores se nos aproximaban.

—¿Quieres que la ausencia del cielo nos vuelva a desmayar? Lo que queremos es entrar a Dregonia —me respondió alzando la voz dados los gritos ensordecedores de los dragonartos.

El serafín me obligó a soltarlo y posicionó mis manos en la cresta del dregonilio. No tuve tiempo para pedirle que no me dejara sola, antes de que él se pusiera de pie y pasara por detrás de mí. Grité con todas mis fuerzas cuando los dragonartos se abalanzaron contra nosotros.

El pequeño dregonilio tenía un plan; aprovechó su tamaño para escapar por un espacio diminuto apenas los dragonartos se agruparon para atacarlo. Me aferré con tanta fuerza que no abrí los ojos hasta que el domo de Dregonia estaba peligrosamente cerca. Nos dirigíamos directamente hacia él, destinados a una colisión inminente, pero pronto las vides se expandieron, abriéndose hacia los lados. No necesité mirar a Cyrone para darme cuenta de que estaba de pie, en su posición de poder, controlando los árboles que formaban el titánico domo. Me aferré al cuello del dregonilio, pero el serafín me tomó de la capa y me arrancó de él cuando atravesamos el domo. El estrecho hueco solo permitía nuestro paso, así que el dregonilio, al separarse de nosotros, siguió otro camino alejándose de Dregonia.

Vi a Anthoperatus planeando antes de volver a emprender vuelo en sentido contrario. Mientras tanto, yo caía a toda velocidad. Me cubrí la cabeza con las manos por impulso natural. Esperaba aterrizar en el suelo y romperme un par de huesos, pero en cambio fui recibida por el agua de la ciudadela.

Me sumergí en las profundidades del riachuelo que separaba un islote de otro. A pesar de que el agua mitigó el golpe y evitó que me rompiera algo, pronto recordé que no sabía nadar. Comencé a patalear, pero el susto hizo que aspirara agua y me hundiera más. Casi me ahogo y, cuando mi instinto de supervivencia me impulsó a nadar hacia la superficie, descubrí que un alga se había enredado en mi capa justo cuando había tocado el fondo.

La desesperación se apoderó de mí y ningún movimiento me ayudó en lo absoluto. Pataleaba tratando de salir a la superficie, mis manos se aferraban al cuello de mi capa en desesperados intentos

de liberarme, pero era imposible. Cuando creí que no podría salir jamás, Cyrone sacó una daga que tenía amarrada a su muslo y cortó mi capa, tomó mi mano y me guió hacia la superficie.

Caí sobre la ribera como un saco inerte. Mis pulmones ardían ahogados. Tosí y escupí el líquido que había tragado.

—Lo siento. —Se acercó a mí y sobó mi espalda—. Lo siento tanto, nono. Creí que te quitarías la capa al saltar.

—Yo... —traté de decir, pero mi voz se cortó en el primer intento de hablar.

Me despejó el cabello mojado del rostro mientras yo luchaba por respirar con mis pulmones heridos, los cuales se restauraban poco a poco.

—Perdón —murmuré cuando me recuperé un poco. Él hizo una mueca de ternura. Me debía ver muy vulnerable.

—¿Te disculpas hasta por ahogarte? Pues, qué linda.

Solté una risita, pero la dicha se desvaneció rápidamente.

—Cómo pica esta agua turbia —me quejé.

Al mirar a un costado, observé la capa de Cyrone estirada en el pasto. No me di cuenta del momento exacto en que se la quitó, pero había sido antes de sumergirse en el río. Una decisión inteligente, digna de él. Nadar con una prenda tan pesada era imposible y peligroso; podía enredarse y llevar a un destino fatal, como casi me sucedió. Al menos la capa de Cyrone estaba seca. Podría pedírsela para cubrirme y cambiarme la ropa empapada, que ardía en mi piel. Sí, la capa...

—¡Mi capa! —me exalté de pronto, tocándome los cuernos—. Perdí mi capa. ¡Mi capa! ¡Tengo que recuperarla! —grité volviendo la vista al río.

Él negó con la misma decepción que la mía.

—Tu capa está perdida, era ella o tú —me dijo él, y se colocó de pie para mostrarme el lugar en el que estábamos—. De todas formas, podemos aprovechar la oscuridad de la víspera de Cornelius.

Picaba, el cuerpo me picaba con furia. Me rasqué los brazos frenéticamente hasta reparar en lo que el serafín me había dicho. Me sacudí el agua de los ojos y observé a mi alrededor. Todo lo que una vez había sido un bosque luminoso, ahora no era más que una masa infinita de sombras que se extendía a nuestro alrededor. No había ninguna luz, excepto la que provenía de las flores que estaban cerca de mí y que seguramente Cyrone había elegido encender para salvarme de la penumbra.

—¿Por qué apagaste todas las demás luces de las plantas? —le pregunté apenas él se volvió a poner de pie.

—Porque es la víspera de Cornelius, Gyuri —insistió—. Debo dejar a los humanos hacer sus ritos.

—¿Es la víspera de Cornelius? Eso no es cierto. —Me levanté para seguirle el paso.

Cyrone se giró hacia mí, irritado. Era evidente que también estaba sufriendo la picazón.

—¿De qué me sirve mentirte sobre eso?

—¡Pero eso es en una semana todavía! —reclamé.

—Cierto. Olvidé contarte que estuviste inconsciente por una semana. Gastaste tu iridia como una loca —me regañó, y a cada paso que el serafín daba, las plantas a su alrededor se encendían y apagaban.

No podía creer que había pasado una semana durmiendo en aquella cueva. Sentí un gran temor al considerar las posibles

consecuencias de mis actos y las represalias que podrían haber tomado contra quienes me conocían ya que, sin duda, los acusaron de esconderme.

Pronto dejé de lado mis preocupaciones cuando avanzamos un poco más por el sendero y divisamos muy a lo lejos el islote principal de Dregonia, donde todos los habitantes se congregaban para celebrar la llegada de un nuevo siglo. Era el fin de Milersar y el comienzo de Cornelius. Cada persona llevaba consigo un farol, irradiando luz propia. En ese momento, eran los humanos quienes asumían el papel de las plantas y los animales, portando candelabros y velas que iluminaban el camino, mientras lucían ostentosos vestidos y túnicas brillantes que destellaban en la bruma.

Iban llegando al islote en botes cuyas velas también estaban hechas de tela luminosa. Las llamas de las candelas se reflejaban en el agua cristalina, disipando las tinieblas. Retrocedí para ocultarme entre los arbustos y evitar ser vista mientras espiaba desde el islote vecino, donde no había alma viva además de nosotros dos.

—Será mejor que esperemos hasta mañana para hablar con Crod. Él debe estar con los demás dregonenses en el rito —susurró Cyrone detrás de mí.

A pesar de que ardía en deseo de infiltrarme entre ellos, de buscar a los chicos del orfanato e interrogar al señor Crod sobre el dibujo, me contuve y respiré hondo para armarme de paciencia.

—Es bonito lo que haces por Dregonia. Me refiero a apagar las luces de las hojas para que puedan llevar a cabo su rito. ¿Qué es lo que simboliza? Aeris me contó un poco —pregunté sin girarme hacia él.

—Es una muestra de cómo la tierra ha extrañado la luz del sol todos estos años. Es un luto.

Permanecí en silencio por un momento, observando cómo los humanos se agrupaban en la oscuridad de Dregonia, agachados alrededor de una enorme hoguera que comenzaron a encender con sus pequeñas velas. Tal y como pude imaginar, la congregación buscaba que los humanos iluminaran la ciudadela en lugar de las plantas y los animales, en símbolo de gratitud.

Hubiera querido quedarme apreciando el paisaje luminoso montado en el gigantesco islote de al frente, pero la comezón en mi cuerpo no cedía. Me rascaba tanto que mis uñas comenzaban a marcar líneas rojas en mis brazos. Resoplé cuando Cyrone detuvo mis manos inquietas y se las llevó a los labios.

—No te lastimes, por favor —susurró contra ellas.

Entrecerré los ojos y reparé en que, al igual que yo, él también estaba empapado.

—¿Cómo aguantas este picor? —le pregunté espantada, intentando de reprimir el ardor de mis poros.

—Soy un serafín, Gyuri. Este picor es como cosquillas para mí. —Su sonrisa, brillante bajo su cabello húmedo y ligeramente iluminado, era encantadora. Lo miré durante unos segundos hasta que me soltó las manos y fue a recoger su capa del suelo.

—Y entonces ¿qué soy yo? —pregunté, indignada.

—Un nono escurridizo —bromeó, levantando la capa y ofreciéndomela—. Ponte esto y deja que tu ropa se seque. Te esperaré en la ribera.

Oculta entre los arbustos, envuelta en sombras, aún mantenía la esperanza de que Cyrone se girara para espiarme, pero no lo hizo.

Se había sentado en la ribera y fumaba mientras contemplaba el islote iluminado. Me quité la ropa mojada y la brisa que recorrió mi piel me provocó un escalofrío.

Para secarme, Cyrone hizo germinar grandes flores de pétalos suaves a mi alrededor que también eran medicinales, porque al acariciarme con ellas la textura aliviaba la irritación en mis brazos. Justo después de que me sequé el pecho, el vientre y un poco más abajo, hasta las caderas, los muslos y las pantorrillas, me vino a la mente que Cyrone podría encarnar los pétalos si lo deseaba. A juzgar por su calma imperturbable, parecía que no lo estaba haciendo. Eso no evitó que me ruborizara.

Me acaricié la zona interna de las piernas para secarme y aún en ese momento el serafín no mostró señales de nerviosismo. Sabía que no lo haría, por supuesto que me respetaría y no lo haría.

Aun así, mi cuerpo reaccionaba al roce de los pétalos. Las llamas de imaginar su tacto en esos lugares íntimos encendían y abrumaban mis pensamientos. Me sentía acalorada, quizá excitada, aunque no podía definir con claridad qué era lo que experimentaba.

Al ponerme la capa de Cyrone y abrocharla, llevé la tela a mi nariz y me sumergí en su aroma. Observé la espalda ancha del serafín a la distancia y reparé en cómo la camisa negra se ceñía a sus músculos, delineándolos con una claridad que casi parecía desnudarlo. De nuevo, esa inquietud y esas reacciones incómodas que mi propio cuerpo desataba me atormentaron. Podía ir a besarlo, ¿verdad? Podía acercarme y acariciarlo si así lo deseaba. Esconderme en su cuello y morderlo si quería. Éramos una pareja, y él sentía lo mismo por mí, ¿no era eso lo que había entendido después de aquel beso?

La idea me emocionaba tanto que tuve que contenerme para no dar un saltito de alegría y gritar.

Caminé hacia él, envuelta de pies a cabeza en un manto negro y espeso. Él se giró ligeramente, y solo cuando comprobó que llevaba su capa levantó la vista por completo para mirarme.

—Luces agitada, ¿te sientes bien?

Asentí y me senté a su lado. Había sido una ingenua si pensaba que tendría el valor para devorarlo a besos. Su mera presencia me ponía cada vez más nerviosa, como si me hubiera invadido una fiebre incapacitante. No, no era lo mismo; con fiebre me había vuelto más intrépida. Ahora solo tenía la valentía suficiente para rozar nuestros hombros.

Él notó mi conflicto y, al parecer, lo entendió. Con un gesto suave me rodeó con su brazo derecho y me atrajo hacia él.

—Es bueno que estemos llegando casi al final del rito —me comentó Cyrone—. Seremos testigos del evento principal.

El islote se extendía frente a nosotros con una claridad inmaculada. Apoyé la cabeza sobre su hombro y observé la ferviente hoguera a lo lejos, junto con un par de luces titilantes que danzaban a su alrededor. Eran las velas de los habitantes, que ahora parecían irradiar una luz más intensa. Entrecerré los ojos en un intento por distinguir los cambios, pero no fui capaz.

—Tenemos orejas gigantes para escuchar de forma excepcional —susurró Cyrone al verme entrecerrar mis ojos con afán—, pero no tenemos unos ojos gigantes como para ver a esta distancia.

—¿Qué pasará ahora? —Sonreí por la graciosa idea de imaginarnos con ojos gigantes.

—Eres muy impaciente, Gyuri. Debes dejar que te muestren las cosas, y no conformarte con que te las cuenten sin más. Eso es lo que merece una chica como tú. —Me sonrió y depositó un suave beso en mi mejilla, muy cerca del borde de mi labio.

Aquella breve muestra de intimidad me dejó sin aliento. Tuve que apartar la mirada para ocultar mi reacción. Estaba completamente cautivada por él, tanto que la intensidad de mi anhelo resultaba casi ridícula.

Permanecí a su lado en un silencio reconfortante, esperando pacientemente, hasta que la gran hoguera en el islote se extinguió de súbito, sumiendo a toda la ciudadela en una profunda oscuridad.

Me giré hacia Cyrone, pero no pude distinguir su rostro porque él también había apagado las luces de las hojas del roble bajo el que estábamos.

—¿Qué está pasando? —pregunté, sintiendo un ligero temor. Entonces sentí que sus dedos tomaban mi mentón y me giraban la cabeza. Quedé mirando hacia adelante una vez más, y, finalmente, pude verlo.

Diversas luces fueron enviadas a flotar por el río de Dregonia, avanzando como pequeños botes y derramando su resplandor sobre el agua. Se movían con rapidez y eran tantas que pronto llegaron algunas a la orilla en la que estábamos. Al analizarlas de cerca descubrí que eran velas de los dregonenses asentadas sobre soportes que parecían una mezcla de cera y corcho.

—Son estrellas —le dije y Cyrone se echó a reír—. ¿Qué pasa? ¡De verdad parecen estrellas reflejadas en el agua!

—Sí, podría decirse —me respondió, peinando uno de mis rizos—. Pero no son estrellas. Si tú vieras cómo lucen las estrellas en el cielo,

te enamorarías de ellas.

Sentí como si mi interior se iluminara al presenciar semejante espectáculo. Aunque no podía ver a los humanos agrupados en el centro del islote, sí podía percibir la marca que habían dejado en el río que les había cobijado durante el siglo de Milersar.

—Esta parte del rito es la conmemoración de cuando el cielo dejó de existir. Los humanos hacen esto para recordar cómo lucían las estrellas —me explicó—. Pero como no pueden reproducirlas en el cielo, pues ya no existe, las recuerdan y las ofrecen al río que es todo lo que tienen.

Lo miré con nostalgia.

—Entonces jamás celebrarían las estrellas si ya las tuvieran. Increíble.

—Puede que tengas razón, Gyuri. La gran mayoría de personas ignoraría las estrellas si las tuvieran. Pero un par de ellas las admiraría todos los días.

—¿Tú serías una de ellas?

—Yo seré una de ellas —me corrigió.

Sonreí y no pude evitar abrazarlo. Él era cálido, siempre, por lo que cada vez que me cobijaba en su abrazo lograba disipar todo el frío que me rodeaba y contenía. Me sentía protegida a su lado. No solo por el calor, sino también por la dureza de sus brazos y de su torso que chocaba al unirse conmigo. De nuevo, aquella indómita emoción, que no podía ser más que el instinto humano —ese que al estar con alguien a quien quieres tanto, no hayas otra manera de saciarte que haciéndote uno con él— intentó movilizar mis manos. Lo deseaba con ansias: quería que él reclamara partes de mí que ya le pertenecían desde el principio, y que se esforzaba por ignorar.

—¿Sabes de qué tengo ganas? —me susurró, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Qué, qué? ¿De qué? —respondí asustada.

Vi como se formaba el hoyuelo en la comisura de su sonrisa. Mis nervios eran evidentes.

—La verdad es que me muero de ganas por contarle a Flye sobre nosotros. Quiero saber cómo luciría una rana en estado de sorpresa pura.

Suspiré aliviada.

—Oh, es cierto. —Sonreí al imaginar sus ojos nublados bien abiertos—. Ya quiero verlo otra vez. ¿Dónde está?

—Pues, en el banquete, ¿dónde más?

—¡¿Me estás diciendo que me perdí de un banquete?!

—Eso no es culpa mía —me regañó, sin dejar de sonreír—. Tú decidiste ir a quemar domos y estrangular comandantes.

—Vamos, pensé que ya no estabas enojado conmigo.

—Debería seguir enfadado contigo, y eso quisiera —contestó—. Te metes en tantos peligros que me desesperas.

—Por lo menos te hago sentir algo —dije con una mueca en los labios—. En venganza por todo lo que me haces sentir tú —murmuré a un volumen casi inaudible.

Una de las velas flotantes encalló a nuestros pies. Cyrone la recogió y la sostuvo entre nosotros, iluminando nuestros rostros con una luz suave. Pude ver sus pupilas lilas y su preciosa sonrisa con claridad.

—Veo que no tienes idea de todo lo que me haces sentir, nono —murmuró en un tono profundo y seductor.

Pude escucharlo.

Sonreí nerviosa, me adelanté y soplé el fuego de la vela que él acunaba para apagarlo. Recordé lo que me había dicho Aeris, lo importante que era el rito para formar parejas. El problema era que yo no tenía una vela para encender la que él tenía en las manos.

—Aeris dijo... pues, ya sabes, que para confesar amor debes apagar la vela de tu amado. Si él corresponde a tu amor, permitirá que encienda de nuevo su vela con la tuya, y entonces estarán comprometidos.

—No me digas todo eso, lo sé de sobra. Estoy esperando que enciendas mi vela, Gyuri.

—No tengo fuego, pero puedo ofrecerte lo que me queda de vida. ¿Quieres compartir tu eternidad conmigo? —propuse y él sonrió.

—¿Sabes lo larga que puede ser una eternidad?

Negué con la cabeza y le sonreí de vuelta.

—Quiero descubrirlo.

El beso que depositó en mi mano fue la confirmación que esperaba. Me acerqué para besarlo en la boca y su cálido aliento inundó hasta el último espacio congelado de mi corazón. Justo en ese momento la vela que sosteníamos entre nuestras manos se encendió con un resplandor exquisito. Una llama revitalizada, evidencia palpable de lo que sucedía cuando la tierra y el cielo se unían.

32

Aunque el agua no era cristalina, como evidenciaba la comezón que me había estado molestando, reflejábamos nuestras figuras con claridad en su superficie. Nuestros contornos se ondulaban con el leve movimiento del río. El rito estaba por terminar y varias de las luces de las farolas ya se habían extinguido. Me encontré con mi mirada y aparté la vista. Era mejor observarlo a él, su imagen en el espejo natural, que apenas lograba captar la verdadera belleza que poseía.

En la imagen vi que su camisa estaba un poco abierta y aún empapada. Por medio de aquella abertura observé múltiples rasguños en su pecho. Estaba tan herido que parecía que iba a sangrar. Sin pensarlo, me lancé hacia él. Con urgencia me senté en su regazo y desabroché su camisa para poder apreciar mejor sus heridas. Él, sorprendido, se quedó inmóvil, permitiéndome hacer lo que quería hacer.

—¿Cómo te has hecho esto? —pregunté con palpable desesperación en mi voz—. ¿Fue un dragonarto? ¿Cómo es que aún no se ha curado? Es tu iridia, tu iridia está débil... Ay, no.

Cyrone sonrió, su rostro estaba tan cerca del mío que podía sentir su aliento. No era culpa de él; había sido mi instinto protector el que me había llevado a actuar así. Era yo la que estaba encima suyo.

—Soy yo el culpable, nono. —Él acarició mi mejilla para calmarme —. Olvidé que era un serafín resistente a la comezón y me dejé

llevar, me rasqué más de la cuenta.

—¿Más de la cuenta? —dije, palpando suavemente la herida que comenzaba a cicatrizar—. No tenías que soportar tanto y causarte molestias, ¿sabes? —murmuré.

—Puedo soportar muchas cosas, Gyuri. —Dejó salir un potente suspiro—. Incluso la tentación de que sigas quitándome la camisa.

Tomé una bocanada de aire para calmar mi corazón desbocado.

—Yo no puedo soportar eso —respondí.

—¿Te refieres al picor? —bromeó él.

Negué con la cabeza, tomándolo en serio. Mis dedos temblaban mientras me decidía a terminar de desabrochar su camisa, botón a botón. Él me observaba intensamente, sin intención de detenerme. Cuando llegué al último botón, me ayudó a quitarse la prenda. Me perdí en la contemplación de su torso desnudo, un cuerpo tan ajeno al de los hombres que había visto en mi libro de anatomía que parecía sacado de otro mundo. Nunca imaginé que un cuerpo pudiera contar tantas historias de batallas ganadas. Aunque la oscuridad envolvía el entorno, podía distinguir claramente los detalles de su piel. Mis manos deseaban explorar lo que mis ojos admiraban, pero en lugar de eso, deslicé los dedos por mi cuello.

La brisa se volvió más fuerte, arremetiendo contra nosotros. Pude notar el alivio en el rostro de Cyrone mientras el viento secaba el agua de su piel enrojecida. Verlo con los ojos cerrados y respirando pesadamente bajo de mí me impulsó a llevar mis dedos hacia su pecho. Me detuve justo antes de hacerlo, atrapada entre el deseo de tocar y la contención.

—¿Pue... puedo tocarte? —le pregunté—. ¿Me permites tocarte? Por favor.

Él abrió los ojos y sus pupilas se fijaron en mí, sin pestañear. Se mantuvo en silencio y asintió lentamente con la cabeza.

Lo rocé con suavidad, trazando la yema de mis dedos en su piel. Mi respiración se aceleró, intensificándose aún más cuando su corazón latió fuerte bajo mi toque. Me acerqué a su hombro, inhalando el aroma de su piel. Él dejó escapar una respiración profunda y, cuando besé tímidamente su piel desnuda, emitió un leve jadeo. A través de mis pestañas, mientras entrecerraba los ojos y continuaba besándolo hasta el cuello, vi que él mantenía las manos a los lados, aferrándose al pastizal con tanta fuerza que casi lo arrancaba.

—¿Lo estoy haciendo bien? —susurré con timidez.

Lo escuché tragar saliva, incapaz de emitir palabras.

—Sí... —murmuró con dificultad, su voz ronca y temblorosa.

Me aparté un poco y lo miré a los ojos.

—Tú también puedes tocarme, si lo deseas —le dije en un susurro. *Solo tú puedes tocarme*, guardé para mí misma.

—No debería dejarme llevar. El cuerpo de un hombre es irritante, no te lo imaginas.

Fruncí los labios y tomé una decisión. Con un movimiento decidido, aunque impulsivo, desabroché la capa que vestía. Al dejarla caer por mis hombros y sentir cómo se deslizaba hacia nuestro costado, el arrepentimiento me invadió. Instintivamente llevé los brazos a mi pecho para cubrirme, mientras el calor subía hasta mis mejillas. ¿Qué estaba haciendo?

Su mandíbula se tensó al verme, y las plantas a nuestro alrededor parpadearon luz con torpeza, como si sufrieran desperfectos.

—Me dueles profundamente... —murmuró.

—¿A qué te refieres con que te duelo?

—Me siento tan humano a tu lado, Gyuri. Me siento mundano. Cuando pienso en eso, siento que debo cuidarte de mí y alejarte; debo poner toda mi fuerza de voluntad para no tomarte y hacerte mía. Me duele hacerlo, te lo juro.

Lo miré con anhelo y lo atraje hacia mí, en un intento de pedirle que no se alejara nunca más.

—Tal vez tú debas cuidarte de mí, después de todo —le susurré.

—¿No tienes miedo? —La tonalidad que usaba reflejaba una inseguridad en él que, lo sabía, nadie más que yo había escuchado. Me resultaba adorable.

—De ti, jamás —contesté.

De mí, un poco.

Cyrone tomó una decisión. Sus dedos se deslizaron hacia mis caderas, acariciando mis muslos y ascendiendo por mi piel. Al llegar a mis brazos rígidos y avergonzados, tomó mis muñecas con firmeza y las apartó, exponiéndome por completo. Sus ojos se oscurecieron mientras me recorrían. La manera en que me miraba me resultaba fascinante, al mismo nivel que me avergonzaba.

Me tomó de la nuca y me acercó con agresividad. Cuando nuestros labios estaban a punto de tocarse, dejó salir un suspiro tembloroso. Sin dudarlo, lo besé con una intensidad desenfrenada.

Ese beso llevó a otro. Luego nos condujo al siguiente, cada uno cargado de mayor ansia y desesperación. Sus manos descendieron hasta mi cintura, moldeándola como si fuera otra de sus habilidades celestiales. Me había convertido en tierra en sus manos, suya y completamente maleable. Si decidía transformarme y marcarme de por vida, podía hacerlo. No por su voluntad, sino por la mía.

Las parejas que yo había conocido solo se besaban en los labios o las mejillas. Cyrone fue el primero en besar mis manos, y ahora también era el primero en besarme el cuello. Por el Gran Empíreo, qué bien se sentía. Se refugió en esa curva, respirando contra mi piel entre cada beso, delicada al tacto y vulnerable a sus suspiros. Continuó su recorrido bajando con lentitud por mi cuerpo. Dejé salir un sonido agudo, uno que nunca pensé que podría hacer.

—Mi mujer —susurró anhelante. Besó mi hombro y no se detuvo. Continuó recorriéndome como si cada rincón de mi cuerpo le perteneciera. Su aliento llegó a chocar con el hueso de mi clavícula, y no pude evitar sentir un escalofrío de miedo y emoción al mismo tiempo.

Erizada y con los ojos bien abiertos, lo empujé sin querer. Fue un acto reflejo; no quería alejarlo, pero tenía miedo. Mi reacción nos despertó del trance en el que nos habíamos sumido.

Me miró sorprendido, con un atisbo de culpa en sus pupilas.

—Perdón —susurró, dispuesto a retroceder—. Maldición, tengo que irme. —Lo sostuve de los hombros para evitar que se fuera. Nuestros labios volvieron a rozarse. Él cerró los ojos y frunció el ceño—. Ya no me hagas esto. Me volveré loco.

Me encantaba verlo sufrir de esa manera, sabiendo que solo necesitaba tocarme para encontrar alivio. Qué mala soy.

—Te necesito. No puedo pensar con claridad —murmuró con los ojos entrecerrados.

Acuné su mandíbula entre mis manos y lo besé de nuevo. Me moví contra su regazo, un instinto traicionero, dado que aquel roce me despojó de la poca cordura y recato que me quedaba. Ambos

respirábamos entrecortadamente a causa de aquel movimiento lento y constante. Era tan hermoso que no podía pensar en detenerme.

Cyrone me empujó al suelo y se puso sobre mí. Sus dedos buscaron al interior de mis muslos hasta que encontró el punto perfecto con la yema de su dedo, aquel punto que tanto me había gustado tocar días atrás mientras pensaba en él. Que Cyrone lo hiciera, era mucho mejor. Contuve la respiración hasta que él me pidió liberarla, dejando que los sonidos de placer escaparan de mis labios.

Él me observaba mientras me retorcía bajo su merced. Su sonrisa me hizo percatarme de que estaba tan excitada que casi había olvidado el miedo y la vergüenza que sentía.

Me besó y yo enredé mis dedos en su cabello, húmedo y cálido. No era consciente de lo lejos que estaba llegando a su lado hasta que sentí que sus toques circulares no eran suficientes. Me miró directo a los ojos cuando sus dedos intentaron entrar en mi cuerpo. Me tensé por completo, como una tonta, y moví las piernas para apartarlo.

—¿Te estás arrepintiendo? —me preguntó con una sonrisa maliciosa.

—Claro que no.

—Entonces, déjame entrar.

—Eso intento —me quejé.

Respiré profundamente cuando lo logró. Resoplé su nombre y me arqueé para él. No creí que algo así estuviera a mi alcance: experimentar un éxtasis tan profundo de la mano del hombre que anhelaba con todas mis fuerzas, al que admiraba y, quizá, amaba. ¿Realmente lo amaba? ¿Estaba enamorada? Jadeaba entre sus

besos, mientras él se esforzaba por hacerme experimentar cada vez más placer.

Quería tenerlo cerca, ansiaba que me escuchara, que me viera y me sintiera entrelazada en sus brazos. Todo mi ser deseaba ser completamente suyo.

La luz se extinguió de repente, sin el más mínimo parpadeo que sugiriera su regreso. El sonido de la hebilla de su pantalón me reveló lo que Cyrone estaba haciendo.

—Es injusto, yo también quiero verte —reclamé, hasta que tomó mi mano y la condujo a su miembro. Descubrí su forma con el tacto y el calor que emanaba. Esbocé una sonrisa.

—Gyuri —gimió él, encontrándose de nuevo con mis labios.

Me cubrió el cuerpo con el suyo y yo le hice espacio. A pesar de que sabía que podía percibir mi deseo incluso sin consultármelo, lo hizo. Asentí con determinación y ansia. Dejó escapar un gemido profundo al penetrarme un poco, y yo temblé debajo de él. Un dolor agudo me recorrió, espantándome por la intensidad.

Tomó mi mano, entrelazó nuestros dedos y la apretó con fuerza.

—Tranquila —susurró con ternura contra mi cabello—. Solo dolerá un momento.

Asentí, pero cuando intentó continuar, lo detuve.

—No, ya es suficiente. ¡Es imposible! —Me alarmé, desesperada, tratando de apartarlo—. Me duele demasiado.

—¿Quieres que me quit...? —empezó a preguntarme con una voz preocupada.

—¡No! —grité de nuevo, contradiciéndome.

Temblé otra vez y sentí ganas de llorar.

—Lo siento, soy terrible en esto.

Estaba segura de que él preferiría estar con otra mujer. Alguna más sexy, más experimentada, alguna que no fuera tan tensa ni tan quejumbrosa como yo. Eso pensé hasta que él acarició mi mejilla con su pulgar.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño —musitó—. No sabes lo bien que me haces sentir, y esto es solo el principio. Eres hermosa. Eres encantadora. Eres irresistible. Eres todo lo que siempre he deseado.

Debió haber intentado desconcentrarme con esas palabras, porque aprovechó para empujar más profundo mientras yo me embriagaba con ellas.

—Ay, Cyrone... —Me dejé llevar por el increíble placer de sentirlo moverse con tanta suavidad, como si temiera romperme si aplicaba un poco más de fuerza.

Las plantas a nuestro alrededor se iluminaron, obra suya para ver mi rostro. Lo permití, ansiosa por ver también el suyo, deseando capturar la expresión que tendría mientras nos hacíamos uno. El dolor se desvaneció poco a poco, liberándome a medida que el ritmo se volvía más intenso y vigoroso.

—No podré... soltarte jamás —le confesé entre jadeos—. Necesito tenerte así... para siempre.

Él se detuvo de golpe, tembloroso y con una expresión perdida, como si intentara recobrar sus sentidos. Lo miré a los ojos, que mostraban opacidad y dilatación.

—Perdón, ¿te causé algún dolor? —le pregunté preocupada.

—No, es solo que... ya no me digas esas cosas.

—¿No te gusta? —continué con la voz entrecortada, lo que parecía excitarlo aún más.

—Me gusta demasiado —admitió y tragó saliva—. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Sonreí.

—No puedo evitarlo. Pensé en hacer esto contigo por muchas noches —le susurré, acariciando su cabello húmedo.

Él rio y me miró a los ojos.

—Ya basta. Podría ponerte una cinta en la boca para que te calles.

—Mira, eres todo un romántico, incluso en esta situación. —Reí.

Cyrone suspiró y sonrió.

—Te amo —le dije, y su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué? —preguntó entreabriendo los labios en un gesto de sorpresa.

—Te amo. Te amo, Cyrone. Te amo. ¿Estás sordo?

Inclinó la cabeza y acaricié su rostro con ternura, viendo cómo su sonrisa se ampliaba.

Me besó apasionadamente en los labios, volviendo a embestirme. De a poco perdió el control hasta que ya no pudo besarme más y solo pudo moverse y gemir con la frente apoyada sobre la mía. Me di cuenta en ese momento de que estaba enamorada de él, con certeza absoluta.

Me envolví en su cuerpo, lo sostuve con fuerza mientras el placer crecía hasta ser casi abrumador. Me asusté un poco por lo intenso que se volvía, hasta que fue insostenible. Ambos nos sumergimos en un placer onírico, perfecto y ardiente como nunca antes lo había experimentado.

—Yo también te amo, Gyuri —susurró con la respiración agitada antes de besarme la mejilla mientras yo jadeaba de cansancio.

Me costó procesar sus palabras, pero cuando lo observé de nuevo, emociones que nunca había sentido se encendieron a nuestro alrededor como estrellas y me lamenté por las criaturas allá afuera, que probablemente se empaparían bajo la lluvia.

—¿De verdad? —Negué con la cabeza—. ¿Lo estás diciendo en...?

Pero él me interrumpió con otro beso, cortando mi pregunta. Luego entrelazó sus cuernos con los míos y admitió:

—Siempre te he amado.

33

Era la quinta vez que mis dedos recorrían el pecho de Cyrone, quien bufó con gracia, aunque con creciente impaciencia. Ahí estaba, el chico gruñón que tanto me gustaba. Apoyé mi mentón en su hombro y lo observé mientras intentaba conciliar el sueño.

Habían transcurrido un par de horas desde que la ceremonia de la víspera de Cornelius llegó a su fin. Decidimos descansar y permitir al señor Crod dormir antes de interceptarlo. Nos encontrábamos en una madriguera que Cyrone había acolchado con hojas de helecho, suaves y mullidas. En cada esquina, lianas de hiedra tejían un dosel natural, dejando caer enredaderas y pétalos que susurraban al viento. A pesar de la preparación, digna para dormir como un bebé, me sentía inquieta.

El serafín me observó con un solo ojo entreabierto.

—Por supuesto que no puedes dormir, si pasaste una semana entera desmayada —dijo arrastrando las palabras mientras se volteaba hacia mí y se acurrucaba a mi lado—. Nonito perezoso.

—Es solo que estoy muy feliz —le respondí en un murmullo.

Él sonrió, y su margarita se marcó en mi lugar favorito.

—Mmm, me pregunto por qué.

Suspiré y me acurruqué a su lado. Mis ojos se resistían a cerrarse, así que lo observé medio dormido. Sus pestañas largas y oscuras le rozaban los pómulos, mientras su cabello, de un tono azulado

profundo, caía en desorden sobre su frente. Despejé un mechón que se le clavaba en el párpado y me acerqué a besar su frente.

Mientras me embelesaba por su lindura, pronto un pensamiento crucial vino a mi mente. Abrí los ojos de golpe y me levanté, alterada.

—¡Cyrone! —grité, llevándome la mano a la boca.

Él se sobresaltó y me miró con una mezcla de sorpresa y preocupación. Se incorporó rápidamente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

—El papel de Xylo, la ficha que contenía información sobre Nym y su paradero, estaba guardado en mi capa. La misma capa que se hundió en el río y que ahora es imposible recuperar. —Cyrone suspiró, exasperado por el susto que le había dado.

—No, Gyuri. Me lo pasaste tú. Ese papel está en mi bolsillo —dijo rebuscando en uno de los bolsillos de su pantalón para mostrarme el documento. Estaba arrugado y estropeado.

—¡No puede ser! ¿Te sumergiste en el agua con él?

—Gyuri, pude quitarme la capa, pero quitarme los pantalones mientras caía era un poco complicado —ironizó, aunque su tono no me hizo reír.

Le arranqué el papel de las manos y lo examiné con preocupación, temerosa de que el agua hubiera difuminado la tinta.

—Las letras están bien, pero la imagen de Nym... —dije, mientras observaba el dibujo sin poder ocultar mi preocupación. Las pecas de mi hermano se habían desvanecido del todo, y sin esos detalles distintivos la imagen ya no se parecía tanto al niño que yo recordaba.

Cyrone extendió la mano para recuperar el papel.

—Dámelo. Eres demasiado despistada para encargarte de algo tan importante —me reprendió sin miramientos. Se estaba enjugando el ojo con el puño, y su cabello seguía desordenado.

Le sonreí con entusiasmo.

—Eres el mejor. Si no fuera por ti, habría perdido la información más crucial que he obtenido desde que salí de Riveria.

Él se volvió a acostar, dejando el papel a un lado, y abrió los brazos para recibirme.

—Cuánta gratitud, te queda bien —dijo abrazándome con fuerza y depositando un beso en mi cabeza.

Mientras intentaba dormir, asediada por los pensamientos de Nym y algunos otros, como lo que había sucedido entre nosotros unas horas antes, pronto sentí la necesidad de hacerle una pregunta al respecto.

—Cyrone.

—¿Mm?

—¿Los serafines pueden tener hijos? Me refiero a si dos serafines pueden engendrar un bebé serafín.

—¿Por qué me preguntas algo así? —Su expresión denotaba disgusto—. Por supuesto que no.

Asentí, sin decir nada más. Qué imprudente había sido al preguntarle por hijos, considerando lo que había sucedido con el suyo.

Mientras me acurrucaba y cerraba los ojos, el sueño por fin me venció. Lo último que recordé antes de perder la consciencia fue a Cyrone tomando el papel de Nym para examinarlo por primera vez. *Tal vez debí preguntarle si sabía el idioma del oeste. Después de todo, él ya vivía cuando se había creado*.

—¡Despierte! —me llamó una voz.

Me estiré somnolienta y me percaté de que me envolvía una camisa enorme. Contrario a lo que esperaba, no estaba Cyrone a mi lado.

Me abotoné la camisa y me levanté para remover el tronco que bloqueaba la salida. Al encontrarme con los ojos nublados de Flye, sonreí. No pude distinguir el nerviosismo en su expresión, o quizá lo ignoré debido a la pura felicidad que me invadía al verlo otra vez.

—Flye, ¡qué gusto!

—Gusto no, señorita Gyuri. Usted y sir Cyrone me provocarán un paro cardíaco. ¿Usted ha visto cómo son los corazones de las ranas? ¡Pequeños y débiles!

—Bueno, Flye, solo me desaparecí un tiempo. —Una semana, recordé.

—Su rostro está en todos los carteles de la ciudad. ¿Qué se supone que ha hecho? —Flye me siguió cuando salí de la madriguera y miré curiosa a mi alrededor. La víspera de Cornelius había terminado, dado que las plantas habían vuelto a resplandecer desde los tallos hasta las hojas.

—Nada de lo que me arrepienta —le dije con una sonrisa que mi amigo no correspondió—. ¿Dónde ha ido Cyrone?

—¡Mis ancas! ¡Señorita! ¡Vi a sir Cyrone arrancar de este tronco con pánico! ¡Iba más pálido que mi pecho!

—No grites tanto, por favor, Flye, que tengo una audición muy aguda. —Me agaché a su altura—. ¿Me estás diciendo que Cyrone se fue asustado mientras yo dormía?

—Asustado es una forma eufemística de llamarlo, señorita. Yo jamás había visto a sir Cyrone tan alterado. Por primera vez tuve miedo de interrumpirlo. Él se marchó en un bote hacia otro islote y sudaba frío. No iba ni con camisa, ahora veo que es porque la llevaba usted.

A pesar de la preocupación que me embargaba al imaginar qué había podido perturbar a Cyrone lo suficiente como para hacerlo salir corriendo de nuestro refugio, no pude evitar sentir vergüenza ante aquel alcance. Miré a Flye, sintiendo el calor inundar mi rostro. No era el momento adecuado para revelarle nuestra relación, aunque era evidente que el anfibio ya había sacado sus propias conclusiones.

—Flye, ¿tienes alguna idea de dónde pudo haber ido?

Se quedó pensando un momento antes de contestar.

—Lo que pude ver mientras volaba tras él, es que llevaba un papel muy arrugado en sus manos.

Lo comprendí todo, y en la medida que Flye hablaba, la vergüenza se desvanecía.

—Ah, no —me quejé y restregué mis manos en mi rostro—. Se ha ido sin mí a ver al señor Crod.

—¿Al librero? ¿Y para qué? ¿Por qué estaba tan alterado si solo iba a ver al librero?

Suspiré, consciente de que sería difícil explicarle con tan poco tiempo. Le prometí que le aclararía las cosas más tarde y le dije que debíamos encontrar una forma de llegar al islote del señor Crod.

—¿Y cómo iremos sin un bote? —me preguntó, pero, sin necesidad de responderle, comprendió la confusión en mis

pensamientos al ver mi rostro—. Oh, señorita Gyuri. Usted no estará pensando en ir nadando.

Negué con la cabeza y, como si mi cuerpo me lo exigiera, caí de rodillas en el pastizal, al borde de la ribera. Mi posición de poder, que aún no había aprendido a dominar del todo, desencadenó un efecto extraño en mí. Me sentía profundamente poderosa, imperturbable e inderribable ante el más fuerte de los huracanes. Aunque el poder corría por mis venas, impregnando cada rincón debajo de mi piel, no supe de inmediato qué hacer con él.

—Señorita, usted... luce diferente.

No se equivocaba. No solo había llegado a aceptar mi naturaleza, sino que Cyrone había provocado un cambio profundo en mi interior. Ahora éramos los dos, y no podía permitirle que luchara por sí solo. Debía hacérselo entender, pero ¿cómo? ¿Cómo lograría llegar hasta él?

Yo no podía solidificar el agua ni crear un bote con mis poderes. Tampoco podía volar sin alas ni avanzar por el riachuelo entre la lluvia y los truenos. Sonreí irónica, reconociendo que mi naturaleza todopoderosa no me estaba sirviendo de mucho en ese momento. Me pregunté qué haría Polett en mi lugar, cómo aprovecharía esos poderes a su favor.

Flye no me interrumpió, adivinando que me sumía en un mar de ideas descartadas; solo cuando mi mirada se iluminó y vi hacia el frente, el anfibio habló.

—¿Se le ocurrió algo?

Levanté la mano frente a mi rostro y una luz brotó de las líneas desdibujadas de mi palma. Un torrente de emoción me invadió al

darme cuenta de que era capaz de generar luz a partir de mi propio cuerpo.

—Vaya, señorita. Eso casi me deja ciego —se quejó Flye, dando saltos para alejarse un poco.

Como si siguiera mis pensamientos, la luz me obedeció cuando quise hacerla parpadear. Parpadeó una y otra vez, hasta que formé un mensaje repetitivo. Tres destellos seguidos uno del otro, un pequeño espacio de intervalo, y otra vez tres destellos.

—Señorita, ¿usted conoce el antiguo idioma de las percusiones? —me preguntó y sonreí sin contestar.

Tal vez yo no lo conocía muy bien, pero una amiga tenía cierta familiaridad con ese lenguaje. Persistí con mis destellos hasta que más allá de la bruma se formó la figura oscura de un bote que se dirigía hacia nosotros.

Me puse de pie cuando Aeris hizo lo mismo. El bote seguía su curso hacia el islote sin que ella tuviera que remar. Le ofrecí una pequeña sonrisa insegura, y ella tragó saliva.

La chica varó el bote en la orilla, pero no se bajó. No podía culparla, dado que verme sin una capa podía resultar demasiado aterrador. Respeté sus precauciones y la observé desde la distancia.

—Gyuri... —me nombró entre temblores—. Lo siento, no quiero temerte.

—No hay problema, Ae...

—¡No quiero temerte! —insistió en un grito—. Desde que soy pequeña nos han hablado de los indecibles, de lo poderosos que son y cómo podrían obligarme a hacer lo que sea con solo una palabra. Incluso matar. Pero... pero tú siempre tuviste estos poderes. No me borraste la memoria cuando tuviste la oportunidad y te lo agradezco

tanto. —Una lágrima perlada le recorrió la mejilla y se la secó enseguida.

—Ya lo debes saber, casi maté a Xylo. Tal vez los indecibles sí somos tan malos como ustedes dicen. No te culpo por tenerme miedo.

—Xylo... ese hombre, y tal vez todos los hombres y mujeres, son más malos que los propios indecibles de sus leyendas. Le temo a él, pero no a ti, Gyuri. Les temo a los humanos, porque a ellos sí los he visto hacer el mal.

Noté cómo sus ojos se ensombrecían, probablemente al invocar la imagen de su padre fallecido. Sentí el impulso de abrazarla y decirle que haría todo lo posible por evitar que ese hombre renaciera en el siguiente mundo. Pero sabía que no lo entendería, y tampoco tenía tiempo para explicarle mi verdadera naturaleza. Llegaría el momento adecuado para hacerlo, pero en ese momento debía correr hacia la casa del señor Crod y enfrentar la verdad. Necesitaba saber qué había pasado con Nym.

—Aeris, somos amigas. —Ella asintió—. Necesito pedirte un favor muy importante.

Aeris nos trasladó a mí y a Flye al islote de Crod. Fue tan rápido que apenas pude explicarle los motivos por los que tenía que ir. Apenas arribamos Flye trató de bajarse conmigo, mas le exigí que esperara en el bote junto a Aeris.

—Por favor, no quiero alterar a Cyrone todavía más —le expliqué, y Aeris no cuestionó que me comunicara con un animal. Lo

comprendió sin que tuviera que decírselo.

—Señorita, si a usted algo le pasa será mi culpa —aseveró el anfibio—. Sir Cyrone quiso dejarla en aquel islote para protegerla de los humanos, no es casualidad. Ellos están buscándola por doquier para encerrarla.

—No me pasará nada —le prometí—. El señor Crod es un buen hombre.

—¡Pero sus cuernos! —exclamó Flye a los cuatro vientos mientras yo me perdía en la arboleda que daba a la entrada de la casa del librero.

Subí la colina hasta llegar a la puerta, donde observé a Cyrone sentado en un escalón de la entrada. Corrí para encontrarme con su mirada, pero a diferencia de lo que esperaba, sus ojos se abrieron en disgusto al verme.

—Oh, carajo, Gyuri. ¿Qué se supone que haces aquí? —Cyrone se levantó y me cogió de los hombros con fuerza.

—¿No es obvio? Yo también quiero saber qué pasó con Nym —me expliqué con firmeza, pero él me zarandeó desesperado.

—¡Estás sin una capa! ¡Maldita sea! ¡Ellos te van a ver los cuernos! —Se detuvo cuando me vio asustada.

Me soltó de los hombros y me dio la espalda, borrándose el rostro con las manos.

—¿Qué te pasa? —le pregunté con cuidado—. ¿Por qué estás tan alterado?

Le tomé el brazo, pero él me lo arrebató al instante.

—Porque soy un imbécil —respondió con dificultad.

Me mantuve en silencio, mirándolo a unos pasos de él.

—Oh, Gyuri, por Nylena, y por el maldito diluvio. Yo... —Finalmente pudo verme a los ojos, pero le escocieron al sostenerme la mirada. Negó con la cabeza—. Espero que algún día, dentro de esta eternidad, puedas perdonarme.

En sus ojos no había odio, ni lástima, ni indiferencia, ni desprecio. Había culpa.

Negué, al verlo desesperado. No sabía qué ocurría en su cabeza, pero quería liberarlo de esa oscuridad. Lo vi caminar de un lado a otro, como si quedarse quieto fuera a hacerlo estallar. Di unos pasos hacia él, pero volvió a rechazarme.

—Yo no sé... —Rio del nerviosismo—. ¿Qué se supone que voy a hacer? Boldery no me abre la maldita puerta y yo me estoy muriendo por ordenarle que haga lo que yo diga —me confesó apretando los dientes—. Pero yo juré que no usaría este poder maldito con los humanos. Oh, maldita sea. Yo necesito, necesito saber qué pasó con Nym. Ese dibujo...

—¿Por qué te importa tanto? Es mi hermano —le pregunté y enarqué una ceja.

Él relamió sus labios, volviendo los ojos al techo del domo.

—Porque lo conozco, Gyuri, te he mentido. Lo conozco tan bien, pero tan, tan bien que él...

La puerta de la casa de Crod se abrió de golpe. Sus palabras quedaron ocultas tras el estruendo. Ni siquiera pude ver el rostro asustado del hombre porque Cyrone reaccionó rápidamente cubriéndome con su capa. Todo se volvió negro, y muy cerca de su pecho desnudo pude percibir el latido desbocado de su corazón.

—Cyrone. —La voz de Crod sonaba diferente, impregnada de infinitas toneladas de horror.

—Hola, Boldery —inició el serafín, tratando de normalizar su respiración—. Estuve mucho tiempo espe... ¿por qué no abrías? —Cyrone, de forma inusual, trastabilló en sus palabras.

—Puede' entrar ahora. E'taba durmiendo, la víhpera de Corneliu' me mantuvo de'pierto todo ehte tiempo. Una di'culpa. Broadestak. —Se tomó una larga pausa en la que, imagino, apuntó hacia mí.

—Te enteraste de lo que ocurrió con Gyuri, ¿verdad? —La voz de Cyrone se volvió más grave, y al acercarme a su cuerpo percibí su aire protector.

Crod no respondió nada, así que imaginé que asintió con la cabeza.

—No tienes de qué preocuparte, entraremos, lo discutiremos y nos iremos. Vinimos por algo específico —dijo Cyrone.

—Claro, entren por favo'.

Cyrone finalmente retiró la capa que me cubría y, al hacerlo, vi el rostro del señor Crod. Parecía haber envejecido al menos diez años en el instante en el que me vio. Observé la forma en que sus pupilas se centraban en mi cabeza y sentí una profunda vergüenza. Sin embargo, seguí hacia el interior de la librería.

Decidí que no hablaría, que no haría ningún sonido para no asustar al señor Crod. La puerta se cerró a mis espaldas; el ambiente se hizo más sombrío de lo que quería, aun cuando había los mismos libreros, las mismas decoraciones y las velas de siempre.

—¿Ere' un humano, Cyrone? —preguntó el señor Crod.

Cyrone no respondió nada, y sin dejar de verlo a los ojos sacó el papel arrugado de su pantalón y lo estiró sobre la encimera del librero.

—Necesito que me digas lo que dice este papel.

—¿No sabe’ leerlo? ¿Eso puede probar que ere’ un ser humano?

—Crod —insistió el serafín.

—¿Por qué no me conte’ta? Brot kibesta rak —preguntó el librero, con tanto terror que me compadecí de él—. Soy el padre de una niña de cinco año’, no me ponga’ en riesgo si Solcita le importa a u’te.

Cyrone se le acercó desafiante.

—Sí. Soy un humano —dijo, modulando cada sílaba—. Pero ¿realmente te sirve que te lo diga?

Yo bajé la cabeza en extrema sumisión, y jalé la capa de Cyrone dos veces para que parara de provocar al librero. Necesitábamos que nos ayudara.

El señor por fin prestó atención al papel y lo ojeó por unos largos segundos, en los que no fui capaz de escuchar nada más que mi propio pulso. Suspiré y volví a estar alerta cuando Cyrone miró detrás de mí.

—¿Quién está ahí? —preguntó el serafín.

—Ahí... —murmuró Crod, espantado.

Al haber sido encontrado, un encapuchado salió de detrás de un estante con las manos alzadas. Cuando por fin bajó su capucha, reconocimos al torinero que nos había traído a Dregonia.

—E’ mi compadre, Marylo. Nue’tra’ hija’ son mejores amiga’. Verá’, Cyrone, creo que tengo derecho a protegerme un poco. No sé qué clase de criatura’ son ustede’. No puedo atenderlo’ solo.

—Él se tiene que ir —dijo Cyrone, sin formular en realidad una orden.

—Yo creo que está bien que Marylo se quede aquí —le susurré a Cyrone—. Crod nos teme.

Me miró por un instante y luego volvió a dirigir su mirada al señor Crod, quien parecía no estar dispuesto a permitir que el hombre se fuera.

—No temas, el señor Crod es un buen hombre, no querría hacernos daño —insistí, y él se volteó con una sonrisa melancólica.

—¿Me vas a decir qué dice en este papel? —insistió Cyrone, con un tono que sin duda señalaba que estaba perdiendo la paciencia.

El hombre buscó sus anteojos y se los ajustó, escudriñando la superficie del papel y aplanándola para verlo mejor.

—Según lo que puedo ver, e'to e' clasificado del comandante Xylo —nos informó el librero.

Miré por el rabillo del ojo cómo Cyrone entornaba la mirada.

—Melbore iak. No me corresponde ventilar asunto' del comandante.

—Me está diciendo que le tiene más miedo al comandante que a mí —asumió Cyrone, y yo volví a jalar su capucha.

—No le' voy a decir a dónde está e'te niñito. No si ustede' están detrá' de él. E' un niño, joer.

Abrí los ojos en demasía cuando me enteré de que el papel, efectivamente, decía dónde estaba Nym.

—¡Señor! Señor, ese niño... ese niño es mi hermano. Se... señor Crod —tartamudeé—. Por favor, necesito saber dónde está, lo he buscado todo este tiempo. Por favor, se lo suplico.

El señor Crod me miró entrecerrando los ojos.

—¿Uste'? ¿Hermana de este chiquillo?

—Sí. Sé que no parece tener sentido, pero fui adoptada y crecí con ese niño. Escuche, ese niño...

Cyrone se me adelantó y cogió a Crod por el cuello de la camisa. Al hacer tal movimiento brusco, su capucha se le deslizó por el cuello.

—Me vas a decir lo que dice, porque si no, haré que lo hagas.

—Entonce' ¿por qué me amenaza y no simplemente lo hace? ¿Señor indecible? Melbarak Tud —se atrevió a decir Crod, aunque su voz se agudecía y temblaba.

—Señor Crod, se lo suplico. Somos ángeles, no queremos someterlo con nuestros poderes. No me mire así, digo la verdad. Somos Córtex y Cae...

Sin que yo me lo esperara, Marylo se acercó por detrás de Cyrone con una destreza sorprendente y lo intentó apuñalar por el costado.

No logró hacer ni un pequeño corte, porque el serafín lo sostuvo con su mano libre, y con un movimiento impetuoso y fuerte le rompió el brazo.

El hombre aulló de dolor, y yo me quedé paralizada al ver los huesos tratando de sobresalir de su brazo. Al parecer, Cyrone también se había quedado helado por la reacción involuntaria que tuvo y con la que terminó hiriendo al torinero.

Aprovechando el nerviosismo de ambos, Crod se adelantó para atacar a Cyrone. Desde mi perspectiva, fue imposible ver si lo había logrado o no, pero al presenciar cómo el serafín soltaba el cuello de la camisa de su agresor, el pánico se apoderó de mí.

Un grito de horror escapó de mis labios cuando me moví para observar un cuchillo incrustado en el cuello de Cyrone.

El serafín miró a Crod indignado, cogiendo el mango del arma.

—Soy un padre, al igual que Marylo. Tú no podría' entenderlo jamá', maldito indecible.

La ira se agolpaba en los ojos del serafín, pero ocupó la poca fuerza que le restaba para desencajar el cuchillo de su cuello y plantarlo en la encimera.

—Hice lo mejor que pude... para no tener que dañarlos... —susurró afónico para responderle a Crod, mientras contenía como podía la sangre que luego escurrió explosivamente desde su cuello.

Todo ocurrió en cámara lenta cuando vi a Cyrone caer al suelo con la sangre manchando su torso. No era consciente de si yo estaba gritando o no, era como si mis sentidos se hubieran apagado. Me arrodillé a su lado y busqué tapar la herida, evitar que se desangrara; mis manos temblaban. Sabía que lo mejor era huir, que Cyrone estaría bien incluso en aquel estado porque éramos serafines, inmortales, pero fui incapaz de dejarlo ahí tirado. La puerta de Crod se azotó contra la pared y, después de varios infernales segundos, el sonido volvió a mí de golpe: oí la voz de Xylo en la entrada. Era una emboscada.

—Ve... te... —me rogó Cyrone, escupiendo sangre y mirándome aterrado.

Pero me negué rotundamente.

—Eres mi hombre, somos dos contra el mundo, no te voy a abandonar jamás.

Fue difícil comprender que desde el principio nuestros captores esperaban entrar, que el señor Crod nos había tendido una trampa, que me había condenado por una leyenda que no era verdad. No pude detenerme a reflexionar en eso, el dolor me invadía como si ácido corriera por mis venas: ver la agonía de Cyrone era lo más doloroso que había experimentado hasta ese momento. Mis gritos no lograron sacarme del trance mientras movía al serafín para que

reaccionara. Parecía muerto, y ni en mis peores pesadillas pude haber imaginado verlo en un charco de sangre, con los ojos bien abiertos, los dientes y el mentón teñidos de rojo.

—Mi amor... no...

Una mano me cubrió la boca y la nariz con un pañuelo. Cuando intenté respirar, el victimario me apretó con más fuerza. Supe que estaba detrás de mí y no luché en su contra hasta que me obligó a separarme de Cyrone. Gemí, ahogando mi voz en el pañuelo, sintiendo dolor por la fuerza excesiva que aplicaba. Podía notar el miedo de mi agresor al escuchar, amplificados, sus pálpitos, seguramente me creía dura e implacable; no se imaginaba que mi cuerpo era frágil y que mi espíritu se había fracturado hacía unos minutos. En ese momento no era un ángel, era una simple humana. La fuerza con la que me apretó me quebró la quijada.

Lo último que vi antes de morir a causa de la asfixia fue a dos hombres de la Guardia de Dregonia levantar a Cyrone y sacarlo del lugar.

34

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero, cuando desperté por fin, me encontré amordazada y amarrada a una silla que rechinaba al retorcerme. Me hallaba en el centro de una celda oxidada, tan oscura que imaginé que era subterránea. Lo único que me revelaban los barrotes que me mantenían cautiva eran unas velas desnudas colgadas del techo.

Si bien las primeras horas luché contra las cuerdas, rasgándome las muñecas con tal de soltarme, tras un día completo de sangre derramada decidí detenerme. Estaba exhausta, tal vez demasiado, y aquello me sugirió que había pasado por lo menos un par de días encerrada.

No necesitaba reflexionar mucho para darme cuenta de que quien me mantenía prisionera era Xylo. Lo único que no lograba entender era el porqué. ¿Por qué tanta crueldad? La imagen de Cyrone desangrándose se reproducía en mi memoria una y otra vez. Temí por él pues, aunque sabía perfectamente que no moriría con eso, me dolía mucho más pensar que podía seguir sufriendo en ese preciso momento.

De repente me desmayé en la silla, quizá debido a la pérdida de sangre, pero en ese momento ni siquiera me percaté de haberme ido. Lo que me despertó un tiempo después, fue una mano enorme y áspera que me cacheteó el rostro.

El golpe fue tal que me volteó la cabeza; la sensación de ardor de mi mejilla se apoderó de mis pensamientos. Cuando

logré enfocar mi visión, la imagen de Xylo frente a mí con la mano lista para darme otro golpe se hizo clara.

Contuve la furia con la pizca de cordura que me restaba, porque no podía incendiar ese lugar con un rayo si Cyrone estaba en una mazmorra cercana.

La amplia dentadura del comandante brilló cuando me sonrió con malicia.

—Gyuri, te sienta bastante mal la hospitalidad de la prisión de Dregonia, ¿no es así?

Sacudí la cabeza al oír su voz. Era la prueba de que no estaba alucinando. Abrí los ojos con rabia y comencé a gemir y gruñir contra la mordaza, lo que al enfermo le causó gracia. Me observó con deleite, disfrutando de mi tortura, hasta que finalmente decidió quitarme el trapo de la boca. Mi mandíbula resintió el daño que el objeto me había causado después de tantas horas.

—¿Qué se supone que hicimos Cyrone y yo para estar aquí? —espeté y Xylo, en vez de responderme, alargó la mano.

Agarró uno de mis cuernos y lo atrajo hacia sí mismo todo lo que mi cuerpo atado a la silla le permitió.

—Eres un indecible. Un ser asqueroso que controla a los humanos con la palabra. Los tientas a cometer el mal, como si fueran malditas marionetas tuyas.

Me soltó con violencia y yo agité la cabeza, presa de un mareo preocupante. A pesar de lo débil que estaba mi cuerpo y mi espíritu,

alcé el mentón para enfrentarlo.

—¿Me tienes miedo por eso? —mascullé.

—Si pudieras hacerme sentir miedo, ya hubieras sido capaz de huir, sabandija.

—Déjame salir —le ordené al encapuchado.

Aunque el maldito me miró durante unos largos segundos, reaccionó tardíamente a mi orden. Extrajo las llaves del fondo del bolsillo y, justo cuando desenvainaba una daga para romper mis cuerdas y yo estaba lista para golpearlo sin piedad, se detuvo.

—Que lo hagas, hazlo. ¿Qué esperas? ¿Ni siquiera puedes hacer eso? —insistí nerviosa.

Xylo dejó caer la llave al suelo y, mientras me sonreía, bajó su capa para descubrir su cabello. La osadía en mi cuerpo se disipó como humo, y su pelo rojo cenizo me intimidó bajo la vaga iluminación que nos brindaban las velas del calabozo.

Él tiene el gen.

—Me encanta esa expresión tuya. Te estás dando cuenta, ¿verdad? De que no tienes poder sobre mí. Seguramente los indecibles pensaron que nos podrían exterminar a todos nosotros, los inmunes; que podrían tener el control absoluto. Entonces ¿por qué una cabeza roja lidera la Guardia de Dregonia? —bramó Xylo mientras se paseaba frente a mí—. ¿Acaso no es obvio? Somos los únicos que podemos darles la cara. —Al decirlo rugió como fiera, con la voz más grave que hubiera oído jamás.

El comandante se me acercó demasiado y por puro instinto bajé la mirada, presa de la intimidación. Él me agarró del cabello para obligarme a verlo a los ojos.

—Mírame. Mírame, puta. Yo puedo escoger cuándo liberarte, o decidir no hacerlo. Ese poder ante un mismísimo indecible, es inconmensurable. —Su aliento pesado chocó con mi rostro.

—Déjame —le volví a ordenar en vano—. No me hagas daño, por favor. No hice nada malo, no usé mi poder contra nadie. —Mi voz se agudizó cuando el miedo se apoderó de mí.

—No te hagas la estúpida, indecible asquerosa, han perseguido a mi familia por generaciones, ¡nos han exterminado casi a todos! ¡Solo mírame! —me gritó sacudiendo mi cabeza a la par que exhibía las marcas cicatrizadas de mis manos en su cuello.

—Po... por favor, co... comandante, yo no tuve que ver con lo que ha sucedido con su familia, Cyrone y yo no matamos a nadie, po...

—¡Cállate! —Su saliva salpicó mi rostro y la fuerza con la que soltó mi cabeza casi me quiebra el cuello—. Mientes, ¡ustedes mienten! No se manchan las manos, pero controlan a la humanidad para que nos asesinen. Maldita cobarde, tú y Cyrone... Te creías muy astuta, ¿verdad? Investigándome en los libros de Boldery Crod. —Se alejó un paso, se enderezó como si recobrara la compostura, y cruzó sus manos tras la espalda—. Él me entregó la información en cuanto lo amenacé con dejarlo sin su negocio. Tal vez no te imaginabas que por tres malditos jolines de Dregonia, él te vendería. Después de todo, vio esos cuernos de indecible antes de que llegaras, y un ser como tú no vale nada comparado con su hija enferma. Tengo a la población bajo control. Lo sabías en cuanto cruzaste el umbral. Cyrone debió haberte advertido, ¿no? Que soy implacable, que mis manos son lo suficientemente fuertes como para partirte el cuello en dos. Ahora, dime, ¿por qué tanta curiosidad sobre mí, mugrosa? Te adelanto que las cornudas no son mi tipo.

A pesar del temblor en mi voz, decidí ser honesta.

—Cuando supe que eras de Riveria, pensé que podrías saber algo sobre Nym, sobre mi familia...

—Riveria, ¿eh? —Rio sarcástico—. Un indecible que proviene de Riveria. Vaya, vaya, cuánta ironía. La ciudad donde los nuestros se refugiaron para escapar de los suyos, persecutores racistas de mierda. ¿Ahí te escondiste? Cuán hipócrita. La misma ciudad subterránea que consiguieron invadir para despojarnos de todo y matarnos a sangre fría. Es interesante que la conozcas y digas no saber mi historia.

—Mi familia y yo éramos los únicos que vivíamos en Riveria.

—Tu familia, tu familia... —El comandante tomó mi cabello y jaló mi cabeza hacia atrás, desprendiéndome un par de mechones—. ¡Deja de llenarte la boca de mentiras! ¿Para qué los usabas? ¿Los indecibles tienen algún rito demoniaco con quienes somos inmunes? ¿Así obtienen su poder? Como sea, si tus prisioneros salieron de Riveria, ya están muertos.

Me tomó el rostro con dos dedos, levantándome hacia él.

—Cuánto quisiera matarte... —dijo acercando una daga a mi rostro.

Cerré los ojos.

—Pero es en vano. Ustedes son inmortales, ¿no es así?

Xylo se posicionó frente a mí, me metió un pedazo de tela en la boca y la empujó hacia atrás hasta provocarme potentes arcadas. Cuando la amarró, retrocedió.

—Pero yo sé cómo matar a un inmortal —dijo caminando en dirección a la salida—. Solo hace falta que sienta un dolor intenso durante mucho tiempo —sentenció y cerró la reja.

»Querías saber qué pasó con el niñito pelirrojo del dibujo, ¿no es así?

Asentí con desesperación. Sabía que afuera llovía.

—Tengo informantes en todo Melcior, cabezas rojas que se han aliado conmigo para destruirlos a ustedes, ellos me ayudan a encontrar a más como nosotros. Los retratos que viste son los dibujos que hago con sus reportes hablados. A ese niño lo vieron no muy lejos de aquí, pero no llegué antes que sus susurros.

No...

—Fue quemado en la plaza pública de Nylem. Ustedes lo mataron. Tú lo condenaste.

Xylo dio la vuelta y se marchó sin esperar a ver mi reacción. Lo primero que sentí fue el frío en mis manos, después un gran peso en mi estómago vacío. Aquel sentimiento trató de abandonar mi cuerpo generándome arcadas, pero no fui capaz de vomitar nada.

Es mentira. Tiene que ser mentira, fue el único pensamiento que logró detener la sensación.

Cuando alguien recibe una noticia desgarradora, la mayoría de las veces no la acepta de inmediato. Es un mecanismo de defensa, la última estrategia para sobrevivir. Acababa de recibir una noticia como esa y horas después no era capaz de procesarla. ¿Qué puede hacer un ser inmortal con el alma rota? ¿Qué puede hacer un ser inmortal sin sus poderes? Una criatura inmortal es inservible si aún sufre hambre, sed y sueño. Es incluso peor no poder morir a causa de eso. El dolor en mi estómago me mortificaba, y mi lengua se

hinchaba por la falta de líquido. Pero nada de eso me importaba tanto como el destino de Nym. Su piel, sus manos, su cabello... deshechos en llamas. La imagen me torturaba.

La suciedad atrajo a un par de roedores que rondaban la celda y me observaron con curiosidad. Traté de saludarlos para acabar con la soledad que me consumía, pero la mordaza me obligó a callar. La garganta me ardía.

Extrañaba a Cyrone, anhelaba escuchar su voz consoladora; cerraba mis ojos para evocar las líneas que formaban su sonrisa y no olvidarlas. Esos difusos contornos de su imagen eran lo único que podía reconfortarme en aquellas horas de inanidad.

Pensar que él también sufría mi misma suerte me destrozaba, de modo que prefería imaginármelo lejos de allí, con los niños del orfanato o riéndose con Flye en cualquier otra parte. Cerré los ojos para transportarme imaginariamente junto a él en mi mundo perfecto. Absorta en mi utopía, caí dormida.

De pronto, una sensación de extremo calor se encendió en mi interior, convirtiendo cada fibra de mi ser en brasas. El dolor, tan abrumador que me desgarraba desde dentro hacia fuera, me hacía soltar alaridos mientras mi entorno se consumía en un caos de fuego y desolación. Mis manos ardían, mis pies y mi cabello; y la sangre, la sangre brotaba y bajaba por mis piernas. Moría y resucitaba con la misma violencia, así fue al menos unas cien veces. Entonces desperté.

Traté de gritar, pero me ahogué por la profundidad a la que se encontraba el trapo en mi boca. Miré mis piernas. No había sangre, pero se había sentido tan real...

Sin permitirme procesar la experiencia, la compuerta del calabozo se abrió con brutalidad. Xylo surgió de la oscuridad sin emitir palabra o siquiera mirarme a los ojos. Me encogí al ver su corpulenta figura acercándose hacia mí, pero no tuve tiempo de reaccionar antes de que pateara la silla, haciendo que me cayera al suelo. El golpe fue seco. Xylo me desató del asiento, pero inmediatamente después me amarró las manos a la espalda con la misma cuerda. Me las apretó con tal fuerza que sentí cómo se desgarraba mi piel.

Mientras yo temblaba por la agresión y el dolor de la caída, me tomó del cuello de mi ropa para obligarme a ponerme de pie. Luego me empujó para que caminara.

El comandante me guió a través de pasillos sombríos, con paredes y pisos de piedra que parecían susurrar historias de dolor. El eco de mis pasos se mezclaba con el sonido distante del goteo de agua, mientras me envolvían las celdas vacías y el olor penetrante de la humedad. El zumbido errático de las maripolillas que se habían colado por las ventanas diminutas se entrelazaba con la atmósfera lúgubre.

Tras un trayecto interminable, llegamos a una sección donde languidecían varios convictos: hombres de edad avanzada cuyas sonrisas torcidas destilaban maldad. Me lanzaban insultos con voces rasposas y sus ojos parecían llenos de un oscuro deleite. Sentí que el odio me invadía, y me detuve a observarlos con la furia latiendo en mis venas. Pero antes de que pudiera reaccionar, Xylo me agarró con fuerza las manos atadas, obligándome a seguir adelante.

Mi mente, que había estado nublada, despertó por completo. Los engranajes comenzaron a girar en busca de una salida. Pensé en arrodillarme, en fingir rendición mientras invocaba al cielo, pero

todavía sentía una desconexión abrumadora con mi propio poder. Y aun si lograba crear algo, ¿qué podría haber hecho en ese momento? La realidad del lugar me oprimía como un manto de hierro, sofocando cualquier chispa de creación.

Mis pensamientos se desvanecieron en cuanto Xylo se detuvo para mostrarme una celda en particular. Antes de voltearme ya sabía lo que encontraría. Cyrone se sentaba también en una silla, en el centro de la mazmorra, atado de manos y pies. Su hermoso rostro tenía tintes morados, cardenales y sus características ojeras eran tan negras que espantaban. Gemí y pateé los barrotes de metal esperando que me oyera, pese a que la tela ahogaba mi voz. Xylo sonrió a mi lado, satisfecho de verme sufrir. Golpeé con el pie el hierro una vez más, y sentí un dolor enorme. No podía derribar un metal tan poderoso, pero ver a Cyrone en ese estado me había nublado el juicio. Su sangre estaba por doquier, lo manchaba todo. Abundaba la seca, pero su torso desnudo estaba empapado de fresca.

Tras haber comprendido que no lograría nada impactando contra la celda, caí sobre mis rodillas. Al apoyar mi frente en el frío del hierro, traté de conectar con el cielo, y una tormenta cayó en las afueras. Xylo me obligó a ponerme de pie y, como si hubiera percibido que yo estaba en peligro, finalmente el serafín abrió los ojos; estaban rojos por los derrames de sangre que sufría. Los abrió de par en par al enfocar su mirada en mi figura y negó con la cabeza, como si no pudiera creer que realmente estaba ahí.

Xylo me jaló de un brazo para sostenerme a su lado. Cyrone tensó la mandíbula y las venas de su cuello sobresalieron.

—Gyuri, o como sea que te hayas decidido llamar, maldita indecible; comprenderás que tu novio quiso tomar todas las torturas por ti, pero ¿para qué lo voy a seguir torturando si continúa comportándose igual? Quiero desvanecerlo, acabar con su mente. Podría torturarte frente a él, pero no se me da muy bien hacer sufrir con mis propias manos a una criatura que luce como una mujer humana. Tengo esposa, ¿sabes? —Xylo tomó mi rostro con sus dedos, enterrando sus uñas en mis mejillas—. Mira sus ojos al verte, su cuerpo tiembla al imaginarse lo que seré capaz de hacerte.

Vi en la oscuridad la expresión sombría y desesperanzada en el rostro de Cyrone.

—Con tal de que no te tocara, él me ofreció su poder. Eso me tentó, no te lo voy a negar. Tener poder absoluto sobre la humanidad y vengarme por lo que le han hecho a mi gente... Pero la venganza es un plato que se sirve frío, ¿sabías? Empezaré por derrotar al mismo dios.

Xylo abrió la puerta de una celda vacía, visible para Cyrone, y me empujó tan fuerte al interior que reboté en el suelo. Me quedé inmóvil en el momento que escuché que Xylo abría otras mazmorras y liberaba a los otros convictos, quienes se dirigieron a la mía. Mi instinto me hizo luchar contra las cuerdas, las cuales comenzaron a cercenar a mayor profundidad mi piel sudorosa.

Vi el rostro de un par de hombres desconocidos que me sonreían de forma poco amistosa, mientras caminaban hacia mí con paso lento, pero ansioso. Me arrastré como pude hasta chocar con la pared del fondo de la prisión. Parecían estar hipnotizados. Eran seis, pero tal vez habían muchos más detrás que no pude contar.

Uno de ellos avanzó hacia mí primero, su aliento putrefacto me asaltó cuando dijo:

—Oh, Nylena, nos has mirado a los ojos, después de tantos años. Es otro juguete irrompible.

Lo observé con horror, pegada a la pared como si pudiera fundirme con ella. Gemí del miedo, sin poder ver a Cyrone detrás de los cuerpos flacuchos y repugnantes. El convicto, sin dejar de sonreír, pasó un brazo por mi costado para acorralarme y me susurró:

—Te prometo que no te dolerá tanto si te relajas.

Solté un quejido y me inundó el asco. Hui como pude hasta que uno de ellos se abalanzó sobre mí, ahogándome con su peso sobre mi espalda. Agarró mi cabeza con agresividad, pasando sus repugnantes labios por mi cuello mientras aullaba como un bóvido.

Cuando tocó mi busto, una chispa eléctrica recorrió mi piel, quemándolo y obligándolo a retroceder, lo que provocó que recibiera algunos insultos por parte de los otros.

Me puse de pie con las piernas temblorosas y observé fijo a mi agresor, que me miraba un tanto atemorizado por el choque eléctrico.

Otro de los hombres, más confiado, se me tiró encima, pero mi cuerpo volvió a quemarlo apenas me rozó, de modo que dio pasos atrás hasta chocar con la pared. Volvió a mirarme con sus ojos de esclerótidas amarillentas.

El tercero perdió la paciencia conmigo y, en vez de tratar de contenerme, me aturdió con un golpe seco y sonoro. Chillé y no fui capaz de abrir mi párpado derecho cuando caí sobre el suelo y comenzó a patearme. No me dio tiempo de reaccionar; el victimario

se me subió encima y procedió a golpearme con el puño para someterme.

El enfado debilitó el dolor, y me aferré a la idea de mantenerme consciente. El frenesí nubló mi juicio, así que me resistí a su asalto con todas mis fuerzas, luchando por apartar sus sucias manos de mi cuerpo.

No haber comido y tener contextura física endeble me impidió hacer algo al respecto. Comencé a perder la esperanza cuando los otros hombres me cogieron de los brazos con tanta fuerza que juré que me habían dislocado. El convicto que tenía encima buscó por debajo de mi prenda, masajeando mi piel. Cuando fui consciente de que todo el peso de su cuerpo me asfixiaba, me rendí.

Dejé de oponer resistencia.

No estaba tan segura de lo que estaba a punto de ocurrirme, pero solo rogué que fuera rápido, que Cyrone apartara la vista, que mi mente viajara a cualquier otro lugar para no estar presente. El ruido de la tela de mi ropa rasgándose y mi lengua sedienta saboreando mi propia sangre me hicieron preguntarme por un segundo qué era eso, por qué yo. ¿*Por qué? ¿Por qué yo? ¿Qué es esto*?

La realidad cambió súbitamente.

El tiempo se detuvo sin previo aviso; los rostros de los hombres se distorsionaron hasta transformarse en otros del todo diferentes. Me habían arrebatado del presente, arrastrándome a un recuerdo fugaz... o quizá a una pesadilla que alguna vez tuve en el pasado. Incluso el entorno que me rodeaba mutó de forma, convirtiéndose en una cabaña abandonada de madera rota y oscura, carcomida por los insectos. Yo estaba tendida en un lecho de maderos rotos, mis manos y pies estaban atados con cuerdas aun cuando no podía

moverme, aunque quisiera. Lo único que veía, cuando me dejaban de torturar, era una ventana amplia de la que se apreciaba un cielo nublado que no paraba de llover. Pude haber jurado que ese sueño era eterno, porque me sentía inanimada. En ese escenario, no podía moverme ni gritar, ni reaccionar de ninguna manera. Mi corazón estaba roto; mi iridia estaba agotada, pero no recordaba por qué. Solo sabía que no podía hacer nada para defenderme o reclamar, lo que aquellos humanos inmundos aprovecharon para desquitarse conmigo... por cuarenta y un días y cuarenta y una noches.

Mi pelo. No dejaban de jalar mi pelo largo, aprovechándose de él para someterme.

Cuando el mundo se inundó por completo, revistiéndose de un mar de lluvia —un mar de llanto—, me quedé tendida y herida. El agua subió hasta cubrir mi cuerpo, que se empezaba a curar por la maldita inmortalidad. De pronto ya no concebía haber sido una mujer jamás. Creía haber mutado en un objeto; en un trapo sucio con el que habían limpiado tanto, tanto, tanto, tanto... Porque mi belleza no se desvanecía por más que me quemaran, golpearan y estrangularan. Porque cada noche en que por el desfiguramiento ya no era quien era, me restauraba y volvía ser la misma a la mañana siguiente.

Cyrone nos encontró.

Desconozco lo que les hizo a esos hombres cuando los descubrió torturándome. Solo supe que de alguna manera había deshecho sus cuerpos, lenta, cruel y dolorosamente. Al menos así lo creí, porque oí los alaridos constantes de aquellos hombres mientras yo reposaba, sin iridia, sentada en una silla dentro de la misma casa abandonada.

Más tarde, el serafín de la tierra se postró a mis pies gritando de frustración y desesperación, preguntándose a sí mismo por qué. Perdió la cordura y me sostuvo en sus brazos, rogándome perdón por no haberme encontrado antes. Me abrazó por tanto tiempo que pude sentir cómo su corazón se detenía y volvía a latir, se detenía y volvía a latir.

Cuando acabó de llover, el cielo desapareció.

Entonces, tras intentar recuperarme sin éxito, viendo cómo me había transformado en una muñeca y que la negrura de mis manos ya había ascendido hasta mis codos, Cyrone resolvió llevarme a Riveria. Una vez ahí, usó su anillo para invocar la magia que transformaría mi vida.

Creó una vida para mí en medio de la desolada tierra congelada. Por su decisión me convertí en una niña. De la nada misma, se moldearon dos adultos pelirrojos creados a la perfección para simular ser reales. Ellos me acogieron y me adoptaron. Cyrone se marchó lejos.

Luego nació Nym.

Mientras crecía, Cyrone me visitaba, pero nunca hablaba conmigo. De vez en cuando veía sus ojos detrás de los pinos, sin embargo, tan pronto como se iba se desvanecía de mi memoria.

Olvidé esos cuarenta y un días, olvidé esas cuarenta y una noches. Olvidé a esos humanos que me ultrajaron hasta hacerme perder mi identidad. Olvidé al amor de mi vida.

De pronto volví al presente y lo entendí todo. Volví a aquella celda y comprendí por qué aquel hombre que me tocaba de una forma tan sucia, me hacía recordar mi pasado.

Lummina jamás murió. No se había quitado la vida con las lanzas del Empíreo como Cyrone aseguró.

No murió, porque Caelum siempre fui yo. La mujer que destruyeron y por la cual el cielo fue aniquilado.

Gyuri no era nadie. Fue tan solo una vida que Cyrone inventó para mí.

35

Mientras el agresor intentaba iniciar su asalto, el suelo comenzó a vibrar. Creí que era mi propia frustración la que sacudía el mundo, pero recordé que jamás había tenido poderes como ese. Cyrone, testigo de todo, decidió destrozar la ciudad para evitar que me tomaran otra vez.

El ruido de la piedra partiéndose en dos, tanto en el techo como en el suelo, en las paredes y más allá de ellas, junto con el estruendo de las estructuras de Dregonia, me hicieron darme cuenta de la magnitud de lo que ocurría. Como me encontraba tirada de lado en el pavimento, no lograba dimensionar el caos ni tampoco cómo el calabozo comenzaba a desmoronarse sobre mí. Ya no tenía miedo de que un pilar me aplastara. Me abrazaba al remezón como si fuera mi amigo y salvador.

El forcejeo previo con esos repugnantes depredadores había conseguido aflojar parcialmente las ataduras en mis muñecas. Tiré de la cuerda, y una vez que mis manos quedaron libres me extraje la mordaza de entre mis dientes.

Cuando el terremoto alcanzó su máxima intensidad, y una vez que ya no existía techo que me lo impidiera, miré hacia el domo de Dregonia. El calabozo no era más que un campo de escombros infinitos. El domo de árboles se veía torcido, con los hocicos de los dragonartos asomándose por los huecos e intentando agrandarlos para entrar de una vez por todas.

Tuve que voltearme para ver a los hombres que querían dañarme, atravesados por una estaca de lado a lado, con las piernas colgando. Escupían sangre por la boca, mientras sus vísceras se hacían visibles en las llagas de sus heridas. Incluso así, seguían respirando. Me sorprendía que se aferraran a la vida con tanto vigor y fuerza, aun cuando no les servía de nada. El serafín permanecía sentado y amarrado, lo que me hizo comprender que ni siquiera era parte de su voluntad el que otros árboles puntiagudos brotaran del suelo para atravesar a más de los agresores. De algún modo, Cyrone sabía cómo evitar perforarles órganos vitales, alargándoles el dolor de manera deliberada. Por el costado, los hombres salpicaban sangre. Por las piernas, la carne se les derretía en un tono bermejo. Los brazos, cortados en sus ligamentos, caían a los lados, inertes y pesados.

Mientras los hombres aullaban de dolor, me levanté y me acerqué a Cyrone. Encontré un vidrio roto de punta fina entre mis pies, lo cogí y, una vez frente al serafín, sostuve su cabello para levantar su mirada. Le quité la mordaza y presioné los dientes con la misma fuerza con la que apreté el filo del vidrio contra su cuello.

—Mi familia no existe —rugí con la voz rota.

Él me miraba seriamente, con la quijada tensa. Al no recibir respuesta, volví a amenazarlo con el filo del vidrio, como si eso pudiera servir de algo. La lluvia comenzaba a caer, filtrándose por las fisuras del domo de madera.

—Toda mi vida es una farsa; está construida en base a una mentira tuya. Ni siquiera me llamo Gyuri. ¡Tú me escondiste y me inventaste una familia falsa! —vociferé desesperada, esperando arrancarle las respuestas de alguna forma.

—Tengo razones por las que lo hice —me dijo con la voz casi afónica.

La mano me temblaba tanto que me corté la palma con el filo del vidrio.

—Eso... lo hace todavía peor —mascullé, sudando frío—. ¿Cómo ibas a encontrar una razón para matarme?

—No quería matarte, Gyuri, yo quería salvarte de ese dolor.

—Me escondiste la verdad durante todo el camino. Buscamos a mis padres cuando no eran más que un invento de tu estúpida reliquia —grité y observé su anillo. Reliquia en Riorense. Mentiras. Engaños. Él siempre tuvo esa reliquia en sus manos.

—Si te enterabas de la verdad, iba a ser demasiado doloroso para ti.

—Entonces decidiste dañarme todavía más —le dije y presioné el vidrio contra la nuez de su cuello.

Las gotas de sangre de los hombres caían a nuestro alrededor, mezclándose con la lluvia. Mi mentón temblaba y el serafín parecía incapaz de responderme; era probable que mis palabras lo hubiesen lastimado más de lo que jamás hubiera podido conseguir con el vidrio. Cuando los hombres dejaron de gritar, porque por fin murieron, lancé la pieza a un costado y desaté las manos y los pies del serafín.

Al liberarlo, lo primero que él intentó hacer fue abrazarme. En un reflejo tanto involuntario como querido, retrocedí y le dije con el tono más tajante:

—No volverás a tocarme nunca más.

Me tambaleé hacia atrás, y me dolió el alma tener que caminar cuando no encontraba motivos para hacerlo. Gracias a Catarbella, él

no intentó detenerme cuando me giré y lo dejé solo. La atmósfera se ahogó en el caos, y los dragonartos estaban demasiado concentrados en abrir aún más las aperturas del domo, por lo que me ignoraron cuando salí de la ciudadela.

Comencé a correr, adentrándome en la arboleda iluminada que titilaba y se burlaba de mí porque todavía podía brillar. Yo me desvanecía, y me preguntaba por qué mis brazos y manos no se tornaban negros. Ellos eran mi iridia, mi padre y sus graciosas sonrisas, mi madre y su aparente frialdad, que se derretía cuando me trataba como su princesa. Mi hermanito, con sus aventuras y malas ideas, que siempre acababan siendo divertidas.

Seguí corriendo. Mi cuerpo herido resentía los golpes, pero estos se sanaban a cada paso que daba. Corría y me curaba, me caía, me raspaba, me ponía de pie y mi piel cicatrizaba, se cerraba y la llaga desaparecía.

Seguí corriendo hacia el calor, como si estuviera en Riveria y las fogatas de mi hogar me atrajeran. El frío era finito, acabaría si corría con todas mis fuerzas y volvía a casa; a aquella casa triangular que todavía existía en mi corazón. ¿De qué servía? ¿De qué me era útil ese recuerdo en el pecho si jamás lo vería otra vez? Mi casa se había fragmentado, destruido, al igual que Riveria. Mis padres habían muerto, o bien habían desaparecido y ni siquiera podría ver sus cuerpos, porque jamás fueron reales.

Había corrido tanto que crucé el límite de Dregonia y me encontré en Nylem. Vi la orilla del mar, que efectivamente se revolvía y recogía, cubriéndose de olas móviles que no eran estáticas como las del mar de Nalini en Riveria.

«Ese es mi mayor sueño», me contó Nym mientras patinábamos sobre el mar congelado. «Dicen que aquí abajo habita una serpiente marina gigante. Quiero conocerla.»

«¿Tu sueño es meterte a nadar en este mar para que te coma la serpiente?», le pregunté, sin evitar reírme. Le tomé la mano y el calor que irradiaba era maravilloso, un contraste encantador con la frialdad de las mías. Mis manos eran pequeñas, pero al sostener la suya me sentía grande, importante.

«Solo quiero conocer el mar. Mami dice que es inmenso.»

«Estamos en el mar, cieguito.»

«El verdadero mar, el de la superficie, ese que está caliente.» Sonrió y me mostró su dentadura incompleta. El día anterior se le había caído uno de sus primeros dientes.

Regresé del recuerdo, caminé por la orilla y me mojé los pies; el agua estaba congelada. En la superficie tampoco había nada que lo pudiera calentar, el mar estaba helado.

Me pregunté cómo sería mi vida a partir de ese momento. Tenía miedo. Grité de impotencia y recogí el agua salada para lavarme los brazos, para limpiarme las piernas, para salvar mi alma. Pero la suciedad no se desprendía, estaba ahí tatuada en mi piel. Sentía que me recorrían insectos bajo la dermis y volví a gritar. Chapoteé en el agua hasta que el mar se recogió y me abandonó. Cuando la ola me dejó atrás, corrí hacia el mar otra vez. En vez de quedarme parada, avancé hasta que el agua me cubrió por completo.

En el instante en que razoné sobre lo que estaba haciendo ya estaba hundida en el agua, aleteando para asomar la cabeza y respirar. Pronto me cansó la mera idea de luchar, así que me dejé

caer en las profundidades del océano. Cerré los ojos y por fin hubo paz en mi corazón.

Deseaba que el mar me limpiara el alma, o me la quitara. Qué más daba.

En las entrañas de la tierra dormía el fuego eterno,
oculto, latente, aguardando su destino.
Mas el cielo, en un suspiro, robó su íntima esencia.
De aquella unión el sol fue for jado,
hi jo de las alturas y el abismo.





ACTO III

Catarbella

1

Gyuri aún llevaba el brazalete de flores. Reverberaba a través de mi piel cuando encarnaba los pétalos de la campanilla.

Al cerrar los ojos, la encontré. Ella estaba en el mar, aunque nunca había aprendido a nadar.

Cuando llegué a Nylem desde el bosque costero, observé a lo lejos a Faraine, la serafina del mar, trayendo a Gyuri de vuelta a la orilla. Después de que la depositó sobre la arena, pude ver que el agua salada le había robado el oxígeno, la vida y el color. Su piel era tan pálida que su rostro contrastaba con el cobalto que teñía sus labios. Un cadáver, así lucía otra vez. Y todo por *mi culpa*.

Siempre quise protegerla, salvarla del sufrimiento, pero mi mera presencia en su vida solo la empujaba hacia la destrucción.

Ah. La culpa era el sentimiento más inútil, doloroso y agobiante. La ira desataba el caos; con la felicidad florecían la belleza y el arte, y la tristeza nutría cualquier terreno baldío. En su lugar, la culpa solo nos llevaba, como serafines, a atacarnos a nosotros mismos.

Mierda, no, otra vez no, pensé cuando las raíces espinosas brotaron del suelo y se aferraron a mis pantorrillas. Las puntas se enterraron en mi piel mientras las raíces tiraban de mí hasta enterrarme un poco más arriba de los talones. Con cada uno de mis intentos de liberación, su fuerza aumentaba.

Me mordí el labio para contener un jadeo de dolor cuando la tierra me llegó hasta la cadera. Con un rápido movimiento extraje la daga

que siempre llevaba conmigo, enterré mi mano y corté los sarmientos, partiéndolos en dos y liberándolos de mi piel.

Mi cuerpo ya no era terreno para el dolor. No más.

Me adelanté hacia Faraine, quien no esperaba reencontrarse conmigo tan pronto, como lo demostraron sus enormes ojos de crisálida oscura al abrirse al verme de pie. Hubiera prestado más atención a la sorpresa de mi hermana si no hubiera estado tan absorto en la imagen de Gyuri, quien tosía y fruncía el ceño seguramente debido a la sensación de quemazón por haberse ahogado.

—Deberías irte. Yo me ocuparé de ella —susurró Faraine al leer la preocupación en mi rostro—. No creo que desee verte cuando se recupere.

Faraine lo sabía todo y también sospechaba el motivo por el cual Gyuri se había lanzado al mar.

Asentí atónito y me giré. Sin embargo, a pesar de darle la espalda, la imagen de mi amada en agonía permaneció grabada en mi mente.

Me dirigí lentamente hacia la choza de Nylem, aquella casa abandonada a la que siempre regresaba para descansar durante mis rutas.

No. No debía sentir culpa. No tenía razón para ello. La congoja de Gyuri me dolía tanto que sentía que podía desangrarme por sus heridas, en efecto, pero todo lo que había hecho —las mentiras, los engaños— tenía su razón de ser.

Aunque lo sabía, el dolor persistía. Por más que me convenciera, el reproche aún me perseguía.

Las emociones eran abrumadoras e incontenibles, y mis flores negras no podrían brotar en aquella arena. Por eso, al llegar a la

choza tomé papel y me senté en un escritorio.

Hace tiempo que no tocaba una pluma ni la remojaba en tinta para desahogarme. No había sentido la necesidad de hacerlo. Espero que sepas, o al menos hayas intuido, que mi mayor fortaleza radica en controlar mis emociones. Probablemente ni siquiera lo hayas sospechado, porque eres la única que me ha visto vulnerable en este mundo. Permíteme explicarte. Si eres un serafín, solo puedes sobrevivir si no sientes.

¿Te has dado cuenta de que para un inmortal es infinitas veces más fácil morir que para un mortal? No me refiero a la muerte que acaba con tu existencia, la cual no nos afecta, sino a esa muerte que permanece, que dura una eternidad. La pérdida de la iridia.

Lo que más me repugnaba de los humanos era su capacidad de cortar lazos con sus seres más amados y aun así seguir viviendo, incluso sentirse liberados. Me parecía mundano, vil. Y, sin embargo, era también la razón de mi mayor envidia.

Ya debes haber recuperado tu memoria, aquel martirio y el por qué hubo cuarenta y un días y cuarenta y un noches sin que la lluvia cesara; sin embargo, no tienes idea de lo que ocurrió antes de eso. Por tanto, déjame contártelo todo.

En el mundo anterior a Melcior, cuando yo todavía era un querubín luchando por la aceptación de su madre serafina, creía firmemente en todo lo que me habían enseñado sobre mí mismo: que era un inútil, que debía desaparecer y morir. Había otra creencia, ridícula e inverosímil para muchos, pero que yo aceptaba como una verdad irrefutable. Se decía que las criaturas celestiales varones, incapaces de crear vida, tampoco teníamos nada dentro. Nos acusaban de no tener corazón; éramos abismos sin fondo.

Creo que fui el primero en demostrar lo contrario. Ponme atención.

Desde que era un querubín, te observaba siendo la trono más talentosa, hermosa y encantadora que jamás hubiera existido. Al verte en cualquier lugar, con tus rizos tan claros que parecían la luz misma ondeando al viento, sentía el pecho agitado. Descubrir que siempre había tenido un corazón resultó aterrador para mí.

Amarte mientras crecía, y mientras me congelaba en el tiempo, fue aterrador.

No porque fueras mala. Lummina, eras el ser más grácil y bondadoso del mundo. Tu sonrisa era una cura para la maldad, un camino a seguir cuando uno estaba perdido. Eras una utopía hecha criatura, y desearía tener más palabras para describirte. No pretendo halagarte, solo describo la realidad tal como era. Para mí, tu belleza y magnificencia eran dolorosas porque estabas enamorada de alguien más, alguien a quien no resultaría extraño amar. Por supuesto, te enamoraste de una mujer casi tan hermosa como tú; de la serafina del aire, Nylena.

Tú la amabas y ella te amaba a ti. ¿Cómo no iba a hacerlo? Quererte, admirarte y desearte resultaba fácil. Lo difícil era lo contrario: arrancarte del corazón.

Eras mi iridia, y aquella estupidez la compartía con Nylena. La iridia de Nylena has sido y sigues siendo tú. En cambio, tú eras inteligente; no considerabas iridia a nadie, ni siquiera a la serafina del aire a la que tanto amabas. Tu iridia era el mundo de Lorelai, el que existía antes de Melcior. Los seres, las criaturas, los humanos e incluso los monstruos; todo aquello daba sentido a tu vida. Amabas a Lorelai y a las cuatro serafinas de entonces: la del aire, Nylena; la de la tierra, Calyssa; la del mar, Alba; y a tu madre, por sobre todo, Lydia, la serafina del cielo.

Por eso, cuando estalló la guerra de los serafines moriste en vida. La primera en caer fue mi madre, Calyssa, ante Alba, y Alba cayó frente a la fuerza de Lydia. Nylena jamás hubiera podido vencer a Lydia, pero tú amabas tanto a la serafina del aire que tu madre decidió sacrificarse para entregártela. No puedo decir que Nylena entonces no te amara, porque creó a Melcior a imagen y semejanza de Lorelai por ti. Fue un regalo adorable, digno de ti; pero Melcior tenía defectos, estaba roto, pues los humanos eran gobernados por los deseos ocultos y perversos de su corazón.

Junto con esa maldad intrínseca de este mundo defectuoso, Nylena abusó de su nuevo poder sobre ti. Las diosas pueden controlar a los serafines como les plazca, y al ver que te le escapabas de las manos, como el nono escurridizo que eres, te controlaba. Te sometía, te maltrataba, porque se había obsesionado contigo y su amor por ti estaba contaminado por completo.

Fue entonces cuando tú, Lummina, resolviste escapar de Nylena para convertirte en una humana. Añorabas curar el corazón de la humanidad

infiltrándote entre ellos, para enseñarles cómo solían ser en Lorelai. En aquel momento me encontraste escabullido entre las aldeas, huyendo, como siempre, del desprecio de las serafinas. Ahí me continuaste enseñando a amar incluso a esta nueva humanidad. Juntos le proporcionábamos a las personas comida, salud y bienestar.

Quizá fue por eso, o tal vez fue el que te haya ayudado y ocultado de Nylena, lo que hizo que te enamoraras de mí.

Escribir eso me tomó tanto tiempo que no me di cuenta del momento en que Faraine había regresado. Absorbido en el escritorio, sentí unas manos rodeando mi cuello y un mentón apoyándose en mi hombro. Por lo pegajosos que estaban sus dedos, supe de inmediato que era ella.

—Hueles a tierra húmeda como siempre. Ay, cómo te extrañé, sonrisitas —me dijo ella. Suspiré, hastiado por el contacto físico, pero de todas maneras le acaricié el antebrazo. Al rozarla me di cuenta de que su piel se había secado y tornado áspera como las escamas de un pescado.

Me alejé de ella y la miré.

—Uy, no, no. No me arrugues la cara a mí —exclamó—. No me separé de ella hasta que se sanó. ¡Ella quería tiempo a solas así que vine a verte!

Se refería a Gyuri, pero yo me refería a sus muñecas. Tomé su antebrazo y le señalé las marcas.

—Mira esto, te estás secando —le recriminé, pues su piel se había tornado rugosa desde que había salido del mar—. Si no vuelves a Riorense ahora mismo, te vas a convertir en un mandrión asado.

—Bueno, por lo menos seguiré viva —me respondió, arrebatándome su brazo—. Deberías agradecerme porque detuve el

maremoto que provocaste. No solo eso, saqué a Lummina del mar antes de que se perdiera para siempre. —Suspiró con dramatismo—. Los serafines del mar estamos infravalorados. Como nos aíslan al fondo del océano, no se preocupan por nosotros.

Me volví a apoyar en el escritorio, con la mano sosteniéndome la cabeza. Había sido un día demasiado largo, después de aquel terremoto que destruyó gran parte de Dregonia, mi amada ciudad.

—Estás escribiendo —señaló Faraine, asomándose por mi lado—. Solo escribes cuando estás destrozado.

No la miré ni le respondí nada, por lo que ella suspiró.

—¿Cómo está ella? —le pregunté con resquemor.

No estaba viendo su cara, pero sabía que me miraba con tristeza.

—Lumié no quiere hablar, está posada en una roca mirando el mar. Podría ser que está procesando toda la información, pero... por lo menos, creo que nos odia a todos, no solo a ti.

Resoplé, aunque no me causaba gracia alguna.

—Eso es un alivio.

—Oye, ella tiene buenas razones para enojarse contigo —me dijo la serafina, sentándose en la mesa del escritorio con las piernas colgando—. ¿Cruzar Melcior sin decirle que no hay nadie a quien buscar? ¿Que su familia fue inventada por el anillo que tienes en tu dedo? Vaya...

—Pretendía devolverle a sus padres y a su hermano.

—Y no lo hiciste por mí. Querías mi consentimiento, porque si no, no la hubieras arrastrado al este mintiéndole.

—Pues sí, ¿preferías que hiciera desaparecer toda tu vida sin avisarte?

El anillo en mi dedo solo podía usarse una vez por cada siglo. En Milersar, lo utilicé para crear una familia para Gyuri y otra para Faraine. Pero si pretendía usarlo en Cornelius, todos los seres creados en el siglo anterior desaparecerían, siendo imposible recuperarlos con todos sus recuerdos y personalidades. No podía hacerle eso a Faraine, por eso no creé la familia de Gyuri en el mismo momento en que los perdimos.

—Me conmueve. Sí que sí, pero no hubiera sido para tanto. Mi vida se acabó cuando Nylena encerró a Comartus en el mar de Riveria —espetó Faraine, bajándose del escritorio.

Faraine nunca había podido convivir en el mar con humanos, por razones obvias. Cuando el amor de su vida, Comartus, una gigantesca criatura marina, fue exiliado al fondo del mar de Nalini en Riveria, decidí brindarle la oportunidad a mi hermana menor de convivir con una aldea de humanos bajo el agua.

—Como si esos humanos que creé para ti no te importaran en lo absoluto.

—Claro que me importan, son graciosos y dulces, son mi gente, pero son falsos. Son muñecos que actúan como si pensaran por sí mismos, como si me quisieran de verdad, pero no lo hacen. Siempre lo he sabido. Lumié pensaba que su familia era real; eso sí que es jodido, Cyrone.

—No le llames Lumié. Su nombre es Gyuri —la corregí con un sabor amargo en la boca.

Me giré para contemplarla y percibí su piel azul agrietada por la sequedad, sus ojos celestes abatidos. Faraine adoraba a Lummina; nos miraba como si ambos la hubiéramos adoptado cuando era una

querubina. Haberla perdido fue otra razón por la que decidí crearle una aldea bajo el mar.

—Gyuri... Gyuuuu-ri. Y ¿quién le ha puesto ese nombre? —preguntó ella.

—No lo sé, Faraine, habrán sido sus padres. —Faraine se cruzó de brazos y bufó—. Bueno, los muñecos de sus padres. ¿Qué quieres? ¿Torturarme por haber hecho eso? No se me ocurrió nada mejor. ¿Qué haces con un inmortal al que se le ha destrozado la mente y que está obligado a seguir viviendo?

—Matarlo, ¿no es evidente? —Faraine dejó tras de sí un silencio difícil de asimilar—. La muerte es un regalo para un inmortal que sufre. Lummina ya no poseía ni un ápice de iridia, podrías haberle puesto fin a su existencia con las lanzas del Empíreo.

No pude responderle ni una palabra.

—Y quizá tú lo veas como un acto de amor, Cyrone, pero está jodido. Está realmente jodido.

Evité mirarla, y en su lugar dirigí la mirada hacia el techo, permitiendo que la capucha se me cayera.

—Tengo que ir a buscar a Rydel —murmuré después de un momento.

Faraine levantó la vista hacia mí, recuperando el brillo en los ojos.

—¿El querubín de Neblina? —resopló—. Oh, sonrisitas, ¿acaso te ves reflejado en ese querubín o por qué te importa tanto?

—Debo ir a buscarlo y visitar el orfanato de Delfina. —Me detuve para tomar un respiro—. Debo comprobar que están bien después del terremoto y despedirme de ellos.

—¿Despedirte de ellos?

—Así es. Ahora que estamos los cuatro regresaremos a casa, no tenemos otra opción.

—¿Te has golpeado en la cabeza? ¿En serio quieres que volvamos a Catarbella? ¡¿Tú?! ¡¿El que siempre ha evadido volver?!

—Mira a tu alrededor, Faraine, el mundo va a perecer pronto si no lo cuidamos desde el cielo. Ya de por sí he asesinado a mucha gente con el terremoto que provoqué.

Y aunque fuéramos cuatro serafines, sin el poder divino éramos incapaces de proteger a todas las criaturas del mundo. Con eso en mente, debía asumir regresar a Catarbella, despertar a Nylena y enfrentar el pasado que con tanto ímpetu traté de borrar.

2

En Nylem el calor era intenso y se colaba por debajo de la piel de forma implacable. Lo bueno era que la orilla del mar quedaba a unos pasos de la casa abandonada que habíamos ocupado, lo que nos regulaba la temperatura. Me quedé de pie en el umbral de Riorense, la ciudad submarina, sin dar un paso más para entrar. Al levantar la vista hacia la infinita niebla, Catarbella flotaba y se observaba tan imponente que parecía estar a punto de derrumbarse encima de nosotros.

No había tierra que manipular en la playa, solo arena endeble y fina. Tan negra que cuando la espuma del mar traía seres microscópicos del océano, dejaba un par de ellos repartidos sobre ella. La arena brillaba como si sus diminutas partículas fueran joyas fluorescentes. Aunque el escenario era hermoso, la imagen de Gyuri posada en una roca de la orilla observando Catarbella agazapada, tenía toda mi atención.

—Catarbella no colapsará, ha estado flotando ahí desde el inicio de los tiempos —le dije y se giró hacia mí.

Su ira era evidente, no necesitaba fruncir las cejas para demostrármela; todo se revelaba en aquellos ojos oscuros. Siempre me había encantado verme reflejado en sus pupilas, porque la imagen que veía en ellas no era yo sino una versión diferente de mí, brillante y alegre, un retrato de mí mismo que no podía ver en

ningún otro espejo. Aunque ahora, por la forma en que me miraba, me reflejaba como un auténtico monstruo.

—Entonces, aclárame una cosa. Si no me puedo ahogar como escape final, entonces ¿solo me queda buscar desesperadamente un motivo para continuar? ¿Incluso si mi existencia es una mentira? —Sus palabras retumbaron en mi pecho como truenos cargados de angustia—. Si yo fui Lummina, eso quiere decir que soy la madre de tu hijo. ¿Ese niño todavía existe? Dime que aún respira... Por la maldita diosa Nylena, por lo menos eso dame, te lo ruego.

Con el eco de mis propias penas, sacudí la cabeza en negación. Vi cómo se le desvanecía la mirada, como si perdiera el enfoque de todo cuanto la rodeaba.

—¿Cómo murió? ¿Cómo era él? ¿Cuál era su nombre? —me preguntó luego.

—Él... —Tragué saliva, porque todo el tiempo me había impedido traerlo de vuelta a mi memoria—. Era como tú. Tenía el cabello blanco y los ojos como dos aceitunas negras. Su nombre era Nymmer.

Recordé cómo el bosquejo que Gyuri había extraído de la oficina de Xylo me había llenado de ilusiones. La vaga sensación, la traicionera esperanza de que nuestro hijo pudiera estar vivo realmente, me hizo perder la cordura. Me dirigí hacia la librería de Crod sin control; cometí tantos errores que nos condujeron directo al calabozo de la Guardia, lo que culminó en ese presente fatídico que me parecía, al menos, inevitable.

—¿Nymmer? Nym... Espera un momento —susurró Gyuri tras reflexionar.

—Ese niño, Nym, por supuesto que lo creé teniendo a nuestro hijo en mente. Lo siento.

—Mierda, Cyrone. —Gyuri se hizo un ovillo en la piedra—. ¿Quién lo mató?

Un suspiro escapó de mis labios mientras la contemplaba en silencio, como si cada inhalación llevara consigo el peso de su dolor.

—La diosa Nylena —le dije.

Gyuri alzó la cabeza con un esfuerzo notable y, finalmente, me concedió su mirada. Sus ojos giraron despacio hacia mí, revelando un torbellino de dolor y sorpresa que parecía consumirla desde adentro.

—¿La diosa...? ¿Por... por qué haría eso?

No podía abrumarla con toda esa información, al menos no en ese momento.

—Hay una nueva entrada en tu libro —le advertí—. Solo tienes que entrar a casa y leerlo. Faraine lo tiene...

—Oh, Cyrone, ni siquiera sé por qué me fiaría de tu palabra. ¿Cómo puedo estar segura de que todo lo que me dices y lo que plasmas en ese libro es la verdad?

—Te aseguro que me he cansado de mentirte.

—Es bueno saberlo. —Volvió a darme la espalda con un gesto de desdén.

Negué con la cabeza y la marea subió hasta cubrirme los pies. El frío caló hondo en mi piel.

—Lo siento tanto, Gyuri —murmuré con pesar, pero mis palabras se perdieron en el tumulto de la tormenta que parecía reflejar el caos dentro de ella. El estruendo de los relámpagos ahogó el sonido de mi voz, dejando en claro que Gyuri no tenía intención de

escucharme. En ese instante comprendí que no era nadie para obligarla a hacerlo.

Anthoperatus descendió aleteando desde lo más alto de la bruma y su presencia, incluso siendo un dregonilio de tamaño normal, formó un viento tan fuerte que tuve que entrecerrar los ojos para verlo aterrizar. Se acercó a mí con la cabeza gacha y tambaleante, como un perro avergonzado y demasiado alegre a la vez de ver a su amo. Posé la mano en su hocico, pues si bien él no era un perro y yo no era un humano, teníamos una conexión similar a esa.

—Hola, Anthos —lo saludé, y él botó aire caliente por su nariz.

—Haaa... laaa... laaa... —trató de decir en la lengua común de Melcior. Le sonreí, pues, a pesar de la pesadumbre que me afligía, siempre me alegraba verlo.

—Hola. Es hola, así, corto.

—Holo. —El animal se acarició la coronilla con mi hombro.

Me sentí satisfecho; enseñarle el lenguaje humano a ese dregonilio no había sido fácil, pero tenía la expectativa de comunicarme con él algún día como lo hacía con Flye. Lo calmé y detuve su cabeza para que me mirara.

—Anthos, necesito que regresemos a Dregonia por última vez.

Aunque al reptil le costaba hablar por la forma de su mandíbula, sabía entender perfectamente lo que yo decía. Acto seguido, el animal gruñó y bajó la cabeza para permitirme montar su lomo.

Al despegar y juntarnos con la niebla, cerré los ojos con serenidad pues él sabía hacia dónde íbamos.

Aterrizar en Dregonia nunca había sido fácil, siempre lidiaba con alguna magulladura en el cuerpo tras amortiguar mi caída con los árboles, y cuando de plano aterrizaba de pie como un gato, casi

siempre mis rodillas se rompían y podían tardar hasta una hora en curarse. Esa vez, como muchas otras, logré caer en el agua y evitarme el dolor de la tierra.

Salí del estaque apesadumbrado por la picazón y encontré un bote abandonado, abollado por todas partes, al igual que todo lo que mis ojos alcanzaban a ver en la superficie de Dregonia. Todo estaba roto, porque no fui capaz de prever que arremetería con un sismo tan mortífero. Expandí un tronco para tapar el agujero del bote y emprendí viaje a través de Dregonia. Aunque traté de evadir el caos a mi alrededor, no reconocía la ciudad que tanto me había costado erigir.

Todos lloraban la pérdida de alguien; lucían asustados, como si la tierra fuera a trepidar de nuevo en cualquier momento. Me hubiera gustado jurarles que no sería así, pero no me habrían creído.

Entre los destrozos y las secuelas del remezón, el agua se había tornado más turbia. Seguramente a causa de la tierra y la sangre. El agua no volvía al cielo, no regresaba limpia y pura. Nunca había podido evitar su deterioro ni acercarme a las cualidades de Lummina, ver el sufrimiento de quienes padecieron enfermedades y deshidratación hizo que mi sonrisa tuviera muchos más inconvenientes a la hora de salir.

Si tan solo pudiera llorar y limpiarme por dentro, tal vez habría encontrado un modo de purificar el río de Dregonia; tal vez habría podido sonreír más seguido.

Llegué al islote de Delfina y un terror inmenso se apoderó de mí. No podía soportar la idea de enterarme de la muerte de uno de los niños. Conocía la sonoridad de cada nombre con sus voces. Me aterraba la idea de no volver a escucharlos nunca más. Brodt, Colyn,

Goldin, Polett, Drayen, Glorie, Sophie, Falyn, Dolce, Rydel, Jaci, Marie, Marguet... Levanté la mirada cuando la puerta se abrió y vi a Aeris asomarse lentamente. Ella sonrió y en su hombro apareció mi amigo anfibio. Su presencia me ayudó a pensar que no me desmoronaría ante la primera noticia.

—¡Nieblas infinitas! ¡Sir Cyrone! ¡Creí que no lo volvería a ver!

—¿Acaso creíste que moriría? ¿Te lo tengo que recordar? —le pregunté tratando de mantener la compostura, aunque sentía que el puño me vibraba como la cola de una serpiente cascabel.

—Que usted es inmortal, lo tengo claro. Pero creí que regresaría a Catarbella sin despedirse de su animal celestial.

Asentí y le permití subir a mi hombro. Luego, miré a Aeris con seriedad y ella se me acercó con paso paciente; podía percibir su miedo, y no la culpaba.

—No te expliques, también vi a Gyuri comunicarse con la ranita. Flye, ¿no? Me hubiera gustado contar con sus poderes para entender también lo que me ha dicho estos días.

Le ofrecí lo que pude de mi sonrisa, sabiendo que aún no se había formado lo suficiente como para que ella la notara.

—Aeris. ¿Alguien ha muerto con el terremoto? —me atreví a preguntar, ignorando como siempre lo difícil que me resultaba pronunciar esas palabras.

Pero sentí un alivio inmenso cuando la muchacha negó con la cabeza sin perder la sonrisa.

—El árbol de afuera evitó que los troncos del domo nos aplastaran. La casa resistió bien. Hemos sido muy afortunados.

Respiré profundo, como si hubiera estado conteniendo el aliento durante mucho tiempo.

—Entonces ¿por qué tienes esos ojos melancólicos?

—Bueno, Cyrone... De seguro te lo esperabas, pero todos saben que eres un indecible. —La miré sin pestañear y ella asintió—. Incluso los niños.

—Era cuestión de tiempo.

Miré al suelo y, sin querer, observé mis palmas; estaba casi seguro de ver la sangre escurriendo entre mis dedos, aunque no había nada que lo justificara. Sabía que cuando ascendiéramos a Catarbella las posibilidades de que se desatara la guerra entre los cuatro serafines eran enormes. Con ese enfrentamiento, sin duda, Melcior colapsaría y toda la gente y ser vivo que la poblaba moriría.

—Sé lo que piensa, sir Cyrone. Es como si habitara en su cabeza —me susurró Flye—. Por lo menos, no tiene que preocuparse por mí. Estaré feliz de reunirme con mi familia.

Mis labios temblaron y volví a mirar a Aeris, quien no había escuchado lo que dijo el anfibio.

—Si pudiera verlos una última vez...

—¿Te vas a alguna parte? —me preguntó ella y yo asentí. Avanzó a zancadas y me abrazó. Esa forma única de Aeris de expresar cariño me recordaba a Faraine. El afecto que sentía por ambas era similar.

Sin lazos superfluos de sangre, para mí, eran mi familia.

Aeris me permitió entrar al orfanato, donde encontré a los niños acostados en la alfombra del salón. Me acerqué a ellos y supe que me tenían miedo.

Aun cuando sabía el efecto contrario que podría provocar, me bajé la capucha y me senté donde Gyuri solía leerles cuentos. Algunos abrieron la boca de la impresión al verme los cuernos, otros miraron

hacia otra parte. Brodt se adelantó a tocármelos. Yo me dejé. De cualquier modo, ellos merecían saciar su curiosidad.

—¿Eres hijo de una unión extraña entre torinos y humanos? —preguntó Brodt con sorpresa, mientras Aeris apenas podía contener la risa. Detrás de ella, bajo el marco de la puerta, se asomó Delfina, quien me miró con una mueca familiar, manteniendo las manos tomadas tras su espalda.

—No exactamente —me negué y le pedí que volviera a sentarse—, aunque sería gracioso, ¿no lo crees? Que mi madre fuera una torina. Pero si fuera así, debería caminar en cuatro patas, o tener un hocico largo y piel rayada.

—¿Entonces? —me preguntó el niño.

—¿Ustedes saben lo que es Catarbella?

Algunos respondieron de manera afirmativa, mientras que otros solo asintieron con la cabeza.

—Es el paraíso y está arriba, visible para todos nosotros. Ahora bien, ¿dónde creen que se encuentra el inframundo?

—¡Pues, bajo tierra! —gritó Colyn, obviando su tono.

—Claro que no. Abajo de la tierra solo hay un sinfín de fuego ardiente. Nada más —declaré con firmeza—. No me mires así, Colyn. Cava por años y lo vas a comprobar. El inframundo es este, muchachos. Aquí es donde la maldad de verdad existe. Por eso tengo cuernos y, en cambio, en Catarbella tengo alas.

—¿Maldad? —Brodt tembló.

—Pues sí, maldad. O, bueno, eso es lo que creía yo antes de bajar aquí y conocerlos a ustedes.

—¿Bajar? —preguntó el niño anonadado—. ¿Qué?, ¿vives en Catarbella?

Cuando les dije que sí, la mayoría dejó escapar sonidos de sorpresa. Lo maravilloso de hablar con niños es que no necesitan mayores explicaciones. Por el contrario, asumen que no podemos mentirles, que les decimos la verdad, que lo hemos visto todo.

—¿Eso quiere decir que conoces a los serafines de la naturaleza? —me preguntó Drayen, uno de los niños más pequeños.

—Sí, los conozco —le contesté y todos volvieron a soltar exclamaciones de sorpresa, llenando el aire con una sinfonía de asombro—. Demasiado bien, me atrevo a decir.

—Vaya... ¿conoces a Caelum? ¿El serafín del cielo?

—Chicos, los serafines no son hombres. Son chicas, Caelum es una mujer preciosa, y no cualquier mujer, sino que es mi esposa.

—¿Eres esposo de una serafina? ¡Increíble! —gritó Brodt.

—¿Es en serio? ¿Cómo es Hilaris? —preguntó Glorie, emocionada —. ¡Vieron! ¡Ustedes los chicos no tienen nuestro poder!

—Hilaris es una serafina de piel cian. Tiene aletas como orejas, ojos celestes y cuernos curvos. Ella solo puede estar bajo el mar, de lo contrario su piel se torna en escamas secas y rugosas que le impiden moverse —le expliqué.

—¿Qué hay de Aestus? —preguntó Jaci, alzando la mano.

—¿La serafina del aire? Pues... no me llevo del todo bien con ella. Es una mujer muy alta, diría que es de mi estatura. Tiene los ojos amarillos como los de una serpiente, y su personalidad es igual de venenosa.

—¿Córtex también es una chica? ¡Qué decepción! —gritó Brodt y las niñas lo miraron con indignación.

—Para la decepción de las niñas, Córtex sí es un hombre. —Sonreí.

—¿Es guapo? —preguntó Marie, con el rubor en su pequeño rostro.

—Muy guapo, por supuesto. Pero, niños, aunque quisiera contarles todo sobre el grande y poderoso Córtex, debo marcharme.

Glorie comenzó a sollozar, se puso de pie y corrió hacia mí, escondiendo el rostro en mi hombro. Jaci se puso de pie también, y con su característica timidez, susurró:

—Entonces vives en Catarbella, ¿así que tienes que volver?

—Así es —le respondí, acariciando el cabello de Glorie, que lloraba con vasto ruido.

—¿Quién nos enseñará con la lanza, entonces? —preguntó Colyn, a quien se le comenzó a contagiar el llanto de Glorie.

—¿Quién más? Pues, Polett, si no ¿quién? Él es el más capacitado para enseñarles. De hecho, diría que es incluso mejor con otras armas de lo que soy yo —reconocí, recibiendo el abrazo de otro niño, pero sin querer busqué la cabecita de cabello negro de Polett y no la encontré.

—Pero Polett se ha ido junto a Rydel —protestó Colyn.

—¿Se han ido? ¿A dónde? —percibí cómo la sangre de mis venas corría más rápido al adelantarme a los hechos.

—No nos lo han dicho, solo se han ido. Hace mucho tiempo, muchas semanas —trató de explicar Colyn, y observé a Aeris y a Delfina mirándome. La primera estaba de brazos cruzados y la segunda negaba con la cabeza.

Probablemente habían escapado tiempo antes del terremoto.

Glorie me tiró de la camisa para captar mi atención y me preguntó:

—¿Gyuri también se irá a Catarbella? ¿Ella vendrá a despedirse de nosotros? —La pequeña insistió, tirando de mi prenda con la esperanza de que le respondiera, pero yo me quedé congelado por la información.

Más tarde nos encontramos en el centro del mismo salón, que ahora lucía mucho más grande después de que los niños se fueran. No fue difícil convencerlos de que los visitaría de vez en cuando desde Catarbella. Si les hubiera dicho la verdad, habría sido imposible irme del orfanato entre llantos y ruegos. Tras mi desgraciada mentira Delfina les ordenó a todos que se prepararan para dormir, y yo ignoré por completo mi aflicción al verlos desaparecer tras el umbral. Podía controlar mis emociones, pues al menos estaban sanos y salvos.

Todos ellos, menos dos.

—¿Cuándo se han ido? ¿Por qué? —les pregunté a Delfina y a Aeris, quienes, tras compartir una mirada cómplice, se desplazaron por el salón y se sentaron frente a mí.

Delfina me explicó que cuando Gyuri huyó, Rydel y Polett también escaparon de Dregonia para evitar ser acusados por la Guardia de encubrirla. Mientras lo decía noté que Aeris rompía en un llanto sutil. Me quedé en silencio tan solo un instante.

—Se marcharon con un torinero, los vi escabullirse en una de las carrozas justo antes de que arrancara a toda velocidad hacia la salida de Dregonia tras el incendio provocado por Gyuri. Creo... espero que hayan logrado evadir los dragonartos — añadió Delfina.

Los torineros conducían a gran velocidad, camuflados por carruajes de tela azul marino que resultaban invisibles en la oscuridad. Además, llevaban enormes cargas de hierba cartina en

los carros; hojas que desprendían un hedor insoportable para los reptiles.

—Huyeron de Dregonia... —repetí y ella asintió.

—Pero no luces aliviado, Cyrone —susurró con inquietud.

—Ellos... están... —No me atreví a completar la oración. No quería reconocerles que los niños estaban en peligro allá afuera, que Neblina ya los debía estar buscando, y que al verlos mataría a Rydel sin dudar. Probablemente Polett no correría mejor suerte.

—Están ¿qué? —balbuceó Aeris.

Retrocedí instintivamente en el mismo momento en que la puerta de entrada se abrió de golpe a mis espaldas.

En mi siguiente respiro, la hoz curvada de una lanza me estaba rodeando el cuello. El filo presionaba con firmeza, amenazando con cercenar mi garganta si me atrevía a moverme. Con cautela, desvié los ojos para encontrarme con Evren de pie a mi lado, sosteniendo la vara y mirándome con intensidad.

—Maldito indecible, cómo es que te has colado a este lugar. —Masculló algo difícil de entender mientras presionaba el filo contra mi piel, como si yo hubiera hecho o dicho algo para importunarlo.

—¡Evren! ¡No hagas...!

—Ya te lo dije, Aeris. No me importan tus sentimientos por este ser despreciable. Te advertí que si él aparecía, lo haría sufrir, aunque me ruegues que lo deje.

Como imaginaba que si me degollaba quienes sufrirían más serían Delfina y Aeris al presenciarlo todo, alcé las manos en signo de inocencia y sumisión.

—Me iré. Me iré lejos, ya me he despedido de los niños. No volveré a molestar, Evren. No volveré a Dregonia —prometí con la

voz más suave que podía ofrecer.

—¡Cállate! Tu palabra es malicia, tu palabra es una condena para los humanos, cállate. —El muchacho me amenazaba, sus manos temblaban, su rostro sudaba y la voz se le desgarraba. Me tenía mucho más miedo del que yo jamás le tendría a él.

—Bueno, sí, como tú digas, Evren, pero si me cortas el cuello seré un gran estorbo. Tendrás un cuerpo parecido a un cadáver y tendrás que limpiar mucha sangre, y aun así la herida se me sanará y volveré a despertar —le advertí sin malicia, pero a él le saltó el ojo de la ira.

No era capaz de articular palabra, pero tampoco me liberaba de su amenaza infantil.

—Déjame ir y terminamos con esto. Estás asustando a Aeris —le advertí, observándola de reojo mientras se ahogaba en sus propias lágrimas y se sobresaltaba del llanto.

Al presenciar la reacción de su hermana, Evren obedeció y apartó la lanza de mi cuello. Suspiré aliviado y caminé hacia la salida, sintiendo cierta incomodidad por no poder despedirme de forma adecuada de ellas, pero resignado como siempre.

—Vete antes de que cambie de opinión —me susurró, y yo le sonreí.

No fue una sonrisa de desdén ni de triunfo; sinceramente me alegró ver a Evren defendiendo a su hermana. Había crecido mucho durante esos años, y eso, a pesar de las circunstancias, no siempre es malo.

Les dediqué una mirada a las mujeres que me acogieron en su familia durante varios años y, con una gratitud silenciosa, me retiré por la puerta.

3

Cuando dejé atrás Dregonia pasé desapercibido; era como si nunca hubiera vivido allí en lo absoluto. Todos estaban ocupados con sus propias preocupaciones, empecinados en reconstruir lo que quedaba de sus hogares y en levantar los escombros. Flye me contó lo que había pasado desde que lo dejé en manos de Aeris. Me describió lo encantadora que era esa chica, lo graciosa que le pareció al intentar hablarle como si él fuera un bebé. Lo escuché atento, aunque quería pedirle que se callara, quería empezar a olvidarla de una vez por todas. Quería olvidar que alguna vez viví como un humano entre ellos, aceptar de nuevo la realidad y volver a ser una marioneta en manos de Nylena. Era mi único destino.

En un momento, mientras caminábamos por las zonas limítrofes entre Dregonia y Dendroría, repasando el sendero que cruzamos en grupo hace algún tiempo, le confesé a Flye mi pecado.

—Entonces... necesito entenderlo mejor, déjeme repasarlo. La señorita Gyuri fue torturada mientras duró el diluvio, eso explica la lluvia torrencial. Por mis ancas, debió de haber sufrido mucho.

Si tan solo hubiera tenido el poder de erradicar ese dolor, si alguna vez hubiera estado en mis manos cambiar su destino, lo habría hecho sin dudarlo.

—Gyuri, digo, la señorita Lummina fue llevada por usted a Riveria para renacer como una humana. Entonces la reliquia que usted tiene en sus manos...

—Crea espejismos lo suficientemente corpóreos y creíbles como para que parezcan reales, así es.

—Por eso usted perdió su iridia. Su iridia era ella —concluyó Flye —. O parte de ella, ya que también estaba su hijo. —Mi amigo suspiró y continuó hablando con una voz apagada—. Estoy acongojado, más de lo que creía posible estar. Siento tanto que usted haya tenido que pasar por todo eso. Eso es...

Me preparé para el regaño de mi amigo anfibio, la voz perpetua de la razón, mi conciencia. Lo observé bajar de mi hombro con la mirada sombría, pero de repente sus ojos nublados se llenaron de lágrimas. La inesperada reacción de mi confidente me llenó de una profunda consternación y arrepentimiento.

—Ese es el acto más noble que jamás he oído.

Sonreí con pocas ganas y negué con la cabeza.

—Me estás felicitando por hacer desaparecer el cielo, Flye. Tu familia ha muerto por mi culpa.

—Sir Cyrone, deténgase. Usted solo quería salvar a su amada del sufrimiento. Yo, tal vez, hubiera hecho eso y más por salvar a mi familia. Tal vez en otro mundo nuestros papeles se hubieran cambiado y sería usted quien sufriría por mi plan de sobreponer a mis seres queridos por sobre todas las cosas. No lo recrimino por eso. Es el amor tal y como es.

—Basta. —Cuando sentía que otra vez perdería el control de mis emociones, le pedí ayuda. Levanté la mirada a la niebla por un instante y luego me volví hacia él, buscando consuelo en su presencia tranquilizadora—. Por favor, ódiame un poco, Flye. Ódiame como lo hace Gyuri.

—¿Cómo podría? —Se acercó volando hacia mi hombro otra vez—. Usted me ha salvado la vida, señor. Por más ira que sienta, sé que recordaré eso y volveré a quererlo otra vez. No perderé mi tiempo odiándolo. Estoy en deuda con usted. Lo mismo pasa con la señorita Gyuri. Ella lo entenderá como yo algún día. Por supuesto que lo hará. Ella es una serafina, y yo una simple rana.

Cuando Flye me lo dijo al oído, dejé caer mi capa y masajeé mi rostro tratando de borrar mi angustia con las manos. Busqué mi norte y lo encontré. Donde sea que estuviera no estaba solo, y esa certeza, en medio de la desolación terrenal, fue un alivio.

Volví a la casa en Nylem y, mientras Flye descansaba a un costado, me senté otra vez en el escritorio y remojé la pluma de tinta para grabar mis recuerdos. Antes de empezar, aprecié por la ventana la silueta de Gyuri posada en la misma roca, todavía pensando, aún reflexionando. Suspiré pesadamente.

No espero tu perdón, ni lo deseo, pues no lo merezco. Reconozco que mentirte y arrebatarte la vida que soñabas fue despreciable. Sin embargo, siento la necesidad de recordarte lo que existía antes de que yo llegara a tu vida. Quiero presentarte a la persona que habitaba en tu ser antes de mí, para que puedas comprender mejor tu propia identidad; por si en algún momento, con toda tu grandeza y hermosura, llegaste a sentirte vacía.

Lummina se enamoró de mí mientras convivíamos entre los humanos, y ese amor parecía ser un sueño celestial. Sin embargo, durante su transcurso apenas pude saborearlo. Mi corazón se sumía en la angustia al solo imaginar el inevitable desenlace. Los varones celestiales no podían enamorarse, mucho menos yo, que me había encantado de la predilecta de nuestra diosa Nylena.

Ella podía aniquilarme cuando quisiera, alejarme de ti si le placía, pues poseía el poder divino para hacerlo; es una diosa, maldita sea. En lugar de abrazarte con más fuerza, mi mente se veía abrumada por inquietudes sobre qué sería de mí una vez que te perdiera. En lugar de sumergirme en tus sueños, me ahogaba en mis propias pesadillas después de nuestras noches de profunda pasión, despertando sobresaltado. En lugar de contemplarte dormir apacible a mi lado y sentir gratitud por tener esa oportunidad, me atormentaba pensar en cuántas noches menos me quedarían a tu lado.

Desearía haber comprendido que, como todo en esta vida, nuestro destino inevitablemente llegaría a su fin. Y aunque no pudiera evitarlo, tú y yo permaneceríamos hermosos por la eternidad, incluso si solo quedaba el recuerdo de nosotros.

Nos amamos tanto que decidimos establecer nuestra propia aldea humana. Nos aventuramos a otros lugares y creamos nuestro propio destino, disfrazándonos de humanos y obligando a las personas a aceptar nuestros cuernos y orejas como algo normal.

Nuestro amor fue tan profundo que desafiaste otra parte de mí que creía verdadera. ¿Que yo era infértil? Soy el serafín de la tierra. Por supuesto que podía concebir, y gracias a ti descubrí esa verdad.

Los querubines no nacen del vientre de las serafinas, ¿verdad que lo sabes? Ellos emergen de diversas formas. Pueden ser encontrados en dientes de león, repollos, joyas o almejas... dependiendo del lugar donde se hubiera almacenado el alma del niño. Por eso, cuando noté que estabas embarazada, supe que ese hijo no sería un querubín. Sería algo más.

De la unión entre la tierra y el cielo nació el sol. Un quinto serafín, el origen del fuego, del calor, del infierno y de la vida misma. Él era el serafín de la llama. Ese sol era Nymmer.

Debí haberlo intuido desde el momento en que nos unimos, pues tus relámpagos, al estallar sobre mis árboles, siempre habían desatado ese elemento misterioso y sobrenatural: el fuego.

Porque incluso si el fuego no era visible en nuestros encuentros, yo lo sentía arder en lo más profundo de mis entrañas.

Fue un embarazo incandescente; sin embargo, eres tan fuerte que al momento de tenerlo olvidaste todo el dolor que te causó crearlo. Al ver tu rostro

radiante de emoción, también olvidé todo el resentimiento que albergaba hacia ese niño por haberte lastimado tanto.

Nuestro hijo. Ese niño intrépido, extrovertido y siempre ávido de aventuras. Me cuesta recordarlo; incluso su rostro aparece borroso en mi memoria. Durante años me he esforzado y dedicado a desgarrarlo de mi pecho para poder seguir adelante. Al principio rechazaba a todos los niños, porque veía su imagen reflejada en cada uno de ellos, paseando y riendo por ahí.

Esa mañana, Nylena descendió del cielo por primera vez con el propósito de arrebatarnos toda nuestra felicidad. Congeló nuestros cuerpos, impidiéndonos cualquier acción para detenerla, mientras la aldea se encendía en llamas y las personas se desbarataban en cenizas. Vimos la piel de sus párpados derretirse y derramarse sobre los lóbulos de sus ojos. No pudimos impedirlo. Nylena nos obligó a presenciarlo todo. Al final, complacida por haber destruido nuestra pequeña civilización, te arrebató a Nymmer de los brazos. El pequeño aulló de miedo, luchando por regresar contigo, clamando tu nombre y el mío entre sollozos que hacían estallar las casas envueltas en llamas. Con la poca autonomía que te quedaba, te arrastraste tras él, persiguiendo a la diosa Nylena. Las chispas de fuego que adornaban el pastizal, prendiendo en llamas el bosque que rodeaba la aldea perfecta, te detuvieron. El agotamiento también jugó su parte.

Destrozada, casi sin una gota de iridia, me pediste de la mía y te la entregué. No imaginé que la usarías para huir de mi lado sin siquiera avisarme. Te busqué en todas partes, en cada rincón que había sido testigo de nuestro amor, en aquellos lugares a los que solías acudir en momentos de aflicción. Te busqué e incluso intenté ascender al panteón, pero llegar a Catarbella era imposible sin que nos reuniéramos los cuatro serafines. Desde entonces y hasta ahora, faltabas tú.

Un día comenzó el Gran Diluvio. Llorabas sin cesar y yo, desesperado, seguía buscándote. Recorrí cada rincón de este mundo, cada espacio recóndito. Yo no sabía que estabas escondida por unos demonios terrenales en una casa abandonada. Aprovecharon que estabas lejos de mí, que habías perdido tu iridia y no podías moverte.

Como tampoco podías gritar, se me hizo aún más difícil localizarte. La tierra se había convertido en un enorme estanque, con olas que arrasaban con todo a su

paso. Avanzar era lento, cada paso significaba patear el agua que me llegaba hasta las rodillas, y luego un poco más arriba.

Cuando divisé esa casa abandonada a lo lejos, estuve a punto de no investigarla, pues habría jurado que nunca te encontraría allí. Sin embargo, un presentimiento me arrastró hacia la puerta, la cual abrí de una patada. Llamé la atención de los seis hombres, quienes detuvieron su masacre y se volvieron curiosos hacia mí. Cuando separé los labios estoy seguro de que no mostré el horror en mi expresión, probablemente porque no entendía lo que estaba sucediendo. «Hola, camarada, llegaste en el momento indicado. Únete, ¿qué esperas? No te aflijas, es una muñeca, no es un ser humano normal.»

Reencontrarme contigo en esas circunstancias fue, sin duda, uno de los momentos más dolorosos de mi vida. Uno de ellos te presentó ante mí, mostrándome lo hermosa que seguías siendo incluso después de tantos días de tortura. Estabas reluciente y solo tenías un par de cardenales rodeando tus ojos, cuya mirada lucía perdida. Pronto comenzaste a toser y la sangre manchó tu mentón. A pesar de tu apariencia perfecta, los residuos de ese líquido rojo ensuciaban la cama en la que yacías y tu ropa desgarrada.

Fruncí los labios durante un minuto completo, mientras ellos se miraban entre sí, probablemente preguntándose si yo no era más que un forastero desquiciado.

Les demostré que lo era.

No pude hacerlos sufrir durante cuarenta y un días ni cuarenta y una noches, como pretendía. La vida no les alcanzó para soportarlo. Solo aguantaron cinco días y cuatro noches. Malditos débiles, cobardes ratas mortales. Al tercer día, cuando me aburrí de escucharlos gritar colgados de cabeza, con un par de animales que atraje para que se los comieran vivos encendí el primer cigarrillo que fumé en mi vida. Fue liberador.

El último imbécil que quedó, fue el que peor lo tuvo.

Espero que no quieras saber nunca lo que hice con él.

Cuando terminé con ellos, regresé a tu lado. Aún estabas sumida en un eterno trance de dolor, aunque tu rostro seguía intacto. Caí a tus pies y te supliqué perdón por mi inacción. Porque masacrar a esos hombres no había significado nada para ti. Lamentaba no poder salvarte. La culpabilidad podría

haber consumido por completo mis sentidos y haberme llevado a la muerte. Seguramente me habría ahorcado si hubiera creído que me serviría de algo.

Renuncié a ti para regalarte una pequeña parte del mundo en el subterráneo de Riveria. Escogí Riveria porque era conveniente que los pueblos hubiesen abandonado la ciudad, creyéndola deshabitada, convencidos de que habían exterminado hasta al último de los sobrevivientes de cabeza roja. Nadie te encontraría allí.

El anillo en mi dedo tenía el poder de crear cualquier cosa, aunque nunca intenté crear seres humanos con él. Resultó ser un éxito muy conveniente. Creé a tu madre, a tu padre y a tu hermano. Solía creer fervientemente que había sacrificado partes de mi alma para crearlos. Que te había legado las mejores partes de mí mismo: mi amor dividido en la creación de tu madre, que te adoraba; tu padre, que te cuidaba; y tu hermano, que te admiraba. Al salir de Riveria decidí sellar la ciudad con una barrera de fuerza para protegerte de la vileza de Melcior. Ahora me arrepiento de haberlo hecho.

Despedirme de ti no fue difícil. No me dolió demasiado dejarte en esa casa con las personas que se convertirían en tus nuevos seres favoritos. Lo que realmente me hizo daño fue cerrar la barrera de Riveria y dar la media vuelta. Aquella caminata de regreso fue desgarradora. Asumir que ya no escucharía tu voz llamándome, que no apreciaría tus sonrisas y que al ver nonos se me rompería el corazón; pensar que todos esos recuerdos preciosos podían ser eclipsados por el tremendo dolor que me hería, incluso físicamente, me hacía cojear. Pero tuve que seguir caminando. Aceptar que tenía que aprender a vivir sin ti. Desde entonces, no he dejado de encender otro cigarrillo cada vez que pienso en ello.

Te visité cada cierto tiempo mientras con tu cuerpo ficticio ibas creciendo, y tomé la decisión de escribirte cada día en un diario, si así podía calmar un poco lo mucho que te extrañaba. No contaba con que Neblina me seguiría, te encontraría y destrozaría todos mis planes.

Levanté la cabeza cuando un golpe sordo me sobresaltó mientras escribía. Dirigí la mirada hacia la puerta, que estaba siendo golpeada con insistencia.

Antes de levantarme noté que Gyuri ya no estaba sentada en la misma roca donde había permanecido tanto tiempo. Al abrir la puerta, la encontré respirando agitadamente y me lanzó una mirada herida. En lugar de golpearme, como me lo esperaba, se masajeó la sien con los dedos. Era evidente que le costaba contener la frustración y sollozó como si pudiera derramar lágrimas. Me miró de nuevo y, sin pronunciar palabra, me lo recriminó todo.

—Nono... Gyuri.

—Es tan horrible despertar y darme cuenta de que no... de que yo... no... no volveré —balbuceó, con un evidente dolor físico—. Aun si me voy de aquí no encontraré nada. Nada.

Soltó el aire como si estuviera ahogándose y, al ver su angustia, avancé hacia ella y la abracé con fuerza. Aunque no intentó apartarme, percibí su temblor y cómo rechazaba mi contacto.

Las rodillas me fallaron mientras escuchaba su quebranto. No era sencillo para un hombre presenciar el llanto de una mujer, pero resultaba aún más desgarrador si esa mujer era la criatura a la que más adoraba. Me dejé caer al suelo, abrumado, y la abracé aferrándome a sus rodillas. Escondí mi rostro en sus piernas y murmuré contra la tela:

—Perdóname.

Ella se intentó apartar, pero le abracé con más fuerza.

—Haría lo que fuera para deshacer todo lo que tú quisieras —le dije, soltándola un poco para que me viera a los ojos—. No sabía qué más hacer para salvarte.

El silencio que nos envolvió después me hizo suspirar de alivio. Sentía que, como antes, sus manos no podían resistirse a

acariciarme el cabello. Por supuesto que se lo permití, si eso le reconfortaba de alguna manera.

—Quiero a mis padres. —Sollozó. No podía articular bien sus palabras, pero comprendí perfectamente lo que quiso decir—. Quiero volver a casa.

Se encogió hasta caer de rodillas frente a mí. La abracé y le besé la cabeza.

—¿Puedes devolverlos a la vida? —me preguntó, y levantó mi mano con el anillo para mostrarme lo que ya me era obvio—. Con esta reliquia puedes crearlos, ¿no es así?

Por primera vez en mucho tiempo me observó con otros ojos. Ya no parecía odiarme, sino que me suplicaba por ayuda.

—Sí. Pero ellos no te recordarán a ti ni la vida que llevaban en Riveria.

—Entiendo. —Le tembló la voz.

Nos miramos por un instante hasta que ella bajó la mirada al suelo.

—¿Es lo que quieres? —le pregunté—. ¿Quieres que cree a tu familia y te lleve de vuelta a Riveria?

—No lo sé —me respondió sosteniéndose la cabeza—, no sé lo que quiero. Pero creo saber lo que necesito.

—Dilo y lo tendrás —le susurré.

Gyuri me volvió a mirar.

—Tan solo abrázame para dormir.

Nos acomodamos en un catre desolado del cuarto de la casa, apenas adornado por un colchón maltrecho. Cualquier cama se habría transformado en un refugio perfecto en su compañía: ese era mi privilegio. Se acurrucó bajo mi brazo sin quejarse, con su mejilla

rechoncha aplastada contra mi pecho. Su piel era tan suave que me deleitaba recorrerla con los dedos. Por más que yo intentara acomodar esos rizos salvajes, volvían a curvarse por más que los estirara. Tan frágil que dolía tocarla. Pese a que me pidió dormir conmigo, la vi pestañear sin conciliar el sueño, suspirando y viajando entre sus miles de pensamientos.

—Todo fue real —susurró ella—. Todo lo que hicieron por mí se refleja en quien soy. Y yo soy real. Lo soy, ¿verdad?

La desesperación que reflejaban sus ojos me partía el alma. Asentí con convicción, pues realmente lo creía así.

—Tú eres la prueba viviente de que todo ha sido real.

—Eres real tú también, ¿no, Cyrone? ¿O es que tienes algo más que decirme?

Sin darme cuenta, era probable que ella hubiese percibido la tristeza en mis gestos. Justo cuando estaba a punto de abrir la boca para explicarme, posó su dedo sobre mis labios.

—No. No me lo digas. —Su dedo temblaba—. Prefiero no saberlo, no sé si podría soportar saberlo.

Tomé su mano antes de que pudiera seguir sufriendo un segundo más.

—No tienes de qué preocuparte, nono. Te prometo, en nombre de lo que me pidas, que no te escondo nada más. Soy real, y gracias a ti puedo asegurarlo.

Al contemplarla, recostada con sus rizos perfectamente formados y sus delicadas facciones, sentí cómo el peso en mi pecho se transformaba. Una esperanza hermosa y vibrante brilló en su mirada, una que deseaba poder atrapar para que nunca se desvaneciera, y luego, ella me besó.

No podía asegurar que me había perdonado, pero al menos sabía que estaba tranquila, por cómo se acurrucó y durmió en un instante, presa del cansancio que la había asediado durante varios días de reflexión.

4

A la mañana siguiente, los gritos de Flye me despertaron. Pestañeé confundido percatándome de que Gyuri ya se había ido de mi lado.

—¡Sir Cyrone! ¡Salga a ver! ¡Venga a ver! ¡Por la diosa Nylena! ¡La señorita Gyuri ha...! —gritó el anfibio y no pudo acabar.

Oh, mierda.

Me tomó tres segundos ponerme de pie y correr hacia la salida. Creí que había dejado mi corazón en la cama cuando salí de la casa y me sentí vacío, pero el sentimiento de terror se desvaneció cuando miré hacia arriba y no encontré la niebla de siempre.

—La señorita Gyuri ha creado un cielo —logró decir Flye.

Ni siquiera podía concluir si lo que veía era un cielo, pues era tan diferente al anterior que me dejaba sin aliento. El firmamento se extendía amplio y violeta, adornado con estrellas parpadeantes que giraban tan lento como el móvil de un bebé. En el horizonte surcaba una niebla blanca, que iba desde un degradado claro hasta fundirse en lo más alto con el violeta predominante. Las estrellas en movimiento derramaban su luz y se unían formando figuras. El nuevo cielo era tan inmenso y deslumbrante que opacaba incluso la mismísima ciudad de Catarbella, que seguía flotando en espera de nosotros.

—Sir Cyrone, ¿se ha dado cuenta?

—¿De? —fue todo lo que pude responder embelesado con el paisaje.

—Es del mismo color que sus ojos.

Aparté la mirada del cielo y observé a Flye, un tanto inquieto por aquella conclusión.

Volví la vista hacia la altura y, aunque debí haberme emocionado de buena manera al verme plasmado en un paisaje tan bello, un sabor amargo se coló en mis papilas. Cómo deseé pensar que el cielo nuevo me concedía su perdón, o me reafirmaba su amor. Tenía que ser un ingenuo si así lo pensaba.

Aun así, después de la contemplación la busqué, diciéndole a Flye que no tardaría en volver. No tuve que recorrer muchos metros cuando la encontré posada en la misma roca, con la piel resplandeciente y el cabello un poco más largo. Tragué saliva, porque cada vez que veía su cabello crecer recordaba una de las primeras cosas que me dijo Lummina cuando la encontré tras el diluvio, con un susurro entrecortado.

Córtame. Córtame el cabello. Cuando me engancho el cabello, recuerdo cómo lo usaban para... Me siento presa todavía. Cyrone, arráncame el cabello. Arráncalo todo.

Mientras aquella escena auditiva cambiaba mi mirada, de pronto Gyuri se giró en mi dirección. Por un segundo creí reconocer su cabello largo, frondoso y repleto de ricitos blancos.

—¿Te gusta? —me preguntó y la alucinación desapareció.

—¿De qué se trata todo esto, Gyuri?

Ella se bajó de la roca empapándose los pies y avanzó hacia mí. Me observó a un par de pasos de distancia. Bajé la mirada, consciente de nuestra notable diferencia de altura. A pesar de superarla en dos cabezas, me sentía encogido ante ella.

—Sabes que te amo con cada parte de mi ser.

—Yo también —le respondí nervioso—. Con toda mi alma, te amo.

Por un segundo sentí que su gesto se suavizaba, para luego volver a endurecerse en un pestañeo.

—Antes de que despertaras leí tu bitácora —me confesó—, y leerla me ha hecho recordar un par de cosas que tal vez tú has olvidado.

Arqueé una ceja mientras me acercaba a ella, colmado de curiosidad.

—Esos recuerdos vienen a mi mente como imágenes, como si no las hubiera vivido jamás, pero recuperé algo sobre tu anillo —dijo apuntando hacia mano derecha, donde llevaba el anillo de brillo incesante—. Te lo dio Caelum, ¿no es así? Digo, Lummina. Ustedes contrajeron matrimonio y ella te lo entregó en la ceremonia.

Hacía mucho tiempo que había decidido ignorar el significado del anillo que llevaba en mi dedo. A pesar del doloroso valor emocional que conllevaba, prefería mantenerlo conmigo debido al inmenso poder creativo que poseía. Aun así, no merecía la pena explicarlo, así que solo asentí y Gyuri continuó:

—Lo que Lummina jamás te dijo fue que ese anillo solía ser de Nylena.

Resoplé porque la idea me parecía absurda.

—No, en serio. La iridia de Lummina solía ser Lorelai, el mundo anterior a este. Cuando murieron las antiguas serafinas de la naturaleza, ella entró en una fatídica depresión ya que Melcior no se le parecía en nada. La oscuridad de Nylena tiñó a Melcior de negro.

Aun así, yo consideraba que Melcior era un mundo precioso, pero me abstuve de dar mi opinión al respecto.

—Nylena tenía miedo de perder a Lummina. Por esa razón, ella hizo lo inimaginable: concentró su poder divino y lo encerró en un

anillo. Luego Nylena se lo entregó a Lummina para que tuviera el poder de crear a voluntad lo que quisiera en Melcior.

De pronto, el dedo que se encerraba en esa brillante argolla comenzó a sentirse pesado. Gyuri tomó mi mano para escrutarla.

—Lo que creas con este anillo es real, Cyrone, no son ilusiones —reveló con esperanza y los ojos más brillantes que nunca.

—No cantes victoria. Si fuera así, no se borrarían las cosas que creo en cada siglo. —Hice que me soltara la mano, con la que luego me sostuve la cabeza. No era tonto; por supuesto que imaginé que el poder del anillo era divino, pero incluso si lo fuera, era muy defectuoso.

—Eso es porque no eres un dios, Cyrone. Solo una diosa puede crear, transformar y disponer de manera permanente.

La observé durante unos instantes, mientras volvía a tomar mi mano y hacía un intento por quitarme el anillo. Retrocedí sorprendido por su acción inesperada. La desafié con una expresión de perplejidad, preguntándole con la mirada: *¿Qué pretendías hacer*?

—¿Me amas de verdad? —me preguntó.

Sonreí y suspiré.

—Oh, Gyuri, no te aproveches de que eres la única en este mundo que podría manipularme.

Ella se acercó a mí.

—Soy la iridia de Nylena, ¿no es así? Si me das ese anillo, podré enfrentarla y, quizá, derrocarla para siempre.

—Ese es tu plan. —Gyuri asintió y yo reí, incrédulo—. ¿Eres consciente de lo que estás diciendo? No te estás enfrentando a un igual, es una diosa.

—Escucha, Cyrone, acabaré con ella, aunque tenga que idear otra manera. Puede que muera en el intento, por eso, no me lo hagas tan difícil y dame ese anillo.

—No —le respondí tajante, consciente de que la colisión de dos poderes divinos no solo acabaría con Nylena para siempre, sino que también con el mundo que habíamos construido y donde residían todos los seres a los que amábamos.

—Entonces te parece bien que Nylena siga desatendiendo este mundo. Que siga empeñada en separarnos y matar a nuestros futuros hijos. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Por supuesto que no, pero... —contesté, mas ambos alzamos las orejas al mismo tiempo cuando una brisa susurró una palabra específica que nos dejó helados.

«A-yu-da.»

La fina voz resonó desde la distancia, como un eco lejano que envolvía el silencio con su misterio.

Nos miramos mutuamente, sin necesidad de preguntarnos si habíamos oído lo mismo. Solo aguardamos ansiosos por escuchar aquel susurro una vez más.

«Ayuda», se oyó más claro. Era la voz de una niña.

Decidimos correr en la dirección de donde provenía aquel eco.

Nos alejamos de la orilla del mar, adentrándonos en el espeso bosque tropical que rodeaba la playa. Entre la densa vegetación encontramos a Neblina flotando en el aire. Nos recibió con una sonrisa y, con un gesto sutil, nos indicó que bajáramos la mirada.

Con horror, divisamos a Rydel luchando por soltarse entre las manos de sus hermanas querubinas. Gyuri sacudió mi hombro y señaló hacia el otro extremo, donde Polett sostenía un hacha de oro, con la mirada perdida.

—Por fin llegaron —nos dijo Neblina—. Me alegro de que hayan podido escuchar la señal de mi querubina. Escúchenme, ustedes creyeron que podían esconder a esta sabandija de mí. Se burlaron de mí y, lo que es peor, lo entrenaron. ¿Qué quieren hacer? ¡¿Quieren que mi poder lo herede un varón y que desaparezca?! ¿Hasta ese punto quieren tocarme los cuernos?

—Rydel —susurró Gyuri a mi lado. Ella me convenció de volver a mirarlo y, como temía, una querubina tenía una daga celestial en la mano, amenazando con plantarla en su pecho si nos atrevíamos a intervenir.

Miré a Polett, quien parecía estar en otro lugar con la mente suspendida, y grité su nombre.

—¿Polett? —repitió Neblina en medio de una carcajada—. Ya tenía ganas de saber el nombre de esta niña con problemas de identidad. Ni siquiera me enteré de eso antes de darle mi orden.

—¿Orden? ¿A qué orden te refieres? —espetó Gyuri.

—¿No es obvio? «Mata a ese querubín con tus propias manos.»

Casi perdí el equilibrio al escuchar eso. Gyuri gritó horrorizada e intentó lanzarse enfurecida contra la serafina, por lo que la sujeté para evitarlo. Rápidamente, me dirigí hacia Polett:

—Polett, no mates a Rydel. Despierta —le ordené, pero él permaneció quieto como una estatua. Lo único que siguió a mi orden vacía, fue la risa histérica de Neblina.

—Le he dado dos condiciones a Polett, una de ellas: «No obedecerás a las órdenes que te den Córtex, Caelum e Hilaris». ¿Acaso son tan tontos que les dan órdenes a los humanos sin siquiera pensar en condiciones, o en letras pequeñas? ¿Acaso saben lo que en realidad es el control?

—¿Por qué haces esto, Neblina? —preguntó Gyuri, impotente.

—Buena pregunta, Caelum. Lo que pasa es que hice un juramento interesante con Cyrone, ¿te acuerdas? —Neblina me miró de soslayo y luego volvió a dirigirse a ella—. ¿No quisieras hacer uno parecido conmigo?

—Neblina, no te atrevas —vociferé.

—A ver, Córtex. ¡Son dos vidas por una! Es un trato generoso, ¿no lo crees? Caelum, tú prometes someterte ante mí en la guerra, y yo le perdono la vida a tus mascotas.

—¡Gyuri! ¡No lo hagas! —gritó Rydel, lo cual llamó mi atención—. Mi madre... mi madre no puede ser la siguiente diosa. Ella es mala, el siguiente mundo no será diferente si ella lo reina.

Gyuri dio un paso adelante después de escuchar al querubín.

—¿Ahora te haces llamar así?, ¿Gyuri? —dijo estirando una sonrisa —. ¿Acaso dejaste que los estúpidos humanos de otra de tus aldeitas te nombraran?

—Esto es lo único que puedes hacer, ¿verdad? —Gyuri sonrió con desdén—. Porque enfrentarte a nosotros en una pelea justa, como se supone que es una guerra, no es una opción para ti.

—Por favor, Caelum, no soy idiota, claro que me gustan los caminos fáciles.

De manera repentina, los arbustos susurraron al abrirse para dar paso a alguien que se aproximaba. De entre el follaje emergió la

serafina del mar, con su cabeza curiosa y ligeramente inquieta.

—Neblina, por los reinos celestiales, ¿qué le pasa a esa niña tuya que susurra tan fuerte?

Al girarme para observar a mi hermana menor, que lucía su piel azulina aún goteando, comprendí que el susurro que nos había atraído a nosotros había llegado a la audición de Faraine con un leve retraso debido a las profundidades del mar. De pronto, un sobresalto me asedió cuando Gyuri lanzó un grito a mi lado.

Al volver la vista hacia el frente, me horroricé de ver cómo Polett se abalanzaba con el hacha en contra de Rydel.

—La segunda condición era que nos reuniéramos los cuatro serafines aquí —dijo Neblina.

Sin embargo, la serafina del aire se desconcertó al presenciar la resistencia de Polett a enterrar el hacha contra Rydel. Con toda su fuerza de voluntad, el niño humano se negó a blandir el arma, mientras sus manos temblaban al sostenerla en lo alto. Desafió antinaturalmente el poder de la orden que lo había sometido en primer lugar.

Lo miramos con plena admiración, hasta que el pequeño, para contrarrestar la fuerza de su orden, decidió clavar el hacha en su propio hombro. Al hacerlo volvió a despertar, mirando a su alrededor acongojado, respirando entrecortado por el dolor que debía sentir.

Mi cuerpo se abalanzó hacia él sin control alguno, en el mismo instante en que se desplomó de espaldas. Al recibirlo, sentí un peso que jamás había experimentado al cargarlo antes; la niebla envolvía mi mente, llevándome al borde de romperme los dientes de tanto apretarlos. ¡*Polett, Polett*!, clamaba mi interior en un grito silencioso, desesperado. *No te atrevas a morir, es una orden de tu capitán*.

Impotente, percibí cómo la piel del niño perdía la temperatura, como si la fogata que me abrigaba se extinguiera de un solo soplido del viento. Tiritaba en mis brazos, pero no era él quien agonizaba de dolor, sino que era yo quien temblaba.

En ese momento, el tiempo pareció distorsionarse a mi alrededor, mientras recordaba al pequeño Polett como un bebé recién llegado a las puertas del orfanato.

«Su nombre será Polette», me dijo Delfina, con varias arrugas menos en el rostro, obligándome a tomarlo en brazos, aunque aún me costaba hacerlo sin que me doliera. Entonces él lloraba a gritos sin contenerse en lo más mínimo. Acaricié su espalda hasta que al fin se quedó dormido entre sollozos ahogados. A los cinco años, había dejado de llorar para siempre. Yo bromeaba diciéndole que había agotado su reserva de lágrimas en sus primeros tres años de vida.

«No es eso, es porque los hombres no lloran», me aseguró, tan joven que sentí lástima.

Polett era el primero en enfrascarse en peleas con sus compañeros, siempre iniciaba las discusiones con un golpe o con un insulto grosero; no había manera de que se abstuviera de ello. Se alejaba de las niñas cuando ellas rescataban un pajarillo con el ala rota, pero secretamente lo observaba durante las noches para acariciarlo y cuidarlo.

Mientras veía que sus ojos se cerraban y perdían su color verdoso, me arrepentía de no haberle inculcado mejores enseñanzas.

Las armas de Catarbella no se asemejaban a las terrenales. Al entrar en contacto con los mortales, arrebataban instantáneamente la vida. Gyuri no entendía esto; se arrodilló a mi lado y comenzó a

recitar el mantra para curar a los humanos, tratando de cerrar su herida, limpiarla de sangre. Por eso no comprendió por qué a nuestro alrededor brotaron rosas negras, marchitándose y desvaneciéndose al instante. «¿Por qué lloras?», escuché que me preguntaba a lo lejos, pero no pude darle respuesta.

Oh, Polett.

Hasta el último momento no obedeciste reglas que no fueran de la Guardia.

Si hubiera podido entregarte mi vida, lo hubiera hecho.

Me levanté de golpe, y de inmediato noté que la lluvia me calaba hasta los huesos. Faraine había corrido a poner sus manos en mis hombros. Todavía desconcertado, no supe cómo reaccionar hasta que me di cuenta de que los cuatro estábamos reunidos en el mismo lugar, juntos, después de más de veinte largos años.

El mundo de Melcior no tenía salida ni esperanza. No mientras lo gobernaran seres como nosotros, como yo, como Faraine o Neblina, o una diosa como Nylena. Era el apocalipsis, el inicio del fin y yo anticipaba en mis oídos el ruido agudo de las diez trompetas de Catarbella.

Me quedé absorto observando los profundos ojos oscuros de nono angelical que poseía la serafina del cielo, Caelum, arrodillada en el suelo desconcertada, con una inocencia que se me metía por debajo de la piel.

Pensé. Si Gyuri se convertía en la próxima diosa, entonces Polett, los niños, Delfina, y mi amado Nymmer tendrían la oportunidad de conocer el paraíso en el siguiente mundo.

Con eso en mente, pronuncié en voz alta las palabras que nos convertirían en serafines alados.

«Por la gracia de Nylena, Hilaris, Córtex, Aestus y Caelum, regresamos a casa.»

La primera en gritar cuando su espalda se rajó, desplegando dos grandes alas, fue Gyuri, completamente sorprendida por lo inesperado del evento.

5

El dolor nos recorrió de los pies a la cabeza.

Podía resistirlo sin mostrar una sola mueca porque ya lo había sentido antes, pero Gyuri comenzó a gemir y a quejarse por el dolor que la atenazaba. Los cuernos empezaron a desprenderse de su casco, al igual que los míos y los de las demás serafinas. Temí no haberle advertido nunca sobre nuestra transformación.

El dolor la invadía tanto que empezó a gritar, pero no de forma fuerte y clara, sino más bien de manera contenida y ahogada. Buscaba desesperada algo a lo que aferrarse y terminó chocando contra mi pecho, agarrándose con fuerza a mi camisa. Sus gritos se perdían entre las telas de mi ropa. Mientras tanto, los cuernos curvos de Gyuri golpearon el suelo, y al mismo tiempo sentí cómo la base de mis alas rompía la piel de mi espalda. Sabía que ella estaba experimentando lo mismo, así que la abracé con determinación.

—Ya casi termina, ya casi... —le susurré, hasta que mis ojos se iluminaron de blanco y enceguecí.

—¡No veo! ¡No veo nada! —se desesperó Gyuri dando saltos, y le murmuré que era normal.

Escuchaba cómo las alas de Gyuri se desgarraban y se extendían por completo, rompiendo su ropa. Las mías también se estiraban, y las plumas se derramaban por esas nuevas extremidades. De las membranas ocultas de las alas surgían ojos. Diez brotaban por delante y once por detrás.

Ya no veía a través de los dos huecos blancos que tenía en el rostro, sino a través de los que habían surgido de mis alas. Podía ver en varias direcciones, abarcando todas las partes y distancias inimaginables.

La serafina del cielo estaba perdida; me soltó y se agarró la cabeza mientras los ojos de sus alas se desviaban en todas las direcciones.

—Ciérralos —le ordené. Ella confió en mi consejo y, con eso, dejó de tambalearse.

Entrecerró los ojos de las alas frontales y se percató de que la capa externa de su piel brillaba como un diamante en la oscuridad, al igual que la mía resplandecía tras la transformación. Habían pasado varios años desde la última vez que vi mi aspecto de esa forma, y todavía me sorprendía como si fuera la primera vez.

Neblina rio satisfecha a nuestro costado. La miré con resentimiento. Esa maldita arpía pagaría por haber provocado la muerte de Polett.

La serafina del aire retrocedió y se abrió paso entre nosotros, corriendo para tomar vuelo y elevarse al cielo. Acto seguido, la serafina del mar imitó a la del aire, saltó, luego extendió sus alas y emprendió su vuelo a Catarbella.

—No podemos irnos. Tenemos que buscar el alma de Polett y hacerle renacer —me pidió Gyuri, a lo que yo la miré con determinación.

—Conociste a ese niño. ¿Qué crees que te diría? Tienes una diosa que derrocar, Gyuri.

Miré a Rydel y le dije:

—Flye está a unos pasos de aquí, en la casa de la orilla del mar. Ve a buscarlo, no aceptes enfrentar esto solo.

Gyuri sacudió la cabeza y aproveché su distracción. Tiré de su brazo y empecé a correr. Ella me siguió y cuando hice una cuenta regresiva, saltó al mismo tiempo que yo, desplegandosus enormes alas e insertándose junto a mí en el aire. Solté su mano cuando vi que las batía con seguridad.

Nos elevamos más allá de los límites terrenales y surcamos el mar. Siempre he considerado el vuelo como algo insignificante; después de todo, es como moverse caminando. Navegar de un lugar a otro carece de magia. Sin embargo, en ese momento, al recorrer los cielos que Gyuri había creado para mí, volar parecía un sueño hecho realidad.

Las estrellas danzaban a nuestro alrededor, abriéndonos el paso, y la luz de la ciudad flotante se hacía cada vez más imponente. A medida que avanzábamos dejábamos tras nosotros una estela de nuestro paso, rompiendo las nubes y los astros.

Lamentablemente, la alegría que me desbordaba comenzó a desvanecerse, convirtiéndose en un hueco vacío, en cuanto sentí una energía que tiraba de mí anulando mi voluntad. Al cruzar la última nube y pisar el suelo cristalino de Catarbella, me sentí incapaz de tomar decisiones. Mis pies se movieron en contra de mis deseos y la lengua pareció desaparecer de mi boca. Gyuri sufrió el mismo destino y me siguió con los ojos de sus alas bien abiertos, agazapada. A medida que nos desplazábamos por la hermosa arquitectura de Catarbella, compuesta de muebles y plataformas cristalinas bañadas por nubes y una sutil niebla de color rosa

cubriendo el suelo, llegamos al podio en el que dormía Nylena pacientemente.

Habían pasado veinte años sin verla, pero para los serafines nos era imposible olvidar su apariencia. Aunque su belleza era deslumbrante, ese atributo no me despertaba ninguna emoción. Por más hermosa que fuera, se había vuelto malvada. Su maldad eclipsaba su cabello rizado oscuro, su piel tersa y blanca, sus ojos profundos y rasgados de iris grises. Lo único que seguía destacando de la misma manera era la corona dorada intensa que adornaba su cabeza.

Nylena abrió los ojos, se estiró tras una siesta eterna y sentí que mi libertad se desvanecía. Los serafines nos vimos obligados a inclinar la cabeza justo antes de que nuestras rodillas se doblaran y cayéramos al suelo. Temí por Gyuri; quise abrazarla y protegerla de lo que esa vil mujer haría en cuanto la viera, pero no pude. Era más probable que el universo estallara antes de que pudiera levantar un dedo frente a la diosa Nylena.

La vi más alta de lo que recordaba, con el cabello aún más largo al punto que rebasaba sus muslos, más voluminoso y oscuro que nunca. Nos observó posados a sus pies, pero no sonrió. De pronto, ni siquiera pude verla, pues mis ojos se vieron obligados a mirar hacia el suelo cristalino.

—Barrabás —dijo la diosa, su primera palabra tras la siesta. El arcángel descendió con sus alas negras y se arrodilló frente a ella al aterrizar—. Tiempo transcurrido.

—Hemos cambiado de siglo, mi alteza divina. Estamos en Cornelius año 1.

—Recuérdame la fecha en la que me he dormido.

—Milersar, año 80 —reafirmó él.

—Con que veinte años... —Nylena reflexionaba sin echarnos ni una sola mirada. No lo supe porque pudiera verla, sino porque la mirada de la diosa era pesada, como un ataque eléctrico a distancia. Aunque no doliera, sabías que te estaba observando—. ¿Y los demás arcángeles? —preguntó.

—Vigilando a las almas errantes. Si usted gusta, puedo convocarlos a...

—Silencio —dijo Nylena, bajo, pero contundente. Por fin pudimos alzar nuestras cabezas y dirigir los ojos de nuestras alas en dirección a ella—. Serafines de la naturaleza. Me van a dar buenas noticias sobre Melcior o les arrancaré cada ojo hasta que suene la última trompeta de Catarbella.

Sus amenazas no podían inquietarme, ya no tanto como antes.

—Hilaris —dijo Nylena y Faraine se estremeció. Ahora le era permitido hablar.

—Es... —Respiró profundo para poder formular una oración—. Aguas tranquilas. Los cardúmenes abundantes, las algas... ta... también. Los... humanos no han tirado basura a los ríos. No después de que dependían del agua que quedaba tras el di... diluvio —balbuceó Faraine—. Excepto en Dregonia... fue inevitable que el agua se tornara tóxica.

—Y tu casa de muñecas, ¿cómo va? —Esa pregunta apuntaba al pueblo de humanos submarinos que creé a Faraine utilizando mi anillo. Mi hermana se tensó de manera inevitable.

—Ellos... bien... —finalizó y respiró profundo por la nariz.

Nylena se volvió hacia Neblina, como si el nombre de Faraine nunca hubiera rozado sus labios.

—¿Aestus?

—Altísima madre. El aire está limpio, he logrado consumir casi todo el dióxido de carbono que emiten los inútiles seres vivientes. Debería bajar a ver, pues en tierra firme la brisa tiene un aroma particularmente placentero. —Neblina sonrió orgullosa y Nylena le correspondió el gesto.

Giré mis veintiún ojos en blanco, pues estaba seguro de que Neblina omitiría los constantes huracanes que dañaron Melcior cada dos semanas.

—Córtex.

Finalmente, sentí que podía mover la lengua con libertad. Sin temblar en lo más mínimo, dirigí todos mis ojos frontales hacia los de Nylena.

—Los inútiles seres vivientes han sido abastecidos —dije con desdén, remarcando el mohín de Neblina—. Las plantas frondosas, los bosques repletos de vida. Oh, un paraíso, incluso mejor del que te has montado aquí en Catarbella.

Nylena arqueó una ceja y me miró desde las rodillas a la coronilla. Resopló.

—Era lo mínimo que esperaba de un syraco —me contestó, remarcando la palabra syraco que era un peyorativo a la palabra «hombre». Era tan básico que no consiguió ofenderme—. Caelum.

Cuando Nylena se volvió hacia ella, los ojos de la diosa brillaron, su voz se volvió cantarina, sus mejillas cobraron color y una leve sonrisa se le dibujó en los labios.

—Nada. No hice nada. —Su voz se cortó cuando Nylena bajó del podio y se acercó caminando en dirección a ella.

—Lummina —dijo Nylena mientras esbozaba una amplia sonrisa. Aquel nombre que me costó quitarme de la boca, era la manera en que Lydia, la antigua serafina del cielo, había llamado a su trono.

—No... —suplicó Gyuri, intentando apartarse cuando la diosa se le acercó.

—¿No? ¿A qué te niegas?

—No me toques.

La diosa la miró desde su posición y, sin dejar de sonreír, se arrodilló frente a Gyuri.

—Mi amada, bellísima Lummina —dijo, mientras le acariciaba la mejilla.

Desde su primera palabra hubiera querido arrancarle la voz directo de la boca, para que no siguiera hablando.

Cuando Nylena sostuvo su mentón y la besó, me vi obligado a apartar la mirada. Sin embargo, la imagen se impregnó en mi mente y me consumió en un profundo sentimiento de asco e ira.

—¿Para dónde miras, Caeluminna? —le oí decir a Nylena.

Abrí los ojos y vi que Gyuri me observaba fijamente, incluso cuando la diosa aún le sostenía los mofletes. Cuando Nylena se enteró de nuestro contacto visual, se levantó iracunda.

—Córtex. Una palabra —me solicitó en tono de orden y se dio la vuelta, soltando el control de nuestros cuerpos—. Barrabás, ordénales a los demás arcángeles que lleven a Lummina a mis aposentos. Dale la mejor habitación, sírvele el mejor alimento. Nadie puede tocarla. Debes darme aviso si hay alguna incordia. Si ves en vivo y en directo a alguien que dice lo más mínimo que le moleste, lo exorcizas. ¿De acuerdo?

—Sí, mi alteza divina.

Me levanté de mala gana y seguí el paso de Nylena, quien caminaba por el pasadizo cristalizado que llevaba hacia el observatorio, sin mirarme ni una sola vez.

6

El observatorio era nuestro santuario celestial, lugar donde los serafines podíamos contemplar el mundo entero. Sus paredes, inmaculadas y transparentes, nos permitían ver todo con claridad, desde lo más alto hasta lo más lejano. La diferencia principal con estar en un árbol gigante y observar a Melcior desde allí, era que desde el observatorio de Catarbella podía usar mis poderes sin la necesidad de tocar nada. Era como tener el mundo al alcance de mi mano, sin tener que estar presente en tierra firme.

Nylena arrastró la cola de su vestido pegado al cuerpo y se sentó frente al cristal que mostraba el panorama. Permanecí de pie, observándola. Ella carecía de alas, no las necesitaba; siempre estaba en las alturas.

En el panorama de nuestro mundo se destacaba el árbol titánico que creé para Gyuri al inicio de nuestro viaje. Me di cuenta de que esa planta capturaba la atención de Nylena.

—Un árbol gigante. Bien hecho, Córtex, una creación inútil que además desentona con mi mundo. —Nylena alzó el dedo y, al apuntar de derecha a izquierda, dividió la corteza del tronco, el cual cayó derribado con todo su peso.

Me acerqué al cristal y detuve la caída del tronco, usando mis manos para sostenerlo.

—¿Qué indecibles crees que estás haciendo? Vas a condenar y aplastar a decenas de criaturas si derribas ese maldito árbol.

—Debiste haberlo pensado antes de darle vida —me contestó y suprimió mi poder. El tronco cayó aplastando el bosque, la tierra se levantó por los costados. Pude oír los gritos de algunos seres. Algunos humanos inadvertidos que caminaban por la arboleda. La ira y la culpa se hicieron un revoltijo en mi garganta.

—Sé por qué lo haces. ¿Acaso vale la pena destruir tu propio mundo por hacerme sufrir a mí?

Nylena no me respondió, pero su gesto orgulloso permaneció inalterable.

—Eres una maldita despiadada.

—Y tú eres un perfecto manipulador. No eres tan diferente a mí, Córtex. Aprovechaste que Lummina estaba vulnerable. ¡Ella es tan pequeña y débil! Tú te aprovechaste de eso para engatusarla y lograr que se encapriche contigo.

—Lummina no es pequeña ni débil. Es una mujer.

Nylena rio y se puso de pie, caminando por mi lado. Cuando nuestros hombros se rozaron, ella se detuvo. Mientras ella miraba hacia un lado, yo miraba en la dirección opuesta.

—¿Y qué piensas hacer con Lummina? ¿Acaso la vas a volver a secuestrar en una aldea humana? ¿Volverán a tener un hijo, digo, una criatura de fuego? —me preguntó Nylena, pero no le di el placer de que escuchara mi respuesta—. Oh, ¿por qué no dices nada? Cuando huiste con ella a esa aldea humana y tuvieron un hijo, yo pude verlos. Que no te sorprenda. Soy una diosa. Yo sé, veo, escucho y siento todo lo que ocurre en Melcior. Ustedes creían que se escondían de mí, pero yo sabía a la perfección dónde estaban.

Mis labios se curvaron, incluso cuando luché por sofocar la crueldad de esa sonrisa.

—Seguro disfrutaste viéndonos. No es como si nos hubiéramos contenido las ganas todos los días.

Disfrutaba provocar a Nylena. Mi sonrisa se amplió aún más cuando ella se volvió hacia mí, clavándome las uñas en las mejillas y presionando con ira.

—No te jactes de eso, Cardillo, o más bien, ¿Cyrone? Ese nombre ridículo. Un varón con nombre. Qué idiotez. Escucha, «Cyrone», si Lummina vuelve a caer en mis redes y se enamora de mí, te obligaré a verlo todo. Todo.

—Como si fuera a enamorarse de ti otra vez.

Nylena presionó con más fuerza mi mejilla con la punta afilada de su uña, a punto de cortar mi piel.

—Soy una diosa. Creo que se te olvida todo el tiempo.

Me soltó el rostro y me empujó, pero tan solo retrocedí un paso. Se acercó al cristal del observatorio, y la imagen revelada enfocó un lugar en específico. Me quedé helado al ver a Aeris junto a Delfina, organizando a los niños en la mesa para cenar.

—¿Qué piensas hacer? Basta —le dije con el tono de una advertencia mortífera, pero Nylena usó sus manos para esclarecer el aura de vitalidad de Delfina, el cual era corto y tenue—. Detente ahora.

—Es una anciana, se morirá pronto de todos modos —dijo Nylena y se giró para verme y saborear mi expresión—. No creo que te duela demasiado que mate a una anciana. ¿O sí?

Expandió el aura de vitalidad de Aeris, el que brilló intenso en un color verde lima.

—Tiene muchos años de vida por delante. Es una hermosa mujer, hasta me recuerda a mí misma. ¿Ella te recordaba a mí?

—Por supuesto que no. —Mis palabras contundentes se marcaron con la esperanza de que notara mi amenaza, pero lamentablemente de seguro percibió mi desesperación en su lugar.

—¿Qué hay de los niños? ¿No quieres ver el aura de vitalidad de cada uno de ellos? Deben tener un brillo empalagoso.

—¡Ya basta! ¡Basta! ¡Te he dicho que pares de una vez! —grité como pocas veces.

Terminé respirando entrecortado por el cansancio. Ella me miró pudiente; seguía sonriendo porque sabía cuánto me dolía.

—Ellos me dan igual, Cardillo. Tú sabes lo que quiero, aquello que solo tú podrías darme. De seguro estás sorprendido porque sé que ellos son tu debilidad. ¿Creías que no me iba a enterar de que hacías vida social con humanos? Claro que lo sé. Todos sabemos que quisieras despojarte de la responsabilidad y el poder del serafín de la tierra y ser un opaco, debilucho e infeliz ser humano.

Me vi incapaz de encontrar una respuesta adecuada. Mis ojos se desviaron hacia el cristal, donde las brillantes vitalidades de las personas del orfanato destellaban.

—Entrégame a Lummina, Cyrone, es así de fácil. Jura en mi nombre que a partir de hoy la tratarás mal, muy mal. Eso debería bastar para que se desenamore de ti.

—No —respondí por impulso.

Nylena suspiró.

—Haré como que no oí eso. Por tu propio bien y el de estos humanos, repite conmigo, Cyrone: «Juro por la diosa Nylena que yo le romperé el corazón a Lummina».

Le sostuve la mirada. Prefería cortarme la lengua antes que jurar algo de esa envergadura.

Ante mi vacilación, Nylena elevó la mano sin apartar la mirada de mí. Sus dedos dispuestos para arrebatar todas las vitalidades de los del orfanato de una sola vez.

—Re... reconsidéralo. —No podía ocultar mi miedo en el tartamudeo, pero reuní valor y tomé aire—. Esos humanos que desprecias son mi iridia. Sin ellos, no existo. ¿Cómo será que llevarás adelante un mundo sin el serafín de la tierra? No tienes el poder de la naturaleza.

La diosa se inclinó al mirarme. No necesitaba pestañear, por lo que siempre me enfrentaba con sus pupilas muertas. Era casi tan perturbador como el hecho de que, por más que aguzara mi audición, me resultaba imposible percibir el latido de su corazón. Una criatura inanimada. Un concepto. Un ser corpóreo que podía ejercer control sobre todos nosotros. Una diosa.

—Yo solo quiero a Lummina —me aclaró—. Este mundo puede pudrirse en sequías, en hambre y sangre si por mí fuera. Si alguna vez cuidé de este mundo, era porque ella lo adoraba.

Sin que la diosa tuviera que mover un solo músculo, un dolor se asentó en mí desde el centro del pecho hasta las extremidades. Cada vena me ardía con un escozor similar al de estar congelándose. Consciente de que era Nylena transfiriéndome dolor físico, me contuve y no le di el placer de verme retorcer. Aunque algunas venas se me hincharon en la frente, me mantuve firme.

—Gyuri adora a esos humanos. Si los matas, ella jamás podrá volver a amarte —le dije, mientras los dedos de la mano me temblaban y debía poner toda mi fuerza de voluntad para mantenerme cuerdo—. Delfina se volvió... una segunda madre para ella, los niños, una razón por la que seguir... Aeris, Evren, Crod,

fueron sus primeros amigos... Incluso si me la arrebatas a mí, ¿podrás arrebatarla de ellos? ¿Podrás acaso borrar todo lo que...?

Nylena presionó aún más, implosionando mi cuerpo. Ante eso, me vi obligado a callar.

—¡Cállate! ¡Cállate! Oh, cómo me enfermas, imbécil. Maldita hierba seca y muerta. ¡Lydia me ha entregado a Lummina a mí! ¡A mí! Yo puedo cuidarla, crear seres humanos para ella, que hagan lo que ella quiera. Puedo hacer de este mundo su propio paraíso. Todo lo que me pida. Soy una diosa, Córtex. ¿Qué puedes ofrecerle tú? ¿Un árbol gigante? ¿O acaso qué puede ofrecerle uno de esos seres humanos con existencia efímera? Ni siquiera podrían acompañarla por el resto de su existencia. Yo soy eterna. ¡Yo soy todo lo que ella necesita!

—Entonces me darías lo que yo quisiera. ¿Es eso verdad, Nyl? —La voz de Gyuri nos sorprendió.

Nylena cesó la tortura que me infligía en el momento en que advirtió la presencia de Gyuri. De repente, pasé del dolor absoluto al alivio. Cuando me convencí de que la voz de mi mujer no era una alucinación producto de la agonía, me giré para verla.

Pasó por mi lado, ignorándome lo que más pudo, pero rozó mis dedos con los suyos antes de ponerse frente a la diosa.

—Lummina, ¡¿no le dije a Barrabás que te...?! —Nylena perdió los estribos por un instante, pero tras agarrarse el cabello ondulado se calmó—. ¿Desde qué momento has estado escuchando nuestra conversación? —Sonrió.

—He oído lo suficiente como para negociar contigo —dijo Gyuri.

—¿Negociar? —Nylena enarcó ambas cejas.

—Tú me das algo y, a cambio, yo me entrego a ti, en cuerpo y alma.

—Gyuri —susurré como un ridículo, ella miró a su costado para callarme.

La diosa sonrió con desconfianza.

—¿Qué necesitas? ¿Me vas a pedir que deje en paz a Córtex y lo deje vivir con sus humanos? Eres una romántica, Lummina, pero no te daré eso. No me basta tu cuerpo y tu alma. Quiero más. Deseo ser amada por ti.

—Puedo amarte —contestó Gyuri, con un tono que parecía escapar de sus labios envuelto en una sonrisa—. Lo que te pediré no tiene que ver con Cyrone. El poder del observatorio es absoluto, ¿no es así? Puedo ver con claridad cualquier lugar en cualquier momento, año, hora. ¿Verdad?

La diosa Nylena asintió; tan pronto lo hizo, negó con una sonrisa.

—¿Quieres ver algo en particular? ¿Eso a cambio de que me ames? —Nylena ladeó la cabeza—. Es un trato exquisito para mí. Tal vez demasiado bueno. No creo que serías tan condescendiente conmigo.

—Quiero que me muestres Nylem a la orilla del mar, año 80 de Milersar.

Nylena miró a un costado y se volteó hacia el cristal. La imagen se distorsionó, retrocediendo en el tiempo. Pronto, la vista se enfocó en la orilla del mar de Nylem. Nada más se veía la marea entrando y recogiéndose en la playa. Mientras continuábamos observando, a petición de Gyuri, de pronto me sorprendí al ver la aparición de Caelum, Lummina. Sus ojos parecían perdidos. Cayó de rodillas como si estuviera fatigada tras una larga caminata. Un grito ahogado

escapó de sus labios, apenas audible, y pronto fue bañada por una débil llovizna.

Ese fue el último movimiento que pudimos percibir en ella. Pronto, dejó de moverse por completo. Apreté los dientes cuando me di cuenta: presenciábamos el momento en que Caelum había perdido su iridia, tan solo unos días después de haber perdido a Nymmer.

—¿Eso querías ver, Lummina? —Nylena preguntó después de un rato.

—Aún no termina —le respondió Gyuri, con todos los ojos enfocados en la imagen.

Observamos la escena inalterada por un par de minutos, hasta que pronto apareció un hombre de avanzada edad, quien se acercó con arrobo al cuerpo aparentemente inerte de Caelum. La movió para despertarla, e insistió varias veces más. Luego sonrió y se volteó para llamar a otra gente. Otros cinco hombres le siguieron, ansiosos como cerdos. Uno de ellos se atrevió a derribar a Caelum con un empujón. Ella, al caer contra el suelo, recibió una patada llena de arena.

—Lu... Lummina, no querrás recordar todo esto, ¿verdad?

—Oh, yo no lo recuerdo, Nylena, a diferencia de ti.

—¿A qué te refieres?

Aparté la mirada de la imagen cuando uno de esos animales cogió a Caelum del pelo. Me asqueó verlos reírse. Lo único que recordaba de esos seis infelices eran sus vísceras, los ojos salidos de las órbitas, la sangre derramada en mi ropa. La garganta se me apretó y me lastimé con la fuerza con la que mis puños se cerraron.

—¿A qué me refiero, Nyl? ¿No estabas viendo todo esto desde el observatorio?

—Yo... no...

—¿O no es que todo lo ves, todo lo oyes?

—¿Qué insinúas, Lummina? —Nylena rio mientras negaba de manera exagerada—. Yo no hice que esos hombres a ti... ¿Cómo podría hacer eso? ¡Ellos hicieron lo que quisieron contigo! ¡Fue la voluntad de ellos porque todos los hombres son así!

—Y una mierda, Nylena. «Todos los hombres», un argumento pobre para una mente imbécil —mascullé iracundo, pero Gyuri se puso frente a mí antes de que pudiera seguir insultándola.

—Pero pudiste haberlos detenido, ¿no es así? Tú sabías dónde estaba yo. Pudiste haberlos matado, pero los dejaste continuar. Cuarenta y un días, y cuarenta y un noches. No creo que esa sea una respuesta viable. Nylena, atrévete a responderme. ¿Acaso tú eres la culpable de mi tortura?

Abrí ambos ojos con fuerza, impresionado por las conclusiones de Gyuri. Resoplé y llamé la atención de ambas. No había rastro de la sonrisa en mi rostro cuando Nylena me apuntó con el dedo mientras temblaba:

—¡Lo... lo hice porque estaba harta! Tú solías amarme, Lummina, lo nuestro era impecable y hermoso y me abandonaste. ¡Me abandonaste por vivir con los humanos! ¡Por vivir con un hombre! ¡Tenías que aprender de algún modo lo que los humanos, y peor, los hombres como él, son capaces de hacer!

La imagen infame seguía reproduciéndose detrás de nosotros. No me sentía capaz de mirarla, ni siquiera por un segundo. Bastaba solo uno para que mi ira amenazara con atentar contra la integridad física de esa imbécil, la diosa Nylena. Ella debió haberlo notado al vernos a ambos, el hecho de que ya no podía mentirnos más.

Gyuri se sumió en la desesperación y gritó. Aulló de impotencia y dolor, ocultándose el rostro con las manos. Cuando quise dar un paso hacia ella para calmarla, Nylena corrió hacia mí con una velocidad formidable. Tomó el impulso con tanta acción que me plantó contra el cristal del piso. La fuerza con la que me golpeé la espalda me cortó la respiración. Gyuri seguía gritando.

—Maldito bastardo, terminaste por romper a Lummina. La has puesto en mi contra una vez más. No me importa este maldito mundo ni esta maldita tierra. Acabaré contigo ahora mismo —gruñó como una loca—. Si ella sabe lo que es ser admirada, amada y deificada es gracias a mí. Que no se te olvide. Entre tú y yo no existe un punto de comparación, Córtex.

—Esa... es una forma... muy retorcida... de amar...

Nylena invocó el hacha celestial, dorada y afilada, y la alzó dispuesta a darle punto final a mi vida.

—Un dios es el único que puede darle un significado al amor, ¿no lo sabías?

Con el poco aire que me restaba, me las arreglé para hablar.

—Eso es cierto, pero solo en este mundo, en este retorcido mundo que has creado, diosa. En el siguiente, todo cambiará.

Estiré mi brazo a mi costado y, susurrando, sin ningún sonido cruzando mis labios, invoqué las lanzas del Empíreo:

La esperanza, desamparada ante la desgracia irreparable de los seres que nacerán en el futuro, marcados por la guerra, el dolor y la injusticia, nos llama a comenzar de nuevo.

Porque una divinidad de bondad no permitiría un destino similar.

Divinidad maligna.

Como serafín creador de la naturaleza, y con las lanzas del Empíreo, te reprendo.

Te reprendo.

Al oírme claramente y sin poder evitarlo, Nylena dio un salto hacia atrás en cuanto la lanza plateada se materializó en mi mano. Agazapada, sorprendida y un poco en pánico se contrajo al ver cómo me incorporaba. Con fuerza, me levanté y blandí el arma frente a mí. En mis manos sostenía un poder celestial capaz de rebanarle la garganta a la más alta jerarquía de nuestro mundo.

Me era desconocido el poder que recorría mi cuerpo y con el que podía desafiar cualquier restricción. Placer; sentí un placer implacable. Nylena ya no podía quitarme la voz ni frenar mis movimientos; era libre de hacer con ella lo que deseara.

Por vez primera.

—He esperado demasiado tiempo para este momento. Te voy a matar.

7

La diosa esbozó una sonrisa nerviosa, que se expandió aun más mientras se enfocaba en la lanza plateada en mis manos. El piso vibraba bajo mis pies. Solté despacio el aire contenido para concentrarme. Sabía que si no reaccionaba con rapidez, me devoraría en un instante. Nylena me cazaría sin piedad si yo permitía que tomara a Gyuri como rehén. Había anticipado cada amenaza, cada sabotaje de esa arpía en mi mente, por eso, cuando el suelo de cristal se resquebrajó, ya había desplegado mis alas en todo su ancho, y cuando Nylena daba el primer paso hacia Gyuri, yo ya la había arrancado del suelo con un ágil vuelo.

Los altos pilares que antes se erguían majestuosos y derechos ahora se deformaban, alargándose y curvándose como si fueran brazos que intentaban atraparme en pleno ascenso. Gyuri, desconcertada, se aferraba con fuerza a mi cuello. Tomé el anillo entre sus manos y volví a colocarlo en mi dedo.

—¿Qué haces? ¿Qué piensas a hacer? —me susurró con temor. Podía sentir su mirada aterrorizada fija en los principados que nos perseguían desde atrás. Gritó cuando las criaturas celestiales se nos abalanzaron y yo me dejé caer en picada.

Batí las alas para amortiguar nuestra caída, asegurándome de mantener el vuelo controlado mientras descendíamos. Aterricé en un terreno vacío de Catarbella, justo frente al gran podio. Sin pilares móviles a la vista, aquel lugar era ideal para defendernos.

Dejé a Gyuri en el suelo y la vi caer de rodillas, derrotada. Comprendía su estado; la revelación de Nylena seguramente la había dejado sin fuerzas. En lugar de abrazarla, me mantuve firme dándole la espalda. No permitiría que nadie se le acercara.

Con el anillo dorado tracé un arco invisible, y sonreí cuando los demás ángeles nos rodearon, aterrizando en filas.

Los principados fueron los primeros en acorralarme, con su baja estatura, alas áureas y calvas cabezas que brillaban bajo la luz de las estrellas. Luego vinieron los ángeles menores, trastabillando torpemente al tocar el suelo con sus alas de plumas perladas en tonos coral y sus cabellos rubios. Por último, los arcángeles, cuya jerarquía solo estaba un peldaño por debajo de la mía, se acercaron ondeando sus largos cabellos oscuros y desplegando sus alas negras, que se fusionaban con el ébano que teñía su piel.

—Ya basta —suplicó Gyuri, su voz quebrada por el miedo—. No quiero una guerra de serafines. No quiero que este mundo se acabe.

—Eres mi diosa, Gyuri —declaré sin mirarla. Con mano firme empuñé la lanza, mientras que con la otra tomaba un cigarrillo. Me lo llevé a la boca y lo aspiré con ganas. Para cortar cabezas de criaturas inocentes, necesitaría un poco de eso.

—Eres mi diosa. No habrá guerra alguna —repetí.

Sé que Gyuri siguió hablándome, pero sus palabras se desvanecieron en el aire cuando exhalé el humo y escudriñé el perímetro.

Los ángeles aguardaban, tensos, listos para responder al primer movimiento. Había llegado el momento para el que habían sido creados y entrenados durante toda su vida. Y, sin duda, ese momento había llegado también para mí.

Por eso no pudieron anticipar mi primer ataque. Con un solo gesto corté una línea frente a mí, desatando una fuerza colosal que atravesó la primera línea de principados. Sus cabezas se separaron de sus cuerpos en un rebote macabro, mientras la primera trompeta sonaba marcando el inicio del fin.

Avancé con determinación y rebané el brazo de uno de los arcángeles con la misma indiferencia. En un tercer movimiento clavé la lanza en el pecho de otro ser alado de plumas negras que se me acercaba por la espalda y la recuperé de inmediato.

—Los ángeles no se comparan con la raza humana —susurré, consciente de que era una afirmación arriesgada. Sin embargo, aquel que lucha por sobrevivir siempre es más fuerte que quien no teme a la muerte. Lo aprendí tras siglos de combates contra guerreros humanos.

Los ángeles que habían intentado emboscarme por el costado pronto quedaron atrapados en la estela cortante que dejé al darme vuelta con la lanza alzada. Al bajar la empuñadura, hice estallar en sangre al siguiente que se me acercó por debajo.

Miré hacia atrás y vi a Gyuri. Sabía que algunos ángeles intentarían atacarla. Ahí estaban, chocando en vano sus armas contra el aire. No tendrían éxito, ni siquiera podrían acercársele. El anillo en mi dedo aún mantenía el poder de las barreras invisibles, como aquellas que la encerraron en el fondo de Riveria. La serafina golpeaba la pared transparente tratando de salir; me gritaba, pero todos los ruidos eran ahogados por la solidez del refugio.

Odiaba tener que confinarla así; era la última de mis voluntades. Sin embargo, debía protegerla del ejército celestial.

Ignoré el dolor que se retorcía en mi pecho y volví a cortar. A rebanar. A separar.

Desde los pisos superiores de Catarbella, las dos serafinas descendieron para luchar a mi lado. Faraine tropezó al aterrizar y se sostuvo de mi hombro, mientras Neblina, ya con su lanza del Empíreo invocada, flotaba grácil en el aire.

—Te... reprendo —susurró Faraine, acabando el ritual de invocación de las lanzas. Luego se dirigió a mí—: Era demasiado pronto, Sonrisitas. Te aseguro que era demasiado pronto, pero estoy contigo en esta lucha. Moriremos juntos, ¿te parece? Tal vez nuestras cenizas vuelen juntas para siempre, para tu desgracia.

—O tal vez nos encontremos en el Gran Empíreo —respondí.

Al observar a Neblina arrasar con una veintena de arcángeles, dividiendo su lanza en múltiples partes para tirarla y clavarla en sus gargantas, supe que vencerla no sería tarea fácil. Yo ya le había prometido que me rendiría ante ella.

Miré a Faraine.

—Trucha, te he entrenado bien. Tú debes asegurarte de que esa víbora no se convierta en la próxima diosa.

—¡Qué presión me pones! ¡Por el Gran Empíreo! —espetó la serafina del mar antes de elevarse al cielo para atacar al ejército desde las alturas.

Yo me mantuve firme en el suelo. No había un mejor lugar para mí. Corrí hacia una fila de ángeles menores que intentaban subir y elevarse. También tenían alas y sabían que tendrían ventaja sobre mí si me atacaban desde arriba. Pero antes de que pudieran ejecutar su estrategia, yo ya se las había cercenado. Las plumas no volverían

a crecer, y seguramente por eso se dejaron asesinar en el siguiente ataque.

Era hora. Vi como mis adversarios retrocedían con cada paso que daba. Aterrorizados de mí; aunque no los mataría si decidían desertar. Solo debían dejarme avanzar hacia Nylena, debían quitarse de mi camino. Se los comuniqué con la mirada.

Busqué a esa mujer por todas partes. Las manos temblándome de la ira mientras empuñaba la lanza.

Hacia dónde...

Hacia dónde estás buscando.

Cardillo.

Mis ojos, cegados por una luz deslumbrante, se cerraron. Me sostuve la cabeza, y cuando abrí los párpados de nuevo, el mundo había cambiado. En lugar de la batalla en Catarbella, solo podía ver a través de las dos cavidades en mi rostro. Lo más desconcertante era que ya no había ángeles ni la ciudad celestial. Frente a mí había una alfombra conocida.

De repente me sentí tan exhausto, que aceptar que la guerra en Catarbella no había sido más que un sueño parecía más sencillo. Me encontraba en la casona de Dregonia, reconfortado por el murmullo de voces agudas que reían en la otra habitación. Jaci, una de las niñas del orfanato, se subió sobre mi espalda, empujándome hacia adelante.

—¡Juguemos! ¡Cyroneeeeeee! ¡Juguemos! —me gritó la pequeña.

Temblaba. El suelo trepidaba de forma sutil, casi imperceptible.

—Cyrone, deja de malcriar a la niña y tráela a cenar —me dijo Delfina con su voz temblorosa.

Hice un esfuerzo por mantener mis labios en una línea recta. Deseaban sonreír.

Me aferré a la sensación de que esa tranquilidad en mi corazón era una ilusión y negué con la cabeza.

—Esto no debería estar pasando —murmuré para mí mismo.

—¿Qué no debería estar pasando? —preguntó Delfina.

—Sí, ¿qué no debería estar pasando? —imitó Jaci—. ¿No quieres jugar, Cyroneeee?

Las manos de la niña pellizcando mi mejilla se sentían muy reales. Mi mente estaba envuelta en una bruma confusa.

—No estoy realmente aquí. Esto debe ser obra de... —Mi voz se detuvo, incapaz de pronunciar el nombre de Nylena.

Delfina ladeó la cabeza y llamó hacia atrás: «¡Torinilla!». En ese instante, Gyuri apareció, cargando un bebé de cabello blanco en sus brazos. No, no, no. Tragué con dificultad, sintiendo mi garganta seca.

La vibración del suelo se intensificó, pero solo yo parecía percibirla.

Gyuri entregó el bebé a Delfina y se acercó con grandes zancadas para arrodillarse frente a mí.

—Mi amor —dijo, tomando mi rostro entre sus manos—. ¿Te pasa algo? ¿Qué sucede?

Negué con la cabeza, jadeando mientras intentaba hablar, pero las palabras no salían. Mi lengua estaba entumecida.

—No estoy aquí —conseguí decir.

El temblor se hizo más fuerte.

—¿A qué te refieres? —Gyuri miró hacia atrás y volvió a dirigirse a mí—: Nos estás preocupando.

Salgan de la casa.

Huyan antes de que yo la derrumbe.

Miré a Gyuri y a Delfina, y vi que ninguna entendía el motivo de mi desesperación.

—¿Qué sucede? Cyrone, en serio —dijo Gyuri, frunciendo el ceño.

Cuando los presentes en la habitación miraron hacia arriba y notaron que las lamparillas colgantes se mecían oscilantes, ya era demasiado tarde. Las vigas comenzaron a desprenderse en nubes de polvo opaco y la primera estructura se desplomó sobre Delfina.

Para ese momento, yo ya había olvidado que todo era una ilusión.

Jaci chilló de horror y salió corriendo, mientras cuadros y vajillas caían de los estantes. Era peligroso dejarla escapar, pero la visión de *mi madre* aplastada y la de *mi hijo* bajo el derrumbe detuvo mi corazón.

Basta. Este terremoto es mío. El temblor cesará si dejo de sentir. Ya basta. Debo parar. Pero el caos no cesaba, y los gritos de dolor de los pequeños llegaban a mis oídos como si estuvieran siendo aplastados a centímetros de mí. De repente, un dolor agudo me atravesó el abdomen, un escozor insoportable que, a diferencia de otros ataques que había sufrido, no se disipaba en segundos sino que se aferraba con cruel insistencia.

Al mirar hacia abajo vi un arma clavada en mi cuerpo, sostenida por Gyuri. La imagen de mi amada, aterrorizada, se fusionaba con el dolor. El sufrimiento fue tan intenso que me sacó de la ilusión y me devolvió a la realidad. Los contornos de Gyuri se transformaron en un arcángel que me clavaba su lanza, solo para luego desencajarla de mi cuerpo con la misma frialdad con la que yo los había tratado a ellos.

Estaba de vuelta en Catarbella. Miré la herida sangrante en mi vientre y la toqué con mis manos temblorosas. Ardía.

Cuando tosí, la saliva en mi boca se mezcló con un líquido espeso y de sabor metálico que dificultaba mi respiración. Supe que era grave. Era muy grave.

Volteé hacia el centro del campo de batalla, donde Nylena revoloteaba sus cabellos espesos y largos, usando el poder que le quedaba de su antigua naturaleza del aire. Con un susurro amplificado, pronunció:

—Se han emancipado sus cuerpos, pero sus mentes... —Su voz se volvió un eco ominoso—, sus mentes me pertenecen.

Y cuando pensé que podía hacer algo al respecto, la bruma en mi mente intentó distorsionarse de nuevo. De soslayo, observé cómo el vuelo de Faraine se volvía errático y descoordinado. Sin embargo, el dolor, combinado con la sangre que brotaba a borbotones de mi abdomen, me arrastró de vuelta al presente con brutal facilidad.

No me atreví a mirar a Gyuri, que estaba detrás de mí viéndome colapsar. Mi herida no se curaría, especialmente con el apocalipsis ya manifestado; las armas de los ángeles podían matarme. Podían herirme. Herirme de verdad.

Mis veintiún ojos se desenfocaron en diferentes direcciones mientras caía de rodillas al suelo. *Ponte de pie, Córtex, ahora*, traté de ordenar a mi cuerpo, como si mis propias palabras pudieran imponerse como lo habían hecho siempre. Me sentía exhausto, más allá de lo que creía posible. Cuando un ángel menor, tembloroso y armado, se me acercó, supe que podría ser mi fin.

No.

Me forcé a levantarme de nuevo, con la mano presionando la abertura. El líquido no dejaba de brotar. El atacante y los demás ángeles retrocedieron, sorprendidos de verme luchar. Batí las alas no para elevarme, sino para mantenerme de pie. Apreté los dientes y me erguí tembloroso. No moriría, no sin antes enfrentar a Nylena. No sin demostrarle al mundo que mi lucha no había sido por venganza, agonía ni resentimiento acumulado desde mi nacimiento, por las falencias y anhelos no cumplidos. Había luchado desde el principio porque ella sonreía, porque Lummina me veía.

Ella me veía en ese instante. Lummina, Gyuri, cual fuera su nombre. Estaba ahí, así que pelearía. Aunque mi amor, imperfecto y a menudo destructivo, había devastado nuestras vidas una y otra vez, no me rendiría. Continuaría peleando, luchando por salvarla, por darle aunque fuera una pizca de lo que ella me había dado durante aquellos primeros años de vida, insignificantes y efímeros.

Con una sola mano giré la vara y le corté el brazo a mi atacante. No iba a sangrar. De repente, un nuevo rival, un arcángel oscuro que se había ocultado en mis puntos ciegos, me atacó por detrás. Un codazo y una patada en el pecho lo derribaron. No iba a sangrar. Pero cuando el mareo me hizo bajar la guardia, otra espada celestial se hundió en mi espalda. No iba a sangrar. Maldita sea.

No frente a ella.

Pero estaba cansado.

Muy cansado.

Ah, qué repugnante. La espesa sangre saturaba mi boca, mi nariz y mis manos. Mi rostro estaba cubierto de ella mientras caía y me apoyaba en el suelo. El arcángel más intrépido se me acercó de nuevo y, seguro de que no podría moverme para evitarlo, me

atravesó con su sai, retirándolo con la mismafacilidad con la que se extrae de un colchón. Cuando me intenté mover, me perforó otra vez.

Miré mi anillo desenfocado, agónico, brillando bajo el cielo hermoso. Ojalá hubiera sabido cómo usarlo para curarme. Con él solo sabía crear ilusiones y engaños, barreras y cárceles. Suspiré.

Al menos podría ver sus ojos una vez más.

Sus pequeñas manos, sus pucheros y sus mejillas infladas.

Las mejillas llenas, como las de su madre.

Sonreí.

«Menudo sol hecho amor, manitas calurosas, cielito de infinito color, descansa en mí... Por ti, Melcior, conquistaré...»

Esa canción de cuna...

Mi pequeño sol.

8

Nylena.

La voz de la mujer de mi vida resonó en lo profundo de mi mente. Me preguntaba si Nylena seguía esforzándose por controlar mis pensamientos mientras me perdía en la inconsciencia. Era inquietante cómo imitaba la voz de Gyuri tan bien. Pestañeé, convencido de que me estaba volviendo loco cuando una pequeña mano intentó abrir la mía. Al hacerlo, me despojó del anillo dorado.

Imposible. Era una visión. ¿Lo era?

Sentí que la misma mano que me había quitado el anillo ahora tocaba mi herida, disipando el dolor que me consumía. Desperté de golpe de mi debilidad. Tomé aire y me senté en el cristal. Respiré aliviado, curado.

Busqué donde antes estaba Gyuri encerrada en la barrera, pero ya no estaba allí. Al mirar hacia arriba, la vi observándome desde su posición, seria, con el anillo de oro ajustado en su dedo.

—Yo... te amo, Cyrone, pero no necesito más protección —susurró ella antes de darme la espalda y dirigirse a Nylena—. No requiero ser protegida, encerrada, engañada ni ultrajada para aprender lecciones o para mantenerme con vida.

Los ojos en las alas traseras me observaban con atención. La serafina estiró el brazo y murmuró las palabras necesarias para conjurar una lanza del Empíreo:

—La esperanza al verse desamparada...

Pero mientras ella hablaba y la lanza se materializaba en su mano, *Nylena* volvió a reverberar en mi cerebro. De su boca, de su voz. ¿Cómo?

Gyuri seguía frente a nosotros, pero esa palabra se reproducía en nuestras mentes independiente de ella.

Nylena.

—¡¿Lummina?! —gritó la diosa, mirando hacia todas partes.

Pero la verdadera, la corpórea Caelum, seguía recitando el rito del apocalipsis.

—Como serafín creador de la naturaleza, y con las lanzas del Empíreo, te reprendo. Te reprendo, Nyl...

Gyuri ahora sostenía la lanza con una facilidad sorprendente. *Nylena* seguía resonando en mi mente, un eco interminable que me atormentaba. Estaba exhausto por las voces que profanaban mi cabeza. Los demás ángeles retrocedieron desconcertados. Algunos se tapaban los oídos, intentando silenciar la voz que les martilleaba el casco y se apoderaba de ellos.

Nylena. Nylena.

Una niebla oscura y rojiza nos envolvió, creando una atmósfera de caos y desesperación. Cuando Gyuri gritó, una luz relampagueante estalló en el cielo:

—¡Te reprendo! ¡Maldita mujer despiadada!

Nylena. Nylena.

Otro rayo impactó en el suelo de cristal, astillándolo y amenazando con hacer colapsar toda la ciudad.

—¡Los humanos son malvados! ¡Ellos me destruyeron! ¡El mundo de Melcior está roto, roto! ¡Los odio! ¡Los odio a todos los humanos! ¡A todos los ángeles! ¡A todos! —gritaba con desesperación.

Traté de ponerme de pie, mas resbalé con la cara contra el suelo y por eso me sorprendió encontrar un pie descalzo justo frente a mí, a punto de pisarme la cabeza. Alcé la vista y la vi. Era Lummina, con su largo y voluminoso cabello rubio y rizado, que se extendía como un halo a su alrededor.

—¿Qué? —murmuré al ver a mi antiguo amor de pie frente a mí. Sus ojos, sin embargo, estaban blanqueados y refulgían en la oscuridad.

—Nylena —pronunció Lummina, pero su voz se oyó dentro de mi cabeza.

—Nylena —dijo a la vez otra versión de Lummina detrás de mí.

Me horroricé al ver dos figuras exactamente iguales. Luego tres, hasta que finalmente distinguí por lo menos seis. Estaban multiplicadas a mi alrededor en una extraña repetición, y eran las únicas que podían mantenerse de pie en medio del caos que nos rodeaba.

Los relámpagos se detuvieron abruptamente y el cielo volvió a sumirse en la oscuridad total. No podía ver nada; todo era tan oscuro que ni siquiera podía distinguir entre tener los ojos abiertos o cerrados.

Nylena Aestus.

Neblina Aestus.

Xylo Coltrese.

Neblina Aestus.

Nylena Aestus.

Xylo Coltrese.

Esos nombres se repitieron en mi mente, reverberando con la voz de Lummina. Luego, otros nombres, desconocidos para mí, se

hicieron presentes en mi cabeza. Cada uno resonaba con diferente intensidad, susurrados por voces invisibles en el vacío de mi mente.

Dan Loner. Nylena Aestus. Domme Scratiria. Klause Volt. Neblina Aestus. Xylo Coltrese. Domme Scratiria. Dan Loner. Nylena Aestus.

Las voces eran tan insoportables que me vi obligado a cubrirme las orejas, como si eso pudiera mitigar el sonido.

Por fin, en la penumbra distinguí una luz brillante, aislada entre los demás ángeles menores, arcángeles y almas errantes. Nylena estaba envuelta en fuego, su piel ardía e iluminaba todo a su alrededor. Se giró lentamente en dirección al podio, casi el único elemento de Catarbella que no se había quebrado por completo. Pero allí, sentada en el trono de Nylena, estaba Gyuri. La chica de cabello corto y rizado, con el anillo en su dedo.

—Me dijiste que podía crear lo que quisiera para mejorar tu mundo, Nyl —habló la serafina—. Para eso me diste este anillo.

—Pero no debías destruir Catarbella con él, Lummina.

—Ni tampoco debías destruirme con tu poder. —Gyuri se estiró en el trono viendo cómo Nylena se envolvía de brasas—. ¿Sabes? Me preguntaba cómo es que habías irradiado calor a Melcior, si ese no es el poder de un dios. Es materia, naturaleza, el fuego pertenece a los serafines.

—Lummie..., no...

—Pertenece al quinto serafín.

—Lummina, detén esto. No querrás que acabe contigo.

—No querrás hacerlo tú, querrás decir, porque no puedes. Me amas, ¿no es así, Nylena? Soy tu iridia. ¿Cómo podrías acabar con lo único que te hace moverte? Debiste pensarlo mejor.

—Hiciste lo mismo, Lummina. Tu iridia era un niño.

—¿Mi hermano, Nym? Oh, sí. Él era mi iridia. Fue quemado en Nylem. Ahora me pregunto quién lo mató y cómo. ¿Con qué poder?

—¿Cómo puedes seguir moviéndote sin tu iridia? —cuestionó Nylena, dando un paso hacia ella.

—Porque mi iridia es tan grande que no importa cuánto me aleje de ella: sigue brillando.

Gyuri levantó la mano y apuntó su dedo hacia Nylena.

—Oh. Acaso... ¿acaso soy tu iridia, Lummie?

Permanecí inmóvil mientras la serafina se levantaba de su trono y se dirigía hacia la diosa. Caminaba grácil, irradiando una confianza abrumadora. No aparté los ojos de ella ni por un instante, incluso cuando me rodeaban las copias perfectas de Lummina.

Gyuri abrazó a Nylena, envolviéndose en sus llamas, y de pronto vi cómo la espalda de la diosa se arqueó abruptamente. No fui consciente de lo que había ocurrido hasta que observé que la serafina usaba toda su fuerza para arrancar su mano del abdomen de la diosa.

Me levanté de un salto al darme cuenta de lo que había sucedido: Gyuri había atravesado a Nylena y había extraído de su cuerpo lo que parecía ser su corazón. Sin embargo, al observar con más atención me di cuenta de que no era un corazón lo que sostenía en sus manos. Era un huevo.

Las llamas que envolvían a la diosa fueron absorbidas por aquel óvalo.

—Nymmer, mi hijo. Lo usaste para irradiar calor a Melcior.

¿Nym...? Exhalé el aire que había contenido en el pecho. Sus ojos, sonrisa y cabello aparecieron en mi memoria con tanta nitidez que,

de haber tenido tierra ahí en las alturas, habrían surgido millones de flores marchitas.

—No me entiendes —dijo Nylena, debilitada por la herida y de rodillas frente a Gyuri. Su voz sonaba ronca, como si estuviera enferma.

—¿Que no te entiendo, Nyl?

—¡Tú eras el amor de mi vida! Te marchaste junto a ese serafín asqueroso. Un hombre repugnante que te tocó todos los días y yo estuve en el observatorio, cada segundo, destruyendo mi mente al verlo. Luego tuviste un hijo con él. ¿Qué esperabas que hiciera? Me estabas destrozando, Lummina, ya no podía caminar. Mi iridia estaba casi agotada. Necesitaba una parte de ti, la que fuera. Tomé a ese niño y por fin pude volver a moverme.

Gyuri frunció los labios y la abofeteó.

—¡Maldita escoria de diosa! —gritó la serafina, lo que debilitó a Nylena todavía más.

Gyuri se subió sobre ella, dispuesta a golpearla con torpeza.

—¡Yo solo quería hacerte feliz! —gritó Nylena, quejumbrosa.

—¿Querías hacerme feliz? Mira a tus espaldas.

Nylena se giró hacia mí con dolor en sus ojos, pero su atención estaba enfocada en las figuras repetidas de Lummina que me rodeaban. Las almas errantes, que habían sido liberadas, se deslizaron entre las figuras, envolviéndolas por completo en una danza misteriosa. Las figuras de Caelum comenzaron a deshacerse en heridas, como si fueran marionetas cuyos hilos se estuvieran cortando. Me horroricé al verlas inmóviles como muñecas, envueltas en moretones y cortes, heridas abiertas y sangrantes, gimiendo en suciedad y dolor.

—¿Cómo pudiste hacerme eso?

—No, no —negó la diosa, las lágrimas bañaban sus mejillas—. Lummina. Perdóname...

Gyuri agarró a Nylena del cuello de su vestido para atraerla hacia sí. Los once ojos negros de sus alas la enfocaron con odio.

—Puedes pudrirte, Nylena. Jamás te perdonaré, jamás.

—Lummina, por favor...

—Mi nom-bre-es-¡Gyuri! —masculló de manera entrecortada.

Con esas palabras, Nylena comenzó a ennegrecerse, como si la oscuridad se filtrara a través de sus venas. Su forma, una vez majestuosa, se desfiguró ante mis ojos. Su iridia consumida la dejó inmóvil, inanimada. Las almas errantes que habían herido a las copias de Lummina se acercaron a Nylena, quien, a pesar de toda su grandiosidad, era incapaz de huir al verlas acercarse. Una vez sobre ella, la envolvieron, la hirieron, la destrozaron y Gyuri tan solo se quedó de pie presenciándolo.

Sonreía con tal maldad que su rostro me resultaba irreconocible. No era Gyuri, al menos no la mía. Tuve que enfocarme bien en su expresión, hasta que muy al fondo de su mirada pude dilucidar que en realidad sufría al saborear esa cruel venganza.

Aún sostenía en su mano el huevo que brillaba de manera ominosa, testigo silencioso del caos que le rodeaba.

Neblina, que probablemente había estado presenciando todo con satisfacción, se reveló entre los ángeles que la ocultaban.

—Como me lo esperaba, sucedió al pie de la letra. No era necesario aniquilar Catarbella casi en su totalidad, pero podemos omitir eso. La muerte de la diosa da inicio oficial a la guerra de los

serafines. —La serafina del aire sonrió revelando toda su hilera de dientes.

Gyuri observó a Neblina y caminó de vuelta al trono.

—Oye, ¿qué crees que haces? Tenemos que luchar por ese trono, ¿qué te pasa?

—Serafines de la naturaleza, el trabajo que han hecho es considerado insuficiente, acabado, vil —vociferó Gyuri desde su posición—. Aestus, no solo asesinaste niños inocentes para convertirlos en tus vasallos, también destruiste la superficie de Melcior con huracanes, bajo fines egoístas e injustificados.

—Pero ¿qué clase de poder te estás atribuyendo? —La serafina del aire intentó interrumpirla, pero sus piernas se doblaron y cayó al suelo.

Me tensé al mirarla caer y al darme cuenta de que Gyuri en ese momento tenía control sobre todos nosotros. Era evidente que sus acciones habían alterado de modo irrevocable el equilibrio de poder en Catarbella y que estábamos a merced de sus decisiones. Nylena no había desaparecido del todo, por tanto, seguía siendo su iridia, y ese anillo que tenía le entregaba todas las facultades divinas.

—Aestus, te degrado de tu puesto celestial. Tu condena es vivir en el inframundo como una mortal —sentenció Gyuri.

Neblina se estremeció ante la noticia e, incapaz de responder, permaneció en silencio, su lengua sellada por el poder de la diosa.

—Aestus, no te atrevas a rogar piedad. Mataste a mi familia. No esperes misericordia.

Gyuri elevó la mano y, como si contactara con lo más profundo del cielo, un relámpago enceguecedor chocó contra el terreno, envolviendo a Neblina y transformándola. Sus alas se le

desprendieron de la espalda, mientras sus ojos recuperaban sus pupilas y su piel perdía su brillo y color característico. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al verla perder el equilibrio y la consciencia, dejando que su rostro chocara contra el suelo cristalino con un estruendo sordo.

—¡Oh, por todos los reinos celestiales! —exclamó Faraine, escondida y agazapada a mi lado—. ¡La ha convertido en un ser humano!

La serafina del mar se encogió cuando Gyuri plantó su indiferencia en Neblina y dirigió su mirada hacia ella.

—Hilaris. Tus motivaciones egoístas destruyeron el sesenta por ciento del océano y a los seres vivientes que lo habitaban. Te enfocaste en crear tu propio paraíso con personas acuáticas y no exploraste el resto de tu territorio para abastecerles.

—Pero... pero ¡eso era imposible! ¡El océano es inmenso y yo tenía que cuidar a mi gente!

—Tu gente eran todos los que habitaban el océano, Hilaris. Los has matado por omisión. Antes de eso ni siquiera te importaban las vidas de los mismos, por estar enamorada de una criatura que ni siquiera coincidía con tu especie. —Gyuri entrecerró los veintiún ojos —. Por lo visto, mereces ser degradada de tu posición de serafina, condenada a vivir en la tierra como un mortal.

—Gyuri, ella no... —La enfrenté y traté de hacerla razonar, pero me calló adormeciendo mi lengua con un gesto de su mano.

—¡Podemos ponernos de acuerdo! ¡Puedo explorar el océano y repoblarlo! No tienes que...

Haciendo caso omiso de los ruegos de Faraine, la serafina del cielo alzó la mano con el anillo y otro relámpago estalló contra el cuerpo

de mi hermana. Para mi absoluto horror, no perdió el color de su piel ni sus alas, sino que su anatomía completa se deformó, estirándose en una danza macabra. Sus músculos se retorcieron mientras su cuerpo se sacudía con convulsiones violentas, transformándose.

Vi cómo le crecían escamas voraces, formando una armadura sólida que cubría su piel, mientras sus ojos adquirían pupilas reptilianas inyectadas de abominación. Su rostro se distorsionó de manera grotesca, coronándose con colmillos amarillos y afilados que desafiaban cualquier comprensión de lo que había sido alguna vez mi hermana.

Retrocedí horrorizado, desconcertado e intentando con todas mis fuerzas convencerme de que no era real. Mi corazón se desgarró al recobrar mis memorias de cuando Faraine era una pequeña querubina, las que se eclipsaron ante la imagen de esa serpiente gigante.

¡¿*Qué has hecho?! ¡¿Qué le has hecho a Faraine?*!, quise decirle a Gyuri, pero no podía separar mis labios.

—Comartus estará esperándote en Riorense, Faraine —le dijo la serafina del cielo, ignorando mi intensa mirada demandante. Ante la noticia, mi hermana dejó de retorcerse asustada y se acurrucó en sí misma, formando un espiral con su largo cuerpo.

Me acerqué a ella y apoyé la frente sobre sus escamas.

—Córtex. Has faltado a tu labor, has provocado un terremoto con tu ira, que ha acabado con la estructura de todos los hogares de las ciudades colindantes. Nylem, Dendroría y la mismísima Dregonia.

Tú sabes por qué lo hice, traté de transmitir con la mirada enfurecida. *¿Cómo eres capaz de mirarme así después de todo lo*

que hemos vivido? ¿Después de lo que hemos hecho? Aún no podía hablar, pero negué con la cabeza intentando transmitírselo.

—No solo eso, sino que has abandonado una aldea completa a su suerte tras el Gran Diluvio —dijo Gyuri, ladeando la cabeza.

Riurian. Caminé hacia ella porque no sabía cómo comunicarme, pero mis piernas perdieron toda la fuerza y control. Caí rendido a sus pies y la miré desde abajo, sintiendo su imponente presencia en el podio.

—Serás degradado de tu posición de serafín, condenado a vivir en el inframundo como un mortal —sentenció.

No me alcanzó el tiempo para sorprenderme cuando el relámpago me cayó encima, aturdió mi cuerpo, lo paralizó y dejé de ver por los ojos de mis alas, para recuperar los dos que tenía en el rostro. Mi piel perdió el color hasta opacarse por completo y de pronto sentí una debilidad insoportable. Mis manos dejaron de ser negras bajo las vendas. Caí al suelo cristalino y me mezclé con la nebulosa que lo cubría. Sentí tanto frío que se me erizaron los vellos. Respiré y el aire entró con dificultad por mi garganta. Un pitido en mi oído se apoderó de mis pensamientos y comprendí que era debido a la altura a la que estábamos. No supe cuánto tiempo permanecí inmóvil, pero cuando logré separarme del suelo y agacharme, unos brazos me rodearon el cuello. Eran sólidos y quemaban un poco.

Abrí bien los ojos y enfoqué a Gyuri, que había bajado del podio y me miraba con una sonrisa dulce, aquella que sí le conocía.

—Gyuri. ¿Qué has hecho? —le pregunté. Me temblaba el cuerpo.

—Luces aún más precioso como un humano, Cyrone. Ve a vivir en el mundo que tengo preparado para ti. Regresa con Delfina, Aeris y los niños. —Comencé a negar con la cabeza al entender lo que me

estaba diciendo—. Te amo. Te amaré incluso cuando mueras. Te amaré por siempre.

—No, nono, no. No, no, no, no —insistí.

Gyuri me entregó el huevo que tenía en sus manos y, al sostenerlo, sentí una oleada de afecto hacia ese frágil objeto. Mis dedos acariciaron su superficie con delicadeza, como si fuera un tesoro precioso que debía proteger con todo mi ser.

—¿Qué crees que haces? —le pregunté ahogado en las palabras —. No puedes renunciar a todo lo que una vez quisiste. No puedes renunciar a mí.

—¿No te das cuenta, Cyrone? Alguien tiene que cuidar del mundo, y Nylena ya no puede. —La serafina giró hacia el cuerpo inanimado y destrozado de la diosa, luego me volvió a ver—. Soy la culpable de que este mundo se haya quedado sin un dios, sin una figura celestial que les cuide. Debo tomar su lugar.

—No. —Tragué con dificultad, intentando acostumbrarme a la debilidad de ese cuerpo—. Devuélveme los poderes, también a Faraine, a Neblina. Todos hemos causado esto... somos culpables. Todos debemos responsabilizarnos.

Ella me sonrió con melancolía; aunque aún lucía desesperada, trataba de transmitirme una calma que no sentía.

—¿Somos realmente culpables, Cyrone? —Ella acarició mi mejilla —. ¿Somos realmente culpables por querer lo que queremos? Poder, amor, amistad, un hijo... somos humanos.

—No somos humanos, somos los serafines de la naturaleza.

—Fuimos niños, Cyrone, niños que murieron muy pronto. Niños que al renacer tuvieron la oportunidad de cambiar el mundo y no lo hicieron.

Gyuri se levantó y me miró desde arriba. Intenté levantarme, pero el mundo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Sentí un mareo repentino y una náusea abrumadora. Me aferré al huevo con todas mis fuerzas, temía dejarlo caer y que se rompiera.

—Cuidaré de este mundo como sea, intentaré hacerlo mejor, aun cuando sea imposible. —La expresión de Gyuri se colmó de desesperanza—. Sí. Lo es. Es imposible. Todos los niños se vuelven malos tarde o temprano, tan solo míranos a nosotros.

—Me importa un carajo que sea así, Gyuri. Solo quiero estar contigo, no me degrades —le dije con la poca sensatez que me quedaba—. Si es aquí en Catarbella, si es allá en el inframundo. Quédate conmigo.

Pero se volteó y caminó en sentido contrario, dejando mi petición sin una respuesta.

—El último guerrero en pie gana. Se da fin a la guerra de serafines. Buen viaje al inframundo, exserafines de la naturaleza —acabó Gyuri y pronto el suelo en el que estaba arrodillado dejó de ser sólido, desapareció.

Observé a Catarbella alejarse de mí mientras el vacío me engullía, entregándome a la gravedad y al vértigo que agitaba mi estómago mortal. El viento rugió en mis oídos mientras atravesaba las nubes. Los humanos no sobrevivían a esas caídas. *Morían, morían, iba a morir, moriría. Oh, Catarbella, moriría*. El dolor sería inmenso, y yo moriría. ¿Era eso el miedo a la muerte? ¿Era esa la muerte que tanto ansiaba, pero ahora temía? La velocidad de mi descenso devoraba la distancia que me separaba del inmenso océano que me recibiría. Me aferraba al huevo con todas mis fuerzas, como si fuera mi último acto de amor antes del inevitable final.

Mientras caía, una oleada de aire me golpeó y de pronto reboté sobre el lomo de una criatura. Me aferré a los pliegues de su espalda como si fuera mi última oportunidad y, de hecho, lo parecía. Aturdido por las emociones, me encontré sobre el cuerpo del dregonilio. Era Anthos. Reí nervioso y lo saludé. Acaricié su lomo y me aferré a él cuando casi resbalé y caí de nuevo al vacío.

Levanté la vista y divisé a Faraine cayendo como una serpiente gigantesca hasta aterrizar en el océano y sumergirse en él. Parecía ilesa, y concluí que debía ser un monstruo marino.

Anthoperatus voló de vuelta a la tierra. Nos reflejamos en el mar ondulante y las estrellas móviles lo adornaron. Si miraba hacia atrás, podía observar cómo Catarbella se encerraba en una terrible cápsula de niebla roja. Estaba aislada en el cielo, todavía con relámpagos estallando en sus bordes.

Tocamos la orilla del mar en Nylem y me bajé del lomo del dregonilio con dificultad. Caminé hasta que mojé mis pies en la espuma del mar. Vomité por interminables minutos. Cuando creía poder parar, todavía seguía, sintiendo como si fuera a ahogarme. Me lagrimeaban los ojos y la garganta me quemaba. Nos habían dicho que los serafines teníamos cuerpos humanos, pero nadie nos advirtió que ser un mortal implicaba esa debilidad, ese dolor, ese simple castigo por estar vivo. Me alejé del mar cuando pude respirar otra vez, pero el cuerpo me pesaba y me regresaba al suelo. Anthos se me acercó y olfateó mi cabello. Respiré por la boca repetidas veces, con fuerza, como si me costara demasiado, mientras todavía me ardía la garganta quemada por el ácido estomacal.

Me abracé al huevo con miedo de romperlo, temeroso de trisarlo siquiera.

Un croar me trajo a la realidad y me senté en la arena. Me espanté al ver un anfibio mirándome fijo, croando una y otra vez. Era Flye, por los reinos celestiales. Era Flye.

—Croac —insistió—. Croac. —Su pecho se inflaba y desinflaba.

Negué con la cabeza y me di cuenta de que una lágrima surcaba mi mejilla. Me la sequé, pero luego salió otra, y así sucesivamente.

—No... no te entiendo, Flye —balbuceé.

—Croac. Croac.

Anthos rugió a mis espaldas y me destrozó todavía más.

—Croac.

Dejé el huevo de manera cuidadosa junto a Flye, enterrándolo apenas bajo la arena, asegurándome de que estuviera protegido.

—Llama a Aeris, sé que te seguirá. Vendrá por ese huevo y lo cuidará. No sé si me entiendes, Flye. Por favor... no lo dejes solo.

Me puse de pie, pero pronto mis piernas volvieron a fallar. Caí y me raspé las rodillas. Las sobé con las manos y las encontré remojadas de sangre. Tragué saliva y la garganta me volvió a doler.

Me puse de pie a duras penas, porque la debilidad no me vencería. Vi el mar extendiéndose a lo lejos y pensé en lo que sería morir ahogado. Si moría, regresaría a Catarbella y volvería con Gyuri.

Acaricié la idea en mi mente y anhelé hacerlo, más que cualquier otra cosa que pudiera haber anhelado nunca.

—Croac, croac. ¡Croac!

Di un paso tras otro hasta entrar en el mar, pero la ola se alejó de mí. Di otro y el mar se recogió nuevamente. Sabía que estaba en mi poder continuar avanzando porque el mar no podría encogerse por siempre, por lo tanto, seguí.

Seguí. Debía volver a Catarbella.

Debía volver.

Lo haría, volvería. Sin duda.

Mis piernas volvieron a fallar en el agua y cuando enterré mis rodillas ensangrentadas en la arena, el agua salada provocó me provocó un ardor insostenible que hizo que estallara en un llanto desconsolado. Mi llanto me recordaba al de Goldin en el orfanato. Lloré fuerte como un niño. Lloré y me sentí muy bien.

Jamás había sentido las lágrimas remojando mis mejillas. Era un momento hermoso. Sollozar a viva voz, ahogándome entre lágrimas y respiraciones entrecortadas, algo que se suponía que un hombre jamás debería hacer. Por fin podía permitírmelo, por fin.

Debía seguir llorando y limpiarme.

Después de llorar podría levantarme y dar otro paso.

—Croac.

Me giré una última vez y aprecié cómo Flye saltaba extasiado alrededor del huevo que yo había depositado en la arena, el cual comenzaba a trisarse por sí solo, revelando el misterio de la vida que yacía en su interior. Con ternura, enjugando mis ojos, lo contemplé a lo lejos.

—¿Nymmer? —susurré antes de ponerme de pie y regresar a él.

Epílogo

Desearía poder afirmar que recuperarme tras tu partida fue una tarea sencilla. Me gustaría decirte que regresar al orfanato fue como si nunca lo hubiera abandonado en primer lugar. Sin embargo, había varias cosas que ya no eran lo mismo, comenzando con que ya no escuchaba la voz de mi mejor amigo.

A pesar de eso, Flye seguía siendo mi constante compañero, croándome incluso cuando nuestra comunicación era difícil, permaneciendo a mi lado mientras yo me sumía en mi silenciosa tristeza. Seguramente no te sorprenderá en lo absoluto que, a pesar de tener la opción de regresar con el resto de las ranas, quienes, a diferencia de mí, podían entenderlo, Flye eligiera quedarse a mi lado.

Habíamos convivido tanto tiempo que, sin duda, al menos podía intuir lo que el anfibio quería decirme. Días después de haber dejado atrás Catarbella para siempre, caí enfermo. No estaba familiarizado con la sensación de tener síntomas, de estar «malo», y de sufrir por apenas poder respirar por la nariz. Fue entonces cuando Flye emitió su característico croar, y con eso supe que me estaba reprendiendo. Entre estornudos tuve que responderle, rogándole que fuera justo conmigo, que jamás había tenido que preocuparme por mi salud, por evitar los virus humanos o por abrigarme del frío de la noche.

Sin embargo, me veía obligado a salir con regularidad de la casona para no enloquecer, incluso en medio de la peor de las gélidas exteriores.

Esa casona era una auténtica pesadilla. A Delfina le encantaba colgar espejos por todas partes; decía que el mundo se volvía infinito al hacerlo. Aún no comprendo por qué tenía esas ideas tan peculiares. La vejez de su cerebro había comenzado a manifestarse. Antes de que me relegaras a ser un mortal ella no mostraba esas fijaciones extrañas. A veces pienso que lo hizo para llenar el espacio con imágenes, como si intentara compensar la ausencia constante de Polett, que dejó al orfanato con un vacío infinito.

Por supuesto, me aterraba pasar frente a los espejos y ver mi reflejo. Era extraño observarme de esta manera, deslizar las manos por mi cabello y no encontrar orejas puntiagudas, ni la base de una oscura cornamenta.

Seguro que los demás me consideraban un loco. Los niños del orfanato habían olvidado todo lo que alguna vez les conté sobre mi antigua naturaleza, habían borrado de sus mentes la imagen de mis cuernos y el día en que confesé ser un serafín. Fuiste tú, ¿verdad? Tú borraste sus recuerdos para que yo pudiera vivir en paz entre los humanos. Fue un gesto amable por tu parte, quizá te lo hubiera agradecido si no hubieras sido tan cruel como para manipular los recuerdos de todos los demás y dejar los míos intactos. Yo era el único cuyo corazón se rompía al escuchar a los demás sustituir «Nylena» por «Caelum», invocándola en cada sorpresa, miedo o asombro. ¡Por la diosa Caelum! Parecía una mofa de tu parte.

Días después de la caída de los tres serafines, comenzó a llover cada dos días. Ya no era necesario extraer agua de los profundos estanques ni transformarla de salada a dulce. Ahora teníamos en abundancia.

Muchas otras cosas cambiaron. Por ejemplo, ya no se veían los dragonartos rondando por el domo de Dregonia. Los niños que preferían quedarse en casa podían hacerlo, mientras que las niñas que deseaban unirse a la Guardia (ahora reducida a una Guardia Civil) tenían esa opción. Por eso, era común ver a Rydel sentado en la mesa con regularidad, sumido en la lectura de libros. Cuando le preguntaba qué estaba leyendo, solía responder que no estaba seguro y me mostraba los dibujos, señalando con su dedo alargado imágenes de ángeles con alas y múltiples ojos.

Una vez me preguntó: «¿Por qué siento que los he visto alguna vez?». Observé detenidamente su cabeza, sin cuernos y con orejas redondeadas. «Tal vez los habrás visto en tus sueños. Tu cerebro sabe cómo confundir la realidad con la ficción, por eso sientes como si conocieras a los personajes, aunque no existan», le mentí. Él era muy perspicaz, lo sigue siendo hasta el día de hoy. Aún me duele recordar su respuesta.

«No me explico por qué siento tanta nostalgia. Pues bien, ni siquiera recuerdo cómo aprendí a leer. ¿Cómo iba a entender algo tan complicado como esto?»

Nymmer. No creas que me desentendí de él, todo lo contrario. Pasaba la mayor parte del tiempo observándolo, cuidándolo y meciéndolo en mis brazos para calmar su llanto. Seguramente lo viste desde el observatorio, cómo tu hijo lloraba sin cesar, sin importar lo que yo hiciera. En los escasos momentos en que cesaba, me sentaba junto a su cuna para cerrar los ojos y descansar brevemente. Pero pronto volvía a estallar en llanto. No olvido su rostro enrojecido, que parecía un fruto maduro del bosque. Siempre lucía así.

Delfina y Aeris no entendían por qué le prestaba tanta atención a ese bebé que había sido abandonado en la puerta del orfanato. No sospechaban que ese niño era de mi sangre y yo preferí no decírselo para evitar tener que hablarles sobre su madre. Sobre ti.

Lo más desgarrador de presenciar el llanto de Nymmer era comprender que no se debía solo a su frecuente fiebre, causada por la elevada temperatura de su cuerpo, sino porque extrañaba tu presencia. Ambos te extrañábamos profundamente. En las pocas ocasiones en que le recé a la diosa Caelum esperando ser escuchado por ti, rogué de manera ferviente que me concedieras el olvido, que borraras tu recuerdo de mi memoria como lo hiciste con todos los demás.

No creí posible llegar a odiar tanto a alguien a quien amaba con tal desesperación, pero llegué a odiarte profundamente. Te odiaba por todas las atrocidades que cometiste, por tu egoísta sacrificio de cargar con nuestros errores como una mártir. Ahora te entiendo un poco más, pero en aquel entonces habría hecho cualquier cosa para devolverte un poco del dolor que me causaste. Me había vuelto más humano que nunca, lleno de rencor y sediento de venganza.

Lo contradictorio era que recordaba tu afecto al ver tu sonrisa reflejada en la de Nymmer. Según yo, eso debió haberme enloquecido, haberme llenado de furia, pero en cambio, me hacía amar aún más a ese bebé. Intentaba hacerlo reír todo el tiempo, con la esperanza de ver esa sonrisa de nuevo.

Aunque Nymmer no se parecía a mí, Aeris pensaba lo contrario. «Pasar tanto tiempo con Nymmer ha hecho que se te parezca. Tienen la misma mirada», decía ella. No sé si estaba desesperado

por verte, pero siempre lo negaba, porque lo único que quería era verte a ti en él.

Una mañana, quizá un par de semanas después de que me desterraste, corrió el rumor de la caída de la ciudad flotante de Catarbella. Decían que se había desplomado por completo, hundiéndose todos sus resquicios en el fondo del mar de Riorense. Cuando fui a verificarlo por mí mismo, descubrí que era cierto. El cielo se extendía inmenso ante la ausencia de ese paraíso. Me pregunté a dónde habrían ido las almas puras, las errantes, los ángeles menores. Pronto abandoné esas reflexiones al divisar en el horizonte a dos serpientes marinas jugando, retozando como dos niños, aunque en mi corazón sabía que eran dos adultos enamorados que por fin estaban juntos.

Cuando regresé al orfanato, encontré a Aeris en el salón peinando a Glorie. Sin darle tiempo para explicarse, le pregunté con firmeza: «¿Dónde has dejado al niño? Él no puede quedarse solo, te pedí unas horas para salir de Dregonia. Unas míseras horas». Ella se encogió en su lugar y, con unas pocas palabras, dijo algo que daría vuelta mi mundo, sin siquiera darse cuenta: «La madre de Nym volvió arrepentida, volvió por él», me dijo, dejándome helado. No tuve que responderle; ella vio el horror reflejado en mi rostro, y se adelantó: «Es su mamá, Cyrone, sin duda, le he visto el pelo, los ojos, la sonrisa. Por Caelum, te... te juro por Caelum que es su mamá de verdad. Ve a verla, está con él en el cuarto».

Ni siquiera dejé que terminara la frase.

Entré en la habitación con los síntomas de un paro cardíaco. Al verte sosteniendo al niño en tus brazos y cantándole la misma canción que solías entonarle cuando nació por primera vez, me

quedé paralizado. Juraría que noté mucho tiempo después que tampoco tenías cuernos ni orejas puntiagudas.

«Menudo sol hecho amor, manitas calurosas, cielito de infinito color, descansa en mí. Por ti, Melcior conquistaré.»

Cuando me viste, tus ojos irradiaban tanto amor que todo mi resentimiento se desvaneció. Temí que vinieras a despedirte de nuevo de mí, pero haber visto Catarbella en ruinas era evidencia suficiente de que nos habías elegido, de que habías regresado por nosotros. Entonces me dijiste: «Nuestra aldea era preciosa, dentro de lo desgraciado que era Melcior, ¿no es así?». Te referías a la aldea que habíamos creado cuando huímos de Nylena, y sí, por supuesto que te lo aseguré sabiendo que era verdad: «Era un paraíso».

Me sonreíste, dejaste al niño tranquilo en su cuna, durmiendo en paz como si jamás hubiera llorado antes. Entonces afirmaste: «Nymmer no le hará daño a nadie. No lo hará si nosotros lo creamos».

Tenías razón, lo sé ahora que estoy a tu lado, observando cómo tu cabello se mezcla con el lirio que te creé con el anillo que aquella vez me devolviste. Aunque ya no soy un serafín, sigo siendo el mismo, y mi deseo de construir un nuevo paraíso a tu lado sigue intacto, incluso en este mundo inmenso e imperfecto.

Ahora sé que no era necesario estar en lo alto del cielo, como dioses o serafines todopoderosos, controlando y suprimiendo voluntades. La respuesta correcta la habíamos obtenido antes; debíamos recorrer el mundo y compartir los dones de la creación con los humanos, mientras nos tomábamos el tiempo para conocerlos y comprenderlos.

Actualmente, el paso del tiempo ha dejado su huella en mí; ya no luzco como si tuviera veintiún años, al menos no como tú. Sin embargo, me amas tal como soy y estás dispuesta a caminar a mi lado, y eso es todo lo que necesito.

Me ofreciste rejuvenecerme, pero el paso del tiempo en mi piel ha sido un regalo que en siglos jamás había podido saborear. Es agridulce, es emocionante.

He abrazado mi humanidad y tú has abrazado tu calidad de diosa.

Nymmer, por su parte, ha aprendido a aceptar sus dos facetas, la divina y la mortal. Está a punto de cumplir dieciocho años y sigue su propio camino, esculpiendo su destino con sus propias manos. Como lo habías dicho, ha crecido como un chico increíble, bueno, dulce.

Se me está acabando la tinta y estamos en el oeste; más allá de Riveria. No hemos encontrado nuevas formas de fabricarla. Indecibles.

No había sentido la necesidad de escribir en tu viejo libro rojo hasta hoy, pues habíamos vivido más de lo que parecía digno de ser plasmado en papel. Pero cuando desperté esta mañana y me miré en el espejo, noté que los años se reflejaban no solo en los pliegues de mi piel, sino también en mi mirada. Jamás le temí al tiempo, porque me sobraba.

Hoy he reflexionado sobre la necesidad de escribirlo todo antes de que se me acabe, para que algún día puedas volver a leerlo. Así podrías, podrás, tenerme eternamente en un libro.

Ah, por cierto, antes de que la tinta se agote por completo, quiero que sepas que ahora entiendo por qué escribo cada vez que pienso en ti.

Es porque tú amas los libros, las letras, la tinta en el papel.

Y yo te amo a ti.
Todavía te amo.
Cuánto te amo.

Agradecimientos

Si hoy estoy aquí, cumpliendo este sueño que alguna vez pareció imposible, es porque hubo un camino detrás, personas que moldearon mi corazón con tanto amor que solo pude plasmar belleza en mis palabras. Por eso, no puedo dejar de agradecer a quienes me formaron, a quienes entregaron partes de sí mismos para hacer de mí quien soy. Algunos, como Teresa y Manuel, mis padres, estuvieron desde mi primer latido. Los amo, gracias por enseñarme a volar. Otros llegaron con el tiempo, con su presencia, sus palabras llenas de cariño y fe en mí. Ellos me hicieron feliz, me enseñaron a ser creativa, amorosa... y a confiar en mí misma. Maxi, Belén, Beatriz, Fabiola, Nataly, Isabella, Javiera y Rosie, ustedes son mi refugio, mi hogar. Los adoro, porque todo lo bello que veo en mí es un reflejo de ustedes.

Quiero agradecer también a quienes me ayudaron a que este relato alcanzara su máximo potencial. A Ángela Arcade, por acompañarme en la construcción de la historia y ser la primera en leer sus páginas y en creer en ellas. A Daniela Bejarano (Livró), mi primera editora de estilo, la primera *fan* de Cyrone y de este mundo que creé. Este libro lleva tu huella. A Rodrigo Caycedo, por sus consejos invaluables sobre la trama, por cada enseñanza, por estar ahí en cada duda. Gracias a ustedes tres este libro lleva consigo un pedacito de la hermosa Colombia.

No puedo dejar de agradecer a mi familia en Penguin, quienes me recibieron con los brazos abiertos, creyeron en mí y me dieron la oportunidad de compartir mi historia con el mundo. Especialmente a Valentina, por abrirme la puerta a este universo de sueños cumplidos, y a Diana, la mejor editora que jamás pude haber pedido: atenta, cercana, paciente y comprensiva. Este libro es tan suyo como mío.

Y por último, pero con todo mi corazón, gracias a ustedes, quienes me han acompañado en redes sociales. Gracias por querer a Syrella, por compartir conmigo este viaje de autodescubrimiento y crecimiento. Por cada comentario, cada *like*, cada mensaje lleno de cariño que me hace sonreír y sentirme abrazada en la distancia. Sé que muchos de ustedes, al igual que yo, sueñan con publicar un libro. Les aseguro que partí desde el mismo lugar, con dudas, con miedos... pero también con la certeza de que cuando uno quiere algo con todo el corazón y trabaja por ello, los sueños dejan de ser solo sueños. Gracias por estar ahí, por formar parte de este *Proyecto Melcior*, por su paciencia, su entusiasmo y su amor inagotable.

Nos veremos en otra ocasión, porque esta vida y este trabajo, la escritura, es una promesa eterna que jamás romperé.

Título original: *Caelum*

Edición en formato digital: mayo de 2025

© 2025, Angulo Vargas, Gabriela
© 2025, © 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566146476

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com

Índice

Cubierta
ACTO I. Riveria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
ACTO II. Dregonia
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
ACTO III. Catarbella
1
2
3
4
5
6
7
8
Epílogo
Agradecimientos
Créditos